

COPIOSA Y VARIADA COLECCION
DE
SELECTOS PANEGÍRICOS

SOBRE LOS MISTERIOS DE LA
SANTÍSIMA TRINIDAD, DE JESUCRISTO

V DE SU
SANTÍSIMA MADRE,
y sobre
LAS FESTIVIDADES DE MUCHÍSIMOS SANTOS:

SEGUIDA DE
ALGUNAS ORACIONES FÚNEBRES
Y OTROS UTILÍSIMOS SERMONES.

SALE Á LUZ

bajo la dirección del Excmo. é Ilmo.

SR. D. ANTONIO MARÍA CLARET,
Arzobispo dimisionario de Santiago de Cuba.

TOMO XI.



Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA :
LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA,
CALLE DEN ROBADOR, NÚM. 24 Y 26.
1862.

SELECTOS PANEGÍRICOS.

SERMON

SOBRE LA PROVIDENCIA.

Cum subleuasset oculos Iesus; et uidisset quia multitudo maxima uenit ad eum, dixit ad Philippum: Unde amemus panes, ut manducent hi? Hoc autem dicebat tentans eum; ipse enim sciebat quid esset facturus.. (Joan. vi).

Levantando los ojos Jesucristo, y viendo que una gran multitud de gente se dirigía hacia él, dijo á Felipe: ¿Dónde podríamos comprar suficiente pan para todo ese pueblo? Y hacia esta pregunta, con el objeto de experimentarle, porque bien sabía lo que iba á hacer.

1. Si es cierto, como dice san Agustín, que los milagros son la voz de Dios, y que siempre que hace que se manifiesten estos signos visibles de su omnipotencia es con intencion de hablarnos, de instruirnos y de descubrir á los hombres alguna importante verdad, fácil es comprender lo que el Salvador del mundo ha querido darnos á entender con el gran milagro de la multiplicacion de los panes. Porque ¿qué es lo que vemos en este milagro, y nos representa el Evangelio de este día? Todo un pueblo que se entrega á Jesucristo; millares de hombres que, sin provisiones, sin alimentos, abandonan sus casas por seguirle; un Dios que les compadece, un Dios que provee á todas sus necesidades, un Dios que por su propia mano distribuye sus dones liberal, ámplia y magníficamente, y una numerosa multitud, alimentada por fin y satisfecha en medio de una soledad; todo esto ¿no nos manifiesta altamente la providencia divina y la obligacion indispensable de descansar en su bondad, y fiarnos en ella? *Interrogemus* (tales son las palabras

de san Agustín) *ipsa Christi miracula; habent enim, se intelligantur, linguam suam.* (August.). Interrogüemos á los milagros de Jesucristo, oigámoslos, contemplémoslos atentamente. Porque como Jesucristo es sustancialmente el Verbo de Dios, na hay nada en él que no hable, y sus acciones mismas tienen para nosotros su lenguaje y su expresion. Lo que nos dice en particular el milagro de los panes, tan pronta y abundantemente multiplicados, es que hay una Providencia que gobierna el mundo; una Providencia á la cual todos debemos someternos, no como el resto de las criaturas, sino con una sumision de necesidad, como criaturas racionales, por un libre consentimiento de nuestra voluntad. Hé aquí, hermanos míos, la voz de Dios y lo que nos enseña. No obstante, por inteligible y sonora que sea esta voz, aun hay hombres que no quieren oirla; y los hay tambien que no por haberla oído son ni mas dóciles ni mas sumisos. Por esta causa uno yo la voz del milagro de Jesucristo á la de la predicacion que, fortificada y sostenida por la gracia interior que el Espíritu Santo derramará en nuestros corazones, es de creer que producirá en ellos el fruto que espero de mi discurso, con el auxilio de la Virgen, á quien me dirijo, saludándola con el Ángel: *Ave María.*

2. Dos cosas, segun san Agustín, son capaces de tocar al hombre, y hacer impresion en su corazon: el deber y el interés; el deber, porque es racional; el interés, porque se ama á sí mismo. Tales son los dos resortes que comunmente le hacen obrar. Pero es necesario, añade san Agustín, que estos dos resortes sean movidos á la vez para que produzcan en el corazon del hombre un efecto completo. Porque el deber sin el interés es débil y lánguido, y el interés sin el deber es bajo y vergonzoso. Los dos reunidos tienen una virtud casi infalible y una eficacia casi irresistible. Yo trato en este dia, cristianos, de inspiraros una perfecta sumision á la providencia de Dios; trato de haceros conocer la indispensable obligacion que todos tenemos de obedecer á esta Providencia soberana, de confiar en ella, de conformarnos con sus decretos, considerándola como la regla de nuestra vida. Y para mas obligaros quiero haceros ver el desórden y la desgracia del hombre cuando rehusa á Dios la sumision debida; el desórden del hombre, relativamente á su deber, y la desgracia del hombre con relacion á su interés; su desórden inseparable de su desgracia, porque ella es evidente é infaliblemente su origen; su desgracia inseparable de su desórden, porque, segun las leyes de Dios, es, como veréis mas

adelante, su justo castigo. En una palabra, nada mas criminal que el hombre del siglo que no quiere someterse á la Providencia, como explicaré en la primera parte de mi discurso. Nada mas desgraciado que el hombre del siglo que no quiere imitar la conducta de la Providencia, según se verá en la segunda parte. Pero al mismo tiempo, por dos consecuencias enteramente contrarias, nada mas sábio que el hombre cristiano que toma por regla de todas sus acciones la fe de la Providencia; nada mas dichoso que el hombre cristiano que busca todo su apoyo en la fe de la Providencia. Verdades edificantes é importantísimas que dividirán este discurso.

Primera parte.

3. Para corregir un vicio, lo primero que debe hacerse es tratar de conocerlo; y para esto preciso es buscar y descubrir el principio ó la causa. Yo hablo aquí, cristianos, de un hombre del mundo que vive completamente olvidado de Dios, que parece haber sacudido el yugo de Dios, que se ha creado una especie de hábito y un estado de independencia de Dios; en fin, que sin declararse, no obstante, abiertamente, sino por la desgraciada posición en que se ha constituido de obrar á su gusto y como libertino, se ha transformado, si puedo explicarme así, en desertor, ó, si se quiere, en un apóstata de la providencia de Dios; ¡deplorable conducta, pero efecto el mas comun de la depravacion del siglo! Trato de haceros ver este desarreglo, y hé aquí cómo le concibo. El que renuncia á la Providencia, y quiere sustraerse al imperio de Dios, no puede hacerlo sino de dos maneras: ó por un espíritu de infidelidad, porque no reconoce á esta Providencia y no cree en ella, ó por una simple rebeldía del corazon que, creyéndola y reconociéndola, no quiere someterse á ella. Examinemos estos dos principios, y veamos en cuál de ellos es mas grosera y criminal la ceguedad del impío.

4. Si esto sucede por un espíritu de infidelidad, y por no creer en la Providencia, ¿qué desórden es comparable al de no creer en lo que es indisputablemente la cosa mas creible, y además el fundamento de todas las cosas creibles? de no creer lo que han creído los paganos mas sensatos por la sola luz de la razon? de no creer lo que independientemente de la fe experimentamos sin cesar nosotros mismos, lo que sentimos, lo que tenemos que confesar en mil ocasiones, por un testimonio que nos arrancan los primeros

movimientos de la naturaleza; pero sobre todo de no creer la mas incontestable verdad, por las razones mismas que la establecen, y que por sí solas son mas que suficientes para convencernos de ella? Tal es el estado del mundano que no quiere reconocer á la Providencia.

5. Porque el mundano se ciega; dice san Juan Crisóstomo, en la fuente misma de las luces, que es el ser de Dios; puesto que la primera y mas inmediata consecuencia que se deduce del ser de Dios es que hay una Providencia; de lo que se sigue que, renunciando á esta Providencia, ó bien no conoce ya Dios (¡terrible impiedad!), ó bien un Dios monstruoso, esto es, un Dios que no se cuida de sus criaturas; un Dios que no se interesa ni en su conservacion ni en su perfeccion; un Dios que no es justo, ni sábio, ni bueno, porque nada de esto puede ser sin providencia. En semejante estado, añade san Juan Crisóstomo, es mas que pagano en el Cristianismo; ó aunque sea cristiano se entrega á los vicios mas detestables que hay en el paganismo. Porque apenas ha habido mas sectas paganas que hayan negado la Providencia, ó dudado de ella, que la que por sus abominables máximas conducia á los hombres á los mas infames excesos y á los placeres mas obscenos, aquella para quien hubiera sido de desear que no hubiera habido en el mundo ni Dios, ni ley, ni castigo, ni recompensa, ni providencia, ni justicia.

6. Aun hay mas: como el mérito de la fe consiste en hacernos esperar contra la esperanza misma, *contra spem in spem* (Rom. iv); el crimen del mundano respecto de la Providencia consiste en ser incrédulo é insensato contra su misma razon. Porque, en fin, el mundano mismo, siguiendo solo el instinto de su razon, admite sin notarlo una Providencia en la cual no piensa. Me explicaré. Él cree que un Estado no puede ser bien gobernado sino por la sabiduría y el consejo de un príncipe; cree que una casa no puede subsistir sin la vigilancia y la economía de un padre de familia; cree que un buque no puede ser bien dirigido sin el cuidado y la habilidad de un piloto; y cuando ve que este buque boga en alta mar, que esta familia está bien ordenada, que este reino goza de paz y de orden, declara sin vacilar que hay un espíritu, una inteligencia que preside á todo. Pero discurre de otra manera respecto del mundo entero, y quiere que sin Dios, sin prudencia, sin sabiduría, por un efecto solo de la casualidad, este grande y vasto universo se mantenga en el orden maravilloso que en él vemos. ¿No es esto

ir contra sus propias luces y contradecir su razon? Añadid las pruebas sensibles y personales que el mundano, sin salir de sí mismo, encuentra en sí mismo; pero acerca de las cuales su obstinacion le ciega y le endurece. Porque no hay un hombre que repasando en su mente los años de su vida, y recordando todo lo que le ha sucedido, no se detenga en ciertos sucesos, esto es, en ciertas coyunturas ú ocasiones que se le han presentado, en ciertos peligros de que ha podido libertarse, en ciertos acontecimientos fatales ó felices, pero extraordinarios y singulares, que le han sorprendido y chocado, y que son otros tantos signos visibles de una Providencia.

7. Y si lo dicho es verdad respecto de todos los hombres sin excepcion, lo es mucho mas aun respecto de los que figuran algo en el mundo, de los que entran mas en el comercio y en los secretos del mundo, y mas; en fin, de los que viven en el centro del mundo, que es la corte. Porque, ¿qué es el mundo, decia Casiodoro, mas que el gran teatro y la gran escuela de la Providencia, en donde, por poco que se fije la atencion, se aprende á todas horas que hay en el universo un poder, una sabiduría superior á la de los hombres, que se burla de sus designios, que dispone de sus destinos, que eleva y abate, que empobrece y enriquece, que amortigua y vivifica, que dispone de todo como árbitro supremo de todas las cosas? No hay, pues, hombres en el mundo que, segun las reglas ordinarias, deban creer con fe mas firme en la Providencia que los que se precian de poseer la ciencia del mundo y de ser los sábios del mundo; pero, por un secreto juicio de Dios, tampoco los hay que sean mas comunmente infieles que ellos á la Providencia, y que mas la desconozcan. Y así como nunca habrá ni ha habido hombre sobre la tierra á quien haya podido perdonársele menos la duda sobre la Providencia que al patriarca José, despues de los milagros maravillosos que Dios había obrado en su persona; así tambien esos supuestos sábios del mundo son los mas culpables, negando la Providencia, rehusando el debido homenaje á Dios, á quien deben sus conocimientos.

8. Su ceguedad va mas léjos todavía, pues no quieren hacer libre y cristianamente á la Providencia una confesion que muchas veces tienen que hacer por necesidad, ó mas bien obligados por la tristeza y la desesperacion. El mundano, que olvida á Dios y á la Providencia mientras vive en la prosperidad y todo le sale á medida de sus deseos, es el primero á murmurar contra esta misma Providencia y contra Dios cuando le sobreviene un contratiempo.

que no habia previsto; como si le sirviese de alivio el echar la culpa á alguno de su desgracia, acusa á Dios, y por la mas extraña contradiccion se la atribuye á esta misma Providencia que negaba ofuscado por una fiera y orgullosa impiedad. Y ¿qué cosa mas extravagante que no reconocer una Providencia para obedecerla y amarla, ó reconocerla para ultrajarla? Pero lo que sorprende mas es que muchas veces el libertino quiere dudar de la Providencia por las razones mismas que prueban victoriosamente la Providencia, y que por sí solas deberian bastar para persuadirle de que existe. Y ¿en qué funda sus dudas acerca de la providencia de un Dios? en que ve el mundo lleno de desórdenes. Pero precisamente por esto mismo, dice san Juan Crisóstomo, debe conocer necesariamente que hay una Providencia. En efecto, ¿por qué son desórdenes los desórdenes de que el mundo está lleno, y por qué le parecen tales sino porque son contrarios al orden y repugnan al orden? Y este orden ¿qué es sino la Providencia? Ve, pues, una dificultad en lo mismo que la resuelve, y se hace infiel por lo que debia robustecer su fe. Pero si hubiese, dice, una Providencia, ¿sucederian en la sociedad de los hombres tantas cosas de que los hombres mismos se escandalizan? Y yo respondo: el que los hombres mismos se escandalicen ¿no es una prueba auténtica de la Providencia, que no permite que se autoricen estas cosas, y que por lo tanto quiere que entre los hombres pasen y hayan pasado siempre por escandalosas? Si los hombres no se escandalizasen ya de nada, entonces sí que tal vez se podría dudar de la Providencia, y quizás el impío podría decir en su corazon que no hay Dios; pero mientras el hombre se escandalice de la insolencia del vicio, mientras la censura misma del mundo condene el libertinaje, mientras se aborrezca la impiedad, mientras el odio público se levante contra la iniquidad, la Providencia está á cubierto, y nada de esto prevalece contra ella. El hombre se escandalizará siempre de lo dicho, porque siempre habrá un Dios y una Providencia. Verdad es que se cometerán en el mundo crímenes vergonzosos, negras perfidias, traiciones desleales; pero estos crímenes serán vergonzosos, porqué hay una Providencia que les atribuye esa cualidad, y nos la hace ver; estas perfidias no serán detestadas como tales, sino porque hay una Providencia que hace amar la buena fe; estas traiciones no serán tenidas por viles, sino porque hay una Providencia que cuida del honor y la probidad. Se ejecutarán acciones de que el hombre se avergonzará, se acusará, se retractará; pero es-

tas retractaciones; estos remordimientos, esta confusion serán en aquellas acciones mismas otros tantos argumentos en favor de la Providencia. Por el contrario, ¿qué ventaja no sacaria contra ella el impío si el pecador no se arrepintiese, no se confundiese, no se avergonzase ya? Hé ahí el desórden del que renuncia á la Providencia por un espíritu de incredulidad.

9. Pero supongamos que lo haga sin perjudicar á su fe, y por un simple impulso del corazon: otro desórden menos sostenible aun el creer en una Providencia que preside el gobierno del mundo, y no querer someterse á ella, no querer dirigirse por ella, ni obrar de concierto con ella; ser bastante temerario, ó mas bien bastante insensato, no solo para emanciparse de ella, sino para pretender conseguir á pesar suyo los fines que se propone, y llegar al término de sus empresas por otros medios que los que ella ha fijado. Tales; sin embargo, el desórden á que conduce insensiblemente el espíritu del mundo. Creyendo tambien en una Providencia, se vive en el mundo como si no se creyese en ella. Porque se cree en una Providencia, y no obstante se procede en los negocios del mundo con la misma inquietud, con la misma precipitacion, con la misma impaciencia, con el mismo olvido de Dios en la fortuna, con el mismo abatimiento en las aflicciones, con la misma presuncion en las empresas que si esta Providencia fuese un nombre vacío, y no tuviese poder ninguno ni se cuidase de nada. En efecto, si la fe en la Providencia guiase la conducta de nuestra vida, si no perdiésemos nunca de vista la Providencia, y si cada uno de nosotros no se considerase mas que como un súbdito nacido para ejecutar sus órdenes, todo esto seria muy razonable; no nos dejaríamos llevar de nuestras pasiones; ni seríamos insensatos, ni vanos, ni inquietos, ni orgullosos, ni ingratos para Dios, ni injustos para los hombres; sometidos á la Providencia, poseeríamos en el mundo intereses sin gran apego á ellos, desearíamos sin ambicion, gozaríamos sin orgullo; no abusaríamos de los bienes ni de los males, y observaríamos en nuestra conducta aquella santa moderacion de sentimientos y de deseos que, segun la máxima de san Pablo, nos haria modestos en la prosperidad y sufridos en la desgracia. ¿Por qué? porque todo esto se halla esencialmente contenido en lo que yo llamo subordinacion ó sumision de un alma fiel á la Providencia de Dios. Pero como nos domina el espíritu del mundo, abandonamos á la Providencia, cayendo inevitablemente en mil desórdenes. Recibimos de Dios beneficios sin agradecerlos y castigos sin escarmentar; lo que deberia convertir-

nos sirve para endurecernos en la maldad, y lo que debería santificarnos nos irrita y nos desespera. Nos ensoberbecemos cuando debíamos humillarnos, y nos turbamos cuando debíamos bendecir á Dios y consolarnos; la prosperidad del prójimo nos causa una vergonzosa tristeza, y sus males son objeto de nuestras alegrías. No hay un solo movimiento de nuestro corazón que no esté, digámo-lo así, fuera de su lugar, en razón á que no recibimos ya la impresion del primer impulso, es decir, de la fe en una Providencia; y en este caso, ¿cómo, Señor, no seríamos las mas criminales de todas vuestras criaturas, puesto que abandonando una conducta tan santa y tan recta como la vuestra no nos restan ya mas que vías engañosas y torcidas en las cuales damos tantas caídas como pasos?

10. Atended, cristianos, y, para comprender bien la verdad que os predico, notad que el hombre del siglo que se aleja de la Providencia lo hace ya para vivir á la ventura y seguir ciegamente los impulsos de la fortuna, cuyo torrente arrastrá á todas las almas débiles, ya para proceder segun las miras de la providencia humana, cuyo partido toman los sábios del mundo. Yo sostengo que la una y la otra son el ultraje mas grande que se puede hacer á Dios; y no habrá entre vosotros ninguno que deje de convenir conmigo. Porque el no tener uno mas principio de su conducta que la fortuna, y querer seguir su curso, ¿no es caer en la idolatría de los paganos que, como observa san Agustin, en vez de adorar los decretos de Dios en los acontecimientos del mundo, prefirieron formarse una divinidad caprichosa que llamaron fortuna, á quien erigieron templos, invocaron en sus necesidades, ofrecieron sacrificios para apaciguarla, y dieron acciones de gracias cuando suponian que les era favorable? Idolatría era esta, cuyo abuso no podian soportar los sábios mismos del paganismo. ¡Qué indignidad, decia uno de ellos, ver hoy dia adorada la fortuna por todas partes, invocada por todas partes, en desprecio de los dioses mismos, y reverenciada por doquiera como la divinidad del mundo! *Quid enim est quod nunc toto orbe, locisque omnibus, fortuna invocatur, una cogitatur, una nominatur, una colitur!* (Plin.).

11. Y ¿no es eso, cristianos, lo que Dios censuraba en los israelitas cuando les decia por boca de Isaias: *Et vos qui dereliquistis Dominum, et obliti estis montem sanctum meum, qui ponitis fortunæ mensam, et libatis super eam: numerabo vos in gladio?* (Isai. LXV). Vosotros, que habeis despreciado mi culto, vosotros, que erigís un altar á la fortuna, y que, por una secreta apostasía, le hacéis sa-

crificios en el fondo de vuestros corazones, sabed que mi vengadora justicia no os perdonará. Semejante sacrilegio no ha sido solamente el crimen de los judíos y de los paganos; todavía se observa en medio del Cristianismo, y sobre todo en la corte, siendo uno de sus mayores escándalos. Sí, amados oyentes míos, vosotros lo sabeis mejor que yo; el ídolo de la corte es la fortuna: en la corte es donde se le adora; en la corte donde se le sacrifica todas las cosas, el reposo, la salud, la libertad, la conciencia misma y la salvacion; esto es, en la corte se forman con arreglo á ella las amistades, se tributan respetos, se prestan servicios, se usa de complacencias y hasta se crean deberes. Basta que un hombre sea rico para que le consideremos como una divinidad; sus vicios se nos figuran virtudes, sus palabras oráculos, sus caprichos leyes: y ¿me atreveré á decirlo? si un demonio salido del infierno se hallase en un alto grado de elevacion y de favor, se le ofrecería incienso. Pero que este mismo hombre empiece á declinar en su fortuna, que no ocupe ya la posicion que antes, y apenas se cuidará nadie de él. Todos sus falsos adoradores desaparecen, y son los primeros á olvidarle; ¿por qué? porque el ídolo de la fortuna, que se consideraba en él, ya ha caído. Yo sé que en todas estas cosas se contempla uno á sí mismo; pero justamente el desórden consiste en mirarse y buscarse uno á sí mismo en otra parte que en Dios y en su Providencia. Hasta los hombres de bien y los sábios se dejan deslumbrar por el brillo de la fortuna mundana, y profesan esta idolatría. No porque en realidad esté absolutamente prohibido acudir á los que se hallan en la fortuna siempre que se les considere como ministros de la Providencia; pero entonces se vale uno de ellos, segun las miras de Dios, y no, como lo vemos todos los dias, para oprimir al uno, engañar al otro, y para defender la injusticia y hacer triunfar la iniquidad.

12. Parece que los que abandonan la Providencia para conducirse con arreglo á los principios de la prudencia humana deberían estar expuestos á menos desórdenes; pero nos engañamos. En los partidarios de la fortuna hay mas temeridad; pero en los sábios del mundo mas orgullo, y nada ofende mas á Dios que el orgullo. Porque ¿quién mas necio que el hombre que, no contando sino consigo, no atendiendo sino á sí, ni fiándose mas que de sí mismo, se juzga suficientemente ilustrado para gobernarse por sí propio, á fin de tener despues derecho de atribuirse á sí propio sus ventajas, hasta decir interiormente como los ímpíos en la Escritura: *Manus nostra excelsa, et non Dominus, fecit hæc omnia* (Deut. xxxii): todo

do que soy me lo debo á mí, á mi industria, á mi trabajo : el establecimiento de mi casa, el éxito de mis negocios, el rango que ocupo, todo esto es obra de mis manos, y no de la del Señor? ¡Qué orgullo! No teniendo las luces suficientes para contentarnos en mil ocasiones con el consejo de los hombres, creemos tener bastantes para dispensarnos de la obligacion de consultar á Dios! Y, reduciendo esta verdad á un caso particular, ¡qué desórden el de un padre, por ejemplo, que no siguiendo mas que las máximas de la sabiduría mundana, se cree capaz de disponer soberanamente de sus hijos, de elegir su profesion, de destinarlos á tal ó cual empleo, de procurarles estos ó los otros beneficios, de hacerles seguir esta ó aquella carrera, sin examinar si estas son las miras de Dios! ¡Cuánto no se expone por esto, y cuáles no serán para él, igualmente que para sus hijos, las fatales consecuencias de lo dicho, puesto que todo ello, lo mismo respecto de sus hijos que respecto de él, tiene tan estrecho enlace con la salvacion! Porque, en fin, desde el momento en que el hombre trata de gobernarse independientemente, él es responsable ante Dios de todas las consecuencias. Si son funestas, la culpa es suya; y como la prudencia humana, aun la mas exquisita, está sujeta á mil errores, ¿quién podrá calcular las deudas que acumula, y de las cuales tendrá que dar cuenta un dia al soberano Juez? Cuando recorro á Dios, cuando he reflexionado maduramente segun el espíritu de mi religion, y tratado de buena fe de conocer el órden de Dios, ya puedo tomar una resolucion, ya puedo confiar en que he acertado, ó en que si me he equivocado Dios enmendará mi error, en que si me extravió Dios me conducirá por otras vias, y que no se me imputará mi error; ¿por qué? porque mientras Dios estaba en mí he seguido las reglas de la prudencia cristiana, suplicándole que me iluminase, y usando de los medios que me ha dado para hacerme conocer su voluntad. Pero cuando quiero dirigirme por mí propio debo responder de mí á un Dios celoso de sus derechos, y que, ofendido por mi orgullo, no me concederá su gracia. En vista de lo expuesto, ¿en qué abismos no me precipitaré? Porque, para no salir del ejemplo citado, ¿qué sucede cuando un padre dispone de sus hijos segun las ideas de la funesta política del mundo que le sirve de norma? Sucede que para educar brillantemente á uno tiene que sacrificar á los restantes; por predileccion á este tiene que ser injusto con aquel. Destina á la Iglesia á los que podrian cumplir con su deber en el mundo, y al mundo á los que podrian servir útilmente á la Iglesia; y como no obstante

su destino temporal tiene un enlace casi infalible con su predestinacion eterna, pensando establecerlos á todos, los condena á todos, y él mismo se condena con ellos y por ellos. Si como padre cristiano se hubiera dirigido á Dios, hubiera evitado dichos desórdenes; pero no ha querido creer mas que en sí mismo, y por lo tanto se ha perdido, ha perdido á sus hijos, y se ha hecho ante Dios personalmente responsable de la perdicion de aquellos y de la suya propia.

13. Hé ahí por qué el mas sábio de los hombres, Salomon, dirigia á Dios esta excelente oracion: *Da mihi sedium tuarum assistentem sapientiam; ut mecum sit, et mecum laboret, et sciam quid acceptum sit apud te.* (Sap. ix). Concédeme, Señor, la sabiduría que está sentada contigo sobre tu trono, á fin de que trabaje conmigo, y de que, sin engañarme nunca, me enseñe cómo debo obrar y lo que te agrada. Oracion, amados oyentes míos, que todos nosotros debemos hacer, cada cual segun su condicion, todos los dias de la vida; oracion que Dios oirá, porque será un homenaje tributado á su Providencia; oracion que hará descender sobre nosotros las mas abundantes bendiciones del cielo, porque honrando á Dios conseguirá que Dios se interese por nosotros. Sin lo dicho, sin esta sumision á la Providencia divina, no solo serémos los mas criminales, sino los mas desgraciados de todos los hombres, como vais á ver en la

Segunda parte.

14. Hay un pensamiento de san Agustin que no tiene réplica, y que me parece propio para darnos una alta idea de Dios y un conocimiento perfecto de nosotros mismos: á saber, que Dios no sería Dios, si fuera de él pudiésemos encontrar una felicidad sólida; y que la prueba mas grande y mas convincente de que es él el fin de nuestra vida y nuestra soberana bienaventuranza es, que alejándonos de él por el pecado nos hacemos desgraciados: *Jussisti, Domine, et sic est, ut omnis animus inordinatus pœna sit ipsi sibi.* (August.). Vos habeis mandado, Señor, decia este grande hombre haciendo á Dios la humilde confesion de sus miserias y deplorándolas; Vos habeis mandado, y el decreto se ejecuta todos los dias, que toda alma que se pervierte y quiere traspasar los límites de la sujecion y de la dependencia separándose de Vos encuentre un tormento en sí misma. Tal es tambien, cristianos, la segunda proposicion que yo he sentado; y basta concebirla para persuadirse de ella: la ma-

yor desgracia del hombre consiste en separarse de Dios, y querer sustraerse á las leyes de su Providencia: daré las razones. Renunciando á la Providencia, el hombre queda ó sin conducta, ó abandonado á su propia conducta, origen infalible de todos los males; alejándose de Dios, obliga igualmente á Dios á abandonarle á él, á privarle de su paternal proteccion, que hace, segun la Escritura, toda la felicidad de los justos sobre la tierra; se priva por esta causa de la mas dulce, ó mejor dicho, del consuelo único que puede tener en ciertas adversidades, en las que solo la fe en la Providencia podria sostenerle; en fin, no queriendo depender de Dios con una sumision libre y voluntaria, depende, á pesar suyo, con una sumision forzada, y rehusando obedecer una ley de amor, tiene que acatar las leyes mas duras de una rigurosa justicia: hé ahí cuatro razones que necesitarian otros tantos discursos para ser tratadas con la extension y claridad debidas, pero cuya exposicion breve y sencilla bastará para persuadiros y conmoveros.

15. Imaginaos, pues, desde luego, decia san Juan Crisóstomo, un navío en alta mar, combatido de los vientos y de las tempestades, aunque por lo demás bien pertrechado y provisto, pero sin piloto ni timon: tal es el hombre en el curso del mundo cuando no arregla su conducta á las leyes de Dios. Si no en la Providencia, ¿en qué puede apoyarse? Si fuera de esta Providencia encontrase alguna cosa estable que le detuviese y fijase, su estado quizás seria menos digno de compasion; pero es preciso que convenga conmigo en que, renunciando á la Providencia y sacudiendo el yugo de Dios, no le resta mas que uno de estos dos partidos, quiero decir, ó fijar sus miras en los hombres, ó quedar reducido á no tener otro recurso que á sí propio. De cualquier modo su posicion será siempre deplorable; y haga lo que haga, será inevitable é incontestablemente desgraciado. Porque ¿hay algo mas terrible que no tener otro recurso que á sí mismo? Y por poco que el hombre se conozca, ¿puede haber nada que le alija y consterne mas? Si yo me encontrase solo y sin guia en un desierto espantoso, expuesto á todos los peligros de un extravío sin esperanza, seguramente estaria lleno de temor. Si en una enfermedad peligrosa me viese abandonado, no teniendo mas que á mí mismo para velar por mi salud, ciertamente que no me atreveria á contar con mi cura. Si en un negocio capital en que se tratase, no solamente de mi fortuna, sino de mi propia vida, no tuviese mas consejero que yo mismo, me creeria perdido y sin esperanza. ¿Cómo, pues, en medio del mundo, de tantos

escollos y lazos como me rodean, de tantos peligros como me amenazan, de tantos enemigos como me persiguen, de tantas ocasiones en que puedo perecer, podría vivir en paz y no estar con un continuo temor, sin otro socorro que yo mismo? Así es, cristianos, que la verdadera causa de la desgracia del hombre es el hombre mismo, empeñado en no depender mas que de sí mismo. Lo que hace al hombre desgraciado no es lo que está fuera de él, ni lo que está encima, ni lo que mas declarado parece estar en contra suya; él solo es la causa de sus penas, porque él solo quiere ser la regla de sus acciones. Y necesariamente ha de ser lo contrario, porque como, segun la Escritura, los pensamientos de los hombres son inciertos, confusos, tímidos con respecto á cuanto tiene relacion con su bien: *Cogitationes mortalium timidae* (Sap. ix), si el hombre, entregado á sí mismo, no sigue otras ideas que las suyas, ¿quién duda que vendrá á dar en la inquietud, en la irresolucion, en la turbacion, no pudiendo confiar ya en nada, y viéndose obligado á desconfiar de todo, á entregarse á sus caprichos é inconsecuencias, esclavo de una imaginacion que le engaña, sujeto á las alteraciones de un temperamento que le domina? Lleno como está de pasiones, y de pasiones contrarias, debe esperar sucumbir en la lucha: se encerrará en sí mismo, abatido ó temeroso, con el alma emponzoñada por el odio, poseido de amor, devorado de ambicion, consumido de envidia, arrebatado de cólera ó perseguido por el dolor, con un infierno dentro de su alma y sufriendo á cada instante un nuevo suplicio. Bien sé, cristianos, que hay una razon superior á todo esto de la cual puede y debe ayudarse el hombre; pero si, por una parte, le proporciona algun socorro, ¿cuánto no le hace sufrir por otra? ¿De qué le sirve, dice san Agustin, esta razon no sometida á Dios ni limitada á débiles luces, sino para hacerle aun mas desgraciado, para mostrarle bienes que no ha de poder conseguir, para representarle males que no puede evitar, para excitar en él deseos que jamás ha de satisfacer, para despertar en él arrepentimientos que han de atormentarle siempre, para causarle disgustos por lo que tiene, para hacerle sentir la privacion de lo que no tiene, para hacerle ver en el mundo, en fin, mil injusticias que le desesperan, mil indignidades que le irritan? Reflexiona sobre todo, mas sus reflexiones le afligen; lo preve todo, pero sus previsiones le matan; afecta ser prudente y discreto, pero de esta prudencia y discrecion nacen sus amarguras y pesadumbres. Si se dejase conducir hácia Dios, si se dejase guiar por el camino de la Religion y de la fe, el aspecto

solamente de una Providencia ocupada en velar por él fijaría sus pensamientos, pondría término á su concupiscencia, endulzaría sus pasiones, fortificaría su razon, le haría feliz volviéndole la paz del alma; pero, porque quiere ser dichoso sin Dios y por sí mismo, no encuentra, fuera de Dios y en sí mismo, mas que miseria y afliccion de espíritu.

16. ¿Qué hará, pues? Convencido de su insuficiencia, no queriendo adherirse á Dios, ¿deberá poner su confianza en los hombres? ¡Ah! amados oyentes míos, escuchad otra miseria todavía mayor. El Espíritu Santo ha dicho: Desgraciado de aquel que fía en hombre y se apoya en brazo de carne: *Maledictus qui confidit in homine, et ponit carnem brachium suum.* (Jerem. xvii). Y, en efecto, sin salir de nuestro asunto, ¿á qué servidumbre tan humilde no nos reduce este estado! ¿Qué baja se imponer el yugo del hombre al sacudir el yugo de Dios, vivir segun el capricho del hombre, subsistir por su crédito, no tener otra voluntad que la suya, no hacer mas que lo que á él le place, estar obligado incesantemente á avisarle, á cuidarle, á adularle, estar siempre con el temor de desagradarle, y cavilando si estará contento ó no! ¿Puede darse una esclavitud mas enojosa? Pero depender de Dios, cuya providencia no me puede faltar, hé aquí lo que hace mi felicidad, y lo que hacia la de san Pablo cuando decía: *Scio cui credidi.* (I Tim.). Bien sé á quién he confiado mi depósito. Por el contrario, cuando pienso que, á falta de Dios, cuya guía no he querido admitir, confío este depósito, es decir, mi destino y mi suerte á hombres volubles, interesados, egoistas, que no me consideran mas que por ellos mismos, y que me abandonarán en el momento en que comience á serles gravoso, ó en que cese de serles útil, ¡ah! cristianos, por poco sentimiento que tenga, forzoso es que confiese que no hay nada comparable con mi desgracia. Si la Providencia de Dios, dice san Juan Crisóstomo, pudiese ser suplida con la proteccion de los hombres, lo seria, sobre todo, por la de los príncipes, á quienes miramos como dioses de la tierra, ó por la de sus ministros y favoritos, que nos parecen omnipotentes en el mundo. Pero estos son justamente aquellos en los cuales nos advierte la Escritura que no fundemos nuestras esperanzas, á menos que no queramos edificar sobre cimientos ruinosos: *Nolite confidere in principibus.* (Psalm. cxlv). Y á fin de que la experiencia nos haga mas visible este punto de fe, reflexionemos cuánto no han costado su favor y privanza á tantos ambiciosos, testigos al fin de aquella gran verdad, que en los hijos de

los hombres no hay esperanza de salvacion: *In filiis hominum, in quibus non est salus.* (Ibid.).

17. Sin embargo, cristianos, ved el colmo de la ceguedad del siglo. Por persuadidos que estemos de una verdad, de que tantas pruebas tenemos, y que tanto nos importa comprender bien, no por eso dejamos de combatirla, prefiriendo ser desgraciados dependiendo de la criatura, que dichosos sujetándonos al Criador. A pesar de las rigurosas pruebas que recibimos de la indiferencia, dureza é insensibilidad de las falsas divinidades de la tierra, preferimos ser sus esclavos y sufrir por su causa, á gozar de nuestra libertad con santa confianza en Dios. Preguntad á esos adoradores del favor, á esos partidarios y esclavos del mundo, lo que pasa por ellos, y veréis que no hay uno solo que no convenga en que su elevacion une á sus deberes disgustos, mortificaciones inevitables, un perpétuo cautiverio. En el curso mismo de sus prosperidades ¿no les habeis escuchado hablar así? Y, cuando estas prosperidades cesan, cuando la hora de su caída los sorprende y viene á destruir todos sus planes, ¿no los habeis visto olvidados y menospreciados? ¡Ah! hermanos míos, exclaman san Agustin, entonces rinden un homenaje solemne á esa Providencia, de la que antes no han querido depender. Y entonces tambien Dios, á su vez, con una especie de insulto que le permite su justicia, y que en nada se opone á su misericordia, se cree con derecho á dirigirles aquéllas palabras del Deuteronomio: *Ubi sunt dii eorum in quibus habebant fiduciam? Surgant et opitulentur vobis* (Deut. xxxii): ¿dónde están aquellos dioses en quienes teníais tanta confianza, y que debian sosteneros? Aquellos dioses, cuya proteccion os tenia tan orgullosos, ¿qué se han hecho? *Surgant, et in necessitate vos protegant.* (Ibid.). Que salgan ahora, y os socorran. Erab vuestros dioses, y mas confianza teníais en ellos que en mí. Pues bien, dirigfos á ellos en la necesidad en que os hallais; y ya que les habeis servido como divinidades, que os saquen del abismo y os levanten: *Surgant et opitulentur vobis.*

18. ¡Qué consuelo, cristianos, qué consuelo para el hombre que ha abandonado á Dios, y que ni á Dios ni á los hombres puede volver los ojos! ¡Qué consuelo, digo, en ciertos estados de la vida, sobre todo, en que solo la fe de una Providencia puede sostenernos! Mientras esta fe me alumbra, mientras estoy persuadido de que hay un Dios dispensador de los bienes y de los males, sin cuya voluntad nada puede sucederme, encuentro en mí un apoyo contra todos los accidentes. Por indócil y rebelde que yo sea, no dejo de

decirme á mí mismo : Hago mal en murmurar y quejarme, Dios lo ha ordenado así, y debo someterme á su voluntad. Con estos pensamientos me consuelo y fortifico, y bástame con aprobar la voluntad soberana que me condena, para que ella sea para mí un manantial inagotable de consuelo. Pero cuando la idea de una Providencia se ha borrado de mi espíritu, si me sobreviene alguna aflicción de la naturaleza, de aquellas en que la razon del hombre se ve en un extremo, y que no pueden recibir ningun consuelo del mundo, ¿qué he de hacer sino apurar el cáliz, y apurarle hasta las heces como los pecadores? *Verumtamen fœx ejus non est exinanita, bibent omnes peccatores terræ.* (Psalm. LXXIV). Nada mas comun que estas especies de estados en el curso de la vida y de las revoluciones que en ella son tan frecuentes; y Dios lo permite, cristianos, para convencernos mas palpablemente de la necesidad en que estamos de unirnos á su Providencia, y hacernos ver la diferencia que hay entre aquellos que confían en ella y los que se niegan á seguir su camino. De aquí resulta que un justo, afligido, perseguido, y, si se quiere, oprimido, vive tranquilo, y halla en sus propios males su consuelo; ¿por qué? porque mira en el universo una Providencia á la que se conforma con gusto: *Dominus dedit, Dominus abstulit; sicut Domino placuit, ita factum est* (Job, 1): El Señor, que me habia dado aquellos bienes, me ha despojado de ellos; ¡bendito sea su nombre eternamente! mientras el impío, herido del golpe que le aterra, representa, por decirlo así, el papel de réprobo, blasfemando del cielo, hallándolo odioso todo sobre la tierra, acusando á sus amigos, enfureciéndose contra sus enemigos, desesperándose, sin encontrar en su desesperacion una gota de agua, es decir, de unción y de consuelo; ¿por qué? porque debia sacarla del seno de la Providencia, y ya ese manantial se ha secado para él. Lo cual hacia decir á san Juan Crisóstomo, que el que lucha contra la Providencia lucha contra su felicidad, porque la gran felicidad del hombre es creer en la Providencia y someterse á sus leyes.

19. ¡Qué digo, cristianos! ¿Tan rebelde es el mundano que no reconoce el dominio de la Providencia? Sí, lo reconoce, y á su pesar lo reconocerá siempre; pero esto mismo aumenta su desgracia. Dos especies de providencias ejerce Dios sobre los hombres: la una de severidad, de bondad la otra; la una de justicia, la otra de misericordia; el que se aparta de esta Providencia favorable, en que debió buscar su reposo, se entrega sin remedio al propio tiempo á aquella rigorosa y terrible que le persigue, para hacerle sufrir el

mas dominante imperio. Como si Dios le dijese: no has querido guiarte por esta, pero padecerás por aquella; porque yo he sustituido á la una la otra por ley eterna é irrevocable; y en la extension que les he dado nada puede estar fuera de su dominio. La Providencia de mi amor no ha podido atraerte; la Providencia de mi justicia te reprimirá en adelante, haciéndote reconocer su imperio con venganzas, ora secretas, ora ruidosas; y con humillaciones, con amarguras, con prosperidades que te embriaguen, con adversidades que te abatan, con dulzuras que emponzoñen tu corazon, con amarguras que te angustien, y que te irritarán y no corregirán, te reducirá, mal que te pese, á la dependencia. Y hé aquí cómo Dios ha hecho uso de ella con algunos grandes pecadores. Hé aquí cómo ha tratado á Faraon, á Nabucodonosor, á Antíoco y á tantos otros. No quisieron reconocerle por padre, y tuvieron que reconocerle por juez. No quisieron glorificar á su benéfica Providencia, y tuvieron que glorificar á su Providencia soberana y omnipotente: *Ponam te in exemplum.* (Nahum, III). Haré un ejemplar contigo, decia por boca del Profeta á un libertino; y esto es lo que ha hecho y hace todavía con el pueblo judío. Milagro eterno de la Providencia de un Dios irritado; milagro que por sí solo puede convencer á los espíritus mas incrédulos de que hay un Señor principal y un Dios ante el cual toda criatura debe humillarse, y á quien todos los mortales obedecemos. Ahora, hermanos míos, si tenemos alguna consideracion hácia nuestro deber ó nuestro interés, sometámonos á él y á su Providencia. Sometamos á su omnipotencia todas nuestras empresas, y sin descuidar los medios racionales que nos permite emplear para darles cima, sin perdonar cuidados, dejemos al suyo el éxito de estos. Bendigámosle igualmente en los bienes y en los males; en los bienes, recibiendo los con reconocimiento; en los males, soportando los con paciencia. Pidámosle sin cesar que su voluntad se cumpla en nosotros en la tierra y en el cielo; en la tierra, donde quiere santificarnos, y en el cielo, donde espera coronarnos de gloria. Tal es mi deseo, etc.

SERMON

SOBRE LA SANTIDAD Y LA FUERZA

DE LA LEY CRISTIANA.

Simile est regnum celorum grano sinapis, quod accipiens homo seminavit in agro suo: quod minimum quidem est omnibus seminibus: cum autem creverit, majus est omnibus olivibus, et fit arbor. (Matth. xiii).

El reino de los cielos es semejante á un grano de mostaza que tomó un hombre y sembró en su campo: este en verdad es el menor de todas las simientes; pero despues que crece es mayor que todas las legumbres, y se hace árbol.

1. ¿Qué otra cosa, cristianos, es este reino de los cielos, en el lenguaje de la Escritura, y segun el sentir de los Padres y de los intérpretes, sino el Evangelio? Y en efecto, por esta divina ley es por la que Dios reina en nosotros, y ella es tambien la que nos dispone para reinar un dia con Dios en el cielo. Doblemente, pues, se llama reino de los cielos, ya porque establece en nuestro corazon un imperio todo celestial, que es el imperio de Dios, y ya tambien porque nos da derecho á un reino celestial, que es la herencia de los hijos de Dios. Pues bien, este reino de los cielos, esta ley evangélica, dice el Salvador del mundo, es semejante á un grano de mostaza, ¿y por qué? Por dos razones que el mismo Hijo de Dios nos ha marcado expresamente en las palabras de mi texto, á saber, por su pequeñez y por su extension: por su pequeñez en su origen, *quod minimum quidem est omnibus seminibus*; y por su extension en su acrecentamiento y progreso, *cum autem creverit, majus est omnibus olivibus*. Esto es, segun la aplicacion que hace san Jerónimo de esta parábola á la ley cristiana, que como entre todos los granos, uno de los mas pequeños antes de sembrarlo es la mostaza, así de todas las religiones no ha habido ninguna, considerándola en su nacimiento, mas oscura que la ley de Jesucristo, ni mas débil en la apariencia; mas, añade este santo Doctor pa-

ra acabar la comparacion, del mismo modo que el grano de mostaza desde que se le arroja á la tierra y echa raíces crece en seguida, se fortifica, arroja ramas, produce hojas, lleva frutos, se eleva en fin á la altura de un árbol, y sirve de abrigo á las aves del cielo, *et fit arbor ita ut volucres cæli habitent in ea*; del mismo modo se vió el Evangelio, predicado por Jesucristo en la Judea, pasar de allí por medio de los Apóstoles á las naciones, someter á todos los pueblos bajo su dominacion espiritual, abolir el culto de los falsos dioses, y hacerse la ley dominante del uno al otro polo. Ley perpétua, que una dichosa sucesion de siglos ha conservado hasta nosotros, á pesar de todas las revoluciones humanas, y que la misma tradicion debe conservar hasta el fin de los tiempos; ley que hemos recibido nosotros, mis amados oyentes, y que profesamos; ley donde están encerradas nuestras mas grandes esperanzas, y que es la sola regla que debemos proponernos en todo el plan de nuestra vida. Es, pues, importante, para unirnos cada dia mas á esta ley, que conozcamos sus gloriosas prerogativas, y de esto es de lo que os voy á hablar en este dia. Quererlas recorrer todas seria un trabajo infinito y fuera de los límites que me están señalados. Limitémonos, pues, á nuestra parábola, y en ella encontraremos motivos para ensalzar el Evangelio, y que servirán al mismo tiempo para instruirnos; pero sea despues de dirigirnos á la Vírgen que nos ha dado el divino Legislador cuya doctrina seguimos, y á quien estamos sometidos por la fe; digámosla con el Ángel: *Ave María*.

2. Solo Dios es el que puede por sí mismo santificar las almas y convertirlas, porque solo Dios es el santo por sí mismo y el principio de toda santidad, así como solo él es el que tiene en sus manos el corazon de los hombres, y le da la impresion que le agrada por las secretas operaciones de su gracia. Dos caracteres que ha comunicado á su ley evangélica, y que, sin otra prueba, nos hacen conocer suficientemente que esta es una ley divina. Dos preeminencias que expresa perfectamente la parábola de este pequeño grano que un hombre sembró en su campo, y en las que notamos una doble cualidad, quiero decir, una cualidad sana y una cualidad fuerte al mismo tiempo. La una que nos figura la santidad incorruptible de la ley cristiana en las reglas de conducta que nos propone, y en la perfeccion á que nos llama; y la otra que nos representa la fuerza victoriosa y omnipotente de esta misma ley en la conversion del mundo entero, y en los progresos inconcebibles que ha hecho en él, á pesar de todos los obstáculos que debian ha-

ber detenido su curso. Dos prerogativas, en fin, muy singulares del Evangelio de Jesucristo comprendidas en dos palabras del real Profeta cuando nos dice que la ley del Señor es pura y sin tacha: *Lex Domini immaculata* (Psalm. XVIII); y que por una virtud que le es peculiar, y que ejerce sobre las almas, ella las atrae á Dios y las convierte: *Convertens animas*. Santidad de la ley cristiana, fuerza de la ley cristiana; ved aquí la materia y la division de mi discurso. Santidad que hace de la ley cristiana una ley perfecta é irrepreensible; esto es lo que os voy á demostrar en la primera parte. Fuerza que sobrepuja á toda la naturaleza, y que ha hecho que la ley cristiana desde su principio haga las mas prodigiosas conquistas; este será el objeto de la segunda parte. En la primera juzgaremos de la ley evangélica por lo que es en sí misma, y en la segunda por lo que puede y por lo que ha hecho. De la una y de la otra deduciré yo que esta es una ley celestial, que viene de Dios, y que solo Dios es su autor: *Lex Domini immaculata convertens animas*. Vosotros mismos lo deduciréis conmigo, mis amados oyentes, si me escuchais con un espíritu recto y desapasionado, y si me prestais toda la atencion que os pido.

Primera parte.

3. Sí, cristianos, la ley de Jesucristo es una ley santa, y para convencerlos de ello consideradla en todas sus partes: examinadla en su autor, en sus máximas, en sus consejos, en los que la profesan, en sus misterios; y en todo esto no la tengais por verdadera, sino en cuanto os parezca santa. Porque la santidad no puede tener otro fundamento que la verdad, y la verdad es siempre el principio de la santidad. ¡Testimonio ilustre, cristianos, en favor de nuestra Religion! *Cum ad aliquid pervenitur quod est contra bonos mores* (san Agustin es el que habla), *non est magnum veram sectam à falsa discernere.* (August.). Cuando en una secta se descubren desórdenes en materia de costumbres, no es difícil demostrar que parte de un principio falso; pero se presume que viene de Dios cuando solo se encuentra en ella inocencia y pureza de vida. Sirvámolos de esta regla para reconocer hoy la verdad de la ley cristiana, y juzguémosla por la santidad de su Autor.

4. El autor de esta divina ley es Jesucristo, el Mesías enviado por Dios, que sin hablar de la uncion de su divinidad fue tenido por el mas justo y el mas santo de los hombres, cuya vida fue tan

ra que quiso él mismo someterla á la crítica de sus mas crueles enemigos: *Quis ex vobis arguet me de peccato?* (Joan. viii); contra quien toda la Sinagoga se conjuró, y sin embargo no pudo presentar dos testimonios conformes: *Et non erant convenientia testimonia* (Marc. xiv); quien recibió una declaracion auténtica de su inocencia, de la boca misma del juez que pronunció la sentencia de su muerte: *Nullam invenio in eo causam* (Joan. xviii); en fin, aquel cuyas virtudes sobrehumanas fueron publicadas por los que estaban mas interesados en oscurecer su gloria: *Vere Filius Dei erat iste*. (Matth. xxvi). Ved aquí el que nos ha dado la ley que profesamos. Las otras religiones que dividen hoy el mundo han tenido por autores hombres impíos transformados en profetas; unos dioses, como el paganismo, mas corrompidos que los mismos hombres que los adoraban; un Mahoma manchado con toda clase de impurezas, como la secta que lleva su nombre; y para no olvidar los herejes, que con sus herejías han alterado la pureza de la ley, los cónstatas de profesion, un Lutero, infame por sus incestos, que hacia gala y se alababa de lo mismo que sus mas celosos partidarios tenían vergüenza de no poder negar por él. Ved aquí el que alvino llamaba el apóstol de la Alemania. ¿Qué no podria yo decir del mismo Calvino?

5. ¡No quiera Dios que yo me ocupe de sus personas ni de su memoria! Si fueran dos personas privadas que hubiesen sido arrastradas por el torrente de la herejía, yo sé las reglas de discrecion y de decoro que les debia guardar. Mas como se ha pretendido que estos eran dos hombres que Dios habia llenado de su espíritu para emplearlos en la reforma de la Iglesia, es por consiguiente justo que les conozcamos: los Padres lo han hecho así cuando se trató de los heresiarcas. ¿Y es creible que Dios haya escogido para reformar su Iglesia dos hombres de este carácter?

6. Mas ocupémonos de otra cosa, y para sacar de un asunto tan grande toda la edificacion y todo el fruto que Dios quiere que hagamos, veamos cuáles son las máximas de la ley que hemos recibido de Jesucristo. Es cierto que los enemigos de este divino Salvador hicieron todos los esfuerzos para desacreditarle como á un hombre que pervertia el pueblo, y cuya doctrina corrompia las costumbres; pero tambien es cierto que esta fue la mas grosera y mas vana de todas las calumnias. Yo he predicado públicamente, dijo él á Caifás, que le interrogaba sobre este punto, y jamás he dogmatizado en secreto: preguntad á aquellos que me han oido,

porque ellos saben lo que he dicho. Nosotros lo sabemos, cristianos, porque él nos ha hecho los depositarios de estas verdades sagradas, y tenemos entre las manos el monumento precioso de su ley. Tres capítulos de san Mateo forman su resúmen y su compendio: no hay mas que compararlos con todo lo que la moral pagana ha producido en todos tiempos para ver la diferencia sensible que hay entre el espíritu de Dios y el del hombre. La ley cristiana es admirable, decia en otro tiempo, Lactancio; ella es la que ha ilustrado todas las leyes de la naturaleza, la que ha dado la última perfeccion á todas las leyes divinas, la que ha autorizado á todas las leyes humanas, y la que ha destruido todas las leyes del vicio y del pecado: cuatro capítulos que son para ella otros tantos elogios, y que merecian otros tantos discursos. Ella es la que ha ilustrado todas las leyes de la naturaleza, interpretándolas en toda su pureza, y purificándolas de todos los errores con que la ignorancia ó el libertinaje de los hombres las habia oscurecido. Se ha dicho á vuestros padres (así es como Jesucristo hablaba á los judíos), se ha dicho á vuestros padres: No seréis homicidas; mas yo os anuncio que cualquiera que diga á su hermano una palabra de cólera ó de desprecio será condenado en el juicio de Dios. Vuestros padres creyeron que el odio de un enemigo y la venganza eran permitidas, y yo os lo prohibo. Se les dijo que el perjurio era un crimen, y yo quiero que toda clase de juramentos os esté prohibida. ¿Eran estos preceptos nuevos que establecia el Hijo de Dios? No, dice san Agustin, porque en todo tiempo jurar sin necesidad habia sido faltar al respeto que se debe á Dios; hacerse justicia por su propia mano habia sido siempre contra la razon, y jamás habia sido permitido desear una satisfaccion que no era lícito tomar. Pero estas leyes que Dios habia grabado en el corazon del hombre con caracteres de fuego, como dice el real Profeta, se fueron borrando insensiblemente, y la ley cristiana vino á renovarlas. Ella es la que ha dado la última perfeccion á todas las leyes divinas, cambiando la circuncision de la carne en la del espíritu; haciendo que los efectos de la penitencia reemplazasen á sus ceremonias; santificando el sacerdocio por medio de la continencia para hacerle mas digno de los altares; erigiendo el matrimonio en sacramento para que no pudiese ser violado sino por una especie de sacrilegio; reduciéndole á aquella severidad de disciplina, es decir, á aquella unidad y á aquella indisolubilidad á la que estuvo reducido en su primera institucion, y despojándolo de todo aquello que Dios en la antigua

ley habia concedido á la dureza de corazon de los judíos. La misma ley de Jesucristo es la que autorizó todas las leyes humanas, pues además de la obligacion civil y política de observarlas, les añadió otra de conciencia que es inviolable, y que permanece siempre, pues que hace respetar á los superiores legítimos, no solo en cualidad de hombres, sino como lugartenientes y ministros de Dios; pues que ella sostiene su autoridad, no solo cuando son cristianos y fieles, sino aun cuando fuesen paganos é idólatras; no solo, dice san Pedro, cuando ellos son virtuosos y perfectos, sino aun cuando estuviesen llenos de vicios; no solo cuando son dulces y agradables, sino aun cuando fuesen soberbios y molestos, pues que, exceptuando aquello que es positivamente contra Dios, ella quiere que sean obedecidos como Dios mismo, no separándose jamás de estos dos principios: *Regem honorificate, Deum time.* (II Petr. II). Temed á Dios y honrad á las potestades; y advirtiéndonos sin cesar que el un principio está fundado sobre el otro. En fin, ella es la que ha destruido todas las leyes del pecado, que siendo infinito el número de ellas, su mayor gloria es que no existe una que no repruebe y condene; fulminando su anatema contra la injusticia, sea cualquiera la persona que la cometa; no respetando en esto ni clase ni condicion; no teniendo consideracion á costumbre ni á posesion; sin acomodarse á la debilidad ni al interés, y sin ceder ni aun á la mas apremiante de todas las necesidades, que es la de la muerte: *Ne moriendi quidem necessitati disciplina nostra connivet.* (Tertul.).

7. ¿Pueden las religiones paganas gloriarse de las mismas ventajas? Vosotros lo sabeis, cristianos; vosotros no podeis ignorar que el carácter por el cual se distinguieron ellas fue el de tolerar y permitir todos los crímenes; y no solamente permitirlos y tolerarlos, sino aprobarlos y canonizarlos, y por decirlo así divinizarlos; no habiendo reconocido, dice muy bien san Agustin, á los dioses viciosos y lascivos sino bajo este aspecto, á fin de que cuando sus adoradores se sintiesen excitados al mal considerasen mas bien lo que su Júpiter habia hecho que lo que Caton habia enseñado: *Ut magis intuerentur quid fecisset Jupiter, quam quid sensuisset Cato.* (August.). Circunstancias todas de que los mismos paganos se horrorizaban, no pudiendo sufrir, dice Arnobio, por determinados que estuviesen á obrar el mal, que esto se hiciese por motivo de religion; y la mayor parte al menos de aquellos que pasaban por sá-

bios hubieran querido mejor vivir sin religion que reconocer por verdadera una que no les obligaba á ser mejores.

8. Esto mismo sucede en las herejías; porque Dios, dice san Epifanio, ha permitido siempre que los errores en la fe hayan sido seguidos de la corrupcion y depravacion de las máximas que miran á las costumbres, á fin de que esto mismo sirva para distinguirlos. La herejía del pasado siglo parece haber sido en esto mas circunspecta y mas prudente, porque desde un principio adoptó el nombre de reforma; mas si ella afectó este nombre, tal vez no le hagamos ninguna ofensa en decir que fue una de las que mas se apartaron de la verdad, y tal vez podamos tambien, sin insultarla y sin imputarle otra cosa que sus propias máximas, desengañarla y convencerla por ellas mismas. Porque nosotros solo vamos á presentarle el lenguaje de sus primeros pastores para mostrarle la ilusion de la vana reforma que ella se atribuyó; y no podrá negar que estos falsos ministros predicando á los pueblos les daban con frecuencia estas lecciones. Poned cuidado, hermanos míos, les decian; se os ha hecho entender que las buenas obras son necesarias para salvarse; pues se os ha engañado, porque ellas son inútiles para la salvacion. Se os ha dicho que el justo debe vigilar continuamente sobre sí mismo para no perder la gracia; esto es falso, porque una vez conseguida la gracia, no se pierde jamás por crímenes que se cometan. Se os ha hecho creer que teneis una libertad para resistir á las tentaciones; esto es un error, no hay en nosotros libertad alguna; este es un término que nada significa. Se os ha educado en el temor á los juicios de Dios; este temor es criminal y reprobado. Se os ha predicado la penitencia como necesaria, y yo os declaro, decia Calvino, que por la gracia del Bautismo todos vuestros pecados cometidos y por cometer están desde entonces perdonados. Se os ha persuadido de que era necesario trabajar mucho para ganar el cielo, nada de eso; creed y seréis justificados, esto basta. Por lo demás, desechad esas supersticiones importunas con que estais ligados. ¿Sois sacerdotes? Renunciad al celibato, nosotros os autorizamos para ello. ¿Sois religiosos? Abandonad vuestra profesion, y os recibiremos entre nosotros. Mas yo he prometido á Dios continencia: esa promesa es loca é impía, respondia Lutero. ¿Os pesa el yugo de la confesion? Sacudidlo con firmeza, y salid de esa esclavitud. ¿Estais obligados al ayuno de la Cuaresma? Esta es una invencion de los hombres. Pero la Iglesia lo manda. Dejad hablar

á la Iglesia, ella no tiene autoridad alguna para ligar vuestras conciencias. Pero es necesario obedecerla como á nuestra madre. Sí, por ceremonia y por política, pero no bajo pena de pecado. Estos eran, en una palabra, los dogmas de creencia y de moral que ellos divulgaban, y yo me creeria culpable en añadirles cosa alguna. Decidme, pues, mis amados oyentes, si la verdad y la pureza de la ley cristiana podia acomodarse á todo esto.

9. No, sin duda; y si queremos conocer todavía mejor esta santa ley, veamos hasta dónde ha llevado la perfeccion de sus consejos. ¿Qué otra cosa significa esa pobreza evangélica que nos propone, y que no solo nos desnuda de toda afeccion á los bienes de la tierra, sino que nos despoja tambien de toda posesion? Si quereis ser perfectos, dijo el Hijo de Dios al jóven del Evangelio, id, vended todo lo que teneis, dad su precio á los pobres, y entonces os hallaréis en estado de seguirme, y de llegar á la mas alta santidad de mi ley. ¿Qué significa esa renuncia voluntaria á todos los placeres de los sentidos; qué esa mortificacion y ese amor á la cruz que nos hace en cierto modo enemigos de nosotros mismos hasta el punto de privarnos voluntariamente de todas las dulzuras y de todos los consuelos de la vida, hasta el punto de perseguirnos sin cesar á nosotros mismos, hasta hacernos morir á nosotros mismos, no con esa muerte natural que Dios no ha hecho depender de nosotros, sino con una muerte interior y espiritual? ¿Qué otra cosa es esa humildad heróica que nos hace huir del brillo y los honores del siglo, con tanto cuidado y con tanto ardor cuanto emplea el mundo en hacérselos buscar; que nos hace amar la abyeccion, la oscuridad, el desprecio, los ultrajes; que llenaba de gozo á los Apóstoles cuando en las prisiones, en las plazas públicas, en presencia de los magistrados se les cubria de ignominia y de oprobios? ¿Qué otra cosa es esa total abnegacion de lo que tenemos de mas amado, que es nuestra propia voluntad y nuestra libertad, de tal modo que no somos ya dueños de nuestros deseos ni de nuestras resoluciones, sino en una dependencia total y bajo el yugo de la obediencia mas absoluta y estrecha? ¿Qué virtudes tan prodigiosas! Y una vida así santificada, ¿no es, segun la expresion de san Ambrosio, un evidente testimonio de la Divinidad? *Testimonium Divinitatis vita christiani.* (Ambr.).

10. Ved aquí, mis amados oyentes, lo que se llama la moral cristiana, en la que los infieles, segun refiere san Agustin, no hallaban otra cosa que reprender, sino que era demasiado santa y de-

masiado perfecta: *Videmur iis christianis res humanas paulo plus quam oportet deserere.* (August.). Reprension mil veces mas ventajosa y mas gloriosa para ella que todos los elogios que le hubiesen podido tributar; mas esta ley tan recta en sus máximas y preceptos, tan pura y elevada en sus consejos, tan santa en su autor, ¿lo es tanto, proporcionalmente, en los que la profesan? ¡Ah! cristianos, aprended aquí lo que debeis ser, ó mas bien, confundíos por lo que no sois. Ser cristianos es lo mismo que ser santos. No hay mas que leer en san Lucas cuál era la vida de los primeros fieles, cuando no formaban todavía mas que una especie de comunidad en Jerusalem. No hay mas que ver en Tertuliano cuáles eran sus asambleas cuando principiaron á multiplicarse. No hay mas que considerar sus costumbres y sus prácticas en la excelente obra que compuso san Agustin. ¿Diréis vosotros que aquellos cuyos caractéres traza eran solo hombres mortales, y no puros espíritus ó Ángeles? No hay mas que atender á lo que Eusebio testifica, á saber, que los mismos idólatras se veían obligados á reconocer que solo entre los cristianos habia verdadera santidad. Testimonio, añade el mismo, que lo dieron principalmente despues de haber probado su caridad en una peste que asoló toda la armada romana bajo el emperador Valeriano, donde ellos vieron á los fieles emplearse en asistir á sus propios enemigos con tanto celo como si hubiesen sido sus hermanos segun la caridad ó segun la fe. ¿Qué espíritu les animaba entonces? ¿Era un espíritu propio y peculiar de cada uno de ellos? No, sino que era el espíritu universal de la ley cristiana: ellos eran tales por espíritu de Religion; este fue el que convirtió á aquel bravo y generoso soldado que fue despues el ornamento del desierto, el ilustre Pacomio, y este era el que atraia todos los dias al Evangelio un número casi infinito de personas dignas, cuando ellas fijaban la atencion en los maravillosos frutos de santidad que producía el Cristianismo. Y es tan cierto, como decia Tertuliano tratando de la misma materia que yo trato, que se puede juzgar de una creencia por la conducta de los que la profesan: *De genere conversationis qualitas fidei aestimari potest* (Tertul.), que uno de los grandes argumentos en favor de una doctrina es la vida irrepreensible de los que la siguen: *Doctrinæ iudex disciplina* (Id.); esto es, cuando la vida y la creencia son conformes, y la una es la regla de la otra. Porque sería discurrir mal, advierte san Agustin, concluir en favor del paganismo por la razon de que algunos sábios paganos observaban ciertas virtudes morales, pues que al practicarlas no se conformaban de modo al-

güno con su religion; y no sería menor injusticia declararse contra la religion de Jesucristo bajo el pretexto de que hay cristianos cuya vida es desarreglada, pues que ni esto es conforme á los principios de la fe que profesan, ni ellos obran como cristianos. Nosotros no negamos, dice Salvien, que haya entre nosotros algunos muy libertinos y muy corrompidos; pero afirmamos que la ley cristiana no es responsable de su libertinaje ni de su corrupcion, porque ella es la primera en acusarlos como prevaricadores, la primera y la mas celosa en condenarlos y en desecharlos.

11. Mas, por el contrario, cuando yo veo en el cuerpo de la Iglesia tantas virtudes y tanta santidad; cuando me remonto á aquellos dichosos tiempos en que la ley del Evangelio estaba todavía en todo su vigor, y veo las almas que habia formado, los sentimientos que les inspiraba, el fervor con que les animaba, y el grado de perfeccion á que les elevaba; cuando de siglo en siglo despues de Jesucristo desciendo hasta nosotros, y veo esa multitud innumerable de perfectos cristianos, es decir, de hombres irrepreensibles que santificaron los desiertos, los claustros, las cortes de los príncipes y todos los Estados del mundo; cuando, á pesar de lo pervertido que está el siglo en que vivimos, veo yo los mismos ejemplos en todos aquellos que quieren permanecer fieles á la misma ley (porque los hay; y por pocos que sean, es bastante para hacernos conocer el espíritu de la ley que los gobierna); cuando yo veo en las prelaturas de la Iglesia pastores verdaderamente apostólicos, en el sacerdocio ministros dignos del Dios vivo, en el celibato vírgenes consagradas á la pureza, en el matrimonio padres piadosos que inspiran la piedad á sus familias, en todas las profesiones personas arregladas, celosas, caritativas, pacientes, desinteresadas, enemigas del desórden y de la injusticia, dispuestas á emprenderlo todo por el honor de Dios, á hacerlo todo por el servicio del prójimo, y sufrirlo todo y perdonarlo todo por el bien de la paz, que observan en todos los negocios una conducta sábia, recta y equitativa, porque en todos ellos se conducen por las reglas de la fe; cuando veo tantas Órdenes florecientes, y su disciplina tanto mas exacta y mas severa, su observancia tanto mas rigurosa y mas santa, cuanto mas se aproximan á la santidad del Evangelio; cuando, repito, tengo todo esto delante de los ojos, ¿no tendré derecho para hacer el mismo razonamiento que Tertuliano, y sacar la misma consecuencia: *De genere conversationis qualitas fidei æstimari potest: doctrinæ*

judex disciplina? ¿Por qué una ley toda santificante no debe ser ella misma toda santa?

12. Es necesario confesar al menos, cristianos, que esta ley de una perfeccion tan sublime en su moral es al mismo tiempo de una credibilidad muy difícil en sus misterios. Una Trinidad, un Hombre-Dios, cien otros artículos de nuestra fe, aquí es donde el espíritu se pierde, y esto es lo que reclama la mas ciega sumision. Pero escuchad la bella reflexion de Guilielmo de París que conviene admirablemente á mi objeto. Si nuestra razon es recta, dice este santo Obispo, y si ella busca verdaderamente el bien, no dejará de encontrar en todos estos misterios una ventaja inestimable. Y es que cuanto mas elevados son estos misterios, tanto mas á propósito son para elevarla á Dios; que ellos producen el maravilloso efecto de cautivar nuestro espíritu bajo la obediencia de la fe, perfeccionando por el mismo hecho nuestros corazones por los deberes de santidad que nos imponen; que si ellos son oscuros en sus principios, al menos en sus consecuencias están llenos de las mas puras luces de la gracia. En efecto, si yo creo la Encarnacion divina, aunque no la comprenda, ¿no me será ya evidente que el mas importante de todos los negocios es la salvacion, pues que por su misma importancia pudo hacer que el Hijo de Dios descendiese del cielo á la tierra; que yo no debo por consiguiente perdonar cosa alguna por conseguir la salvacion, en vista de que un Dios, que no estaba tan interesado en ella como yo, se perdonó tan poco á sí mismo por asegurármela; que no es justo que mi salvacion haya costado tanto á un Dios que por su infinita misericordia quiso encargarse de ella, y no me cueste nada á mí que es á quien esta grande obra interesa personalmente; que el mejor ó mas bien el único modelo que puedo proponerme para conseguirla es este mismo Salvador que me ha enseñado los medios y me ha trazado el camino todavía mas con sus ejemplos que con sus palabras; que debo por consiguiente seguirle en todo, imitarle en todo, representar en mí mismo todas sus virtudes; que independientemente de mi interés el solo reconocimiento debia bastar para unirme á Dios, que me ha amado hasta el punto de cargar con todas mis miserias, y que por el solo motivo de manifestarle mi amor deberia yo hacerme fiel á sus órdenes, someterme totalmente á su voluntad, y cumplir su ley en toda su extension y en toda su perfeccion? Notad, cristianos, cuántas lecciones nos da un solo misterio; ¿qué seria si se examinasen todos juntos? ¿No

tenia san Pedro motivo suficiente para decir en su segunda epístola que nuestros misterios no son fábulas estudiadas é inventadas por escritores profanos, como lo eran los misterios del gentilismo: *Non enim doctas fabulas secuti* (II Petr. 1); sino que son misterios prácticos que nos conducen á la satisfaccion de nuestras costumbres, á la huida del pecado y á la observancia de la justicia?

13. Concluyamos, pues, con el Profeta, que la ley del Señor es pura y sin tacha: *Lex Domini immaculata*. Es una ley santa; y ¿de qué especie de santidad? Sigamos este punto. De una santidad sólida, que ataca el vicio hasta en sus raíces, hasta en sus mas lejanos principios, y que establece la virtud sobre fundamentos sólidos é indestructibles. De una santidad activa, que no se contenta con sentimientos ni con palabras, sino que pide obras. De una santidad absoluta, que no deja escapar un solo punto de la ley, porque segun la misma ley solo se necesita la transgresion de un solo punto para hacernos criminales y dignos de una reprobacion eterna. De una santidad sábia, que nada exige que no sea equitativo, razonable y practicable. De una santidad fuerte, á quien no detienen las dificultades, á quien las contradicciones no acobardan, á quien no admiran los mayores sacrificios. De una santidad paciente, que en los dolores mas sensibles, en las injurias mas punzantes, en los accidentes mas enojosos, en las desgracias y adversidades de la vida se sostiene contra las murmuraciones de los sentidos, contra los ímpetus de la cólera y de la venganza, contra la afliccion del corazon y el abatimiento del espíritu. De una santidad religiosa para con Dios, sumisa á Dios, celosa por la gloria de Dios, dulce y afable respecto del prójimo, previsora y bienhechora, siempre vigilante sobre sí misma y severa consigo misma, desnuda de todos los afectos de la carne, mas alta que los intereses y la fortuna, mas alta que la ambicion, que la reputacion y que toda consideracion humana, independiente de los caprichos y de los genios, de los enfados y disgustos, fija é inmóvil en el deber, porque es el deber, y entregada invariablemente al bien, porque es el bien, y porque se debe buscar en todo el bien. Tal es, mis amados hermanos, la santidad del Cristianismo, en que por la gracia del Señor hemos nacido y al que hemos sido elevados. Tales son sus caracteres; y si esta pintura os deslumbra, creedla, sin embargo, porque es verdadera, y léjos de haberle aumentado algun rasgo, me he visto obligado á suprimir muchos por no cansar vuestra atencion.

14. Confesemos, pues, cristianos, que de todos los motivos que

nos hacen reconocer la verdad de nuestra Religion no hay ninguno que nos convenza mas que este. San Agustin decia que muchas cosas le retenian en la Iglesia de Dios : *Multa me in Ecclesia justissima retinent.* (August.). El consentimiento de las naciones en recibir la fe, la autoridad de los milagros, la antigüedad de la tradicion, la sucesion de obispos desde san Pedro, el nombre de católica que ha llevado siempre la Iglesia entre tantos cismas y herejías, todo esto le fortificaba poderosamente en la creencia que habia abrazado, y no era por cierto un espíritu frívolo que se dejaba llevar de ligeras apariencias, y que se sometia sin haber hecho antes un detenido exámen. Mas yo añado que la santidad de la ley de Jesucristo tiene todavía cierta cosa mas particular que arrebató mi corazón. Porque yo digo con el abate Ruperto : Supuesto que es necesario profesar una religion, ¿puedo acaso elegir una mas segura que aquella que encuentro tan bien establecida sobre el fundamento de las virtudes, tan santamente ordenada por el ejercicio de las buenas obras, tan perfectamente limpia de todas las impurezas del vicio? Una ley como esta es sin duda la obra de Dios, porque el demonio no puede sugerir una cosa tan santa. Pues aunque el demonio se disfraza muchas veces, dice Casiano en su tercera conferencia, aunque el espíritu de tinieblas imita muchas veces el poder y la fuerza de Dios con aparentes milagros, la sabiduría de Dios con falsas revelaciones, la justicia de Dios con los males que causa en el mundo y con los efectos de su malicia, no puede imitar la santidad y la pureza de costumbres, ó al menos no lo puede hacer constantemente. Este es el rasgo inimitable para él en la ley de Jesucristo; y por este rasgo se ha reconocido siempre esta divina ley.

15. Vos sois, Dios mio, quien nos la habeis dado, y vuestro Hijo único el que nos la ha enseñado, y nosotros con una obediencia filial nos sometemos á este divino Legislador, á quien Vos habeis autorizado. Él nos propone una ley tan pura y tan irreprochable, que no podemos desecharla. Tan perfecta es, que seríamos injustos en quejarnos, porque no puede serlo lo bastante para honrar á un Dios tan grande como Vos, tan santo como Vos, tan perfecto como Vos : lo que nos confunde, Señor, es que reconociendo tanta santidad en esta ley, reconocemos tan poca en nosotros mismos; lo que nos ruboriza es que estando sometidos á ella segun el espíritu, la profesamos tan mal en la práctica; y que apenas nos atrevemos á llamarnos sus discípulos, porque tememos ser desmentidos por nuestras acciones. Estas máximas nos parecen terri-

bles porque condenan todas nuestras obras ; y en efecto no ignoramos que segun esta ley hemos de ser juzgados, que ya no nos es posible rehusarla, y que ya no se podrá decir de nosotros lo que decia san Pablo de los infieles : *Quicumque enim sine lege peccaverunt, sine lege peribunt.* (Rom. 11). No pecamos nosotros sin ley como ellos, porque tenemos una; y el mismo Salvador que nos la trajo del cielo en la plenitud de los tiempos, y que para esto vino á habitar entre nosotros, y se humilló hasta nosotros, volverá al fin de los siglos con todo el aparato de su justicia y con todo el esplendor de su majestad para pedirnos cuenta de ella. Ved aquí, Dios mio', lo que nos hace esta ley tanto mas formidable, cuanto mas santa es. Pero, por terrible que ella sea para nosotros, no dejamos por eso de conocer que es digna de Vos ; y esto lo conocemos por la razon misma que nos la hace temible. Porque estando nosotros llenos de iniquidad, como lo estamos, para que ella sea santa es necesario que esté en oposicion directa con nosotros, pues si se acomodara á nosotros, no seria mas que una ley de desórden y de corrupcion. Si en esto nos engañamos, ó Dios mio', permitidme que os lo diga con uno de vuestros mas celosos servidores, Vos seréis el que nos habréis hecho caer en el error ; Vos seréis responsable de nuestro extravío, y á Vos es á quien tendremos derecho de acogernos, porque cuando una religion es toda santa lleva precisamente los caractéres de vuestra divinidad. Sí, Dios mio ; aun cuando mi creencia no fuera tan verdadera como es, me bastaria sin embargo para consolarme saber que es santa, y yo me lisonjearia siempre de haber seguido la parte de la verdad, en el hecho de haber seguido la de la santidad. Yo descansaria siempre en el concepto de que vuestra providencia, á quien pertenece conducirme, no me habia hecho encontrar nada mejor, y en vista de que todos los otros caminos conducen al libertinaje, y solo este que yo he seguido me retendrá en el deber y me llevará á la práctica de todas las virtudes. No solo no temeria que vuestra justicia me castigase por haber abrazado una profesion tan santa, sino que esperaria que, si hay recompensas que esperar, serian para mí, porque solo la inocencia de corazon y el ejercicio de la virtud son los que pueden aproximarnos á Vos, y los que deben ser coronados en la gloria. Pues bien, yo encuentro todo esto en la religion de mi Salvador. Gocemos, cristianos, de estas ventajas, y digamos á Dios con san Pedro : *Etiámsi oportuerit me mori tecum, non te negabo.* (Matth. xxvi). No, Señor, aunque sea necesario ar-

rostrar la muerte, yo no abandonaré jamás vuestra ley; porque en ella encuentro, y en ninguna parte mas, mi reposo, mi perfeccion, mi felicidad. Fuera de ella mi espíritu estaria siempre vacilante, mi vida siempre desarreglada; yo no tendria ningun fin que terminara mis esperanzas, ni cosa alguna sólida con que acallar mis deseos. Á la santa ley de Jesucristo es á la que debo y quiero adberirme inviolablemente; yo reconozco en ella la obra de Dios, no solo por su santidad, *lex Domini immaculata*; sino tambien por la fuerza sobrenatural y divina que ha manifestado en su establecimiento y en la conversion del mundo, *convertens animas*. Prestadme de nuevo vuestra atencion para la

Segunda parte.

16. El mas sábio de los hombres, Salomon, juzgó en otro tiempo que tres cosas habia en el mundo muy difíciles de adivinar, y que él tenia otra absolutamente impenetrable al espíritu humano, á saber, el camino de una nave en el mar: *Tria sunt difficultia mihi, et quartum penitus ignoro, viam navis in mari.* (Prov. xxx). Vosotros os admiraréis, cristianos, de la interpretacion que da san Ambrosio á este pasaje; pero tanto como tiene de extraordinaria, tiene de ingeniosa. Esta nave, dice, es la Iglesia, cuya imágen es la barca de san Pedro, y el camino de esta nave que navega por el mar es el camino que ha tenido la Iglesia para establecerse en medio de las olas y de las persecuciones. En efecto, añade este santo Doctor, yo no veo nada que me sorprenda mas; y cuando considero todas las circunstancias, todos los principios, todos los medios, todos los obstáculos, todos los sucesos de su establecimiento, destubro de una manera tan sensible la fuerza y la virtud de Dios, que no puedo dejar de publicarla y de exclamar: *Et quartum penitus ignoro, viam navis in mari.*

17. Todos los Padres han estado elocuentes en este punto, y han empleado sus mas bellas luces para darnos alguna idea de él; aunque al fin han reconocido que esta materia era superior á sus talentos. No dejemos sin embargo de aprovecharnos de algunos de sus discursos; y para entrar desde luego en la materia de que se trata, mis amados oyentes, cuando Jesucristo á la edad de treinta años despues de una vida oscura y escondida quiso al fin manifestarse al mundo, y principió á predicar una ley nueva, ¿qué pretendia? ;Esto es admirable! No se trataba menos que de formar un

mundo totalmente nuevo, de abolir las supersticiones mas antiguas que la memoria de los hombres, en que los pueblos cifraban toda su felicidad, que conservaban como la herencia de sus padres, por las que habian peleado con mas ardor que por sus propias vidas, y de que hacian el fundamento de sus repúblicas y de sus Estados. Era necesario hacerles renunciar á los errores que el uso de casi todos los siglos habia autorizado, que se encontraban apoyados en el ejemplo de todas las naciones, que favorecian todos los intereses de la naturaleza, y cuya posesion no podia ser turbada sin turbar casi todo el universo. Ved aquí lo que se necesitaba destruir; pero ¿qué era lo que se trataba de establecer? Una ley austera é incómoda, una fe ciega, una religion contraria á todas las inclinaciones de la carne. ¿Qué empresa! ¿Y qué se necesitaba para llevarla á efecto? Era necesario exponerse á tener por enemigos á todos los poderosos de la tierra, á la sabiduría de los políticos, á la autoridad de los soberanos, á la crueldad de los tiranos, al celo de los idólatras y á la impiedad de los ateos.

18. Si, pues, pregunta sobre esto san Agustín, Jesucristo antes de dar el primer paso y de poner en ejecucion su grande empresa lo hubiera comunicado á uno de los filósofos de aquel tiempo, hombre de saber y de consejo, y le hubiera hablado de este modo: Yo quiero, á pesar de todas las contradicciones, introducir mi doctrina en el mundo, yo quiero que sea recibida en él, que florezca en él, que reine en él y que se extienda por todo él. Y porque Roma es la capital del universo, allí es donde particularmente pienso establecerla. Esta famosa y soberbia ciudad es la que elijo desde ahora para hacerla el centro de mi religion, y de silla que es del imperio, la silla principal de mi Iglesia. Todas las deidades habitan en ella como en su casa y en su templo; y yo pretendo arrojarlas de allí y dominar solo. ¿Qué hubiera respondido á este razonamiento, y qué hubiera pensado de este proyecto un sábio del mundo? Y si el mismo Jesucristo le hubiera añadido que para llevar á cabo todo esto no queria valerse de ninguno de los medios que la prudencia humana acostumbra emplear para estas grandes é importantes empresas; que para ello no contaba con crédito, ni con riquezas, ni con sabiduría, ni con elocuencia, y que únicamente contaba para la publicacion de su doctrina con doce pobres pescadores, sin letras, sin ciencia, sin apoyo, ¿no hubiera este filósofo, dice san Agustín, calificado la tal empresa de quimera y de locura? Ved aquí, sin embargo, cristianos, lo que sucedió, y esta es la mara-

villa que vemos. Esto es lo que ha llenado de admiracion á todos los grandes hombres cuando lo han considerado atentamente y sin preocupacion. Esto es lo que hacia decir á Pico de la Mirándola, que era una gran locura no creer en el Evangelio : *Magna insania est Evangelio non credere.* (Pic. Miran.). Esta es tambien la razon de que se valia san Agustin para refutar con una sutileza admirable á ciertos herejes que dudaban de la resurreccion de los muertos. El Hijo de Dios, les decia, ha anunciado que los muertos deben resucitar ; esto os parece increíble , pero al mismo tiempo ha anunciado otra cosa que parece ser todavía menos creible , y es, que este misterio de la resurreccion será creido por todo el mundo. De estas dos cosas, la que parecia ser menos creible, ha sucedido ya, porque se cree por toda la tierra que los hombres han de resucitar un dia : ¿por qué, pues, concluia él mismo, no habeis de creer la otra que juzgais ser la menos creible, esto es, la resurreccion misma?

19. Solamente la ley de Jesucristo es la que se ha establecido por unos principios mas altos que la razon humana, y donde es necesario recurrir á una virtud sobrenatural. Ella sola es, dice san Jerónimo, la que se ha sostenido en las persecuciones : *Sola in persecutionibus stetit Ecclesia.* (Hieron.). Ella sola para quien la sangre de los Mártires, segun la expresion de Tertuliano, fue como una fecunda semilla : *Sanguis Martyrum semen christianorum.* (Tertul.). Dios mismo nos habia representado este milagro de la propagacion del Cristianismo en los hebreos esclavos, en quienes la Escritura ha notado que cuanto mas se esforzaban los egipcios en oprimirlos, á fin de extinguir su raza, tanto mas se aumentaban ellos en fuerza y en número, sin hacer otra cosa que sufrir : *Quanto opprimebant eos, tanto magis multiplicabantur et crescebant.* (Exod. 1).

20. ¡Qué recuerdo, cristianos, se me representa, y qué escena pasa delante de mis ojos! Yo veo al universo entero conjurado contra Jesucristo y contra su ley: el infierno le suscita por todas partes enemigos para destruirla, los emperadores dan edictos, los magistrados pronuncian sentencias, los verdugos preparan los cadalsos y las hogueras; ¿y qué hará para resistir á tan violentos esfuerzos y vencer una tempestad tan furiosa una pequeña porcion de personas entregadas como víctimas en manos de sus perseguidores? ¡Ah! Señor, si ellos no pueden hacer nada por sí mismos, Vos lo haréis todo por ellos, y en su favor emplearéis esa virtud divina que nunca resplandece tanto como en nuestra enfermedad. Si vues-

tra ley hubiera sido atacada menos violentamente, ó si hubiera tenido defensores mas poderosos, habria menos motivo para creer que Vos habeis sido su apoyo; y para conocer que sois su autor era necesario que todos los grandes de la tierra conspirasen contra ella; era necesario que aquellos que la defendian, léjos de empuñar la espada para defenderse, solo tuviesen, segun vuestras órdenes, un báculo en la mano; se necesitaba, en fin, que destituida de todo el auxilio de los hombres, abandonada en cierto modo á sí misma y á su propia debilidad, triunfase sin embargo, y obligase á todos á someterse á su obediencia. Era necesario, en fin, que todos los pueblos conociesen que era vuestra ley, y que la abrazasen. ¿Y quién podrá, en efecto, dejar de reconocerlo así en los prodigiosos sucesos que acompañaron su fundacion? Todo se encadena contra los predicadores de la fe y contra sus discípulos: se les prende, se les carga de cadenas, se les encierra en los calabozos, se les crucifica, se les extiende sobre ruedas, se les hace perecer por el hambre y por la sed, por el hierro, por el fuego y por todos los demás tormentos, y sin embargo la ley que ellos profesan subsiste, se extiende, hace diariamente nuevas conquistas, llega hasta las extremidades de la tierra, todo lo encadena, todo lo somete, y se hace recibir y respetar de todo el mundo: *Quanto opprimebant eos, tanto magis multiplicabantur et crescebant.* ¿Qué mas? Ella convierte en sus defensores á sus mismos enemigos. Aquellos que la perseguian con mas ardor, y que querian anonadarla, se hacen los mas celosos en declararse por ella, en defenderla y en obedecerla. Ella convierte hasta los mismos verdugos, hasta los tiranos y hasta las testas coronadas: *Tanto magis multiplicabantur et crescebant.*

21. ¿De qué hablamos, mis amados oyentes? ¿Es de los sucesos de la Iglesia naciente, cuando estaba aun en toda su fuerza y en el vigor de su primer espíritu? ¿Para qué es necesario remontarse tan alto? ¿No tenemos aun en el dia de hoy evidentes testimonios de este milagro? Todos los otros cesaron, porque la fe, dice san Gregorio, echó raíces demasiado fuertes para que tuviese ya necesidad de esos socorros extraordinarios; pero la Providencia ha querido conservar el milagro de la propagacion de la Iglesia, porque este debía ser el carácter distintivo de la verdadera religión. Nosotros lo vemos, y como san Jerónimo se congratulaba en otro tiempo con una señora romana de que el Serapis de Egipto se habia hecho cristiano, de que los frios de la Escitia habian sido deshechos por los ardores de la fe, de que los humnos habian apren-

dido á cantar las alabanzas de Dios: *Hymni psalterium cantare norunt* (Hieron.); así es que por poco animados que estemos del espíritu de nuestra Religión, y por poco que nos intereseamos por ella, no podrémos menos de bendecir al cielo al ver que la Iglesia ha hecho en estos últimos tiempos mayores progresos tal vez que habia hecho desde su fundacion; al ver que se ha hecho señora de todo el Nuevo Mundo; al ver que los bárbaros del Norte, abandonando sus brutales supersticiones, han recibido su santa ilustracion; al ver que los pueblos mas civilizados de Oriente y los mas afectos á sus leyes acuden diariamente en tropel para someterse á las de la Iglesia; al ver que los idólatras desde las mas apartadas regiones vienen á Roma á reconocer su dominio universal; al ver que los mas grandes imperios del universo, contra sus máximas fundamentales, le han abierto al fin sus puertas, y que continuamente se ven nacer en ellos iglesias florecientes en virtudes y en méritos.

22. Y ¿cómo se hace todo esto? Este es el prodigio, cristianos, que os he presentado cien veces, que vosotros habeis admirado cien veces, y que la sabiduría humana debe reconocer necesariamente. Por los medios mas débiles en apariencia, por medios que, no solo parece no guardar proporcion alguna con los sucesos que admiramos, sino que son al parecer totalmente opuestos; por los mismos medios que Jesucristo empleó y que nos dejó como en herencia: esto es, por las cruces, los sufrimientos, las afrentas, las prisiones, la muerte, y por todo aquello que han sufrido y sufren actualmente tantos hombres apostólicos. Con tales armas han triunfado de toda la fuerza del infierno, han desterrado la idolatría, han destruido los templos de los dioses falsos, han domado el orgullo de las naciones y han convertido millones de infieles: ó mas bien, ¿es á ellos á quienes deben atribuirse semejantes cambios? ¿No será mas bien á la ley misma que anunciaban? ¿Y de quién sino de Dios pudieron haber recibido tal virtud?

23. Por esto es por lo que un profeta ilustrado é iluminado por Dios, dirigiéndose á la Iglesia bajo el nombre de Jerusalem, la felicitaba con estas magníficas palabras: *Surge, illuminare, Jerusalem, quia gloria Domini super te orta est* (Isai. lx): Levantaos y dejaos ver de toda la tierra, dichosa Jerusalem, porque el Señor os ha coronado de su gloria y revestido de su fuerza omnipotente. *Leva in circuitu oculos tuos, et vide.* (Ibid.). Echad una mirada en derredor vuestro, y ved á todos los pueblos reunidos junto á vos y humillados delante de vos. Ellos han venido de todas las partes del mun-

do para someterse á vuestro imperio. Miradlos del Oriente y del Occidente, vedlos tambien del Septentrion y del Mediodía. No hay region alguna, no hay comarca, por lejana que sea, que no reconozca vuestro supremo dominio: *Omnes isti congregati sunt, venerunt tibi.* (Ibid.). ¡Ah! gloriosa madre, estos no son solamente hombres que vienen á rendiros homenaje, son además vuestros hijos, son los frutos de vuestra maravillosa fecundidad; recibidlos en vuestro seno: *Filii tui de longe venient, et filiae tuae de latere surgent.* (Ibid.). ¡Qué multitud! ¡qué affluencia! ¡qué de triunfos y qué de conquistas! ¡Qué consuelo tan grande para vuestro corazon! Gozaos en vuestra dicha, y glorificad al soberano Señor, cuya gracia victoriosa se ha hecho sentir mas allá de los mares, y ha obrado en favor vuestro tantas maravillas: *Tunc videbis et afflues, et mirabitur et dilatabitur cor tuum, quando conversa fuerit ad te multitudo maris, fortitudo gentium venerit tibi.* (Ibid.).

24. Lo repito, mis amados oyentes, sola la religion de Jesucristo es la que lleva consigo este carácter de verdad. Porque ¿quién ignora cómo se han extendido por el mundo las herejías? ¿Quién ignora que esto ha sido casi siempre por la violencia, por el hierro y por el fuego; sacudiendo el yugo de una obediencia legítima, y llevando por todas partes la desolacion? ¿Quién no sabe que las religiones paganas solo se establecieron por la licencia de costumbres que fomentaban, concediéndolo todo á la naturaleza corrompida, y consagrando hasta los mas vergonzosos desórdenes? ¿Queréis la prueba? Pues oidla. La prueba de esto es que las sectas filosóficas que se levantaron contra los vicios, y que se propusieron corregirlos, tuvieron un éxito desgraciado en su empresa. Ellas hicieron un poco de ruido, y nada mas. ¿Y por qué? Porque estos sábios del siglo, por un lado no se acomodaban á las inclinaciones viciosas y naturales de los hombres, y por otro nada podian ofrecer que fuera superior á la misma naturaleza; por esto decia el cardenal Pedro Damian que toda su capacidad se desvaneció en presencia de Jesucristo, cuya sabiduría fue como la vara de Aaron, que devoró á todas las de los magos de Egipto. Los grandes genios, añade san Agustin, que fueron los maestros de la filosofia, luego que se les ha comparado con Jesucristo han desaparecido. Aristóteles enseñó la moral, Pitágoras tambien la enseñó, Zenon hizo lo mismo; mas pongámosles en paralelo con el Hombre-Dios, comparemos sus máximas con las del Evangelio, y esta comparacion los hará desaparecer. Mientras los considereis solos, os parecerá al-

go lo que ellos dicen ; mas luego que les opongais la doctrina del Evangelio no encontraréis en su moral mas que vanidad. Así es que san Jerónimo decia : ¿Quién es el que lee hoy los libros de estos filósofos? Apenas vemos ocuparse en eso á los mas ociosos ; en vez de que la doctrina de Jesucristo se predica por todo el mundo, y que todo el mundo habla de aquella fe que publicaron unos pobres pescadores : *Rusticanos vero piscatores miseros, totus orbis loquitur, universus mundus sonat.* (Hieron.).

25. ¿Qué conclusion, cristianos! porque ya es tiempo de concluir ; y mi asunto me llevaria demasiado léjos, si quisiera presentarlo en toda su extension. Mas para concluir no debo omitir algunas consecuencias, que os ruego no olvideis, y que servirán de instruccion tanto para vosotros como para mí. Estas las reduciré á cuatro, y las comprenderé en cuatro palabras, á saber : reconocimiento, admiracion, reflexion y resolucion. Estadme atentos.

26. Reconocimiento, ¿y para con quién? ¿Podemos ignorarlo, Señor? ¿No seria la ingratitud mas monstruosa no reconocer el mayor de vuestros beneficios? Sed, pues, eternamente bendito, ó Dios mio ; Vos sois y solo Vos el que habeis fundado esta Iglesia donde nosotros debemos encontrar nuestra salvacion, Vos el que la habeis enriquecido con vuestros dones, Vos el que la habeis animado con vuestro espíritu, Vos el que la habeis revelado vuestras verdades y le habeis dado vuestra ley ; y todo esto solo para apartarnos de las sombras de la muerte en que está sepultado el mundo, y para conducirnos á la bienaventuranza, á la que, por una bondad inestimable, os habeis dignado llamarnos. Esta es una gracia general ; mas lo que miramos como una gracia mucho mas particular y mas preciosa sois Vos mismo, Dios mio, que en el Cristianismo, donde hemos tenido la dicha de nacer, nos habeis elegido, nos habeis ilustrado especialmente, nos habeis enseñado vuestros caminos, nos habeis provisto de los mas abundantes auxilios para caminar por ellos. Sin esta eleccion de vuestra parte, sin esta predileccion gratuita, ¿qué seríamos hoy? ¿En qué tinieblas no estaríamos sepultados? Ninguno otro que Vos, Señor, ha podido hacer de nosotros este discernimiento tan dichoso que nos distingue de tantas naciones infieles ; y reconociéndonos indignos de tal beneficio vivimos tanto mas reconocidos á vuestra infinita misericordia.

27. Admiracion, ¿y de qué? ¿No lo veis vosotros, amados oyentes? ¿No es, en efecto, muy admirable que la fe, desde el na-

cimiento del Cristianismo, haya convertido al mundo entero, y que teniendo al presente la misma virtud no pueda convertirnos? esto es, que haya hecho pasar al mundo entero de la idolatría al culto del verdadero Dios, y que del seno mismo de la Iglesia no convierta á Dios tantos pecadores; que nos les haga volver del estado del pecado al servicio de Dios; que no los haga penitentes á los ojos de Dios, y mas fieles y mas celosos en la observancia de su santa ley. Ved aquí sobre lo que quiere Dios que seamos predicadores de nosotros mismos. ¿No es admirable que una ley tan eficaz para tantos otros lo sea tan poco para mí? Porque, ¿qué cambio, qué conversión, qué reforma de vida ha hecho ella en mi conducta? Si yo hubiera tenido la desgracia de haber nacido en las tinieblas del paganismo, ¿seria mas mundano, mas voluptuoso que lo soy ahora? ¿Me dejaria entonces arrastrar á excesos mas vergonzosos, y viviria en mayor desarreglo de costumbres? ¿No es admirable que una ley que ha humillado á los monarcas y á los potentados de la tierra, que les ha inspirado el desprecio de todas las pompas mundanas, no haya moderado todavía esta ambicion desmesurada que me consume, ni desterrado de mi corazon estas vanas ideas de gloria, de fortuna, de engrandecimiento que me ocupan sin cesar, y á las que yo sacrifico tan frecuentemente mi conciencia y mi salud? ¿No es admirable que una ley que ha hecho abrazar la pobreza evangélica á tantos ricos, y que por una renuncia perfecta de los bienes temporales les ha despojado de todo lo que poseían, no haya extinguido todavía este ardiente deseo de amontonar y acumular riquezas? ¿Cesaria yo acaso de hacerme convenciones, si quisiera recorrer todos los motivos que tengo para ello? ¿No es admirable que una ley que ha dado á tantos cristianos valor y firmeza bastante para confesarla en presencia de los magistrados y para comparecer ante sus tribunales, no me haya emancipado aun de la esclavitud en que me tiene una vergüenza baja y criminal siempre que me es necesario confesar públicamente á Dios, y elevarme sobre los discursos del mundo? Ellos se ponian en peligro de perder la vida cuando se manifestaban como cristianos, y sin embargo este peligro no los acobardaba; y yo, que solo me expongo á tener que sufrir algunas palabras, no me atrevo á ello. ¿No es admirable que una ley que ha sostenido tantos mártires en las penalidades del destierro, en los rigores del cautiverio, en el horror de los suplicios mas crudos, no me haya preparado aun para sufrir con paciencia ciertas adversidades, no me haya en-

señado á practicar ciertos ejercicios de penitencia, no me haya enseñado á observar los deberes de mi religion con mayor constancia y fidelidad? Ved aquí, pues, lo que debe causar nuestra admiracion. ¿Y esta admiracion carece de fundamento? ¡Ah! cristianos, ¿qué podremos decirnos á nosotros mismos sobre este particular para justificarnos, y qué podremos responder á Dios? Mas esto no es bastante.

28. Reflexion : ¿de qué nos sirve profesar una ley cuya virtud es omnipotente, si respecto á nosotros es inútil y sin efecto? ¿De qué nos sirve que esta ley haya triunfado de todas las potestades de la tierra y del infierno, si no triunfa de nuestras flaquezas? Tantos milagros, tantos prodigios, tantas conversiones, ¿para qué otra cosa nos sirven que para nuestra confusion, para nuestra conviccion y para nuestra condenacion? ¡Ah! mis amados oyentes, ¿no comprenderemos jamás tan importantes verdades? La ley cristiana tiene poder suficiente para convertirnos y santificarnos; este es un artículo de fe: si, pues, ella no lo hace, no es á ella á quien debemos imputarlo, pues que ha hecho cosas mucho mayores. No solo puede convertirnos y santificarnos la ley cristiana, sino que es necesario que nos convierta y nos santifique; y esto por dos razones: en primer lugar, porque sin ella no podemos convertirnos verdaderamente y santificarnos; en segundo lugar, porque sin la conversion y la santificacion de nuestra vida no podemos salvarnos. Finalmente, la ley cristiana no nos convertirá ni nos santificará jamás mientras nos dejemos gobernar por otra ley, porque, siendo ella una ley divina, quiere estar sola en las personas que la reciben y á quienes gobierna. Por consiguiente, el pretender poner de acuerdo la ley de Dios con las leyes del mundo, su espíritu con el espíritu del mundo, sus máximas con las máximas del mundo, es un misterio que jamás han comprendido los Santos, es un secreto que el Evangelio no nos enseña, es una ilusion que pierde á una infinidad de medio cristianos, y que nos perderá á nosotros. No, nosotros no tenemos sino un maestro á quien escuchar que es Jesucristo. Si escuchamos á otros además de él, si despues de haber sentido los movimientos de su gracia en el fondo de nuestro corazon, despues de haber oido su doctrina de boca de los predicadores, queremos todavía dar oidos al mundo, que quiere tomar parte en todas nuestras acciones, y que querrá asimismo arreglar hasta nuestras mas santas prácticas, entonces destruimos con una mano lo que edificamos con la otra, y hacemos una division que Dios reprueba.

29. Resolución : supuesto que la ley cristiana tiene tanta eficacia y tanta fuerza, dejémosla obrar en adelante, y no detengamos mas su virtud ; secundémosla con una perfecta correspondencia, y resolvámonos á vivir como ella nos manda. Muy pronto conoceremos lo que puede, y veremos á dónde nos conduce. ¿Qué progresos no hubiéramos hecho al presente si la hubiéramos seguido, y á qué altura no nos hubiera elevado ya? Muchas cosas que nos parecen imposibles, porque las medimos con nuestras propias fuerzas, las hubiéramos emprendido con valor, las hubiéramos ejecutado felizmente, porque ella nos hubiera ayudado. Esto es, Dios mío, lo que Vos me haceis conocer en este día, y esto es lo que me inspira la resolución de entregarme sin reserva á vuestra ley. Que ella mande, y yo obedeceré ; que ella me haga conocer vuestra voluntad, y yo la cumpliré ; que ella me marque el camino, y yo marcharé por él. Es verdad que este camino es estrecho y que está sembrado de espinas ; mas con la virtud de la ley que me guiará y me sostendrá venceré todas las dificultades. Las espinas de esta vida se convertirán en flores, ó al menos, despues de los trabajos de esta vida, llegaré al dichoso término del reposo eterno, que os deseo á todos. Amen.

SERMON

SOBRE EL DEBER DE LOS PADRES

CON RESPECTO

Á LA VOCACION DE SUS HIJOS.

Et dixit mater ejus ad illum: Fili quid fecisti nobis sic? Ecce pater tuus et ego, dolentes quarebamus te. Et ait ad illos: Quid est quod me quarebatis? nesciebatis, quia in his, quae Patris mei sunt, oportet me esse? Et ipsi non intellexerunt verbum quod locutus est ad eos. (Luc. viii).

Y le dijo su madre: Hijo, por qué lo has hecho así con nosotros? Mira como tu padre y yo, angustiados te buscábamos. Y les respondió: ¿Para qué me buscábais? ¿No sabiais que en las cosas que son de mi Padre me conviene estar? Mas ellos no entendieron la palabra que les habló.

1. Tal fue la respuesta que el infante Jesús dió á María cuando, despues de haberle buscado por espacio de tres dias, le encontró en el templo de Jerusalem. Respuesta que podría sorprendernos y parecernos tal vez demasiado severa y fuerte, si no supiésemos que toda ella era misteriosa. En efecto, el Hijo de Dios, dice san Ambrosio, reprendió á su madre en esta ocasion, porque parecia que ella queria disponer de su persona, y atribuirse un cuidado que no le pertenecia. Así lo ha creido este santo Doctor; mas como esta opinion, cristianos, no es muy conforme con la alta idea que tenemos de la irrepreensible santidad de la Madre de Dios, debemos modificar el pensamiento de san Ambrosio y limitarnos á decir que en el ejemplo de María quiso el Salvador del mundo dar á los padres una excelente leccion de la conducta que debian seguir con respecto á sus hijos, sobre todo en lo que mira á la eleccion del estado á que Dios los llama. Este pensamiento, mis amados oyentes, es de mucha importancia; y á pesar de lo limitado que parece, vosotros sin embargo le veréis tan general y tan extenso en la importante moral que pienso deducir de él, que en toda esta reunion habrá pocos á quienes no pueda convenir, y á quienes no pueda edificar.

2. Es muy conveniente descender alguna vez á las condiciones particulares de los hombres para aplicarles las reglas universales de la ley de Dios. Pues bien, esto es lo que yo haré hoy. Porque explicando á los padres lo que deben á sus hijos, y á los hijos lo que deben á sus padres en uno de los mas importantes negocios de la vida, que es el de la vocacion y el del estado, haré comprender á todos los que me escuchan lo que es la vocacion, qué máximas deben seguirse sobre la vocacion, qué es lo que se debe temer en lo que se llama vocacion, qué es lo que se debe evitar y lo que se debe procurar. Para esto necesito de la gracia del Espíritu Santo: pidámosla por la intercesion de su divina Esposa, á quien saludarémos con el Ángel: *Ave María*.

3. ¿No es extraño, cristianos, que María y José, como lo nota san Lucas en las mismas palabras de mi texto, no comprendiesen el misterio, ni entendiesen al Hijo de Dios, cuando para darles razon de lo que habia hecho en el templo les dice que su deber le obligaba á ocuparse de las cosas que su Padre le habia encargado? Que José no hubiese comprendido bien el sentido de esta respuesta no me sorprende tanto, pues por muy ilustrado que pudiera estar por su frecuente é íntima comunicacion con Jesucristo no era necesario que conociese todos los misterios de la Encarnacion divina. Pero lo que debe admirarnos es, que María, despues de haber recibido la plenitud de todas las gracias y de todas las luces celestiales, despues de haber concebido en su seno al Verbo encarnado, haya parecido ignorar uno de los puntos mas esenciales de la mision de este Hombre-Dios y de su venida al mundo. No nos detengamos, mis amados oyentes, á esclarecer esta dificultad, y dejemos á los intérpretes el cuidado de resolverla; porque otra consideracion es la que debe ocuparnos ahora, y la que pide toda nuestra atencion.

4. En efecto, si María y José no comprendieron lo que les decia el Salvador de los hombres respecto á los empleos á que estaba llamado por su Padre, ¿no es cierto que la mayor parte de los padres en el Cristianismo no han comprendido nunca bien sus obligaciones mas indispensables con respecto á disponer de sus hijos, cuando se trata del estado y de la vocacion? Esto por consiguiente es de suma importancia que se les explique, y ved aquí lo que yo intento en este discurso. Prestadme atencion. Yo no quiero entrar en el interior de vuestras casas; yo no pienso daros reglas para gobernarlas segun la sabiduría del mundo; vosotros me diríais, y con razon, que esto no era propio de mi ministerio. Mas si en el

gobierno de vuestras familias hay alguna cosa en que la Religion y la conciencia estén interesadas, ¿no me pertenece á mí instruiros en ella? Pues bien, sabed que en este punto hay dos cosas en que no estais bastante instruidos, y que sin embargo os es no solamente útil, sino de una necesidad absoluta aprender bien. Escuchadlas. Yo os digo que no os pertenece disponer de vuestros hijos en lo que hace relacion á su vocacion y á la eleccion de estado. Y añado al mismo tiempo que sois responsables á Dios de la eleccion que ellos hacen y del estado que abrazan. Á primera vista parece que estas dos proposiciones se contradicen; mas lo que sigue os hará ver que está en perfecta armonía. Dios no quiere que por vosotros mismos y por vuestra propia autoridad impongais á vuestros hijos el estado que deben abrazar. Esta es la primera parte. Y Dios no obstante os pedirá cuenta del estado que vuestros hijos abracen. Esta es la segunda parte. Estas dos proposiciones formarán la division de mi discurso y el objeto de vuestra atencion.

Primera parte.

5. Á nadie mas que á Dios pertenece disponer absolutamente de la vocacion de los hombres, y á solos los hombres pertenece determinar, cada uno segun Dios le inspire, lo que tiene relacion con la eleccion de estado y con la vocacion. Este principio es uno de los mas incontestables de la moral cristiana. De aquí deduzco yo que un padre cristiano no puede hacerse árbitro de la vocacion de sus hijos sin cometer dos injusticias evidentes: la primera contra el derecho de Dios; la segunda en perjuicio de sus mismos hijos: la una y la otra sujetas á las consecuencias mas funestas respecto á la salvacion. Ved aquí el punto que debo yo desenvolver ahora, y ved aquí tambien las pruebas.

6. He dicho que solo á Dios pertenece disponer de la vocacion de los hombres; ¿y por qué? Porque él es el primer Padre de todos los hombres, y porque sola su providencia puede cumplir un cargo tan importante como este. Estas son dos grandes razones que da sobre este punto el angélico doctor santo Tomás. Si yo soy padre, decia Dios por el profeta Malaquías, ¿dónde está el honor que me es debido? *Si Pater ego sum, ubi est honor meus?* (Malach. i). Es decir, para aplicar á mi objeto la reconvenccion que hacia el Señor á su pueblo, si yo soy Padre con preferencia á todos los otros, ¿dónde está el respeto que se me debe por serlo? ¿Dónde está el distin-

tivo de esta paternidad soberana, si los otros padres me la disputan, y si no dispongo de aquellos á quienes he dado el ser, para colocarlos en el estado y en la condicion que me agrada? Tú, ó hombre, tomas á tu cargo el hacerlo; ¿y quién te ha dado el poder para ello? En una familia de que yo no te he confiado mas que la simple administracion te constituyes en árbitro, y lo dispones todo segun tu voluntad. Tú destinás al uno para la Iglesia y al otro para el mundo; á esta para tal alianza, y á la otra para la Religion; y es necesario, dices, que esto se haga así, porque están tomadas las medidas para ello. Mas ¿con qué justicia hablas así? Luego yo no tengo de padre mas que el nombre, pues que tú te atribuyes todo el poder. Es por consiguiente en vano que alguna vez me digas que tus hijos son mas míos que tuyos; porque si así es, no es á tí sino á mí á quien pertenece la principal y mas esencial direccion de sus personas. Añadid á esto, cristianos, la reflexion de san Gregorio papa, que no solo es Dios el primer padre de todos los hombres, sino que es el solo padre que reconocen los hombres segun el espíritu; y por consiguiente que á él y no á los otros es á quien pertenece ejercer sobre los espíritus y sobre las voluntades de los hombres aquella superioridad de direccion ó mas bien de imperio que constituye el empeño de la vocacion.

7. Cuando la madre de los Macabeos vió á sus hijos entre las manos de los verdugos sufrir con tanta constancia, les dijo unas hermosas palabras que leemos en la Escritura. ¡Ay! mis amados hijos, exclamó, no soy yo quien os ha dado una alma tan heroica: ese espíritu tan generoso que os anima no ha sido formado de mi sustancia; del soberano Autor del mundo es de quien lo habeis recibido: *Neque enim ego spiritum et animam donavi vobis.* (II Mach. vii). Yo soy vuestra madre segun la carne; pero la parte mas noble de vosotros, que es el espíritu, es obra inmediata de Dios. Así les habló esta santa mujer. Y de aquí se sigue, cristiano auditorio, que Dios solo tiene el derecho de señalar á los hombres su vocacion y su estado; ¿y por qué? Porque en esto es en lo que consiste propiamente el dominio que él tiene sobre las almas. Un padre puede en el mundo disponer de la educacion de sus hijos, puede disponer de sus bienes y de sus patrimonios; mas de sus personas, esto es, de lo que respecta á la eleccion de estado, no pertenece sino á Vos, ó Dios mio, decia el mas sábio de los hombres, Salomon: no pertenece sino á Vos que sois el árbitro; este un derecho que os está reservado: *Tu autem cum magna reverentia disponis nos.* (Sap. xii).

Expresion admirable que encierra un sentimiento todavía mas digno de ser notado : *Cum magna reverentia*. Porque es como si dijese : Vos no habeis querido, Señor, que la disposicion de nuestras personas estuviese en manos de nuestros padres carnales, y que ellos fuesen los árbitros. Vos habeis previsto que no usarian de esta facultad con la consideracion y el respeto que merecen nuestras personas. Y en efecto, Dios mio, nosotros vemos que cuantas veces ellos se entrometen en estas funciones siempre es con miras indignas de la grandeza del objeto y del negocio de que se trata. Porque aquí solo se trata de formar almas cristianas y de ponerlas en el camino que las ha de conducir á la salvacion ; y ellos no obran mas que por miras bajas y carnales, por el vil interés, y por no sé qué máximas del mundo corrompido y reprobado : les interesa poco que su hijo abrace el estado que le es propio, con tal de verlo en el que á ellos les agrada, en el que sea mas conforme con sus planes y con su ambicion ; cuidando de todo, menos de la persona de que disponen ; y por un desórden muy criminal y muy comun acomodan la eleccion del estado, no á las cualidades de aquel que lo abraza, sino al deseo del que le obliga á abrazarlo. Y bien, ¿ no es esto hollar el respeto debido á las criaturas, y principalmente á las criaturas racionales ? Mas Vos, Señor, que sois el Dios de las virtudes, *tu autem dominator virtutis* (Sap. xii), Vos nos tratais mucho mas honrosamente : porque al disponer de nosotros no consultais mas que á nosotros mismos ; y al ver cómo obra en esto vuestra providencia se dirá en cierto modo que ella nos respeta : *Cum magna reverentia disponis nos*.

8. Convengamos, cristianos, en que solo de Dios es de quien debe depender y nacer nuestra eleccion con respecto á las diferentes profesiones de la vida. ¿ Y por qué pensais vosotros, pregunta san Bernardo, que tantos estados como hay en el mundo, y que dividen la sociedad, sean otras tantas vocaciones, y lleven en efecto el nombre de tales ? ¿ Por qué nosotros decimos que tal persona tiene vocacion por el siglo, tal por el claustro, tal por el foro, y tal por la política ? ¿ Qué quiere decir esto, sino que cada uno es llamado á aquel estado particular que Dios le ha señalado en el consejo de su sabiduría ? ¿ Por qué los Padres de la Iglesia en su moral han mirado como una ofensa tan grave abrazar un estado sin la vocacion de Dios, sino porque cualquiera otro que no sea aquel en que Dios quiere colocarnos no es conveniente para nosotros, y porque estamos fuera del lugar que debemos ocupar, cuando no es Dios el

que nos ha conducido á él? Sobre lo cual yo prosigo y discurro de este modo: Si todos los estados del mundo son otras tantas vocaciones del cielo; si hay una gracia acomodada á todos estos estados; para llamarnos á ellos segun las órdenes de Dios; si es un daño muy grave para la salvacion tomar un estado sin esta gracia, no debe un padre conducir á él á sus hijos, y mucho menos obligarlos; y será el mayor abuso si esto lo hace por la violencia y por la fuerza. Porque al fin un padre no es el distribuidor de vocacion entre su familia. Esta gracia no está en su mano para darla á quien quiera, ni cómo quiera. No depende de él que esta hija sea llamada al estado de religiosa ó del matrimonio; y la designacion de estado que él hace es un atentado contra el dominio soberano de Dios. ¿Por qué? porque siendo toda vocacion una gracia, no es sino Dios el que la puede comunicar; y pretender disponer de ella al arbitrio de otro es hacer una injuria á la gracia misma, y arrogarse un derecho que solo es propio de la Divinidad.

9. En efecto, cristianos, para aplicar debidamente á los hombres á un empleo, y para señalarles con seguridad el estado que les conviene, se necesita nada menos que una sabiduría y una providencia infinita. Pues bien, esta sabiduría y esta providencia tan extensa no la ha concedido Dios á los padres para con sus hijos; y como él solo posee los conocimientos necesarios para este fin, me atrevo yo á decir que hubiera faltado en su modo de obrar, si hubiera confiado este cuidado á otro cualquiera que á sí mismo. Vosotros me preguntaréis por qué un padre no puede creerse bastante ilustrado y bastante sábio para disponer la vocacion de su hijo. Escuchad una de las mayores verdades de la moral cristiana. Nada tiene tanta relacion con nuestra felicidad como la vocacion á un estado, y al estado es á quien está con frecuencia unido todo el negocio de la salvacion: ¿y por qué? porque el estado es el camino por donde Dios quiere conducirnos á la salvacion; porque los medios de salvacion que Dios ha resuelto darnos no nos han sido concedidos sino en conformidad á nuestro estado; porque fuera del estado la providencia de Dios no está obligada á sostenernos por las gracias especiales que aseguran la salvacion, y sin las cuales es muy difícil llegar á este dichoso término.

10. Y lo que es necesario notar bien, como una consecuencia de estos principios, es que lo que mas contribuye á nuestra salvacion no es precisamente la santidad del estado, sino la conformidad del estado con los designios y las miras de Dios, que nos lo ha

señalado y nos ha hecho entrar en él. Mil se han salvado en la Religión, y este debía perderse; mil se han perdido en el mundo, y aquel debía salvarse: *Oh altitudo!* ¡oh abismo de la sabiduría de Dios! Pero reflexionemos. ¿Qué necesitaria, pues, un padre para tener derecho de disponer de la vocacion de sus hijos? Yo nada exageraré, mis amados oyentes; vosotros sabeis la obligacion que tengo de decir la verdad tal como la concibo, sin ir nunca mas allá. ¿Qué necesitaria un padre, repito, para prescribir á su hijo la vocacion que debe seguir? Para esto era necesario que conociese los caminos de su salvacion, que entrase en el secreto de su predestinacion, que supiese el orden de las gracias que le están preparadas, las tentaciones de que será acometido, las ocasiones de ruina en que se encontrará empeñado; era necesario que penetrase en lo futuro para ver los acontecimientos que podrán cambiar las cosas presentes; que leyese hasta en el corazon de su hijo, para descubrir en él ciertas disposiciones ocultas que no se descubren exteriormente. Porque sobre el conocimiento de todo esto está fundado el derecho de señalar á los hombres su vocacion; y cuando Dios llama á cualquiera, emplea para ello el conocimiento de todo esto. Mas ¿dónde hay un padre sobre la tierra que tenga el menor de estos conocimientos? ¿Y no es por consiguiente una temeridad insostenible en un padre la de querer constituirse árbitro de la vocacion y del estado de sus hijos? ¿No es esto atribuirse la sabiduría misma de Dios, lo cual es un crimen, ó emprender con solo la sabiduría de un hombre lo que pide una sabiduría sobrenatural y divina, empresa que no puede graduarse sino de locura?

11. Esto es hablando en general; mas entremos en los pormenores. Yo sostengo que la conducta de un padre es igualmente injuriosa á Dios, sea que disponga de sus hijos para una vocacion santa en sí misma, sea que disponga de ellos para el mundo. Estadme atentos. Vuestra intencion, decís, es la de establecer un hijo en la Iglesia, proveerlo de beneficios, y aun ligarlo, si es necesario, en las sagradas órdenes. He dicho, si es necesario, porque fuerá de esta necesidad no se tendria el cuidado de pensar en ello, y vosotros sabréis bien cuál es esta necesidad. Apenas ha nacido este hijo cuando ya la Iglesia es su patrimonio; y puede decirse de él, aunque en un sentido bien opuesto, lo que está escrito de Isaías, que desde el vientre de su madre fue destinado al altar; y no por una vocacion divina, como el Profeta, sino por una vocacion humana: *Ab utero vocavit me.* (Isai, XLIX). Á la verdad, mis amados oyentes,

¿es esto obrar como cristianos, y tratar con Dios como se debe tratar con un señor y un soberano? Qué, ¿será necesario que Dios pase por vuestra eleccion, ó que se vea reducido, por decirlo así, á recibir estos hijos á las mas altas funciones de la Iglesia, porque esto os acomoda y entra en vuestros intereses? ¿Qué diriais (este es el pensamiento de san Basilio), qué diriais de un hombre que quisiera obligaros á recibir en vuestro servicio á los criados ó domésticos que á él le pareciese? ¿No recibiria las gracias de vosotros al haceros la proposicion? Y vosotros por una presuncion aun mas atrevida ¿llenaréis la casa de Dios de aquellos que se os antoje? ¿Distribuiréis en ella los destinos y las dignidades á vuestro gusto?

12. Ved aquí, sin embargo, lo que sucede continuamente entre los cristianos. Esta no es solamente la práctica de algunos padres; es una costumbre de todas las familias y una especie de ley. Ley dictada por el espíritu del mundo, esto es, por un espíritu ambicioso ó interesado. Ley reconocida universalmente en el mundo, y contra la cual apenas se permite á los predicadores levantar su voz. Ley asimismo tolerada comunmente por aquellos que deberian dedicarse con mayor celo á abolirla, por los directores espirituales mas arreglados y mas rígidos en apariencia, por los doctores mas severos en su moral, y que mas afectan serlo ó parecerlo. Ley, en fin, seguida ciegamente por los hijos que no conocen aun sus perniciosas consecuencias, que no tienen resolucion bastante para oponerse á la voluntad de sus padres, y que se encuentran en la triste necesidad de entrar en el camino que se les ha abierto, y de marchar por él. Este hijo segundo no tiene la suerte de la primogenitura; y sin examinar si Dios lo reclama ó lo acepta, se le entrega. Este primogénito no ha sido al nacer muy favorecido de la naturaleza, y carece de ciertas condiciones para sostener la gloria de su nombre; sin consideracion á los designios de Dios sobre él, se piensa, por decirlo así, en degradarlo, se le rebaja al lugar de hijo segundo, se le sustituye á aquel, y para esto se le arranca un consentimiento forzado, y se hace empleando el artificio y la violencia, las caricias y las amenazas. La colocacion de esta hija seria difícil; sin otro motivo, este es bastante para dedicarla á la Religion. Mas ella no tiene vocacion á este género de vida; es necesario que la tenga, porque no hay otro partido que tomar para ella. Pero Dios no la quiere en este estado; es necesario suponer que la quiere, y hacer como si la quisiera. Mas ella no tiene señal alguna de vocacion; es una señal bastante grande las circunstancias presentes de los negocios y la ne-

cesidad. Mas ella misma confiesa que carece de la gracia de vocacion; esta gracia la tendrá con el tiempo y cuando esté en un lugar á propósito para recibirla. Entre tanto se conduce esta víctima al templo atada de piés y manos, quiero decir, con la disposición de una voluntad forzada, la boca muda por el temor y el respeto de un padre que ella ha honrado siempre. En medio de una ceremonia brillante para los espectadores que asisten á ella, pero fúnebre para la persona que es su objeto, se la presenta al sacerdote, y se hace un sacrificio que, muy léjos de glorificar á Dios y de agradarle, se hace execrable á sus ojos y provoca su venganza.

13. ¡Ah cristianos, qué abominacion! ¿Deberá causarnos admiracion, despues de esto, si vemos familias enteras castigadas con la maldicion divina? No, no, decia Salvien con una santa ironía, nosotros no estamos ya en el tiempo de Abrahan, en que los sacrificios de los hijos hechos por los padres eran acciones raras. Nada es mas comun en la actualidad que los imitadores de este santo Patriarca. Y aun se le sobrepuja diariamente, porque en lugar de esperar, como él, la órden del cielo, se previene. Se sacrifica un hijo á Dios, y se le sacrifica, no solo sin pena, sino con gozo; y se le sacrifica sin que Dios lo mande, y aun sin que lo acepte; y se le sacrifica aun en el acto mismo en que Dios lo prohíbe y no cesa de decir: *Non extendas manum super puerum.* (Genes. XXII). Así hablaba el elocuente Obispo de Marsella en el ardor de su celo. Mas, corrigiendo bien pronto su pensamiento, proseguia: Yo me engaño, hermanos míos; estos padres crueles nada son menos que imitadores de Abrahan, porque este santo hombre quiso sacrificar su hijo á Dios; mas ellos solo sacrifican los suyos á su fortuna y á su avaricia. Ved aquí por qué Dios colmó á Abrahan de elogios y de recompensas, porqué su sacrificio fue una prueba de su obediencia y de su piedad; y ved aquí por qué Dios no tiene para los otros mas que reprensiones y castigos, porque él justamente se da por ofendido de sus criminales empresas. Y no me digais, mis amados oyentes, que no siguiendo este camino tan ordinario de obligar á vuestros hijos á abrazar el estado de la Iglesia ó el de la Religion os hallais en la imposibilidad de colocarlos, porque este es un error. No me corresponde entrar con vosotros en discusion sobre vuestros negocios domésticos, ni examinar lo que podeis y lo que no podeis; pero es de mi obligacion deciros lo que la ley de Dios os manda y lo que os prohíbe. Está bien que la imposibilidad en que pretendeis hallaros sea verdadera, ó que sea falsa; pero no

por esto será permitido jamás á un padre disponer de sus hijos con respecto á la vocacion, ni buscarles un patrimonio en la Iglesia, y mirar la Religion como un desahogo de su casa; y si así lo haceis, irritais á Dios. Dejadlos en un estado menos opulento, y de este modo estarán menos expuestos á perderse, y se harán mas exactos en el cumplimiento de sus deberes; abandonadlos á la Providencia, porque Dios es su padre, y tendrá cuidado de ellos. Esto es lo que podria yo responderos; pero no os diré nada de ello: ved aquí á lo que me atengo. Sucda lo que suceda en adelante, yo permanecoré siempre fijo en mi principio; esto es, que es necesario ser cristiano y obedecer á Dios, que Dios no quiere que la vocacion de vuestros hijos dependa de vosotros, y que por consiguiente vosotros no debeis mezclaros en un asunto que no es ni será jamás de vuestra incumbencia. Esto es lo que os contesto, y es bastante.

14. Vosotros me diréis: Pero ¿no será al menos permitido á un padre disponer de sus hijos para el mundo? Y yo respondo: ¿Por qué ha de serle permitido disponer de ellos mas bien para el mundo que para la Iglesia? ¿Es porque los estados del mundo dependen menos del soberano dominio de Dios y de su providencia que el estado eclesiástico? ¿Es porque no se necesita tanta gracia de vocacion para el estado del matrimonio como para el estado religioso? ¿Es porque las condiciones del siglo no tienen tanta relacion con la salvacion como las del otro estado? Supuesto que tanto el uno como el otro son estados de la vida, á Dios es á quien toca llamarnos á ellos; y si hay algunos hombres en quienes la vocacion parezca ser mas necesaria, yo me atrevo á asegurar que son aquellos que se deciden á vivir en el mundo, porque ellos son sin contradiccion los mas expuestos, porque en el siglo son los peligros mucho mas comunes, las tentaciones mucho mas sutiles y mas violentas, y porque en él tiene el hombre mas necesidad de ser conducido por la sabiduría y la gracia del Señor. Pero concretémonos precisamente al derecho que Dios tiene sobre el hombre. Vosotros quereis, mis amados oyentes, dedicar al mundo un primogénito, por ejemplo; es necesario, pues, que se presente en él, que prospere, y que sea el sosten de su casa. Mas ¿que sabeis si Dios se lo ha reservado para sí? Y si lo sabeis, ¿os atreveréis á disputarle la preferencia? No sabiéndolo, como en efecto es así, ¿podeis hacer otra cosa que consultarle acerca de ello, y pedirle su parecer; rogarle que os descubra su divina voluntad, emplear todos los medios

ordinarios para conocerla, y someteros á ella desde el momento en que la hayais conocido? Pero ¿qué haceis vosotros? Vosotros sabéis que Dios quiere este hijo para el estado religioso, y os obstináis en quererlo para el mundo. Y ved aquí á vosotros mismos, por decirlo así, en disputa con Dios. Se trata, pues, de saber cuál de los dos debe ser el superior, porque Dios le llama para sí, y vosotros quereis tenerle para vosotros. Ó es Dios el que usurpa vuestros derechos, ó sois vosotros los que usurpáis los derechos de Dios. Pues bien, díme, hombre miserable y débil, ¿cuáles son tus derechos en perjuicio de tu Dios, y sobre qué los fundas? Pero aprende al mismo tiempo á tributar á los derechos inviolables de un Dios criador el justo homenaje que les es debido.

15. Hay sobre esto un pasaje bien notable en san Ambrosio, libro I de las Vírgenes, donde este Padre describe el combate de una jóven cristiana, no contra los perseguidores de la fe, sino contra la carne y la sangre, contra sus parientes. Ella se veía solicitada por una parte para contraer un enlace que se le proponía, y por otra inspirada á tomar al pié de los altares el velo sagrado. ¿Qué haceis vosotros (decía esta generosa hija á toda una parentela que la acosaba), y por qué perdeis el tiempo en buscarme un partido en el mundo? Ya lo he encontrado yo: *Quid in exquirendis nuptiis sollicitatis animum? jam provisus habeo.* (Ambros.). Vosotros me ofrecéis un esposo, y yo he elegido ya otro. Ofrecedme uno tan rico, tan poderoso y tan grande como el mio, y entonces veré qué respuesta he de daros. Pero vosotros no me presentais nada semejante; porque ese de quien me habláis es un hombre, y el que yo he elegido es un Dios. Querer separarlo de mí, ó separarme de él, no es procurar mi fortuna, sino envidiar mi felicidad: *Non providetis mihi, sed invidetis.* (Ibid.). Palabras, prosigue san Ambrosio, que movieron á todos los circunstantes: todos vertian lágrimas al ver una virtud tan firme y tan rara en una jóven; y como uno de ellos se propasase á decirle que si su padre hubiera estado vivo no hubiera consentido en la resolucion que ella habia tomado, ¡ay! respondió ella, tal vez por eso se lo llevó el Señor, para que no sirviese de obstáculo á las órdenes del cielo y á los designios de la Providencia sobre mí.

16. No, no, cristianos, sea cualquiera el interés que tenga un padre en ver á su hijo establecido segun el mundo, no puede, sin una especie de infidelidad, quejarse de Dios cuando le llama á una vida mas santa; y contradecir esta vocacion por artificio, ó

por dilacion, ó por una insuperable resistencia, esto me atrevo á llamarlo una rebelion contra Dios y contra su gracia. ¿Por qué tantos suspiros y tantas lágrimas? escribía san Jerónimo á una señora romana, reprendiéndole su poca constancia y su poca fe en la pérdida que habia experimentado de una hija amada que el cielo le habia arrebatado: Vos os affligís, vos os desconsolais; mas escuchad al mismo Jesucristo que os habla, ó que al menos os puede hablar de este modo: ¡Ay! ¡Paula, tú te dejas enfurecer contra mí, porque tu hija es hoy toda mía; y con esas lágrimas criminales que derramas sin medida y sin sumision ofendes al divino Esposo, que posee el objeto de tu dolor y de tu amargura: *Irasceris, Paula, quia filia tua mea facta est, et rebellibus lacrymis facis injuriam possidenti.* (Hierón.). Bella reprension, amados oyentes, que puede aplicarse muy bien á tantos padres cristianos. Y no creais que sea una respuesta plausible decirme que este hijo es el solo que os resta de una familia antigua y grande, y que sin él va á extinguirse, como si Dios estuviese obligado á acomodarse á vuestras ideas mundanas, como si la conservacion de vuestra stirpe fuese una cosa grande tratándose de los designios de Dios, como si tarde ó temprano no debieran extinguirse todas las familias, y como si la vuestra pudiese tener un fin mas honroso que el de la ejecucion de los decretos de vuestro Dios y Señor.

17. Esto es, cristianos, lo que hace relacion al derecho de Dios. ¿Qué seria si me extendiese sobre el de vuestros hijos, y sobre la injusticia que les haceis cuando disponeis de ellos en perjuicio de su libertad, y comunmente en perjuicio de su salvacion? Porque ¡ay! el solo derecho que ellos tienen independientemente de vosotros es el de disponer de sí mismos para con Dios sobre lo que concierne á sus almas y á su salvacion; y este derecho único se lo quitais, ó les impedís usarlo. Derecho, por otra parte, el mas justo, pues que está autorizado por todas las leyes, aprobado por todos los usos, apoyado por razones tomadas de todos los principios de la naturaleza, fundado sobre todas las máximas de la Religion, y por consecuencia inviolable. Estadme atentos. Sí, todas las leyes lo autorizan: las unas, favoreciendo por todos los medios posibles la libertad de los hijos, esto es, una libertad racional; las otras, reprimiendo con las mas graves censuras las falsas pretensiones de los padres que atentasen contra esta libertad, ó impidiesen su uso: estas, permitiendo á los hijos disponer de sí mismos para

el estado religioso en una edad en que, fuera de esto, de nada pueden disponer, lo cual no puede condenarse, nota el docto Tostado, sin preferir su juicio particular al de la Iglesia, que lo ha dispuesto de este modo; aquellas, ratificando la profesion solemne del voto de religion, hecha aun sin saberlo los padres, que de ningun modo la pueden invalidar; y lo que es aun mas, no ha existido jamás ley alguna eclesiástica ni civil que haya obligado á un hijo á conformarse con la eleccion y la voluntad de su padre en cuanto al estado; y se hallan por el contrario muchas que declaran de ningun valor ni fuerza las palabras dadas y las obligaciones contraidas por los hijos, si aparece que ha habido violencia, ó que no ha sido hecho dentro de los límites de una obediencia respetuosa. ¿Por qué todo esto, cristianos, en detrimento, al parecer, de la autoridad paterna, y con peligro de las resoluciones indiscretas que pueden tomar los jóvenes? Era necesario que esto fuese así, porque razones muy poderosas lo persuaden; entre todas me limito á esta: es de derecho natural y divino que elija su estado el mismo que debe sufrir sus cargas y cumplir sus obligaciones. Este principio es incontestable, porque si en el discurso de mi vida tengo penas que sufrir, estoy bien seguro de que la eleccion libre y expresa que he hecho de mi estado me las hace voluntarias, y me las dulcifica; y si en mi corazon siento alguna repugnancia ó algun disgusto contra los deberes de mi estado, quiero yo tener con qué apaciguarlas en cierto modo, por el pensamiento de que yo mismo soy el que me he sometido, yo mismo el que me he determinado, yo mismo el que he consentido en todo aquello que me parece lo mas riguroso é insoportable. Pero todo lo contrario sucede cuando los hijos se ven forzados á abrazar un estado para el cual no sienten inclinacion ni vocacion; y cuando vosotros les obligais, por ejemplo, á la profesion religiosa, no os obligais vosotros por ellos á sufrir el yugo y la dependencia, á practicar las austeridades, y á beber las amarguras y los disgustos; vosotros los conducis hasta el santuario, y allí les imponeis toda la carga, sin guardar ninguna parte de ella para vosotros. Cuando vosotros haceis aceptar á vuestra hija una alianza, á la que ella tiene repugnancia, no la garantizais de los disgustos de un marido extravagante y desagradable, que tal vez la tratará como á una esclava; no la indemnizais de los infinitos cuidados que pide la educacion de una familia, y que serán para ella otras tantas obligaciones indispensables. Es por

consiguiente una iniquidad querer disponer así de ella; porque si ella, en efecto, debe estar ligada, ¿no es justo que le dejeis al menos la facultad de elegir ella misma su cadena?

18. Mas lo que hay mas importante sobre esto es lo que ya he dicho, y me veo obligado á repetir para explicarlo con mas claridad y para aplicarlo tambien al asunto de que se habla; á saber, que cuando se trata de la vocacion, se trata de la salvacion eterna. Pues bien, cuando se trata de la eterna salvacion, nada de autoridad paterna, porque todo absolutamente debe ser personal. Todos nosotros comparecerémos ante el tribunal de Dios, dice san Pablo, para responder en él de nuestra vida. Es necesario, pues, que tengamos la libre disposicion de ella, concluye san Juan Crisóstomo, porque nosotros debemos disponer de las cosas de que somos responsables. Vos no habeis de ser juzgado por mí, y por consiguiente no os pertenece disponer de mí; y si así lo quereis, si os atreveis á hacerme entrar en un estado donde mi salvacion esté menos segura, os podré decir entonces lo que el piadoso emperador Valentiniano dijo al embajador de Roma, que de parte del Senado le habló de restablecer los templos de los dioses falsos: Que Roma que es mi madre me pida otra cualquier cosa; yo le debo mis servicios, pero se los debo todavía mas al autor de mi salvacion: *Sed magis deo salutis Auctori*. (Valent. imp.). Por esto es por lo que los Padres de la Iglesia, despues de haber empleado toda la fuerza de sus discursos y toda su elocuencia en persuadir á los hijos una humilde y fiel sumision para con sus padres, han sido, sin embargo, los primeros en dispensarlos de toda obediencia cuando se trata de un estado al que los han querido obligar, ó del que han pretendido apartarlos con peligro de la salvacion.

19. ¿Qué respuesta os daré? escribia san Bernardo á un hombre de mundo que se sentia llamado á la vida religiosa, y que su madre trataba de retenerlo para el mundo, ¿qué os diré yo? ¿Qué abandoneis á vuestra madre? Mas esto parece contrario á la piedad. ¿Que permanezcais con ella? Mas no es justo que una débil complacencia os haga perder vuestra alma. ¿Que seáis al mismo tiempo de Jesucristo y del mundo? Pero, segun el Evangelio, no se puede ser de dos señores. Lo que quiere vuestra madre es contrario á vuestra salvacion y por una consecuencia necesaria tambien á la suya. Tomad, pues, ahora vuestro partido, ó satisfacer solamente su voluntad, ó atender á la salvacion de los dos. Mas si la amais, libradla, por amor de ella misma, de que, por reteneros en

su poder y arrebataros á Jesucristo, se pierda con vos y por vos. Porque ¿cómo no se habia de perder ella, haciéndoos perder la vida del alma, despues de haberos dado la vida del cuerpo? Y todo esto, añade el mismo Padre, os lo digo por condescender con vuestra debilidad. Porque la respuesta está bien expresa en el Evangelio, y os debería bastar recordarla: que cuanto hay de impiedad en abandonar una madre, hay de piedad en abandonarla por Jesucristo.

20. ¡Ah! cristianos, aprovechaos de estas grandes instrucciones: en la direccion de vuestra familia respetad siempre los derechos de Dios, y no atenteis jamás contra los de vuestros hijos. Dejadles la misma libertad que vosotros habeis deseado, y de que tal vez os habeis mostrado muy celosos. Haced con ellos lo que habeis querido que se hiciera con vosotros; si vosotros habeis sufrido en este particular alguna injusticia, no os vengueis en estos inocentes, que ninguna parte han tenido en ella, y que además deben seros muy amados. Cuidad de su salvacion, que se halla interesada en este particular, y no seáis tan crueles que la sacrifiqueis á vuestras miras mundanas. No os expongais á ser un día el objeto de su maldicion despues de haber sido la causa de su desgracia. Porque su maldicion será eficaz, y atraerá sobre vosotros la de Dios. Si no les podeis dejar una gran herencia, ni ellos tienen que poseer grandes bienes, no les quiteis al menos, si me atrevo á decirlo así, la posesion de sí mismos. Dios no os obliga á hacerlos ricos, pero os manda dejarlos libres. Y qué, me responderéis, si los hijos inconsiderados y arrebatados por el fuego de la edad hacen una mala eleccion, ¿será necesario que sus padres los abandonen á sí mismos, y que cierren los ojos á todo? Yo no digo eso, mis amados oyentes, ni ese es mi pensamiento, como os lo voy á hacer ver. Si ese hijo elige mal, podeis contenerlo con sábios consejos; si no los escucha, podeis añadir la autoridad, y si rehusa obedecer, podeis emplear toda la fuerza de la autoridad paterna. Porque nada de esto es disponer de su persona ni de su vocacion; sino al contrario, es ponerlo en estado de disponer mejor de sí mismo. Yo llamo disponer de la vocacion de un hijo señalarle precisamente el estado que quereis que abraze, sin examinar si es ó no de su agrado.

21. Yo llamo disponer de la vocacion de un hijo disuadirlo de una eleccion razonable que ha hecho para con Dios, y formar dificultades insuperables para impedir que se lleve á efecto. Yo llamo disponer de la vocacion de un hijo abusar de su credulidad

para seducirle con falsas promesas, y para hacerle ver las pretendidas ventajas que se le forjan, y para llevarle insensiblemente al término á que se le queria conducir. Yo llamo disponer de la vocacion de un hijo dejar á una hija muchos años sin establecer, no usar con ella sino modales duros y desagradables, ejercitar con malos tratamientos su paciencia, hasta el punto de que al fin se disguste del mundo, y tome por sí misma el partido de abrazar la soledad. Ved aquí lo que yo llamo disponer de la vocacion de los hijos, y ved aquí lo que Dios prohíbe. ¿Qué le responderéis un día cuando os reprenda por haberos opuesto á sus designios en la direccion de una familia que os habia confiado? ¿cuando os pida cuenta, no de la sangre, sino del alma de este hijo que él queria salvar, y que le habia preparado para ello todos los caminos de que vos lo habeis alejado, lo habeis extraviado, lo habeis perdido? ¿Qué responderéis á vuestros mismos hijos? Porque ellos se levantarán contra vosotros, y se harán vuestros acusadores, así como vosotros habeis sido sus tentadores y sus corruptores. No es esto decir que no podais dirigirlos en la eleccion que hicieren; que no podais aconsejarles, exhortarles y usar de todos los medios que Dios ha puesto en vuestra mano para preservarlos de los escollos á que una juventud ligera y sin reflexion se deja arrastrar. Yo digo mas, y aun sostengo que no solo podeis hacerlo, sino que debeis; y sobre esto es sobre lo que establezco la otra proposicion que he deducido, á saber, que aunque no os es permitido obligar á vuestros hijos á abrazar un estado, sois, sin embargo, responsables á Dios del estado que ellos abracen. Necesito de vuestra atencion unos momentos mas para esta

Segunda parte.

22. Es un principio recibido en toda moral que debemos, en cuanto esté de nuestra parte, garantir las cosas en que estamos obligados á interesarnos y á tomar parte, y á proporcion de la parte que en ellas tenemos, y del interés que á ellas nos une, nos hacemos mas ó menos responsables. Esta máxima es evidente, y de ella saco yo la prueba de mi segunda proposicion. Porque aunque los padres no deben fijar á sus hijos la eleccion de una vocacion y de un estado, no dejan por esto de intervenir en esta eleccion, de participar de ella, de tener en ella un derecho de direccion y de vigilancia, no solo en cualidad de padres, sino mucho mas en cualidad

de padres cristianos. De aquí era necesario deducir que ellos deben responder de esta eleccion, y que Dios puede sin injusticia tomarles cuenta de ella. Ciertas cuestiones que voy al momento á resolver servirán para esclarecer este punto.

23. Se pregunta en general si en ciertos estados, sobre todo en aquellos que no pertenecen á la perfeccion evangélica, un hijo es dueño de contraer un enlace, y de obligarse á él, sin noticia ni conocimiento de sus padres. No puede hacerlo, cristianos, sino que es de su deber, y de un deber riguroso, consultarlos y oir sus exhortaciones, y deferir á ellas en cuanto lo permita la razon. Porque, dicen los teólogos, el honor debido á los padres es un mandamiento expreso de Dios. Pues bien, el no tener ningun respeto á sus consejos, no cuidar de instruirse por ellos, obrar en esta materia con una total independencia, sin querer creer mas que á sí mismo, esto será un desprecio formal de la autoridad paterna; y este desprecio en una materia tan importante como es la eleccion de estado debe ser mirado como una transgresion de la ley divina. Se pregunta en particular si en cierta edad ya provecta puede un hijo, sin informar á su padre y sin pedirle su consentimiento, contraer un matrimonio al cual le arrastra una pasion; esto es, si puede en conciencia. No, responden los Doctores; y si lo hace, tiene el padre el derecho de castigarle segun las leyes, y de privarle de la herencia; pena que se cree justa, y que por consiguiente supone una ofensa. Se pregunta si el padre que ve á su hijo abrazar un partido que juzga le ha de ser pernicioso, con respecto á Dios, puede callar sobre ello, y cooperar en cierto modo con su silencio á autorizarlo. Esto será un crimen en él, segun todos los maestros de la moral; y si disimula sobre ello, y no hace toda la oposicion necesaria, se hace prevaricador. De aquí se sigue, pues, que los padres, sin disponer de sus hijos, tienen sin embargo parte en su eleccion de muchos modos: por exhortacion, por consejo, por tolerancia, por consentimiento, por derecho de oposicion y de castigo. Ved aquí, cristianos, el fundamento de la verdad que os predico. Porque si Dios no os hubiera obligado á garantizarle la eleccion que hacen vuestros hijos, ¿por qué habíais de ser criminales cuando dejais de emplear el medio de la autoridad, ó del consejo y la instruccion para ayudarles en su eleccion? ¿Por qué habia de ser en vosotros una tolerancia digna de castigo, cuando les abandonais á sí mismos, y les dejais elegir inconsideradamente lo que sabeis que no les conviene y puede serles dañoso? Porque podeis oponeros á su eleccion, con-

tradecirla, castigarles por ella si ha sido contraria á vuestro deseo, y cuando á vuestro parecer han faltado al respeto que os deben.

24. Dios sin duda no os ha dado ese poder sino en razon á las cargas que le están unidas; y de todos los deberes que ha impuesto á vuestros hijos resulta en vosotros una obligacion natural de responder de ellos y de su estado. Si sucede, pues, que ellos se extravían, ó porque no habeis tenido cuidado de instruirlos, ó porque no habeis tenido la firmeza bastante para resistirles, ó porque una tolerancia reprehensible os ha hecho secundar sus locos deseos, ¿no tendrá Dios el derecho de deciros: dame cuenta, no solo de tí mismo, sino de este hijo y de esta hija para con los cuales debíais haber sido en cualidad de padre, ministro, para servirles de guia y de director? Y ciertamente, cristianos, ¿quién no sabe que un padre es responsable á Dios de la educacion de sus hijos? Pues bien, en la educacion de los hijos ¿qué cosa hay mas importante que el estado que deben abrazar, y la forma de vida que tratan de elegir?

25. Desenvolvamos é ilustremos mas este punto para hacerlo mas instructivo y mas práctico. La eleccion de un estado, dice san Buenaventura, puede ser mala de tres maneras: ó por el estado mismo, porque es contrario á la salvacion, ó por lo menos muy peligroso; ó porque el que lo abraza es incapaz de cumplir sus obligaciones; ó porque aunque sea honesto el estado, y el que lo abraza sea capaz de cumplir sus obligaciones, no ha entrado en él, si puedo explicarme así, por la puerta del honor y por el camino recto.

26. Prestadme atencion; he dicho la eleccion de un estado malo por sí mismo, ó al menos muy peligroso; y pongo por ejemplo el estado de san Mateo. ¿Qué era este apóstol antes de ser llamado y convertido por Jesucristo? Era un publicano, y es necesario saber que este empleo, que consistia en cobrar cierto tributo público, se ejercia entonces comunmente contra la conciencia, pues que Jesucristo en el Evangelio, hablando del reino de los cielos, colocaba á los publicanos en la misma clase que á las mujeres perdidas: *Publicani et meretrices*. (Matth. xxi). Esta es la observacion de san Jerónimo, á la que san Gregorio añade otra: Que los Apóstoles despues de su conversion siguieron su antiguo género de vida, y volvieron á su pesca; pero no sucedió así á san Mateo, que absolutamente y para siempre abandonó su recaudacion. ¿De dónde nace esta diferencia, pregunta san Gregorio, sino de que el oficio de san Pedro y de los otros Apóstoles era inocente, y el de san Mateo le constituia al menos en un peligro cierto y presente? Si existen,

pues, semejantes profesiones en el mundo, lo que yo no entro á examinar, porque me alijo al pensarlo; quiero decir, si existen ciertos estados en los que, segun la estimacion comun, es moralmente imposible permanecer y ser cristiano, ¿podrá permitir un padre que crea en Dios que su hijo se arroje ciegamente y permanezca en él? ¡Ah! mis amados oyentes, bien léjos de aprobarlo, de autorizarlo y de tolerarlo, debe hacer todos los esfuerzos para inspirarle horror y alejarle de él. Él debe decirle como el santo hombre Tobías: «Tengamos confianza, hijo mio; nosotros serémos siempre «muy ricos, si tenemos el santo temor del Señor. Antepongámosle «á todos los tesoros de la tierra, y no consintamos jamás en perder «ni aun arriesgar los bienes eternos por los temporales: *Satis multa «bona habebimus, si timuerimus Deum.* (Tob. iv).» Así es como él le hablará, ó como le debe hablar. Pero si él se deja dominar y conducir por el interés, si á vista de una fortuna temporal y de una ganancia segura, pronta y abundante aprueba la eleccion hecha por su hijo de una profesion, dañosa al menos, segun Dios; si él es el primero en procurar su entrada en ella, en favorecerla y secundarla en sus consecuencias, en buscarle para ello intercesores y patronos, ¿quién puede dudar de que por estos hechos no echa sobre sí todas las consecuencias funestas que habia tenido; que por esto mismo el padre no se hace culpable de todos los desórdenes de su hijo; que la condenacion de este jóven no se le debe imputar, y que este no sea uno de los principales artículos sobre los que tendrá que justificarse delante de Dios? Nada os decimos sobre esto. Á vosotros os pertenece, cristianos, hacer la aplicacion de esta moral, y ver las consecuencias que debeis sacar de ella para la direccion de vuestras acciones. Prosigamos.

27. Además de que la eleccion de estado puede ser mala en la sustancia, lo es mas comunmente con relacion al sujeto, es decir, porque el que hace la eleccion es indigno del estado que elige, no tiene las cualidades necesarias para este estado, y se halla absolutamente incapaz de llenar sus deberes. De aquí esa corrupcion general que vemos en el mundo y en todas las condiciones de la sociedad; de aquí esos abusos que se han introducido y que reinan en la Iglesia; de aquí ese desarreglo casi universal en el desempeño de los cargos, y sobre todo en la administracion de justicia; de aquí casi todos los males que turban la sociedad; mas de aquí tambien para los padres una fuente de obligaciones que les debe hacer temblar, una causa continua de pecados, un manantial inagotable de escrí-

pulos , y una de las cuentas mas terribles que tienen que dar á Dios: porque si nos remontamos al principio y examinamos lo que causa un trastorno tal en todos los estados de la vida , y de dónde nacen todos los desórdenes que tanto deploramos, pero que no corregimos, conocerémos que deben atribuirse comunmente á los padres, que sin consideracion á la incapacidad de sus hijos los han colocado en destinos , y les han confiado ministerios cuyo desempeño supera sus fuerzas y sus talentos. En efecto, si este padre no hubiera solicitado el cargo que ha obtenido para su hijo, este hijo no seria hoy lo que es, y no siéndolo, no abusaría de un poder que ha recibido sin aptitud para ejercerlo, no haria servir la autoridad de que está revestido para vejaciones, violencias é injusticias que el público experimenta y sufre. Ha podido, por consiguiente, el padre prevenir é impedir estas molestas consecuencias. Instruido en las disposiciones del jóven, podia, en vez de elevarlo tanto, ó de ayudarle á subir, negarle sus socorros y su cooperacion para ello. No solamente lo podia, sino que lo debía. ¿Y quién se admirará de que Dios entre en juicio con él sobre este particular, y le haga sufrir el castigo?

28. Ved aquí, sin embargo, amados oyentes, el abuso de nuestro siglo. El celo de los padres por sus hijos no se dirige á verlos capaces de ser empleados, sino que les hasta verlos empleados. Se necesita para este primogénito tal destino, y esto se supone ya como un principio. ¿Y hay con qué hacer los gastos necesarios? Esto es lo que se examina con toda la atencion necesaria. Y hecha una vez esta cuenta, ¿quedará fondo bastante para los demás gastos? Esto es lo que se calcula con mucha exactitud. Pero este hijo que se quiere colocar así ¿es á propósito para llenar el cargo que se le confia? Esto no se pone á discusion: si tiene el mérito suficiente, sea en buen hora; si no lo tiene, su cargo le hará lugar. Pero se sabe muy bien que ni tiene mérito, ni se puede esperar que lo adquiera jamás. Se sabe, y se obra como si no se supiese. Porque, ¿dónde están ahora los padres que imitan á aquel emperador de Roma que excluyó auténticamente á su hijo del imperio porque no veia en él las disposiciones necesarias para sostener su peso? Este jóven es de tal familia, en la que tal dignidad es hereditaria; pues bien, es necesario que el hijo suceda á su padre. ¿Y qué se sigue de esta máxima? Vosotros sois testigos diariamente que un jóven á quien no se habria querido confiar el menos importante negocio de una casa particular tiene muchas veces en sus manos los negocios

y los intereses públicos de toda una provincia. Él puede juzgar según le agrade, mandar como le plazca, y hacer todo aquello que se le antoje. Se sufre, se gime, la justicia se vende y se trastorna el derecho: esto es lo que menos importa á un padre, con tal que él no sienta el daño, y que su hijo esté establecido. Porque, ved aquí cómo discurren en el día la mayor parte de los padres que ignoran sus obligaciones, ó se cuidan poco de cumplirlas: se persuaden que todo está hecho cuando pueden hallar un destino para su hijo; se imaginan que en esto es en lo que consiste la grandeza del mundo, y por lo demás se lisonjean de que hay una Providencia universal para suplir todo lo que pueda faltar de su parte. Sí, cristianos, la hay, no lo dudeis; pero es una Providencia rigorosa para castigar en vuestras personas todas estas faltas antes que suplirlas en el órden del universo; hay una Providencia, mas es una Providencia de justicia y no de misericordia para pedir os cuenta de todos los males que habeis podido impedir en su origen y que habeis permitido, que habeis causado y perpetrado. Es cierto, y la Escritura nos lo dice en cierto sentido, que ante el tribunal de Dios cada uno responderá por sí mismo, y nada mas; que la carga de uno no lo será de otro, y que cada uno llevará la suya; pero no es menos cierto que la misma Escritura nos advierte, en otro sentido, que Dios hará resonar sobre el padre la iniquidad de su hijo; que el juicio del padre no será separado del de su hijo; que el hijo será condenado por el padre, y el padre por el hijo.

29. Dos verdades nacidas la una y la otra de la Verdad misma, y por consiguiente la una y la otra infalibles. Dos verdades opuestas al parecer, y que sin embargo no se contradicen de modo alguno. Mas dos verdades que no conciliaréis jamás, sino reconociendo á lo que os obliga la cualidad de padres, y el crimen que cometeis cuando un amor ciego por los hijos, ó cualquiera otra mira mundana os hace cooperar á su eleccion, á pesar de conocer su insuficiencia y la desproporcion que hay entre su debilidad y el ministerio que pretenden desempeñar. Mas si la eleccion, en fin, no es mala, ni considerada en sí misma, ni con relacion al sujeto, ¿es esto bastante? No, cristianos; porque yo añado que puede ser mala con relacion á los medios, y que esto es lo que debe excitar toda vuestra vigilancia. Yo lo veo: este estado por sí mismo no tiene nada que dañe á las leyes del honor ni á los derechos de la conciencia; en él se puede ser cristiano y vivir cristianamente.

30. Yo voy mas lejos, y convengo con vosotros en todo el mé-

rito de este hijo; mas aunque esté adornado de muchas cualidades, el mérito no es siempre la puerta por donde se entra, sea en la Iglesia, ó sea en el mundo. Hay además otros muchos medios á los cuales frecuentemente es necesario recurrir; y entre estos medios los hay legítimos que son permitidos, é injustos que la ley prohíbe. Pues bien, en la elección de los unos ó de los otros, dejar los permitidos porque no son suficientes, porque no son bastante eficaces, ó porque se carece de ellos, y seguir las vías criminales, que por indirectas que sean conducen sin embargo al término mas segura y prontamente, ved aquí una de las mas grandes iniquidades del siglo. No es precisamente mi objeto presentaros la injusticia, deplorar con vosotros el triste estado á que hemos venido á parar en estos últimos tiempos, y recordar la antigua probidad de los primeros siglos. Mas lo que me incumbe, y no debo omitir, lo que reclama todo el ardor de mi celo y toda la fuerza de la palabra evangélica, es que los padres conduzcan á sus hijos por tales caminos para establecerlos y hacerles adelantar; porque de esto tenemos continuamente tristes ejemplos. Se quiere que este hijo llegue á cierto grado en el mundo, y para esto ¿cuántas intrigas no se imaginan? ¿Cuántas cábalas no se forman? ¿Cuántos excesos no se cometen contra los demás pretendientes que hacen sombra? Se ponen los ojos en cierto partido para esta hija; y á fin de conseguirlo mejor ¿lo diré? ¿Cuántas libertades no se le permiten? ¿Cuántas entrevistas no se le consienten? ¿Á cuántos peligros no se la expone? Estos son, decís vosotros, los medios de conseguirlo, y sin ellos nada se adelanta; pero ¿son estos los medios que Dios aprueba? ¿Son estos los medios que el Evangelio autoriza? ¿Son estos los medios que la misma equidad natural inspira y con los que puede ser compatible? Por consiguiente, ¿son estos los medios que un padre puede sugerir á sus hijos, con los que puede auxiliarles y darles ejemplo? Si, pues, él se deja cegar por su pasión hasta el extremo de verles tranquilamente y sin ninguna resistencia de su parte seguir semejantes caminos, y aun indicárselos él mismo y conducirlos por ellos, participando así de los crímenes de sus hijos, ¿no debe tambien esperar ser comprendido en la sentencia que Dios pronuncie contra ellos? ¿Y qué excusa legítima podrá alegar?

31. ¡Ay! mis amados oyentes, ¿no será bastante estar encargados de nosotros mismos, y tener que responder de nuestras obras? ¿No será esto aun demasiado para nuestra flaqueza? Pero con respecto á los padres no es posible que el juicio de Dios se limite á esto

solo; y por una triste necesidad y una obligacion inevitable es necesario que se extienda mas allá, porque un padre no puede responder de sí mismo sin responder de sus hijos, pues que él no habrá sido buen padre segun Dios, sino en cuanto haya cumplido sus deberes en la direccion de su familia, y en particular en la de sus hijos; ni padre criminal sino en cuanto haya descuidado sus obligaciones. Dios concede la autoridad á los padres para que la ejerciten y para juzgarlos segun el uso que hagan de ella. Dios les da gracias particulares y propias de su estado para que se sirvan de ellas, y no para que se vuelvan inútiles en sus manos. Por lo demás, todo lo que he dicho de la eleccion que haceis de vuestros hijos, y de la cuenta que habeis de dar á Dios por ella, no debe entenderse de tal modo que no os sea permitido colocarlos en empleos convenientes de la Iglesia ó del siglo, cuando Dios les llame á ellos; porque muy léjos de creer que esto es un crimen, creo por el contrario que es una de vuestras obligaciones; y jamás aprobaré la indiferencia, por no decir la dureza, de aquellos padres que, ocupados todos de sí mismos, y no queriendo desprenderse de nada, dejan á sus hijos consumirse sin establecerlos, y les hacen perder las ocasiones favorables para ello, sino que mi intencion es solo excitar en vosotros un santo celo por la perfeccion de vuestros hijos, que Dios os ha encomendado y sometido á vuestra direccion; haceros trabajar por ellos, mientras están en vuestro poder, para instruirlos, para formarlos, para hacerlos capaces, inteligentes, dignos de los cargos á que pueden aspirar segun el rango de su nacimiento. Pues bien, para conseguir esto no hay un medio tan poderoso como que os digais á vosotros mismos: Ó es necesario que mis hijos sean excluidos de todo, y vivan una vida oscura y sin empleo, ó es necesario que yo me ocupe en dirigirlos para que puedan ser alguna cosa y hacer algo en la vida; y si yo quiero colocarlos sin disposicion alguna de su parte, y á pesar de su incapacidad, es necesario que yo me condene con ellos.

32. Que ellos sean excluidos de todo será una vergüenza para ellos y una humillacion para mí; que yo me condene con ellos será una extrema locura y la mayor de las desgracias. La consecuencia es, pues, que yo no omita nada, sino que use de toda mi destreza y de todo mi poder de padre para hacerles adquirir las cualidades de espíritu y de corazon que puedan necesitar en lo sucesivo, segun el estado á que la Providencia les destine; porque esperar que Dios al llamarlos hará por sí mismo todo lo demás, y que les dará conoci-

mientos infusos, esto es contar con un milagro, y trastornar el órden que su sabiduría ha establecido en el gobierno del mundo, y pretender que Dios no me impute todo lo que les falta, y que podían haber recibido de mí, esto es ignorar uno de mis primeros deberes y engañarme á mí mismo. Ved aquí, cristianos, lo que es necesario meditar bien. No hay aquí nada que no sea de una gran importancia, y que no deba haceros temblar, si no cumplís con vuestros deberes; mas yo añado que no hay tampoco nada que no sea de un mérito muy relevante, y que no deba consolaros, si permanecéis fieles y lo observais.

33. La cualidad de padres os impone grandes obligaciones, pero al mismo tiempo os da ocasion para amontonar un gran tesoro en el cielo; porque ¿quién no sabe cuánto cuesta la direccion y educacion de los hijos? ¿Cuántos genios no es necesario sufrir, cuántas travesuras no es necesario perdonar, cuántas flaquezas no es necesario contemplar, cuántas precauciones no es necesario tomar para instruirlos sin fatigarlos, para tenerlos arreglados sin exasperarlos, para darles correcciones útiles sin sublevarlos? Pues bien, nada de esto es perdido delante de Dios, y en esto es en lo que debe consistir vuestra principal santidad. Ó vuestros hijos se aprovecharán de vuestros consejos, ó no se aprovecharán de ellos. Si no se aprovechan, es cierto será un disgusto para vosotros, y un disgusto sensible; pero por lo demás vosotros habeis cumplido con Dios y con ellos; si ellos se aprovechan, y Dios, como debeis esperarlo, bendice vuestra vigilancia y vuestro celo, ¿qué consuelo para vosotros en este mundo el de tener vuestra familia arreglada, y sobre todo qué felicidad la de encontraros un dia todos juntos en la gloria que os deseo á todos! Amen.

SERMON

SOBRE

EL ESTADO DEL MATRIMONIO.

Nuptia facta sunt in Cana Galilee, et erat mater Jesu ibi: vocatus est autem et Jesus, et discipuli ejus, ad nuptias. (Joun. i, 1, 2).

Se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la Madre de Jesús: y fue también convidado Jesús y sus discípulos á las bodas.

1. No solamente, cristianos, fue invitado Jesucristo á las bodas, sino que asistió á ellas; y con su asistencia las aprobó, las honró, las santificó, y apartó de ellas los desórdenes, y desde entonces tomó sus medidas para consagrarlas en la Iglesia por la institucion de un Sacramento. No fue, pues, en vano ni sin objeto el que quisiera ser llamado: *Vocatus est autem Jesus*; porque de allí viene, dicen los Padres, la santidad del matrimonio; y si en este estado no se llama á Jesucristo, no habrá en él cosa alguna que no sea profana, ni tendrá nada que lo ennoblezca. Mas yo añado y afirmo que no hasta que Jesucristo sea llamado por los hombres, si los hombres no son llamados tambien por Jesucristo. Esto es, mis amados oyentes, que á la gracia de la vocacion por la que Dios os santifica para entrar en el estado del matrimonio debe preceder la súplica y la invitacion, digámoslo así, por la que quereis empeñar á Dios á que se interese en la union que quereis contraer y la bendiga; súplica inútil sin la vocacion divina. Mas si Dios os llama primero, y despues vosotros llamais á Dios, vuestra union será el perfecto modelo y la idea verdadera de un matrimonio cristiano. Esta es la importante materia de que me voy á ocupar al hablaros en este día; y porque conozco los escollos de que está rodeada mi empresa, necesito recurrir á Dios. Yo me dirijo á él como el Profeta, pidiéndole que ponga una guarda en mi boca, y que no permita que mi lengua pronuncie una palabra de que pueda abusar la malicia de los hombres. Para ello imploramos los auxilios y la poderosa intercesion de María diciéndola: *Ave María*.

2. Hablando san Agustín del matrimonio en un excelente tratado, y enumerando todas las ventajas y todos los bienes de que Dios le ha dotado, los reduce á tres principales: á la educacion de sus hijos, que es el fin; á la fe mútua y conyugal, que es el vínculo, y á la cualidad de Sacramento, que es como su esencia en la ley de gracia: *Bonum habent nuptiæ, et hoc tripartitum, proles, fides, sacramentum*. Estas son sus palabras, repetidas en diversos lugares de las obras de este Padre. En efecto, es un bien para los hombres que Dios por la institucion de un Sacramento haya establecido alianzas entre ellos, y que haya elevado estas alianzas á un orden sobrenatural, por una gracia de que ellos mismos son los ministros. Es además un bien muy estimable para una persona unida en matrimonio pensar que otra persona sobre la tierra está obligada á guardarle fe, y que no hay nada en el órden de la naturaleza, ni segun la proximidad de la sangre, que ella no le deba: amor, respeto, complacencia, fidelidad. En fin, yo aseguro que es una dicha que Dios les haya escogido para que en el matrimonio le ofrezcan hijos, esto es, siervos que le glorifiquen, y fieles que aumenten el gremio de su Iglesia. Ved, pues, aquí las tres grandes prerogativas del matrimonio: es un Sacramento, es el vínculo de una sociedad mútua, y es una propagacion legítima de los hijos de Dios. Todo esto es cierto, cristianos; mas no penseis que estos bienes sean tan gratuitos, que no estén acompañados de algunas cargas; porque ved aquí la idea que os debéis formar, y que os ruego no olvidéis, porque ella va á formar la division de mi discurso. De estas tres clases de bienes resultan necesariamente deberes de conciencia y obligaciones indispensables que cumplir en el matrimonio; esta será la primera parte: resultan asimismo disgustos muy grandes y enojosos que sufrir; esta será la segunda: y grandes peligros, con respecto á la salvacion, que evitar; esta será la tercera. Yo sostengo, pues, que no se pueden cumplir estas obligaciones, ni soportar estas penalidades, ni preservarse de estos peligros sin la gracia de la vocacion de Dios. De aquí deduzco que no hay estado alguno entre los hombres en que la vocacion divina sea mas necesaria. Este será el objeto de vuestra atencion.

Primera parte.

3. No puede dudarse, cristianos: considerado el matrimonio en toda su extension, y sobre todo segun las tres cualidades que yo he

notado, como Sacramento, como vínculo de una sociedad mútua, y con respecto á la educacion de los hijos, de quien él es una propagacion legitima, este estado lleva consigo obligaciones que os es de suma importancia conocer, y que, para cumplir con el deber de mi ministerio, os voy á explicar.

4. Es, sin disputa, un bien para el Cristianismo, y en particular para vosotros, los que habeis sido llamados por la Providencia á vivir en el siglo, que el Hijo de Dios haya consagrado el matrimonio por su institucion; que no solo no sea un estado criminal, como han querido persuadir algunos herejes; ni una sociedad puramente civil, como es entre los paganos; ni una simple ceremonia de la Religion, como era en la ley antigua; sino un Sacramento que confiere la gracia de Jesucristo, establecido para santificar las almas, para representar uno de nuestros mas grandes misterios, que es la encarnacion del Verbo, y para aplicar sus méritos á aquellos que lo reciben dignamente: *Sacramentum hoc magnum est.* (Ephes. v). Sí, hermanos míos, decia san Pablo, este Sacramento es grande; y yo os lo digo para que sepais las ventajas que en este tiene nuestra Religion sobre todas las otras. Porque él solamente es grande por la relacion que tiene con Jesucristo, nuestro divino Salvador; solamente es grande en la Iglesia, que es la esposa de Jesucristo; solo es grande para los fieles, que son los miembros del cuerpo místico de Jesucristo; es decir, que solo es grande para vosotros: *Ego autem dico vobis in Christo et in Ecclesia.* (Ibid.). Todo esto es de fe. Mas ¿qué se sigue de aquí? Las obligaciones á que se da poca importancia en el mundo, y que el matrimonio no obstante os impone. Porque supuesto que es un Sacramento de la ley de gracia, no es permitido contraer este vínculo sino con una intencion pura y santa; no es permitido recibirlo sino con una conciencia limpia y exenta de pecado; no es permitido usar de él sino segun Dios, y con un fin digno de Dios; y cualquiera que falta á estos deberes comete una ofensa que participa de la naturaleza del sacrilegio, porque profana un Sacramento. Supuesto el principio de la fe, nada hay en estas consecuencias que no sea evidente é incontestable.

5. Mas pocas veces se piensa en el mundo en estas consecuencias. ¿Y de dónde nace que no se piense, que se olviden en este Sacramento las reglas de piedad que se cree necesario observar y se observan al recibir los otros? Vosotros seréis los primeros, y tal vez los mas celosos, en condenar á un hombre que reciba las órdenes sagradas con miras de interés ó de ambicion. Vosotros no os

atreveréis á acercaros al Sacramento de los altares sin haberos purificado antes con las aguas de la Penitencia, y creeréis haceros culpables al presentaros en el tribunal de la Penitencia por un fin que no sea honrar á Dios y reconciliaros con él. Cuando se os habla de Simon Mago, que pidió á los Apóstoles el sacramento de la Confirmacion por un motivo de vanagloria; y cuando se os dice que Judas asistió á la mesa de Jesucristo, y que comulgó con una disposicion criminal, reprobais el atentado del uno y del otro. Pues bien; ¿es el matrimonio menos respetable y menos venerable, en razon de Sacramento, que los demás? ¿No le ha instituido el Salvador del mundo lo mismo que los demás? ¿Tiene él menos virtud que los otros para causar la gracia? ¿Contiene acaso misterios menos elevados que ellos? ¿No conviene á este Sacramento cuanto se dice de los demás para exaltarlos y hacernos que los reverenciamos? Y por consiguiente ¿no pide unas disposiciones tan perfectas, un motivo tan cristiano, una pureza de corazon tan entera, y un uso tan honesto y tan santo? Nosotros sabemos especulativamente todo esto, mas en la práctica hé aquí la distincion que hacemos entre este Sacramento y los demás. Para recibir estos se prepara el hombre, busca á Dios, y se dispone, como manda la Religion, obrando en esto como cristiano; mas cuando se trata del Sacramento de que hablo, decís que tal Sacramento es en la vida una cosa indiferente y del todo profana, en la que ni Dios ni la Religion tienen parte alguna. Se contrae un matrimonio por consideraciones puramente humanas, sin tener por ello el menor remordimiento; se le contrae al pié del altar estando actualmente en pecado; y aunque esto sea indudablemente una profanacion sacrílega, apenas se tiene escrúpulo alguno, porque la mayor parte de los hombres ignora este punto de conciencia. Pero ¿cómo podrán, mis amados oyentes, justificar su conducta delante de Dios? Y si quereis que os declare mi opinion, este es uno de los mayores desórdenes que reinan hoy en el Cristianismo. Parece que el matrimonio no se mira como una cosa sagrada, sino como un negocio temporal, como una pura negociacion. ¿Quién es el que consulta á Dios para abrazar este estado? ¿Quién es el que le considera como un estado santo al que Dios le ha llamado? ¿Quién el que le elige con la mira de conseguir su predestinacion y su salvacion eterna? ¿Os lo diré yo? Los mismos paganos son acerca de este punto mas religiosos, ó al menos mas sábios y mas sensatos. Si el matrimonio no es entre ellos un Sacramento, no es tampoco, como se ha hecho entre nosotros,

un tráfico mercenario, en que se entrega el uno al otro, no por una inclinacion razonable, no por una honesta estimacion, ni segun el mérito de la persona, sino segun sus rentas y sus heredades, y á precio de plata y de oro. Tal es el lazo de cási todos los matrimonios; la plata es quien los forma: de aquí nace ese desarreglo tan comun, que hace que despues de un matrimonio contraido sin inclinacion se formen amistades criminales fuera del matrimonio. Siendo esto así, cristianos, lo que no podemos deplorar suficientemente, es que encerrando el matrimonio en su esencia dos calidades, la de contrato y la de Sacramento, se fije toda la atencion sobre la primera, que es de un orden inferior, y se olvide absolutamente la otra, á pesar de ser sobrenatural y divina.

6. En razon de contrato se observan todas las reglas de prudencia, ya en los tratados, ya en las conferencias y reuniones, ya en cuanto á artículos y condiciones, y ya tambien en cuanto á medidas de precaucion. Mas en razon de Sacramento ni se hacen reflexiones ni preparativos. Se cree que todo se reduce á ciertas ceremonias exteriores en la Iglesia, que se cumplen sin preparacion alguna y sin espíritu de religion. Por consiguiente, ¿es posible que un Sacramento así profanado os traiga de parte de Dios los auxilios de gracia que debe producir? Y ¿cómo cumpliréis vosotros las obligaciones de vuestro estado, careciendo de estos socorros? Hablo aquí de las obligaciones que os impone el matrimonio, no solo considerado como Sacramento, sino tambien como vínculo de una sociedad mútua. Ved aquí en qué me fundo para decir que son necesarias en él las gracias mas poderosas y abundantes; vosotros lo iréis comprendiendo. No se trata aquí solo de una sociedad aparente, sino de una sociedad de corazon; de tal modo que practiqueis á la letra este precepto del Apóstol: *Viri, diligite uxores vestras, sicut et Christus dilexit Ecclesiam*. (Ephes. v). Vosotros, maridos, amad á aquellas que Dios os ha dado por esposas; y vosotras, mujeres, amad á aquellos que la Providencia os ha destinado para esposos. La regla que por consiguiente debéis guardar es amaros el uno al otro como Jesucristo ama á su Iglesia: *Sicut et Christus dilexit Ecclesiam*. Ved aquí, pues, vuestro modelo. Amaros con un amor respetuoso, con un amor fiel, con un amor servicial y condescendiente, con un amor constante y durable, con un amor cristiano. Todos estos son otros tantos deberes contenidos en la fe conyugal que os habeis prometido mútuamente, y que ha causado vuestra union. Estadme atentos. He dicho con un amor respetuoso, porque una familiaridad sin

respeto conduce poco á poco y casi infaliblemente al desprecio. He dicho con un amor fiel, hasta dejar padre y madre por un esposo ó esposa, pues que esta es la ley terminante de Dios. Y con mucha mas razon hasta romper todo lazo que pudiera ligar el corazon, y desprenderse de todo otro objeto que pudiera dividirlo. He dicho con un amor oficioso y condescendiente, que previene los disgustos ó los alivia, que compadece las enfermedades, que liga las almas y que sostiene entre las voluntades una armonía perfecta. He dicho con un amor constante y durable, para poder resistir á un genio enfadoso que pudiera turbarlo, á las sospechas, á los celos, á las rivalidades y disgustos. He dicho, en fin, con un amor cristiano, porque aqui es donde se puede aplicar y debe, en efecto, verificarse el dicho de san Pablo, que la mujer cristiana y virtuosa es la santificacion de su marido. Esto es lo que han sido esas ilustres princesas que han santificado los imperios, convirtiendo y santificando á los príncipes, de quienes eran al mismo tiempo las esposas y los apóstoles. Esto es lo que vosotras debéis ser, señoras, haciendo en vuestras familias lo que aquellas hicieron tan gloriosamente y con tanto mérito en sus reinos; teniendo presente que el testimonio mas sólido de verdadero amor que podeis dar á vuestro esposo es separarlo del vicio é inclinarlo hácia Dios; empleando para conseguirlo todas vuestras súplicas, todos vuestros consejos, todos vuestros cuidados, y animándoos á perseverar en este santo ejercicio por el dicho elegante de san Jerónimo á Leta.

7. Ella era hija de un padre idólatra, á quien su esposa habia reducido por su vigilancia y paciencia á abrazar la fe. Era necesario, pues, dice san Jerónimo, que esto sucediese así: un celo tan grande como el de vuestra madre por la salvacion de su esposo no debia tener otro efecto. Y en cuanto á mí, añade el santo Doctor en su estilo sublime y figurado, yo pienso que el mismo Júpiter que adoraban los paganos hubiera creído en Jesucristo, si hubiera vivido con una familia tan santa: *Ego puto, etiam ipsum Jovem, si habuisset talem cognitionem, potuisset in Christum credere.* (Hieron.).

8. Mas por un trastorno que jamás deploraríamos bastante, mis amados oyentes, y cuyas consecuencias funestas tal vez habeis probado vosotros mismos, ¿qué sucede? Vosotros no podeis ignorarlo, pues que lo veis diariamente. Este lazo, que debia causar la union y la ventura de las familias y ser su mas firme apoyo; esta sociedad, que debian conservar mutuamente el marido y la mujer como uno de los bienes mas apreciables de su estado, ¿á que se halla con-

tinuamente expuesto? Á las riñas, á las aversiones, á las divisiones, y muchas veces á los rompimientos mas escandalosos; ¿y por qué? Porque ni el uno ni el otro quieren contribuir por su parte á sostenerla. Una mujer es obstinada, caprichosa é idólatra de su persona; ama los gastos, los vanos adornos, las compañías y las diversiones del mundo. Un marido es imperioso, es celoso, es melancólico, es orgulloso y colérico, ama su placer y su desarreglo. Y porque ninguno de ellos quiere hacerse la menor violencia, el uno cediendo de su obstinacion, arreglando sus caprichos y poniendo límites á sus diversiones, á su dispacion, á sus vanidades y á su apego al mundo; el otro refrenando su soberbia, moderando su melancolía, desechando sus sospechas injustas y sus inquietudes exageradas é infundadas, moderando su orgullo y renunciando á sus desórdenes; de ahí nacen las contradicciones, las quejas recíprocas y las murmuraciones, las repulsas fuertes y amargas; se aumenta la aversion del uno para con el otro, y, finalmente, para evitar mayores desórdenes, se ven obligados á separarse. Divorcio y separacion que la ley de los hombres autoriza, pero que no por eso se hallan justificados siempre segun la ley de Dios. Divorcio y separacion, tan frecuentes hoy en el mundo, y que podemos mirar como la voluntad de nuestro siglo, sobre todo entre los cristianos. Divorcio y separacion á los que se sigue casi ciertamente la ruina de las casas mas bien establecidas, y donde vemos cumplirse á la letra las palabras de Jesucristo: que todo reino dividido será destruido. Divorcio y separacion en que viven sin escrúpulo personas dadas á los ejercicios de piedad, sin tener presente que el primer deber de una piedad sólida por su parte, y en tanto que esto dependa de ellas, es vivir en aquella sociedad que el mismo Dios ha formado ó debido formar.

9. ¿Y para qué ha sido formada esta sociedad? Yo lo diré con san Agustin: para una propagacion legítima y para la educacion de los hijos. Este es el tercero y último fundamento de las mas importantes y esenciales obligaciones del matrimonio. Porque no es bastante haber dado el ser á los hijos y haberlos echado al mundo; se necesita alimentarlos. No es tampoco bastante alimentarlos; se necesita instruirlos. Y no basta instruirlos segun el mundo; se necesita instruirlos y formarlos segun el Cristianismo. La obligacion de proveer á su subsistencia y de conservarles una vida que han recibido de vosotros os la dicta la misma naturaleza, y os es fácil de cumplir. La de pensar en su establecimiento temporal, además de la

naturaleza, os la inspira frecuentemente vuestra ambicion, y sobre ella sois muy celosos y diligentes. La de trabajar en perfeccionarlos y en cultivar ciertos talentos que puedan distinguirlos y elevarlos en el mundo es una obligacion que vosotros no descuidais, y de que muchos se ocupan con toda la diligencia posible. No porque no haya algunos padres tan insensibles y duros que, ocupados todos de sí mismos, parece que desconocen sus hijos, y les privan de los socorros mas necesarios, mientras que ellos no niegan á sus propias personas nada de cuanto pueda contentar su disolucion y su sensualidad. No porque no haya tambien algunos á quienes la vista de sus hijos es tan insoportable, que los tienen largos años fuera de la casa paterna, los alejan con cualquier pretexto de su presencia, y los abandonan para su educacion á manos extrañas. No porque no haya algunos, de quienes he hablado en mi discurso anterior, que no queriendo desprenderse de cosa alguna en favor de sus hijos para establecerlos con arreglo á su clase, les ven tranquila y desapiadadamente padecer junto á ellos hasta una edad avanzada, y los reducen á la triste necesidad de pasar sus dias sin rango, sin nombre y sin estado. No porque no los haya que por un olvido entero de sus hijos, ó por una blanda y ciega condescendencia, no les dan ninguna educacion para el mundo, les permiten vivir á su antojo, y los abandonan, por decirlo así, á sí mismos y á todos sus defectos naturales. ¡Qué campo, si yo quisiera extenderme á otros desórdenes que paso en silencio por ser menos importantes y menos frecuentes! Pero el mayor y el mas comun es el de perfeccionar á los hijos en las cosas del mundo, sin perfeccionarlos al mismo tiempo en las de la Religion; el de cuidar de todo aquello que mira á su fortuna, sin tener cuidado alguno de lo que concierne á su salvacion; esto es, la de inspirarles sentimientos conformes á las máximas y principios del mundo, y cuidarse poco de que estos sean conformes á los principios y máximas del Evangelio; esto es, la de no perdonarles nada cuando se trata de lo que se llama buen aire de mundo, buenos modales, ciencia de mundo; y perdonárselo todo cuando se trata de la inocencia de costumbres y de la piedad. ¿De qué cosa habrán de responder á Dios los padres mas estrechamente que de la santificacion de sus hijos? Como esta es sin contradiccion la primera de todas sus obligaciones, ó, mas bien, como esta es su única obligacion, á ella deben atender especialmente en la educacion de sus hijos, de que están encargados, y por consiguiente á la de encaminarlos á Dios y educarlos en

su santo temor, á la de corregir sus inclinaciones viciosas y hacerles volver á la virtud, á la de alejarlos y preservarlos de todo aquello que pueda corromper sus corazones ; como, por ejemplo, criados de malas costumbres, sociedades dañosas, discursos libertinos, espectáculos profanos, libros corrompidos y contagiosos ; á la de procurar á sus hijos una instruccion santa, darles consejos útiles, y sobre todo ejemplos saludables, teniendo cuidado de no decir ni hacer cosa alguna en su presencia que pueda ser motivo de escándalo para sus almas flexibles y susceptibles de cualquier impresion. Esto me llevaria muy léjos ; y por la premura del tiempo no entro en mas pormenores.

10. Recapitulemos. Tales son, mis amados oyentes, las obligaciones propias del estado del matrimonio : ellas tienen sus dificultades, y dificultades grandes, convengo en ello ; pero ¿qué se sigue de aquí? Que no se debe entrar en este estado sin la vocacion divina. Porque para cumplir todas sus obligaciones se necesita una asistencia especial de Dios, que no la da sino á aquellos que le invocan ; y esta gracia es necesaria, no solo para cumplir las obligaciones del matrimonio, sino tambien para sobrellevar sus disgustos. De esto os hablaré en la

Segunda parte.

11. Hay disgustos en el estado del matrimonio, y la prueba es tanto mas sensible, cristianos, cuanto que vosotros teneis una experiencia diaria de ello. Para representaros estos disgustos no haré otra cosa que seguir las mismas ideas, considerando el matrimonio bajo los mismos respectos. Para ello necesito de toda vuestra atencion.

12. He dicho, y lo repito, que el matrimonio es un Sacramento: esto es lo que constituye su excelencia y su mas bella prerogativa en la ley de gracia ; mas esto es tambien lo que lo convierte en una servidumbre. ¿Por qué? Porque la cualidad de Sacramento es la que lo hace indisoluble, y por consiguiente la que hace de él un yugo, una sujecion y una como esclavitud en la que el hombre renuncia á su libertad. Si el Hijo de Dios hubiera dejado el matrimonio en el órden puramente natural, no seria otra cosa que un simple contrato, mas riguroso á la verdad que los otros en cuanto á su obligacion, pero que sin embargo podria romperse en las necesidades extremas. Y en efecto, nosotros vemos que entre los paga-

nos, donde las leyes y la jurisprudencia han parecido muy conformes á la razon humana, la disolucion del matrimonio estuvo autorizada; ellos los deshacian cuando un negocio de importancia lo pedia, y renunciaban las alianzas que habian contraido desde el momento en que les eran perjudiciales. El mismo Dios permitió en la ley antigua á los judíos repudiar sus mujeres; y aunque solo les dió esta facultad por condescender con la dureza de sus corazones, fue sin embargo una facultad legítima de que ellos pudieron usar libremente. Mas en la Iglesia cristiana, esto es, despues que Jesucristo ha hecho del matrimonio un Sacramento, y le ha conferido la gracia como tal, este Sacramento lleva consigo un carácter de inmutabilidad. Una vez reconocido válido, es para toda la vida. Aun cuando se tratara de la conservacion de la vida, aun cuando reinos enteros debieran perecer, aun cuando la Iglesia universal estuviera amenazada de su ruina, y todas las potencias se armasen contra ella, este matrimonio subsistirá, este matrimonio durará hasta la muerte, que es sola la que puede ser su término. Esto es lo que la fe misma nos enseña.

13. Esto es, cristianos, lo que yo llamo una servidumbre, y lo es en efecto. Porque yo os pregunto: un estado que os sujeta á otro, sin saber antes á quién os entregais, y que os quita toda libertad de variar, ¿no es, en cierto modo, el estado de un esclavo? Pues bien, el matrimonio hace todo esto; él os liga á otra persona, y esto es lo que tiene de mas esencial; á otra persona, digo, que no tenia antes poder alguno sobre vosotros, mas de quien dependeis ahora, y que ha adquirido sobre vuestras personas un derecho que no puede enajenar. Por el sacerdocio yo no me he sujetado mas que á Dios y á mí mismo: á Dios, mi soberano Señor, á quien yo pertenecia antes; á mí mismo, que debo naturalmente gobernarme y conducirme; mas por el matrimonio vosotros transferís el dominio que tenáis sobre vosotros mismos á un sujeto extraño, y esto que es lo mas difícil y lo mas heróico que tiene la profesion religiosa es la primera obligacion de vuestro estado. Es mas, en la Religion yo no me veo sujeto á una persona en particular: mi sujecion no es precisamente y para siempre á aquella persona, ni á esta, sino ya á una y ya á otra; esto debe suavizar infinitamente el yugo; en vez de que en el matrimonio vuestra sujecion es perpétua á esta ó á aquella persona. Si la persona os agrada, y es segun vuestro corazon, será un bien para vosotros; mas si el marido no agrada á su mujer, ó la mujer no agrada al marido,

no por eso estarán menos ligados entre sí ; ¿y qué suplicio no será semejante union ?

14. Á esto añado, hermanos míos, una nueva diferencia mas notable aun entre estos dos estados ; y es que para entrar en el estado religioso se tiene un noviciado y un tiempo de prueba, que no se tiene para abrazar el matrimonio. De todos los estados de la vida, dice san Jerónimo, el matrimonio es el que mas debia ser á eleccion nuestra, y acaso lo es menos que todos. Vosotros os obligais sin saber á quién ; porque jamás conoceis el espíritu, el natural, las cualidades del sujeto con quien haceis una alianza tan estrecha, que despues de dar vuestra palabra no es tiempo ya de retirarla. Supongamos que un jóven os pretende, no veréis en él mas que deseos de complaceros, no veréis mas que apariencias de dulzura, de moderacion y de virtud ; mas despues de formado el vínculo, observaréis bien pronto lo que él es : veréis como á aquella dulzura fingida sucede el furor y la cólera ; á esta moderacion afectada, despego y violencia ; á esta virtud hipócrita, corrupcion y excesos. Supongamos que este jóven está sin colocacion, y que ha creído encontrar en vos un buen partido, él sabrá disimular y alucinaros ; mas cuando se crea en el caso de no tener que guardaros consideraciones, ni tenga tanto interés en agradaros, vosotras probaréis bien pronto sus caprichos, sus volubilidades, su terquedad y su soberbia. Por mas que hagais, por mas medidas que empleeis, será necesario sufrir vuestra suerte. Esto es lo que hacia decir á Salomon que los bienes y las riquezas los recibimos de nuestros padres, mas una esposa sábia y virtuosa solo es Dios el que la da : *Divitiæ dantur à parentibus, à Domino autem uxor prudens.* (Prov. xix).

15. No olvidéis, mis amados oyentes, que este vínculo, ó esta servidumbre, es para toda la vida, y no se puede deshacer. No hay voto alguno tan solemne en que la Iglesia no pueda dispensar ; mas con respecto al matrimonio tiene, por decirlo así, las manos atadas, y su poder no alcanza á deshacerlo. Este vínculo pareció á los mismos Apóstoles de tales consecuencias, que por esto solo juzgaron que era mejor permanecer en el celibato : *Si ita est causa hominis cum uxore, non expedit nubere.* (Matth. xix). ¿Y qué les respondió el Hijo de Dios ? ¿Condenó este parecer tan poco favorable al matrimonio ? Por el contrario, le aprobó, le confirmó, y les felicitó por haber comprendido lo que tantos otros no comprendieran : *Non omnes capiunt verbum istud.* (Ibid.). ¿Y por qué ? Porque él sabia muy bien que este Sacramento seria una carga pesada pa-

ra la mayor parte de los que habian de recibirlo. Lo que acabo de deciros, cristianos, no es para inspiraros horror al matrimonio, sino para haceros conocer hasta qué punto es necesaria en él la asistencia divina, y cuánto importa no contraerlo sin la gracia de Dios. ¡Ay! ¡cuántos se han visto y se ven en nuestros días sucumbir bajo este pesado yugo, ó arrastrarlo con disgusto deplorando mil veces su desgracia! ¡Cuántos desgraciados de todas condiciones parecen felices exteriormente, y sin embargo en secreto deploran la esclavitud á que se ven reducidos! Mas tendrían que llorar si yo les dijese que ningun derecho tienen á quejarse; porque ¿quién les ha cargado de estos hierros cuya pesadez les abruma? ¿Es Dios, á quien no han consultado? ¿No han sido ellos mismos? Y cuando se acerquen al pié del altar para consolarse con el Señor y le digan: sostenedme, Dios mio, romped mis cadenas, ó al menos ayudadme á sufrirlas; ¿qué les deberá contestar el Señor? «No soy yo el que he formado ese vínculo; yo no he sido vuestro «consejero; nada me obliga á prestaros mi ayuda ni á consolar «vuestro dolor.»

16. Lo que aumenta este dolor, y debe hacerlo todavía mas vivo, es la sociedad misma del matrimonio; porque aunque esta sociedad tomada en sí haya sido mirada siempre como un bien, muchas veces, por la gran dificultad de encontrar dos almas que se unan entre sí, y que se agraden mutuamente, se puede decir que la soledad le es comunmente preferible. Nosotros tenemos una pena que sufrir. ¿Y habrá alguno que sea mas á propósito para sufrirla por nosotros? No hablo aquí de mil negocios enfadosos que trae consigo la sociedad y la comunidad del matrimonio, estos no son mas que los accidentes de vuestro estado; pero accidentes tan comunes, que los matrimonios de los mismos príncipes y reyes no están exentos de ellos. Yo me contraigo solo á la diversidad de genios que se encuentra frecuentemente entre una esposa y un esposo. ¡Qué cruz y qué prueba! ¡Qué motivo de mortificacion y de paciencia! Un marido sábio y modesto con una mujer ligera y disipada; una mujer arreglada y virtuosa con un marido libertino é impío. De tantos matrimonios como se contraen todos los dias, ¿se ven muchos en que se encuentre la simpatía en los corazones? Y si hay en ellos antipatías, ¿se podrá encontrar martirio mas cruel? ¡Si al menos esto les sirviera para santificarse, si llevaran su cruz cristianamente, y de una triste necesidad hicieran una virtud y un mérito! Pero lo que hay mas deplorable es, que los disgustos do-

mésticos no sirven mas que para alejaros de Dios, y haceros mas culpables en su presencia. Se procura indemnizarse por fuera, ó volver su afecto á otra parte; ¿y á qué desórdenes no se dejan arrastrar? Y además ¿qué animosidades y qué aversiones no se forman en el alma? ¿En qué llantos, en qué murmuraciones, en qué desconsuelo y en qué desesperacion no se pasan los años? Se permanece con estas disposiciones hasta la muerte; y, como dice san Bernardo, no se hará entonces mas que pasar de un infierno á otro, de un infierno de pecado y de crimen á un infierno de pena y de castigo, del infierno del matrimonio al verdadero infierno de los demonios.

17. Estos son extremos, me diréis, es verdad; pero nada hay mas comun en el estado del matrimonio; ¿y no es esto mismo lo que nos debe hacer conocer mejor su pesadez, que se reduce frecuentemente á iguales extremos? Si habeis tomado este estado de órden de Dios, si no lo habeis elegido vos mismo, ó no lo habeis tomado sino por la vocacion de Dios, su gracia os lo hará agradable, y su providencia no os privará de los auxilios necesarios. Él os deparará como á Rebeca el esposo que os esté destinado y que os convenga; él dará á vuestra palabras una eficacia y á vuestros cuidados una bendicion particular para hacer á vuestro esposo mas tratable, para fijar sus ligerezas, para desarmar su cólera, para retirarle de sus distracciones, para calmar sus inquietudes y disipar sus celos; al menos en los enfados y disgustos, en las repulsas y desprecios, en las contradicciones y las tristezas á que os veréis expuestas, él os revestirá de una fuerza divina para soportarlos; y por su uncion interior él sabrá, aun en medio de las turbaciones, haceros gustar en el fondo del alma las dulzuras de una paz santa. Mas porque vos misma en vuestra ceguedad os habeis echado, por decirlo así, las cadenas, él os dejará llevar todo su peso; es decir (y vosotras lo sabeis bien), que él os dejará llevar todos los caprichos de un marido veleidoso, toda la altanería de un marido lleno de imperio, toda la dureza de un marido violento, toda la economía de un marido avaro, todas las disipaciones de un marido pródigo, todos los desdenes de un marido poco afectuoso é indiferente, todas las locuras y quiméricas sospechas de un marido celoso. Él permitirá que vos misma, en lugar de buscar en vuestra paciencia y sábia conducta el remedio á los males que os afligen, los aumenteis; que vos misma os volvais una mujer vaná, una mujer indiscreta, una mujer mundana y disipada, una mujer obstinada y

porfiada ; que vos misma sostengais vuestros caprichos y vuestra inconstancia, vuestra acritud y vuestra fiereza, vuestra irritabilidad y vuestra cólera ; que el uno al otro no os sirvais mas que para excitar el fuego de la discordia y para hacer vuestra condicion mas desgraciada. Y ¡si al menos fuera esto solo! pero hay una tercera fuente de penas en el matrimonio, y, si me atrevo á decirlo, una fuente casi inagotable, y es la educacion de los hijos. Un hijo sábio, dice Salomon, hace la alegría de su padre ; y por el contrario aquel que tiene el espíritu malo se convierte en un objeto de dolor y de tristeza para su madre : *Filius sapiens lætificat patrem, filius vero stultus mastitia est matris suæ.* (Prov. x). Mas, sin alterar de modo alguno las palabras del Espíritu Santo, puedo yo añadir que lo que mas realza á los hijos es que sean morigerados ; y los que no lo son, son comunmente para sus padres una carga grande y una cruz muy pesada. Yo no hablo ahora de los cuidados que pide la infancia, sujeta á mil flaquezas, con las cuales es necesario condescender ; á mil necesidades, á que es necesario proveer ; á mil accidentes sobre los cuales es necesario velar. Supongámosles en una edad mas avanzada, y en ese tiempo en que empiezan propriamente á darse á conocer por sus buenas ó malas cualidades. Supongamos que sean unós hijos bien criados, que ofrezcan las mas lisonjeras esperanzas para el porvenir, que sean personas buenas con quienes se pueda contar en lo sucesivo, convengo en ello ; mas ¿se estará por eso en estado de adelantarlos y elevarlos? ¿Se tendrá por eso una certeza de no perderlos y de conservarlos? ¡Qué amargura, por ejemplo, y qué desolacion la de verse cargado de una familia numerosa, y carecer de los medios necesarios para establecerla ; de tener hijos capaces de todo, y no poder aplicarlos á nada ; de verse obligado á dejarlos en una ociosidad forzosa, donde pasen tristemente sus dias, ó en una oscuridad donde su nacimiento, su nombre, su mérito personal permanezcan en el olvido! ¡Qué tristeza, qué pesadumbre cuando un accidente imprevisto, cuando una muerte inopinada viene de repente á llevarse los hijos que se amaban y en los cuales se confiaba ; á quienes se preparaban grandes heredades, grandes títulos, que debian ser el sosten de una casa, la cual caerá con ellos ó les sobrevivirá poco tiempo! Pues bien, vosotros sabeis si estos son en el mundo acontecimientos raros de los cuales no pueda sacarse consecuencia alguna, y no ignorais lo que una experiencia tan comun os ha hecho aprender, y aprendeis diariamente.

18. Pero lo que sabeis todavía mejor, porque es todavía mas comun, es cuánto cuesta á los padres educar á los hijos indóciles, dirigir á los hijos de mala índole, ilustrar á los hijos sin genio y sin talento, atraerse á los hijos ingratos y desnaturalizados, reducir á sus deberes á los hijos extraviados y abandonados á sus pasiones, á los hijos desarreglados y traviesos, pródigos y disipadores. ¿No es esto de lo que están llenas las familias, y lo que mas de ordinario se encuentra en ellas? He dicho hijos indóciles, hijos siempre prontos á revolverse contra las sábias amonestaciones que se les hacen, y las lecciones saludables que se les dan; hijos de mala índole, cuyas inclinaciones se dirigen todas al vicio, y á quienes no se puede inspirar un sentimiento de religion ni de honor; hijos sin genio, que se les querria educar á fin de elevarlos, mas para quienes son inútiles todos los cuidados que se tomen por la poca disposicion que se encuentra en ellos; hijos ingratos, que no agradecen nada de cuanto se hace por ellos, y de quienes no se recibe otro reconocimiento que mil desaires, tanto mas picantes cuanto se tiene menos lugar de escucharlos; hijos traviesos é inconsiderados, á quienes una ciega precipitacion empeña continuamente en lances molestos; desarreglados y viciosos, á quienes las pasiones conducen á desórdenes que les desacreditan ante el mundo, y cuya infamia alcanza tambien á sus padres; pródigos y disipadores, que para atender á sus excesivos gastos piden prestado en todas partes y á cualquier persona, sin cuidarse del porvenir, y sin prever las funestas consecuencias. ¿Qué necesidad hay de que yo me extienda mas sobre este punto, y qué os diria sobre una materia en la que estais tan instruidos como yo? ¿No es esto, padres de familia, lo que os hace gemir tantas veces? ¿No es esto lo que os sumerge en tan profundas meditaciones, ó lo que os arroja á tan violentos transportes? ¿No es esto lo que os destroza el corazon, y lo que en muchas ocasiones os hace decir con la madre de Jacob y de Esaú: *Si sic mihi facturum erat, quid necesse fuit concipere?* (Genes. xxv). Si estos son los frutos del matrimonio, ¿no me valdria mas no haber pensado jamás en él? ¡Dichoso aquel estado en que, libre el hombre y desembarazado de todo otro cuidado, no está encargado mas que de sí mismo! Vosotros lo decís, mis amados oyentes, y no sin motivo; pero ved aquí lo que es todavía mas cierto, y lo que os hará mas reprehensibles en presencia de Dios: que no debeis arrojaros tan ligeramente á una eleccion cuyas consecuencias tienen tanto que temer; que debeis tomar las disposiciones que Dios os

aconseje, para lo cual debeis consultarle por medio de la oracion, y consultar tambien á los ministros que ha establecido para que sean los intérpretes de su voluntad; que debeis pesar maduramente las cosas, no segun las falsas máximas del mundo, sino segun la balanza del Evangelio y á los piés del santuario; que nada, en fin, debeis omitir antes de abrazar el estado del matrimonio para conocer bien sus obligaciones y sus penas, y últimamente sus peligros, de que os hablaré en la

Tercera parte.

19. Todas las condiciones de la vida tienen sus peligros con respecto á la salvacion. No solamente peligros comunes, sino tambien peligros particulares y propios de cada estado. La soledad misma no está exenta de ellos: los anacoretas han tenido que combatir para poner á cubierto su inocencia y defenderse de los ataques á que se han visto expuestos; y no siempre han salido victoriosos. ¿Y cuántas veces ha visto la Iglesia apagarse sus mas brillantes lumbreras, y ha llorado la caida de aquellos que se proponía elevar algun dia al número de los Santos? Por lo demás, segun el parecer universal de los Padres y de los maestros de la moral, si por todas partes hay peligros, puede decirse que uno de los estados mas peligrosos es el matrimonio. Y la prueba es que en el matrimonio hay necesidad de conciliar ciertas cosas cuya concordia es muy difícil, y que no se encuentran casi nunca juntas; que segun la estimacion comun de los hombres parecen incompatibles, y sin embargo es imposible salvarse sin ellas. Porque se trata de poner de acuerdo los derechos conyugales con la continencia y la castidad, una verdadera é íntima amistad para la criatura con una fidelidad inviolable para el Criador, un cuidado exacto y vigilante de los negocios temporales con un desvío de espíritu y un desprendimiento interior de los bienes de la tierra. Todo esto ¿sobre qué se funda? Sobre las mismas cualidades del matrimonio que sirven de objeto á este discurso. Prestadme atencion.

20. En efecto, cristianos, si hay alguna cosa que haga mas criminal la incontinencia en los matrimonios á los ojos de Dios es la dignidad del Sacramento; y sin embargo nada hay mas sujeto á los excesos de una pasion sin regla y sin recato. ¿Qué es lo que sufre con mas fortaleza una mujer y la obliga á mirar con mayor celo todos los intereses de un marido, y á buscar los medios para

agradarle? ¿No es la union estrecha que debe haber entre los dos? Mas ¿no es tambien este mismo celo por su esposo, esta misma union la que la pone en un peligro evidente de abandonar en muchas circunstancias los intereses de Dios, y de desagradarle? En fin, es necesario que los padres tengan la vigilancia y el cuidado de establecer su familia, y sin él no satisfacen un deber de conciencia, pues que ellos son los tutores de sus hijos, y despues de haberles dado la vida les deben tambien el sustento y la educacion. Pues bien, decidme si esta vigilancia, si este cuidado de establecer la familia, de colocar los hijos, de dejarles una herencia que pueda sostenerlos segun el rango de su nacimiento no es la mas peligrosa de todas las tentaciones, y si este no es el pretexto mas especioso y mas sutil para justificar en la apariencia todas las injusticias que les sugiera su avaricia, y por consiguiente si esta no es una ocasion continua de perderse. No olvidemos, pues, mis amados oyentes, que vuestro estado está expuesto á muchos peligros; abrid al menos los ojos para percibirlos y poder preservaros de ellos.

21. El primer peligro es la incontinencia en los matrimonios; yo pronuncio esta palabra, y no sin disgusto la he dejado escapar. San Jerónimo, escribiendo á una vírgen é instruyéndola en los deberes del celibato, á que pensaba consagrarse, no temia expresarse en ciertos términos que podian ofenderla; ¿y por qué lo hacia? Quiero mas, le decia el santo Doctor, ponerme en el peligro de hablaros con un poco menos de reserva, que callaros ciertas verdades que conciernen á vuestra salvacion: *Malo verecundia periclitari, quam veritate.* (Hieron.). Tal vez tenia razon para explicarse de esta suerte en una carta; mas aquí, cristianos, en esta cátedra del Evangelio yo debo, sin alterar la verdad, usar de las sábias precauciones que pide la dignidad de mi ministerio. Vosotros sabeis lo que la ley de Jesucristo os manda y lo que os prohíbe; y si nó lo sabeis, todo lo que yo puedo deciros es, que os es de suma importancia saberlo, pues que en ello consiste vuestra salvacion; esto es, que el matrimonio es un estado de castidad y de continencia lo mismo que el celibato, sea cualquiera la diferencia que medie entre uno y otro; que en el matrimonio hay leyes establecidas por Dios, y que no es permitido quebrantarlas; que los desórdenes que en él se cometen, muy léjos de excusarse y justificarse en cierto modo por el Sacramento, tienen por lo mismo una malicia y una deformidad particular; que teneis en él una conciencia que es

necesario escuchar, y que os acusará delante de Dios; que, en fin, segun el pensamiento de san Jerónimo, de las tres especies de castidad, á saber: la virginal, la vidual y la conyugal, la conyugal, aunque la mas imperfecta, es, sin embargo, la mas difícil. ¿Y por qué? Porque es mas fácil, dice el santo Doctor, abstenerse enteramente que moderarse, y renunciar absolutamente á la carne, que es vuestro enemigo doméstico, que reprimirla en los justos límites. La virginidad, añade el mismo Padre, triunfa en conservarse, casi sin combate: apenas conoce el peligro, porque lo huye y se mantiene lejos de él. Puede decirse lo mismo proporcionalmente del estado de la viudedad; pero sucede de otro modo con respecto á la castidad conyugal. Entre ella y la impureza no media mas que un paso; mas este paso conduce al crimen y á la condenacion.

22. Al lado de este peligro se encuentra otro, que es el de la mútua sociedad; escuchadlo. El efecto de esta sociedad debe ser una union de corazones tan perfecta, que por un esposo esté dispuesta su esposa á desprenderse de todo, á dejarlo todo, á sacrificarlo todo; mas con una excepcion tan exquisita y delicada, que el amor conyugal no se sobreponga al amor de Dios; que el esposo y la esposa estén de tal modo unidos entre sí, que el uno y el otro lo estén al mismo tiempo mas estrechamente con Dios; que una esposa dispuesta á condescender con todos los deseos razonables del marido tenga al mismo tiempo la fortaleza de resistirle cuando se trate de seguir sus pasiones, de participar de sus desórdenes, de dar oidos á sus discursos maldicientes ó impíos, de tomar parte en sus resentimientos, de secundar sus venganzas. Así, cuando el esposo haya recibido una injuria, cuando haya sido ofendido y ultrajado, os es permitido sentirlo, participar con él de su pena, y procurarle toda la satisfaccion conveniente; vosotras lo podeis y lo debeis hacer. Pero ir mas allá, tomar parte en sus animosidades y en sus odios, darle la razon en sus arrebatos y en sus violencias, condescender con todo lo que le inspire un corazon resentido y vengativo, esto no es obrar como una esposa cristiana, esto no es una fidelidad verdadera; y Jesucristo, al instituir el matrimonio en su Iglesia, no quiso que sirviese para que el crimen de uno se hiciera propio del otro. Lo mismo que si el marido, ambicioso ó interesado, formase planes injustos, y quisiese contra el derecho y la buena fe empeñaros en sus caprichos; entonces es cuando, con una santa fortaleza, se necesita sostenerse firme, y oponerse á la iniquidad. Mas, me diréis: «yo debo obedecerle;» ninguna obe-

diencia le debeis en perjuicio de la ley de Dios. «Mas él se alejará de mí;» entonces su desagrado os valdrá mas que su estimacion. «Pero se turbará la paz;» vosotras tendréis la paz de la conciencia, y ella os bastará. «Mas él buscará todas las ocasiones de afligirme;» vuestra afliccion os aprovechará para ejercer la paciencia, y al fin Dios os consolará. Pero ¿dónde están los medios para sostenerse constantemente en esta firmeza inalterable, y no flaquear nunca? Esto no es fácil, convengo en ello; mas esto mismo es lo que os he presentado como uno de los mas grandes peligros de vuestro estado.

23. Y ved aquí lo que queria decir san Pablo escribiendo á los de Corinto, cuando hacia consistir la ventura de las vírgenes en no estar divididas entre Dios y el mundo, y no estar gravadas con la obligacion y el cuidado de complacer á los hombres, sino solamente á Jesucristo, esposo de sus almas: *Et mulier innupta et virgo cogitat quæ Domini sunt.* (I Cor. vii). En vez de que, añadía él, una esposa está siempre con la angustia de pensar cómo se mantendrá en la gracia de su esposo y en la de su Dios, viéndose obligada en cuanto le es posible á agradar al uno y al otro, y no sabiendo, al menos en muchas ocasiones, cómo acertar ni cómo conciliarlos. De tal modo, que por una triste necesidad se ve obligada muchas veces á renunciar al uno por el otro, á abandonar al uno para adherirse inviolablemente al otro; y esto es lo que la turba y lo que divide su corazon; esto es lo que llena su espíritu de cavilaciones, de pensamientos y de afectos totalmente contrarios; esto es lo que la tiene en continuas dudas, y muchas veces en la mas cruel incertidumbre: *Quæ autem nupta est, cogitat quæ sunt mundi, quomodo placeat viro.* (Ibid.). Y se halla tanto mas peligrosamente expuesta, cuanto que la presencia del marido con quien vive y el interés de agradarle hacen mas impresion en ella. Si puede suceder que en ciertos momentos, en que la resolucion es mas fuerte y la gracia mas abundante, ella escuche su conciencia y se sostenga en su deber, ¡cuánto es de temer que esta conciencia combatida constantemente por la ocasion no venga, al fin, á relajarse y á ceder! ¿No es cierto que una blanda complacencia ha perdido á tantas esposas y diariamente pierde á muchas otras? Ellas eran por su índole y por sus inclinaciones dulces, pacientes, equitativas, justas, arregladas; mas un hombre insaciable y avaro, colérico y vengativo, sensual y voluptuoso, las ha hecho cómplices de sus fraudes y de sus enemistades, de sus excesos y de sus mas vergonzosos deseos.

24. ¿Qué diré yo, ó qué podría decir de otro peligro que lleva

consigo la educacion de los hijos? Es muy cierto, y ya os lo he hecho saber, que la educacion de los hijos os obliga por deber y por estado á ocuparos de las cosas temporales. Pero no es menos cierto que esta obligacion es un escollo en el que es raro no estrellarse. ¿Y quién no ve la gran dificultad que hay en conciliar el cuidado de los bienes de la tierra con el desprendimiento de estos mismos bienes? Segun el Evangelio, si descuidais atender á vuestros hijos de una manera conforme á su condicion, os haceis culpables para con Dios; y si por el contrario, á fin de atender á ellos, os dejais arrastrar por el deseo y el amor á las riquezas, no conseguiréis vuestra salvacion. En el matrimonio no os es permitido, como á los demás estados, abandonar todas las cosas por seguir á Jesucristo; en esto no consiste vuestra perfeccion. Es necesario que poseais, que conserveis y que trabajéis razonablemente para adquirir. Mas, poseyendo, conservando y adquiriendo, es necesario preservar vuestro corazon de toda afeccion terrena. Así os lo dice san Pablo; oidle: *Hoc itaque dico, fratres, reliquum est ut et qui habent uxores, tanquam non habentes sint; et qui emunt, tanquam non possidentes; et qui utuntur hoc mundo; tanquam non utántur.* (I Cor. VII). Ved aquí, hermanos míos, dice este grande Apóstol, lo que voy á intimaros de parte de Dios; sabed que aquellos de entre vosotros que están unidos en matrimonio deben tener el espíritu y el corazon tan libres como si fueran completamente dueños de sí mismos; que aquellos que venden y compran deben hacerlo como si nada poseyesen, y que aquellos que disponen de los bienes de este mundo deben usar de ellos como si no les pertenecieran. ¿Y por qué? «porque la figura de este mundo pasa,» proseguía el Doctor de las gentes: *Præterit enim figura hujus mundi.* (Ibid.). Y yo me atrevo á añadir, explicándoos esta moral, porque el cuidado que podeis y debeis tener de los bienes de este mundo no os dispensa en manera alguna de la obligacion de renunciar á ellos de corazon y de voluntad. Jesucristo hizo una ley general para todos los hombres; esta ley, dice san Juan Crisóstomo, no podia entenderse de una renuncia real y efectiva; es necesario, pues, entenderla de una renuncia de corazon: *Qui non renuntiat omnibus.* (Luc. XIV). Es decir, cristianos, que cuando el Salvador de los hombres pronunciaba esta sentencia, hablaba con vosotros lo mismo que conmigo; solo con la diferencia de que imponiéndoos ese precepto os obligó á una cosa mas difícil que á mí. Porque quiso que ese desprendimiento interior no os quitase nada de la vigilancia para la conser-

vacion de vuestros bienes y el sostenimiento de vuestra familia. Por consiguiente, el poder unir lo uno con lo otro es lo que yo llamo la virtud heroica de vuestro estado. ¿Y cómo, me diréis, podremos cumplir con el precepto de la pobreza evangélica? Á esto os respondo lo que respondió Jesucristo á una pregunta semejante: esto es imposible á los hombres, mas no lo es á Dios. Es imposible á aquellos que entran en el matrimonio guiados por sí mismos y sin la gracia de la vocacion, ó que, teniendo esta gracia, no hacen de ella el uso que debian. Mas á aquellos que son fieles todo les es posible. Abraham vivió en el mismo estado que vosotros: él tenía que sostener una familia como vosotros; él poseyó mas bienes que vosotros, y jamás estos bienes percederos excitaron en su corazon el menor deseo, ni encendieron el fuego de la codicia.

25. Finalmente, vosotros conoceis, mis amados oyentes, las obligaciones del matrimonio; vosotros sabeis sus disgustos; vosotros no ignorais sus peligros, y por consiguiente ved cuánto os importa ser iluminados, conducidos y socorridos por Dios; esto es, cuánto os importa no abrazar este estado sino por consejo de Dios, atrayendo para ello su gracia sobre vosotros. Mas me diréis: si yo no he abrazado este estado por vocacion de Dios, ¿no hay remedio para mí? ¿qué haré, pues? Vosotros haréis lo que hace el pecador penitente. Cuando se convierte á Dios, repara por la gracia de la penitencia lo que ha perdido despojándose de la gracia de la inocencia. Del mismo modo vosotros repararéis despues de contraido vuestro matrimonio el mal que habeis cometido al contraerlo, y pues no habeis gozado de las primeras gracias que se conceden á este estado, deberéis recurrir á Dios para alcanzar las segundas. Porque Dios tiene estas segundas gracias para suplir el defecto de las primeras, y en estas segundas gracias debeis poner toda vuestra confianza. No obstante, porque estas son mas raras y menos abundantes cuando no han sido precedidas de las otras, lo que os resta es velar con mucha atencion sobre vosotros mismos, aplicaros con mucho celo á los deberes de un estado en que Dios quiere, no obstante, que permanezcais; concebir un arrepentimiento muy vivo y amargo del error en que habeis caido por vuestra falta; redoblar vuestras súplicas, clamando fervorosamente al Señor. ¡Ay! Dios mio, le diréis como el hermano de Jacob le dijo á Isaac despues de haber perdido su primogenitura, ¿no teneis Vos mas de una bendicion? ¿no son infinitos los tesoros de vuestra gracia? *Nam unam tantum benedictionem habes, pater?* (Genes. xxvii). Es

verdad, Señor, que me he separado de mi camino, apartándome de aquel que Vos me habíais marcado, que era propiamente el mio. Pero ¿me habeis desechado por eso? ¿Carece vuestra providencia de medios para reparar el daño que yo he hecho? Echad, Dios mio, echad una mirada favorable sobre mí, y no me abandonéis á mí mismo, que yo prometo dejarme conducir en adelante por Vos : *Mihi quoque obsecro ut benedicas.* (Ibid.). Él echará sobre vosotros nuevas miradas de predestinacion, y os hará arribar al puerto de la gloria que os deseo. Amen.

SERMON

SOBRE LA AFLICCION DE LOS JUSTOS

Y LA PROSPERIDAD DE LOS PECADORES.

Ascendente Jesus in naviculam, secuti sunt eum discipuli ejus: et ecce motus magnus factus est in mari, ita ut navicula operiretur fluctibus. Ipse vero dormiebat, et suscitaverunt eum discipuli ejus, dicentes: Domine, salva nos, perimus; et dicit eis: Quid timidi estis, modicum fidei? (Matth. viii, 23, 26).

Entrando Jesús en un barco, le siguieron sus discípulos; y sobrevino luego un grande alboroto en el mar, de modo, que las ondas cubrian el barco. Mas él dormía, y le despertaron sus discípulos, diciendo: Señor, sálvanos, que perecemos; y Jesús les dice: ¿Qué teméis, hombres de poca fe?

1. Ved aquí, cristianos, una imagen muy natural de lo que sucede diariamente á nuestra vista y entre nosotros. No parece sino que el Espíritu Santo, al presentárnosla en el Evangelio de hoy, ha querido expresamente representarnos uno de los mas grandes misterios de la conducta de Dios para con los hombres, y hacerla el motivo de nuestra instruccion. Los discípulos de Jesucristo, esto es, los justos y los elegidos de Dios, viven en el mundo, que podemos considerar como un mar borrascoso, y se hallan embarcados en él por orden de la Providencia. Dios está con ellos sin desampararlos jamás, él los sigue en todos sus caminos, él los ilumina y los sostiene; pero al fin, á juzgar por las apariencias, se dirá en muchas ocasiones que se aleja de ellos, que los olvida, que los abandona, que está con respecto á ellos como dormido: *Ipse vero dormiebat*. Él permite que sean asaltados y batidos de las mas violentas olas, que estén expuestos á las mas fuertes tentaciones, que sean afligidos y casi rendidos con las miserias de esta vida. Y bien, ¿quién creará entonces que hay una Providencia que tiene cuidado de sus personas, ó quién no creará que esta Providencia está sepultada en un profundo sueño, y que ignora sus aflicciones, sobre todo cuando se

ve á los impios prosperar sobre la tierra, vivir en una profunda calma, ocupar los primeros puestos, gozar de la abundancia, estar en posesion de todo lo que se llama fortuna y felicidad humana?

2. Así es que, en vista de esta distribucion tan sorprendente y tan poco conforme á nuestras ideas, David exclamaba y decia á Dios: *Exurge, quare obdormis, Domine?* (Psalm. XLIII). Levantaos, Señor, ¿por qué permanecéis en esa especie de letargo? Así tambien le decimos nosotros como los Apóstoles: *Domine, salva nos, perimus.* ¡Oh Señor! ¿en dónde estais? Nosotros perecemos, y Vos nos abandonais; todos los males vienen á asaltarnos, y Vos parece que sois insensible. Mas ninguna otra respuesta esperemos de parte de Dios que la que Jesucristo dió á sus discípulos afligidos y consternados: *Quid timidi estis, modicæ fidei?* ¿Dónde está vuestra fe, dónde está la confianza que debéis tener en vuestro Dios? ¿Qué teméis vosotros cuando yo estoy á vuestro lado? Misterio de la Providencia, mis amados oyentes, de que voy á hablaros hoy. No es precisamente á los pecadores á quienes voy á dirigirme, sino á las almas fieles, á los predestinados del Señor, á aquellos que están dispuestos á servirle, y que estando tan adheridos al servicio de Dios ven con frecuencia caer sobre sus cabezas todas las plagas del cielo, mientras que los mundanos pasan su vida en el placer y en los goces. Yo voy á confortarlos y á consolarlos sobre este punto, despues que hayamos implorado los auxilios del Espíritu Santo por intercesion de María, saludándola con el Ángel: *Ave María.*

3. La fe de los cristianos ha sido turbada y conmovida en todos tiempos al ver á los malos en la prosperidad y en el reposo, mientras que los justos están sumidos en la adversidad y en los trabajos. Esta diversidad de suertes que parece tan injusta ha sido siempre, por decirlo así, el escándalo de la Providencia; porque de aquí han tomado motivo los pecadores para triunfar insolentemente en la vida, y los mayores hombres de bien se han relajado en el camino de la virtud; de aquí tambien los mas grandes Santos han llegado casi á dudar en perjuicio de su fe. Oid lo que dice David: *Mei autem pene moti sunt pedes, pene effusi sunt gressus mei.* (Psalm. LXXII). Por mí, decia él, lo confieso, yo he sentido mi fe vacilar; y por sólido que fuese el fundamento de mi esperanza me he visto en el punto de sucumbir; ¿y por qué? Porque se ha elevado en mi corazon un movimiento de celo y de indignacion á vista de los pecadores que gozan de paz, que salen bien en sus empresas, que establecen sus casas, y que nada les falta en la vida: *Quia celavi super*

iniquos, pacem peccatorum videns. (Ibid.). En efecto, yo he dicho, ¿cómo es posible que sepa Dios lo que sucede aquí abajo y cómo puedo yo creer que él se cuida de ello? *Quomodo scit Deus, et si est scientia in excelso?* (Ibid.). Los libertinos y los impíos son los mas dichosos, los mas honrados, los mas ricos : *Ecce ipsi peccatores et abundantes in sæculo obtinuerunt divitias.* (Ibid.). De aquí casi he deducido, añade el mismo Profeta, que me es inútil conservar mi corazon en la inocencia, y tener mis manos limpias de toda injusticia : *Et dixi, ergo sine causa justificavi cor meum, et lavi inter innocentes manus meas.* (Ibid.). Así hablaba el Rey mas santo del pueblo de Dios; y este era el argumento que hacian los paganos á los fieles. ¿Á qué Dios servís? les decian estos idólatras; ¿dónde está su justicia y su bondad para con vosotros? Os veis pobres y abatidos, y él no tiene ningun cuidado de vosotros. ¿Es esto porque no puede, ó porque no quiere? Si es por impotencia, no es Dios; y tampoco lo es si es por insensibilidad. Vosotros os prometeis la inmortalidad en otro mundo distinto de este; mas ¿qué señal teneis de que así suceda, cuando ese Dios que os figurais bastante poderoso y bastante bueno para resucitaros despues de muertos no os socorrió mientras vivíais? Entre tanto vosotros renunciáis á todos los placeres, no venís á nuestros espectáculos, sufrís el hambre y la sed, llevais con paciencia los mas rigurosos tormentos; de aquí se sigue que vosotros no gozaréis ni de la vida presente donde estais, ni de esa vida futura é imaginaria que esperais. Á esto daban los Padres diversas respuestas. La mayor parte negaban el supuesto para establecer una verdad totalmente opuesta; porque sostenian que jamás los justos son desgraciados sobre la tierra, y que jamás los impíos gozan de una verdadera felicidad. *Intelligat homo, decia san Agustin, nunquam Deus permittit malos esse felices.* (August.). Aplíquese el hombre á comprender bien esto. Jamás permite Dios que los malos sean felices. Ellos al menos pasan por tales, añadía este santo Doctor; pero solo se les cree felices, porque se ignora en qué consiste la verdadera felicidad : *Ideo malus felix putatur, quia quidquid sit felicitas ignoratur.* (Ibid.). Y esto es necesario no juzgarlo por ciertas apariencias. Algun hombre, dice san Ambrosio, me parece tener el gozo en el corazon, mientras su corazon está desgarrado con mil aflicciones : él vive á su gusto, segun mi parecer, mientras, segun el suyo y en realidad, es miserable : *Meo affectu beatus est, et suo miser.* (Ambr.). Así es como se explican los Padres. Mas yo miro este asunto de muy distinto modo. No disputamos á los impíos ni á los

pecadores la posesion de los gozes humanos, y convenimos en que los justos son tan desgraciados temporalmente como piensan los mundanos. Esto supuesto, yo sostengo que somos siempre culpables si desconfiamos de la divina Providencia que así lo ha dispuesto; y para convencerlos deduzco dos proposiciones que encierran todo aquello que puede decirse de mas sólido sobre esta materia, y que harán la division de mi discurso. Yo sostengo desde luego que en esta conducta de Dios no hay nada que deba ni pueda alterar nuestra fe; esta es la primera proposicion y la primera parte. Digo mas, y sostengo que en esta conducta de Dios hay un motivo para asegurar y confirmar nuestra fe; esta es la segunda proposicion y la segunda parte. Desenvolvamos la una y la otra, y no creais que yo piense entregarme á vanas sutilezas. Yo voy á presentaros dos pruebas igualmente sensibles y convincentes. Principiemos.

Primera parte.

4. San Agustin pronunció una bella sentencia cuando dijo que los secretos de Dios deben causarnos respeto, deben hacernos cuidadosos en contemplarlos, y deben excitarnos á examinarlos en cuanto la humildad de la fe nos lo permite; mas que no deben jamás hallar oposicion en nuestro espíritu, ni nos es lícito querer juzgarlos, y menos atrevernos á contradecirlos: *Secretum Dei intentos nos habere debet, non adversos.* (August.). Ved aquí, mis amados oyentes, una máxima muy cristiana y muy importante; porque uno de los mayores desórdenes de nuestro espíritu es el de sublevarse contra todo aquello que parece contradecir á nuestra razon y á nuestra inteligencia, y de este principio proceden todos los errores en que caemos con respecto á Dios. Pues bien, oid cómo me sirvo yo de la máxima del santo Doctor para establecer mi primera proposicion, con respecto á la distribucion tan desigual de bienes y de males en esta vida, que hace que los justos sufran, en tanto que los impíos prosperan. Yo sostengo que nada hay en esto que deba alterar nuestra fe; y en efecto, aunque no vea ninguna razon de esta conducta de Dios, aun cuando este sea un abismo en que yo no descubra nada, y en el que mi espíritu se pierda, mi fe sin embargo no deberá alterarse, y todo lo que deberé hacer será exclamar con san Pablo: *O altitudo!* y reconocer que este es un arcano de la Providencia que debo adorar y no investigar. Así, aunque yo no conozco el augusto é incomprensible misterio de un Dios en tres Per-

sonas, no creo por esto tener derecho para ponerlo en duda ; no creo poder deducir : luego no hay Dios, luego no existe un Ser supremo ; sino que deduzco que este Ser supremo está mas alto que toda la humana inteligencia, y de este modo permánézco mucho mas adherido á mi creencia. ¿Y por qué no he de hacer aquí lo mismo? y cuando se trata de un punto que mira á la Providencia de Dios y su conducta en el gobierno del mundo, ¿por qué he de dudar y me he de turbar porque no lo comprendo?

5. Porque, al fin, yo tengo fuera de esto mil pruebas que me convencen de que hay una Providencia en el universo, y que todo lo que sucede en el mundo es por orden de Dios. Yo no tengo mas que abrir los ojos, no tengo mas que contemplar el cielo, no tengo mas que considerar todas las criaturas, porque no hay una que no me dé un testimonio de esta verdad, y que no sea para mí una demostración. Los paganos y los bárbaros lo han reconocido ; y sería yo mas infiel que los infieles mismos si rehusara someterme. No obstante, contra todos estos testimonios nace una dificultad en mi alma. Si existe una Providencia, me digo á mí mismo, ¿cómo sufre que los justos sean oprimidos y los impíos exaltados? Ved aquí lo que me aflige. Pues bien, yo os pregunto, cristianos, ¿es razonable que por esta sola dificultad me aparte de un principio de fe tan infalible y tan sólidamente establecido como el de la Providencia, y que, porque hay cierto punto en que la conducta de esta Providencia para con los hombres me parece oscura, la tenga por dudosa, y me atreva absolutamente á negarla? ¿No es mas justo que oponga á la dificultad que me embaraza todas las máximas de mi fe y todas las luces de mi razon? ¿y que no teniendo bastante vista para profundizar el misterio de esta Providencia tan rigorosa, al parecer, con respecto á los justos, y tan liberal con los pecadores, me tranquilice hasta que llegue el día en que la he de conocer en su origen, esto es, en el mismo Dios?

6. Esto es tambien lo que el Profeta real reflexionaba despues de haber confesado delante de Dios que no entendia este proceder, y que un tratamiento tan poco conforme á los méritos de los unos y á la iniquidad de los otros excedia todos sus conocimientos y confundia todas sus ideas. Yo espero, Señor, decia él, que Vos me descubriréis allá arriba el orden de vuestros juicios, y que me haréis ver, como de una mirada, las razones secretas que habeis tenido para disponer así las cosas. Entonces sabré por qué habeis permitido que este justo fuese vejado y perseguido, y que el crédito del

impío le elevase sobre la inocencia y la virtud ; que este hombre de bien no haya tenido éxito en sus empresas, y que este mundano sin fe y sin conciencia saliese bien en todos sus negocios ; que esta mujer piadosa y honrada pasase sus días en la amargura y en mortales disgustos, y que esta otra, idólatra del mundo y entregada á sus pasiones, pase una vida agradable y cómoda. Vos nos enseñaréis, ó Dios mio, cuáles eran las razones de todo esto ; y con un solo rayo de la luz que esparciréis en los espíritus disiparéis todas las nubes, y haréis desvanecer todas las dudas que nacen ahora, á pesar nuestro, contra vuestra adorable Providencia. Yo me figuraba que en fuerza de reflexiones y de consideraciones podría en esta vida aclarar estas dificultades y sondear los impenetrables consejos de vuestra sabiduría : *Existimabam ut cognoscerem hoc.* (Psalm. LXXII). Pero me engañaba mucho, y ya estoy bien persuadido de que me entregaba á reflexiones inútiles : *Labor est ante me* (Ibid.) ; de aquí he deducido que era necesario esperar á que hubiese entrado en vuestro santuario, y hubiese visto en qué terminaban las esperanzas de los unos y de los otros : *Donec intrem in sanctuarium Dei, et intelligam in novissimis eorum.* (Ibid.). Ved aquí cómo discurría el santo Rey, siendo el espíritu de Dios quien le inspiraba este sentimiento.

7. Mas sobre este punto no estamos reducidos, mis amados oyentes, á la simple sumision y á la sola obediencia á la fe. Nosotros tenemos sobre este misterio conocimientos bastantes para aquietar nuestro espíritu, tantos ó tal vez mas que sobre otro alguno ; y por esto es por lo que venimos á hacernos inexcusables cuando nos turbamos y caemos en la desconfianza, porque vemos á los justos afligidos, y que los pecadores tienen todas las comodidades y todos los goces de la vida. Porque nosotros encontramos en nosotros mismos razones que nos justifican perfectamente la conducta de Dios, y nos persuaden que ha obrado sábiamente en la distribucion que ha hecho. Pues bien, si yo con un entendimiento lleno de errores descubro algunas razones para que esto así suceda, ¿ no debo estar convencido de que Dios tiene otras mucho mas sólidas y convincentes que yo no veo ? Y estas razones de Dios, que no alcanzo, pero que conjeturo por mí mismo, ¿ no deben calmar mi corazon y aquietarlo ? Lo que debo hacer es seguir el consejo de san Agustín, y aplicarme, no á conocer perfectamente, sino á entrever al menos los secretos de Dios, á fin de que lo poco que puedo comprender me enseñe á juzgar de aquello que se escapa á mi vis-

ta, y que lo uno y lo otro afirmen mi confianza: *Secretum Dei intentos nos habere debet, non adversos.*

8. Mas ¿qué es, en efecto, lo que yo comprendo de este secreto de Dios, y qué razones puedo imaginar para esta distribucion que parece repugnante á la razon misma? Vosotros me lo preguntais, cristianos, y sin una larga discusion ved aquí las razones que desde luego se me ocurren: que Dios quiere probar á sus escogidos, y darles ocasion de manifestarle por su constancia su fidelidad; que Dios, segun la comparacion del Profeta rey, quiere purificarlos con el fuego de la tribulacion, como el oro se purifica en el crisol; que Dios quiere asegurarles su salvacion, y ponerles á cubierto del peligro inevitable que se encuentra en las prosperidades del siglo; que Dios, por una amable violencia, dice san Bernardo, quiere forzarlos en cierto modo á mantenerse unidos á él, volviéndoles amargo todo lo demás, y no ofreciéndoles fuera de él mas que objetos de disgusto; que Dios quiere ofrecerles un motivo continuo de combates, á fin de que este sea al mismo tiempo para ellos un continuo motivo de triunfos, y por consiguiente de mérito; que por justos que ellos sean no dejan de ser deudores á Dios por algun pecado, pues el mas justo, como dice Salomon, cae hasta siete veces al día; mas que Dios, no obstante, quiere castigarlos como padre, y no como juez, y por esto los castiga en este mundo segun su misericordia, á fin de no castigarlos en el otro segun su justicia. Deteniéndose aquí, mis amados oyentes, y sin querer penetrar mas en los juicios de Dios, ¿no es esto bastante para sostener la fe del justo? ¿No basta una sola de estas razones para servirle de defensa y fortificarle contra los mas rudos ataques? Por consiguiente, que Dios ordene segun le agrade, que destruya y que trastorne, que abata y que humille, que hiera segun su voluntad, jamás el justo tendrá mas que bendiciones que tributarle; y si él se atreve á quejarse, entonces Dios le hará la misma reconvencion que el Salvador del mundo hizo á san Pedro: *Modice fidei, quare dubitasti?* Hombre ciego, deja obrar á tu Dios; él te ama, y sabe lo que te conviene. Si al presente te trata con rigor, este rigor es solo aparente; y por sensibles que puedan ser los golpes que su brazo descargue sobre tí, considera que este brazo es movido por su amor.

9. ¡Pensamientos convincentes y motivos poderosos para darnos un consuelo cristiano! En este vasto y numeroso auditorio es imposible que no se encuentre alguna de esas almas queridas de Dios, y que él abandona á pesar de eso á las adversidades y des-

gracias del mundo. Pues bien, á mí me toca hacerles conocer estas verdades. Á mí me toca, mis amados oyentes, levantaros por este medio del abatimiento en que os ha puesto tal vez el estado de pobreza, el estado de humillacion, el estado de sufrimientos que os agobia, y que os hace la vida tan enojosa y llena de penalidades. Á mí me corresponde, como predicador del Evangelio, haceros encontrar todo el apoyo que necesitais en vuestra fe. Porque yo no he venido aquí solamente para echaros en cara vuestras infidelidades; y llenaros de un terror saludable al considerar los juicios eternos. Yo lo he hecho así segun las circunstancias, y lo hago todavía; y no puedo bendecir bastante al cielo por la atencion que prestais á mis palabras, ó mas bien, á la palabra de Dios que os anuncio. Mas la otra parte de mi deber es consolaros en vuestras penas; y puesto que estoy en el lugar de Jesucristo que os habla por mi boca; y de quien soy el enviado y el ministro: *Pro Christo legatione fungimur* (II Cor. v), me corresponde deciros en este dia lo que el divino Salvador decia al pueblo: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis; et ego reficiam vos.* (Matth. xi). Venid, almas tristes y afligidas; venid, vosotros, los que gemís bajo el peso de la miseria y del dolor, venid á mí. El mundo no tiene para vosotros mas que desprecios y desvíos, y vosotros probais todos los dias la injusticia. Los mas desarreglados y viciosos dan la ley á los mas justos, y esto es lo que os angustia el corazon y os llena de amargura. Pero, lo repito, venid, y sin mudar vuestra condicion yo la endulzaré: *Venite, et ego reficiam vos.* Yo no soy mas que un hombre falible como vosotros, y mas falible que vosotros; pero con la gracia de Dios, con la uncion de su palabra y las máximas de su Evangelio yo tengo con qué haceros inalterables en medio de las mas violentas sacudidas. Yo tengo medios para hacer revivir vuestra fe, reanimar vuestra esperanza, y enseñaros á no desear nada de cuanto el mundo tiene de mas halagüeño, y para haceros conocer la preciosa ventaja de un estado en que Dios vela por vosotros con tanto mayor cuidado y con tanto mayor amor, cuanto menos parece que cuida vuestros intereses y que os ama.

10. Mas para proceder con orden y desenvolver mejor esta materia que no he hecho mas que recorrer, y que pide toda vuestra reflexion, porque para vosotros debe ser como un tesoro y un fondo inagotable de paciencia, digo que si Dios trata al justo con una severidad aparente y le aflige, no es mas que para probarlo. Así se explica él mismo en muchos lugares de la Escritura, donde de-

clara en términos formales que este es uno de los oficios de su Providencia, y que por esta razon él deja caer sus plagas sobre aquellos que le sirven todavía mas que sobre los otros. De modo que la afliccion es llamada comunmente en el texto sagrado. prueba ó tentacion; y siguiendo el mismo lenguaje, lo que el Espíritu Santo llama tentacion no es otra cosa que la afliccion. Esta es la hermosa y sólida respuesta que uno de los mas celosos defensores de la ley cristiana daba á los idólatras y á los infieles cuando le echaban en cara el abandono en que se veia el pueblo fiel, y querian sacar de aquí una consecuencia, ó contra el poder, ó contra la misericordia del Dios que adoramos. Vosotros os engañais, les decia: nuestro Dios no carece de medios ni de bondad para socorrernos: *Deus ille noster, quem colimus, nec non potest subvenire, nec despicit.* (Minuc. Felix). Mas ¿qué hace? Él nos examina á cada uno en particular, ¿y á qué se reduce este exámen? Á privarnos de los bienes de la vida, y á sostenernos en la adversidad: *Sed in adversis unumquemque explorat.* (Id.). Estas palabras son notables: Dios sondea el corazon del hombre, él le pregunta: ¿y por qué medio? Por los sufrimientos: *Vitam hominis sciscitatur.* (Id.). Como si Dios dijera al justo: declárame y hazme ver lo que eres. Yo no lo sé todavía bien, y quiero saberlo por tí mismo. Mientras que has sido dichoso sobre la tierra, y has gozado de calma y de paz, me has dicho, es cierto, que quieres ser mio; mas entonces no se podia contar con tu palabra sola. Porque en este estado de prosperidad no te conocias todavía lo bastante, y no podias juzgar con seguridad á cuál de los dos pertenecias, á mí ó á tí mismo. Mas ahora que una calamidad ha turbado toda la prosperidad de tu vida; ahora que estás enfermo, afligido, y que todos los males juntos te han asaltado, esta es la situacion en que me puedes dar una prueba segura de tu fe, y en que yo puedo formar juicio acerca de tu promesa. Por consiguiente, si yo te veo perseverar en mi servicio, si te veo al pié de mi altar hacerme todos los dias las mismas protestas de una adhesion inviolable, yo te escucharé y te creeré, porque un amor probado de este modo no debe ser sospechoso. ¿Qué podemos responder á esto, cristianos? Si Dios no sujeta al impío á semejantes pruebas, ¿qué afecto deberémos sentir al ver su pretendida felicidad? ¿Será el de la envidia, ó será mas bien el de un secreto horror? Porque si Dios le desprecia, es que no le juzga digno de sí, es que no se interesa de modo alguno en formarle para sí, es que le mira como un metal falso que el artífice abandona, al

mismo tiempo que echa el oro en el crisol, y le hace pasar por el fuego. De aquí esta santa súplica que David hacía á Dios: *Proba me, Domine, et tenta me.* (Psalm. xxv). Señor, probadme, y no me negueis el consuelo y la inestimable ventaja de poder mostráros quién soy, y cuáles son las verdaderas disposiciones de mi corazón para con Vos. Mas porque no puedo hacéros las conocer mejor que sufriendo, cortad, quemad y consumidme, si es necesario, de miserias y de penas; yo me someto á todo: *Ure renes meos.*

11. Nosotros debemos convencernos también, hermanos míos, que otra de las miras de Dios sobre el justo afligido es la de purificarlo de todas las afecciones de la tierra. En efecto, si las prosperidades temporales estuvieran unidas á la virtud; no serviríamos á Dios más que por este interés, y por consiguiente no le amaríamos por sí mismo. Esto es lo que ha observado san Agustín, sobre lo que discurre él mismo con su acostumbrada sutileza. Cuando veis, dice, á los enemigos de Dios y á los libertinos en el estado de una rica fortuna os resentís y os decís á vosotros mismos: ¡Hay ya tanto tiempo que sirvo á Dios, que observo sus mandamientos, y que me entrego á todos los ejercicios de la Religión! Entre tanto mi suerte es siempre la misma, mis negocios no tienen un éxito mejor, y al contrario, parece que Dios tiene empeño en paralizarlos y trastornarlos: los impíos viven en el crimen, sin ley, sin recato, sin piedad, y, á pesar de esto, no dejan de gozar de una salud envidiable, de acumular bienes sobre bienes, de ser honrados y distinguidos. Mas ¿son estas, prosigue el santo Doctor, las reflexiones que haceis? *Talia ergo quærebis?* (August.). ¿Era por la salud del cuerpo, por los bienes del mundo, por los honores del siglo por lo que queríais agradar á Dios? Pues ved aquí justamente por qué es conveniente que Dios os prive de estas cosas, á fin de que aprendais á amarle, no por lo que da á los hombres, sino por lo que es en sí mismo. Porque, acordaos, añade el mismo Padre, que si sois justos, vivís en el estado y en el orden de la gracia. Como esta gracia es totalmente gratuita de parte de Dios, os obliga á amar á Dios con un amor gratuito: *Si ideo gratiam tibi dedit Deus, quia gratis dedit, gratis ama.* (Id.). Y vosotros no debeis amarle por ninguna otra recompensa mas que por sí mismo, pues que quiere ser él mismo toda vuestra recompensa: *Noli ad præmium diligere Deum, quia ipso est præmium tuum.* (Id.). Los bienes de la tierra volverán mercenario vuestro amor; y si os quejais cuando Dios os los rehusa ó cuando os los quita, haceis ver con esto que

esos bienes os son mas amados que Dios mismo, y por consiguiente que no mereceis poseerlo.

12. Bienes de tal modo contagiosos, que pueden pervertir á los mas justos, y que muchas veces los han precipitado en un honroso abismo y en una completa corrupcion. Los ejemplos han sido bastante estrepitosos y frecuentes; mas por un efecto de la providencia y misericordia de Dios con respecto á sus escogidos ¿cómo los garantiza de este peligro? Con una pobreza que les sirve de preservativo contra el contagio de las riquezas temporales; con una oscuridad que les sirve de salvaguardia contra el contagio de las grandezas perecederas; con una indisposicion y una enfermedad que les pone á cubierto del contagio de los placeres sensuales y de las vanas ilusiones de la carne. El justo, es cierto, puede no ver al presente aquello á que él mas bien que otro se hallaba expuesto si Dios no hubiera usado con él de tal preservativo. Mas esto que no ve al presente, lo verá al fin de los siglos y en el gran día de la revelacion. Porque para entonces es para cuando Dios lo guarda; para entonces es para cuando Dios se reserva ponerle ante los ojos todas las injusticias á que le hubiera arrastrado una avara é insaciable codicia; todos los proyectos criminales y todas las intrigas en que le hubiera empeñado una ambicion desmesurada y sin límites; todos los excesos, todos los vicios y abominaciones en que le hubiera sumergido una pasion ciega y una brutal sensualidad, si el freno de la afliccion no le hubiera contenido, y si las desgracias de la vida no hubiesen impedido al fuego encenderse en su corazon. Y por una consecuencia necesaria, ilustrado entonces por una luz divina, y comprendiendo los saludables y benéficos secretos de la Sabiduría eterna que le ha conducido, bendecirá á Dios mil veces por aquello mismo que parecia debia exaltar sus murmuraciones contra él; mirará como una señal de predestinacion de parte de Dios, y como una de las gracias mas especiales, lo mismo que el mundo mira con total abandono y como una especie de reprobacion.

13. No obstante, porque no basta alejarse del mundo y de la ocasion de pecar, si no se hace con el fin de agradar á Dios, yo voy mas léjos; y, desenvolviendo poco á poco los beneficios del Señor y todo aquello que yo pueda descubrir de los designios de su providencia, añado y sostengo que él no hace sufrir á sus escogidos mas que para atraerlos á sí, para ponerlos en una feliz necesidad de recurrir á él, de confiar en él, y de no volverse sino hácia él;

porque, segun san Bernardo, hay cuatro clases de predestinados : los unos ganan el reino de los cielos por violencia, y estos son los pobres voluntarios, que por sí mismos lo dejan todo y renuncian á todo; los otros negocian en cierto modo por adquirirlo, y estos son los ricos que, como dice el Evangelio, se adquieren por sus riquezas interesesores para con Dios, y amigos que les deben recibir un día en los eternos tabernáculos; otros, por decirlo así, parece que quieren robarlo, ¿y quiénes son estos? Estos son los humildes de corazon, que huyen la publicidad, no por un respeto humano, sino por un santo deseo de abyeccion, y que en una vida retirada ocultan á la vista de los hombres todas las buenas obras que practican; muchos, en fin, no entran en él sino forzados, y estos son los justos que no se han decidido á buscar á Dios sino porque él ha permitido que no encontrasen en otra parte cosa alguna donde fijarse. Si el mundo hubiera sido, respecto á ellos, lo que es respecto á tantos mundanos, es decir, si el mundo les hubiera envanecido, les hubiera idolatrado; si no hubiera tenido para ellos mas que distinciones, respetos y agrado, ¿oh Señor! ¿hubieran ellos pensado jamás en Vos? Como el pueblo carnal que formásteis con tanto cuidado y enriquecísteis con la sustancia de la tierra, ellos hubieran olvidado á su Criador y Bienhechor; ellos no se hubieran acordado mas de que Vos sois su Dios, y todo su incienso se hubiera quemado en otros altares distintos de los vuestros : *Incrassatus, impinguatus, dilatatus, dereliquit Deum factorem suum.* (Deut. xxxii). Mas porque Vos habeis recargado sobre ellos vuestro brazo, porque en su favor habeis llenado el mundo de espinas que les han punzado, de amarguras que los han afligido, de accidentes desgraciados que les han hecho desaparecer y no volver á salir de su retiro, dándoles la muerte les habeis dado la vida, y perdiéndolos en apariencia los habeis salvado; ellos no han encontrado otro recurso mas que Vos, y por eso es por lo que han venido á Vos; ellos se han arrojado á vuestro seno como á su asilo, y Vos los habeis recibido; Vos los teneis en seguridad y los conservais : *Cum occideret eos, revertebantur, et diluculo veniebant ad eum.* (Psalm. lxxviii).

14. No es esto decir que ellos no tengan que sostener algunos combates; y este es precisamente lo que Dios busca; ¿y por qué? porque estos combates, responde san Ambrosio, son los que forman el mérito; sin combate no se alcanza la victoria, y sin victoria no puede esperarse la corona. Vosotros os admirais, continúa este Padre, de que Dios ejercite así á sus mas fieles servidores, y

que por el contrario deje á los mas grandes pecadores en una paz profunda; vosotros quereis saber la razon de esta diferencia. Ella es importante y muy natural, y es que Dios no corona mas que á los vencedores y que él quiere coronar á sus escogidos; de aquí se sigue por una consecuencia necesaria que debe proporcionarles motivos de triunfo. Mas no estando reservada la corona á los pecadores, los deja sin darles ocasion de combatir ni de vencer. Él obra como los príncipes de la tierra, ó, mas bien, los príncipes de la tierra obran como él, y nosotros no nos sorprendemos por eso. Nosotros no creemos que ellos abandonan á aquellos que destinan á ciertas dignidades, cuando por ponerlos en estado de encumbrarse les cargan de tantos cuidados ó les exponen á tantos peligros. Esto no es en el concepto del mundo ni indiferencia ni rigor para con ellos; esto es favor y gracia.

15. ¿Qué mas diré? Y aunque supongamos que esto sea rigor de parte de Dios, con respecto á los justos ¿no será siempre un rigor paternal y todo misericordioso? Ved aquí lo que yo pienso. No hay ningun hombre de bien, por justo que pueda ser, que no tenga sus faltas que reparar y sus infidelidades que expiar. El mas inocente y el mas justo, segun la idea que debemos tener en la vida presente, no es aquel que nunca ha pecado y que no peca jamás; porque ¿dónde existe este en la actualidad, y dónde se le podrá encontrar? sino aquel que ha pecado y que peca menos; aquel que ha pecado mas levemente y que peca tambien con menos frecuencia; aquel que se ha arrepentido y que se arrepiente mas prontamente de sus pecados. Cualquiera que él sea, él es responsable á Dios de algunas deudas, y es necesario absolutamente que las pague. Mas ¿cuándo las pagará? Si es despues de la muerte, ¿qué juicio y qué castigo tendrá que sufrir? Es por consiguiente mejor para él que esto sea durante la vida y con penas temporales. Pues bien, este es el tiempo que Dios ha escogido, estos son los medios que él emplea para el castigo. Esto es lo que san Jerónimo escribia á la ilustre Paula, y así es como la consolaba en las pérdidas que ella habia tenido y en el dolor que le habian causado. ¿Por qué tantas lágrimas, le decia, y tantos disgustos? Elegid y abrazaed para sosteneros una de estas dos reflexiones: ó por el buen testimonio de vuestra conciencia, y sin lastimar los sentimientos de la humildad cristiana, os considerais como justa, y entonces vuestro consuelo y vuestro desco debe ser que Dios perfeccione vuestra virtud, que la ejercite y que la haga sin cesar adquirir

nuevos quilates; ó la memoria de vuestras caídas y el conocimiento de vuestras flaquezas os conduce á miraros como criminal, y bajo este aspecto debeis, para consolar vuestra pena y para hacéroslo no solamente soportable sino amable, pensar que Dios os corrige y que os da con que le podais satisfacer con poca pérdida: *Elige : aut sancta es, et probaris; aut peccatrix, et emendaris.* (Hier.). Mas ¿por qué no castiga tambien al libertino? ¡Ay! amados oyentes; contentaos con que vuestro Dios os ame, y no le obliguéis á que os dé cuenta de la terrible justicia que ejecuta con los otros. Os lo he dicho ya muchas veces, y no puedo hacéroslo comprender lo bastante. Dios se venga tanto mas rigurosamente, cuanto mas difiere sus venganzas; y ¡desgraciades los ricos del siglo, los poderosos del siglo, los soberbios y los orgullosos del siglo, que engordan como las víctimas para el día de la cólera! esta es la expresion de Tertuliano : *Quasi victima ad supplicium saginantur.* (Tertul.).

16. Detengámonos aquí; y por conclusion de esta primera parte discurramos, si os parece, un momento. Ved aquí por esto solo que os acabo de representar justificada la Providencia con respecto á la distribucion que hace de las prosperidades y de las desgracias temporales entre los justos y los pecadores. Esta justificacion debe reducirse á dos puntos: el uno, que Dios tiene en esta vida cuidado de sus escogidos; el otro, que en esta misma vida se vuelve contra los pecadores, y deja obrar su justicia contra ellos. Pues bien, probar sus escogidos, purificar sus escogidos, preservar sus escogidos, unirlos á sí con un nudo mas estrecho, hacerles acumular méritos sobre méritos para hacerlos subir á un punto mas elevado de gloria, y quitar por medio de satisfacciones leves el solo obstáculo que pudiera retardar su dicha, ¿no son estos los cuidados saludables de una misericordia igualmente sábia y benéfica? Y por una regla totalmente contraria abandonar los pecadores á sí mismos y á sus pasiones, no turbar el mortal reposo en que permanecen tranquilamente adormecidos, no mezclar jamás la amargura á las dulzuras falsas que los corrompen, dejarlos en una elevacion que los envanece, en un esplendor que los ofusca, en una abundancia que inspira la molicie, en una vida voluptuosa que los mezcla en toda clase de desórdenes, en un olvido de su salvacion y en un estado de impenitencia que los conduce á la muerte del réprobo, ¿no son estos los castigos formidables de una justicia tanto mas temible cuanto menos se deja conocer? Lo que nos engaña

es que no juzgamos de las cosas sino con respecto al tiempo presente, que pasa; mas Dios las juzga con respecto á la eternidad en que nos veremos algun dia, y que no pasará jamás. Pues bien, de estas dos reglas ¿cuál es la mejor y mas ventajosa? Yo convengo, dice san Agustin, en que segun la primera el pecador tiene derecho, al parecer, para insultar al justo y preguntarle: ¿dónde está tu Dios? *Ubi est Deus tuus?* (Psalm. xli). Mas segun la otra, que sin duda es la mas recta de las dos, y la única que el justo debe seguir, puede muy bien él responder á los insultos del pecador: Mi felicidad no ha venido todavía, ni tampoco la tuya; esperemos, la una y la otra vendrán, y entonces será cuando yo te pregunte: ¿dónde están los dioses que adorabas y en los que ponias toda tu confianza? ¿dónde está aquella felicidad cuyo goce te encantaba, y de quien eras idólatra? ¿Por qué no la invocas para que te libre de la eterna miseria en que has caído? *Ubi sunt dii eorum, in quibus habebant fiduciam?* (Deut. xxxiv).

17. Así, mis amados oyentes, lo que os resta es entrar en las miras de vuestro Dios que os aflige, y secundar con vuestra paciencia sus designios; y el disgusto mas vivo que debéis tener al presente es el de no haber aprovechado un talento que podiais haber hecho valer un céntuplo; esto es, el de haber escuchado demasiado los sentimientos de una desconfianza puramente carnal, y de haberlos publicado con quejas tan injuriosas á la providencia del Señor que vela por vosotros; el de haber dado oídos demasiadamente á los discursos seductores del mundo con respecto á vuestro infortunio y á la infelicidad aparente de vuestra condicion; el de haber procurado demasiadamente excitar la compasion de los hombres para recibir de ellos vanos consuelos, mientras que debiais consideraros como un objeto digno de envidia, y no buscar vuestro apoyo sino en la fe; el de no haber comprendido bien la verdad de las grandes máximas del Evangelio: que son bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos; que bienaventurados son aquellos que sufren persecuciones sobre la tierra, y los que Heran, porque serán consolados eternamente en el cielo.

18. Mas, Señor, vedme aquí instruido para en adelante; ya sé mas de lo que es necesario para esclarecer todas mis dudas, y para acallar todas las inquietudes de mi alma. De tantas razones una sola debia bastarme; y sin ellas ¿no era bastante saber que cualquier cosa que me sucede es porque Vos lo habeis querido? Dispone, Dios mio, segun os agrade, y haced de mí todo lo que os

plazca. Que el impío domine al justo á su placer, que le aplaste bajo sus piés, y que yo sea el mas maltratado de todos, yo no me quejaré, como los Apóstoles creyéndose perdidos: *Domine, salva nos, perimus*: ayudádnos, Señor; miradnos á punto de perecer; si no descansando en vuestra infinita sabiduría y vuestra soberana misericordia os diré como uno de vuestros mas fieles Profetas: *In te Domine speravi, non confundar*. (Psalm. XL). En Vos, Dios mio, he esperado; mi esperanza no será defraudada, porque estoy cierto que todo sucederá en mi favor, mientras tenga mi confianza en Vos, y que en esta conducta de vuestra providencia, que parece tan sorprendente á los hombres, no solo no hay nada que deba quebrantar su fe, sino que cuanto hay en ella contribuye á confirmarla. Esta es la

Segunda parte.

19. Sí, cristianos, si hay un motivo capaz de confirmarme en la fe y de afirmar mi esperanza, es ver que los impíos se elevan y prosperan en el mundo, mientras que los justos sufren el abatimiento y la adversidad. Esta proposición os parecerá desde luego una paradoja; mas yo voy á examinarla con vosotros, y bien pronto descubriréis conmigo su incontestable verdad. Nosotros la encontraremos fundada sobre los principios mas sólidos y evidentes de la razon natural, de la experiencia y de la Religion. Prestadme atencion, yo me atrevo á decir que este es el punto esencial de donde depende toda la moral cristiana. En efecto, el ver las calamidades de los justos sobre la tierra y la prosperidad de los pecadores (lo cual nos parece un desórden) es uno de los argumentos mas fuertes y mas sensibles para convencernos de que existe otra vida distinta de esta, y que nuestras almas no mueren con nuestros cuerpos; que hay una recompensa, una gloria, una salvacion que esperar despues de la muerte; que todos nuestros deseos no se limitan á la vida presente, y que Dios nos reserva alguna cosa mejor y mas grande: ved aquí el principio de la razon. Yo digo mas; y es que tambien nos muestra que Jesucristo nuestro Señor, en quien confiamos, es fiel á su palabra; que sus predicciones son verdaderas; que no nos ha engañado, y que podemos confiar con seguridad en sus promesas, pues que ya principian á cumplirse. Ved aquí el principio de la experiencia. En fin, esto se justifica porque nada hay mas conforme al órden establecido por Dios en la

predestinacion de los hombres que los sufrimientos de los justos y la prosperidad temporal de los pecadores. Ved aquí el principio de la Religion. Pues bien, yo os pregunto si estas tres consideraciones no son bastante poderosas para sostener vuestra confianza. Yo sé que hay una vida futura, á donde soy llamado, una bienaventuranza que me está destinada, y mi razon me lo hace conocer. Yo sé que todo lo que el Hijo de Dios ha predicho que debe suceder á los justos y á los pecadores es cierto; por consiguiente puedo tener una confianza en todo lo que me ha prometido, y ya tengo aquí la prueba en mi propia experiencia. Yo sé y reconozco visiblemente que la predestinacion de los hombres es del modo que Dios la ha concebido y debido concebir, que todo lo que ha dispuesto sobre ella empieza á ejecutarse. Desde que sé está instruido en estas tres cosas, ¿hay una fe tan débil y tan vacilante que no se fortifique, que no reviva y se reanime toda entera? Pues bien, ved aquí, repito, lo que evidentemente se sigue del estado de pena y de afliccion en que vemos á los justos, mientras que los pecadores viven en la opulencia y en el placer. Prosigamos, é ilustremos estos tres pensamientos.

20. No hay ningun libertino, ya sea de costumbres, ya de creencias, que no dejara de serlo si estuviera persuadido de que existe otra vida. Lo que causa su libertinaje es que no cree, ó que cree á medias que hay alguna cosa de real y de verdadero en lo que se le ha dicho de una vida futura, á la cual aspiramos como al término de nuestra carrera y al objeto de nuestra esperanza. De cualquier modo que pudiera pensar (porque no es á él á quien me adhiero, ni por quien hablo ahora), yo que creo en un Dios criador del universo, ved aquí cómo me sirvo de esta extraña diversidad de condiciones en que se encuentran los hombres de bien y los impíos, para asegurarme y conservar siempre en mi corazon los sentimientos de una fe viva y de una firme confianza. Yo me digo á mí mismo: el partido de la virtud es comunmente oprimido en el mundo, el del vicio está dominante y triunfante; se ve á los justos despojados de todo y miserables, á los amigos de Dios perseguidos, á los Santos despreciados y abandonados. ¿Qué debo deducir de aquí? que hay para el justo, despues de la vida presente, preparados otros bienes distintos de estos bienes visibles y perecederos que aquí se le niegan. Esto es lo que los Padres de la Iglesia han deducido siempre, y esta es la prueba mayor que han empleado contra los herejes que, adornados del conocimiento de Dios, que-

rian sin embargo dudar de la inmortalidad del alma. Leed sobre esta materia el excelente tratado de Guillermo de París, ó mas bien escuchad el resumen que yo haré de él en pocas palabras. Despues de otros razonamientos tomados de la naturaleza del hombre, recae siempre en este como el mas apremiante y convincente. Vosotros convenís conmigo, dice, en la existencia de un primer Ser, vosotros reconocéis un Dios; pero respondedme: ¿este Dios ama á los que le sirven y se obligan á agradarle? Si no los ama ni se interesa por ellos, ¿dónde está su sabiduría y su bondad? Y si los ama, ¿cuándo lo hará conocer? En esta vida no es, pues que aquí los deja en la afliccion; tampoco será en la otra, pues que vosotros negais que haya otra vida. Buscad, añade este santo Obispo, recurrid á todas las sutilezas que podais imaginar; vosotros no contestaréis jamás á esta dificultad sino reconociendo la inmortalidad del alma, y confesando conmigo que despues de la muerte hay otra vida donde Dios debe recompensar á cada uno segun sus méritos; porque este Dios, debiendo ser, como Dios, perfecto en todas sus cualidades, debe tener una perfecta justicia. Luego esta justicia perfecta debe necesariamente conducir á un juicio perfecto. Este juicio perfecto no se cumple siempre en este mundo, pues que los mas impíos son muchas veces los mas dichosos. Es necesario, pues, que se cumpla en el otro, y por consiguiente que haya otra vida, que es la que nosotros esperamos. Sin esto, prosigue el mismo Padre, podria decirse que los justos eran unos insensatos y que los impíos eran los verdaderos sábios: ¿por qué? porque los impíos encontrarían los verdaderos y sólidos bienes, adhiriéndose á la vida presente; en vez de que los justos sufrirían mucho, y se consumirían en la esperanza de un bien imaginario. ¿Veis, cristianos, como este sábio Obispo sacaba de las adversidades de los justos un argumento invencible para establecer la fe de una vida y una bienaventuranza eterna?

21. Esto mismo sostenia san Agustín en la exposicion del salmo xcí, cuando, hablando de un cristiano turbado á la vista de sus miserias y del trastorno que aparece en la conducta del mundo, alega esta misma razon para inspirarle una fortaleza á prueba de los acontecimientos mas sensibles. ¿Quereis vosotros tener, dice, toda la longanimidad de los Santos? Considerad la eternidad de Dios. Entonces los acontecimientos mas tristes, bien léjos de abatirlos, serán para vosotros otros tantos motivos de una fe y de una esperanza mas constante que nunca. Pues cuando os turbais por-

que la virtud es maltratada sobre la tierra, y el vicio es honrado, discurrís bajo un supuesto falso, y os engañáis. Vosotros no miráis mas que á este pequeño número de días de que se compone vuestra vida, como si en estos pocos días hubieran de cumplirse todos los designios de Dios sobre los hombres: *Attendis ad dies tuos paucos, et diebus tuis paucis vis impleri omnia.* (August.).

22. Es decir, que vosotros queráis ver al presente todos los justos coronados y recompensados, y los impíos castigados con todos los castigos de la justicia divina; que vosotros queráis que Dios no lo difiriese, y que lo uno y lo otro se ejecutase en el breve tiempo de vuestra vida. Mas esto es lo que no debeis pedir. Dios hará lo uno y lo otro en su tiempo, aunque no lo hace en el vuestro. El tiempo de Dios es la eternidad, y el vuestro es esta vida mortal. Vuestro tiempo es corto, mas el tiempo de Dios es infinito. Luego Dios no está obligado á hacer todas las cosas en vuestro tiempo; basta con que las haga en el suyo: *Implebit Deus in tempore suo.* (August.). Y por esto es por lo que os he dicho que si quereis afirmaros en vuestra fe y sostener vuestra esperanza no teneis mas que trasladaros sin cesar con el espíritu á la eternidad de Dios. ¿Por qué? Porque testigos de la injusticia aparente con que Dios parece tratar á los hombres sobre la tierra, mostrándose tan riguroso con sus amigos y tan favorable con sus enemigos, sacaréis por consecuencia que prepara á los unos y á los otros una eternidad donde les hará toda la justicia que les es debida, ya que les ha hecho tan poca en la vida. Todo esto es de san Agustín, y estas que yo refiero son sus mismas palabras.

23. Esta misma consideracion de la eternidad es la que ha hecho invencibles á los Santos en las mas violentas tentaciones. ¿Cuándo fue cuando Job habló de la vida futura é inmortal con una certeza mas absoluta y una fe mas viva? Cuando se encontró sin bienes, sin casa, sin hijos, privado de todos los socorros y arrojado sobre un muladar: *Scio quod Redemptor meus vivit.* (Job, xix). Sí, yo sé, decía, que mi Redentor vive, y que yo mismo viviré eternamente con él. Yo no tengo solo una revelacion oscura, sino una especie de evidenciam: *Scio.* ¿Y en dónde lo aprendió? pregunta san Gregorio papa; en sus mismos sufrimientos y en todas las calamidades con que fue afligido. ¿Cuándo fue cuando David tuvo un conocimiento mas claro y mas distinto de los bienes eternos, y cuando se explica como si hubiera tenido delante de los ojos el cielo abierto? *Credo videre bona Domini in terra viventium.* (Psalm. xxvi).

Esto sucedió en el tiempo en que Saul le perseguía con mayor furor. ¡Ah! escribía él mismo, yo creo ver ya la gloria que Dios destina á sus escogidos, y me parece que se me presenta con todo su resplandor. Pero, profeta santo, ¿cómo la veis? Las aflicciones y los males os cercan por todas partes. ¿y vos aseguráis divisar en medio de ellos los bienes del Señor? Mas en estos mismos, responde san Juan Crisóstomo, entre los mismos males de que estaba cercado fue donde encontró las prendas ciertas que le asegurasen para otra vida la posesion de los bienes del Señor. Porque su razón sola le dictaba en el fondo del alma que siendo contra toda justicia los males que habia sufrido de parte de Saul, debia hacer la providencia de Dios que hubiese despues otra vida donde su inocencia fuese reconocida y su paciencia glorificada; y ved aquí lo que él entendia y lo que queria hacer entender cuando decia: *Credo videre bona Domini in terra viventium*.

24. Nosotros tenemos todavía, cristianos, alguna cosa mas; y es las predicciones de Jesucristo, cuyo cumplimiento nos hace ver nuestra propia experiencia en los sufrimientos de los justos y en la prosperidad de los pecadores. Esto no es menos digno de vuestra atencion. Si el Hijo de Dios hubiera dicho en el Evangelio que aquellos que se obligasen á seguirle y que caminasen en pos de él estarían exentos en este mundo de toda pena, estarían á cubierto de toda desgracia, colmados de riquezas, siempre rodeados de placeres, y que las desgracias y adversidades serian solo para los impíos, entonces, lo confieso, nuestra fe podria debilitarse al ver al hombre de bien en la indigencia, en la humillacion y en el dolor, y al libertino en la fortuna, en la autoridad y en la elevacion. Difícil me seria entonces resistir á los sentimientos de desconfianza que nacerian en mi corazón: ¿y por qué? Porque me creeria engañado por el mismo Jesucristo, y porque habria probado todo lo contrario de lo que él me habia prometido. Mas cuando consulto las sagradas profecías salidas de la boca de este Dios Salvador, y las veo cumplidas puntualmente en la conducta de la Providencia; cuando oigo á este adorable Salvador decir claramente á sus discípulos: El mundo se alegrará, y vosotros estaréis tristes: *Mundus gaudebit, vos autem contristabimini* (Joan. XVI); cuando le oigo decirles en los términos mas claros que serian el blanco de las persecuciones de los hombres; hacerles una descripcion circunstanciada de la cruz que cada uno debia llevar, de los malos tratamientos que habia de sufrir; marcarles además todas las circunstancias, y concluir advirtiéndoles

que si les anuncia anticipadamente todas estas cosas es para que no se sorprendiesen ni escandalizasen cuando sucedieran: *Hæc locutus sum vobis ut non scandalizemini* (Ibid.), y para que se acordasen que él se lo había predicho: *Ut cum venerit hora eorum, ranciscamini, quia ego dixi vobis* (Ibid.); cuando todo esto se presenta á mi espíritu, y se ejecuta ante mis ojos; cuando yo me informo de ello por mí mismo, y tengo á la vista los ejemplos mas sensibles y mas palpables, ¿es posible que no se redoble mi confianza, y que no tome de aquí motivo para acrecentarse mas? Si yo viese á todos los pecadores en el infortunio, y á todos los justos en la felicidad mundana, esto me pasmaria, porque no veria cumplidas las palabras de Jesucristo. Pero mientras que los buenos sufran y los impíos tengan todas las comodidades del siglo, nada temeré, yo me consolaré y me sostendré con mi esperanza. Porque, ved aquí cómo podré discurrir: El mismo Hijo de Dios que ha dicho á los justos: vosotros seréis afligidos, les ha dicho tambien: vuestra tristeza se convertirá en gozo: *Tristitia vestra vertetur in gaudium*. (Joan. xvi). El mismo que les ha predicho sus penas y sus adversidades se ha obligado á darles su reino, y en este reino celestial una felicidad perfecta. Pues bien, él no es menos infalible en lo uno que en lo otro; no menos verdadero cuando anuncia el bien que cuando anuncia el mal, pues que siempre es la verdad eterna. Por consiguiente, como los sucesos han justificado y justifican sin cesar lo que él ha previsto acerca de las aflicciones de sus escogidos, lo mismo sucederá respecto á la gloria que les hace esperar. De aquí tomo yo el pensamiento del gran Apóstol, y digo con él: Yo sufro, pero sufro sin quejarme, y no estoy desconcertado ni inquieto; porque sé en quién confío, y bajo qué palabra descanso. Yo lo sé, y estoy cierto, no solamente de que él puede hacer por mí todo lo que me ha prometido, sino de que lo quiere y de que lo hará, porque me lo ha prometido, y no solo á mí, sino á todos aquellos que se disponen en el silencio y en la sumision para el venturoso dia en que vendrá á reconocer sus predestinados y á cumplir sus esperanzas.

25. ¿Es esto todo? No, mis amados oyentes; mas voy á concluir mi discurso por un punto que me parece, y que debe pareceros como á mí, el mas importante. Yo me dirijo á aquel que de todos los que hay en esta reunion sea mas justo á los ojos de Dios, y á quien sin embargo Dios haya provisto menos de sus dones temporales. Que él me escuche y me atienda, porque á él es á quien hablo. Es cierto, le diré, mi amado hermano, y yo no puedo negarlo,

que vuestra suerte entre los hombres es triste y penosa; mas á pesar de esto ¿con qué sello, si puedo expresarme así, os encontrais marcado? Ciertamente con el sello que deben llevar los escogidos, con el que los distingue como escogidos; en una palabra, con el sello del Hijo de Dios, cabeza y ejemplar de los escogidos. De tal modo, que entráis así en el orden de vuestra predestinacion, y que Dios principia á ejecutar ya con vos su decreto. Yo me explicaré, y os haré entender mejor este misterio de la salvacion. Os lo he dicho muchas veces con el Apóstol, y es un principio de nuestra fe, que siendo Jesucristo el modelo de los predestinados, es necesario, para ser glorificado como él, tener una santa semejanza con él. Porque segun la excelente y sublime teología del Doctor de las naciones tal es la condicion indispensable que Dios pide para formar parte en la gloria de sus escogidos, y así es como él los ha elegido: *Quos præcivit et prædestinavit conformes fieri imaginis Filii sui.* (Rom. viii). Pues bien, es evidente que Jesucristo vivió sobre la tierra en el mismo estado á que Dios permite que se halle reducido el justo; que él caminó por la misma senda; que estuvo expuesto á los mismos insultos, á los mismos desprecios, á las mismas contradicciones. ¡Oh profundidad de los consejos de la divina sabiduría! Tiberio reinó como soberano sobre su trono, y el Hijo de Dios obedeció sus mandatos... Pilatos estuvo revestido de la autoridad suprema, y el Hijo de Dios compareció ante él... Ved aquí como Dios obró por Jesucristo la salvacion de los hombres; y ved aquí, mi amado hermano, como obra ó consuma la vuestra por vos mismo. Él os imprime los caracteres de su Hijo, él graba en vos sus rasgos y su imagen. Sin esto todo seria temible para vos; mas con esto ¿qué no podréis esperar, siendo esto mismo la ejecucion de los favorables designios de Dios sobre vuestra persona? *Quos præcivit et prædestinavit conformes fieri imaginis Filii sui.*

26. Vos me diréis: se han visto y se ven hombres de bien ricos y opulentos, honrados y distinguidos en el mundo. Convengo en ello; mas sobre esto respondo tres cosas: En efecto, si no hubiera mas justos y escogidos que los pobres y los pequeños, aquellos que por la oscuridad de su condicion ó por las desgracias de sus negocios ocupan los últimos puestos en la sociedad, ¿habian de ser excluidos los demás estados del reino de Dios? ¿Habian de ser estos estados reprobados por sí mismos? ¿Seria necesario renunciar á ellos? Pues bien; la Providencia, sin embargo, estableció entre los hombres estos distintos estados, y á ella toca conservarlos. De

aquí se sigue que Dios no ha debido unir á ellos una condenacion inevitable, y que debía por el contrario hacer aparecer algunos ejemplos de santidad, á fin de no condenar á la desesperacion á los que se vieran colocados en ellos. Yo voy aun mas léjos, y añado que si los Santos se han visto algunas veces en un estado de prosperidad humana, esto mismo les hacia temblar, esto les mantenía en una continua desconfianza de sí mismos, esto les humillaba y les confundía delante de Dios; ¿por qué? Porque cómo no reconocian en su prosperidad la imagen de Jesucristo padeciendo, temian que Dios les hubiese abandonado, y que no llegaran á reinar jamás con Jesucristo glorioso y triunfante. De aquí es que para suplir lo que les faltaba, y para adquirir cierta conformidad tan necesaria, ¿qué hacian? Oídlo, pues es lo que tengo que responder en último lugar. Ellos no mudaban su estado, al cual se creían llamados por Dios, y en el cual querían obedecerle; mas bajo el especioso exterior de una condicion regalada y cómoda conservaban toda la abnegacion cristiana, y llevaban sobre su cuerpo toda la mortificacion del Salvador. Sin renunciar á su estado ni á su exterioridad, renunciaban á sus dulzuras, y sobre todo se renunciaban á sí mismos. En medio de la abundancia sabian experimentar las incomodidades de la pobreza, en medio de los honores encontraban medio para contenerse en sus pasiones y ejercitarse en los actos de una profunda humildad, en medio de las diversiones mundanas, en las que alguna vez aparentaban tomar parte, no olvidaban los deberes de la penitencia, y frecuentemente la ponian en práctica con toda su austeridad. Todo esto lo hacian con el fin de ser del número de aquellos de quienes dijo el Apóstol: *Quos præcivit et prædestinavit conformes fieri imaginis Filii sui.*

27. Vos me diréis, no obstante, que se han visto y se ven pecadores en las mismas aflicciones que los justos, y tan afligidos como ellos. Es cierto; mas, sin examinar todas las razones por las que no puede Dios ni debe querer que el vicio prospere siempre, me concretaré á una respuesta que será la prueba de la importante verdad que os he anunciado, y es, que para estos pecadores, sujetos como los justos á los reveses y á las desgracias de la vida, una de las mas preciosas y las mas sensibles señales, segun la doctrina de todos los Padres, de que Dios no los ha abandonado enteramente, son sus sufrimientos y sus aflicciones; que la mayor de todas las desgracias para ellos seria la de ser tratados bien, la de ser lisonjeados, y de no encontrar jamás obstáculos en el crimen; que el último recurso que

les queda para volver á entrar en el camino de su salvacion, y para ser recibidos en el seno de la misericordia, es que Dios al presente los castiga, que castigándolos los corrige, que corrigiéndolos los reforma, y que esta renovacion y esta reforma de costumbres vuelve á grabar sobre ellos la imágen de su Hijo que habian borrado ellos mismos. De modo que es necesario siempre volver á la sentencia del Doctor de las gentes: *Quos præscivit et prædestinavit conformes fieri imaginis Filii sui.*

28. ¡Quiera Dios, mis amados oyentes, que hayais comprendido bien el misterio de la gracia y de la santificacion que acabo de explicaros; que en los golpes con que Dios os castigue reconozcaís su amor para con vosotros; que el justo reanime su esperanza y se sostenga por su paciencia; que el pecador deslumbrado por el vano resplandor que le rodea, y embriagado por la engañosa felicidad que le seduce, se desengañe de las ideas que habia concebido, y que en adelante separe de ellas su corazon para unirlo á bienes mucho mas sólidos! Vos, sin embargo, ¡oh Dios mio! no altereis el orden de cosas que vuestra providencia ha dispuesto; obrad segun vuestras miras, y no segun las nuestras. Vuestros designios son infinitos, y los nuestros son limitados; vuestros designios son muy puros, y los nuestros son muy terrenos; vuestros designios solo se dirigen á salvarnos, y los nuestros no se dirigen á otra cosa que á perder-nos. Si la naturaleza se rebela, si los sentidos murmuran, ¡oh, Señor! no otorgueis á la naturaleza indócil ni á los sentidos ciegos y carnales aquello que piden. No nos abandoneis á nuestros deseos, ni nos escuchéis, como escuchásteis en otro tiempo en vuestra cólera al pueblo judío. Mas seguid siempre vuestros adorables designios, y aunque para ello debamos sufrir, ejecutadlo para vuestra gloria y para nuestra eterna felicidad, la que os deseo. Amen.

SERMON

SOBRE LA SOCIEDAD DE LOS JUSTOS

CON LOS PECADORES.

Cum dormirent homines, venit inimicus homo et superseminavit zizania in medio tritici. (Matth. XIII, 25).

Mientras dormían los hombres vino el enemigo y sembró zizaña en medio del trigo.

1. En el campo del padre de familias fue sembrada la zizaña entre el buen grano, y en la Iglesia de Dios viven los pecadores en medio de los justos, y se hallan confundidos los unos con los otros. Durante la noche y mientras la gente estaba dormida fue cuando vino el enemigo á desolar el campo; y durante esta vida mortal, que es para nosotros un tiempo de tinieblas y como una oscura noche, es cuando el enemigo comun de los hombres hace sus estragos y conserva en el seno de la Iglesia la triste mezcla de los impios y de los réprobos con los escogidos. Él no viene mientras estamos despiertos, mientras tenemos los ojos abiertos y velamos sobre nosotros mismos, sino que aprovecha los momentos en que los halagüeños estímulos del placer nos encantan, en que las falsas dulzuras del mundo nos adormecen, en que nuestras pasiones nos cierran los ojos, nos impiden percibir y notar el daño que nos causa: *Cum dormirent homines*. Ved aquí cómo se insinúa el espíritu seductor, cómo introduce en las almas el pecado y una multitud casi infinita de pecadores en el Cristianismo: *Venit inimicus homo, et superseminavit zizania*. Dios pudiera exterminarlos todos en un día con un golpe de su brazo omnipotente; mas espera al tiempo de la recoleccion, es decir, al fin de los siglos y á su juicio final, cuando envíe sus segadores para separar la zizaña del buen grano; hablemos sin figuras: cuando envíe los Ángeles ejecutores de su voluntad y ministros de su justicia para hacer la separacion de los justos y de los pecadores; para colocar á la derecha los predestinados y á la izquierda los réprobos; para reunir los unos en su reino, y para

precipitar á los otros en el fuego eterno: *Colligite xizania, et alligata ea in fasciculos ad comburendum; triticum autem congregate in horreum meum.* (Matth. xiii). Este tiempo no ha venido todavía, cristianos; y hasta esta separacion vivimos nosotros en medio de los impíos, y los impíos viven en medio de nosotros. Es, por consiguiente, muy necesario que sepais la conducta que debeis observar con respecto á ellos, y la sociedad que con ellos podeis tener. Mas, para instruirnos mas sólidamente sobre este punto, necesito los auxilios del Espíritu Santo, que pedirémos por la intercesion de María, saludándola con el Ángel: *Ave María.*

2. Querer penetrar en los secretos de Dios para saber con qué fin sufre á los impíos en medio de sus escogidos seria, dice san. Agustin, querer penetrar un misterio que está mas alto que nuestros conocimientos, y que debemos adorar sin entrometernos á examinarlo. Dios permite que los impíos subsistan, y esto nos lo hace ver la experiencia; permite tambien que subsistan entre los buenos y los predestinados, y de esto no podemos dudar. Conocer las razones por las que lo quiere así no es de nuestra competencia; mas saber cómo nos hemos de portar con los impíos y libertinos es lo que nos interesa, y lo que pide toda nuestra atencion. Pero ¿de quién lo aprenderémos? De Dios mismo, que en todo, y particularmente en esto, quiere ser nuestro ejemplar y el modelo de nuestra conducta. Dios, cristianos, que es la santidad misma, permanece con los pecadores; mas yo noto sobre esto dos cosas que deben ser para nosotros dos lecciones importantes. Que él no permanece con los pecadores sino por la necesidad de su ser; esta es la primera: y que permaneciendo con los pecadores sabe aumentar su gloria y procurar la salvacion de ellos; esta es la segunda. Sobre esto establezco dos proposiciones que nos conciernen, y que van á formar la division de mi discurso. Dios no está con los pecadores sino por la necesidad de su ser, y nosotros no debemos permanecer con ellos sino por la necesidad de nuestro estado; esta será la primera parte. Dios saca su gloria de los pecadores y procura al mismo tiempo la salvacion de ellos: así es como nosotros debemos tener nuestro comercio con ellos igualmente provechoso para nosotros y para ellos mismos; esta será la segunda parte. En la primera os haré ver la obligacion general de huir el comercio de los pecadores, y en la segunda verémos el provecho que es necesario reportar de este comercio cuando nos vemos obligados á sostenerlo por necesidad. En dos palabras: la mezcla de los justos y de los pecadores es comun-

miente dañosa para los justos; mas alguna vez puede ser útil á los unos y á los otros. En tanto que es dañosa para los justos debemos evitarla, y en tanto que puede ser útil á los justos y á los pecadores deben los justos sacar provecho de ella. Ved aquí todo el objeto de vuestra atención.

Primera parte.

3. Al leer la Escritura se dirá, cristianos, que Dios, por una especie de contradiccion, está con los impíos y que al mismo tiempo no está con ellos, que se aleja de ellos y que no se aleja, que les priva de su presencia y que no les priva de ella. Porque veréis como se expresa de diverso modo segun la diferencia de los caracteres que toma y que quiere sostener con respecto á ellos. Yo soy, dice, el que lleno el cielo y la tierra, y que nada de lo que hace el pecador se me puede ocultar ni esconderse de mi vista. Ved aquí á Dios presente al pecador para observarle y para iluminarle. Mas él mismo dice en otra parte: Yo me arrepiento de haber criado al hombre, y me separo de él para siempre, porque es todo carnal. Ved aquí á Dios separado del pecador para vengarse y para castigarle. ¿Dónde iré yo, Señor, decia David, y dónde huiré de tu presencia? Si bajare á los infiernos, allí os encuentro, y allí estais en persona ejerciendo los rigores de vuestra justicia: Dios, por consiguiente, concluye san Jerónimo, habita tambien con los réprobos. Mas yo oigo á Saul, al contrario, invocando á Samuel, y manifestándole su dolor, ó, por mejor decir, su desesperacion porque Dios se habia retirado de él: *Coarctor nimis, siquidem pugnant philisthim adversum me, et Deus recessit à me* (I Reg. xxvii): por consiguiente no se debe buscar á Dios en la compañía de un réprobo. ¿Cómo se concuerda todo esto? Ved aquí el secreto, que consiste, dice el angélico doctor santo Tomás, en que Dios, que es el Santo de los Santos, no está con los pecadores y los impíos sino por la necesidad de su ser, y no por una eleccion de cariño y de inclinacion. Me explicaré.

4. Dios está con los pecadores por la necesidad de su ser, porque todas sus perfecciones divinas le obligan á ello: su sabiduría, por la que gobierna y mantiene en orden todas las criaturas hasta los pecadores mas rebeldes; su bondad, cuyos efectos extiende sobre todas las criaturas sin exceptuar los pecadores; su omnipotencia, que hace obrar á todas las criaturas, y por consiguiente á los

pecadores. Todos estos deberes de Criador que unen á Dios, por decirlo así, á la criatura, son deberes generales en los que todos los hombres tienen parte, así los malos como los buenos; y por razon de estos deberes es por lo que Dios es inseparable de los impíos. Mas, como he dicho, estos son deberes necesarios de que Dios, supuesto el beneficio de la creacion, no puede dispensarse á sí mismo. Porque si vosotros consultais las inclinaciones de su corazon, ¡ah! cristianos, las cosas suceden muy de otra manera. Apenas el hombre cae en el desórden del pecado cuando Dios rompe con él toda alianza, y por consiguiente todo el comercio de que su gracia habia sido el vínculo. De modo que no permanece mas con el pecador de ninguno de los modos que manifiestan la inclinacion y el discernimiento de su amor; es decir, que no está ya con el pecador ni por los efectos de una proteccion especial, como estuvo con su pueblo en el desierto, ni por la comunicacion de sus dones, como está con todos los justos, ni por la union íntima y misteriosa de su adorable Sacramento, como está singularmente con el alma cristiana que le recibe. Con respecto al pecador todo esto cesa; y esto es lo que hace decir al Espíritu Santo que Dios no está mas con los pecadores, y lo que hace añadir á los teólogos que si, por una suposicion imposible, pudiera Dios despojarse de su inmensidad, permanecería siempre presente á un gran número de personas á quienes su gracia le une, y que dejaría de estar con los pecadores, porque entonces no tendría la necesidad de estar en todas partes y de obrar en todas partes. De aquí concluye san Juan Crisóstomo, y el pensamiento de este Padre merece ser notado, que la inmensidad, que es uno de los atributos mas nobles de Dios, no deja, en cierto modo, de ser en él como un atributo oneroso, porque ella le sujeta á no poder separarse enteramente de aquello que es objeto de su aversion y de su indignacion. Admirable idea, cristianos, de la conducta que debemos observar con los libertinos del siglo. ¿Qué es lo que Dios exige de nosotros? Que obremos con ellos como obra él mismo. ¿Podemos proponernos un modelo mas santo? Él quiere, en primer lugar, que los suframos á ejemplo suyo; y lo quiere con razon, dice san Agustin, porque ellos nos han sufrido cuando estábamos nosotros mismos en el extravío y la corrupcion del vicio. Ved aquí por qué, prosigue el santo Doctor, no dehemos jamás olvidarnos de lo que hemos sido, á fin de conservar siempre para con los otros una compasion tierna y caritativa en el estado en que se hallan: *Cum tolerantia vivendum nobis est inter malos, quia cum malis essemus.*

cum tolerantia vixerunt boni inter nos. (August.). Mas poned cuidado, os suplico, en este término *cum tolerantia*; porque san Agustin no dice que la sociedad de los malos debe sernos un objeto de complacencia, sino un ejercicio de paciencia, es decir, que debemos sufrirla pero no amarla, porque así es como nos conformamos con nuestra regla, que es Dios.

5. Es cierto, lo confieso, hay alianzas y obligaciones con los impíos que la ley divina no solo no nos prohíbe, sino que no nos permite romper, pues que nos las ha impuesto como un deber; y esto es lo que yo llamo la necesidad de nuestro estado, que corresponde á la necesidad del ser y de la providencia de Dios. De otro modo, dice san Pablo, se necesitaria salir fuera del mundo, si todo comercio con los pecadores estuviera generalmente prohibido: *Alioquin debueratis de hoc mundo exisse.* (I Cor. v). ¿Deberá, por ejemplo, un padre separarse de sus hijos porque los vea en un desórden, una mujer de su marido porque tenga una vida licenciosa, un inferior de su superior porque sea un hombre escandaloso? No, sin duda; la ley del deber, de la dependencia y de la sujecion lo prohíbe; y puede decirse tambien que la mezcla de los malos con los buenos está autorizada por Dios, pues que Dios es el autor de las condiciones que unen necesariamente á esta sociedad. Todo esto es cierto; pero fuera de esto, quiero decir, fuera de los límites de la necesidad y de la justicia, cuando las cosas están en la libertad de nuestra eleccion, buscar á los impíos y conservar con ellos relaciones voluntarias, amistades mundanas y profanas, familiaridades, cuyo motivo es solo el placer y no la razon ni la justicia, yo digo que esto es ir directamente contra las órdenes de Dios, y lo digo con el grande Apóstol, porque ved aquí cómo se explica á los cristianos de Tesalónica: *Denuntiamus vobis, ut subtrahatis vos ab omni fratre ambulante inordinate.* (II Thes. III). Os mandamos, les decia en el nombre del Señor, que os retireis de todos aquellos que entre vuestros hermanos tienen una conducta desarreglada, y que guardéis este precepto como uno de los mas importantes y esenciales de la ley de Dios. De aquí proviene que David lo hacia un punto de conciencia y de religion: *Non sedi cum concilio vanitatis, et cum iniqua gerentibus non introibo; odiui ecclesiam malignantium.* (Psalm. xxv). Mi máxima ha sido siempre no tener union alguna con los partidarios del vicio, y no mezclarme con los que se glorian de cometer la iniquidad, amar á las personas porque la caridad me lo manda; pero aborrecer sus asambleas, huir sus intrigas y aborrecer sus conversacio-

nes, porque una caridad mas alta, que es la que debo á Dios y me debo á mí mismo, me impide tomar parte en ello.

6. Ved aquí, mis amados oyentes, lo que nos dicta la prudencia cristiana y á lo que nos obliga indispensablemente, á evitar, en tanto que nuestra condicion lo permita, las sociedades malas y corrompidas. Y ved tambien como Dios nos ha inspirado horror, ya con respecto á los paganos y á los idólatras, ya con respecto á los herejes y á los cismáticos, y ya tambien con respecto á los mismos católicos libertinos y prevaricadores. Vosotros sois mi pueblo, decia á los hijos de Israel cuando los introducía en la tierra de Canaan, vosotros sois mi pueblo, y yo os he elegido entre todos los pueblos de la tierra para que esteis consagrados especialmente á mí; mas por esto mismo no os será permitido tratar con los pueblos infieles, no formaréis alianzas con ellos, no podrá contraerse legítimamente ningun matrimonio entre ellos y vosotros. ¿Y por qué? pregunta san Agustín. Este comercio con los extranjeros ¿no podia ser ventajoso y necesario á los hijos de Israel para su establecimiento? Tal vez la política del mundo lo habrá juzgado así; mas Dios, cuyos designios santos y adorables son infinitamente mas elevados que los de los hombres, quiso que la política del mundo cediese al interés de la Religión. No, les decia, sea cualquiera la ventaja que pudieran prometeros, no buscaréis á esas naciones, y os mantendréis siempre separados de ellas: *Cave ne unquam cum habitatoribus terræ illius jungas amicitias.* (Exod. xxxiv). Esto era lo que mandaba expresamente la ley; y vosotros veréis, cristianos, si esta prohibicion era inútil y sin fundamento. Huid, nos dice él en otra parte por la boca de san Pablo, huid la herejía, si quereis conservar la pureza de vuestra fe: *Hæreticum hominem evita.* (Tit. iii). Guardaos mucho, no solamente de mantener inteligencias con el partido del error, no solamente de abrazar sus intereses, sino aun de tener simples alianzas fuera de aquellos que la piedad cristiana y el deber de vuestra condicion puedan justificar. Mas si estos son ortodoxos, que á pesar de sus costumbres disolutas no dejan por eso de vivir con nosotros en la comunión de una misma creencia, ¿nos ha prohibido tambien Dios su sociedad? Escuchad aun al Apóstol. Yo os he advertido ya, escribia á los de Corinto este maestro de las naciones, y os he marcado en una de mis cartas que no tengais ningun trato con los impúdicos y voluptuosos, ni con los maldicientes y calumniadores, ni con ninguno otro que sea de aquellos que pueden corromperos, y ser para vos-

otros un escándalo. Aun cuando este fuere vuestro hermano por inclinacion ó por obligacion de amistad, si es un hombre de mala vida yo no quiero que tengais con él la menor comunicacion, ni que podais comer con él: *Si is qui frater nominatur est fornicator, aut maledicus, aut rapax, cum hujusmodi nec cibum sumere.* (1 Cor. v.).

7. Dios quiere, dice muy bien Guillermo de París, y este pensamiento es muy bello, Dios quiere que, separándonos de los impíos, hagamos al presente lo mismo que hará un día él mismo, y que prevengamos así la resurreccion universal y el juicio final. Cuando el Hijo de Dios venga á juzgar al mundo, los réprobos, es verdad, resucitarán al mismo tiempo que los justos; mas no resucitarán, sin embargo, con ellos, porque en el momento mismo de la resurreccion los justos serán separados de los réprobos por aquel discernimiento terrible de que ha hablado David, y de que los Ángeles serán los ejecutores: *Ideo non resurgent impii in iudicio, neque peccatores in concilio justorum.* (Psalm. i). ¿Cuál es, pues, el designio de Dios? Prosigue Guillermo de París: es que los buenos viven en este mundo con respecto á los malos en el mismo orden con que deben resucitar y ser juzgados; es decir, que ellos mismos se separan, por decirlo así, de con los pecadores, y que desde esta vida principian ya á tomar su puesto, á fin de que Dios no se vea luego obligado á emplear sus Ángeles ni á hacer otra eleccion de sus elegidos. En esto es tambien en lo que consiste la perfeccion y la gloria de los justos sobre la tierra; y tal es la idea que la Escritura nos ha dado: que cuando Dios manda á Josué hacer morir á Acab, que era un hombre escandaloso en medio de su pueblo, no se dirige á él sino con estas palabras: *Surge, sanctifica populum.* (Josue, vii). Yo quiero que de mañana santifiques mi pueblo. ¿Y qué haré yo para ello, Señor? pregunta Josué. Exterminarás á Acab, que es un sacrilego. En tanto que él permanezca entre las tribus no puedo permanecer yo; mas cercena esta alma criminal, y entonces será santificado tu pueblo. Vosotros diréis, cristianos, que la separacion de los malos es como un sacramento de expiacion para los buenos. En efecto, no se necesitará mas para santificar las familias, las comunidades y las Órdenes enteras. Quitad de una casa un doméstico vicioso que la infesta, y haréis de ella una casa piadosa; quitad de una comunidad un espíritu inquieto que la divide, y haréis una asamblea de Santos; quitad de la corte de un príncipe ciertos ateos que la dominan, y haréis una corte cristiana. Hay en París un hombre tal que ha

perdido: mas almas que jamás pervertiria un demonio; y vosotros conocéis á ciertas mujeres que han dado á la sociedad mas libertinos que las lecciones mas contagiosas de aquellos que en otro tiempo han tenido escuela de libertinaje. Quitad, pues, un pequeño número de estos hombres y de estas mujeres; y restableceréis casi del todo el culto de Dios. Pues bien, esta separacion no seria imposible, si los intereses de Dios fuesen tan respetados como los de los hombres. ¿No habeis puesto nunca cuidado, cristianos, en una cosa muy particular que nos refiere el evangelista san Juan hablando de la última cena que Jesucristo tuvo con sus Apóstoles en la víspera de su muerte? En el mismo tiempo en que Judas salió para ir á ejecutar su detestable designio, el Salvador del mundo entró en una especie de éxtasis, y exclamó: *Nunc clarificatus est Filius hominis*: (Joan. xiii): ahora es cuando el Hijo del Hombre es glorificado. ¿De dónde le venia esta gloria? pregunta san Agustín. No era de la vision beatífica de Dios, porque él la poseyó desde el instante mismo de su concepcion; nó era de la resurreccion de su cuerpo, porque todavía no habia resucitado; mas ella le vino de la salida de este traidor que habia estado hasta entonces presente con los otros discípulos, y esta es la razon que da el texto sagrado: *Cum ergo exisset, dixit Jesus: Nunc clarificatus est Filius hominis*. Mientras que Judas estaba en su compañía era esto, en cierto modo, como una mancha para él; mas cuando se vió separado, aunque esta separacion debió ser seguida muy pronto de los oprobios de la cruz, no deja por eso de gloriarse de ella: *Nunc clarificatus est Filius hominis*. Pues bien, si la gloria del Hijo de Dios no podia ser completa mientras sufría en su presencia á un réprobo, juzgad, mis amados oyentes, si vosotros podréis ser santificados y justos delante de Dios mientras vivís con los pecadores, y permanecéis voluntariamente en medio de ellos. Ved aquí por qué la Iglesia, dice santo Tomás, excomulga á ciertos pecadores. Por esta censura separa el buen grano del malo para guardar el uno y arrojar el otro; en lo cual nos enseña nuestro deber, y nos da á conocer lo que estamos obligados á hacer. Vosotros no quereis separaros de los impíos, ella los separa de vosotros; porque no penséis que solamente intenta castigarlos cuando los priva de los bienes de la sociedad comun. Hay dos cosas en la excomunion: una pena para el culpable, y una ley para el inocente. La Iglesia condena al pecador á no tener comunicacion con los fieles, esta es la pena; y al mismo tiempo manda á los fieles que no tengan trato

alguno con el pecador, ved aquí la ley. ¿Se sigue de aquí que no hay mas que estos pecadores castigados con el anatema de la Iglesia, cuya compañía nos esté prohibida? No, cristiano: no todo lo que no está prohibido formalmente por la Iglesia está permitido por ella. Ella tiene leyes superiores y mas generales las cuales debemos obedecer. La Iglesia, en virtud de sus censuras, solo nos prohíbe la sociedad de los escandalosos, que le son rebeldes; mas, aunque no sean rebeldes, es bastante que sean escandalosos para que independientemente de las prohibiciones de la Iglesia deduzcamos que estamos en la estrecha obligacion de evitarlos. No será, pues, discurrir bien pretender que porque la Iglesia ha revocado las penas impuestas contra los que comunicaban con los impíos excomulgados aprueba la tal comunicacion y trato. Me explicaré; prestadme atencion, porque os interesa instruiros en este punto. En el rigor del derecho antiguo no podian los fieles tratar jamás con un hombre separado de la comunión de la Iglesia sin incurrir en la misma censura. Esta era la ley comun; mas por razones importantes alegadas en los concilios la Iglesia ha templado esta severidad, y solo nos prohíbe el trato con aquellos que ha excomulgado públicamente y por sus nombres. ¿Y es esto decir que podemos comunicarnos indiferentemente con toda clase de herejes, con toda clase de gente corrompida y dañosa, bajo pretexto de que la Iglesia todavía no los ha marcado con su anatema? Este es un error, amados oyentes. La Iglesia puede muy bien revocar sus leyes, puede cambiar sus costumbres; mas sin perjuicio de la ley de Dios, que es irrevocable é invariable. Pues bien, la ley de Dios es que fuera de las obligaciones necesarias de mi estado me aleje de todas las compañías en que la inocencia de mi alma pueda estar en peligro. Si yo las busco voluntariamente y sin necesidad, los rayos de la Iglesia, es cierto, no por eso caerán sobre mí, porque ella quiere usar conmigo de esta indulgencia; pero toda su indulgencia no puede hacer que no me haga yo culpable por este hecho de un desprecio formal de Dios; que por esto no me constituya el escándalo de mis hermanos y el enemigo de mí mismo en buscar mi perdición. Tres graudes desórdenes que se encierran en un mismo pecado. Estadme atentos.

8. Sí, amados oyentes, tratar con los impíos y libertinos que conoceis como tales es un desprecio de Dios. ¿Y á qué llamais vosotros desprecio de Dios, si no es al hecho de unirse con sus enemigos? ¿Y quiénes son los enemigos de Dios sino los pecadores, es-

pecialmente ciertos pecadores declarados? ¿Qué se pensaría de un hijo unido por afecto y de corazón con los perseguidores de su padre, con los que atentasen á los derechos y al honor de su padre, con los que hiciesen una guerra abierta á su padre? ¿No os causaría horror como un monstruo de la naturaleza? Pues ved aquí lo que haceis vosotros cuando vivís con los impíos. En tanto que ellos permanecen en el desórden de su pecado, hay entre Dios y ellos un odio irreconciliable. Consultad los Libros sagrados y leed las reconvenciones que tuvo que sufrir Josafat, rey de Judá, príncipe, por otra parte, muy religioso. Él era aliado del impío Acab, rey de Israel; no le habian faltado razones de Estado que le empeñasen en esta alianza, que todo su consejo habia aprobado; mas su consejo fue por esta causa reprobado por Dios. Príncipe, le decía Jehú con toda la libertad de un profeta, vos sois prevaricador, vos habeis dado socorros á un rey criminal, y habeis recibido en vuestra amistad á aquellos que se han conjurado contra vuestro Dios y el mio; vos merecis la muerte: *Impio præbes auxilium, et his qui oderunt Dominum amicitia jungeris, idcirco iram merebaris.* (II Paralip. xix). Las buenas obras de Josafat y su buena fe le excusaron; mas vosotros, cristianos, ¿qué podeis alegar en vuestro favor? Además de la injuria que haceis á Dios, ¿cómo podeis justificar el escándalo que causais en la Iglesia y entre el pueblo de Dios? Porque ¿no es un escándalo veros continuamente en las sociedades de una ciudad ó de un barrio el mas sospechoso, veros en las reuniones de donde parece haberse desterrado todo pudor, donde se tienen los discursos mas libres, donde se discuten las máximas mas perniciosas, donde frecuentemente ninguna regla de decoro ni de modestia se observa; y veros con hombres sin religion, con mujeres sin reputacion, en lugares donde reina la licencia, y de donde se extiende el contagio mas mortífero? ¿Qué se puede pensar de esto? ¿Qué se puede decir de esto? ó mas bien ¿qué se ha pensado y qué se ha dicho ya? Y no me respondais que vosotros sabeis bien guardaros, y que á pesar de lo que piensa el mundo teneis en vuestro favor el testimonio de vuestra conciencia, el cual os basta. ¡Ah! mis amados hermanos, escuchad lo que escribía sobre esto san Jerónimo á una señora romana. Es necesario, le decía este Padre, que cuando hablais así esteis muy poco instruida en los deberes de la vida cristiana. No sabeis que en materia de conducta teneis que dar cuenta á Dios, no solamente de lo que haceis, sino tambien de lo que se dice de vos; que no es

bastante satisfacer á vuestra propia conciencia, sino que estais obligada tambien á satisfacer á la de otros; que san Pablo, que estaba mas instruido que vos, se guardaba de los hombres tanto como de Dios para arreglar su conservacion, no creyendo que podia ser inocente cuando los hombres pudieran tomar de ello motivo para ofenderse, y sabiendo que es hacerse culpable ante Dios no temer parecerlo ante los hombres. Así hablaba san Jerónimo, y concluia por el ejemplo del mismo Apóstol, que rehusaba comer viandas permitidas, porque temia escandalizar á los fieles. ¡Ah! prosigue este santo Doctor, la compañía de los hombres no es mas necesaria que los alimentos; ¿y por qué no evitamos estas amistades escandalosas que perjudican la pureza de nuestra Religion, que dan lugar á mil sospechas, y que sirven de materia á la maledicencia pública, cuando san Pablo se abstenia de una vianda, y le tenia como horror cuando consideraba que podia dar motivo de escándalo al menor de los cristianos?

9. Mas dejemos el escándalo, y no insistamos ahora, mis amados oyentes, sino en lo que hace relacion á nosotros mismos. ¿Es posible que en medio de un comercio familiar con los impúdicos y libertinos podais conservar un corazon puro y casto? ¿Puede esperarse razonablemente que en medio de un aire corrompido no os resintais jamás de su corrupcion? ¿Y no será al menos de vuestra parte una presuncion ciega y criminal la de creeros exentos de un peligro que muchas veces os está tan prohibido por Dios como el mal mismo? Si esto fuera así, jamás los Profetas ni los Apóstoles hubieran estado mas confirmados en gracia que vosotros, y vosotros tendríais esta ventaja sobre los que han huido la sociedad de los impíos porque la juzgaban peligrosa para ellos mismos, como lo testifica san Jerónimo del profeta Ezequiel, que por este motivo se separó de todo el resto del pueblo, y se retiró á la soledad; en vez de que vosotros permanecéis voluntariamente y sin temor, como si tuviéseis un preservativo infalible contra el pecado. Y si no lo teneis, ¿cuál es vuestra temeridad en arriesgaros mas que se han arriesgado los hombres de Dios y los Santos de primer orden, de exponeros á los peligros para los que ellos no se han creido bastante fuertes, de vivir tranquilos donde ellos han temblado? ¿Por qué prohibia Dios con tanto rigor á los hebreos que se mezclasen y negociasen con los extranjeros? Porque en estas negociaciones y alianzas preveia su caída y su ruina casi inevitable. Y en efecto, ¿tuvieron ellos jamás comercio con nacion alguna de quien al fin no to-

masen las supersticiones y las impiedades? *Commixti sunt inter gentes, et didicerunt opera eorum.* (Psalm. cv). ¿Por qué la Iglesia desde su nacimiento prohibió que los cristianos contrajesen matrimonio con los infieles? Porque así entiende san Jerónimo estas palabras de san Pablo: *Nolite jugum ducere cum infidelibus.* (II Cor. vi). Porque consideraba los peligros que de tales uniones resultarían á la fe de los cristianos. ¿Y por qué Jesucristo dió á la misma Iglesia un poder que parece trastornar todo el derecho humano? Permanecedme atentos, y esto os llenará de sorpresa, sin embargo de que yo no aventuro nada que no esté fundado en la Escritura y en los sagrados Cánones. ¿Por qué, repito, Jesucristo ha dado facultad á su Iglesia para anular, al menos en cuanto á sus principales obligaciones, el mas auténtico de todos los contratos que se celebran entre los hombres, un matrimonio legítimo, un matrimonio ratificado solemnemente entre dos paganos, de los que el uno abraza el Cristianismo y el otro permanece en su idolatría, sino porque en esta mezcla de religiones la del Dios verdadero no se encontraría segura? *Quis enim nescit*, dice Tertuliano, *obliterari quotidie fidem commercio infideli?* (Tertul.). ¿Quién duda que la fe se borra poco á poco con la comunicacion frecuente de un espíritu infiel? Esto mismo es lo que este Doctor tan celoso por la estrecha disciplina de la Iglesia hacia presente algun tiempo antes de morir á su propia esposa para retraerla, segun estas máximas, de un segundo matrimonio, ó al menos á fin de hacerle saber la obligacion en que estaba de no unirse jamás con ningun pagano. Y, yo, sirviéndome del mismo pensamiento, y aplicándolo á mi objeto, digo: *Quis nescit?* ¿Quién duda que la piedad del alma mas religiosa se altera por los ejemplos de un amigo de vida depravada, y que se tiene continuamente ante los ojos? Si es depositario de sus sentimientos se le oye hablar, se le ve obrar, é insensiblemente se acostumbra á pensar como él, á hablar como él, y á obrar como él. Esto no sucede desde un principio sin cierta repugnancia y cierta lucha; pero al fin aquello que causaba horror principia ya á no desagradar, y despues todo agrada y encadena. *Quis nescit?* ¿Quién duda que el recato y la sabiduría de una persona jóven, que su virtud, por firme que sea, no vienen con el tiempo á vacilar, y no recibe fuertes ataques por estas entrevistas particulares y estas amistades en que abren su corazon á algun mundano ó mundana que le inspira sus dañados principios, y que en el espacio de algunos meses destruye todo el fruto de una santa educacion y el tra-

bajo de muchos años? De aquí viene esta máxima tan universalmente reconocida, confirmada por tantas pruebas, y tan comun: «Díme con quién andas, y te diré quién eres.»

10. De todos modos, mis amados oyentes, la Iglesia no ha perdonado nada para impedir que el comercio de los impíos no sea perjudicial á sus hijos: ¿y qué haceis vosotros por vuestra parte para secundar sus miras? Tal vez penséis que la compañía de este hombre sumergido en la relajacion y abandonado á sus deseos es menos de temer para vosotros que la de un infiel; y yo al contrario sostengo que mil idólatras conjurados para pervertiros y para perderos no harán en vosotros la misma impresion que un libertino con quien estais unidos por conocimiento y por trato. Job se conservó en medio de las falsas divinidades y de aquellos que las adoraban; pero Lot sucumbió en Sodoma y entre sus conciudadanos. Yo voy mas léjos, y sostengo que todos los esfuerzos del demonio contra vosotros no serian una tentacion tan peligrosa como la presencia y la vista de este pecador escandaloso. Mas yo os comprendo, y por vuestras costumbres juzgo de vuestros pensamientos. Vosotros no temeis á estos partidarios del vicio, porque, tal vez, estais ya tan infestados como ellos; y ellos no pueden dañaros mas, porque ya habeis recibido todo el daño de que estábais amenazados. Y así es como se verifica la prediccion del Señor; porque se engañaria ciertamente, si viviendo y conversando con amigos réprobos hubiérais conservado vuestra inocencia.

11. ¡Ah! cristianos, nosotros nos admiramos de ver en la actualidad un siglo tan corrompido; no comprendemos de dónde nace tanta disolucion en la juventud; nos ruborizamos de ver tantas personas del bello sexo que de nada se ruborizan; nos sorprendemos de oir los desórdenes de los matrimonios que se publican todos los dias; oímos con indignacion cuánto reina la impiedad en la corte de los príncipes; ¿lo diré de una vez? nosotros vemos con horror introducirse el vicio hasta en el santuario y adherirse á los ministros del altar. Pues ved aquí la causa mas ordinaria de esto; las sociedades y el trato del mundo profano. Ved aquí lo que sirve de incentivo al deseo, lo que enciende la pasion, lo que hace formar las intrigas, lo que hace acometer las mas abominables empresas. Ved aquí lo que rinde á los fuertes, lo que infatúa á los sábios, lo que corrompe á las vírgenes. Arreglad las sociedades y el trato de los hombres, y con facilidad reformaréis todos los estados. Vos, padre, alejad á vuestro hijo de ese amigo que él bus-

ca con tanta frecuencia, y le veréis marchar siempre por el buen camino. Vos, madre, no recibais y no hagais ciertas visitas, y esa hija que os acompaña se convertirá en un modelo de virtud. Vos, cristiano, cualquiera que seais, romped con ese amigo, y yo me atrevo casi á responderos de vuestra salvacion. Mas ¡cómo, diréis vosotros, abandonar un amigo! Sí, es necesario abandonarlo; y aun cuando sea vuestro ojo es necesario arrancarlo. ¿Por qué conservar un amigo contra vos mismo, y qué aprecio debeis hacer de una amistad que conduce á vuestra reprobacion? ¿No os ha enseñado expresamente el Hijo de Dios que el que no aborrezca á sus parientes, á su hermano, á su hermana, á su mismo padre y á su madre, no será digno de él? es decir, que el que no esté dispuesto á separarse de sus deudos, sea hermano ó hermana, sea padre ó madre, desde el punto en que pueda temer algun escándalo, se hará desde entonces culpable á los ojos de Dios, y no entrará jamás en su reino?

12. Luego, si debo portarme así con los autores de mi vida, cuando son obstáculos para mi salvacion, ¿tendrán derecho para quejarse mis falsos amigos, cómplices de mis iniquidades, cuando, por salvarme del abismo á que me conducen, me separo de ellos y renuncio á su amistad? Y si ellos me arguyen, si se burlan de mí, si me castigan con su desprecio, ¿debo yo escucharles mas bien que al mismo Dios? No, no; nada debo yo amar con perjuicio de mi alma; y cuando se trata de un interés tan grande como este, Dios y yo, ved aquí lo que me basta. Todo lo demás me es indiferente.

13. No obstante, cristianos, hay ciertas sociedades á las que nos unen obligaciones necesarias; y como Dios, supuesta la necesidad de su ser, que le obliga á permanecer con los pecadores, sabe sacar de esto mismo su gloria, y emplea en la conversion de ellos la presencia de su divinidad, así debemos nosotros ser provechosos á los impíos que viven con nosotros, y sacar provecho de los impíos con quienes vivimos por la necesidad de nuestro estado. Otra obligacion que va á ser el objeto de mi

Segunda parte.

14. Es una verdad incontestable, cristianos, que aunque el pecado en sí mismo sea esencialmente una injuria hecha á la majestad de Dios, no deja sin embargo de servir á su grandeza. Dios

no lo sufriría, advierte san Juan Crisóstomo, si no fuera capaz de contribuir á ello con su malicia misma; y mas bien aniquilaria á todos los pecadores del mundo que permitir que exista uno solo que no le rinda cierto tributo de gloria. Cuando el hombre peca, dice muy bien san Agustin, él se daña á sí mismo, pero no impide el efecto de la bondad divina: *Quod facit malus, sibi nocet; non bonitati Dei contradicit.* (August.). Porque Dios, que es un admirable artífice, se sirve con ventaja de los defectos de su obra, y no los permite sino en cuanto sabe servirse de ellos: *Illo utique peccatore bene utitur qui nec eum esse permetteret, si illo uti non posset.* (Id.). Esto es, prosigue el santo Doctor, lo que explica este punto con toda la solidez posible; esto es lo que da á conocer la sabiduría del Criador, y que aun parece sobreponerla á su omnipotencia, porque el efecto de la omnipotencia es producir los bienes, y el de la sabiduría hallar los bienes en los mismos males, y ofrecerlos á Dios. Pues bien, esta relacion del mal con el soberano Bien es cierta cosa en Dios mas maravillosa que la produccion de los seres criados, que le es como natural. Dios, añade el mismo Padre, se complace al parecer en hacer todo lo contrario que los impíos en el uso de las cosas. Porque así como la iniquidad de estos consiste en abusar de las criaturas que son buenas, así la justicia divina se manifiesta en el buen uso que hace de la voluntad de ellos, que es mala: *Quia sicut illorum iniquitas est male uti bonis operibus ejus, sic illius justitia est bene uti malis operibus eorum.* (Id.). ¡Extraña oposicion entre Dios y el pecador! El mismo Dios, prosigue san Agustin, á pesar de ser la pureza original y primitiva, no es puro á los ojos de los impíos, porque le blasfeman y le ultrajan, y le hacen continuamente el objeto de su impureza: *Immundis, nec Deus quidem ipse mundus est, quoniam quotidie blasphemant.* (Id.). En vez de que el pecador, que es la impureza misma, se purifica, por decirlo así, á los ojos de Dios, porque lo convierte en motivo de su gloria. Todos estos pensamientos son bellos y dignos de su autor.

13. Pero no me detengo mas en este punto. Para entrar en la prueba, y para comprobar individualmente estas proposiciones generales, ved, hermanos míos, continúa, como en efecto todo lo que existe sobre la tierra de impíos, de escandalosos, de réprobos, concurre admirablemente y á pesar de la intencion de los hombres á glorificar á Dios. Considerad, en primer lugar, á todos aquellos que se encuentran privados de la luz del Evangelio y destituidos del don de la fe; tended la vista sobre los paganos-idólatras, sobre,

los herejes obstinados, sobre los cismáticos rebeldes y sobre los judíos endurecidos. ¿Por ventura no los emplea Dios en la ejecución de sus designios? *Nonne utitur gentibus?* Observad estas palabras, cristianos, ellas son tomadas del libro de la verdadera religion: *Nonne utitur gentibus ad materiam operationis suæ, hæreticis ad probationem doctrinæ suæ, schismaticis ad documentum stabilitatis suæ, Judæis ad comparationem pulchritudinis suæ?* (August.). ¿No se sirve de los infieles para obrar las maravillas de su gracia y para darlas á conocer? Un mundo convertido por doce pecadores, ¿qué hay de mas grande ni de mas sólido para establecer la verdad de nuestra Religion? ¿No se sirve de los herejes para el esclarecimiento de su doctrina y para confirmarnos en la verdadera creencia? Jamás la fe ha estado mas viva que cuando ha estado mas combatida, y nada ha contribuido tanto á descubrir la verdad como el error. ¿No se sirve de los cismáticos como de una prueba sensible de la perpetuidad y de la incontrastable firmeza de su Iglesia? Á pesar de la division de sus miembros, ella se mantiene siempre con la integridad de un cuerpo perfecto, en tanto que vemos perecer y aniquilarse las facciones que se han elevado contra su Jefe. Y los judíos, este deplorable resto del pueblo de Dios, desgraciada posteridad de una nacion tan amada, ¿no parece que permanecen sobre la tierra para servir de testimonio á Jesucristo, autorizando su persona con sus escrituras, confirmando sus misterios con sus profecías, y revelando su Evangelio con la comparacion de la ley? Este es un mal grano sembrado en el campo de Dios; pero admirad de cuántos modos es útil á su gloria.

16. Yo digo lo mismo de todos los impíos en general: Dios sabe hacer de ellos mil usos para la manifestacion de sus divinos atributos y para el bien comun de los hombres. Estas son las plagas de su justicia para castigar á los pecadores, y los instrumentos de su misericordia para probar á los santos. Cuando Jerusalem fue saqueada bajo el imperio de Tito, Dios fue el que se sirvió de la ambicion de los romanos para ejercer sus venganzas con los judíos. La ambicion de los romanos era criminal, mas los castigos y las venganzas de Dios eran justos. ¿Qué hacian los tiranos y los perseguidores del nombre cristiano? Queriendo destruir los fieles, los multiplicaban; daban confesores á Jesucristo, llenaban la Iglesia de mártires, y poblaban el cielo de predestinados.

17. Pero prosigamos. Es, pues, cierto que Dios se aprovecha as de los pecadores para el aumento de su gloria y para nuestra sal-

vacion. Es cierto que los medios no le faltan jamás para indemnizarse de las injurias que recibe de la malicia de los hombres y del pecado, y que las repara por el pecado mismo y por la malicia de aquellos que lo han cometido. Ved aquí, pues, el modelo que debemos seguir, si la necesidad de nuestro estado nos obliga á vivir con los impíos; por lo menos, debemos, á ejemplo de Dios, utilizarlos en provecho nuestro. Nosotros podemos hacerlo cuando no los busquemos á propósito, ni debamos por nuestro estado huir de ellos. Porque del mismo modo, dice san Agustin, que Dios encuentra en los pecadores medios con que realzar el resplandor de sus infinitas perfecciones, nosotros encontraremos motivos para adquirir y practicar las mas eminentes virtudes. En efecto, cualquier cosa que haga el pecador con quien vivo, si tengo el espíritu de Dios, será una leccion para mí y una ocasion para santificarme. Si él me persigue, me ofrece un motivo de paciencia; si se declara mi enemigo, purifica mi caridad; si me hace sufrir, será para mí un motivo de mortificacion; si se eleva sobre mí por orgullo, me enseña á contenerme en la modestia. Cuando él se deja arrebatar por la cólera, él mismo ejercita mi templanza. Cuando cae en pecados vergonzosos, excita mi compasion y mi celo. Y añadido con san Gregorio papa que jamás por regla general un justo seria perfecto, ni podría llegar á serlo, si Dios, por un efecto de su providencia, no le obligase algunas veces á vivir con los pecadores. ¿Y por qué? Porque en esta sociedad y en esta mezcla de buenos y malos es donde debe ser purificado de las imperfecciones humanas: *Ipsa quippe malorum societas, purgatio bonorum est.* (Greg.). ¿Y cómo, pregunta este Padre, se ejercitaria en las grandes virtudes, si no hubiera pecadores en el mundo? ¿En qué practicaria esa caridad heroica de que el Hijo de Dios nos ha dado ejemplo, y de que nos ha puesto un precepto, si no hubiera ofensas é injusticias, maledicencia y calumnias que perdonar? ¿Dónde estaria el mérito de su perseverancia, si no hubiera contradicciones que sufrir, burlas que agnantar, ataques de parte de los libertinos que sostener y que rechazar?

18. Nada mas constante, cristianos oyentes; si nosotros fuésemos tan celosos como debemos serlo por nuestra salvacion, y si quisiéramos hacer mayores progresos en el camino de la piedad y de la perfeccion evangélica, uno de los mas poderosos medios para acercarnos á Dios seria la presencia y la vista de los pecadores que tenemos continuamente cerca de nosotros. ¿Qué motivo nos

darian de un reconocimiento perfecto para con Dios, al considerar que por un beneficio especial de su gracia hemos sido preservados de los desórdenes de que somos testigos y que lamentamos! ¡Qué motivo de profunda humillacion y de atencion continua sobre nosotros mismos al contemplar que á cada momento podemos nosotros caer de una caridad respetuosa con respecto al prójimo, pues que él es con su iniquidad el ejecutor de los decretos de Dios y su ministro para castigarnos y corregirnos; de una penitencia saludable y una entera sumision, porque así sufrimos mas contradicciones, y con ellas podemos satisfacer á la justicia divina lo que debemos por nuestros pecados! Mas ¿qué sucede? qué nosotros trastornamos todo el orden de las cosas, y de este motivo de salvacion hacemos la causa de nuestra perdicion. El designio de la Providencia es que el trato con los pecadores nos santifique cuando una necesidad inevitable nos une á ellos, y esto mismo es lo que nos pervierte. Dios saca de aquí su gloria, y nosotros nuestra ruina. Él se hace mas santo, hablo de la santidad exterior y accidental que nosotros le deseamos siempre, y nosotros nos hacemos mas criminales.

19. Permitidme, cristianos, que os descubra mi corazon sobre este particular, y que os comuniqué mis mas íntimos secretos. Yo me aflijo cuando en el tribunal de la Penitencia oigo á un hombre de mundo quejarse de su condicion, como pretendiendo justificar los extravíos de su vida con la estrecha obligacion en que se encuentra de vivir en medio del siglo corrompido, y de conservar en él vínculos que no puede romper; cuando oigo á una mujer deplorar la triste situacion en que se encuentra, y decirme que todos los desarreglos de su vida nacen de estar enlazada con un marido sin religion, sin freno en sus pasiones, y sin moderacion en sus caprichos; ¿qué debo yo responderles? Yo les compadezco, no por su estado que llaman desgraciado, porque es el estado á que Dios ha querido llamarles, sino por el mal uso que hacen de su estado contra los designios de Dios que los ha colocado en él. Yo compadezco á esta mujer, no por lo que sufre, sino por el modo con que sufre, no teniendo presente, ó no acordándose que ese marido vicioso es un medio elegido en el consejo de la sabiduría eterna para probarla y para salvarla. Pues si esto es así, como lo enseña la mas sana teología, ¿no es ella digna de lástima cuando se ve que sufre todas las incomodidades de una sociedad penosa y molesta, sin tener por ello mérito alguno; cuando se ve que convierte el remedio

en ponzoña y las gracias de Dios en ocasiones continuas de pecados?

20. «Mas si yo estuviese en otro estado trabajaria con gusto «en procurar mi salvacion.» Vosotros lo decís, mis amados oyentes, y yo os digo que os engañáis; porque no podeis trabajar para vuestra salvacion sin Dios, y Dios no quiere que trabajéis en otra parte ni de otro modo, porque este es el camino que os ha marcado. Mas es imposible, añadiréis, resistir á tantos malos ejemplos y preservarse de su contagio. Este es un error, cristianos. Es imposible cuando contra las órdenes de Dios y contra las obligaciones de vuestro estado os arrojaís vosotros mismos al peligro; mas cuando esto sucede por los intereses de Dios, por la vocacion divina, y segun los designios de su Providencia; cuando esto sucede segun las reglas de la prudencia evangélica y con las sábias precauciones que ella aconseja, lo que sería contagioso para otros no lo será para vosotros, y lo que á ellos los precipitaria en un abismo de corrupcion puede elevaros á vosotros á la mas sublime santidad; porque á la providencia del Señor toca entonces ayudaros, iluminaros y fortificaros, y á esto es á lo que jamás ella falta. Pues bien, con los socorros de Dios, con sus luces y con la fuerza que su gracia infunde en un alma cristiana, si vosotros permanecéis firmes en medio de los pecadores, si resistís á sus invitaciones, si no os dejáis conmover ni por sus promesas, ni por sus amenazas, ni por sus lisonjas, ni por sus desprecios; si á pesar del torrente del ejemplo que arrastra á millones de otros permanecéis firmemente unidos á las reglas del deber y á la observancia de la ley en los combates que debeis sufrir, por mas esfuerzos que esto os cueste, ¿cuántas riquezas no amontonaréis delante de Dios, y qué progresos no haréis en los caminos de la justicia? El colmo de la iniquidad para el impío, segun el testimonio de un Profeta, es permanecer siendo pecador entre los justos: *In terra Sanctorum iniqua gessit.* (Isai. xxvi). Él ha cometido el pecado en la tierra de los Santos. Ved aquí lo que redobra su malicia, y lo que le hace indigno de ver jamás la gloria de Dios y de ser recibido en la mansion de los bienaventurados: *Non videbit gloriam Domini.* (Ibid.). Así hablaba Isaías, y de aquí, por una consecuencia no menos verdadera, yo concluyo que el colmo de la santidad para el justo es ser justo entre los pecadores. Moisés en la corte de un príncipe infiel tuvo siempre, segun la bella expresion de san Pablo, presente lo invisible á los ojos de su espíritu, como si lo hubiera visto con los

ojos del cuerpo. San Luis sobre el trono cerró los ojos á todos los resplandores de las pompas humanas, y en medio de la licencia de las armas y del tumulto de la guerra no olvidó jamás á Dios, ni se apartó de la obediencia debida á su primer Señor. Este hombre, ligado en intereses con gente sin fe, sin equidad, avaros y usurpadores, ha conservado sus manos limpias de toda injusticia, y no ha querido jamás entrar en sus empresas criminales. Esta mujer, en medio de una familia de quien Dios apenas es conocido, no se ha relajado jamás en sus santas prácticas; y sin consideracion á los discursos que se le hacen, á las amarguras que ha tenido que devorar, á los desprecios que ha sufrido, no ha perdido jamás nada de su celo, ni disminuido nada de sus piadosas observancias. Ved aquí lo que les distingue en presencia de Dios; ved aquí lo que da á su fidelidad un carácter propio y un valor particular; ved aquí por qué recibirán este elogio tan glorioso de la boca de Jesucristo, y por qué él les dirá lo que dijo á sus Apóstoles: *Vos estis qui permansistis mecum in tentationibus.* (Luc. xxii). Mientras que los demás me han abandonado, han vendido mi causa, han ultrajado mi nombre, han violado mi ley, vosotros sois, fieles servidores, los que he hallado constantes en seguirme. Permanecer conmigo cuando nada hay que sufrir por mí, cuando nada os mueve á alejarnos de mí, cuando todo conspira á unir á mí los corazones, este es el efecto de una virtud comun; pero permanecer conmigo en la tentacion, permanecer cuando para ello es necesario alcanzar victorias, y victorias frecuentes, permanecer á pesar de los escándalos públicos, á pesar de las contradicciones y los obstáculos, á pesar de la costumbre y de todos los respetos humanos, en esto es en lo que conozco una fe viva, un afecto sólido, un amor puro, una perseverancia heroica, y para esto es tambien para lo que yo reservo todas mis recompensas: *Vos estis qui permansistis mecum in tentationibus.* ¿Lo habríais creído, cristianos, que los pecadores debiesen procurar á los justos tan grandes ventajas para su salvacion? Mas escuchad tambien cómo los justos deben contribuir por su parte á la salvacion de los pecadores. La Escritura en el profeta Daniel nos representa una disputa bien singular entre dos Ángeles. Esto no fue, como pensó el abate Ruperto, entre un ángel bueno y un ángel malo, sino, segun la interpretacion de todos los Padres con san Jerónimo, entre dos Ángeles buenos, que gozaban de la misma gloria y asistian ante el trono del Señor. El primero (este era el Ángel tutelar de la Judea) pide que los hebreos salgan cuanto antes de

la Persia, porque allí están en peligro de corromperse por el comercio con los babilonios idólatras; mas el Ángel protector de Babilonia ruega por el contrario que los judíos permanezcan allí, y que no dejen la Persia, porque pueden con su conversacion y sus ejemplos edificar los pueblos y convertirlos á la Religion del verdadero Dios. En efecto, tres reyes de aquel gran imperio habian renunciado ya al culto de los ídolos para adorar al Dios de Israel, como se refiere en el libro de Esdras. ¿Y qué significaba el combate de estos dos Ángeles? Dos voluntades en Dios, responde san Gregorio papa; que siendo solo condicionales, se concuerdan perfectamente por opuestas que parezcan: la una que obliga á los justos á huir de la sociedad de los pecadores, y esta es la que nos da á conocer la súplica de aquel Ángel que intercedia en favor de los judíos; la otra que manda á los justos cooperar á la salvacion de los pecadores mientras viven entre ellos, obligados por ciertos vínculos razonables, y esto es en cierto modo lo que el Ángel de Persia procuraba en favor de Babilonia. Y ved aquí, cristianos oyentes, la gran regla que debemos seguir. Dios no quiere que su presencia ni la nuestra sean inútiles á los impíos, sino que trabajemos para convertirlos. No puede dudarse que él les presta sus auxilios; y como no puede dejar de estar con los pecadores, jamás tampoco cesa de emplearse en la reforma de ellos. Él los invita con sus promesas, los obliga con sus beneficios, los estrecha con sus amenazas y los fuerza con sus castigos: su sabiduría, su bondad, su justicia, todas sus divinas perfecciones se ocupan en esto; y lo que debe sorprenderos es, que conociendo con anticipacion la condenacion futura é indefectible de muchos, se aplica sin embargo en favor de ellos con la misma asiduidad que si no previera su desgracia. Admirable conducta que nos sirve de ejemplo, y nos representa una de las principales obligaciones de los cristianos, y á veces la menos conocida. Mas así como debemos sacar provecho de los pecadores, debemos tambien, en cuanto dependa de nosotros, procurar el aprovechamiento de ellos. Deber general y deber particular. Prestadme atencion. Deber general que comprende sin distincion á todos los hombres, y que nos impone la ley de la caridad. No hay hombre alguno, dice el Espíritu Santo, á quien Dios no haya encargado la salvacion de su prójimo: *Unicuique mandavit de proximo suo.* (Eccli. xvii). ¿Y por qué? Porque no hay hombre alguno á quien Dios no haya mandado ejercer la caridad con su prójimo segun las necesidades y los tiempos. De aquí esa obli-

gacion rigurosa de socorrer al pobre en su miseria. Y si la caridad nos obliga á compadecer las miserias temporales del pobre, ¿cuánto mas fuertemente nos debe obligar á compadecer las miserias espirituales del pecador? Si en las necesidades en que solo se trata del cuerpo y de una vida mortal no podemos sin embargo abandonar á nuestro hermano sin perder la caridad de Dios con la del prójimo, ¿podremos conservar la una y la otra, y satisfacer á los dos, cuando por nuestra parte dejamos perecer sus almas rescatadas con la sangre de Jesucristo; cuando les rehusamos los socorros que no tendrán á no dárselos nosotros, y que podrian librarles de una muerte y una condenacion eterna; cuando no procuramos darles consejos, avisos, instrucciones y ejemplos que pudieran retraerles de sus extravíos y volverlos al camino de una dichosa inmortalidad? Porque entre estos pecadores, advierte san Agustin, hay algunos á quienes Dios ha predestinado para que sean un dia del número de sus amigos y de sus Santos.

21. Nosotros no los conocemos, ni ellos tampoco se conocen, porque estas dos ciudades del cielo y del infierno, de réprobos y elegidos, están tan mezcladas en la actualidad, que no podemos distinguirlos; y por esta razon es por lo que nuestra caridad debe ser universal, y nuestros cuidados deben extenderse á todos, á fin de cumplir los designios de Dios, y que aquellos en quienes quiere obrar, por nuestro ministerio, las maravillas de su gracia, no permanezcan sin asistencia y desprovistos de los medios de salvacion que él les habia preparado. Por esto es por lo que los Apóstoles exhortaban tanto á los fieles para que con su conducta edificasen á los idólatras y paganos. Por esto es por lo que san Pedro recomendaba tan expresamente á los buenos que se comportasen siempre de tal modo que los pecadores, testigos de su vida, se sintiesen animados á imitarlos, y á servir y glorificar á Dios: *Ut ex bonis operibus vos considerantes, glorificent Deum.* (I Petr. II). Mas ¿cuál es la fatal máxima por que se dejan conducir en este punto? Que cada uno se persuade cumplir con cuidar de sí mismo. Se dice como Caín cuando Dios le pidió cuenta de Abel: *Num custos fratris mei sum ego?* (Genes. IV): ¿soy yo el guarda de mi hermano? ¿Es á mí á quien corresponde velar sobre este ó aquel? ¿De qué autoridad estoy revestido, y qué otra cosa debo yo hacer que vivir bien, sin meterme á examinar cómo vive cada uno? Es cierto que hay que observar ciertas reglas de prudencia, y que no siempre es bueno querer como los siervos de aquel señor del Evangelio arrancar la

zizaña desde el momento en que se apercibe, y seguir los movimientos impetuosos de un celo precipitado, que no mira al tiempo ni á las circunstancias ; mas esta prudencia, loable cuando es bien empleada, degenera con frecuencia en una falsa sabiduría, en un temor lánguido, en un respeto todo mundano, en una indiferencia perezosa y en una criminal prevaricación. Deber particular y propio de ciertos estados. Vosotros me diréis : ¿ á quién toca corregir á un hijo vicioso y arrastrado por el fuego de las pasiones, sino á un padre sábio y vigilante ; á una hija pegada al mundo, y desgraciadamente mezclada en las intrigas mundanas, sino á una madre recta y cuidadosa ; á los criados entregados á las blasfemias y á los desórdenes, sino á un amo de quien dependen, y que tiene en su mano el poder para reprimir su libertinaje ? ¿ Á quién corresponde reformar los abusos que se introducen hasta en la Iglesia de Dios y entre el pueblo cristiano, sino á un ministro de Jesucristo ; limpiar una ciudad de los desórdenes que reinan en ella, sino á los magistrados ; arreglar y santificar una corte, sino al príncipe ? Mas ¿ dónde vemos este celo, y cómo lo autorizamos para los otros cuando no lo tenemos para nosotros mismos ? Lo que hay aquí de mas extraño, y lo que debe confundirnos, es que en cualquiera otra cosa, y sobre cualquier otro objeto que no sea este de que hablo, este celo de la correccion del prójimo no nos falta jamás. Solo se necesita la mas leve ocasion para ejercerlo hasta con violencia. Que este jóven no tenga cierta educacion segun el espíritu del siglo ; que esta jóven no sea bastante cuidadosa en sus movimientos, su aire y su porte ; que haya habido el mas ligero olvido ó cualquier desarreglo en el servicio de un doméstico, esto es bastante para hacer prorumpir en reprensiones las mas agrias y punzantes ; mas cuando solo se trata de su salvacion, ni se le corrige, ni apenas se toma el trabajo de pensar en ella. Deber aun todavía mas particular para los libertinos y los pecadores, cuando han tenido la dicha de reconocerse y de volver á un nuevo camino de penitencia. Porque si de alguna cosa deben conservar siempre el recuerdo, es de la injuria que hicieron á Dios deshonorándole con su pecado, y del tormento que han causado al prójimo con su escándalo. Este es un doble motivo que encendia todo el celo de David ; ¿ y qué cosa hay, mis amados oyentes, mas eficaz y poderosa para resucitar y animar el vuestro ? Si yo hubiera quitado á un hombre el bien que poseia y que le pertenecia, me condenaria á mí mismo á reparar el daño que habia causado. Si le hubiera arrebatado el honor, nada me dispensaria de darle la satis-

faccion conveniente. Si yo he profanado la majestad de mi Dios, si yo lo he ofendido, ¿qué deberé perdonar en adelante para restituirle su honor y dárselo todo entero? Yo he arrastrado á mi hermano, con mi mal ejemplo, á la mayor de todas las desgracias, que es el pecado; yo le he hecho perder el mas precioso de todos los bienes, que es la inocencia de su alma y la pureza de su conciencia; ¿qué no debo yo hacer para retirarle del abismo donde le he conducido y para curar las llagas de su corazon? Y si mis cuidados no pueden ya ser útiles á tal ó cual persona que he extraviado, porque no se hallan en estado de aprovecharse de ellos, ¿qué mayor motivo para compensar al menos la pérdida de ellos con la conquista de tantos otros que la ocasion puede presentarme? Pues hé aquí el modo, expresado en estas palabras del Real profeta, donde nos da á conocer lo que él hacia, y lo que, como él, debemos hacer nosotros: *Docebo iniquos vias tuas, et impii ad te convertentur.* (Psalm. L.). No, Señor, escribia este Rey penitente, no es bastante que yo vuelva á Vos; yo quiero tambien hacer volver conmigo á los pecadores. Yo les enseñaré vuestros caminos, y trataré de ganarlos con mis palabras y con mi ejemplo. Yo no os he deshonrado solamente por mí mismo ¡oh Dios mio! sino por todos aquellos que mi ejemplo ha arrastrado ó confirmado en su iniquidad. Yo procuraré glorificaros trabajando no solamente para mí mismo, sino para instruir á los pecadores, para corregirlos y para convertirlos. Para esto, Señor, habrá que tomar precauciones, que buscar la oportunidad, que vencer los obstáculos; mas de cuantas dificultades pueda haber, nada me acobardará, nada apagará mi ardor, porque yo sé que os debo esta reparacion por la gloria que os he quitado y por tantas almas como he pervertido: *Docebo iniquos vias tuas, et impii ad te convertentur.* Poseeos, cristianos, de este sentimiento. La zizaña entonces se cambiará para vosotros en buen grano; el trato que tengais con los pecadores, siendo provechoso para ellos, lo será tambien para vosotros; vosotros salvaréis á vuestros hermanos, y os salvaréis al mismo tiempo con ellos; vosotros acumularéis tesoros de gracia para esta vida, y mereceréis en la otra la eterna bienaventuranza, que os deseo á todos. Amen.

SERMON

SOBRE LA OCIOSIDAD.

Circa undecimam vero diei invenit alios stantes, et dixit illis: Quid hic statis tota die otiosi? (Matth. XI).

Siendo cerca de la hora undécima, halló á otros que estaban allí, y les dijo: ¿Por qué permanecéis aquí todo el día ociosos?

1. ¿Es una reconvencion la que el padre de familias hace á los operarios del Evangelio de hoy, ó es una invitacion? Es lo uno y lo otro. Él les reconviene por su ociosidad, y les invita al trabajo: *Quid statis tota die otiosi?* ¿Por qué permanecéis aquí sin hacer nada? Ved aquí la reconvencion. *Ite et vos in vineam meam*: id á trabajar á mi viña. Ved aquí la invitacion. Pero en el sentido literal ¿á quien se dirigen esta invitacion y esta reconvencion? Á mí, que os hablo, mis amados oyentes, y á vosotros que me escucháis. Porque, segun notan los intérpretes, las parábolas como esta no tienen otro sentido literal que aquel á que se las ha aplicado; y es cierto que al pronunciar Jesucristo las palabras de mi texto: *Quid hic statis tota die otiosi*, ha querido apropiárnoslas, pues de otro modo las habria dicho sin objeto alguno, lo cual repugna á su sabiduría. No busquemos, pues, otra materia para este discurso. El Hijo de Dios nos habla como maestro; escuchémosle con respeto. Él nos reprende el desórden de nuestra ociosidad; reconozcámoslo, y procuremos corregirnos. Él nos invita al trabajo; no renunciemos á las ventajosas condiciones que nos ofrece, y miremos esta materia como una de las mas importantes que he tratado hasta ahora. La ociosidad no se reputa en el mundo por un pecado muy grave; pero lo es delante de Dios, y de esto voy á tratar de convenceros en este dia, despues que hayamos implorado los auxilios del cielo y saludado á María, diciéndola con el Ángel: *Ave María*.

2. Además de esa justicia rigurosa que los teólogos llaman conmutativa, y que no la admiten en Dios con respecto á los hombres, porque Dios no les debe ni les puede deber nada, hay otras tres especies de justicia de que Dios es capaz con respecto á nosotros, y

que léjos de perjudicar á su grandeza son otras tantas perfecciones de su ser: justicia vindicativa, justicia legal, y justicia distributiva. Justicia vindicativa, que castiga el pecado; justicia legal, que no se distingue de su providencia, á quien pertenece gobernar los Estados del mundo; en fin, justicia distributiva, que distribuye las recompensas segun los méritos. Yo no hablaré de esta tercera justicia para no abrazar una materia tan extensa; limitándome, por consiguiente, á las otras dos, que imponen al hombre una obligacion indispensable de trabajar. Porque la justicia vindicativa de Dios repara el pecado del hombre por el trabajo, y por el trabajo es tambien por lo que la justicia legal que hay en Dios conserva todos los estados y todas las condiciones del mundo. La ociosidad, pues, que se opone directamente á esta justicia, es un desórden: ved aquí todo el plan de mi discurso. Yo sostengo que dos cosas nos obligan al trabajo, y condenan nuestra ociosidad como uno de los mayores obstáculos para la salvacion: el pecado y nuestra condicion particular. Nosotros nacemos todos en pecado y vivimos en una condicion determinada: de aquí deduzco yo que todos estamos sujetos al trabajo, ya en cualidad de pecadores, y esta es la primera parte; y ya tambien en cualidad de hombres sujetos, por razon de estado, á cierto género de vida, y esta es la segunda parte. Tanto la una como la otra os descubrirán verdades que tal vez habeis ignorado hasta el presente, y cuyo conocimiento os es absolutamente necesario. Principiemos.

Primera parte.

3. Para convencerse de que la ociosidad es un desórden que nos hace criminales ante Dios no se necesita mas, cristianos, que considerar nuestro origen y lo que somos. Nosotros somos pecadores, y, como dice la Escritura, todos hemos sido concebidos en la iniquidad; es cierto, pues, que todos hemos contraido al nacer una obligacion particular que nos sujeta al trabajo. Esta consecuencia es evidente segun las reglas de la fe; y ¿por qué? Porque la fe nos enseña que Dios ha impuesto el trabajo al hombre como una pena de su desobediencia y de su rebelion. Pena, dicen los teólogos, que respecto á nosotros es al mismo tiempo satisfactoria y preservativa. Satisfactoria, para expiar el pecado cometido, y preservativa, para impedirnos que lo cometamos. Satisfactoria, porque hemos sido prevaricadores, y preservativa, para que cesemos de serlo. Satis-

factoria, como un medio de reparacion para con la justicia de Dios, y preservativa, para servir de remedio á nuestra flaqueza. Tú has quebrantado un precepto, dijo Dios al primer hombre, y yo te condeno á llevar el yugo de una vida servil y laboriosa. La tierra no te producirá sus frutos sino á fuerza de trabajos. En vez de producirte ella frutos deliciosos, solo comerás un pan de dolor, es decir, un pan que será empapado en el sudor de tu rostro antes de que pueda servirte de alimento : *In sudore vultus tui vesceris pane tuo.* (Genes. III). Ved aquí, cristiano auditorio, la primera ley que Dios estableció en el mundo en el momento que el hombre pecó, y esta ley es la que hace un crimen de nuestra ociosidad.

4. Notad aquí la diferencia que san Agustin ha marcado entre tres clases de trabajos : el de Dios en la naturaleza, el de Adan en el estado de gracia y de inocencia, y el de todos los hombres en el estado de la naturaleza corrompida : esto es digno de vuestra atencion ; Dios, dice san Agustin, obra incesantemente en sí mismo y fuera de sí mismo : *Pater meus usque modo operatur.* (Joan. V). Adan se ocupaba en el paraíso terrenal, pues que segun leemos fue puesto en él para que lo cultivase con sus manos : *Posuit eum in paradiso, ut operaretur.* (Genes. II). Y el hombre pecador, desde los primeros años de su vida se encuentra reducido á sufrir mil fatigas : *Pauper sum et in laboribus à juventute mea.* (Psalm. LXXXVII). Ved aquí tres especies de trabajos cuyas cualidades son bien opuestas. Porque si Dios obra en el universo, esto no lo hace por una obligacion de necesidad, sino por un movimiento de su bondad, para comunicarse y dar el ser á las criaturas. Si Adan cultivaba el paraíso terrenal, no lo hacia por castigo, sino por eleccion, para ocupar el espíritu con el ejercicio de su cuerpo. Mas cuando el hombre, segun la expresion del Profeta rey, se ejercita actualmente en el trabajo, esto lo hace por un precepto riguroso que está obligado á cumplir, y del cual no le es permitido dispensarse. La accion de Dios en la naturaleza es una prueba de su poder ; la ocupacion de Adan en el paraíso terrenal era una prueba de su virtud ; mas la sujecion del pecador al trabajo está arreglada, hablando con el Apóstol, á lo que debe por su pecado : *Stipendium peccati.* (Rom. VI). De aquí resulta, por una série de efectos proporcionados á esta diversidad de principios, que así como Dios produciendo y criando el mundo se honraba con su obra, y así como Adan encontraba en la suya la dulzura y el placer, el pecador por el contrario se siente humillado y mortificado con su trabajo ; y todo esto sucede, con-

cluye el santo Doctor, porque Dios en la creacion ha obrado como Soberano y como Señor : Adan trabajaba en el paraíso, donde Dios lo puso, como un doméstico y como un liberto ; mas el hombre, en su estado de desgracia, solo trabaja como un criminal y como un esclavo. Esta es la excelente idea de san Agustin para desenvolver la verdad que os predico, y para hacernos comprender la importancia de este deber.

5. Pero recapacitemos. Se trata aquí de saber si cuando Dios pronunció contra el primer hombre esta maldicion : *In sudore vultus tui vesceris pane*, tú no vivirás en adelante sino del fruto de tus fatigas; si por estas palabras, repito, quiso Dios hacer una ley general que comprendiese á toda la posteridad de Adan, ó si exceptuó á ciertas condiciones y á ciertos estados del mundo; si usó de gracia para con unos, mientras que procedió rigurosamente para con otros; si destinó los grandes y los ricos á la dulzura y al reposo, y los pobres á la miseria y á la servidumbre; si él dijo á estos: vosotros regaréis la tierra con vuestro sudor; y á aquellos: vosotros no probaréis mas que delicias. Yo os pregunto, cristianos, ¿ hizo Dios entonces esta distincion? ¡Ay! hermanos míos, responde san Juan Crisóstomo, jamás pensó él esto; y su justicia, que es incapaz de hacer otra distincion entre los hombres que la de inocentes y pecadores, estuvo muy léjos de tener respeto alguno al nacimiento ni á la fortuna para arreglar á esto los destinos y las suertes. No, cristianos, Dios no concedió á los ricos privilegio alguno para eximirlos de esta obligacion. Como el pecado era comun á todos, quiso él que todos participasen de esta maldicion; y esto es lo que el Espíritu Santo nos dice claramente en el capítulo XL del Eclesiástico: *Occupatio magna creata est omnibus hominibus* (Eccli. XL): esta ley del trabajo se hizo para todos los hombres; y esta ley, añade el sagrado texto, es un yugo pesado y humillante para los hijos de Adan: *Et jugum grave super filios Adæ*. (Ibid.). Mas ¿ para cuáles hijos de Adan? No olvideis esto: *A residente super sedem gloriosam, usque ad humiliatum in terra et in cinere*. (Ibid.). Desde aquel que se sienta sobre el trono, hasta el que se arrastra sobre el polvo: *Et ab eo qui portat coronam, usque ad eum qui operitur lino crudo* (Ibid.): desde aquellos que ciñen la corona y la púrpura, hasta los que se ven reducidos por su pobreza á vestir lo mas groseramente. Ved aquí la extension de la sentencia, ó mas bien del anatema que Dios fulminó; en cuya virtud todo hombre cristiano debe someterse á emplear su vida en el trabajo. Aun cuando sea príncipe ó rey, es pecador; y debe por

consiguiente someterse á la pena que el Criador le ha impuesto. Por esto es por lo que Tertuliano dice (esta reflexion es muy bella) que inmediatamente que el hombre pecó Dios le hizo un vestido de pieles: *Fecit quoque Dominus Adæ tunicas pelliceas.* (Genes. III). ¿Para qué era este vestido? Para significarle que al pecar se degradó á sí mismo, y descendió de la libertad de los hijos de Dios á una esclavitud vergonzosa y trabajosa. Porque la túnica de pieles, prosigue Tertuliano, era propia de los que estaban condenados á trabajar en las minas; y Dios se la dió á Adán para que considerase su vida como un trabajo continuo.

6. Ved aquí, amados oyentes, lo que debe hacer todo cristiano: trabajar como esclavo de Dios, es decir, no por capricho y por antojo, como aquel filósofo de quien habla Minucio Félix, que no tenía otra regla en sus ocupaciones y en su reposo que el genio y la pasión que le dominaba: *Qui ad nutum assidentis sibi dæmonis, vel declinabat negotia, vel appetebat* (Minut. Felix); este era Sócrates. Porque el cristiano, obrando por un principio totalmente opuesto, trabaja por espíritu de penitencia y con el objeto de satisfacer á Dios, porque sabe muy bien que esta es la primera pena de su pecado. ¿Qué hacemos, pues, cuando en perjuicio de este deber nos abandonamos á una vida relajada y ociosa? ¿Quereis saberlo? Nosotros nos levantamos contra Dios, tratamos de sacudir el yugo que su justicia y su providencia nos han impuesto; hacemos como aquellos orgullosos, cuyo carácter expresa tan bien el real Profeta, cuando dice que estando mezclados en todas las injusticias y en todos los crímenes de los hombres, no quieren, sin embargo, tomar parte en los trabajos de los hombres, y que siendo los mas atrevidos en emanciparse de la obediencia que deben á Dios, no dejan por esto de ser los mas fieros é indóciles cuando se trata de someterse á los castigos de Dios: *In labore hominum non sunt, et cum hominibus non flagellabuntur; ideo tenuit eos superbia.* (Psalm. LXXII). Porque es necesario que noteis una cosa bien singular en el modo de obrar de Dios: esta sujecion al trabajo es de tal modo la pena de nuestro pecado, que es necesario para aplacar á Dios que nosotros mismos seamos los ejecutores de esta pena. En la justicia de los hombres no sucede así: jamás se obliga á un criminal á ejecutar él mismo su sentencia; con tal que la sufra, se juzga que ha cumplido con cuanto puede exigirse de él; mas Dios, que tiene un dominio superior y absoluto sobre nosotros, para que la reparacion del pecado sea mas exacta y mas completa, quiere que nosotros nos encargue-

mos voluntariamente de la comision de castigarlo, y que le sirvamos de ministros para cumplir en nosotros mismos y contra nosotros mismos sus mas severos juicios; y esto es lo que se hace por la penitencia, de que san Gregorio, papa, no teme decir que la asiduidad del trabajo es la parte mas indispensable.

7. ¿Y á qué se reduce en último resultado el desórden de la vida viciosa? Se reduce, responde san Ambrosio, á una segunda rebellion de la criatura contra su Dios. La primera consistió en la transgresion y violacion de la ley, y la segunda consiste en la fuga del trabajo. Por la primera dijo el hombre: *Non serviam* (Jerem. 11): No obedeceré; y por la segunda ha añadido: yo no sufriré la pena de mi desobediencia. Sucumbiendo á su apetito desordenado, despreció á Dios como soberano; y pasando su vida en la ociosidad, le desprecia como juez. ¿Habíais vosotros creído, amados oyentes, que este pecado era tan grave? Pues ved aquí, sin embargo, lo que se puede llamar en el dia de hoy el pecado del mundo, pues este es el pecado de un número infinito de personas que solo están en el mundo (ved si me explico con exactitud), que solo están, al parecer, en el mundo para recibir el tributo del trabajo ajeno sin pagar jamás el suyo, que no tienen en su estado otro empleo que gozar de las comodidades, de las delicias y dulzuras de la vida, cuyo mayor cuidado y mas importante obligacion es pasar el tiempo en divertirse continuamente, ó, mas bien, que á fuerza de divertirse no se divierten ya; pues que segun la máxima de Casiodoro la diversion supone una aplicacion honesta, lo cual ellos no conocen; finalmente, de quienes puede decirse: *In labore hominum non sunt*, porque parece al verlos que la ley no se ha dado para ellos, y que no se hallan comprendidos en la masa comun del género humano.

8. Hasta aquí hemos hablado en general, mas para edificacion de vuestras costumbres, y para haceros útil este discurso, entrarémos ahora en pormenores. Un hombre de mundo, tal como en la confusion de nuestro siglo le vemos diariamente; un hombre de mundo, cuya vida por una miserable costumbre está cercada de placer ó de tédio; que pasa sus dias en frívolos pasatiempos, en informarse de lo que se dice, en censurar lo que se hace, en correr tras los espectáculos, en gozar de las concurrencias, en alabarse de lo que no es, en continuas bromas, sin decir ni hacer jamás cosa alguna seria; un cristiano reducido á no tener otra ocupacion mas ordinaria y constante que el juego, es decir, que no usa el juego como una recreacion del espíritu, de que tiene necesidad para dis-

traerse, sino como un empleo obligatorio, y que es la calma de su ociosidad; un cristiano desconcertado y cansado de sí mismo cuando no goza, que no sabe qué hará ni qué le sucederá cuando una tertulia ó una partida de juego le falta; y, si me es permitido explicarme así, que no goza para vivir, sino que vive para gozar; una mujer cristiana, toda aplicada al exterior de su persona, que no tiene mas ocupacion que mirarse al espejo, estudiar las modas y adornar su cuerpo; que descuidando sus propias obligaciones está siempre pronta á mezclarse en las de otros; que sin entender de nada habla de todo; que no instruyéndose en lo que es necesario hace todo lo que no es necesario; que cree haber cumplido con su obligacion yendo de visita en visita, recibíéndolas hoy y pagándolas mañana; que se forma una obligacion de sostener con cartas frívolas muchas correspondencias supérfluas y aun sospechosas y peligrosas, y que á la hora de la muerte no podrá dar á Dios otra cuenta de sus acciones que esta: yo he amado al mundo, y he obrado segun el mundo; este hombre, en fin, y esta mujer ¿podrán persuadirse que todo esto sea conforme al orden de justicia que Dios ha establecido entre nosotros en cualidad de pecadores? ¿Puede haber alguna cosa mas opuesta á las ideas que Jesucristo nos ha dado de nuestra condicion, que esta costumbre ociosa y esta vida de placer? Aun cuando el hombre nada tuviera de cristiano, y juzgase de todo esto segun las luces de su razon, no podría aprobarlo; y si en el tribunal de su razon pura se ve obligado á condenarlo, ¿cuál creéis que será la sentencia que Dios pronuncie? Se pregunta si en esto puede interesarse verdaderamente la salvacion. ¿Y quién lo duda, cristianos? ¿En qué cosa se interesará ella, si no se interesa en la profanacion de la cosa mas preciosa que hay en el mundo, que es el tiempo, y el tiempo de la penitencia? Pues bien, ¿qué mayor profanacion puede concebirse que el modo como viven hoy las personas de que hablo? Si, en consecuencia de nuestros principios, una palabra ociosa debe ser condenada, ¿qué será de una vida toda entera, donde nada encontrará Dios que no sea inútil? Pero el mundo no piensa de este modo, y este desórden de la ociosidad, que yo condeno, no se cuenta en él como una cosa de que debemos arrepentirnos delante de Dios. ¿No es esto cierto, cristianos? Mas poco importa lo que el mundo piensa y juzga, cuando el Hijo de Dios nos ha enseñado lo que debemos nosotros juzgar; hay otras varias acciones que pasan desapercibidas en el mundo, y cuya discusion no será menos terrible en el juicio de Dios. Á mí me consta que

existen algunas personas tan ciegas, que pretenden poner de acuerdo esta vida ociosa con la devocion y la piedad; pero tambien sé que Dios, cuyos juicios son infalibles, sabrá muy bien confundir esta falsa devocion, oponiéndole las reglas de la sólida y de la verdadera.

9. Mas yo soy rico, decís vosotros, ¿y por qué he de sujetarme al trabajo cuando tengo mas que suficiente para vivir? ¿Por qué, mis amados oyentes? Porque todos los bienes del mundo no pueden sustraeros á la maldicion del pecado, porque en la suerte favorable que os ha tocado por disposicion de la Providencia en la distribucion de los bienes de este mundo ha supuesto Dios la ejecucion de su sentencia; porque Dios al daros estos bienes no ha tenido intencion de derogar sus derechos; y cuando vosotros decís yo tengo bienes, luego no debo trabajar, discurris tan mal como si dijerais yo tengo bienes, luego no debo morirme; porque la obligacion de trabajar y la necesidad de morir tienen el mismo lugar en los decretos de Dios. ¿No sabeis vosotros lo que se le respondió al rico del Evangelio? Él habia trabajado mucho por adquirirse una gran abundancia de cuanto podia desear, y viéndose al fin colmado de riquezas, decia: descansemos ahora, porque héme aquí viviendo á mi placer por muchos años: *Anima, habes multa bona posita in annos plurimos, requiesce.* (Luc. xii). Mas ¿cómo le trató Dios? De insensato: *stulte*, haciéndole entender que para el hombre no hay sobre la tierra mas que una de dos cosas que escoger, ó el trabajo ó la muerte; y que supuesto que renunciaba á la primera, era necesario que se resolviera á la segunda, y á morir en la noche próxima: *Hac nocte animam tuam repetent à te.* (Ibid.).

10. Mas yo estoy en un estado ó en una elevacion donde el trabajo no me conviene. ¿Qué consecuencia tan absurda! Porque seais grande segun el mundo, ¿sois por ventura menos pecador? ¿Acaso el brillo de vuestra dignidad ha lavado la mancha de vuestro origen? ¿Es vuestra dignidad mas alta que la de los pontífices y la de los soberanos? Pues escuchad cómo hablaba en otro tiempo san Bernardo á un gran pontífice instruyéndole en esta materia. Santísimo Padre, le decia con un celo respetuoso, yo os conjuro que mediteis con frecuencia lo que sois, y que considereis no lo que habeis sido hecho, sino lo que habeis nacido: *Non quod factus, sed quod natus es.* (Bern.). Vos habeis sido hecho pontífice, pero habeis nacido pecador; ¿cuál de estas dos cosas debe moveros mas? ¿No es la consideracion de lo que sois por vuestro nacimiento? Apartad, pues, ese aparato de majestad que os rodea; apartad vuestros ojos de esa

púrpura que cubre vuestra bajeza y que no puede curar vuestras llagas: *Tolle velamen foliorum celantium ignominiam tuam: non plagas curantium.* (Id.). Contemplaos á vos mismo, y pensad en que habeis salido desnudo del seno de vuestra madre. Porque si apartais de vuestra vista todos esos falsos resplandores de gloria que deslumbran á los hombres, ¿qué encontraréis en vos mismo sino un hombre pobre y miserable, sufriendo por el hecho de ser hombre, porque es al mismo tiempo pecador, llorando por el hecho de haber nacido, porque viene al mundo á la manera de un rebelde sujeto á una dura esclavitud? *Occurret tibi homo pauper et miserabilis, dolens quod homo sit, plorans quod natus sit.* (Id.). En fin, un hombre nacido para el trabajo y no para el honor: *Homo denique natus ad laborem, non ad honorem.* Ved aquí, Santísimo Padre, lo que sois, esto es, lo que principalmente sois: *Hoc est certe quod maxime es.* (Id.). Porque todo lo demás solo es accesorio, y es necesario que lo accesorio se conforme á lo principal. Pues sobre este principal, quiero decir, sobre la cualidad de pecadores, es sobre lo que se funda, lo mismo para los grandes que para los pequeños, la obligacion indispensable de una vida activa y laboriosa.

11. Mas una vida tal es enojosa. Y qué, amados oyentes, ¿es esta una razon que podeis alegar contra un deber tan esencial como este? Si yo tratara esta materia filosóficamente, podria responderos que un trabajo moderado, y que la costumbre os haria agradable, os serviria de preservativo contra el tédio. Mas yo hablo como predicador cristiano; y dado por supuesto ese tédio que vosotros temeis, os digo que ese mismo tédio será para vosotros una penitencia, penitencia que os debe ser tanto mas llevadera, cuanto que es la única que haceis en vuestro estado. Vosotros os molestaréis por Dios, y para satisfacer á Dios, para reparar todos los placeres criminales que habeis disfrutado en contra de la ley de Dios. Preciosa molestia, pues que Dios la agradecerá, y agradeciéndola sabrá indemnizaros de ella. Entre tanto, cristianos, admirad la bondad de Dios, que resplandece aun en el acto de castigar á los hombres. Esta obligacion de trabajar, que os he presentado como una satisfaccion debida por el pecado, es tambien, segun la teología de todos los Padres, su preservativo y su remedio. ¡Cuánta es la misericordia de Dios sobre nosotros en hacer que encontremos en los castigos mismos de su justicia nuestro provecho y nuestra seguridad! Sí, hermanos mios, el gran preservativo contra el desarreglo de nuestras pasiones y los desórdenes del pecado es la aplicacion á un tra-

bajo constante y asiduo; y en vano me esforzaria en persuadiros de esta verdad, siendo ella evidente por sí misma. Aunque el Espíritu Santo no lo hubiera dicho, la experiencia sola justificaria que la ociosidad es madre de todos los crímenes, que ella es la que los enseña al hombre, la que le da sus lecciones, la que le sugiere sus designios, y prepara el espíritu para inventar los medios de ejecucion: todo esto se comprende en esta bella expresion del Eclesiástico: *Multam enim malitiam docuit otiositas.* (Eccli. xxxiii).

12. En efecto, dice san Agustin parafraseando este pasaje en el excelente sermón que dirigió á los religiosos de su Orden para inspirarles amor al trabajo, y para hacerles conocer las funestas consecuencias de la vida ociosa, prestadme atencion, hermanos míos, y para convencerlos recorred los ejemplos convincentes que la Escritura nos presenta. ¿Cuál fue la causa de que los israelitas, tan amantes de su ley y tan celosos por la verdadera Religion, aprendiesen á ser idólatras? ¿Se creeria, si san Pablo no lo dijese en términos claros, que fue una consecuencia desgraciada de la ociosidad que les condujo al extremo de abandonarse á las fiestas profanas y á juegos excesivos, en tanto que su legislador Moisés estaba en conferencia con Dios? *Sedit populus manducare et bibere, et surrexerunt ludere.* (I Cor. x). Preguntad al Profeta de qué modo Sodoma se hizo tan sábia en las abominaciones desconocidas hasta entonces, y no os responderá otra cosa sino que la ociosidad de esta ciudad reprobada fue el origen de su iniquidad. Y decidme, añade san Agustin, mientras que David estuvo ocupado en las fatigas de la guerra ¿sentía acaso los estímulos de la concupiscencia y de la carne? ¿Y cuándo fue cuando concibió en su corazón los adulterios y los homicidios? ¿No sucedió esto, segun el texto sagrado, cuando él permaneció en Jerusalem mientras los demás estaban en campaña? ¿Qué fue lo que causó la ruina de Sansón? ¿Fue acaso otra la causa que la vida ociosa y afeminada en que permaneció por complacer á una extranjera? ¿Pudo este héroe del pueblo de Dios ser sorprendido jamás mientras estuvo en la guerra con sus enemigos? Salomon, el mas sábio de los príncipes, ¿sucumbió acaso en los primeros años de su reinado, mientras trabajaba con infatigable celo y dirigia toda su atencion á la construccion del templo? ¿Sucumbió entonces acaso á la ciega pasión que le infatuó despues hasta el punto de hacerle adorar los dioses de sus concubinas? ¿No principió, por el contrario, á dejarse corromper por el deleite en el momento en que dió fin á sus trabajos y se vió en el profundo reposo? ¡Ay! hermanos míos, con-

cluye san Agustin, nosotros no tenemos una virtud mas segura ni mas sólida que estos grandes hombres; nosotros no somos mas santos que David, ni mas sábios que Salomon, ni mas fuertes que Sanson; ni viviendo como vivimos en el retiro debemos temer menos que ellos los desórdenes de la ociosidad. Así es como él se explicaba á los solitarios de su regla.

13. Mas á propósito de solitarios (esta reflexion es del santo obispo de Génova, Francisco de Sales), ¿por qué pensais, cristianos, que en los monasterios de Egipto, donde vivian los hombres como Ángeles, y donde el don de la contemplacion era una de las gracias mas comunes, se conservaba no obstante el trabajo de manos con una disciplina tan exacta, como sabemos por Casiano y san Jerónimo? ¿Era acaso porque el trabajo de manos estaba unido á la profesion de estos hombres de Dios? Juzgar de esta suerte seria degradarla. ¿Les era acaso necesaria para su subsistencia? No, porque la caridad de los fieles que estaba en todo su fervor les proveia abundantemente. Pues ¿por qué trabajaban? Lo hacian, responde san Jerónimo, no por los cuidados del cuerpo, sino por la salvacion del alma: *Non propter corporis necessitatem, sed animæ salutem* (Hieron.); porque sabian muy bien que por grande que fuera la perfeccion que hubieran adquirido, les era imposible contemplar continuamente las cosas divinas; y porque estaban persuadidos además que de permanecer un momento sin contemplacion y sin accion hubieran estado expuestos á las tentaciones. Ved aquí por qué, dice Casiano, la gran máxima recibida entre ellos era que un solitario laborioso debía conservarse siempre inocente, porque no era tentado mas que por un demonio solo; en vez de que un perezoso y sin ocupacion se veia frecuentemente, como el miserable del Evangelio, poseido por una legion entera: *Operatorem monachum demone uno pulsari, otiosum spiritibus innumeris devastari.* (Cassian.). Sobre lo cual debeis vosotros, amados oyentes, razonar con vosotros mismos de este modo: Estos hombres tan retirados del mundo, y tan elevados sobre las flaquezas de la naturaleza, creian que un trabajo moderado les era necesario para perseverar en estado de gracia; y yo, que soy un pecador lleno de miserias, que vivo en la disipacion y en la ociosidad, me considero seguro de conseguir mi salvacion; ¡qué orgullo y qué presuncion! Ellos eran cristianos perfectos, de una conversacion toda celestial; que, para triunfar de los vicios, contaban con muchos auxilios que yo no tengo; porque la soledad les servia de atrincheramiento, la Religion les prestaba sus

armas, el ayuno los fortificaba, la austeridad les hacia terribles á las potestades del infierno, y sin embargo ellos se consideraban como vencidos desde el momento en que sentian relajarse en sus observancias laboriosas; tan seguros estaban de que la ociosidad era seguida infaliblemente de una multitud innumerable de pecados. ¿Y qué deberé yo esperar, yo que no tengo ninguno de estos auxilios, yo que vivo en medio del mundo como en un país descubierto á todos los ataques del demonio, yo que velo tan poco sobre mis sentidos? ¿Qué puedo prometerme, si además de esto abro á mi enemigo la puerta mas ancha del pecado, que es la ociosidad voluntaria? ¿No es esto obrar de concierto con él y entregarle mi alma?

14. Ved aquí, hermanos míos, decia san Ambrosio, lo que enerva hoy en nosotros la fuerza y el vigor del espíritu cristiano. En medio de las persecuciones se sostuvo el Cristianismo, y parece increíble cuánto contribuyeron los trabajos y las fatigas que entonces sufrió á su acrecentamiento y á su estabilidad. Pero al presente, añadía este santo Obispo, la paz nos corrompe, la dulzura del reposo debilita nuestra fe, y la relajacion de una vida inútil causa todos nuestros escándalos; y sucede por un efecto tan sorprendente como deplorable que los que no han podido ser vencidos por la violencia de los suplicios lo son vergonzosamente por el desorden de la ociosidad: *Nunc tentant otia, quos bella non fregerunt.* (Ambr.). Palabras que convendrían á nuestro siglo mucho mejor que al de san Ambrosio. Porque, decimos la verdad, si hay inocencia en el mundo, ¿dónde se encuentra sino en las clases donde se observa inviolablemente la ley del trabajo? Entre los grandes, los nobles y los ricos, es decir, entre aquellos que gozan de una vida regalada y ociosa, no busqueis la verdadera piedad ni penseis encontrar la pureza de las costumbres; no es allí donde ella habita, dice el patriarca Job: *Non invenitur in terra suaviter viventium.* (Job, xxviii.). ¿Dónde, pues, se la podrá encontrar? ¿Acaso en las cabañas de una pobreza holgazana, que no tiene otra ocupacion que la mendicidad? No, cristianos, la ociosidad pierde á estos del mismo modo que á los ricos, y esta clase de pobres que Jesucristo no reconoce está igualmente sujeta al libertinaje. ¿Dónde, pues, se encierra la inocencia? Ya os lo he dicho, en esas clases medias que subsisten por el trabajo, en esas condiciones menos brillantes, pero mas seguras con respecto á la salvacion; de mercaderes, por ejemplo, ocupados en el cuidado de una negociacion justa, de artesanos que cuentan los dias por las obras de sus manos, de sirvientes que cumplen á la

letra este precepto divino : Comerás de tu trabajo: *In laboribus comedes* ; aquí , pues , es donde se encuentra la inocencia , porque aquí no habita la ociosidad.

15. Concluyamos, mis amados oyentes, esta primera parte por el aviso importante que daba san Jerónimo á uno de sus discípulos: *Facito semper aliquid, ut te Deus aut diabolus inveniat occupatum.* (Hier.). Haz siempre alguna cosa para que Dios ó el demonio siempre te encuentre ocupado. Si el demonio te encuentra ocupado, no se atreverá á tentarte; y si Dios te encuentra aplicado al trabajo, no tendrá cosa alguna por que castigarte. Sin esto te haces criminal, porque faltas á un deber que te impone, no solo la cualidad de pecador, sino tambien la cualidad de hombre, sujeto en el mundo á una condicion particular, como os lo haré ver en la

Segunda parte.

16. Es una verdad incontestable, cristianos, que todas las condiciones en el mundo están sujetas á ciertos deberes, cuyo cumplimiento exige un trabajo y una molestia; y es otra verdad, que no por ser poco conocida es menos cierta, que cuanto mas elevada es una condicion, tantas mas obligaciones tiene, las que es imposible cumplir sin una aplicacion constante y asidua. Comprended bien esta moral, que os parecerá, del modo que os la voy á explicar, muy conforme á la santidad y á la sabiduría del Cristianismo. Yo afirmo que todas las condiciones del mundo están sujetas á obligaciones enojosas, y el doctor angélico santo Tomás da la razon de ello. Porque no hay ninguna, dice, cuya perfeccion no esté unida á una regla fija, á una conducta igual, que es necesario observar, á cierto modo de obrar, del que no se permite dispensarse. Pues bien, todo lo que tiene este carácter es un trabajo para el hombre; y las mismas cosas que le eran antes agradables, le fatigan desde el momento en que se le hace de ellas una ley y un deber.

17. Veréis, añade santo Tomás, la prueba de esta máxima en una induccion particular. Si considerais la diferencia de edades, veréis que así como los viejos están encargados en la sociedad de la direccion de los negocios, así la ejecucion de ellos se encarga á los jóvenes. Así como á aquellos toca dirigir y gobernar, la obligacion de estos es instruirse y formarse; y san Agustin tenia dificultad en decidir cuál de las dos tenia una sujecion mas molesta. Si considerais

la diversidad de sexos, veréis que así como la administracion de justicia y los oficios militares es de la incumbencia del hombre, los cuidados domésticos están reservados á las mujeres por una disposicion de Dios; y si mirais con desprecio este empleo, es porque desconoceis su importancia y su dificultad. Porque Salomon, que sabia mas que nosotros, y el mismo Espíritu Santo, que no habla con exageracion, buscaba para ejercerlos dignamente una mujer fuerte: *Mulierem fortem quis inveniet* (Prov. xxxi)? y la alababa por la asiduidad con que los cumplia, como por una cosa heroica: *Manum suam misit ad fortia, et digiti ejus apprehenderunt fenum.* (Ibid.). Si quereis contraeros á las distinciones de la naturaleza y de la fortuna, así como los pequeños por necesidad deben trabajar para los grandes, así los grandes por justicia y por caridad deben trabajar para los pequeños; como los ricos están en posesion de gozar del trabajo de los pobres, así los pobres tienen el derecho de aprovecharse del trabajo de los ricos. Ved aquí, pues, para todos los estados del mundo una ley universal, pero proporcionada á la naturaleza de cada uno; porque cada uno de los que he nombrado tiene sus obligaciones particulares. Los reyes están obligados á una clase de trabajo, y no á otra; la ocupacion de un juez es diferente de la de un artesano; mas la ley de ocuparse en el trabajo es comun á todos, y no existe uno solo á quien el deber de su estado no sujete al trabajo. Aun digo mas; y es que á medida que una condicion es mas elevada, está mas sujeta á estos deberes, que no se pueden cumplir sin una aplicacion asidua y constante; y por esto es necesario que os desengañeis de las falsas ideas que teneis de las cosas y de un error pernicioso en que el mundo os ha tenido tal vez hasta ahora. Porque el grande error del mundo consiste en creer que la elevacion, el rango y la dignidad son otros tantos derechos adquiridos para gozar del descanso y las dulzuras de la vida. Mas la fe nos dice todo lo contrario, y la razon es, que cuanto mas elevada es una condicion, tanto mayores son las obligaciones que tiene que cumplir. Esto sucede lo mismo en el órden político y religioso que en el de la naturaleza: cuanto mas universales son las causas, tanta mayor accion tienen y deben tener para utilidad de las causas particulares que les están subordinadas. Así vemos los cielos y los astros que están sobre nuestras cabezas en un movimiento perpétuo, sin detenerse ni una sola vez, y sin cesar de esparcir sus influencias. ¿Qué es una dignidad, segun los principios del Cristianismo, sino una servidumbre especiosa, dice san Basilio de Seleucia,

la cual obliga al hombre, bajo pena de condenacion, á interesarse por todo un pueblo, como todo un pueblo está obligado á interesarse por él? Pues bien, infinitamente mas oneroso es á uno solo trabajar para todos que á todos trabajar para uno solo.

18. Dios lo ha dispuesto así, cristianos, por dos razones que hacen conocer admirablemente el cuidado que tiene de nuestra salvacion. La primera es, segun lo nota san Bernardo, para que las dignidades y las condiciones honorificas, que son la expresion de su gloria, no se convirtiesen en objetos de nuestra vanidad. Porque si yo soy sábio y discurro bien la grandeza y la elevacion de mi estado, en lugar de inflar mi orgullo, será para mí un motivo de humildad y de temor, al pensar que cuanto mas grande soy mayores son mis obligaciones ante Dios, las cuales solo puedo cumplir con mi trabajo. ¡Ay! exclamaba san Bernardo, escribiendo al mismo Pontífice de quien he hablado ya, no os dejeis envanecer por la pompa que os rodea, pues el trabajo que se os ha impuesto es todavía mayor que vuestra dignidad. Vos sois sucesor de los Profetas y de los Apóstoles, y yo venero vuestra dignidad; pero ¿qué se sigue de ella? Que debéis vivir como los Profetas y los Apóstoles. Pues bien: oíd cómo hablaba Dios á su Profeta: Yo te he puesto, le decia, para arrancar y destruir, para plantar y edificar; ¿y qué hay en todo esto que pueda excitar la vanidad? Imaginad, prosigue el mismo Padre, que sois tan grande como Jeremías; pero tened presente al mismo tiempo que ocupais el puesto en que os hallais, no para elevaros, sino para trabajar. Además, añade el santo Doctor, los Apóstoles vuestros antecesores ¿á qué estuvieron destinados? Á recoger una mies cultivada con sus fatigas y regada con sus sudores. Manteneos, pues, en la herencia que ellos os han transmitido, porque en efecto vos sois su heredero; mas para hacer ver que lo sois es necesario que le sucedais tambien en el cuidado y en las fatigas: *Sed ut probes heredem, vigilare debes ad curam.* (Bern.). Porque si os relajais en las delicias y en las vanidades del siglo, esta no es la porcion que os ha tocado por el testamento de estos hombres apostólicos: *In laboribus plurimis, in carceribus abundantius.* ¿Cómo, pues, pensais en glorificaros cuando no teneis ni aun tiempo para descansar, ni en vivir ocioso y tranquilo cuando estais encargado de todas las iglesias del orbe?

19. La segunda razon, que nace de la primera, se reduce á impedir que las grandes fortunas y las mas elevadas dignidades no sirvan para excitar y alimentar la ambicion de los hombres. Por-

que este es nuestro gran defecto, cristianos, que siendo tan apasionados á las grandezas y dignidades del siglo y de la Iglesia, no estudiamos antes las cargas que llevan consigo. Es, pues, indudable que cuanto mas distinguido es un estado segun el mundo, tanto es mas oneroso y mas molesto segun Dios.

20. Mas ¿qué debe deducirse de aquí? Dos cosas que ya he dicho, y que ahora repito; á saber, que no existe estado ni profesion alguna en que la ociosidad no sea un crimen, y que este es aun mucho mayor en los estados superiores á los demás. Decidme un género de vida donde el hombre pueda mantenerse ocioso sin faltar á sus principales deberes de conciencia; y para no salir de los ejemplos que ya he propuesto, si un jóven de categoría pasa sus primeros años en las diversiones y en los placeres, ¿cómo adquirirá aquellos conocimientos que son el fundamento necesario de lo que haya de ser en su vida? Y careciendo de estos conocimientos, ¿cómo será capaz de ejercer los empleos á que se le destine? Y si se encarga de estos empleos con una absoluta incapacidad, ¿cómo podrá salvarse? ¿Qué sucederá, pues? ¿Le dará Dios una ciencia infusa en el momento de entrar en posesion de su dignidad? ¿Principiará él á instruirse cuando sea llegado el momento de tener que juzgar y decidir? ¿Hará su aprendizaje á costa de los demás? ¿Justificará sus defectos y sus errores alegando la ociosidad en que pasó su juventud? ¿Dirá acaso que él es excusable por haber desperdiciado su tiempo, que debia serle tanto mas precioso, cuanto que no podia repararse jamás? Sin embargo, cristianos, nada hay mas comun; porque si el mundo está hoy lleno de sujetos indignos é incapaces de ocupar el puesto que ocupan, no es necesario buscar otra causa mas que esta. La vida perezosa y holgazana de los jóvenes es la causa principal de este desórden, y este desórden es la causa funesta de su reprobacion. ¡Ay! amados oyentes; ¿no es vergonzoso ver la severa disciplina con que los paganos instruian á sus hijos en todos los ejercicios laboriosos que permitia su tiempo (si creemos á los historiadores profanos, este rigor llegaba al exceso), y considerar al mismo tiempo la débil condescendencia de un padre cristiano en consentir que los suyos permanezcan en una ociosidad licenciosa? No acusamos absolutamente á todos los padres cristianos: los hay muy razonables en este particular, ¡y ojalá lo fuesen con respecto á la Religión! Los príncipes y los grandes del mundo educan á sus hijos, porque hacen consistir su gloria en perfeccionarlos segun el mundo; los pobres y los pequeños tienen cuidado

de dedicarlos á un oficio, para aprovecharse de su trabajo; mas vosotros, cristianos, á quienes Dios ha colocado entre estos dos extremos, permitidme que os lo diga, vosotros no poneis por lo comun ningun cuidado en esto. Si notais alguna vez en vuestra casa un criado ocioso, sabeis muy bien corregirle de su pereza; pero de que un hijo no se aplique á nada, de que abandone sus ejercicios y no cumpla con sus deberes os cuidais muy poco. ¿Cuál de los dos es mas culpable, el hijo por su ociosidad, ó el padre por su indulgencia? Yo no digo culpables ante los hombres, sino culpables ante Dios. Este es un punto que importa poco resolver ahora; pero lo que hay de cierto es que el uno y el otro son criminales y sin excusa.

21. Lo mismo decimos de los otros ejemplos. Yo no acabaria nunca, si tratara de recorrerlos todos, si quisiera ponerlos ante los ojos todos los males que la ignorancia de un juez puede causar en la administracion de justicia, todos los desórdenes que la negligencia de un sacerdote, encargado de la direccion de las almas, puede causar en el ejercicio de su ministerio; desórdenes mayores ó menores segun la elevacion de cada estado. Porque no debe mirarse la ociosidad solamente como un crimen, sino tambien como un trastorno general del estado social; y para comprenderlo bien no necesitamos mas que servirnos de la comparacion de san Juan Crisóstomo, que es por cierto muy natural. Si sucediera, dice este Padre, que una estrella de las mas pequeñas interrumpiese su curso y perdiese toda su virtud, este seria un defecto que sin embargo no causaria una gran alteracion en el mundo. Mas si el sol se oscureciese de pronto, y se suspendiese toda su accion, ¡qué turbacion y qué confusion no se causaria en el universo! Esto mismo sucede en los estados del mundo. Si un hombre de condicion mediana olvida y descuida sus deberes, el perjuicio que por esto recibe el público no se extiende muy léjos, y generalmente este hombre no perjudica mas que á sí mismo; mas si un grande, un príncipe ó un rey abandona la direccion de los negocios, sucede como en el eclipse del primer astro que hace sufrir á toda la naturaleza. Me parece que esta verdad no necesita de mas prueba.

22. No obstante, para concluir este discurso, ¿quereis saber con mas certeza cuál es este pecado de la ociosidad que yo combato, y en qué consiste su malicia? No tengo mas que dos palabras que deciros, pero que reclaman toda vuestra atencion. ¿Qué sucede, pues, cuando cada uno abandona su profesion y vive sin la

ocupacion que le es propia? ¡Ay! cristianos, sabedlo de una vez. Sucede que se invierte el orden de las cosas, que se es infiel á la Providencia, que se deshonoran las profesiones; y por una consecuencia necesaria, pero terrible, que carga cada uno su conciencia, y se expone á una eterna condenacion. Prestadme atencion. He dicho que es invertir el orden de las cosas; ¿y por qué? Porque segun el orden de las cosas el descanso no es por sí mismo, sino para el trabajo, y porque de la naturaleza y cualidad del trabajo depende la medida del descanso. Es necesario, decia Casiodoro, ese gran ministro de Estado, que la república se aproveche aun de nuestras diversiones, y que no busquemos lo que es agradable sino con objeto de cumplir lo que es trabajoso: *Sit etiam pro republica, cum ludere videmur; nam ideo voluptuosa quærimus, ut seria complexemur.* (Cassiod.). Pero vosotros, vosotros amais el reposo por sí mismo, y no buscáis en el placer mas que el placer. He dicho que esto es ser infiel á la Providencia. Porque cuando Dios os llamó á vuestro estado, hizo como un padre con vosotros. Él os dijo: Abrazad este estado, pero abrazadlo con todas sus cargas. Él tiene provechos y honores, pero tambien tiene trabajos y cuidados; yo quiero que os aprovecheis de lo útil y de lo honroso; pero quiero tambien que lleveis la fatiga y la carga. Y por esto es, nota el abate Ruperto, por lo que Dios, que es infinitamente justo, ha proporcionado ciertas dulzuras á los deberes onerosos de cada estado. Él ha unido á la soberanía la independendencia, la magnificencia y los mas grandes honores, porque tambien le ha unido los mayores trabajos. Pero ¿qué haceis vosotros, cristianos? Vosotros separais estas dulzuras del trabajo que debe estarles unido, y de quien ellas solo son una reparacion. Vosotros buscáis aquellas en vuestra profesion y huís de este. He dicho que esto es deshonorar vuestro estado; porque es exponerle al desprecio, á la censura, al odio y á la envidia pública. Porque ¿qué cosa hay mas despreciable que un grande del mundo, que un ministro de los altares, ó un magistrado, cuyos dias y cuya vida se consumen en frívolos pasatiempos, mientras podian emplearlos en los mas importantes negocios? ¡Qué bello ejemplo el del piadoso emperador Valentiniano el Joven! Oídlo, cristianos, tal como san Ambrosio lo refiere en el elogio fúnebre de este Príncipe. Entre otras muchas cualidades que le distinguían tuvo la de no envilecer jamás su dignidad por una ociosidad que es muy comun en las cortes de los príncipes, y na-

da omitió para satisfacer á su pueblo de ciertas hablillas que se habian esparcido contra su persona. Se decia que se entregaba demasiado á los juegos y á los ejercicios del Circo; y de tal modo renunció á ellos, que no quiso permitirlos ni aun en las mayores solemnidades: *Ferebatur circensibus delectari; sic illud abstulit, ut ne solemnibus quidem principum natalibus putaverit celebrandos.* (Ambr.). Decian algunos que dedicaba demasiado tiempo á la caza, y él hizo matar en un mismo dia todos los animales destinados á esta diversion: *Credebant aliqui nimium venabulis occupari; omnes feras uno momento jussit interfici.* (Id.). Omito lo demás que sigue, y que deberia cubrir de confusion no sé á cuántas personas salidas del polvo donde nacieron, y colocadas en puestos honoríficos, donde no querrán perder un momento de su reposo por todos los negocios del mundo, á no ser que se mezcle en ellos su interés.

23. Sin excluir cualquiera otro interés que pueda haber en esta materia, he dicho que el de la conciencia y el de la salvacion está empeñado en ella. Porque, invertir así el orden de las cosas, ir así contra los fines de la Providencia, faltar así á las obligaciones de su estado, ¿puede avenirse todo esto con la conciencia y con la salvacion? ¿Para qué estais vosotros en ese estado, si no quereis cumplir sus obligaciones? ¿Para qué estais en el mundo, si nada haceis? ¿Qué es á los ojos mismos del mundo un hombre inútil? ¿Para qué sirve? Y si en el mundo mismo no puede esperarse nada sin trabajar, ¿esperamos por ventura conseguir mas fácilmente las recompensas del cielo? Cuando en la hora de la muerte nos veamos obligados á decir á Dios: Señor, yo nada he hecho; ¿qué nos responderá él, sino: yo no tengo nada que darte? Acordémonos con frecuencia del siervo perezoso del Evangelio, y no olvidemos jamás la sentencia que su señor pronunció contra él, haciéndole arrojar atado de piés y manos en una oscura prision. Pues del mismo modo debemos temer ser precipitados en las tinieblas del infierno, porque no haber hecho lo que se podia y debia hacer es un gran mal. Por esta razon, amados oyentes, debe cada uno de nosotros estudiar su condicion y el estado á que ha sido llamado, y aplicarse seriamente á aquel honesto ejercicio que pueda convenirle, á un trabajo asiduo, y sobre todo á un trabajo cristiano. No digais que no sabeis en qué ocuparos, porque muy pronto lo aprenderéis, cuando querais de buena fe apartaros de esa ociosidad criminal en que estais adormecidos. Y por vuestra vigilancia y vuestras obras

es por lo que mereceréis recibir el salario que el padre de familias dará á los operarios que han trabajado en su viña, ó para hablar sin figuras, por esto mismo es por lo que mereceréis tener un dia parte en la gloria inmortal que Dios os ha prometido, y que os deseo. Amen.

SERMON

SOBRE LA MALEDICENCIA.

Et adducunt ei surdum et mutum, et deprecabantur eum ut imponat illi manum. (Marc. vii, 32).

Y le presentaron un sordo-mudo, y le rogaban que pusiese la mano sobre él.

1. Ved aquí, cristianos, una cosa bien extraña, la que nos presenta el Evangelio de hoy. En un momento el Hijo de Dios, con una virtud sobrenatural, desata la lengua de un mudo, y le confiere el uso de la palabra: *Solutum est vinculum linguæ ejus, et loquebatur recte* (Marc. vii); mas en vano el mismo Salvador de los hombres quiere imponer silencio y cerrar la boca á una numerosa multitud que le rodea. Á pesar de su precepto y de las reiteradas órdenes que les da, ellos alzan la voz y no cesan de publicar lo que han visto: *Quanto autem eis præcipiebat, tanto magis plus prædicabant.* (Ibid.). Esto es, dice san Gregorio, porque es mucho mas difícil callar que hablar. Lo primero procede de una sábia discrecion, de una reserva modesta y humilde, de una caridad compasiva de las debilidades de otro, y de un imperio absoluto sobre sí mismo; en vez de que lo segundo solo es efecto de una impetuosidad natural, y muchas veces de una pasion maligna de censurar y de una envidia secreta. ¡Si se hablase al menos como esta multitud celosa que tributa gloria á Jesucristo, y que publica el milagro que acaba de obrar ante sus ojos! Mas se habla para desacreditar al prójimo y cubrirle de confusion; se habla para ridiculizarle, para condenarle, para ponderar sus defectos, para denigrar su reputacion, y para perderla en la opinion de los demás. Hay ya mucho tiempo, mis amados oyentes, que me he propuesto hablaros de la maledicencia, y esto es lo que voy á hacer en este discurso. Injuriosa y criminal libertad, que á nadie respeta, que acomete indistintamente á los grandes y á los pequeños, que no perdona lo profano ni lo sagrado, y que importa mucho reprimir para el buen orden de la sociedad y la salvacion de las almas. Pidamos los auxilios del Espí-

ritu Santo, dirigiéndonos para ello á su santísima Esposa, á quien saludaremos : *Ave María*.

2. Si conociéramos perfectamente nuestros males, yuviéramos cuidado de estudiar su naturaleza y cualidades, no se necesitaba mas para curarnos, y este solo conocimiento podia ser el remedio mas superior y mas infalible. Lo que hace que no nos curemos es que no vemos la malignidad de nuestras enfermedades, y que por una negligencia muy peligrosa casi nunca examinamos la fuente de donde proceden ni los efectos que causan en nosotros. Pues bien, cristianos, yo hablo hoy de un mal tanto mas deplorable, cuanto que es voluntario, y tanto mas pernicioso, cuanto que es habitual; á saber, del pecado de la maledicencia, ó mas bien de la pasion que es en nosotros el origen de ese pecado. Mi admiracion es que siendo por una parte esta pasion la mas vil y odiosa, y agravando por otra la conciencia del modo mas terrible, sea ordinariamente lo que menos tememos, y lo que nos sucede con mas frecuencia. Pues al fin, por poco sensibles que seamos al honor, aunque no tengamos gracia ni religion, huimos naturalmente de aquello que lleva consigo un carácter de bajeza, y que puede atraernos el odio de los hombres; y por poca religion que tengamos, y poco celo por el negocio de nuestra salvacion, debemos sin embargo evitar todo aquello que nos lo hace mas difícil y lo expone á un peligro mas cierto. Mas, por una conducta diametralmente opuesta, la maledicencia es entre todos los pecados el de que nos preservamos menos, y ved aquí, repito, lo que me sorprende. En dos palabras que abrazan todo mi pensamiento, ningun pecado hay mas universal que el de la maledicencia, y esto es lo que me admira por dos razones: en primer lugar, porque entre todos los pecados no hay ninguno mas vil ni mas odioso: vosotros lo veréis en la primera parte; en segundo lugar, porque entre todos los pecados no hay ninguno que agrave mas la conciencia ni que le imponga unas obligaciones mas rigorosas: así os lo haré ver en la segunda parte. Oídme con atencion, y principiemos.

Primera parte.

3. Cuando digo que la maledicencia es uno de los vicios mas viles y mas odiosos, no penseis, cristianos, que esta es una moral extraña á las reglas y máximas de la fe. Esta es la moral del mismo Espíritu Santo que en el libro del *Eclesiástico* y en los *Proverbios*

se sirve particularmente de estos dos motivos para inspirarnos horror al pecado. Como naturalmente somos sensibles al honor, nos ha interesado por este sentimiento natural para hacernos ver que la maledicencia, que es el pecado de que menos nos preservamos y que vemos tan autorizado, de cualquier modo que se le considere, tiene un carácter de vileza y de oprobio que no es fácil deshacer; y esto es lo que san Juan Crisóstomo prueba admirablemente en una de sus homilias por esta excelente demostracion que hace, y que os va sin duda á convencer.

4. Comenzando, pues, por la persona que sirve de objeto á la maledicencia, ved aquí el razonamiento de este Padre. Ó aquel de quien hablais es vuestro enemigo, ó es vuestro amigo, ó una persona indiferente para vosotros. Si es vuestro enemigo, desde luego es odio ó envidia lo que os mueve á hablar mal de él, y esto ha sido siempre mirado y lo es aun como una bajeza. Por mas que podais alegar, se está en el derecho de no creeros, y de decir que estais ofendido de él; que la pasion es la que os hace hablar así; que si este hombre se uniera á vuestros intereses, no lo desacreditaríais de ese modo, y aprobaríais en él lo que ahora censurais con tanto encono. En efecto, esto es lo que se dice; y los sábios que os escuchan, testigos de vuestra animosidad, muy léjos de despreciar á vuestro enemigo, os desprecian á vosotros, y compadecen vuestra flaqueza. Por el contrario, si es vuestro amigo (porque ¿á quién no se atreve la maledicencia?), ¡qué bajeza no es quebrantar así la ley de la amistad, y levantaros contra el mismo que debíais defender; la de exponerle á la risa en una conversacion, mientras que fuera le hablais con buenas palabras; la de adularle por una parte y ultrajarle por otra! Pues bien, vosotros sabeis que hay algunos en quienes la intemperancia de la lengua llega hasta tal grado de infidelidad, que no perdonan á sus propios parientes ni á su propio padre cuando se trata de criticar y murmurar. Mas yo quiero, concluye san Juan Crisóstomo, que ese hombre os sea indiferente; ¿no es otra especie de vileza descargar sobre él unos golpes tan sensibles? Supuesto que le mirais con indiferencia, ¿por qué atentais contra él? No habiendo recibido daño alguno de él, ¿por qué sois vosotros los primeros en causárselo? ¿Qué ha hecho él para atraerse el veneno de vuestra maledicencia? Vosotros decís que nada teneis contra él, y entre tanto le ofendeis y le ultrajais: yo os pregunto si hay alguna cosa mas vil que este proceder.

5. Pero reconozcámoslo todavía mas claramente por la segun-

da circunstancia. Todo el que murmura ataca al honor de otro; en esto es en lo que consiste la esencia de este pecado. Pero ¿de qué armas se sirve para atacarle? De una clase de armas que han pasado en todos tiempos por vergonzosas, esto es, de las armas de la lengua, segun la expresion del mismo Espíritu Santo. Porque en el lenguaje de la Escritura la lengua es la que prepara al maldiciente las flechas agudas ó las palabras envenenadas que él arroja contra los que tiene intencion de perder: *Fili hominum, dentes eorum arma et sagittæ*. (Psalm. LVI). La lengua es la que le sirve de espada de dos filos, con que hiere sin miramiento y sin piedad: *Lingua eorum gladius acutus*. (Ibid.). ¿Y quién fue el inventor y el fabricante de esta especie de armas? El demonio, responde san Agustin, cuando queriendo tentar al hombre en el paraíso terrenal se armó con una lengua de serpiente, y esto le dió buen resultado; de allí viene que hablando el Hijo de Dios en el Evangelio de este enemigo del género humano dice que desde el principio del mundo fue homicida: *Ille homicida erat ab initio* (Joan. VIII); pues bien, es evidente que el demonio no cometió este homicidio con el hierro, sino con la lengua: *Non ferro armatus, sed lingua, ad hominem venit*. (August.).

6. Ved aquí la fuente y el origen de la maledicencia. Por esta razon Jeremías no creia poder expresar mejor la malicia de sus enemigos y lo indigno de su conducta que refiriendo los discursos que tenian de él y contra él: *Venite, et percutiamus eum lingua*. (Jerem. XVIII). Vamos, decian estos hombres sanguinarios excitándose los unos á los otros contra Jeremías, ó mas bien contra Jesucristo, cuya figura era este Profeta; vamos, y declarémosle una guerra abierta; arrojémonos sobre él como sobre una presa que nos está preparada; desgarrémosle y hagámosle pedazos. ¿Y de qué modo? Con los tiros y los golpes de la lengua, que será el instrumento ordinario para todos los designios y empresas que hemos formado contra su persona: *Venite, percutiamus eum lingua*. Ved aquí, pues, cristianos, cómo obran ordinariamente los que se llaman hombres de partido, hombres de faccion y de cábala. Ellos hablan, ellos declaman, ellos critican, ellos calumnian; y yo dejo á vuestro juicio si este es el carácter de las almas generosas y de los corazones rectos.

7. Pero, además, ¿qué tiempo elige casi siempre el maldiciente para lanzar sus tiros? Aquel en que menos se está en estado de defenderse de él. Porque, no creais que ataca á su enemigo de fren-

te ; él es demasiado circunspecto en su iniquidad para no usar de mas precaucion. Mientras tanto que os vea , no se le escapará una palabra. Que él aperciba solamente á un amigo dispuesto á sostener vuestros intereses , no se necesita mas para cerrarle la boca. Pero alejaos , y que él se crea seguro , y entonces dará curso libre á su murmuracion , hará correr la hiel mas amarga , se desencadenará y gritará. Pues bien , ¡qué vileza no es la de insultar á un hombre porque no se halla en estado de poder responder ! Esto es , sin embargo , lo que hacen todos los murmuradores. Y ved aquí por qué se ha impuesto la obligacion de no escucharlos. Se os ha dicho muchas veces que esta obligacion es esencial al precepto de la caridad , y que es de fe que quien presta oidos á la maledicencia desde entonces se hace cómplice de ella ; que segun el pensamiento de san Bernardo no es menos dañoso oir la murmuracion que murmurar , y segun san Gregorio papa tal vez un dia habrá mas cristianos condenados por Dios por haber oido hablar contra el prójimo que por haber hablado. Se os ha dicho todo esto ; mas vosotros preguntais sobre qué puede fundarse tal obligacion , y yo os respondo que se funda particularmente sobre la vileza del maldiciente. Porque , como de quien generalmente habla mal es de los ausentes , ha cuidado la Providencia de que los ausentes estuviesen á cubierto de un mal tan peligroso. Á esto es , pues , á lo que Dios ha provisto por la ley de la caridad que nos obliga á no adherirnos á la maledicencia ; es decir , á condenarla con nuestro silencio , ó á refutarla con nuestras palabras , ó á reprimirla con nuestra autoridad ; de modo que si alguno se atreve á mancillar el honor del prójimo en mi presencia , debo yo considerarme como un hombre autorizado por Dios para defenderle , y como el tutor de la reputacion de mi hermano. Tal es la importante comision de que Dios nos ha encargado , y que nos ha significado en el Eclesiástico : *Mandavit illis unicuique de proximo suo.* (Eccli. xvii). El maldiciente es cobarde , es necesario que tengais contra él una firmeza cristiana , y que la caridad halle en vosotros otros tantos protectores. De otro modo seréis responsables de todo el daño que el prójimo sufra.

8. Nada hay mas temible para la maledicencia , dice san Ambrosio , que un hombre celoso por la caridad. Pero ¿sabeis vosotros , cristianos , de qué modo acostumbra defenderse la maledicencia ? Por medio de otras tres vilezas todavía mas insignes que comete. En primer lugar , ella casi siempre habla en secreto de

aquellos hechos mas difamantes. En segundo lugar, ella procura agradar y hacerse complaciente. Y en tercer lugar, procura encubrirse con mil pretextos que parecen justificarla. Me explicaré. Si la maledicencia se redujera á producirse solamente en público y ante testigos, apenas habria maldicientes en el mundo; ¿y por qué? Porque tal vez habria pocos que pudiesen ó quisiesen sufrir la mancha que ella imprime en la persona misma del maldiciente. Mas hoy dia se pone cualquiera á cubierto con un poco de prudencia y de discrecion; de este modo se murmura en público impunemente: de aquí nace que los mas tontos se vuelven los mas astutos. No se les puede pintar mejor que lo hace el Espíritu Santo en la Sabiduría cuando los compara á las serpientes que muerden sin hacer ruido: *Si mordeat serpens in silentio, nihil eo minus habet, qui occulte detrahit.* (Eccles. x). Ellos encargan el secreto á todo el mundo, y no ven, dice san Juan Crisóstomo, que esto mismo los hace despreciables. Porque encargar que guarde el secreto á aquel que he hecho confidente de mi maledicencia es propiamente confesarle mi injusticia. Es decirle: sé mas sábio y mas caritativo que yo: yo soy un maldiciente, no lo seas tú; al hablarte de tal persona falto á la caridad, no sigas tú mi ejemplo. Por esta razon David, que fue un príncipe tan esclarecido, no tenia tanto horror, al parecer, á la maledicencia como al secreto de la maledicencia. Yo tenia piedad, dice él, de aquellos á quienes el calor y la ira hacia prorumpir en maldiciones, aunque fueran muy ultrajantes y atroces; mas si vela á alguno que esparcia secretamente el veneno de su malignidad, me sentia animado de celo y de indignacion, y me parecia que era mi deber perseguirle y confundirle: *Detrahentem secreto proximo suo, hunc persequerbar.* (Psalm. c). Mas esto no es todo. ¿De dónde nace que la maledicencia se ha hecho hoy tan agradable en las tertulias y en las conversaciones del mundo? ¿Por qué emplea ella tantos artificios y anda con tantos rodeos? Esas maneras de insinuarse, ese aire festivo que toma, esas buenas palabras que estudia, esos términos en que se disfraza, esos equívocos de que se aplaude, esas alabanzas seguidas de ciertas restricciones y de ciertas reservas, esas reflexiones llenas de una compasion cruel, esas ojeadas que hablan sin hablar, y que dicen muchas mas que las palabras mismas, ¿por qué es todo esto? El Profeta nos lo enseña: *Os tuum abundavit malitia, et lingua tua concinnabat dolos.* (Psalm. XLIX). Vuestra boca estaba llena de malicia, y vuestra lengua sabia perfectamente el arte de disfrazar y embellecer

esta malicia; y cuando teníais que murmurar, la hacíais con tanto agrado, que se quedaban encantados los que os oían : *Et lingua tua concinnabat dolos*. Y aunque todo fuese comunmente una mentira, estas mentiras en fuerza de estar preparadas y adornadas no dejaban de agradar, y, por una funesta consecuencia, de producir sus perniciosos efectos : *Et lingua tua concinnabat dolos*. ¿Y con qué objeto obra así el maldiciente? ¡Ay! hermanos míos, responde san Juan Crisóstomo, porque de otro modo la maledicencia no tendría el descaro de presentarse ni dejarse ver. Siendo ella por sí misma tan baja como es, solo se atraería el desprecio si se dejara ver tal como es; y ved aquí por qué se disfraza á los ojos de los hombres, mas de una manera que la hace todavía mas despreciable y mas criminal á los ojos de Dios.

9. Vamos todavía mas léjos. Lo que pone el colmo á la bajeza de este vicio es que, no contento con querer agradar y con erigirse en censor complaciente, quiere tambien pasar por honesto, por caritativo y por bien intencionado; y ved aquí uno de los abusos mas ordinarios. Permitidme que os lo haga observar, y que entre con vosotros en los pormenores de vuestras costumbres, pues que podemos decir de este pecado lo que san Agustín decía de las herejías, que jamás se las combate mejor que haciéndolas conocer. Ved aquí uno de los abusos de nuestro siglo. Se ha encontrado el modo de consagrar la maledicencia, de cambiarla en virtud, y en una de las mayores virtudes, que es el celo por la gloria de Dios; es decir, que se ha encontrado el modo de destrozar y denigrar al prójimo, no ya por odio ó por un arrebató de cólera, sino por máximas de piedad y por el interés de Dios. Es necesario, se dice, humillar á estas personas, y por el bien de la Iglesia se les debe quitar su reputacion y aminorar su crédito. Esto, pues, se establece como un principio, sobre esto se forma una conciencia, y nada hay que no se crea permitido por un motivo tan bueno. Se inventa, se exagera, se emponzoñan las cosas, no se refieren sino á medias, se hacen valer las preocupaciones como verdades incontestables, se hacen correr mil falsedades, se confunde lo general con lo particular: cuando uno ha hablado mal se le cuenta á todo el mundo, y aunque muchos hayan hablado bien no se le cuenta á nadie; y todo esto, repito, por la gloria de Dios. Porque la buena intencion rectifica todo esto. Ella no bastará para rectificar un equivoco; pero es mas que suficiente para rectificar la calumnia cuando hay la persuasion de que en ello se interesa el servicio de Dios.

10. ¡Ay! cristianos, si Dios revelase en este momento todos nuestros pensamientos, como los revelará en el juicio universal, y descubriese todas las intenciones que hemos tenido de desacreditar á este y á aquel, ¿qué vergüenza no tendríamos de nosotros mismos? Ó si, movidos por el espíritu de una penitencia verdadera, quisiéramos reconocer la perversidad de nuestro corazón, ¿qué confesion tan buena no haríamos á Dios? No, Señor, le diríamos, no ha sido vuestra gloria el motivo que me ha arrastrado á la murmuración; yo soy un prevaricador en haber querido hacer servir vuestra gloria á la iniquidad y al desórden de mi pasión. Si yo no me hubiera propuesto otra cosa que vuestra gloria, no me hubiera mostrado tan colérico en mi celo, no hubiera tenido un placer tan marcado en revelar las imperfecciones de mi prójimo, no hubiera tenido una satisfaccion en sus humillaciones con perjuicio de la caridad, porque la caridad es inseparable de vuestra gloria. Si hubiera sido el interés de vuestra gloria quien me hubiera movido, no hubiera exagerado tanto las cosas, no les hubiera añadido nada por mí mismo, no hubiera publicado mis conjeturas y mis sospechas como hechos ciertos é indudables, porque el celo de vuestra gloria supone la verdad. Cuando hubiera hallado alguna cosa reprehensible en la conducta de los otros, os hubiera dejado á Vos el cuidado de juzgarlos, ó los hubiera reprendido á solas, segun el precepto del Evangelio. Yo no hubiera hecho jamás confianzas indiscretas; yo no lo hubiera declarado á personas incapaces de remediarlo y capaces de escandalizarse; no me hubiera atormentado inútilmente la memoria en muchas ocasiones, ni hubiera caído por mi maledicencia en un mal mayor y mas inexcusable que el que yo mismo condenaba. Es necesario confesarlo, ó Dios mio, y confesarlo para mi confusion: quien ha puesto en mis labios esas palabras tan amargas son las bajas pasiones de que mi corazón se ha dejado ocupar; esto es, una antipatía natural que no he procurado vencer; una envidia secreta de ver á los otros mas medrados que yo; un interés particular que he buscado en la humillacion de este, y una venganza que me he procurado á costa de aquel; una ciega prevencion contra el mérito en cualquier sujeto donde lo he reconocido. Tal ha sido, Señor, el origen de mi maledicencia, y yo quiero confesarlo á Vos, porque quiero buscar el remedio. Si tenemos buena fe para con Dios, ved aquí cómo hablaremos; y de todo esto deduzco yo que entre todos los vicios la maledicencia es evidentemente uno de los mas viles.

11. He dicho tambien que es uno de los mas odiosos, ¿y á quién? Á Dios y á los hombres. Á Dios, que es esencialmente amor y caridad, y que por lo mismo debe tener una oposicion especial á la maledicencia, pues que la maledicencia es el enemigo mas mortal de la caridad: *Detractores Deo odibiles*. (Rom. 1). Á los hombres, para quienes el maldiciente, segun la sentencia del Espíritu Santo, es la abominacion: *Abominatio hominum detractor*. (Prov. xxiv). Y yo no me admiro. Porque ¿qué cosa hay mas odiosa que un hombre á cuya censura se ven expuestos los demás, de quien no hay ninguno, sea de la condicion que fuere, que pueda creerse libre, y cuyos tiros ni aun los mismos poderosos pueden evitar? ¿Qué cosa mas odiosa que un tribunal erigido por autoridad particular, donde se decide sin apelacion del mérito de los hombres; donde el uno es declarado tal como se quiere que sea; donde al otro se le impone una nota para siempre, y una mancha de que no se lavará jamás; donde todos reciben sus sentencias sin distincion y sin compasion?

12. Por esto es por lo que la Escritura, describiéndonos al maldiciente, nos lo representa como un hombre terrible y formidable: *Terribilis in civitate homo linguosus*. (Eccles. ix). En efecto, es formidable en una ciudad, formidable en una corporacion, temible en las casas particulares, temible entre los grandes y entre los pequeños. En una ciudad, porque hace que se divida en facciones y partidos; en una corporacion, porque turba en ella la paz y la union; en una casa particular, porque sostiene en ella las enemistades y rencillas; entre los grandes, porque abusa de la confianza que tienen en él, desacreditando para con ellos á la persona que se le antoja; entre los pequeños, porque los anima á unos contra otros: *Terribilis homo linguosus*. ¡Cuántas familias hay divididas por una sola murmuracion! ¡cuántas amistades rotas por solo una crítica! ¡cuántos corazones exasperados y envenenados por solo una conversacion indiscreta! ¿Qué es lo que forma diariamente tantas querellas abiertas y declaradas? ¿No es un término ofensivo, en el cual se pretende llevar razon? ¿Qué es lo que empeña á los hombres en esos combates singulares, tan sábiamente prohibidos por las leyes divinas y humanas? ¿Es acaso otra cosa que una palabra picante, que segun el falso honor del mundo se cree no poder dejar impune? ¿No nos sorprenderíamos si se nos hiciese ver, segun el contexto de la historia, las sangrientas guerras que no han tenido otro principio que este? Se armaban por todas par-

tes, se vertía la sangre humana, se desolaban las provincias; ¿y de qué se trataba? De una palabra tal vez que, como una chispa, excitaba el mas violento y el mas horroroso incendio. ¡Qué no hace la maledicencia cuando para difundirse, y si le es posible perpetuarse y eternizarse, se presenta en libelos, en obras satíricas y en poesías escandalosas! ¿No han tenido que sufrir los siglos enteros por haber encerrado en su seno estas plagas? ¿No han quedado todavía las cicatrices despues de mil reconciliaciones, de mil satisfacciones y de mil retractaciones? Pues bien, siendo Dios el protector de la caridad, ¿podrá ver todo esto sin tener horror á los maldicientes? Vosotros mismos á quienes hablo dad aquí testimonio (porque podeis hacerlo) de todos los desórdenes en que habeis tenido parte, y que la maledicencia ha causado, sea de los que habeis vosotros cometido, ó de los que se han cometido contra vosotros; quiero decir, de todos los disgustos que habeis causado á otros con vuestras maledicencias, y de todos los que la maledicencia de otros os ha causado. ¿Habeis podido, por ventura, sufrir lo que se ha dicho de vosotros? ¿Qué resentimientos no habeis producido en otros, y qué transportes de cólera no habeis sufrido por causa de otros? Pues bien, lo que vosotros habeis dicho de otros ha debido producir en ellos los mismos efectos. Ved cuántas desgracias no os hubiérais evitado si nunca se hubiera hablado mal de vosotros, y cuántos disgustos no os hubiérais ahorrado si no hubiérais hablado nunca mal de otros. Porque, al fin, todos los malos pasos de vuestra vida, todos los lances pesados, todos los entorpecimientos de negocios que habeis sufrido han provenido tal vez del mal gobierno de vuestra lengua. Ved aquí lo que os ha atraído enemigos, ved aquí lo que os ha hecho perder vuestros amigos, ved aquí lo que los ha alejado de vuestra persona y lo que os ha hecho pasar en el mundo por hombres peligrosos. Tan cierto es que la maledicencia es un vicio odioso por su naturaleza.

13. Pero agrada oír la murmuracion y nada hay en una conversacion mas divertido que ella. ¡Ay! cristianos, este es el prodigio que quiero que noteis; porque san Juan Crisóstomo añade con razon que todo es monstruoso en este vicio, y nada hay en él de natural. Se le ama y se le aborrece á un mismo tiempo. Él agrada al tiempo mismo que se hace odioso, y vosotros, amados oyentes, que os complacéis en él, sois los primeros en detestarle. ¿Y por qué? Porque si sois sábios debeis juzgar que el maldiciente no os hará cuando llegue la ocasion mas favor que hace á los demás,

y que despues de haberos divertido á costa de ellos, él sabrá haceros servirle de diversion. Pues ¿por qué os habia de exceptuar? ¿Teneis por ventura alguna cualidad que os haga invulnerables á los tiros de la maledicencia? ¿Sois por ventura hombres perfectos? Si él no ha respetado á otros, ¿tendrá mas miramiento con vosotros? ¿Habeis hecho algun pacto con él? Y aunque lo hubieseis hecho, ¿podréis esperar que lo cumpliria? ¿Cómo os garantizará de su lengua, cuando no es dueño de gobernarla? ¿Y cómo podrá asegurarnos á vosotros, cuando no puede asegurarse á sí mismo? No obstante, hermanos míos, prosigue san Juan Crisóstomo, ved aquí nuestra indignidad, y la indignidad de este vicio. Nos agrada la maledicencia mientras se dirige contra otros; mas en el momento en que nos vemos atacados por ella, le tenemos horror. Aun cuando nuestro prójimo sea desgarrado, nosotros lo sufrimos y nos complacemos; pero cuando sentimos el menor ataque, no podemos menos de enfurecernos.

14. Ved aquí, pues, las dos cualidades de esta costumbre criminal; ella es vil y odiosa. En este supuesto, ¿no es extraño que sea hoy el vicio mas comun y mas universal? Mas yo me engaño; no es solamente hoy cuando este vicio ha reinado en el mundo, pues que reina en él desde los tiempos de David, y cuando este Profeta queria expresar la corrupcion general de toda la tierra, este desórden era el que marcaba especialmente: *Omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt, non est qui faciat bonum, non est usque ad unum.* (Psalm. xiii). Todos los hombres, decia, se han separado de los caminos de Dios, y se han hecho sujetos inútiles. Porque ¿á quién puede ser útil una criatura que no es de Dios ni busca á Dios? No existe uno que haga el bien, ni uno solo: *Non est usque ad unum.* (Ibid.). Pero decidnos, gran Rey, pregunta san Agustin, ¿qué contagio es este que ha infestado á todo el mundo, y en qué consiste que todos los hombres se han alejado tan generalmente de los caminos de Dios? ¿Consiste en los excesos de las diversiones, en los desarreglos de la ambicion, ó en los desórdenes de la avaricia? No. ¿En qué consiste pues? En las libertades de la maledicencia: *Sepulchrum patens est guttur eorum, lingua suis dolose agebant; venenum aspidum sub labiis eorum.* (Psalm. xiii). Sí, ved aquí en lo que puede decirse que todos los hombres se han pervertido: en que sus bocas son como sepulcros abiertos de los cuales no sale mas que corrupcion; en que ellos no se sirven de sus lenguas sino para engañar, para criticar, para ofender y para calumniar; en que

tienen bajo de sus labios un veneno peor que el del áspid, de que la inocencia y la virtud mismas no pueden preservarse. En fin, dice este Profeta, ved aquí lo que los ha perdido; ved aquí la lepra de que están todos cubiertos; y yo veo tan pocas personas en el mundo que estén exentas, que quiero mas bien decir absolutamente: *Non est qui faciat bonum, non est usque ad unum.*

15. En efecto, cristianos, aunque los otros vicios se propagan al presente mas que nunca, hay todavía ciertos estados y ciertas condiciones que se defienden de ellos, sea por la gracia de la vocación, sea por los esfuerzos de la virtud, sea por la huida de las ocasiones, ó por una especie de necesidad. La avaricia no halla entrada en el corazon de un religioso; apenas la ambicion se encuentra en ciertas clases bajas y oscuras; se encuentran muchas vírgenes en el Cristianismo que triunfan casi sin trabajo del demonio y de la carne. Mas con respecto á la maledicencia ella ejerce su imperio sobre todos los hombres. Este es el vicio de los grandes y los pequeños, de los soberanos y de los pueblos, de los sábios y de los ignorantes, el vicio de la corte y de la ciudad, de las letras y de las armas, de los jóvenes y de los ancianos. ¿Habría inconveniente en que yo me explique de una vez? No, hermanos míos; porque me explicaré con todo el respeto y toda la circunspeccion debida. Este es el vicio de los sacerdotes lo mismo que de los legos, de los religiosos lo mismo que de los seculares, de los espirituales y de los devotos lo mismo, ó tal vez mas, que de los libertinos é impíos. Poned cuidado; yo no digo que este es el vicio de la devocion, ni quiera Dios que lo diga. La devocion es toda pura, toda santa, exenta de todo vicio; y atribuirle uno solo, seria hacer un ultraje al mismo Dios, y desacreditar su culto. Mas los que profesan la devocion tienen su pecado especial como los demás, y vosotros sabeis si el mas ordinario no es la maledicencia; pecado que se pega á las personas mas piadosas; pecado que con frecuencia hace perecer en ellas todos los frutos de gracia y de justicia; pecado que corrompe sus espíritus, en tanto que sus cuerpos permanecen castos; pecado que les hace padecer un triste naufragio, despues que han evitado todos los escollos de las pasiones mas criminales y peligrosas; pecado, en fin, que pierde á muchos devotos y que deshounra la devocion.

16. ¡Ay! hermanos míos, concluia san Bernardo instruyendo á sus religiosos sobre la materia de que trato (escuchémosle, amados oyentes, vosotros los que profesals especialmente la piedad,

vosotros los que perteneceis al estado eclesiástico, vosotros los que vestís el hábito religioso, y vosotros los que estais cargados de todas estas obligaciones; á vosotros y á mí es á quienes dirijo las palabras de este gran Santo); ¡ay! hermanos míos, exclamaba; si ha de suceder así, esto es, si hemos de estar sujetos al pecado de la maledicencia como los hombres del siglo, ¿para qué tantos ejercicios penosos y mortificantes como practicamos diariamente, y de qué nos sirven? *Si ita est, fratres, ut quid sine causa mortificamur tota die?* (Bern.). ¿Para qué este encierro, estas vigillas, estos ayunos, estas continuas oraciones, si no dejaremos de condenarnos por no sujetar nuestra lengua? ¿Se necesitaba que viviéramos tan mortificados para perdernos como los demás? ¿No podíamos haber encontrado otro camino mas cómodo y mas llevadero para bajar al infierno? *Siccine ergo non inveniebatur nobis via tolerabilior ad infernum?* (Id.). ¿Por qué no hemos marchado por el ancho camino de los placeres del mundo, para tener al menos la especie de consuelo de pasar de los goces á los sufrimientos, y no de unos sufrimientos á otros? *Cur non saltem illam quæ ducit ad mortem latam viam elegimus, quatenus de gaudio ad luctum, non de luctu ad luctum transiremus?* (Id.). ¿Qué importa que sea por los vicios de la carne, ó por los del espíritu, por los que caigamos en el abismo; que sea por la impureza, ó por la maledicencia, pues que la maledicencia sola es capaz de precipitarnos en él? Así hablaba san Bernardo, y de aquí tomo yo ocasion para explicaros el segundo motivo de mi admiración; á saber, que siendo la maledicencia entre todos los pecados el que nos impone las obligaciones mas rigorosas y mas estrechas para con Dios, se mire sin embargo con tanta ligereza y con tan poca precaucion. Prestadme atencion para la

Segunda parte.

17. No sin causa, hablando el Espíritu Santo del pecado de la injusticia, le dió por compañeros inseparables la amargura y el dolor, y quiso que el remordimiento, la turbacion y el gusano de la conciencia fuesen los productos desgraciados de lo que se llama iniquidad: *Eccce parturit injustitiam, concepit dolorem, et peperit iniquitatem.* (Psalm. vii). En efecto, dice san Agustin, todo pecado es con respecto á Dios un gravámen funesto de la conciencia del pecador; mas la injusticia añade á esto ser tambien un gravámen con respecto al hombre; y aunque el gravámen con respecto al hom-

bre parece ligero en comparacion de aquel que mira á Dios, sin embargo hay en él cierta cosa mas alarmante y mas dolorosa para la conciencia, y de unos resultados mas funestos. ¿Y por qué es esto? porque, remontándonos hasta la causa, el derecho de Dios puede ser violado sin que lo sea el del hombre; pero el derecho del hombre no puede serlo jamás sin que lo sea tambien el de Dios. Cuando yo peco contra Dios, si puedo expresarme así, no quedo obligado mas que á Dios mismo; mas cuando perjudico al hombre, quedo responsable á Dios y al hombre; y estos dos derechos están tan íntimamente unidos, que nunca Dios perdonará el suyo, si el del hombre no está perfectamente satisfecho. Pues bien, mucho mas fácil es satisfacer á Dios solo que á Dios y al hombre al mismo tiempo. Pues para Dios solo basta la contrición de corazón; mas para el hombre y para Dios á la vez, ó mas bien para Dios que hace suya la causa del hombre, además del sacrificio de corazón, es necesario hacer lo que el pecador acostumbra temer mas, y lo que forma el obstáculo mas difícil que tiene que vencer para convertirse. Escuchad, cristianos, con atencion esta verdad, y comprenderéis el mas esencial de vuestros deberes.

18. Toda injusticia para con el prójimo trae unas consecuencias peligrosas para la salvacion; mas de todas las especies de injusticia no hay ninguna cuya responsabilidad sea mas terrible ante Dios que la de la maledicencia. En primer lugar, porque tiene por término la mas delicada y la mas importante reparacion, que es la del honor. En segundo lugar, porque su reparacion admite menos excusas y está menos expuesta á los vanos pretextos del amor propio. Y, en fin, porque tiene muy grandes consecuencias, ante las cuales no hay conciencia, por libertina que sea, que no deba temblar. Tres caracteres que merecen toda vuestra reflexion, y que tal vez jamás habeis considerado bien.

19. Es necesario reparar el honor; esta es la primera. ¡Ay! cristianos, extraña necesidad! Vosotros habeis arrebatado lo que era de vuestro prójimo, y es necesario restituírselo. Si retuviérais sus bienes, vosotros os condenaríais á devolvérselos; y confesais que sin esto no habria esperanza alguna de salvacion para vosotros; pues bien, estos bienes de que le seríais deudores son muy inferiores á su honor. Seria, pues, muy extraño que siendo justos para lo uno, no lo fuérais para lo otro; y que siendo religiosos con respecto al robo, no lo fuérais para la maledicencia. No trato de explicaros en detalle el modo de hacer esta reparacion, porque tal

vez os daria sobre este particular ciertas reglas contra las cuales se rebelaria vuestra flaqueza. Consultad á aquellos que Dios ha establecido en su Iglesia para que sean los pastores de vuestras almas; pero tened presente que aunque sean pastores de vuestras almas no les ha dado Dios poder para dispensaros de esta reparacion. Ellos tienen en sus manos las llaves del cielo, y la Iglesia en ciertos tiempos mas solemnes les comunica sin reserva toda su jurisdiccion. Mas ni la jurisdiccion de la Iglesia ni las llaves del cielo llegan hasta ese punto; y ese hombre, aunque ministro y lugarteniente de Jesucristo, no es mas capaz de reconciliaros con Dios sin la condicion de que hablo que de haceros dueño del honor de otro, y de entregaros el dominio de lo que no os pertenece. Yo os lo digo, cristianos, porque en el tribunal de la Penitencia puede suceder alguna vez que vosotros disimuleis con él, ó que él disimule con vosotros; que vosotros le disfigureis las cosas, ó que él os oculte vuestras obligaciones; abuso que muy léjos de justificarnos no servirá sino para aumentar el rigor de vuestro juicio.

20. Me basta, pues, declararos en general que un honor que la maledicencia ha manchado no puede ser lavado sino á costa de otro honor, como un interés no puede ser compensado sino con otro interés. Vosotros habeis ajado la reputacion de este hombre, es necesario, pues, que para la satisfaccion que habeis de darle os cueste algo de la vuestra. Esta satisfaccion os humillará, pero en esto mismo consiste el pago de la deuda que habeis contraido. Porque pagar en materia de honor es humillarse; y es tan imposible reparar la maledicencia sin sufrir la humillacion, como el robo sin desposeerse y despojarse de la cosa robada. Vosotros sufriréis por esto un poco de vergüenza. ¿Y cuánta confusion no habeis causado con vuestros discursos libres y picantes á la persona que habeis desacreditado? Se os rebajará en la estimacion que se tiene de vuestra probidad; pero esta estimacion no es ya vuestra, porque la debeis á aquellos que habeis ofendido; y la voluntad de Dios es que les ofrezcais como un sacrificio, exponiéndoo, si es necesario, al desprecio de los hombres. Vosotros habeis inventado una calumnia: es necesario, pues, que os retracteis expresamente. Vosotros os habeis excedido en la relacion de un hecho: es necesario confesar claramente que habeis exagerado. Vosotros habeis emponzoñado con un aire maligno aquello que no os agradaba: pues es necesario sobre esto y sobre todo lo demás que hagais justicia y declareis la verdad. En muchas ocasiones os será sensible, convengo en

ello ; pero al menos, dice Guillermo de París, el pecador encuentra en esto una ventaja llena de consuelo para él, á saber, que esto mismo que le parece sensible, si tiene valor para resolverse á ello, es al mismo tiempo la señal mas evidente que puede tener en esa vida de la eficacia de su contricion y de la validez de su penitencia. Vos no habeis querido, ó Dios mio, que este secreto nos fuese infaliblemente conocido ; y para mantenernos en una dependencia mas estrecha, ha dispuesto vuestra providencia que, en este destierro donde vivimos, no podamos saber con certeza si somos dignos de amor ó de odio. Mas cuando yo veo á un cristiano tocado del arrepentimiento, y no contento con detestar su crimen, hacer una seria reparacion, destruir las mas ligeras impresiones, y no lisonjeándose á sí mismo decir : no solo yo he pecado contra la caridad, sino contra la justicia, contra la rectitud natural y la sinceridad, interpretando las cosas segun mi pasion, imaginando y publicando lo falso por verdadero ; cuando yo oigo salir de su boca una confesion tal, ¡ay! Señor, por impenetrable que sea el misterio de vuestra gracia, no puedo dejar entonces de creer que este es un pecador contrito, santificado y reconciliado perfectamente con Vos. Por mas que se haga, amados oyentes, sin esto no hay penitencia sólida, y por consiguiente tampoco habrá misericordia ni perdon de parte de Dios.

21. Añadid á esto que la obligacion de reparar el honor es la mas absoluta, y, como he dicho ya, la menos expuesta á los pretextos del amor propio que pudieran debilitarla. Porque en vano el amor propio nos sugiere razones y excusas para dispensarnos de un deber tan apremiante como este ; estas excusas y estas razones son otras tantas imposturas del espíritu del mundo que se destruyen por sí mismas por poco que queramos examinarlas. En efecto, cuando se nos habla de restituir un bien mal adquirido, nos excusamos con el pretexto de la imposibilidad. Ordinariamente esta imposibilidad es quimérica, aunque algunas veces es verdadera ; Dios que no puede engañarse la juzgará. Mas cuando se trata del honor de nuestros hermanos, ¿qué podremos alegar? Nosotros nos lisonjeamos (porque es necesario venir á la induccion, sin temer que esta moral degenera de la dignidad del púlpito, pues que al refutar nuestros errores nos los explicará la ley de Dios), nosotros nos lisonjeamos de no estar obligados á reparar una murmuracion, porque no hemos sido los inventores, y porque solo hemos hablado lo que hemos oido á otros ; pero en una materia en que se perju-

dica la caridad ¿será para nosotros una caucion segura el relato de otros? ¿Hay alguna necesidad de creer este relato? ¿Querriamos que bajo la palabra de otro se creyese cuanto se dice de nosotros? ¿Puede jamás un pecado servir de excusa á otro pecado? Y el juicio temerario, que por sí mismo es un desórden, ¿podrá dispensar de la reparacion de otro desórden, que es la maledicencia?

22. Nosotros alegamos que el hecho era ya público por el rumor del pueblo. Pero ¿no es este el rumor del pueblo, decia Tertuliano, quien publica diariamente las mas negras calumnias, y quien las esparce por el mundo con el mismo éxito que las verdades incontestables? ¿No es propio de este rumor público no subsistir sino en tanto que se le cree, y desvanecerse en el momento en que no se le presta oidos? *Nonne hæc est famæ conditio, ut non nisi cum mentitur, perseveret?* (Tertul.). Sin embargo, proseguia, este rumor público es el que se nos objeta continuamente, y con el que suelen autorizarse para no hacernos justicia: *Hæc tamen profertur in nos sola testis.* (Id.). Seria, pues, bien extraño que una cosa tan frívola pudiese destruir una obligacion tan santa.

23. Yo adelanto todavía mas. Nosotros nos creemos sin responsabilidad alguna ante Dios, porque no hemos dicho nada que no sea verdad; pero porque sea verdad ¿nos está permitido revelarlo? ¿No es bastante que sea un secreto para que lo respetemos? ¿Tenemos acaso un derecho sobre todas las verdades? ¿Consentiríamos que todo lo que es cierto respecto á nuestras personas se descubriese y manifestase? ¿No juzgaríamos este hecho como una injuria atroz, por la cual no habria satisfaccion que no creyéramos deber exigir? ¿Y por qué, discurrendo así en favor nuestro, no seguimos los mismos principios en favor de otros? Nosotros nos persuadimos de que nuestra murmuracion solo ha perjudicado al prójimo levemente; pero ¿somos acaso jueces competentes en este particular? ¿Hemos pensado bien hasta dónde puede extenderse el interés del prójimo? ¿Debemos acaso medirlo por nuestra razon siempre preocupada y siempre dispuesta á elegir la parte que le favorece? Si mediara en ello nuestro propio interés, ¿juzgaríamos de este modo? Esto no ha sido mas, se dice, que una burla; pero ¿se necesita ordinariamente mas para causar un perjuicio inmenso? ¿Y no son las burlas las plagas mas crueles y mas sangrientas? Nosotros lo hemos dicho inocentemente; pero ¿será esto una excusa legítima? Un honor destruido inocentemente ¿estará por eso menos destruido? ¿Y no nos manda la ley natural que curemos los

males que hemos causado inocentemente, así como nos obliga á restituir los bienes que inocentemente hemos usurpado?

24. Acabemos, cristianos, de destruir los vanos fundamentos sobre que se apoya nuestra iniquidad. Lo que yo he dicho en perjuicio de este, solo es una confianza amistosa que he creído poder hacer á aquel. Ved aquí, hermanos míos, responde san Ambrosio, el escollo de la caridad: esta es una confianza que yo he hecho, y solo me he descubierto á mi amigo; como si estuviérais facultado para despojarme de mi crédito y de mi honor para con vuestro amigo; como si por ser vuestro amigo fuera para mí menor ultraje quedar difamado en su opinion; como si este hombre que tratais de amigo no tuviera tambien otros amigos á quienes confiar el mismo secreto; como si el secreto en la murmuracion, léjos de disminuir su malicia, no la aumentase en cierto modo, pues que este mismo secreto es el que me quita el medio de justificarme ante ese amigo. Todo esto es de san Ambrosio: y esto que enseñaba, cristianos, lo practicaba al pié de la letra; porque teniendo un hermano de una prudencia consumada, y que, como se sabe, le queria en extremo, habia, sin embargo, hecho con él un pacto de no comunicarse jamás el uno al otro secreto alguno perjudicial al honor del prójimo, condicion que su hermano, tan sábio y tan recto, aceptó sin dificultad; y san Ambrosio ha querido hacer mencion de esto en su elogio lúubre para que nos sirva de instruccion: *Erant omnia communia, individui spiritus, individui affectus: unum hoc non erat commune, secretum.* (Ambr.). Entre él y yo todo era comun; inclinaciones, pensamientos, intereses: nuestra sola reserva consistia en lo que tocaba á la reputacion de otro, lo cual observábamos, dice, no por un efecto de desconfianza, sino por un respeto de caridad: *Non quod confitendi periculum vereremur, sed ut divinæ charitatis tueremur fidem.* (Id.). Era, pues, una regla inviolable para él sobre este particular, no descubrir á su hermano lo que hubiera ocultado á un extraño: *Ei hoc erat fidei indicium, quod non esset extraneo proditum, id non fuisse cum fratre collatum.* (Id.). En efecto, estas confianzas criminales son las que hacen al pecado que yo combato no solo pernicioso, sino contagioso; porque el murmurador tiene un amigo á quien hace el depositario y el cómplice de su maledicencia; este amigo tiene otro cuya fidelidad ha probado; este tiene un tercero, del cual está no menos seguro; y así á la sombra de la confianza se desacredita un hombre en toda una ciudad, y vosotros, que sois la primera fuente de

este desórden, ¿no seréis responsables mancomunadamente á Dios?

25. Ved aquí, pues, mis amados oyentes, el último carácter de este pecado : que además de atacar y perjudicar directamente el honor, tiene otras muchas consecuencias deplorables, que son, segun la doctrina de los teólogos, otras tantas cargas pesadas para la conciencia. ¿Lo ignorais vosotros por ventura? ¿No os ha enseñado la experiencia los daños que puede causar la maledicencia en la sociedad, y los males que pueden originarse de ella? Es de una grande importancia para el establecimiento de esta jóven que su virtud esté libre de toda sospecha ; mas vosotros no os habeis contentado con hacer nacer ciertas sospechas sobre ella, sino que habeis hecho conocer toda su flaqueza y la caída desgraciada á que la condujo una ocasion fatal. Ella la habia llorado delante de Dios, ella se habia sabido preservar en otras ocasiones, ella marchaba por un buen camino y cumplia todos los deberes de su sexo ; mas por haber hablado vosotros vedla abandonada vergonzosamente, é imposibilitada para siempre de aspirar á nada en el mundo. No era menos importante para este hombre sostenerse en un crédito que daba valor á su tráfico, y que contribuia al adelanto de sus negocios ; mas porque vosotros no habeis callado, segun las reglas de la caridad cristiana, ciertas faltas que ha cometido, y que tal vez habia tenido cuidado de reparar, habeis desconcertado todas sus medidas, y le habeis expuesto á una total ruina. Este marido y esta mujer vivian en buena armonía, y por la union de sus corazones conservaban en su casa la paz y el órden ; pero un discurso inoportuno vuestro ha hecho nacer en el espíritu del uno ideas sospechosas contra el otro ; y de aquí la tibieza, los disgustos, una guerra intestina que los ha separado y que muy pronto los llevará hasta el extremo de un divorcio escandaloso. Yo no acabaria, si tratase de presentar aquí todos los ejemplos que nos suministra la experiencia. ¿Qué hará este doméstico, y dónde podrá encontrar colocacion despues que vosotros habeis puesto en duda su fidelidad? ¿De cuánto peso no debe servir á este juez su autoridad para reprimir la licencia y administrar justicia, despues de las hablillas que habeis hecho correr acerca de él? ¿Qué fe se tendrá en este eclesiástico, y con qué fruto ejercerá su ministerio despues de las siniestras impresiones que ha causado una palabra escapada de vuestra boca, y que solo era propia para inspirar desprecio? Un hombre se pierde sin remedio por una palabra dicha por un grande, por una palabra dicha á un grande, ó proaunciada ante un grande ; porque es cierto, grandes del mundo,

que si la maledicencia es siempre temible, jamás tiene efectos mas funestos que cuando nace de vosotros, cuando tiene lugar ante vosotros, ó cuando se dirige á vosotros. Con respecto á los grandes, ya sean ellos los que hablen, ó sean los que escuchen, ninguna murmuracion es de poca importancia, todas son complicadas; es decir, que no se murmura en balde en presencia de los grandes, y que ellos no murmuran sin arruinar, sin destruir, sin dividir, sin turbar y trastornar. Entre el pueblo y en las clases medias hay algunas murmuraciones que, aunque parezcan muy graves, tienen pocas consecuencias; mas por parte de los grandes y con respecto á ellos no hay ninguna que no cause daño, ninguna que no cause profundas heridas y que no sea capaz de causar la muerte. Ved aquí, pues, lo que es necesario reparar. Los grandes no están mas dispensados de esta obligacion que los pequeños; por mas elevados que estén sobre los demás, deben hacerles justicia, y si no dan cuenta de esto á los hombres, la tendrán que dar á Dios.

26. ¿No tengo, pues, razon en admirarme de que, siendo la maledicencia tan perjudicial á los hombres, sean ellos sin embargo tan poco cuidadosos y tan poco circunspectos en abstenerse de ella? Pero ¿sabeis, cristianos, lo que me admira todavía mas? Que en un siglo como el nuestro, esto es, en un siglo en que no oimos hablar mas que de reforma y de moral estrecha se vean personas llenas de celo, al parecer, por la disciplina de la Iglesia y por la severidad del Evangelio, seguir con frecuencia los principios mas libres sobre uno de los deberes mas rigurosos de la justicia cristiana, que es la restitution y reparacion del honor. Un hombre habrá pasado toda su vida desacreditando, no solo á ciertos particulares, sino á sociedades enteras; él habrá empleado sus años en revelar mil hechos injuriosos y calumniosos; y como si no fuera bastante haberlos divulgado de viva voz, y haber informado á todo el mundo ó por sí mismo ó por otros de su modo de pensar, se servirá de la pluma para estamparlos en el papel, y perpetuar la memoria en los siglos futuros: sin embargo, este hombre muere sin dar ninguna satisfaccion de esta ofensa, y ni aun se piensa en tener escrúpulo alguno acerca de esto, y, sin dudar, se dice: Este fue un hombre de bien, este fue un gran siervo de Dios; él murió con unos sentimientos de piedad que penetraban los corazones y que edificaron á todos los fieles. Yo lo veo, hermanos míos, y no disputaré la opinion de su buena vida; pero, sin embargo, tres cosas me causan disgusto en su conducta: la una, que él tiene á su cargo una infinita multitud

de murmuraciones, y de murmuraciones atroces; la otra, que toda murmuracion que no se repara mientras puede y debe hacerse se convierte en un cargo para con Dios, y, segun la doctrina menos estrecha, en un título cierto de condenacion, y la tercera, en fin, que no hay prueba alguna de que este difunto se haya arrepentido de sus murmuraciones pasadas, ni de que haya tomado sus medidas para repararlas. Ved aquí lo que os dejo que concilleis con la santidad de la vida y la santidad de la muerte. Este es un misterio incomprensible para mí y un secreto que yo ignoro.

27. ¡Ay, cristianos! obremos mejor, y sin juzgar á nadie juzguémonos á nosotros mismos. Aprendamos á callar cuando la reputacion del prójimo puede interesarse en ello; y aprendamos á hablar cuando hay el mismo interés en que le devolvamos lo que le ha usurpado nuestra maledicencia. Todo lo que he dicho es tan conforme á la razon y á la equidad natural, que los mismos paganos no podrian menos de aprobarlo, y nosotros, iluminados con las luces de la fe; nosotros, inspirados por el espíritu de caridad que está difundido en la Iglesia, y que debe reinar en nuestros corazones; nosotros, discípulos de Jesucristo que se declaró el Señor y el Dios de la caridad, que nos ha dejado por herencia la caridad, que ha hecho de ella el gran precepto, y como el compendio de toda su ley, ¿serémos nosotros menos caritativos que los idólatras y menos equitativos con nuestros hermanos? Vosotros, mis amados oyentes, os escandalizais tanto algunas veces de ver el mundo tan corrompido; y á pesar de todo vuestro celo el mundo no se escandaliza menos de veros tan murmuradores. Vosotros os quejais tanto y tan altamente de que no existe entre los hombres inocencia ni piedad, y ellos se quejan quizá con mas razon de que en vuestras palabras y vuestras conversaciones no se manifiesta la piedad ni la inocencia. Renunciad á ese vicio, y formad ante Dios la resolucion de desarraigarlo de vuestra alma. Ved aquí uno de los propósitos mas necesarios que podeis formar, y que debeis ejecutar. Porque entre los peligros de la salvacion, dice san Gregorio, ninguno hay mas universal ni mas frecuente que la maledicencia: *Hoc maxime vitio periclitatur genus humanum.* (Greg.). ¡Dichosos los que se preservan de él, y le previenen gobernando su lengua, y no permitiéndole jamás que se desmande! ¡Dichosos los que tienen siempre la caridad en sus labios! Ellos conservarán la gracia en sus corazones, y poseerán la gloria en la eterna bienaventuranza, que os deseo á todos. Amen.

SERMON

SOBRE EL AMOR DEL PROJIMO.

Samaritanus autem quidam iter faciens, venit secus eum, et videns eum, misericordia motus est: et appropinquans, alligavit vulnera ejus; infundens oleum et vinum; et ducti in stabulum, et curam ejus egit. [Luc. x].

Mas un samaritano que pasaba, se llegó cerca de él, y cuando le vió, se movió á compasion; y acercándose, le vendó las heridas, echando en ellas aceite y vino; y poniéndolo sobre su bestia, lo llevó á una venta y tuvo cuidado de él.

1. Tal es, cristianos, el carácter de la caridad, y tales son los sentimientos que inspira. Ella se compadece de la miseria del prójimo, y léjos de limitarse á una estéril compasion, la acompaña con obras saludables, y nada omite de cuantos socorros puede prestar. Este caritativo viajero de nuestro Evangelio encuentra en su camino un desgraciado, herido mortalmente y echado en tierra: á este espectáculo se excita su piedad, y dejándose llevar de los primeros impulsos de su corazon, se aproxima á este miserable, lava sus heridas, le conduce á una casa, permanece todo un dia junto á él, y no lo abandona sino despues de haberle suministrado todo lo necesario para su curacion. Caridad que sin duda merece los mayores elogios, y que no podemos ensalzar lo bastante. Pero ¿sabeis, mis amados oyentes, lo que la realza todavía mas, y lo que la hace á un mismo tiempo el objeto de nuestra admiracion y el de nuestra indignacion? Pues es ver á un samaritano que se interesa por la suerte de un judío, cuando este judío se ha visto abandonado despiadadamente por otro judío y aun por un levita; un samaritano, repito, separado de los judíos por costumbres y por religion; ved aquí lo que debemos admirar. Y además de esto, que un judío y un levita hayan permanecido insensibles á la desgracia y al estado triste de este hombre, tan estrechamente unido á ellos por la misma creencia y por la misma ley; ved aquí lo que no se puede pensar sin llamarse de una justa indignacion. Entremos en nosotros mismos, her-

manos míos, y decidme si no es esto lo que observamos diariamente en el Cristianismo, donde á pesar del mismo bautismo, de la misma confesion y de la misma fe que nos une á todos con un lazo tan íntimo y tan santo, haya tantos cristianos que faltan á la caridad con otros cristianos. ¿No es cierto que muchas veces deberíamos esperar de los idólatras y de los paganos mayor conmiseracion en nuestras desgracias y mayor asistencia en nuestras necesidades? Pero de cualquier modo que sea, yo vengo hoy á hablaros de la caridad del prójimo; de esa caridad que la naturaleza nos manda, que Dios nos ordena, y que en la ley del Evangelio es para nosotros un deber todavía mas especial y mas indispensable. Dirijámonos á esa Madre de misericordia, por quien la caridad se ha difundido y se difunde continuamente sobre los hombres, y pidamos por su mediacion la gracia y los auxilios del Espíritu Santo: *Ave María*.

2. Á fin de tratar sólidamente una materia tan útil y tan importante, y para daros desde luego una idea justa de esa caridad que es el complemento de la ley, y que Jesucristo nos recomienda expresamente en el Evangelio de hoy, ved aquí, cristianos, en dos palabras todo el plan de mi discurso. Yo lo reduzco á dos verdades que pienso establecer, y de las cuales tengo derecho á esperar grandes frutos para la reforma de vuestra vida, si os llegais á persuadir de ellas. Os ruego que las oigais con atencion, porque ellas van á formar la division de mi discurso. Existen, dice san Juan Crisóstomo, dos clases de intereses que tienen relacion con la caridad, y que deben servir de regla en la práctica de esta virtud; á saber, el interés propio y el interés ajeno: el interés propio, que es el objeto ordinario de nuestras mas ardientes pasiones; y el interés ajeno, que generalmente nos mueve muy poco: el interés propio, que miramos con todo el cuidado posible; y el interés ajeno, que descuidamos y que tememos poco perjudicar: el uno, quiero decir, el interés propio, que es el obstáculo de la caridad; y el otro, esto es, el interés ajeno, que es su objeto. Siguiendo, pues, estos dos intereses tan diferentes, deduzco yo dos proposiciones: la primera, que no hay interés propio, por grande que sea, fuera del de nuestra alma, que no debemos estar prontos á sacrificar por la caridad cristiana; y la segunda, que no hay interés ajeno, por pequeño que sea, que no debemos respetar y atender para conservar la caridad cristiana: en efecto, ¿qué es lo que turba el orden de la caridad entre los hombres? Dos cosas: el deseo del interés propio, y el poco cuidado con el interés del prójimo. Se trata ahora de remediar el uno.

y el otro mal; pero ¿de qué modo? Enseñándoos á ceder por el bien de la caridad el interés propio; esta será la primera parte: y á respetar por el bien de la caridad el interés del prójimo; esta será la segunda. Procurad aprovecharos de estas lecciones, y no olvidar jamás estos dos deberes.

Primera parte.

3. Estar apegado con el espíritu y con el corazón á los intereses propios, y tener con el prójimo esa caridad universal que manda la ley de Dios, son dos cosas, cristianos, no solo difíciles de conciliar, sino contradictorias, segun la doctrina de san Pablo. ¿Quereis saber, hermanos míos, dice este gran Apóstol, cuál es la verdadera caridad? Pues es aquella que no busca su propio interés: *Charitas non querit quæ sua sunt.* (I Cor. xiii). Ved aquí una de las señales mas principales que quiere que reconozcamos en ella. De aquí deduzco yo que si no tenemos esa disposicion de espíritu que debe obrar en nosotros la gracia, y que yo llamo renuncia del interés propio, es imposible que amemos á nuestro prójimo segun las reglas y segun el orden de la caridad. Esta consecuencia es evidente segun los principios de la razon y de la fe; pero permitidme que os la explique y que la discuta con vosotros, á fin de sacar todo el fruto que ella contiene. Yo la encuentro fundada sobre cuatro pruebas que os deberán parecer igualmente sólidas: la primera es tomada de la naturaleza misma de la caridad en general; la segunda de las cualidades particulares de la caridad cristiana; la tercera de los preceptos y de las obligaciones rigurosas que la caridad impone segun los diferentes estados y las diversas condiciones de los hombres, y la última de los desórdenes que, en el comercio de la vida, destruyen diariamente y aniquilan la caridad: cuatro razones de la imposibilidad absoluta de conciliar el espíritu de caridad con el espíritu de interés. Procurad no perder nada de esta materia.

4. ¿Qué cosa es la caridad considerada en sí misma? (ved aquí la primera prueba): es una union de corazones y de voluntades. *Multitudinis autem credentium erat cor unum et anima una* (Act. iv), dice la Escritura hablando de los primeros fieles: no habia en todos ellos mas que un corazón y un alma, para expresar que tenian una caridad sincera. Pues bien, esto supuesto, ¿quién duda que el enemigo mayor de la caridad es la pasion del interés propio? En efecto, segun ha notado san Agustín, ¿cómo podrá un hombre estar unido

de corazon á su prójimo cuando se encierra en sí mismo, cuando solo vive para sí mismo, cuando no busca mas que á sí, ni ve mas que á sí, cuando no fija la atencion en los otros sino en tanto que le son útiles, pero siempre dispuesto á abandonarlos, por no decir á hacerles traicion, en el momento en que vea en ello la menor ventaja? Porque quien dice un hombre interesado dice todo esto. Vosotros mismos, cristianos, que poseéis la ciencia del mundo, y que tal vez habeis probado demasiado la condicion de estas personas mercenarias, ¿no es verdad que su verdadera caridad consiste en no amar á nadie sinceramente, y, por una correspondencia justa, en no ser amados sinceramente de nadie? ¿Por qué un hombre esclavo de su interés no ama á nadie con sinceridad? Porque tiene un corazon incapaz de estar unido á ningun otro corazon. Me explicaré. El corazon del hombre sigue naturalmente el interés, y donde quiera que se coloque nuestro interés, allí tambien estará necesariamente nuestro corazon: *Ubi est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum.* (Matth. vi). Dice el Salvador en el Evangelio: Donde está tu tesoro, allí está tu corazon. Si, pues, yo me formo un interés absolutamente propio, y totalmente separado del de mi prójimo, desde entonces separo mi corazon del suyo, y por esta separacion destruyo la caridad que debo tener por él. Porque la caridad reside en el corazon, y el centro del corazon es el interés. No hay nada comun entre mi prójimo y yo cuando se trata del interés: estamos, pues, separados por este lado; y como es indudable que el interés arrastra el corazon, estando separados nuestros intereses, nuestros corazones lo están tambien, y por consiguiente no tenemos ya esa union que forma la caridad. Y no se necesita mas que un solo interés (yo entiendo un interés buscado y perseguido con ahinco) para romper esta union. Tengo, pues, el derecho de decir que no hay interés alguno en el mundo cuya renuncia y sacrificio no sea, en cierto modo, esencial á la caridad; y así es como un filósofo podria discurrir, aunque solo se guiara por miras puramente humanas.

5. Vosotros me preguntaréis por qué me valgo de la Religion para probar esta verdad. ¡Ay! cristianos, lo hago así, segun la máxima de san Agustin, para confundirme y confundiros al ver que unas verdades como estas, de que la naturaleza ha tenido cuidado de instruirnos y convencernos por sí misma, tengan aun, supuestos los auxilios de la fe, tanta dificultad para entrar en nuestro espíritu, y al ver que toda la revelacion divina no hace en nosotros lo que debia hacer la filosofía sola. Lo hago para destruir un error

práctico que reina hoy entre los hombres, un fantasma de caridad con que se deslumbran, un amor imaginario del prójimo que se cree real y positivo. Se dice: Yo amo á esta persona porque Dios me lo manda; pero por lo demás no quiero trato ni sociedad con ella; yo nada le pido, ni le deseo mal ninguno; yo no tomo parte alguna en sus negocios; que él se esté en su casa, y yo en la mia; este es el único modo de mantener la caridad y de vivir en paz. ¡El único modo, hermanos míos, prosigue san Juan Crisóstomo, de mantener la caridad! ¿Es posible que vuestra ceguedad llegue hasta ese extremo? Y yo os digo que este es el único modo de mantener todas las discordias, de alimentar todas las aversiones, de fomentar todos los odios, de autorizar todas las venganzas, y de hacer morir en vuestros corazones hasta la raíz de la caridad. ¿Y en qué pensamos nosotros, añade este Padre, cuando hablamos de este modo? Nosotros reducimos toda la esencia de la caridad á términos puramente negativos; á no hacer todo el mal que podemos, á no conservar resentimientos, á no tener intencion de dañar. Mas yo os digo que aunque todo esto fuese cierto (lo que sucede pocas veces en el estado de desunion de que hablo), nada de esto es espíritu de caridad; que la caridad es cierta cosa positiva, y que es insostenible querer hacerla consistir en una diferencia de afectos que es una de las plagas mas peligrosas; que para amar al prójimo es necesario desearle el bien; que para desearle el bien es necesario tomar parte en sus intereses, y que no se puede tomar parte en ellos mientras que se está enteramente ocupado de los propios. Ved aquí, repito, lo que nos manda la ley de Dios; y el que nos diga lo contrario nos engaña y nos pierde; y si formamos nuestra opinion en perjuicio de esta doctrina, esta opinion es criminal; y si juntamos á esto, como sucede comunmente, la presuncion de una vana ciencia, lisonjeándonos de estar bien instruidos en este punto, y de saber hasta dónde se extienden los límites de la caridad, esta es una ciencia reprobada por Dios, una ciencia que nosotros condenamos en los demás cuando la usan con nosotros, en tanto que la justificamos en nosotros y no tenemos inconveniente en usarla con ellos. Esta era la reprension que hacia el Apóstol á ciertos pretendidos celosos, grandes predicadores de la caridad, sin embargo de ser ellos muy malos discípulos: *Qui ergo alium docet, te ipsum non docet.* (Rom. 11).

6. Repitémoslo, cristianos: ¿á qué nos obliga Dios, pues, cuando nos manda amar á nuestros hermanos? Despues de lo que hemos dicho, nada hay mas fácil que resolver esta cuestion: él nos obliga

á despojarnos, en favor de nuestros hermanos, de ciertos intereses propios que nos dominan, y que alteran ó corrompen de todo punto en nosotros el espíritu de caridad. Porque esto es propiamente lo que nos ordena por su Profeta, cuando nos dice : Formaos un solo corazon de muchos corazones, y esto es lo que promete darnos por otro Profeta, cuando añade : Yo les daré á todos un solo corazon. ¿Qué significa esto? pregunta san Agustin. Dios nos promete á todos un solo corazon, y quiere no obstante que nosotros mismos nos formemos este corazon. Si él nos lo da, ¿para qué nos manda que nos lo formemos nosotros? Y si debemos formárnoslo nosotros mismos, ¿por qué dice que él nos lo dará? *Quare jubet, si ipse daturus est; et quare dat, si homo factururus est?* (August.). Mas estas palabras, responde el mismo Padre, se concilian admirablemente, porque todo el misterio consiste en que esta union de corazones, en que consiste la caridad, es de tal modo obra de Dios, que no puede tener efecto en nosotros sin nosotros mismos: es necesario que la gracia la principie; pero es necesario tambien que nosotros la terminemos, ó, para hablar con mas exactitud, que nosotros cooperemos á ello. Pues bien, Dios nos promete esta gracia cuando dice : Yo les daré un solo corazon; y él mismo nos obliga á esta cooperacion cuando añade : Formaos vosotros un solo corazon. ¿Y cuál es esta cooperacion? Ya os lo he dicho : arrojar de nuestros corazones el propio interés y el amor propio que los poseen, para hacerlos susceptibles del interés del prójimo y de esa afeccion comun que hace la extension de la caridad; porque mientras nuestros corazones son interesados, es decir, preocupados de lo que nos interesa, de aquello que en rigor nos pertenece, de aquello que creemos se nos debe, estos son otros tantos corazones divididos, y que ninguna disposicion tienen para unirse en uno, porque cada uno de nosotros se forma el suyo propio; y así no observamos esta ley del Espíritu Santo : Formaos un solo corazon. Vosotros me diréis que si esto es así hay muy poca caridad entre los hombres : tal vez, cristianos, haya menos de la que creemos. Si hemos de juzgar por la oposicion de estas dos sentencias de san Pablo, en una de las cuales nos asegura que todos los hombres se hallan siempre dispuestos á buscar su propio interés : *Omnes quæ sua sunt quærunt*, y en la otra que la caridad tiene un propósito constante de no buscarlo jamás : *Charitas non quærít quæ sua sunt*, tal vez deduzcamos que esta virtud es una de las mas raras; y yo no dudo que una deducion tan terrible como esta nos haga temblar al considerar los juicios de

Dios. Porque, en fin, Señor, dirémos nosotros á Dios penetrados del sentimiento de esta verdad, si este desatreglo del amor propio, si este excesivo apego á mis intereses no debiera atraerme mas desgracia que la de poner un obstáculo á toda clase de amistad honesta, la de privarme de las ventajas y de las dulzuras de la sociedad, la de hacerme pasar por un espíritu bajo, y de hacerme odioso al mundo; aunque estas consideraciones me moviesen, apenas tendrían fuerza bastante para desasirme de mis intereses. Mas cuando yo reflexiono que si la pasión del interés propio se apodera una vez de mí no tendré ya caridad con mi prójimo, y que no teniéndola con mi prójimo no la puedo tener tampoco con Vos que sois mi Dios, y que no teniéndola con Vos que sois mi Dios, por una consecuencia funesta, pero necesaria, no debo esperar tampoco que la tengais conmigo que soy vuestra criatura; ¡ay! Señor, ¿qué cosa hay tan grande en materia de intereses que yo no esté dispuesto á renunciar, que yo no deteste y no aborrezca para evitar esta desgracia? Así es, repito, como hemos de hablar con Dios y con nosotros mismos.

7. Si, pues, esto es cierto, hablando de la caridad en general (segunda prueba), ¿qué deberémos decir de la caridad particular que el Hijo de Dios nos ha recomendado, y que es como el precepto capital de la ley que profesamos? Porque así como no toda clase de amor por el prójimo es caridad, así tambien no toda clase de caridad es caridad cristiana; y si no tenemos la caridad cristiana, aunque tengamos toda la virtud de los Ángeles, nada somos delante de Dios: *Si charitatem non habuero, nihil sum.* (I Cor. XIII). Aunque nos amemos como sábios y prudentes segun el mundo, aunque nos amemos como hermanos segun la carne, y aun cuando nos amemos segun Dios como hombres fieles asociados en una misma creencia, esto no basta: es necesario que nos amemos como discípulos de Jesucristo, porque sin esto no tenemos esa plenitud de justicia, mayor que la de los fariseos, que el Evangelio nos dice ser necesaria para entrar en el reino de los cielos, y la razon es, que el Salvador del mundo, nuestro soberano legislador, nos ha dado un precepto de caridad muy distinto de aquel que la ley natural y divina imponian á todos los hombres. Por esto es por lo que lo ha llamado su precepto: *Hoc est præceptum meum* (Joan. xv); por esto es por lo que le ha llamado un precepto nuevo: *Mandatum novum do vobis* (Ibid. XIII); por esto es por lo que lo ha establecido para que sirva como de símbolo á los que profesan su doctrina y su ley, declarando á los Apóstoles que por esto únicamente serian recono-

cidos en el mundo por discípulos suyos: *In hoc cognoscent omnes quod discipuli mei estis* (Ibid.); que no sería por la gracia de los milagros, ni por la ciencia de las Escrituras, ni por el resplandor de una vida austera y mortificada, porque todo esto podría convenir á otros tan bien como á ellos: *Hæc enim habere poterunt discipuli etiam non mei* (August.), le hace decir san Agustín; pero que ellos serían los únicos que practicarían esta caridad perfecta á la que él les obligaba. Y él ¡podía muy bien, prosigue san Bernardo, hablarles así, porque les había mandado que se amasen mutuamente como él les había amado: *Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem sicut dilexi vos*. Porque, si ha existido jamás una caridad nueva, singular, y de un carácter notable y especial, es evidente que es la que Jesucristo ha tenido con nosotros. ¿Y cuál ha sido este carácter distintivo? ¡Ay! ¿podemos ignorarlo, si tenemos siquiera la menor idea de Jesucristo? Este carácter ha sido el desinterés. Este divino Maestro nos ha amado hasta sacrificar por nosotros todos sus intereses en cualidad de Hombre-Dios; él nos ha amado hasta hacerse pobre, de rico que era, ved aquí el interés de su dominio y de sus bienes; hasta anonadarse por el exceso de una humildad sin límites y sin medida, ved aquí el interés de su gloria; hasta tomar la forma de siervo, ved aquí el interés de su libertad; hasta convertirse en un hombre de dolor, ved aquí el interés de su bienaventuranza; hasta morir como un criminal, ved aquí el interés de su reputación y de su vida: ¿lo diré de una vez? hasta presentarse delante de Dios como un anatematizado, y hasta ser tratado como un objeto de maldición, ved aquí el interés de su santidad y de su inocencia.

8. Todo esto lo hizo voluntariamente, porque sin esto podía haber satisfecho por nosotros plenamente; pero quiso que lo que en él fue libre fuese en nosotros necesario, y de lo que él ha hecho el mérito de su caridad ha hecho también la obligación de la nuestra. Porque pretender amar á nuestros hermanos sin que nada nos cueste, sin renunciar á nada, y sin privarnos de nada; creer que tenemos por ellos la caridad cristiana, y permanecer tan firmes en nuestras pretensiones, tan celosos de nuestros derechos, tan delicados sobre nuestro honor, tan amantes de nuestras personas, como nos lo inspira el espíritu del siglo por un falso pretexto de caridad y de justicia para con nosotros mismos, es un error. ¡Ay! mis amados hermanos, para esto no era necesario que Jesucristo hubiera venido á servirnos de modelo; sin él teníamos demasiados ejemplos de esta caridad: su gracia misma nos ha sido inútil, pues

que nosotros encontramos el principio en nosotros mismos. No era necesario que este Dios hecho hombre nos hubiera hecho de esto un precepto nuevo, pues que en todos tiempos se han amado los hombres de este modo; y esta caridad es tan antigua como el mundo. En vano era que nos hubiera recomendado su ejercicio como la sola señal que debía distinguir á sus discípulos, pues que los paganos y los infieles han estado siempre en posesion de la misma ventaja; y jamás podrémos responder á la reconvencion que él nos hace por sus palabras del Evangelio : *Nonne et ethnici hoc faciunt?* (Matth. v). Sin embargo, hermanos míos, dice san Juan Crisóstomo, ved aquí nuestra vergüenza y el motivo de nuestro escándalo. En otro tiempo se distinguían los cristianos por la caridad, porque la caridad de los cristianos triunfaba de todos los intereses de la tierra; y al presente se nos podría distinguir muy bien por los desórdenes de nuestra avaricia, pues que toda nuestra caridad no es otra cosa que amor propio é interés. Mejor dirémos : otras veces los enemigos mismos de Jesucristo, sorprendidos del generoso desprendimiento que notaban en los fieles, les tributaban con admiracion este testimonio en forma de elogio : *Videte quomodo se diligunt.* (Tertul.). Ved cómo se aman entre sí; mas en la actualidad, por un trastorno bien extraño, sorprendidos del modo con que los fieles cumplen entre sí con los deberes de caridad, podrian ellos con las mismas palabras, pero con la mas cruel y la mas justa ironía, rendirles un testimonio totalmente opuesto : *Videte quomodo se diligunt.* Mirad cómo se aman, y como bajo este hermoso nombre de caridad conservan el mas sutil y el mas puro egoísmo. Ved como esta caridad de que ellos se jactan, y que ensalzan como á la reina de todas las virtudes, es la esclava de todas sus pasiones. Ved como ella es dirigida por una avaricia artificiosa, como es conducida por el móvil de una ambicion profana, como es corrompida por los sentimientos de un afecto impuro : *Videte quomodo se diligunt.* Porque las cosas han llegado hasta ese extremo. Eso que los paganos, hablando de buena fe, llaman obligacion de afecto, alianza de interés, apego á la fortuna, nosotros, por un abuso de términos, que no puede ser sino monstruoso, lo llamamos caridad y deber de religion. Cuando un idólatra ama así á otro idólatra, por poco que se consulte á sí mismo conocerá que no le ama con un amor razonable y virtuoso; y nosotros, por una moral mas refinada, hacemos de este amor un amor cristiano. Este infiel, juzgando una caridad tal segun sus propias miras, no podrá po-

nerla de acuerdo con la corrupcion de su ley, y nosotros encontramos medios para ponerla de acuerdo con la perfeccion de la nuestra; de modo (y esto es lo admirable) que lo que no seria caridad para él lo es para nosotros.

9. Cuando yo veo, pues, á un hombre del mundo, y si así lo quereis, un hombre separado del mundo (porque en esto no hay diferencia de condiciones, y quiera Dios que los mas devotos no sean los mas expuestos y los mas sujetos á los desórdenes que yo condeno); cuando yo veo á un cristiano no tener con los demás sino esta caridad interesada, es decir, no amar con una caridad oficiosa y servicial sino á aquellos á quienes está obligado, á aquellos que le agradan, á aquellos que le son útiles ó necesarios, y no tener para todos los demás sino una caridad indiferente, estéril, sin movimiento y sin accion; una caridad que nada cede, que nada disimula; una caridad sensible á la injusticia, incapaz de tolerar los defectos; una caridad caprichosa, desconfiada, fácil de irritarse; que cuando una vez se altera se hace furiosa, desdeñosa, sin volver jamás en sí, queriendo siempre que se le adivine el deseo; que olvida pronto el bien, y conserva eternamente la memoria del mal; que considera esto como un punto de honra, como ciencia de mundo y como fuerza de espíritu, y que para colmo del error se lisonjea aun de ser, no solamente lo que se llama caridad, sino lo que san Pablo entiende por esa caridad eminente que hay en Jesucristo, y que debemos tener todos; cuando veo, repito, á un cristiano con tales disposiciones, ¡ay! hermano mio, podré decirle con san Agustin: vuestro estado es deplorable, y la senda por donde caminais y por donde os extraviais está muy apartada de las de Jesucristo. Si este Dios Salvador no hubiera tenido por nosotros otra caridad que esa, ¿á qué estaríais reducido? Si él no hubiera amado mas que á las personas dignas de amor, y que le hubieran glorificado, ¿qué os hubiera sucedido? ¿Para qué le podíais servir? ¿Qué teníais que fuera digno de él? ¿Qué veía él en vuestra persona que fuera capaz de llamarle la atencion? Si él hubiese esperado á que hubiéseis hecho esfuerzos para adquirir su gracia, ¿qué recurso quedaba para vuestra salvacion? ¿No ha sido necesario que él se haya humillado, y que por una condescendencia puramente divina de su amor os haya buscado primero? ¿Es justo que vos hayais mirado mas por vuestro interés que él por el suyo? ¿No es injusto que trateis á vuestros hermanos con mas dureza que él os ha tratado á vos? que exijais de otros mas de lo que se os ha exigido?

que os enfadeis con vuestro prójimo de muchas cosas de que él no se ha enfadado? que no podais sufrir lo que él ha sufrido, que no podais amar lo que él ha amado, como si vuestra caridad debiera tener mas miramientos que ha tenido la suya, como si la vuestra tuviera el derecho de restringirse y economizarse cuando la suya se ha prodigado? Sin embargo es de fe, cristianos, que la caridad de este Hombre-Dios debe ser la regla de la nuestra, y es de fe que en el tribunal de Dios será medido vuestro amor para con los hombres. No se os tendrá en cuenta que hayais tenido una caridad comun: se os pedirá la caridad de Jesucristo, *charitatem quæ est in Christo Jesu*; y para que no podais defenderos se os presentarán las palabras mismas de la ley: *Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem sicut dilexi vos*. Ved aquí mi precepto, que os ameis mutuamente con el mismo amor con que yo os he amado. Este no es un consejo cuyo cumplimiento lo haya dejado á vuestra voluntad, no es una obra de supererogacion la que os he propuesto; es un precepto que os he impuesto, del cual es necesario que me deis cuenta: *Hoc est præceptum*. ¿Qué tendrémós que responder á esto?

10. Mas, sobre todo, ¿manda la caridad renunciar á toda clase de intereses? Sí, cristianos, y mi tercera prueba es que no hay ningún interés propio, de cualquier clase que sea, fuera del interés de la salvacion, cuya renuncia no sea en muchos casos un precepto riguroso de la caridad que debemos á nuestro prójimo. Hablarémós con exactitud y demostraremos que en las decisiones de la teología no hay nada que pueda relajar esta moral cristiana. La induccion será fácil, y vosotros aprenderéis en lo que consiste el amor del prójimo: vedlo aquí.

11. Exponer la propia vida por la caridad es lo que desde luego parecerá increíble; y sin embargo hay una obligacion estrecha de hacerlo. En lo que reconocemos, dice san Juan, el amor de nuestro Dios, es en que ha dado su vida por nosotros, y por esto es por lo que debemos tambien nosotros dar la vida por nuestros hermanos. Tal es la resolucion del mismo Espíritu Santo, en la que no hay oscuridad ni equivocacion. No dice que podemos hacerlo, sino que debemos: *Et nos debemus*. (I Joan. v). Y ciertamente en muchos casos hay una obligacion formal de hacerlo. Por esta razon san Cipriano persuadia á los habitantes de Cartago que el contagio con que habia sido afligida dicha ciudad solo era una prueba general que Dios habia querido hacer de la caridad de sus

habitantes; que él habia querido enseñarles lo que los Santos debían á los pecadores, lo que debían los hijos á sus padres, lo que los padres debían á sus hijos, los amos á los criados, y los criados á los amos; que por eso les habia puesto en la necesidad de exponerse los unos por los otros, y de sacrificar sus propias vidas para asistirse mutuamente: *Quale illud est, dilectissimi, quod pestis illa grassatur? explorat justitiam singulorum.* (Cyprian.). Pues bien, lo que san Cipriano decia entonces puedo aplicarlo yo á otros muchos casos; y en efecto eso mismo es lo que hace culpable á un prelado cuando abandona su grey, eso mismo es lo que constituye el crimen de un magistrado cuando por un amor excesivo á su reposo y á su comodidad no cumple sus obligaciones para con el público; porque si yo estoy obligado á dar mi vida por mis hermanos, ¿por qué no lo estaré tambien á privarme por ellos de mi reposo y de mi comodidad? *Et nos debemus pro fratribus animas ponere.*

12. Renunciar á su honor y á su reputacion; digo á ese honor del siglo; que á pesar de lo quimérico y vano que es no deja por eso de sernos mas precioso que la vida. En otro tiempo este honor mundano inspiraba á los hombres un furor tal, que les arrastraba á los mayores excesos, hasta el extremo de provocarse y quitarse la vida unos á otros; y en tales circunstancias la ley de Dios mandaba consentir mas bien en verse deshonrados que cometer semejantes atentados: mas ahora que las leyes humanas han reprimido esta licencia, este honor, cuya pasion no se ha extinguido, no osando resistir á la autoridad de los hombres, resiste todavía á la de Dios, y en vez de aquellos sangrientos combates que le fueron prohibidos, inspira odios, cóleras, venganzas, que tal vez no son menos criminales ante Dios; y si no se renuncia á este honor, es imposible defenderse de estos desórdenes condenados expresamente por la caridad.

13. Renunciar á sus bienes y á sus derechos; deber todavía mas expreso en el Evangelio y con palabras mas terminantes. Porque ¿qué precepto mas terminante pudo darnos sobre esto el Hijo de Dios que el que leemos en el cap. vi de san Lucas, donde nos manda que no reclamemos nuestros bienes á aquel que nos los ha arrebatado? *Ei autem qui aufert quæ tua sunt, ne repetas.* (Luc. vi). Mas ¿no me será permitido reclamarlos judicialmente; y siempre que yo no me haga justicia por mi mano no podré valerme de los medios legales para sostener y perseguir mi derecho? Escuchadme, cristianos, sobre uno de los puntos de conciencia mas importantes

que jamás se os hayan explicado quizá en esta cátedra. ¿No me es permitido proseguir mi derecho en justicia? Sí, mis amados oyentes, cuando esta justicia puede avenirse con la caridad. Porque en el momento en que la caridad se encuentra perjudicada por esta justicia, eso que llamais justicia se convierte para vosotros en la mayor injusticia, pues que al procuraros una sombra de bien os hace perder el bien sólido y verdadero. Pues en muchas circunstancias esta pretendida justicia y la caridad son incompatibles. Comprended mi pensamiento, porque os hablo con todo el rigor escolástico. Son incompatibles, digo, de parte de vuestro hermano, cuando os consta que sin fraude ni mala fe carece de medios con que satisfaceros, y que el recurso que entablaréis contra él no tendrá otro efecto que el de arruinarle, el de oprimirle, el de abrumarle con gastos inútiles y el de reducirlo á la desesperacion. Porque entonces esta justicia se convierte en crueldad, y la renuncia de vuestro derecho es un precepto de misericordia. Incompatibles por vuestra parte, cuando segun la experiencia que teneis de vosotros mismos, esto es, de vuestro espíritu y de vuestras disposiciones naturales, no os podeis prometer razonablemente que proseguiréis este pleito sin que la animosidad y la pasion, no solo tomen parte en él, sino que se apoderen de vuestro corazon, porque entonces es necesario renunciar á estos bienes; ¿y por qué? Porque la caridad que perdeis debe seros mas preciosa, y os es tambien mas necesaria. Y ved aquí, cristianos, el sentido de esta doctrina de Jesucristo, tan sorprendente, que la prudencia de los hombres del siglo ha querido condenar, y que es sin embargo justa y razonable, cuando os dice en el capítulo v de san Mateo, que si alguno os quita injustamente la túnica le debeis dejar tambien el manto: *Dimitte ei et pallium.* (Matth. v). Y no se sigue de aquí que el uso de los procedimientos de justicia esté absolutamente prohibido por Dios, y que no sea lícito recurrir á ellos. Hablar así, y condenar generalmente y sin distincion los pleitos en sí mismos, es ser ignorante y temerario; así como autorizarlos generalmente y sin distincion seria, principalmente en un ministro de la divina palabra, ser un prevaricador. Pero de aquí se sigue que el litigio es una de esas cosas indiferentes, cuyo uso suele ser muy peligroso; ó mas bien, de esas cosas que, aunque indiferentes por su naturaleza, son casi siempre malas por sus circunstancias. En efecto, cualquiera que por experiencia ha reconocido que no puede pleitear sin ponerse en ocasion próxima de pecar, es decir, de enga-

ñar, de odiar, de maldecir, desde entonces, sin pasar mas adelante, debe mirar el proceso como un crimen, y persuadirse que por mas derecho que tenga ante los hombres comete, segun Dios, una injusticia desde el momento en que entabla un proceso; y que á él es á quien se dirigen estas palabras de san Pablo: ;Ay! hermano mio, ¿por qué no sufres mas bien la injuria y el engaño? *Quare non magis injuriam accipitis? Quare non magis fraudem patimini?* (I Cor. vi). Pues bien, el mundo está lleno de esta clase de personas, quiero decir, de estos cristianos ardientes y ávidos, que son incapaces en la prosecucion de un litigio de guardar la moderacion de la justicia, y mucho menos la dulzura de la caridad; y ved aquí por qué digo que la mayor parte de los pleitos son ocasiones de violar la caridad. Esta moral no es exagerada, pues que tiene por autores á Jesucristo y á su Apóstol. Vosotros me diréis que ella puede turbar las conciencias; y yo os respondo que siendo bien entendida y bien seguida, en vez de turbarlas las calmará y las edificará; ¿y por qué? Porque ella hará á los hombres mas circunspectos en una cosa tan delicada como esta; porque ella los pondrá en estado de conducirse bien; porque antes de empeñarse en un negocio de esta naturaleza les moverá á hacer serias reflexiones y esfuerzos generosos de caridad. Si fuéramos nosotros tales como san Pablo ha querido formarnos, no demandaríamos una estricta justicia, y sacrificaríamos sin trabajo nuestras pretensiones á la caridad; mas porque somos duros é interesados nos atonemos estrechamente á los límites de la ley, y es bastante si ella puede contenernos.

14. Pero al fin tal cosa se me debe en rigor de justicia. Ya lo veo, mi amado hermano; mas ¿qué deducís de ahí? ¿Es esta una máxima, no digo cristiana, sino honesta, exigir rigorosamente todo lo que se os debe? Aun en rigor de justicia, ¿no es ella muchas veces una injusticia? Si siempre se obrase así, ¿qué caridad, qué union, qué sociedad habria entre los hombres? Es necesario, pues, discurrir del modo opuesto, y decir: esto me es debido en rigor, mas yo quiero perdonarlo liberalmente; ¿y por qué? Porque puedo engañarme en este particular, y porque cada uno cree siempre tener derecho, aun cuando ciertamente no lo tenga; porque aunque yo lo tuviese me pondria en peligro de proseguirlo con demasiado calor, y de una buena causa haria una mala; porque si yo estoy seguro de mí mismo, no lo estoy de mi prójimo, el cual, ó no está persuadido de mi derecho, ú ofendido porque le he tratado

con todo el rigor de la ley, se resentirá de ello, y tal vez no me lo perdonará jamás. Ved aquí lo que yo debo decirme á mí mismo; y sin este desprendimiento del propio interés ¿cuántos desórdenes no arruinan diariamente la caridad? Esta es la cuarta y última prueba.

15. Quitad el interés propio, ó mas bien la pasión del interés propio, y yo os responderé de la caridad de los hombres. No habrá mas discordias entre ellos, ni mas querellas entre los particulares, ni mas divisiones en las familias, ni mas parcialidades en los Estados, ni mas cismas en la Iglesia, porque todos estos desórdenes nacen ordinariamente del interés. Vosotros lo sabeis y lo veis diariamente en el mundo. ¿Por qué se odian los unos á los otros? Por el interés. ¿Por qué se destrozan mutuamente? Por el interés. ¿Por qué trabajan para destruirse ó se destruyen en efecto los unos á los otros? Por el interés. ¿Cuál ha sido el principio de tantas herejías y de tantas sectas en el Cristianismo? ¿Quién las ha sostenido? El interés. Si, pues, yo tengo celo por conservar la caridad, debo, en cuanto me sea posible, combatir en mí mismo el espíritu de interés. En el cielo, dice san Juan Crisóstomo, no hay guerras, no hay celos, no hay pasiones que turben la paz. Mas ¿de dónde nace esta union tan estrecha y tan constante entre los Santos? ¿Es porque ven á Dios, porque le aman, porque están en estado de gracia, porque gozan de la bienaventuranza? Todo esto contribuye sin duda á conservar la caridad; mas, ved aquí una causa mas inmediata, y es que entre los bienaventurados no se usan esas palabras de tuyo y mio; porque no se dice entre ellos: esto es mio, esto no os pertenece, vos no teneis derecho sobre esto: *Ubi non est meum ac tuum, frigidum illud verbum.* (Chrysost.). Allí solo hay un interés único para todos, que es el de poseer á Dios, y como Dios solo basta á todos sin dividirse, permanecen todos reunidos en su seno. Nosotros, cristianos, estamos muy léjos de este estado. Lo mio y lo tuyo son las palabras mas comunes en el mundo, y nosotros no podemos dejar de usarlas; mas esto mismo es lo que nos condena, si no tenemos toda la vigilancia necesaria para no romper el lazo de la caridad; porque si estuviésemos exentos de los intereses propios como los Santos en el cielo, y nos mandase Dios guardar la caridad, no seria difícil guardarla; ó si viéndonos Dios sujetos á estos intereses terrenos no nos hiciese de la caridad un precepto riguroso, nada tendríamos que temer. Pero teniendo intereses propios, como tenemos, y hallándonos por

otra parte obligados á cumplir indispensablemente los deberes de la caridad, ved aquí, hermanos míos, prosigue san Juan Crisóstomo, lo que debe tenernos en un temor y en una atencion continua, de miedo que la pasion del interés no se encienda en nuestro corazon y se enfrie la caridad. Mas esto no es todo; porque la misma caridad, que debe hacernos renunciar de ese modo á nuestro propio interés, debe hacernos al mismo tiempo respetar y cuidar el interés del prójimo, como os lo voy á demostrar en la

Segunda parte.

16. ¿Es acaso una paradoja en nuestra Religion decir que estamos obligados á respetar el interés de otro, al mismo tiempo que Dios nos manda sacrificar nuestro propio interés, y que la caridad imponga el precepto de cuidar de lo que pertenece al prójimo, despues de mandarnos renunciar de espíritu y de corazon á lo que pertenece á nosotros? No, cristianos, esta no es una verdad dudosa ni que pueda ser negada por nadie. Este es un principio de moral reconocido generalmente, y no es necesario recurrir al Cristianismo para persuadirse de él. El mundo mismo conviene en ello; y aunque esta obligacion sea una de aquellas que él viola con mas frecuencia en la práctica, no deja en teoría de tenerla por una obligacion y una virtud. En efecto, nota san Juan Crisóstomo, todo hombre á quien se confia intereses de otro se cree obligado por honor á administrarlos con mas fidelidad que los suyos propios; y el cargo que se le haria por haber descuidado estos intereses le seria mas injurioso que si se le acusara de haber descuidado los suyos propios. Pues bien, si el mundo, en medio de la relajacion y de la corrupcion á que le ha reducido el amor propio, tiene sin embargo unos sentimientos tan rectos, ¿cuáles deben ser los nuestros, que nos gloriamos de ser cristianos? ¿Y á qué no debemos estar dispuestos para cumplir en esta materia, como en las demás, la perfeccion que el Evangelio exige de nosotros?

17. Es muy justo, dice san Ambrosio (y esta reflexion es muy sabia), es muy justo que Dios establezca este orden entre los hombres, es decir, que nos mande tener cuidado con los intereses del prójimo, en tanto que nos obliga á un desprendimiento sincero de los nuestros; ¿y por qué? Porque él sabia, añade este santo Doctor, que por mucho desprendimiento queuviésemos de nuestros propios intereses todavía nos quedaria demasiada atencion y de-

masiado ardor para sostenerlos; y que por muy celosos que fuésemos por los intereses de otro apenas tendríamos el que reclama una estricta justicia. De aquí nace, prosigue el mismo Padre, que entre los preceptos de caridad expresados en el Decálogo no hace Dios mencion del amor de nosotros mismos, aunque, absolutamente hablando, un amor propio, honesto y arreglado es un precepto, no solo indispensable, sino de derecho natural y divino; Dios dijo á su pueblo por medio de Moisés su legislador: Amarás al Señor tu Dios; ved aquí el primer mandamiento, al cual juntó el segundo: y á tu prójimo, que mirará como tu hermano. Mas aquí terminó, y no añadió: te amarás tambien á tí mismo con ese amor justo y legítimo que la naturaleza te inspira. Porque hubiera sido inútil, prosigue san Ambrosio, que Dios hubiera provisto á la observancia de este deber por una ley particular. Él estaba seguro de que el hombre no se olvidaría de sí mismo; y en este concepto, bien léjos de excitarnos á amarnos á nosotros mismos, pensó desde luego darnos en la ley de gracia ese gran precepto de odiarnos y de renunciar á nosotros mismos.

18. Mas sea de esto lo que fuere, cristianos, nada hay mas cierto que la proposicion que yo establezco, esto es, que no hay interés ajeno, por pequeño que le supongamos, que no deba respetarse; y ved aquí las razones. En primer lugar, porque todo interés ajeno es esencialmente objeto de la caridad que yo tengo; y en este concepto debe serme no solamente amado, sino tambien venerable. En segundo lugar, porque este interés ajeno, que me parece pequeño en sí mismo, con respecto á la caridad es casi siempre importante en sus consecuencias; en sus consecuencias, pues, debo yo considerarlo para conocer bien las obligaciones que me impone segun Dios. En tercer lugar, porque no hay interés ajeno, por pequeño que sea, cuyo desprecio ó descuido, por la debilidad humana, no pueda ser pernicioso á la caridad; pues bien, yo me hago inexcusable si llego á despreciarlo, y si en los negocios ordinarios no guardo toda la circunspeccion que pide la prudencia cristiana. Tres razones que para desenvolverlas bien eran necesarios otros tantos discursos, pero que no haré mas que proponérselas en pocas palabras para no abusar de vuestra paciencia.

19. Sí, mis amados hermanos, eso que llamamos el interés ajeno es el objeto esencial de la caridad que debe haber en nosotros, y lo que, segun Dios, debe excitar mas nuestro celo y nuestro cuidado. Si este interés se considera bajo el aspecto de la amistad,

¿con cuánta exactitud, mejor dirémos, con cuánta religiosidad no se tratará? ¿Qué fidelidad no aparentará el hombre para dar un testimonio del aprecio que le inspiran los intereses de un amigo? ¿Hasta qué punto de escrupulosidad y exactitud no querrá llevar este respeto y este celo? Ved aquí, pues, dice san Agustín, el des-órden de que debemos reconvenirnos. Nosotros hacemos de la amistad una especie de religion; y de la caridad, que es la *massanta* de las virtudes, un objeto de profanacion. La amistad nos hace circunspectos, moderados, previsores, generosos, fieles; y la caridad no hace en nosotros otro tanto. Sin embargo la fe nos enseña que si la caridad no es en nosotros mas fuerte y mas eficaz que la amistad, serémos no solo hombres vanos, sino reprobados por Dios. ¿Qué se debe deducir de aquí? Pero reflexionemos. No es solo el interés del hombre, hablando con propiedad, lo que yo respeto cuando temo, por ejemplo, manchar el honor, perjudicar los derechos, ó contradecir el parecer de otro; sino que me propongo otro fin mas noble. Estos sentimientos, este derecho, este honor de otro, se me presentan revestidos del carácter de la caridad cristiana, y esto me basta para no atentar jamás contra ellos. Este carácter de caridad que tienen todas las cosas interesantes al prójimo me parece como una salvaguardia que Dios ha puesto en ella; y esta salvaguardia, si obro con el espíritu de la fe, es mucho mas segura y mucho mas propia para contenerme que los demás respetos humanos. En esto es, pues, en lo que consiste el ejercicio de la caridad; porque la caridad, como he dicho, no es una virtud ociosa ni abstracta; ella tiene un motivo que la ocupa y que la mueve á obrar, y este motivo es el interés ajeno de que hablamos. El amor propio forma proyectos contra el interés; la caridad se le opone. Este interés es combatido por nuestra ambicion ó por nuestra emulacion; la caridad lo defiende. Nosotros perjudicamos este interés por nuestra imprudencia; la caridad lo remedia. Nosotros destruimos este interés con nuestra injusticia; la caridad lo repara y lo restablece. Ved aquí cuál debe ser su accion en nosotros, porque amar al prójimo, y no tener con él deferencia, ni condescendencia, ni moderacion, ni precaucion, ni cuidado con serle útil, ni temor de dañarle y de desagradarle, esta es una caridad que san Pablo no ha reconocido, y que pasará siempre por quimérica cuando se compare con aquella cuya excelente pintura nos ha hecho este grande Apóstol. No obstante esta caridad quimérica y falsa es la que el error y la ceguedad del mundo querrá sostener. Así

como se figura una caridad que no excluye el propio interés, y con la que se pretende poner de acuerdo toda la corrupcion del interés propio, así tambien se supone una con la que el desprecio del interés ajeno sea compatible. Hablo de esa caridad que sabe perfectamente sobreponerse al interés del prójimo, y que, bien léjos de hacerse esclava de él, se cree en el derecho de hacer de él, segun su capricho, una diversion y un juego. Aun se ha encontrado en el Cristianismo el secreto de amar á los hermanos, causándoles al mismo tiempo todos los disgustos que se les causarian si fueran nuestros mayores enemigos; y esto es tanto mas peligroso, cuanto que en el mismo acto se les protesta altamente no tener nada contra ellos. Porque se les critica, se les contradice, se les mortifica, se censuran sus acciones, se contradicen sus designios, se rebajan sus méritos, y entre tanto se asegura y se protesta que se les tiene amor, como si todo esto fuera indiferente á la caridad, y como si ella no hubiera de tomar parte alguna en esto. Yo os pregunto, pues, si hay una ilusion mas grosera ni mas deplorable.

20. Pero estos intereses ajenos, me diréis, son generalmente una cosa muy pequeña para que la caridad imponga una obligacion tan severa. Y yo sostengo (segunda razon) que en materia de caridad, y sobre todo de caridad cristiana, nada hay pequeño, y que con respecto á esta virtud, si lo consideramos bien, todo debe ser de importancia. ¿Y por qué? No solamente para remediar el desórden de la prevencion de nuestro espíritu, que hace que cuando se trata del interés de otros, moviéndonos tan poco como nos mueve, jamás formemos un juicio equitativo, y que tan ingenioso como es el amor propio para abultar en nuestra imaginacion las ofensas mas pequeñas que se nos hacen, tan sutil y artificioso es para disminuir en nuestra estimacion las ofensas mas graves que se hacen al prójimo (verdad que nos muestra la experiencia, y que tiene relacion con lo que el Sábio llamaba abominacion para con Dios, cuando decia que nosotros tenemos dos pesos y dos medidas; la una para nuestras injurias propias, que consiste en exagerarlo, abultarlo y realzarlo todo, y la otra para las injurias ajenas, que consiste en graduarlas de bagatelas, y en tenerlo todo por nada): *Pondus et pondus abominatio est apud Deum.* (Prov. xx). No solamente, digo, por esta razon que es general, sino tambien por otra que es muy especial, y que no puede negarse; porque, en efecto, dice san Juan Crisóstomo, lo que es pequeño en sí mismo es casi siempre, con respecto á la caridad, importante en sus consecuencias, y no

debe ser medido segun los estrechos límites de la injusticia particular que encierra, sino segun la extension de los males casi infinitos que puede producir.

21. Así, por ejemplo, mi amados oyentes, esa burla que habeis hecho, que ha parecido fina é ingeniosa, pero que ha sido á costa de vuestro prójimo, y que tal vez ha sido aplaudida por aquellos que ningun interés tenian en ella, desde el momento en que llegue á la persona contra quien habeis hablado, ¿qué movimiento de despecho y de indignacion no excitará en su corazon? Esa obstinacion generalmente pesada y caprichosa que teneis en contradecir el buen humor de vuestro hermano; esa palabra brusca y altanera que se os ha escapado hablando con él; esa falta de agrado en una ocasion en que debíais tenerlo; ese desden poco honesto y desagradable á un servicio que él os ha hecho, ¿no son estos los principios de la aversion que os muestra en todas ocasiones? Si vosotros hubiérais respetado la caridad, si hubiérais sido para con este hombre tan comedidos y tan prudentes como quereis que lo sean con vosotros, la paz, que es el fruto de la caridad, no se habria alterado jamás entre vosotros y él. No se hubieran visto esas disensiones, esas iras ni esas venganzas que han estallado. Ese incendio no ha nacido sino de una chispa, yo lo confieso; pero por eso mismo es por lo que debíais haberlo apagado en su origen, y por lo que sois culpables del incendio que esta chispa ha producido. En efecto, nosotros vemos diariamente que las mayores disensiones, las enemistades mas violentas, los mas escandalosos divorcios, no han tenido otro origen que ciertos pequeños intereses del prójimo perjudicados por la indiscrecion, pero que con el tiempo han conducido á todos los excesos de la pasion y de la animosidad. Y bien, ¿quién puede dudar que la caridad no sea responsable de estas consecuencias? ¿Y por qué no ha de serlo, cristianos, ó, mas bien, por qué no hemos de ser nosotros responsables por ella? Supuesto que estas consecuencias son tan funestas como nos muestra la experiencia, ¿por qué no hemos de estar obligados á preverlas, y previéndolas á evitarlas? ¿No tenemos bastante conocimiento del mundo para conocer esto, ó mostramos acaso en el resto de nuestras acciones que lo ignoramos? Cuando se trata de captarse la voluntad de un grande ¿omitimos acaso las cosas mas pequeñas? Persuadidos de que nuestra suerte depende de él, ¿no nos formamos una ley de agradarle en todo y de conformarnos con todas sus inclinaciones? ¿Es acaso exigir mucho de nosotros cuando se quiere que hagamos por el interés de la

caridad lo que creemos que debemos hacer por un interés temporal?

22. Se cree estar suficientemente justificado cuando se dice: Yo no he atentado contra el honor ni contra la reputacion de aquellos que se quejan de mí; yo no les he faltado en ninguna cosa de entidad; pero no se considera que esta es una de las mas vanas excusas con que se encubre la malicia del mundo. Porque lo que destruye la caridad entre los hombres no es solamente ni siempre aquello que los hombres llaman cosas de entidad con respecto al honor y á la reputacion, pues hay muchos que no se ofenden menos cuando se les critica de ignorancia y de rudeza que cuando se les acusa de falta de corazon y de probidad. Decid de una mujer de mundo que es ridícula en sus modales y despreciable en su figura, y la ofenderéis mas vivamente que si le echárais en cara un comercio ilícito. Lo que destruye la caridad entre los hombres es con respecto á cada uno aquello que le disgusta, aquello que le enfurece y le llena de amargura; y cuando yo me tomo la libertad de molestarles sobre cualquiera de estos particulares me hago responsable ante Dios de todo lo que pueda resultar.

23. En fin, hermanos míos, concluye san Bernardo (y esta es la última razon), nosotros debemos convencernos que siendo la caridad la cosa mas delicada del mundo, quiere, por decirlo así, ser respetada, y una parte del respeto que le es debido consiste en los miramientos que su misma delicadeza exige de nosotros. Porque no se necesita, dice este Padre, que consideremos esta virtud en la abstraccion de su ser, ni tal como se encontraria en hombres de otra especie mas perfecta, ni tampoco tal como seria de desear que fuese absolutamente en el prójimo, sino tal como ella es y como será siempre. Porque es cierto que la caridad, aunque fuerte y robusta en sí misma, no tiene generalmente estas cualidades, considerada en las personas con quienes vivimos. Por el contrario, debemos suponer que es débil en ellos, que es susceptible de todas las impresiones, fácil de impacientarse, y que las mas leves injurias son para ella otras tantas llagas difíciles de curar; de aquí nace para nosotros una obligacion de conciencia de estudiarnos á nosotros mismos, y de obrar siempre con mucha moderacion y dulzura. Mas esta delicadeza de la caridad no procede sino de la imperfeccion de los hombres. Y bien, hermano mio, pregunta san Bernardo, ¿qué consecuencia pensais vos deducir de ahí? Los hombres han nacido imperfectos; ¿os será, pues, permitido obrar con ellos como si fue-

son perfectos? Ellos tienen, respecto á sus personas y á todo lo que les pertenece, una extrema sensibilidad; ¿podréis, pues, irritarlos y enfadarlos impunemente? La caridad es muy frágil en sus corazonas; ¿y no habeis de tener ninguna consideracion á su fragilidad? Y qué, prosigue el santo Doctor, ¿es así como discurría san Pablo? ¿Son estas las reglas de caridad que él daba á los fieles cuando les aconsejaba que respetasen hasta la flaqueza de sus hermanos, y que cuidasen mucho de no escandalizarles aun en las cosas inocentes y permitidas, que temiesen sobre todo que por su conducta poco discreta no viniese á perecer un alma débil, por la que Jesucristo derramó su sangre? *Et peribit infirmus in tua scientia, frater, pro quo Christus mortuus est.* (I Cor. VIII). No, no, diréis vosotros, mis amados oyentes, si vosotros juzgais segun las máximas de nuestra Religion; no me pertenece á mí curar las flaquezas de los hombres, ni corregir la susceptibilidad de sus espíritus y de sus genios. Lo que yo debo es acomodarme á ellas y sufrirlas como cristiano; y supuesto que los hombres son sensibles á una palabra y á una broma, hasta el punto de romper el lazo de la caridad, esta broma, esta palabra, debo considerarla como una cosa grande. En todos tiempos han sido los hombres débiles y susceptibles. Ved aquí lo que debo yo suponer como el fundamento de todos mis deberes respecto á la caridad. Pues si para tener caridad esperase á que los hombres dejasen de tener imperfecciones y flaquezas, como es cierto que las tendrán siempre, yo renunciaria para siempre á esta virtud. Dios me manda que les ame, débiles é imperfectos como son; pues bien, esto no lo puedo hacer si no respeto en ellos hasta los mas insignificantes de sus intereses, y si no soy circunspecto aun en las cosas mas pequeñas de las que acostumbran ofenderse, aunque sea sin razon. Yo haré mucho mejor en condescender con su flaqueza que en pretender que ellos reformen sus ideas, y me será mucho mas útil ser humilde y paciente con ellos que porfiar en querer hacerlos razonables.

24. Ved aquí, cristianos, los sentimientos con los cuales quiero dejaros; y concluyo con la bella y saludable leccion que daba san Pedro á los primeros fieles: *Deponentes igitur omnem malitiam, et invidias, et omnes detractiones, sicut modo geniti infantes, rationabile, sine dolo lac concupiscite.* (I Petr. II). Desechad, pues, hermanos míos, deseched esa malicia, esa animosidad y esos odios que inficionan vuestro corazon. No hagais uso de esos ardides ni de esos artificios de que os habeis servido para sorprenderos mutuamente. Desechad

esas falsas apariencias, y no useis de esa simulacion que bajo un aspecto risueño oculta los mas vivos resentimientos y las pasiones mas fuertes. Destruid esas envidias secretas y esa emulacion que os atormentan en la prosperidad de vuestros hermanos. Absteneos de esas murmuraciones que extinguen en vuestras almas la gracia y la caridad, y que con frecuencia convierten la sociedad mas santa en un infierno. Si alguno intenta separaros mutuamente, repeledlo, y uníos mas que nunca. Omitid todas esas formalidades que hacen dificultosa la reconciliacion; y, segun el consejo de san Pablo, procurad ser el primero en ofrecer vuestra mano: *Honore invicem prævenientes*. (Rom. xii). Sed en esto como los niños, y recordad que la simplicidad de un niño vale mas á un cristiano en muchas ocasiones que toda la sabiduría del mundo. No olvideis que es imposible ser de Jesucristo si no se tiene el espíritu de Jesucristo, y que el espíritu de Jesucristo es un espíritu de caridad. Venid, espíritu divino, descendad á nuestros corazones para restablecer en ellos esta preciosa virtud. Si haceis que renazca entre nosotros, y hacéis cesar todo lo que la altera; entonces será cuando por una especie de creacion habréis renovado la faz del mundo: *Et creabuntur, et renovabis faciem terræ*. (Offic. Eccles.). Obrad este milagro, Señor, obradlo en toda la Iglesia, vuestra esposa, y particularmente en este auditorio que me escucha, para que todos los que lo componen, unidos al presente por una caridad sincera, lo estén eternamente por una misma felicidad, que les deseo á todos. Amen.

SERMON

SOBRE

EL RETIRO Y LA HUIDA DEL MUNDO.

Dixit Jesus discipulis suis: Nemo potest duobus dominis servire; aut enim unum odio habebit, et alterum diligit; aut unum sustinebit, et alterum contemnet. (Matth. vi).

Jesús dijo á sus discipulos: Ninguno puede servir á dos señores; porque ú odia al uno y amará al otro, ó se unirá á aquel y despreciará á este.

1. Tal es el oráculo de la Verdad eterna; y sin recurrir á la fe, la razon sola nos hace conocer demasiado que no es posible servir á un mismo tiempo á dos señores enemigos entre sí, y que no solamente tienen intereses distintos, sino totalmente opuestos. Pues, como dice el Apóstol á los de Corinto, ¿qué hay de comun entre la justicia y la iniquidad? ¿Qué relacion hay entre la luz y las tinieblas? ¿Qué sociedad, en fin, puede unir y conciliar á Jesucristo con Belial? De aquí es de donde los siervos de Dios han deducido que debian renunciar al mundo, y muchos de ellos, en efecto, se han retirado á los desiertos y han pasado toda su vida en una completa separacion del mundo. Y no ha sido porque el mundo no haya tenido para ellos motivo de lisonja ó de atractivos. ¿Cuántos de ellos, antes de retirarse á la soledad, habian ocupado en el mundo los primeros destinos, ó se encontraban en estado de llegar á ellos? ¿Cuántos vivian en la abundancia y en los goces de todas las dulzuras de una opulenta fortuna? Mas determinados á servir á Dios, y viendo que no podian servir al mundo al mismo tiempo, sacrificaron generosamente todos los intereses, todos los placeres, todas las grandezas del mundo, y se dedicaron al culto de Dios en la oscuridad y en el silencio de la soledad. Lo qué les llevó allí principalmente fue que considerando al mundo como enemigo de Dios, le miraban como á su propio enemigo, porque sabian muy bien que al separarlos de Dios y al hacerles perder su gracia los exponia á todas las venganzas divinas, y ponia un obstáculo invencible á su salvacion. Pues

bien, estos mismos motivos son, amados oyentes, los que deben empeñarnos en la huida del mundo; y este punto es de tanta importancia para la santificacion de vuestra vida, que pienso hacerlo hoy el objeto de vuestra atencion. ¡Oh Espíritu Santo, Vos que tantas veces habeis triunfado del mundo con las luces y la fuerza de vuestra gracia, obrad en nuestros corazones los mismos milagros, y hacednos alcanzar con vuestros auxilios las mismas victorias! Nosotros nos valemos para conseguirlo de la mediacion de esa Virgen que honramos como á vuestra Esposa, y le decimos con el Ángel: *Ave María.*

2. Predicar la huida del mundo á los religiosos y á los solitarios, es decir, á aquellos que por la obligacion de su estado están ya separados del mundo, es una empresa, cristianos, que con respecto á su profesion podria no ser del todo inútil, pero cuyo fruto, comparado con el que yo me propongo, seria mediano y limitado. Á los hombres del siglo, dice san Ambrosio, es á quienes se debe dirigir esta moral, porque puede ser para ellos de muy grande utilidad, ó más bien de una necesidad suma; á aquellos, repito, que por disposicion de la divina Providencia son llamados á vivir en el mundo; á aquellos que contra los designios de Dios se ligan por sí mismos al mundo. Á los primeros, porque la misma gracia de vocacion que parece unirles al mundo es la que les obliga de tiempo en tiempo á elejarse de él; á los segundos, porque estando en el mundo del modo que yo digo, no hay para ellos otra gracia que aquella que les aleja de él, ó, si me es permitido valermeme de esta expresion, aquella que tiene la fuerza y la virtud suficiente para arrancarles de él; á los unos y á los otros porque á medida que ellos pertenecen al mundo, este espíritu de retiro y de separacion del mundo es el que los puede salvar. Y ved aquí, mis amados oyentes, todo el plan de mi discurso. Oid con atencion las dos proposiciones que yo establezco, y que, sin confundir nada entre los deberes del hombre del mundo y del hombre cristiano, van á establecer dos verdades importantes para vosotros. El mundo, en medio del cual vivís, causa dos perniciosos defectos: él nos disipa y nos corrompe. Él nos disipa por la multitud y la superfluidad de cuidados que nos ofrece, y nos corrompe por las ocasiones y los alicientes del pecado en que nos coloca. Debemos, pues, para librarnos de estos dos desórdenes valernos del medio mas poderoso, que es una santa retirada, practicada y fielmente observada en cada condicion ó estado segun las reglas de la prudencia cristiana,

porque así es como podremos evitar la disipacion y la corrupcion del mundo : la disipacion que nos impide dedicarnos á Dios, y la corrupcion que nos hace perder el espíritu de Dios. ¿Y qué remedio mas eficaz contra lo uno y lo otro que el de retirarse del mundo y huir de él? Quiero decir, retirarse en ciertos tiempos, y en cuanto es necesario para recogernos y entregarnos á los ejercicios de la salvacion ; y digo tambien huirle absolutamente y no volver jamás á él cuando se nos convierte en un objeto de escándalo y nos extravia del camino de la salvacion. Retirarse en ciertos tiempos como cristianos, y huir absolutamente de él como pecadores : retirarse en ciertos tiempos como cristianos, para que su disipacion no nos haga descuidar las prácticas del Cristianismo , y huir absolutamente de él como pecadores, para que no nos corrompa y nos conduzca á la perdicion. Pero ¿qué hacemos nosotros? Á estas dos obligaciones tan esenciales oponemos para eludir las dos pretextos, el uno fundado sobre los cuidados temporales, y el otro sobre los atractivos del pecado, que creemos ser inseparables de nuestra condicion.

3. Me explicaré. Porque vivimos en una condicion dedicada á los negocios del mundo, y expuesta continuamente á sus tentaciones, se nos figura este retiro y esta huida del mundo, á que os exhorto, como una cosa impracticable, gimiendo por una parte bajo el yugo del mundo que nos domina, sin hacer por otra ningun esfuerzo para librarnos. Pues bien, yo os aseguro que estos dos pretextos carecen absolutamente de fundamento ; y en la primera parte os voy á demostrar que las ocupaciones y cuidados del mundo no pueden dispensar jamás á un cristiano de alejarse alguna vez del mundo que le distrae, y de tener en su vida ciertos tiempos consagrados especialmente al negocio de su salvacion. En la segunda parte os haré ver que todas las obligaciones del mundo no podrán justificar ante Dios á un pecador de no haber huido absolutamente del mundo que le pervierte, y de no haber renunciado á él para siempre, á fin de asegurar el negocio de su salvacion. La materia reclama toda vuestra atencion.

Primera parte.

4. Es necesario ser cristianos ; y en la condicion de cristianos es necesario trabajar en el negocio principal, que es el de la salvacion eterna. Es, pues, muy justo y aun absolutamente necesario

vivir aun en medio del mundo, no solo con el espíritu, sino tambien en realidad, por lo menos en ciertos tiempos, en una separacion conveniente y en un santo retiro del mundo. Esta es la máxima, esta es la proposicion que voy á establecer desde luego, y á la que, segun os haré ver, toda la prudencia del siglo, á pesar de lo presuntuosa que es, nada puede oponer que no sea vano y frívolo.

3. Yo fundo esta proposicion en el primer deber cristiano, que tiene por objeto la salvacion. Pues para llegar á este dichoso término de la salvacion, y para no omitir nada de cuanto se refiere á ella, ¿quién me dará alas, decia David, como las de la paloma, para poder tomar mi vuelo y encontrar reposo? *Quis dabit mihi pennas sicut columbæ, et volabo, et requiescam?* (Psalm. LIV). ¡Ay, Señor! añadía, hé aquí el secreto que Vos me habeis enseñado para conseguirlo. Yo me he alejado del mundo; y aun en el centro del mundo, que es la corte, me he formado una soledad en la que me he encerrado: *Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine.* (Ibid.). Efectivamente, en el retiro y en la separacion del mundo es donde el hombre encuentra este reposo, donde aprende á conocer á Dios, donde estudia los caminos de Dios, donde recibe un temor santo de los juicios de Dios; allí es donde en presencia de la majestad de Dios examina lo pasado, arregla lo presente y preve lo futuro, trata de cumplir sus obligaciones, descubre sus errores, deplora sus miserias, se confunde de su relajacion y se reprende por su infidelidad. ¿Y cómo se podrá hacer todo esto en medio del tumulto y de los negocios del mundo? ¿De qué modo, dice san Bernardo, se pueden penetrar con un justo discernimiento las cosas que son superiores á nosotros, es decir, un primer principio, un fin último, un bien supremo, que es Dios, á fin de elevarnos hasta ellas por medio de los ejercicios de una pura y sólida religion; y las cosas que son inferiores á nosotros, es decir, las necesidades de los hombres que la Providencia ha puesto bajo nuestro dominio, para descender hasta ellos por la práctica de un celo caritativo y verdadero; y por último las que están á nuestro alrededor, es decir, los muchos deberes que nos unen á nuestro prójimo como iguales á él, á fin de cumplirlos con la exactitud que debemos? ¿Cómo podremos cumplir todas estas obligaciones en tanto que el mundo nos asedia, y que estamos ocupados, ó mas bien poseidos por el mundo? ¿De qué modo, prosigue el santo Doctor, podrá el hombre gustar los frutos de la oracion, santificarse con obras de penitencia, participar en espíritu y en verdad de la gracia de los Sacra-

mentos, derramar su espíritu ante Dios por la humildad de la confesion, unirse espiritualmente á Jesucristo por la comunión; en una palabra, trabajar en la grande obra de la reformation de costumbres, y prepararse para la muerte, si no tiene cuidado de retirarse alguna vez como Moisés sobre la montaña; ó segun el precepto del Evangelio, si no entra frecuentemente en el interior de su alma; y allí, cerradas las puertas de sus sentidos, *clauso ostio* (Matth. vi), sin otro testigo que el Padre celestial, no trata con él de estos importantes negocios? Es necesario, pues, para esto, alejarse del mundo, y á ejemplo de los israelitas, que solo han sido para nosotros una figura de lo que debemos practicar, es necesario salir de Egipto para ir á sacrificar al Señor en el desierto. Hablemos con mas claridad: es necesario, sin dejar el mundo, evitar la disipacion del mundo; porque no hay ninguno de entre nosotros que proporcionalmente no deba decir como Jesucristo: *Quia in his quæ Patris mei sunt, oportet me esse.* (Luc. ii). Como cristiano es necesario que yo me aplique ante todo al servicio de mi Dios y al negocio importante de mi salvacion.

6. Ved aquí la máxima en que todos los sábios, quiero decir los sábios cristianos, están de acuerdo, y de la que nuestra propia experiencia ha debido convencernos. Pues bien, á esto cree la prudencia humana, que es la de los hijos del siglo, tener derecho para alegar como obstáculos los cuidados temporales, diciendo que es imposible poner de acuerdo los deberes del mundo con el espíritu de recogimiento y de separacion del mundo que el cuidado de la salvacion exige; y aquí es donde necesito, no ya de vuestra atencion, que esta materia por sí misma la reclama, sino de todo el fervor de vuestra fe, de que depende el efecto que yo me prometo.

7. Porque efectivamente, para principiar á destruir un error tan pernicioso y sin embargo tan comun y tan extendido como este, yo pregunto (y esta es la primera razon): ¿puede jamás el cuidado de lo inútil y de lo supérfluo excusar la negligencia de lo necesario? ¿Puede la aplicacion á lo accesorio servir de pretexto al olvido de lo principal? ¿Puede acaso la prosecucion de los medios justificar el abandono del fin? Ved aquí, sin embargo, el abuso grosero en que caemos cuantas veces nos oponemos á nosotros mismos los cuidados del mundo para autorizar nuestras disipaciones con respecto á la salvacion. Es necesario que lo reconozcamos de buena fe, porque es un principio incontestable. Dios no nos ha llamado (hablo al comun de los hombres, y á aquellos que perte-

necen á una condicion privada), Dios no nos ha llamado al gobierno de reinos ni de imperios; él ha tenido otras miras sobre nosotros. Mas aun cuando estuviéramos encargados de todos los negocios de un Estado, y tuviéramos que responder de cuanto puede haber de mas importante y mas grande en este cargo, teniendo fe nos hallamos demasiado ilustrados para ignorar que los negocios de un Estado, comparados al estado de la salvacion eterna, son cosas accidentales, cosas indiferentes y cosas vanas. Reduciéndolas, como yo lo hago, á esta comparacion, no creo decir demasiado. Y no podemos dejar de convenir en que la salvacion es propiamente esa sustancia de bienes que nosotros esperamos, como dice san Pablo: *Sperandarum substantia rerum* (Hebr. xi); que en este solo punto consiste, segun el pensamiento del Sábio, todo el hombre: *Hoc est enim omnis homo* (Eccles. xii); que esta es la única cosa por la que David creia deber interesarse únicamente, cuando decia á Dios: *Erue à framea, Deus, animam meam, et de manu canis unicam meam*. (Psalm. xxi). Nosotros sabemos, repito, que todo eso que se llama negocios del mundo, ó, si así lo quereis, negocios de estado, sea cualquiera la idea que tengamos de ellos, no son otra cosa que ciertos medios para llegar al fin á que Dios nos destina, y que la salvacion es este fin que debe coronar los medios, y que fuera de ella todo lo demás, siu exceptuar al hombre mismo, es llamado por el Espíritu Santo vanidad, y vanidad universal: *Veruntamen universa vanitas, omnis homo vivens*. (Ibid. xxxviii). ¿No es, pues, bien extraño que de esta misma vanidad nos atrevamos á formarnos una razon para mantenernos en el mayor de todos los desórdenes, y que queramos prevalernos de esta vanidad, es decir, de los negocios del mundo, para justificar nuestra tibieza, nuestra frialdad, nuestra languidez, mejor dirémos, nuestro adormecimiento, nuestra relajacion, nuestra insensibilidad y nuestro endurecimiento con respecto á la salvacion?

8. ¡Ay! cristianos, el buen sentido mismo condena esta conducta, y esto es lo que el Hijo de Dios hizo entender á Marta por estas breves pero significativas palabras: *Martha, Martha sollicita es, et turbaris erga plurima*. (Luc. x). Vos os ocupais, Marta, le dijo, y os turbais con muchos cuidados. Mas en esos pretendidos cuidados y en el servicio que pensais hacerme hay mucho de confusion y de error. Por una sola cosa necesaria os figurais vos muchas; y en esto consiste vuestro error. Y por esas muchas superfluas abandonais la única necesaria; y esto es lo que os conduce á

la confusion y al desórden. En vez de aplicaros á mí, os turbais demasiado por mí. Yo estoy aquí para haceros gustar el don del cielo, y vos os inquietais inútilmente para prepararme las viandas perecederas y materiales. En fuerza de querer ser oficiosa, me olvidais á mí y os olvidais á vos misma. De este modo trastornais el órden, y perdeis sin pensarlo el mérito y el fruto de vuestra accion por el desarreglo y por la imprudencia de vuestra distraccion. Tal es la paráfrasis que los Padres hacen de este pasaje : *Sollicita es, et turbaris erga plurima*. Sobre el cual hace san Agustin una reflexion muy juiciosa y muy á propósito para edificarnos. En efecto, dice este santo Doctor, cuando Jesucristo daba esta reprehension á Marta ¿en qué estaba ocupada ella? En la accion mas santa en apariencia, en un deber de hospitalidad que la caridad y la Religion parecia que consagraban igualmente, pues que se tributaba inmediatamente á la persona de un Dios. ¿Qué cosa mayor podia ella hacer? No obstante, nada de esto pudo salvarla de una disipacion exterior, de que apareció culpable á los ojos del Salvador, ni impedir que este divino Maestro la condenase. ¿Qué será, pues, de vosotros, hermanos míos, prosigue san Agustin, qué será de vosotros, cuyas ocupaciones nada tienen comunmente que no sea mundano y profano? ¿Pensais acaso que las funciones de un cargo, que las inquietudes de un pleito, que los movimientos de una intriga, que vuestras diversiones y vuestros disgustos, y que otros muchos objetos de esta clase sean en vuestro favor unas razones mas fuertes á los ojos de Dios que el celo de esta sierva de Jesucristo? Y puesto que el fervor mismo de su piedad no fue para ella una excusa legítima, ¿podeis creer vosotros que Dios recibirá las vuestras, fundadas únicamente en vuestra ambicion y en vuestra concupiscencia? En esto es, pues, en lo que la ceguedad de los hombres, si puedo explicarme así, me parece monstruosa : ¿y por qué? (oid este pensamiento que es de san Ambrosio y digno de él) : Porque si seguimos solamente la primera impresion que la fe hace en nosotros, en la concurrencia de lo uno y de lo otro, la dificultad no debia consistir en conservar, aun en medio del mundo, el recogimiento y la aplicacion de espíritu, necesarios para ocuparnos de la salvacion ; mas nuestra gran dificultad, supuesta la idea que tenemos de la salvacion, consistiria en poder prestar alguna atencion á los negocios exteriores del mundo, en medio del fervor que nos inspiraria el Cristianismo y que no se extinguiria jamás. Y entre tanto ¿qué sucede? Todo lo contrario. Pues en vez de que la ocupacion

en el negocio de nuestra salvacion deberia ponernos muchas veces en peligro de faltar á los deberes exteriores del mundo, por un efecto bien contrario los deberes exteriores del mundo son los que impiden los ejercicios de la salvacion; y en vez de que en la concurrencia de una verdadera incompatibilidad entre los deberes exteriores del mundo y el negocio de la salvacion deberíamos decir á Dios: Señor, no me imputeis á crímen ciertas negligencias con respecto á lo que debo á los hombres, pues estoy demasiado ocupado de Vos para pensar en ellos; nos vemos reducidos á la vergonzosa necesidad de confesar nuestra miseria diciéndole: Señor, perdonadme la desgracia, ó mas bien el crímen, en que he vivido; yo he estado demasiado ocupado del mundo y de sus negocios para pensar en Vos, y en fuerza de tratar con los hombres me he olvidado de lo que os debo y de lo que me debo á mí mismo. ¿De dónde nace esto? pregunta san Ambrosio: de una falta de fe, de un razonamiento práctico, pero deplorable, sobre el que hacemos girar, si no tenemos cuidado, toda nuestra vida. Yo lo repito: porque en vez de decir: yo buscaré el reino de Dios, y despues satisfaré, si me es posible, las obligaciones que me impone el mundo; invertimos la proposicion, y decimos: yo satisfaré las obligaciones que me impone el mundo; la política, las leyes, las costumbres que me impone el mundo; yo conservaré el trato que tengo en el mundo; yo haré el papel de un hombre de mundo, y despues buscaré, si me es posible, el reino de Dios. Es verdad que no lo decimos de un modo tan poco atento como este, porque nuestra misma razon se resentiría; pero hay un lenguaje de accion que lo dice por nosotros: porque ¿qué significan por una parte esa asiduidad, esa actividad y ese calor con que nos dedicamos á los intereses del mundo, y por la otra la pesadumbre, el disgusto y la flojedad que manifestamos cuando es necesario trabajar para la salvacion? ¿Qué quiere decir esto sino lo que ya he notado, á saber, que nos equivocamos en el principio, y que el negocio de la salvacion no ocupa en nuestro corazon el lugar que debe ocupar?

9. Mas entremos en pormenores, y pasemos á la segunda razon. Yo hablo á un hombre del siglo, y tomándole por juez en su propia causa, le demuestro cuán poco razonable es pretender justificar su alejamiento de Dios y su negligencia en el negocio de la salvacion con la vida superficial y disipada que él se queja estar obligado á tener en el mundo: ved aquí, pues, el razonamiento que le hago: vos decís, cristiano, que el cuidado del mundo os consu-

me, y que esto es lo que os impide tener esos momentos preciosos de contemplacion y de retiro que exige la salvacion. Y yo respondo que eso mismo que dais por excusa es lo que os condena; ¿y por qué? Porque no hay cuidados temporales, por necesarios y legítimos que los creais, de que Dios no os prohíba dejaros abrumar; y porque es cierto que esa postracion que alegais es el primero de todos los desórdenes. Ahora bien, excusar un desórden con otro desórden, ¿es acaso justificarse en presencia de Dios? En efecto, si solo se tratara aquí de hablar como filósofo, y de establecer esta verdad sobre los principios de la moral, yo os diria que uno de los caractéres menos sostenibles, aun en presencia del mundo, es el de parecer abrumado ó el de estarlo en efecto con los cuidados del mundo, pues que la causa de esto debe ser precisamente una de estas dos debilidades: ó la de abrumarse con poco, ó la de cargarse con mucho. Abrumarse con poco es pequeñez de espíritu, y cargarse con mucho es indiscrecion y locura. Ved aquí, pues, lo que yo podia demostraros. Mas porque esperais sin duda de mí alguna cosa mas convincente, y porque mi ministerio debe elevarme sobre la moral de los paganos, consultando el parecer de los Padres de la Iglesia, escuchad, cristianos, las bellas máximas que san Bernardo daba sobre este particular á un soberano pontífice.

10. Este papa habia sido su discípulo y su religioso, pero sacado del claustro y de la soledad, habia sido elegido despues para ocupar la silla de san Pedro. Por una desgraciada casualidad parecia que le habian mudado el espíritu y el corazon; pues de tal modo se habia entregado á las ocupaciones que acompañan esta dignidad suprema, que parecia renunciar al ejercicio de la meditacion de las cosas de Dios y al conocimiento de sí mismo. Y porque san Bernardo, que lo notaba y se afligia por ello, le habia conservado siempre un afectuoso celo, que su prudencia sabia muy bien unir al respeto debido á un soberano pontífice, ved aquí los términos en que expresaba sus sentimientos. Oidlo, mis amados oyentes, y procurad formaros cada uno proporcionalmente una regla de conducta: ¡Ay, Santísimo Padre! le decia, permitidme esta libertad que Dios me inspira en favor de vos mismo. Vos trabajais mucho, ya lo sé; mas si me es permitido daros el consejo saludable que Jetró dió á Moisés, vos os consumís en un trabajo tan estéril y tan vano, cuanto os parece útil é importante: *Sed si licet alterum me tibi exhibere Jethro, stulto labore consumeris.* (Bern.). ¿Y qué sabiduría, continuaba, es la de vivir eternamente en el tumulto y en

el ruido de los negocios; la de estar continuamente asediado por hombres interesados, por hombres disimulados y apasionados; la de pasar los dias y los años en proseguir, en deliberar y en decidir los intereses de otros; en recibir quejas y en dar órdenes; en tener audiencias y consejos, sin examinar ante Dios si se hace todo esto segun la rectitud y la justicia de su ley? Yo convengo en que vos sois el primero en deplorar este abuso; mas en vano lo deplorais, si no os tomais la molestia de corregirlo: *Scio te hoc ipsum deplorare, sed frustra, ni et emendare studueris.* (Id.). Yo confieso que este abuso, á pesar de serlo, fatiga vuestra paciencia; mas no quiera Dios que yo apruebe en esto vuestra paciencia. Porque muchas veces es mucho mas laudable ser menos paciente: *Interdum enim et impatientem esse, laudabilius est* (Id.); y es una ilusion el pensar que en entregarse ciegamente al mundo y en olvidar el cuidado de su alma se tiene el mérito de la paciencia, que es la obra perfecta del hombre justo.

11. ¿Cuál es, pues, me diréis, el remedio de este mal? Vedle aquí. Es, proseguia san Bernardo, que hagais, si es necesario, los últimos esfuerzos para emanciparos de esa servidumbre. Es que en el puesto donde Dios os ha colocado, en vez de ser esclavo de los negocios, os hagais por una superioridad de virtud el señor de ellos. Es que en lugar de disiparos con esa multitud de cuidados os recojais en el interior de vos mismo por la consideracion de lo que sois y del fin para que habeis nacido. Es que para obrar segura y perfectamente dejéis alguna vez de obrar. Es que os dividais, por decirlo así, entre el Dios que servís y los hombres que gobernais, entre el comercio del mundo y el retiro, entre la súplica y la accion. Es que tomeis en aquella las fuerzas necesarias para esta. Es que, á ejemplo de esos animales misteriosos de que habla el Profeta, tengais alas para elevaros al cielo y piés para sosteneiros y para caminar sobre la tierra. Es que conteis vuestra salvacion entre las ocupaciones mas urgentes de vuestro estado. Es que principiéis por vos mismo á ser caritativo y benéfico. Si vos quereis ser todo para todos como san Pablo, sea en buen hora, yo alabo vuestro celo; mas para ser un celo de Dios debe ser entero y perfecto; ¿y cómo podrá serlo, si os excluís á vos mismo? *Quomodo autem plenus, te excluso?* (Id.). ¿No sois vos por ventura del número de los hombres? Es, pues, muy justo que vuestra caridad para todos los hombres se extienda igualmente á vos; ó mas bien es muy justo que, naciendo ella de vos, os santifique con preferencia

á los demás hombres. Pues ¿por qué habeis de ser vos el solo que no goce de vos mismo? *Cur solus fraudaveris munere tui?* (Id.). ¿Y por qué permanecéis vos sediento, en tanto que acuden á vos de todas partes como á la fuente pública? Es necesario, Santísimo Padre, concluía, es necesario, repito, moderar esa actividad que os sirve de obstáculo para alcanzar tantos bienes: en medio de esa corte que os rodea es necesario que os edifiqueis una soledad que sea como el santuario de vuestra alma, donde tengáis con Dios vuestros consejos secretos, y donde encerrándoos todos los dias, aun en las mas fuertes agitaciones del mundo, conserveis una paz sólida. Ved aquí cómo hablaba este Santo á un pontífice, es decir, á un hombre cuyos cuidados debian ser innumerables, y que podía decir muy bien con el Apóstol: *Instantia mea quotidiana, sollicitudo omnium Ecclesiarum.* (1 Cor. xi). Sin embargo, san Bernardo no queria que le fuera permitido abrumarse con la multitud de negocios, y le hacia una reconvencion por ello: exigia, por el contrario, de él, como una obligacion indispensable, que entre este tropel de negocios tuviese siempre el espíritu bastante libre y desprendido para pensar en su eterna salvacion. ¿Y creemos nosotros, cristianos, que los cuidados que nos ocupan sean unos pretextos mas legítimos para distraernos del pensamiento de la nuestra?

12. Pero, decís, este lenguaje era muy propio de un solitario como san Bernardo; y se le hubiera podido responder que estando por su profesion separado del mundo no le pertenecia condenar á aquellos que la Providencia habia colocado en los destinos de él. Vosotros os engañais, amados oyentes; á él le pertenecia condenarlos, y esta censura le convenia admirablemente. Él era un solitario, es cierto; mas un solitario que tenia muchas mas ocupaciones que la mayor parte de nosotros tendríamos jamás. Él era consultado de toda la tierra; él se encontraba encargado de una infinidad de negociaciones importantes; él pacificaba los Estados, extinguia los cismas de la Iglesia, asistia á los concilios, dirigia la palabra á los reyes, instruía á los obispos, gobernaba toda una Orden religiosa, y era el predicador y el oráculo de su tiempo. ¿Y qué hacemos nosotros que sea comparable á todo esto? Ahora bien, lo que debe confundirnos es ver que este grande hombre, aplicado á tantas cosas, vivia sin embargo en una profunda paz, y que haciendo nosotros tan poco vivimos en una continua turbacion; que su soledad interior le seguia por todas partes, y que á nosotros no nos abandonan los quehaceres del mundo; que él estuvo siempre en estado

de elevarse á Dios, y que cuando es necesario que nosotros nos aproximemos á él, nos encontramos fuera de nosotros mismos, no cumpliendo los mas santos deberes del Cristianismo sino con un espíritu distraido y disipado; y ved aquí lo que causa nuestra condenacion.

13. Mas, en fin, tal es la esclavitud de mi condicion, que á pesar mio me aparta de Dios, y me impide el cuidado de mi salvacion; ved aquí, pues, el último atrincheramiento del espíritu relajado y libertino de los hombres del siglo; á lo que respondo yo dos cosas: en primer lugar, que esto supuesto, discurris mal, porque aun cuando yo conviniera con vosotros en lo que decís, siempre seria una locura el no hacer de su salvacion el principal de todos sus cuidados. «Yo no la puedo hacer en medio de las distracciones que mi estado me ofrece.» Y bien, era necesario concluir: luego yo debo renunciar á este mismo estado, porque ¿quién me obliga á permanecer en él si es tan opuesto, como yo creo, á mi principal interés? Es necesario que yo sea cristiano, mas no es necesario que yo tenga tal empleo; otros pueden tenerlo por mí, pero nadie trabajará por mí en la salvacion de mi alma. Este empleo me proporcionará una colocacion segun el mundo, pero será al mismo tiempo mi ruina segun Dios; y supuesto que la experiencia me enseña que él es con respecto á mí una disipacion incompatible con la ley que profeso, no debo dudar en abrazar un partido. Ved aquí la consecuencia que era necesario deducir, si vuestra posicion fuera tal como vosotros la figurais. Pero yo digo mas; y, para desengañaros del error en que estais, sostengo que no hay condicion ninguna cuyos cuidados no sean compatibles con el recogimiento de espíritu y el retiro necesario para marchar por el camino del cielo, y la prueba de esto es evidente. De otro modo, dice san Juan Crisóstomo, Dios habria carecido de sabiduría y de bondad: de sabiduría, si al establecer esta condicion no la habia provisto de un medio sin el cual es imposible que sea santa ni arreglada; de bondad, si habiéndola provisto de este medio habia llamado á ella ciertos hombres incapaces por su flaqueza de usar de él: ahora bien, lo uno y lo otro le es injurioso, pues que es cierto que siendo Dios, como lo es, el autor de todas las condiciones, no hay ninguna que haya sido reprobada por él, y que, por el contrario, es de fe que cuantos mas obstáculos parece tener una condicion para conseguir la salvacion, tantos mas auxilios tiene para vencerlos.

14. En efecto, añade san Juan Crisóstomo, ¿no es admirable

ver que las condiciones mas expuestas á esta pretendida muchedumbre de cuidados son aquellas en que parece que Dios se ha complacido en colocar los hombres mas entregados al cuidado de su salvacion, y mas cuidadosos de su culto? David era rey, y un rey guerrero, ¿y qué ejemplo de esto no tenemos en su persona? ¿Dejaba acaso de dedicarse á Dios para pensar en su estado, ó dejaba de pensar en su estado para dedicarse á Dios? Él conciliaba perfectamente lo uno y lo otro. En lo mas fuerte de los negocios públicos encontraba ciertos momentos para retirarse y orar siete veces al dia: *Septies in die laudem dixi tibi* (Psalm. CXVIII); y en medio de la noche abandonaba su lecho real para meditar la ley del Señor: *Media nocte surgebam ad confitendum tibi*. (Ibid.). No obstante, él cumplia dignamente con los deberes de rey, él sostenia guerras, él vencía ejércitos, él administraba justicia á su pueblo, él se informaba de todo; y jamás la Judea tuvo un reinado tan dichoso ni tan perfecto como el suyo. Sin buscar ejemplos extraños, jamás monarca alguno tuvo mayores empresas que dirigir que el incomparable san Luis, y sin embargo jamás hombre alguno fue mas aplicado ni mas fiel á los ejercicios de la Religion; para haber sido, como sabemos, el conquistador de su siglo, el árbitro de todas las diferencias de los príncipes, y el príncipe mas cargado de los negocios de su reino, ¿era acaso por eso menos dado á la oracion, menos recogido, menos ferviente ni menos entregado á las cosas de Dios? Y en vista de esto ¿osaríamos nosotros quejarnos de nuestra condicion, alegando nuestros cuidados para justificar nuestra disipacion criminal con respecto á la salvacion?

13. Pero decidme, prosigue san Juan Crisóstomo, esos cuidados á que dais tanta importancia ¿os impiden acaso proporcionaros un retiro cuando se os lo manda por vuestra salud, cuando en ello se mezcla vuestro interés, cuando es necesario satisfacer una pasion, y aun cuando solo tratais de divertirlos? ¿Os considerais entonces abrumados por vuestros empleos y vuestros cargos? Y por muy urgentes que sean vuestros deberes, ¿no sabeis reservaros ciertas horas privilegiadas? ¿Es posible que podais separaros del mundo cuando os agrada y para lo que quereis, y que solo pará la salvacion sea para lo que no podeis? Esto me parece que no tiene réplica, porque si cada uno quisiera remontarse hasta el origen de este desórden, el mismo san Juan Crisóstomo nos lo descubre en dos palabras por esta excelente advertencia. Es necesario distinguir, hermanos míos, prosigue este santo Doctor, dos clases de cuidados

en nuestra condicion: los unos que Dios ha unido á ella, y los otros que nosotros mismos le añadimos; los unos que son sus consecuencias naturales, y los otros que constituyen su impedimento y su obstáculo; unos á los que nos obliga la Providencia, y otros en los que nosotros nos mezclamos. Si nosotros no nos ocupáramos mas que de los primeros, que Dios ha arreglado con su sabiduría, no desconcertarian de modo alguno el orden de nuestra vida, y nos dejarían la libertad de separarnos de tiempo en tiempo del comercio de los hombres para retirarnos á tratar en secreto con Dios; pero no teniendo regla alguna los segundos, y siendo por consiguiente infinitos, no es extraño que nos cueste trabajo sufrirlos. De los primeros cuidados es responsable, por decirlo así, nuestra condicion, supuesto que son propios de ella; pero no lo es de los segundos, que son propios nuestros. Por consiguiente, cuando estos cuidados excesivos y supérfluos nos hacen olvidar á Dios, somos muy injustos en quejarnos de nuestro estado, pues que en efecto esos cuidados son propios nuestros y no de nuestro estado, y que entonces se verifican plenamente en nosotros las palabras de san Agustin: *Et ista hominum, non rerum, peccata dicenda sunt.* (August.).

16. Así, cristianos, confesemos nuestra injusticia; y en la imposibilidad en que estamos de sostenerla contra tantas razones, saquemos al menos el fruto de una confusion saludable. Digamos á Dios con el santo hombre Job: *Vere scio, quod non justificetur homo compositus Deo* (Job, ix): Sí, Señor, ya lo sé, y estoy convencido de ello, que un hombre tan disipado como yo lo soy en todo lo que mira al negocio de la salvacion no puede jamás encontrar excusa alguna para con Vos. Yo sé que por un falso pretexto que él pueda tener para esta disipacion Vos le opondéis mil argumentos invencibles que le cierran la boca: *Si voluerit contendere cum eo, non poterit ei respondere unum pro mille.* (Ibid.). Esto es lo que yo he comprendido, ¡oh Dios mio! y en adelante no me lisonjearé, imputando á mis negocios lo que solo debo atribuir á mí mismo: si ciertos negocios son inútiles, yo los despreciaré; si son necesarios, los arreglaré; si para acomodarlos á mis deberes es necesario que yo me cautive, me cautivaré; si en concurrencia de una obligacion mas santa es necesario que los abandone, los abandonaré; si para sujetarme á una vida mas arreglada y mas retirada es menester renunciar á ciertas comodidades que forman la sociedad y el trato del mundo, renunciaré; si esta renuncia me parece triste, yo sufriré esta tristeza

y os la ofreceré á Vos. Suceda lo que quiera, yo me formaré una ley de alejarme del mundo en ciertos momentos y en ciertos días, y de tener ciertos tiempos destinados al reposo y á la soledad para dedicarlos á la perfeccion de mi alma y á mi salvacion. Cuanto mas abrumado me vea de cuidados y de negocios, tanto mas me creeré obligado á observar esta ley. Cuanto mas empeñado me halle en los negocios del mundo, tanto mas comprenderé que debo dedicarme á este santo ejercicio de recogimiento y de retiro. Léjos de que las distracciones del mundo me saquen de él, esto mismo será lo que mas me haga buscarlo, porque esto mismo será lo que mas me haga ver su necesidad. Y si es necesario, en fin, abandonar del todo al mundo y huir de él absolutamente, no solo para evitar la disipacion, sino tambien la corrupcion, yo le daré un eterno adios, y saldré finalmente de él. Este es, cristianos, otro deber que tiene relacion con nosotros como pecadores, y del cual os voy á hablar en la

Segunda parte.

17. El mundo es contagioso, y nosotros somos débiles; es necesario, pues, huir absolutamente del comercio del mundo, y renunciar á él para siempre desde el momento en que vemos que nos pervierte, y en que sentimos las primeras señales de su corrupcion. Ved aquí, cristianos, la gran regla de conducta que el espíritu de Dios ha prescrito en todos tiempos á los pecadores, es decir, á aquellos que sienten particularmente su flaqueza, y que sufren en medio del mundo las mayores pruebas. Así nos lo ha dado á conocer san Gregorio papa en estas bellas palabras, cuya verdad justifica la experiencia: *De mundano pulvere necesse est etiam religiosa corda sordescere* (Greg.): Es una triste fatalidad, hermanos míos, decia, que aun los corazones mas religiosos y mas puros sean indefectiblemente manchados con el polvo, ó mas bien con la iniquidad y la malicia de las conversaciones del siglo. ¿Y con cuánta mas razon deben temer los corazones vanos y frágiles ser, no solo manchados, sino tambien corrompidos de todo punto? Empeñarme en aducir largas pruebas sobre esta verdad, y detenerme en una larga enumeracion de los peligros del mundo, seria un discurso inútil, seria perder el tiempo en deciros lo que sabéis tan bien como yo, y decís con mas frecuencia aun y mas exactamente que yo. Porque ¿no son los mas mundanos los que vemos mas elocuentes en declamar contra el mundo, y no solamente en hablar de los muchos peligros

á que expone su inocencia, y por consiguiente su salvacion, sino tambien en exagerarlos, falsamente persuadidos de que cuanto mas peligroso es el mundo, tanto mas excusables son ellos en caer desgraciadamente, y en dejarse sorprender por sus asechanzas? De aquí nace ese lenguaje tan ordinario, á saber: que se necesitaria tener la naturaleza de los Ángeles para poder vivir en el mundo libre de su contagio; que se necesitaria no tener ojos para no ver, ni oidos para no oír; que era necesario no tener un corazon sensible á las pasiones humanas, ni un cuerpo susceptible á las impresiones de la carne; que todo es peligroso, ó que todo lleva consigo su peligro: en efecto, ¿de qué modo, se dice, se podrá resistir á los encantos de tantos objetos como nos hieren sin cesar en la vista; cómo se podrá tener continuamente ante los ojos tantos ejemplos como nos arrastran, sin seguir su atractivo, y cómo vivir siempre entre gentes que solo tienen en su corazon tales y tales máximas, que no hablan sino de ellas, y que solo obran segun ellas, sin pensar como ellos, sin hablar como ellos, y sin obrar como ellos? Yo convengo, amados oyentes, en que esto no es posible naturalmente. Pero vosotros os deteneis aquí, y yo voy mas adelante. Porque supuesto este peligro, y reconocido por nosotros, yo me sirvo de vuestro mismo testimonio para convencerlos, ¿y de qué? Ya lo he dicho y lo repito: de que debeis alejaros del fuego para no ser quemados por él, es decir, que debeis alejaros del mundo, y ponerlos á cubierto por medio de una huida sábia y cristiana de sus envenenadas flechas.

18. Esta consecuencia era la que deducia el mismo Dios cuando prohibia expresamente á su pueblo que se mezclase con las naciones extranjeras, y que hiciese jamás alianza con los idólatras. Porque estos eran infieles, y los israelitas eran muy inclinados por sí mismos á la supersticion; el Dios de Israel preveia que en cuanto este pueblo obcecado y grosero se asociara á los extranjeros no dejaria de adoptar sus costumbres y de abrazar el mismo culto, y ved aquí por qué les habia mandado formalmente y bajo tan graves penas que permaneciesen separados. De esta misma manera se condujo el Señor con Lot cuando quiso librarle del incendio de Sodoma. El le envió un Ángel para hacerle salir de esta ciudad criminal y para conducirle al monte. Estadme atentos. Dios podia conservar la fe en el corazon de los judíos, y afirmarles en la verdadera Religion, aun en medio de las naciones mas infieles. Dios podia en el incendio de Sodoma hacer á Lot inaccesible á las impresiones del fuego, y amortiguar toda su actividad con respecto á él. Dios, repito, po-

dia lo uno y lo otro ; mas para lo primero se necesitaba un milagro en el órden de la gracia , y para lo segundo otro milagro en el órden de la naturaleza. Quiero decir, que para preservar al pueblo de Dios de las supersticiones de la idolatría en medio de los idólatras era necesario un auxilio de la gracia tan extraordinario, que fuera un milagro ó una especie de milagro en el órden sobrenatural ; y para apartar de Lot las llamas, ó para impedir que fuese consumido, estando cercado de ellas por todas partes, se necesitaba igualmente otro milagro, y por cierto de los mayores, en el órden natural. Ahora bien, Dios no obra así los milagros sin necesidad, y como tenia un camino mas comun, que era el alejamiento y la huida, para poner á Lot y á los judíos á cubierto de los peligros y desgracias de que estaban amenazados, por eso es por lo que queria que recurriesen á ese medio mucho mas conforme á las leyes de su Providencia.

19. Pero prosigamos ; y volviendo á nosotros mismos, la consecuencia que es necesario sacar de la corrupcion del mundo y del conocimiento que tenemos de los peligros inevitables en que nos pone el trato del mundo, es la que ya os he hecho notar ; esto es, renunciar al mundo, abandonar al mundo, no dejarlo que se acerque á nosotros, ni aproximarnos nosotros á él, á fin de que no pueda comunicarnos su veneno. Ved aquí el preservativo necesario de que debemos usar. Digo necesario, porque contar con que Dios ha de suplir este medio que tenemos en nuestra mano por otro extraordinario y fuera de los caminos ordinarios de su sabiduría ; prometernos que nos favorecerá con una proteccion especial y omnipotente, mientras que omitimos el medio ordinario que ha puesto á nuestra disposicion, es poner toda nuestra esperanza en un milagro, y es hacernos indignos de un milagro esperararlo en tanto que sin él tenemos un recurso mas comun, y que á nadie mas que á nosotros interesa aprovecharnos de él. Dios quiere ayudaros en el divorcio que debeis hacer con el mundo ; él quiere preveniros, secundaros y fortificaros para ello ; pero por lo demás, despues de haber hecho en este particular todo lo que dictan su providencia y su misericordia, os confia, por decirlo así, á vosotros mismos ; os encarga de vuestra propia salvacion, y os dice como el Ángel dijo á Lot, despues que le llevó hasta el pié de la montaña que debia servirle de asilo : *Salva animam tuam*. (Genes. xix). Salvaos ahora, y retiraos. Vosotros veis el peligro : ved aquí por dónde podeis escapar, tomad este camino que se os ha abierto, porque para vosotros es el único que

hay. Dios os lo dice, cristianos, y yo os lo anuncio en su nombre; mas porque á pesar de lo contagioso que es el mundo, vosotros lo amais, y porque muchas veces aquello mismo que causa el contagio mas mortífero es lo que mas os lisonjea y lo que mas os agrada, en vez de huir de él, como reconocéis que es necesario, os prevaléis para permanecer unidos á él de ciertas obligaciones que os impiden hacer, á pesar vuestro, aquello que deseáis. Vosotros decís muchas veces que desearíais vivir fuera del mundo, y que envidiais la suerte de los solitarios y de los religiosos, pero añadís al mismo tiempo que no sois dueños de vosotros mismos, y que estais ligados por ciertos vínculos que no está en vuestra mano romper. Pues bien, este pretexto es el que yo trato de combatir, y para destruirle solo haré algunas reflexiones en la que os ruego me acompañéis, porque me parecen muy convincentes.

20. En efecto, de cualquier clase que puedan ser las obligaciones que uno tiene, hay una obligación superior (esta es la primera reflexion), hay una obligación superior que debe anteponerse á todas las demás. ¿Y cuál es esta obligación? Ya lo he dicho: el interés de vuestra alma y el de vuestra salvacion eterna. Desde el momento en que la salvacion eterna y el interés de vuestra alma se hallen en competencia con cualquier otra cosa, lo que era para vosotros una obligación, deja de serlo, ó mas bien, de todas las obligaciones humanas no hay ninguna que no deba sacrificarse. Por consiguiente, decir como vosotros decís: yo no puedo alcanzar mi salvacion en el mundo; yo me hallo en él muy expuesto; y con las cualidades que reconozco en mí, y con las disposiciones que siento en mi corazon me es casi imposible mantenerme en un estado de inocencia; hablar de esta suerte es decir al mismo tiempo aunque tácitamente: estoy obligado, pues, á dejar el mundo, y no hay obligación tan estrecha en el mundo que no deba yo romper; ¿y por qué? Porque mi primera obligación es guardar mi inocencia, poner á salvo mi alma y procurar mi salvacion: es mi primera obligación; y porque lo que es primero en cualquier género debe tener la preferencia sobre todo lo demás; así, pues, porque entre todos los bienes naturales de la vida es el primer bien, cuando ella se halla en peligro ¿cuántos extremos no se hacen para salvarla? ¿Cuántas renunciás y cuántas privaciones no se sufren para conseguirlo? Si el comerciante mas interesado, despues de haber buscado mas allá de los mares los tesoros que le han costado tantas fatigas, se encuentra á su vuelta acometido por una tempestad, hará arro-

jar todas sus riquezas, y las abandonará á merced de las olas para descargar la nave que le conduce, y evitar por este medio un naufragio. Si el mundano mas sensual no puede librarse de una muerte próxima sino por medio de la operacion mas dolorosa, ó por el régimen mas enojoso y mas molesto, no solo se condenará á él, sino que se tendrá por muy dichoso en poder por este medio prolongar sus dias, ¿con cuánta mas razon debe un cristiano, para conservar una vida mil veces mas preciosa, que es la vida del alma, practicar esta gran máxima del Hijo de Dios: Si tu ojo te escandaliza, arráncatelo: *Si oculus tuus scandalizat te, erue eum* (Matth. v); si tu mano es para tí un motivo de escándalo, córtala: *Si manus tua scandalizat te, abscinde eam*? (Ibid.). Mas una mano y un ojo son bienes muy apreciados, porque son muy necesarios; no importa: desde que otro bien todavía mas necesario y sumamente necesario exige que os priveis de esa mano y de ese ojo, no debeis dudar un momento. Porque, como ya os he hecho observar, este sumo bien es el último fin; y cuando se trata del último fin no se delibera ó no se debe deliberar.

21. ¿Por qué, escribia san Jerónimo, quereis permanecer en un lugar en el que os veis precisados diariamente á vencer ó perecer? *Quid necesse habes in ea versari domo, ubi quotidie necesse sit aut vincere aut perire?* (Hieron.). Así hablaba este Padre; y yo, si me atrevo á amenizar su pensamiento, os digo: ¿Por qué quereis permanecer en un lugar donde jamás venceis, y donde es casi infalible que habeis de perecer? «Mas yo estoy resuelto á vencer.» Vosotros lo creéis así; y yo sostengo que esto no es otra cosa que una falsa resolucion, ó por lo menos una resolucion ineficaz. Resolucion falsa que os engaña; porque, si de buena fe quisiérais vencer al mundo, y si despues de haber comprendido cuán importante os es no dejaros corromper por él, os resolveríais á defenderos de sus ataques, no dudaríais tanto huir de él, en razon á que no podeis ignorar que la huida es al menos la mas segura y la mas fuerte muralla que podeis oponerle. Resolucion ineficaz que se desmentirá cuando llegue la ocasion. Lo pasado basta para enseñaros lo que os podrá suceder en lo futuro. Y ¡en cuántas ocasiones se han desvanecido todas las resoluciones que habíais formado! El mundo será siempre tan halagüeño para vosotros como lo ha sido hasta aquí; vosotros seréis siempre tan débiles en resistirle como lo habeis sido antes, y Dios no os dará ya sus socorros en el peligro donde os habeis precipitado vosotros mismos. En esto estais vosotros demasiado ins-

truidos, aunque querais persuadiros de lo contrario ; y si quisiérais tratar sinceramente con vosotros mismos veríais que esta imaginaria resolucion de combatir y de vencer no es otra cosa que un pretexto y una ilusion. Ved aquí, pues, el misterio : vosotros amais al mundo, y porque le teneis afecto y le amais no podeis resolveros á separaros de él. Sin embargo, por un resto de religion y de temor de Dios que os ha quedado aun, descubris toda la malicia del mundo, y vuestra conciencia os dicta interiormente, á pesar vuestro, que el mejor partido seria alejarse del mundo ; mas este partido no os agrada, y tomáis otro. Á fin de no separaros de lo que amais, quereis siempre tener las mismas relaciones en el mundo. Mas á fin de calmar vuestra conciencia, que se alarma á vista del peligro, contaís con una resolucion quimérica de manteneros firmes en cualquiera ocasion que pueda ocurrir en adelante ; es decir, que gozais y teneis un placer en perderos, sin querer conocerlo. De este modo os obstinaís continuamente en presentaros al combate mientras que se os dice que era necesario evitarlo, mientras que Dios os manda evitarlo, mientras que muchas pruebas funestas os han hecho conocer que os es de suma importancia evitarlo.

22. Sois, pues, tanto mas culpables (y esta es la segunda reflexion), sois tanto mas culpables en esta terquedad porfiada que os hace volveros continuamente al mundo y á las sociedades del mundo, cuanto que estas obligaciones con las que creéis poder autorizaros no son comunmente tales como vosotros las presentais. Porque, en efecto, es muy cierto que hay algunas de tal naturaleza que casi es imposible romperlas, y que no se deben romper sin una evidente y extrema necesidad. Pero no son estas de las que yo os hablo ; yo sé que en ese caso se debe confiar en la providencia y en la gracia de Dios, el cual jamás falta á un alma que obra segun sus órdenes y con arreglo á su vocacion, y que no omite por su parte ninguna de las precauciones que le es dado tomar. Él hará, si es necesario, un milagro para sostenerla ; pero examinando bien eso, que se llama ordinariamente obligaciones en el mundo, se encuentra que no son obligaciones necesarias, que solo son obligaciones de pasion, obligaciones de ambicion, de curiosidad y de sensualidad. Ved aquí, pues, cómo considero yo esas visitas tan frecuentes que haceis á tales personas y en tales casas ; esas reuniones á que asistís con tanta asiduidad, y en las que empleais casi todo el tiempo ; esas partidas de diversion y de juego de las que haceis una de

las mas grandes ocupaciones de vuestra vida ; esas conversaciones inútiles en las que oís á costa del prójimo todas las murmuraciones del mundo, en las que aprendeis de otros lo que debíais ignorar, y en las que ellos aprenden de vosotros lo que no debian saber; esos espectáculos donde vais, donde asistís y donde se insinúa el veneno tanto mas peligrosamente en vuestra alma y en vuestro corazon, cuanto menos os apercibís de él. Ved aquí cómo miro yo esas modas; esos aderezos en los trajes, en el tocado y demás adornos que la vanidad de las mujeres ha inventado, y de que ha formado unas costumbres tan perniciosas. Ved aquí cómo considero yo las relaciones que conservais, las intrigas en que os mezclais y los proyectos que formais. Confesadlo, amados oyentes, y no trateis de engañaros á vosotros mismos : ¿no podíais privaros de todo esto, moderarlo é introducir en ello cierta economía? «Pero mi estado lo exige así.» ¿Vuestro estado? ¿Y cuál estado? ¿Es vuestro estado de cristianos? Muy léjos de exigirlo, lo prohibe. ¿Es vuestro estado de mundanos? Mas ¿qué necesidad hay de que en vuestro estado os presenteis como mundanos? ¿Qué necesidad hay de que en ese estado os conduzcaís segun el espíritu del mundo, y no segun el espíritu de Dios? Ahora bien, el espíritu de Dios no reconoce por obligaciones verdaderas esos hábitos ni esos usos del mundo que solo están fundados en los principios y en los sentimientos de la naturaleza corrompida.

23. Vosotros me diréis que el mundo se sorprenderá al veros separados de él; que se hablará, que se discurrirá y que se criticará de vosotros. ¡Y qué! vosotros dejaréis hablar al mundo; vosotros le dejaréis criticar á su placer, y tendréis, á pesar de todos los discursos del mundo, el consuelo interior de ver que seguís el buen camino, que os guardais del peligro, y que os salvais. ¿Será el mundo quien venga á sacaros del abismo eterno cuando hayais caído una vez en él? Sobre muchos negocios que se os ocurren en la vida ¿se os da algun cuidado de la opinion del mundo, ó la tomáis como regla de vuestras empresas? Si el mundo me aplaude, decís, yo me alegraré; mas si no me aplaude, yo sé lo que me conviene, y no pienso hacerme esclavo del mundo, ni abandonar mis verdaderos intereses por seguir sus vanas ideas. ¡Ay! amados oyentes, ¿no debéis tener consideraciones que guardar con el mundo mas que en lo que mira á vuestra alma y á la eternidad? Pero yo digo mas; yo estoy persuadido de que el mundo mismo os hará tarde ó temprano la justicia que os es debida, que se edificará de vuestra ausencia y

de vuestra separacion cuando vea que la sosteneis sábia y cristianamente.

24. Mas sea de esto lo que fuere, yo vuelvo siempre á mi proposicion, y con ella concluyo: huyamos del mundo, salgamos de esta Babilonia: *Egredimini de Babylone* (Isai. LVIII); huyamos en cuanto nos sea posible de esta tierra maldita donde reina la turbacion y la confusion: *Fugite de medio Babylonis* (Jerem. LI): cada uno de nosotros estamos interesados en ello, pues que en ello nos va nuestra alma. No la entreguemos, pues, á un enemigo tan peligroso. Él no busca mas que perderla: saquémosla, y, si es necesario, arranquémosla con violencia de sus manos. Sea cualquiera el esfuerzo que haya que hacer, sea cualquiera la victoria y el sacrificio que nos cueste, serémos recompensados suficientemente de nuestro trabajo, si podemos conservar un tesoro tan rico: *Et salvet unusquisque animam suam*. (Ibid.). Sobre todo, vosotras, mujeres mundanas (porque es muy cierto, y nosotros lo vemos, que las mujeres son las que se obstinan comunmente mas en permanecer unidas al mundo), vosotras, repito, mujeres del siglo, contraed ante Dios y ante el mundo mismo el mérito de haber dejado el mundo antes que él os deje á vosotras.

25. La aceptacion favorable que teneis en él, el incienso que de él recibís, el imperio que creéis ejercer en él, todo esto no tiene mas que un tiempo, y un tiempo muy corto. Este tiempo es seguido de otro en que el mundo se aleja, en que solo tiene indiferencia para aquella que antes idolatraba, y aun desprecio cuando ve que, á pesar de su indiferencia, ella se obstina en buscarle. Haced por deber lo que haréis pronto por necesidad. Y vosotras, al menos las que os veis reducidas por los años á esta necesidad que os es tan amarga, procurad coger el fruto ya que sufrís la pena. Ya que esta pena es involuntaria en sí misma, convertidla por una santa resolucion en un medio saludable de convertirlos á Dios y de volver á entrar en el camino de la salvacion. Todo contribuirá á secundar esta resolucion. Dios con su gracia os ayudará, y el mundo tambien contribuirá por su parte. Porque si temeis acaso la critica del mundo, esta no tendrá lugar cuando os separeis de él, sino, por el contrario, cuando os empeñeis en sostener con él las mismas relaciones. En otro tiempo preguntaba el mundo por qué no se os veia acá ni allá; mas tal vez principia ya á preguntar por qué se os encuentra, y qué es lo que esperais. Dichosas vosotras, porque vuestro Dios está siempre dispuesto á recibirlos, aunque no tengais que

ofrecerle mas que los restos, y, si me atrevo á decirlo así, los desechos del mundo.

26. No es esto decir, cristianos, por no exagerar nada, que no haya cierto mundo cuya sociedad pueda ser inocente, y con la que podais conservaros. Dios se reserva en todas partes ciertos servidores; y en medio de las aguas que inundaron toda la tierra tenia él un arca que encerraba una familia santa y una reunion de justos. Así aun en el mismo siglo hay un mundo fiel, un mundo arreglado, un mundo, por decirlo así, que no puede llamarse mundo. Que vosotros permanezcais en él, y que por otra parte guardéis toda la moderacion necesaria; es decir, que no traspaseis los límites de un justo deber, de una amistad honesta, y, si así lo quereis, de unos goces modestos y cristianos, yo consentiré en ello. Mas, sin embargo, os diré entonces que debeis velar sobre vosotros mismos, que debeis medir bien el tiempo que empleais en él, que debeis examinar bien las impresiones que en él recibís; y que para no engañaros á vosotros mismos no debeis olvidar jamás la importante práctica que os he propuesto, de tener vuestras horas de recogimiento y de una soledad completa, en la que os pidais cuenta á vosotros de vosotros mismos, y en la que os prepareis para darla á Dios; y para recibir de él la recompensa eterna, que yo os deseo. Amen.

SÉRMON

SOBRE

EL PERDON DE LAS INJURIAS.

Tunc vocavit illum dominus suus, et ait illi: Serve nequam, omne debitum dimisi tibi, quoniam rogasti me; noane ergo oportuit et te misereri conservi tui, sicut et ego tui misertus sum? Et iratus dominus ejus, tradidit eum tortoribus. (Matth. xviii).

Entonces su señor le llamó y le dijo: Siervo malo, yo te perdóné cuanto me debías, porque me lo rogaste; ¿no debías, pues, haber tenido piedad de tu compañero, como yo la he tenido de ti? E indignado el señor, lo entregó á los ejecutores de la justicia.

1. Jamás ha habido una reprension mas convincente ni un castigo mas justo. Por poca luz y poca rectitud natural que tengamos, nadie hay que no sienta la fuerza de la una y que no apruebe todo el rigor de la otra. Porque ¿qué podia responder este siervo desapiadado y tan inflexible en exigir sin dilacion una suma de cien dineros en el tiempo mismo en que su señor, movido á compasion, y considerando su miseria, acababa de perdonarle la gran suma de diez mil talentos? Si, pues, indignado el señor de una conducta tal, no tiene ya consideracion con este miserable, si le trata del mismo modo que este desgraciado ha tratado á su deudor, y si le hace encerrar en una oscura prision, esta es una sentencia cuya equidad se presenta desde luego al espíritu, y cuya razon es evidente. Ved aquí, amados oyentes, la figura; y si nos detenemos en ella no encontraremos nada que nos sorprenda ni que no sea enteramente conforme á las leyes de una estricta justicia. Mas dejemos la figura, y hagamos su aplicacion. Jesucristo la ha hecho por sí mismo en nuestro Evangelio, y es para nosotros sin duda un motivo de admiracion. Porque así es, dice el Hijo de Dios, como obrará con vosotros el Padre celestial: *Sic et Pater vester celestis faciet vobis.* (Matth. c. xviii). ¿Á quiénes amenaza y á quiénes habla el Salvador del mundo? Á vosotros, cristianos, y á mí, si no ejercemos con el próji-

mo la misma caridad que este Dios de misericordia ha ejercido tantas veces y ejerce continuamente con nosotros; si en las ofensas que recibimos del prójimo nos entregamos á nuestros resentimientos y á nuestras venganzas; si no perdonamos, si no remitimos liberalmente toda la deuda, ó si no la remitimos sinceramente y de buena fe: *Sic et Pater vester celestis faciet vobis, si non remiseritis unusquisque proximo suo de cordibus vestris*. De aquí podeis juzgar, hermanos míos, cuán importante es que yo os exhorte fuertemente al perdón de las injurias; pues bien, esto es lo que trato de hacer en el día de hoy. Está es una materia de suma importancia, una materia en la que yo no me atrevería á entrar si no contase, Señor, con la unción divina y con la eficacia omnipotente de vuestra palabra. Ayúdame, Dios mío, en un asunto en que mas que nunca necesito de vuestra gracia. Yo os la pido por la intercesion de María, á quien saludaremos diciendo: *Ave María*.

2. Si yo hablase con paganos, y les hablase como filósofo, podría encontrar en los principios mismos de la prudencia del mundo razones con que reprimir los arrebatos de la venganza, y condenar los excesos de una pasión tan ciega como violenta y furiosa. Mas, sin embargo, convengamos, amados oyentes, en que con todas las pruebas de la filosofía humana discurriría mucho y convencería poco, y en que los mas bellos razonamientos no tendrían otro resultado que el de satisfacer vuestra curiosidad sin convencer vuestro espíritu ni mover vuestros corazones. Es necesario, pues, proceder de mas alto, y recurrir á la Religión. Es necesario hablaros, no como sábio del mundo, sino como predicador de Jesucristo. Es necesario para someteros valerme de la autoridad del mismo Dios, y, para obligaros, proponeros un interés eterno. Oíd con atención todo el plan de mi discurso, que expresaré en dos palabras. Yo os voy á hablar de uno de los mayores preceptos de la ley, y, á fin de moveros á que lo pongais en práctica, voy á establecer dos proposiciones que dividirán este discurso. Dios tiene derecho para mandarnos en favor del prójimo el perdón de las injurias que hemos recibido de él; esta es la primera proposición y la primera parte. Si rehusamos al prójimo este perdón, damos á Dios un derecho para que no nos perdone jamás; esta es la segunda proposición y la segunda parte. Prestadme atención, amados oyentes. ¿Quereis disputar á Dios su derecho? Yo os lo voy á justificar. ¿Pretendeis que Dios, perdonándoos á vosotros cuando vosotros no hayais perdonado, abandone así su derecho? De esto es de lo que os voy á desengañar. No se trata aquí

de bellas palabras ni de adornos de elocuencia cristiana, sino de haceros comprender vivamente dos verdades de las mas importantes. Principiemos.

Primera parte.

3. Yo lo confieso, cristianos, el perdon de las injurias es difícil, y nada hay en el corazon del hombre que no lo repugne. Esto es lo que el cristiano tiene de mas sublime, de mas heróico y de mas perfecto. Perdonar sinceramente y de buena fe, perdonar completamente y sin reserva, ved aquí; repito, juzgando por los sentimientos naturales, la prueba mas dura de la caridad, y uno de los mas grandes esfuerzos de la Religion. Mas, sin embargo, yo sostengo que Dios tiene derecho para exigirlo de nosotros, y digo que lo exige en efecto; ¿y de qué modo? Como soberano, como padre, como modelo y como juez. Como soberano, por la ley que nos impone; como padre, por los bienes de que nos colma; como modelo, por los ejemplos que nos da, y como juez, por el perdon que nos promete. Todo esto es de suma importancia; procurad comprenderlo.

4. Perdonar las injurias y amar á los enemigos es un precepto, amados oyentes, fundado en todas las leyes divinas, y tan antiguo como la verdadera Religion. En la ley natural, en la ley escrita y en la ley de gracia este amor de los enemigos ha sido de una obligacion indispensable; y cuando se decia á los judíos: vosotros amaréis á vuestro prójimo y odiaréis á vuestro enemigo, no era Dios quien lo decia, advierte san Agustin, sino ellos, que interpretaban mal la ley de Dios. Esta no era una tradicion de Moisés, sino una tradicion de los fariseos que, corrompiendo la ley de Moisés, creian que el precepto de amar al prójimo les concedia la libertad de odiar á sus enemigos. Jesucristo no ha establecido, pues, un precepto nuevo, cuando usando de todo su poder de legislador nos ha dicho: Amad á vuestros enemigos y perdonadlos, sino que solamente ha renovado esta ley que estaba como arrojada de la memoria de los hombres: él no ha hecho mas que explicar esta ley que estaba como oscurecida por la ignorancia y los errores groseros de los hombres; él no ha hecho mas que autorizar esta ley que estaba como abolida por la corrupcion en que vivian la mayor parte de los hombres. Porque si vosotros no amais, proseguia el Salvador del mundo, mas que á los que os aman, ¿qué haceis en esto mas que lo que ha-

cen los publicanos? Y si solo teneis caridad con vuestros hermanos, ¿qué hay en esto que os eleve sobre los paganos? Toda vuestra caridad entonces no puede ser digna de Dios, ni tal como Dios la exige, pues que no es una caridad sobrenatural, sino puramente humana. Y ved aquí por qué, concluía el Hijo de Dios, os está mandado que ameis aun á vuestros enemigos, que perdoneis á vuestros enemigos las ofensas que creéis haber recibido de ellos, que conserveis la paz, y que la procureis con vuestros enemigos. Así ha debido hacerse en todos tiempos, y así lo debéis hacer ahora en virtud del precepto que os intimo ó que reitero, y que os bago conocer en los términos mas formales: *Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros.* (Matth. v).

5. Ahora bien, supuesto este precepto, yo sostengo, cristianos, que Dios tiene el derecho incontestable de obligarnos á él, porque él es Soberano; y que por consiguiente estamos nosotros indispensablemente obligados á someternos y á obedecerle, á fin de reconocer en esto como en todo lo demás nuestra dependencia, y para rendir á su soberano poder el homenaje que le es debido. Precepto apoyado en las razones mas sólidas y mas convincentes; mas cuando se trata de la autoridad de Dios y de la sumision absoluta que él exige de nosotros en cualidad de Ser supremo, seria en cierto modo hacerle un ultraje querer disputar con él. Él lo manda y basta. Él lo dice: *Ego autem dico vobis;* y no es necesario mas. ¿Y quién sois vos, en efecto, ó hombre, para entrar en discusion con vuestro Dios? ¿Os pertenece acaso razonar sobre sus adorables designios? *O homo, tu quis es, qui respondeas Deo?* (Rom. ix).

6. ¿Cuál es, pues, la respuesta mas corta y mas decisiva para deshacer todas vuestras excusas y destruir las pretendidas justificaciones con que vuestra venganza trata de ponerse á cubierto? Vedla aquí. Es que Dios quiere que perdoneis, y que perdoneis de corazon; es decir, que no os contenteis con guardar cierta exterioridad para no dar motivo á ningun rompimiento, sino que arrojéis de vuestro corazon toda animosidad y todo resentimiento voluntario. Dios lo quiere, y yo os lo anuncio en su nombre: *Ego autem dico vobis.* Á esto no podeis dar ninguna respuesta que no se destruya por sí misma. — Mas este sacrificio me costará muy caro. — Á pesar de eso, desde el momento en que os consta que es necesario hacerlo, no debéis examinar si os costará mucho ó poco, pues que nada hay tan precioso que no debais sacrificar á Dios. — Mas este es un esfuerzo superior á la naturaleza. — Por eso no se os exige segun la natura-

leza, sino segun la gracia, que no os faltará jamás, y que es bastante poderosa para ayudaros. — Mas yo siento en esto una repugnancia que no puedo vencer: ¿cómo, pues, me podré hacer una violencia tal? — Este es un error, responde san Jerónimo; cuando Dios os lo manda, os es posible, pues Dios no manda cosa alguna imposible. ¿Y qué cosa hay mas posible para vosotros, añade el mismo santo Doctor, que lo que depende absolutamente de vuestra voluntad? Aquí no podeis alegar como en muchos otros preceptos la distancia de los lugares, la fortuna, la edad, la salud ni las demás excusas. — Mas ¿qué dirá el mundo? — Dirá que sois cristianos, y que os conducís como cristianos; dirá que sois sumisos á Dios, y vuestra fidelidad le edificará. Ó si él no piensa ni habla de este modo, piense ó hable lo que quiera, vosotros despreciaréis sus juicios y sus discursos, y tendréis siempre presente que á la voluntad de Dios y no á las ideas del mundo es á lo que debeis conformaros. — Pero se me tendrá por un espíritu débil, y está empeñado en ello mi honor. — Vuestro mayor honor consiste en renunciar por respeto á Dios á todos los honores mundanos, y el acto mas heroico de la verdadera fortaleza consiste en renunciar á vosotros mismos y al siglo profano. — Mas este hombre se prevaldrá de mi indulgencia y se hará mas atrevido para acometerme. — Tal vez por el contrario se ablandará al ver vuestra conducta religiosa: mas si no fuera así, si él se hace mas malo para con vosotros, vosotros os haréis mejores para con Dios, á quien solo os importa agradar. ¡Ay! cristianos, ¡cuán fecundo es nuestro amor propio en sutilezas para justificarse y para sustraerse impunemente á la ley de Dios! Si yo tratara de descubrir todos sus artificios, seria esto una materia que jamás podria agotar; mas, aun cuando fuese mil veces mas artificioso y mas sutil; es necesario, sin embargo, que se someta al imperio del Soberano que nos prohíbe todo odio, y que se expresa tan claramente en estas palabras: *Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros.*

7. Mas no es, sin embargo, por una obediencia pura y por una sumision forzosa por lo que él quiere obligarnos á la observancia de su ley. Él quiere que el reconocimiento tenga parte, y el perdón que pide para el prójimo lo exige mas bien como bienhechor y como padre que como legislador y como soberano. Si él nos exigiera que amásemos á nuestros enemigos y que los perdonásemos por ellos mismos, su precepto podria parecernos duro y riguroso. Porque es cierto que, considerando precisamente la persona de un

enemigo que se levanta contra nosotros, nada vemos en ella que no sea repugnante, nada que no nos ofenda y que no sea capaz de excitar en nuestro corazon la hiel mas amarga. Mas ¿qué hace Dios? Él se presenta á vosotros, amados oyentes, y, apartando vuestros ojos de un objeto que les ofende, os manda que le mireis á él. Él no os dice: es por este ó por aquel por lo que os mando que los perdoneis; sino que os dice: por mí es por quien os impongo tal precepto. No os dice: perdonadlos, porque ellos lo merecen; sino: perdonadlos, porque yo merezco que les perdoneis. No os dice: tened consideracion á lo que les debeis, sino, por el contrario, considerad lo que se me debe y lo que yo les he cedido. Así fue como los hijos de Jacob movieron el corazon de su hermano José que habian vendido tan indignamente; y así fue como obtuvieron de él el perdón del atentado menos perdonable, á que la envidia les habia arrastrado contra su propia persona. Vuestro padre, le dijeron, y el nuestro nos ha encargado que os hagamos una peticion en su nombre, y es que no penseis mas en el crimen de vuestros hermanos, y que olvidéis la enorme injusticia que han cometido con vos: *Pater tuus præcepit nobis ut hæc tibi verbis illius diceremus: obsecro ut obliviscaris sceleris fratrum tuorum, et peccati, atque malitias quam exercuerunt in te.* (Genes. L). Á la memoria de Jacob, de ese padre que José amaba, y de quien habia sido tan tiernamente amado, sus entrañas se conmovieron, las lágrimas brotaron de sus ojos, y bien lejos de prorumpir en amenazas, y de reprender á sus hermanos su bárbara inhumanidad, los alentó: *Nolite timere.* (Ibid.). Él mismo los defendió y los excusó en cierto modo: *Vos cogitastis de me malum, sed Deus vertit illud in bonum.* (Ibid.). Él se hizo su apoyo y su protector: *Ego pascam vos et parvulos vestros.* (Ibid.). Pues bien, cristianos, yo me dirijo á vosotros, no en nombre de un padre temporal ni de un hombre como nosotros, sino en nombre del Padre celestial, en nombre de un Dios criador y de un Dios redentor. Muchas veces quizás, al recordaros de sus beneficios, habréis exclamado como David en un acceso de piedad y de celo: *Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi?* (Psalm. cxv). ¿Qué os daré yo, ó Dios mío, por todo lo que Vos me habeis dado; y qué haré yo por Vos, Señor, despues de lo que habeis hecho por mí? ¿Cuántas veces habréis deseado la ocasion en que poder darle un testimonio convincente de vuestro amor? Pues no busqueis otro mas que este; y desde el momento en que perdoneis por Dios, contad con seguridad que le amais. Yo no sé si comprendéis bien mi pensamiento;

él es verdadero é indudable, y para un alma todavía susceptible de algun sentimiento religioso no veo otras mas convincente ni mas consolador. Expliquémonos. El consuelo mas grande que puedo yo tener en el mundo es el de poder creer, con la certeza posible, que amo á Dios, que le amo, no con un amor sospechoso y aparente, sino con un amor real y verdadero; porque tan cierto como estoy de mi amor para con él lo estoy tambien de su amor para conmigo y de su gracia. Ahora bien, de todos los testimonios que yo puedo desear sobre esto ninguno hay menos equívoco ni mas seguro que el de perdonar á un enemigo; ¿y por qué? Porque solo el amor de Dios y el amor mas puro es el que puede determinarme á este perdon. No es la naturaleza la que me mueve, pues que él la combate directamente; no es el mundo, pues que el mundo tiene unas máximas directamente opuestas. De aquí se sigue que solo Dios es la causa, que solo el amor de Dios es el principio, y que al decir á Dios: yo os amo, Señor, y en prueba de que os amo perdono de buena fe tal injuria que se me ha hecho, me pongo á cubierto al hablar de este modo de toda ilusion.

8. ¡Y qué uncion, amados oyentes, no acompaña á este testimonio secreto que el hombre se da á sí mismo! Yo tengo motivo para pensar que amo á mi Dios, y que le amo verdaderamente. Yo hago ciertas cosas por mi Dios que no puedo hacer sino por él, y que por consiguiente lo hago puramente por él. ¡Cuánto placer no se encuentra en esta reflexion! Pero el mal consiste en que sin considerar jamás á Dios en el hombre, solo miramos al hombre mismo, y de aquí nacen esas largas y vanas declamaciones sobre el tratamiento indigno que hemos recibido sobre la audacia del uno, sobre la perfidia del otro, sobre muchas cosas que desfiguramos con frecuencia, que exageramos y que nos representamos con los mas negros colores. ¡Ay! cristianos, yo convengo en que sea como lo decís y como os figurais; mas ¿no habeis de comprender vosotros que de eso no es de lo que se trata? que cuando os exhortamos á perdonar no pretendemos justificar al prójimo en razon á que si fuera inocente no habria necesidad de perdonarle? ¿Qué es, pues, lo que pretendemos? Es que os eleveis sobre el hombre, que deis á Dios lo que rehusais al hombre; es que penseis que Dios se considerará honrado, glorificado, y, si me atrevo á decirlo así, obligado por lo que haréis en favor del hombre. Desde el momento en que esta verdad fundamental se haya impreso en vuestro espíritu ¿habrá es-

fuerzo alguno que os acobarde ó que pueda acobardaros y deteneros?

9. Caminemos mas adelante, y si necesitamos un grande ejemplo para excitarnos mas y arreglar nuestra conducta, el mismo Dios, como modelo, nos servirá de ejemplo, y nos convencerá con su misericordia para con nosotros y con la dulzura de su conducta, porque si queremos quejarnos y vindicar nuestros derechos, jamás ha habido ni habrá una réplica para el argumento que Dios nos hace en este dia bajo la figura de este señor del Evangelio: *Omne debitum dimisi tibi; nonne ergo oportuit et te misereri conservi tui?* (Matth. xviii). Yo amo á mis enemigos y los perdono; yo os he amado tambien á vosotros, ¿y cuántas veces os he perdonado? ¿No debeis vosotros, pues, perdonar tambien como yo? Razon que nos cierra la boca, y que nos rinde con el peso de su autoridad. Á fin de examinarla á fondo, consideradla, amados oyentes, bajo todos aspectos. Considerad las ofensas por una parte y por otra, y comparad la persona que las recibe y la que las causa, el poder y el modo de vengarse, el interés que puede tener en perdonar, el fin que puede proponerse en lo uno y en lo otro; pesad, repito, exactamente todo esto, y veréis como el ejemplo de un Dios os condena, y como es bastante este solo ejemplo para haceros criminales si no lo seguis. Segun él vuestras venganzas os parecerán llenas de injusticia, de flaqueza, de vileza, de ceguedad y de ingratitud para con Dios, y de olvido para con vosotros mismos. Todas estas consideraciones son dignas de vosotros, y piden una atencion especial.

10. Y descendiendo á los pormenores, nosotros estamos ofendidos por una injuria, y muchas veces nos quejamos de ella á Dios mismo; mas ¿cuántas injurias ha sufrido él y sufre diariamente? Nosotros no podemos sobrellevar que un hombre haya atentado contra nosotros y nos haya ultrajado; mas Dios nos hace ver á millones de hombres, ó mas bien á todos los hombres juntos, que se sublevan contra él y le deshonoran. Nos cuesta mucho trabajo sufrir que tal ó tal persona nos trate mal por mucho tiempo. Mas Dios nos responde que despues de haber criado al mundo, el mundo no ha dejado un momento de insultarle. Nos es muy molesto ver un enemigo en tal familia ó en tal corporacion, mas Dios los tiene en toda la tierra. ¿Y por qué nos manifestamos tan sensibles, y en qué fundamos tanta delicadeza? En una palabra, muchas veces

mal entendida, en una censura tomada en mal sentido, en una contestacion, en una ligereza impremeditada, en un menosprecio muy pequeño, en un aspecto frio é indiferente, en una vana pretension que se nos disputa sobre un punto de honor. Ved aquí, pues, vosotros lo sabeis, ved aquí lo que hace nacer entre los hombres las mas grandes enemistades, y esto aun entre esos hombres tan celosos por pasar en el mundo por sábios y por espíritus fuertes. Mas si se consideran las enemistades de los hombres en su origen, dice san Juan Crisóstomo, ¡cuán frívolas son! ¿Y qué comparacion tienen con cuanto se ha hecho y se hace diariamente contra nuestro Dios, con las impiedades, con los sacrilegios, las imprecaciones y las blasfemias, con las profanaciones de sus altares, de su nombre y de sus mas sagrados misterios, con los atentados perpétuos y formales contra su ley? Mas ¿quién es él sino el soberano Señor criador del universo, y quiénes somos nosotros sino unas débiles criaturas que él ha formado por su mano y sacado de la nada? Si, pues, siendo como somos viles esclavos, nos quejamos tan altamente de las menores ofensas, ¿no tendrá él derecho para confundirnos con su ejemplo, y para decirnos: *Omne debitum dimisi tibi; nonne ergo oportuit et te misereri?* Yo, la grandeza misma, yo, digno de todos los homenajes, mas expuesto á toda la insolencia de los pecadores y á todos los excesos de sus pasiones las mas brutales, yo olvido en cierto modo por ellos la superioridad de mi ser, y la innumerable multitud, la gravedad y la enormidad de sus ofensas. Yo mismo les tiendo la mano para llamarles, y yo mismo les abro el seno de mi misericordia para recibirlos, yo mismo los preparo con mi gracia y les comunico mis mas ricos dones. Así es como yo obro, sin embargo de ser Dios como soy. Mas vosotros, enemigos irreconciliables, vosotros solo escuchais la venganza que os anima y la cólera que os transporta. Vosotros, hombres, quereis tratar con todo rigor á otros hombres como vosotros: *Nonne oportuit et te misereri conservi tui?* ¿Vosotros, sin acordaros de vuestro comun origen que os hace á todos iguales en mi presencia, quereis prevaleros de cierta distincion humana para exagerar cualquier falta que se comete contra vosotros, y para reducirla al número de las faltas irremisibles! ¿Vosotros, midiendo todo lo vuestro, y temiendo perdonar cosa alguna de vuestros derechos mas bien imaginarios que reales, pasais los años y tal vez toda la vida en divisiones escandalosas por no dar un solo paso para reconciliaros; y por una ocasion, por un momento en que vuestro hermano ha faltado, pedís una repara-

cion sin término! ¡Vosotros, lisonjeándoos de no llevar las cosas al extremo, permanecéis en una indiferencia que indica demasiado la aversion y el alejamiento de vuestro corazón! ¿Son estas las reglas de caridad que yo os he recomendado y de que he querido ser el modelo?

11. ¡Desgraciados de nosotros, hermanos míos, si no nos conformamos con este divino ejemplar! El pecado original del hombre consistió en querer igualarse á Dios; mas aquí no solamente nos permite Dios, sino que nos aconseja, nos exhorta y nos manda ser perfectos como él. ¿Y cómo se puede concordar lo uno con lo otro? Nada mas fácil, responde san Agustín explicando esta aparente contradicción. El primer pecado del hombre consistió en querer ser semejante á Dios en lo que mira á la preeminencia de este Ser supremo, es decir, que deseó ser grande como Dios, esclarecido como Dios, é independiente como Dios. Este era, pues, un orgullo insoportable y una presunción criminal. Mas la perfección consiste en parecerse á Dios por la imitación de su santidad y de sus virtudes; quiero decir, en ser caritativo como Dios, misericordioso como Dios, y paciente como Dios: *Estote perfecti sicut et Pater vester cœlestis perfectus est.* (Matth. v).

12. Yo digo mas, y sostengo, amados oyentes, que este ejemplo debe ser tanto mas eficaz para vosotros, cuanto que os es personal. Procurad comprender esto. Yo no os he hablado sino en general de los ultrajes que Dios recibe de los hombres y de todo lo que él les perdona con tanta liberalidad y tan espontáneamente; mas ¿qué sería si, dirigiéndome en particular á cada uno de cuantos componen este auditorio, le pusiera ante los ojos todo lo que le ha perdonado Dios en el discurso de su vida, y que él se gloria, en efecto, que Dios le perdona? ¿Qué sería si yo presentase á este mundano todas las abominaciones de una costumbre viciosa en la que se ha entregado á los deseos mas desarreglados, en la que sin moderación y sin freno se ha abandonado á los mas vergonzosos desórdenes, en la que se ha rebelado mil veces contra su propia conciencia, ha ahogado la voz de Dios que se dejaba oír de él, ha desechado la gracia de Dios que le ilustraba y le hacía fuerza, ha pisado la ley de Dios que le importunaba y mandaba con imperio, ha criticado los misterios mas santos de Dios cuya creencia le condenaba, y cuya idea le fatigaba y le turbaba, ha sacrificado todos los intereses de Dios al objeto perecedero que le encantaba y le poseía? ¿Qué sería si recorriendo los demás estados aplicase es-

ta moral al impío, al ambicioso, al avaro (porque hay muchos motivos para creer que en esta reunion se encuentren de toda clase de pecadores), qué sería, repito, amados oyentes, si yo os presentara á la memoria todas vuestras iniquidades, y razonase con vosotros de este modo : ved aquí lo que Dios ha tolerado, ved aquí en lo que ha usado con vosotros de toda su indulgencia, ved aquí lo que ha olvidado cien veces para atraeros á sí y para aproximarse á vosotros ? ¿Cómo podríais excusaros jamás de seguir un ejemplo tan poderoso y tan imperioso ? Pues bien, esto que os diria yo os lo dice Dios actualmente en el fondo de vuestra alma : *Serve nequam, omne debitum dimisi tibi*. Siervo malo, á tí es á quien especialmente he perdonado todo, *tibi*. Yo podia arrojarte eternamente de mi presencia, y te he buscado; tú tienes para mí una indocilidad, una insensibilidad y una dureza de corazon capaz de cegar las fuentes de mi misericordia, y sin embargo nada ha podido agotarlas. ¿Con qué razon y por qué monstruosa oposicion un deudor á quien se le ha hecho gracia en deudas muy cuantiosas de que se hallaba abrumado podrá proseguir con una severidad inexorable el pago de una cantidad tan pequeña como la que te se debe ? *Omne debitum dimisi tibi ; nonne ergo oportuit et te misereri conservi tui ?*

13. Mas tal vez, cristianos, dudeis de este perdon de parte de Dios con respecto á vosotros. Porque ¿quién sabe si es digno de amor ó de odio, y quién puede estar cierto del perdon de sus pecados ? Pues bien, si temeis no haberlo conseguido todavía, yo os voy á enseñar el modo infalible de alcanzarlo, haciéndoos considerar á Dios como juez; y si hay alguna verdad que deba hacer impresion en vuestros corazones, ¿no es esta, por la que concluyo mi primera parte ? Es cierto, tal es en esta vida nuestra triste suerte y la terrible incertidumbre en que nos encontramos : nosotros sabemos que hemos pecado, y no sabemos si Dios nos ha perdonado. Los mas grandes Santos no lo sabian tampoco, y los penitentes por estado, despues de haber pasado muchos años en los mas rigurosos ejercicios de mortificacion, sobrecojidos no obstante de pavor, se preguntaban unos á otros, como nos lo enseña san Juan Clímaco : ¡Ay! hermano mío, ¿pensais vos y puedo yo pensar que mis pecados hayan sido perdonados ? Si los Santos estaban penetrados de este sentimiento, ¿cuál debe ser el de tantos pecadores ? Pues bien, en la materia de que trato tengo un medio para sacarlos de la incertidumbre que los turba, y para darles la mayor seguridad, pues

que está fundado en la palabra del mismo Dios y en el oráculo de la verdad eterna. En efecto, Dios es el que nos lo ha dicho; y si él nos manda perdonar, lo hace añadiendo á su precepto esta promesa irrevocable y de tanta fuerza: Yo os perdonaré: *Dimittite, et dimittimini*. (Luc. vi). ¡Cuánto fondo de esperanza y qué motivo para animar nuestra caridad en solas dos palabras! En ellas no hay ambigüedad ni equívoco, no hay restriccion ni excepcion; todo es en ellas inteligible, todo es preciso y formal. Notadlas bien: Dios por la boca de su Hijo no nos dice, perdonad y yo os perdonaré ciertos pecados; sino, que de cualquier clase que puedan ser vuestros pecados se os perdonarán, *et dimittimini*. No nos dice, perdonad, y yo os perdonaré muchos pecados; sino, aun cuando fuese su número, segun la expresion del Profeta, mayor que el de los cabellos de vuestra cabeza, todos se os perdonarán, *et dimittimini*. No nos dice, perdonad, y despues de un tiempo marcado para satisfacer á mi justicia os perdonaré; sino, desde el momento en que hayais perdonado se os perdonarán vuestros pecados, *et dimittimini*. De tal modo, cristianos, que desde el momento en que yo perdono, y que perdono por respeto á Dios y por amor de Dios, puedo contar con el perdon de mis pecados, como ouento con la infalibilidad de Dios y con su inviolable fidelidad. Lleno de esta confianza me acerco al altar del Señor, y, sin olvidar el respeto debido á su infinita Majestad, me atrevo á hablarle de este modo: Yo soy pecador, y lo confieso en vuestra presencia, ¡oh Dios mio! mas á pesar de serlo, Vos me recibiréis en vuestra gracia, porque segun vuestro mandato yo tambien he hecho gracia. En el sacrificio que os voy á presentar no tengo otra víctima que ofreceros que mi corazon y mi resentimiento; yo os la sacrifico, Señor: esta es una ofrenda digna de Vos, pues que está purificada con el fuego de la caridad; y si Vos desechais esta ofrenda, yo apelaré á vuestra palabra; y si me imputais no obstante algun pecado, despues de haberlo rescatado con este sacrificio, yo diré, Señor, y Vos me permitiréis decirlo, ó que Vos me habeis engañado, ó que habeis variado; y ni lo uno ni lo otro puede suceder.

14. No lo dudeis, amados hermanos, cuando hayais hecho un esfuerzo semejante, y dirijais á Dios una súplica tal, él os escuchará; él os responderá en lo íntimo del corazon lo que dijo á la Magdalena al despedirla: Id en paz, vuestros pecados os son perdonados: *Remittuntur tibi peccata; vado in pace*. (Luc. vii). El ministro de la Penitencia, testigo de una disposicion tan santa, y contando

con todas las demás que en ella se encierran , pronunciará sin dudar la sentencia de vuestra absolucion , y derramará sobre vosotros todas las bendiciones del cielo. Vosotros os retiraréis contentos de Dios y de vosotros mismos. Pues bien , con todas estas condiciones y por todos estos títulos , decidme si Dios no tiene derecho para exigir de vosotros el perdon que él os ordena y del que os ha hecho una ley. Mas desde el punto en que no quereis conceder este perdon tan legítimo y tan expresamente mandado , ¿ no dais á Dios un derecho especial para que no os perdone jamás ? Esto es lo que vais á ver en la

Segunda parte.

13. Lo que mas tememos comunmente , y lo que nos es mas molesto y menos sufrible en esta vida , es que se nos trate como nosotros tratamos á los demás , que se nos juzgue como nosotros juzgamos á los demás , que se nos persiga y se nos condene como perseguimos y condenamos á los demás. Nuestra injusticia llega hasta el extremo de no querer tolerar nada á aquellos con quienes estamos unidos por los vínculos de la sociedad , y de pretender que ellos nos lo sufran todo , que nos lo cedan todo , y que en nuestro favor renuncien á todo. Si por una correspondencia muy natural ellos se portan con nosotros como nosotros nos portamos con ellos ; si se levantan contra nosotros del mismo modo que nosotros nos levantamos contra ellos ; si nos hacen sentir todo el rigor que ellos sienten de nuestra parte , nos desconsolamos y nos resentimos. Pero ¿ con cuánta mas razon debemos temer que Dios se sirva para con nosotros de la misma medida de que nosotros nos servimos para con el prójimo ; es decir , que se haga tan implacable con nosotros como nosotros lo somos con nuestros hermanos , y que el perdon que no queremos concederles no nos lo conceda él tampoco ? Pues bien , á esto es á lo que nos exponemos por nuestra inflexible dureza y por nuestras enemistades. No queriéndonos conformar con su conducta , le obligamos á conformarse á la nuestra , y obstinándonos en no perdonar nada , le damos un derecho especial para que no nos perdone jamás. ¿ Y por qué ? Porque entonces nos hacemos singularmente culpables , y culpables de cuatro maneras. Oídlas : culpables para con Dios , culpables para con Jesucristo Hijo de Dios , culpables para con el prójimo que ocupa el lugar de Dios , y culpables para con nosotros mismos. Culpables para

con Dios, cuyo precepto, y uno de los mas principales, violamos; culpables para con Jesucristo Hijo de Dios, al cual renunciamos en cierto modo desde que renunciamos al carácter mas distinguido y mas notable del Cristianismo; culpables para con el prójimo que ocupa el lugar de Dios, y á quien rehusamos lo que le debemos en consecuencia de la cesion que Dios le ha hecho de sus derechos; culpables, en fin, para con nosotros mismos, ya porque nos desdecimos de la súplica que hacemos diariamente á Dios, ya tambien porque pronunciamos contra nosotros mismos en esta súplica nuestra propia condenacion. ¡Qué materia tan extensa y qué nuevo fondo de moral! Escuchadme en tanto que os la explico.

16. Es necesario no persuadirse, cristianos, que sea indiferente perdonar ó no perdonar, y que cumplais ante Dios con representarle la justicia de vuestros resentimientos y de vuestras venganzas por la gravedad de las injurias que os hacen. Por mas ofendidos que podais estar, Dios os prohíbe que sigais los movimientos de vuestro corazon agriado y envenenado, y por mas violenta que sea la pasion de vuestra alma, él quiere que la sofoqueis; ¿y por qué? Porque se ha reservado para sí solo el derecho de vengarnos y de haceros justicia cuando le plazca y segun le plazca: *Mihi vindicta et ego retribuam.* (Rom. xii). Él no pretende que sin motivo ni objeto se os acometa, ni que el daño que recibís quede impune; mas porque, si os permitiera que vosotros mismos fuérais los jueces y los ejecutores de la justa satisfaccion que podeis exigir, todos los lazos de la sociedad se romperian bien pronto, y la caridad desapareceria del mundo, á fin de mantener esta sociedad que él ha establecido, y conservar entre los hombres la caridad que les es tan necesaria, os manda que le confieis vuestra causa, que descanséis en él, y que reprimais hasta el menor resentimiento que os pudiera conducir á las disensiones y á una fatal desunion. Precepto tan expreso y de una obligacion tan estrecha, que aun en el acto mismo de ir á presentar á Dios cualquier otro sacrificio quiere Dios que os separeis del altar, que dejeis la víctima, y vayais ante todo á reconciliaros con vuestro enemigo. Sin esto, sea cualquiera la ofrenda que presentéis en su santuario y que le ofrezcais, él la desecha y la reprueba. ¿Qué hacéis, pues, amados oyentes, cuando por una division escandalosa ó por una secreta desunion, separais lo que Dios habia unido, y turbais la paz cuyo autor y cuyo sagrado vínculo es el mismo Dios? Además del enemigo visible que teneis en la tierra, y á quien encolerizais todavía mas, suscitais con-

tra vosotros otro enemigo en el cielo mucho mas poderoso y mas terrible, sin embargo de ser invisible. Pues bien, hacerse así culpable y condenable á los ojos de Dios ¿no es autorizarle especialmente para que os castigue, y que os castigue sin remision?

17. No, cristianos; mientras que seais inflexibles con vuestros hermanos no esperéis que Dios deje de serlo con vosotros. Vosotros os prosternaréis á sus piés, vosotros gemiréis ante él, vosotros heriréis vuestro pecho y prorumpiréis en sollozos á fin de ablandarle; pero la misma dureza que teneis con un hombre como vosotros tendrá él con vosotros; y á pesar de vuestros gemidos y de vuestros suspiros no esperéis de él otra respuesta que este fulminante anatema: Nada de misericordia para aquel que no ha tenido misericordia: *Judicium sine misericordia illi qui non fecit misericordiam.* (Jacob. 11). Es cierto que en su Iglesia hay un tribunal de misericordia para los pecadores y para el perdon de sus pecados, y que ha revestido á sus ministros de su poder para que os absuelvan; mas ese poder está suspendido con respecto á vosotros desde el momento en que quereis conservar en vuestra alma el fermento que la envenena, y en ese caso deberá el ministro despediros con estas palabras: *Judicium sine misericordia illi qui non fecit misericordiam.* Es verdad que Dios manda á los sacerdotes que redoblen sus cuidados para vuestro socorro á la hora de la muerte, y que os comuniquen abundantemente todas las gracias que ellos pueden dispensar. Mas si ellos no pueden reduciros á una reconciliacion sincera y cordial, ni tienen testimonios de ella, les prohíbe aun en este formidable momento que os apliquen los remedios espirituales de que os hace indignos vuestra mala disposicion; y mas bien quiere que os dejen morir sin Sacramentos y como réprobos, que no que os los administren en tal estado, á fin de que se cumpla su palabra: *Judicium sine misericordia illi qui non fecit misericordiam.* ¡Ay! ¡cuántos pecadores se han presentado así en el juicio de Dios; y si muchos de ellos han consentido en el último extremo en pretendidas reconciliaciones, cuántos, bajo engañosas apariencias, han muerto tan enemigos como lo eran antes! Porque es cierto que entre todas las pasiones no hay ninguna que se imprima mas profundamente que el odio, ni que sea mas difícil de desarraigar. Se han visto ciertos cristianos que despues de haber sufrido por el Evangelio crueles suplicios, y triunfado de todos los esfuerzos de los tiranos, se han olvidado de sí mismos á la vista de un enemigo; y en el momento mismo de alcanzar la victoria han cedido á un

resentimiento, y han perdido con la fe la corona del martirio.

18. Yo no me admiro de esto, pues que nada es mas opuesto al espíritu de Jesucristo que el espíritu de venganza y las aversiones que lo conservan en el corazón. Otro motivo de la cólera y de la indignación de Dios, porque entre los caracteres de la ley evangélica uno de los mayores, y puede decirse el mayor, es esa caridad, que sin distinción de amigos ni de enemigos nos une á todos, forma de todos los corazones un solo corazón, y de todas las almas una sola alma. Esa caridad, que llega hasta bendecir á aquellos que nos cargan de maldiciones, hasta rogar por aquellos que nos persiguen y que forman contra nosotros las mas injustas maquinaciones, hasta abrazarlos, hasta socorrerlos en sus necesidades y ayudarles con todo nuestro poder. Esa caridad que practicó sobre la cruz el Hijo de Dios, nuestro Salvador y nuestro divino ejemplar, cuando dirigiéndose á su Padre defendió á los judíos que habian pedido su muerte, á los jueces que le habian condenado, y á los mismos verdugos que le ultrajaban, aun despues de haberle crucificado: *Pater, dimitte illis; non enim sciunt quid faciunt.* (Luc. xxiii). Ved aquí, repito, la perfección de la ley de gracia; ved aquí el precepto que Jesucristo parece haber tenido en su corazón sobre todos los demás, el precepto que adoptó especialmente como su precepto, al que se adhirió mas particularmente, y en el que insistió mas; ved aquí por lo que quiere que se nos conozca como cristianos: *In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis.* (Joan. xiii). Cuando, pues, contra todas las reglas de esta caridad tan expresa y tan altamente recomendada nos alejamos los unos de los otros, y vivimos en una guerra declarada, ó tanto mas peligrosa y mas mortal cuanto mas encubierta es; cuando en el primer atentado que se comete contra nosotros nos enfurecemos, nos exaltamos, y solo pensamos en volver reconvención por reconvención, maldición por maldición y mal por mal; cuando contenidos por un respeto puramente humano y por una moderación fingida conservamos no obstante en el fondo de nuestra alma un veneno que la emponzoña, y que no deja de derramarse cuando llega la ocasión, aunque sutilmente y sin ruido; cuando nos consumimos en proyectos, en deseos y envidias que nos inspiran una secreta malicia, y que solo se dirigen á satisfacerla; cuando nos dejamos preocupar de las ideas comunes; cuando nos gloriamos de haber vengado una injuria; cuando miramos como un oprobio no haber lavado la mancha; cuando tenemos vergüenza de no haber triunfado de cualquier modo que fuera, ¿no podemos

decir que renunciarnos á Jesucristo, si no de boca, por lo menos de obra, pues que renunciarnos á una de las máximas fundamentales de su Religión santa? ¿No es esto ruborizarse de Jesucristo, supuesto que es ruborizarse de su moral y de la observancia de su ley? Pues bien, no nos engañemos mas en esto, y procuremos comprender dos cosas: primera, que no hay otro mediador por el cual podamos obtener la remision de nuestros pecados mas que Jesucristo; segunda, que todo el que renuncie á Jesucristo, Jesucristo renunciará á él, y todo el que se avergüence de Jesucristo ante los hombres, Jesucristo se avergonzará de él ante su Padre. Por consiguiente que si no perdonamos como Jesucristo, y segun su santa ley, no podemos contar con su mediacion, ni esperar por sus méritos el perdon de nuestras ofensas; y si no lo obtenemos por su mediacion, ¿cómo lo obtendremos?

19. ¿Cosa extraña, amados oyentes! Nosotros somos cristianos ó pretendemos serlo. En virtud de nuestra profesión no habrémos recurrido ni una vez á Dios para implorar su gracia, que no haya sido en nombre de Jesucristo, como hermanos de Jesucristo y como miembros de Jesucristo. Y, sin embargo, tenemos unos sentimientos totalmente opuestos á los de Jesucristo, y una conducta contraria á la suya; nosotros le negamos y le deshonramos al negar su Evangelio y al deshonorar al Cristianismo, al que nos ha llamado por una vocación especial. En otro tiempo el distintivo de los cristianos y la gloria del Cristianismo era el espíritu de paz que reinaba entre ellos; era, como ya he dicho, el concurso unánime de muchas voluntades en una misma voluntad, y de muchos intereses en un solo interés; de tal modo que de toda una multitud se formaba, por decirlo así, un solo hombre. Los paganos lo notaban, y esto era lo que los admiraba, lo que les edificaba y lo que les encantaba. En efecto, ¿qué cosa habia mas admirable ni mas grande? Ellos veian entre gentes de todos los países y de todos los caracteres una concordia que nada podia turbar. Ellos veian á los Mártires sufrir sin quejarse, y aun con gozo; las falsas acusaciones, las calumnias atroces, la ignominia pública, y todo lo que hay de mas ultrajante y de mas infamante. Ellos veian á los generosos soldados de Jesucristo y á los fieles imitadores de su caridad perdonar á sus tiranos, y abrazar á los que los habian atormentado, á los que los habian desgarrado y los habian quemado. Tal era el triunfo de la Religión; mas ved aquí su escándalo. Este es que entre los sucesores de aquellos cristianos tan pacientes y tan

caritativos apenas se encuentra paciencia en las injurias ni caridad. Se ve á los discípulos de Jesucristo en perpétuas contestaciones y en discordias eternas. Se emplean todas las consideraciones divinas y humanas para reducirlos y ponerlos en paz; pero frecuentemente se pierde el tiempo sin poderlo conseguir. Lo que hay mas deplorable es que por la mas funesta ilusion, los mas cristianos en apariencia y los mas declarados por la piedad son muchas veces los que conservan en su corazon mas amargura y mas hiel. Ellos se acercan al altar de Jesucristo, participan del Sacramento de Jesucristo, predicán la mas severa moral; y sin embargo conservan en su espíritu mil proyectos de venganza la mas viva y la mas sangrienta. Y forman entre tanto mil intrigas y mil cábalas, no solamente contra los particulares, sino contra sociedades y corporaciones enteras, á fin de hacerlas notar, desacreditarlas y arruinarlas. Y entre tanto no perdonan lo sagrado ni lo profano, ni el artificio ni la mentira con tal de poder conseguir el fin que se proponen, humillar, confundir y perder á todo el que osa contradecirles y no suscribe ciegamente á sus ideas, ó mas bien á sus errores. Y todavía pretenden obrar de este modo por Jesucristo, y defender así la causa de Jesucristo; como si este Hombre-Dios, este Dios de caridad, que para la defensa de su propia persona no profirió una palabra, autorizase en ellos bajo el pretexto vano de su gloria los mas hondos resentimientos, las mas infcuas prevenciones, las mas negras murmuraciones y los procederés mas injustos.

20. Pero recapacitemos. No querer perdonar es hacerse culpable para con Dios, para con su Hijo Jesucristo, y yo añado, aun mas culpable para con el prójimo, que ocupa el lugar de Dios: tercera razon que obliga á Dios á juzgarnos con toda la severidad de su justicia y sin indulgencia alguna. Porque, sea cualquiera ese hombre contra quien os volveis, y con quien os mostrais tan inexorable, está revestido de todos los derechos de Dios, y de él es de quien os ha dicho Dios lo que el apóstol san Pablo decia á su discípulo Filemon con respecto á Onésimo: Recíbidle como á mí mismo, y tratadle como debíais tratarme á mí: *Suscipe illum sicut me.* (Philem. c. xvii). Él os ha desagradado en una ocasion, él os ha faltado, y esta es una deuda de que podríais pedirle cuenta. Mas esta deuda la tomo yo sobre mí; y por una justa compensacion le transfiero las que pudiera yo con mejor título exigir de vos. Porque no olvidéis que vos os debéis á mí, y que yo tengo un derecho absoluto y sin reserva sobre vos: *Si autem aliquid nocuit tibi, aut debet, hoc mihi*

imputa : ego reddam , ut non dicam tibi quod et te ipsum mihi debes. (Ibid. XVIII). Así es, repito, como Dios se explica, y así es como vuestro hermano, por mas deudor que os sea, tiene derecho á esperar de vuestra parte un tratamiento favorable y un absoluto perdon. Mas vosotros, violando todos sus derechos, os ocupais de los vuestros ; vosotros los exagerais, los ponderais, los exigís con un imperio y con una exactitud que llamais derecho, justicia y equidad ; mas que yo llamo inhumanidad, crueldad, y que algunas veces puedo llamar ferocidad. Porque ¿quién no sabe cuáles son los excesos de una pasion de venganza? Se cree permitido todo, y no se guarda moderacion alguna. En la falsa idea que se forma de una ofensa que la imaginacion abulta, y que nuestra delicadeza hace crecer hasta el infinito, parece poco cuanto se dice, cuanto se comprende, y cuanto se ejecuta. Por una ofensa se vuelven ciento; por una palabra se llega á muchos discursos llenos de invectivas las mas injuriosas, y que no tienen fin ; por una sola vez ó por un momento se pasan los años, y aun toda la vida, en perseguir sin cesar á un hombre, en afligirle, en contradecirle, y, si es posible, en abrumarle y en acabarle; ¿y por qué? Porque, obcecados por un amor propio que no tiene límites, nos infatuamos con nuestros pretendidos derechos, y perdemos la memoria del derecho real y positivo que Dios ha transmitido al prójimo. Y despues de todo esto, amados oyentes, os acercais al altar á hacer la súplica que el mismo Salvador os ha enseñado. Os acercais á los piés de Dios, y pronunciais contra vosotros mismos la sentencia mas formidable. Os presentais ante el Dios de majestad á desmentiros, á condenaros y haceros culpables para con vosotros mismos. Esta es la última prueba por donde concluyo, y que debe convenceros. Nosotros decimos todos los dias á Dios: Señor, perdonadnos nuestras ofensas como nosotros perdonamos á los que nos han ofendido : *Dimitte nobis sicut et nos dimittimus.* (Matth. vi). Nosotros lo decimos, pero si comprendemos el sentido de esta oracion, y tenemos el alma herida de un resentimiento que la punza, y que todavía no hemos curado, esta súplica de santificacion se convierte para nosotros en una súplica de abominacion, y yo sostengo que no la debemos proferir sino temblando, y que la debemos mirar como una sentencia de muerte y como el anatema mas terrible que pudiera caer sobre nuestra cabeza. En efecto, ¿no es esto ó desmentirnos nosotros mismos, ó condenarnos nosotros mismos? Desmentirnos, si pensamos de una manera y

hablamos de otra; si no queriendo sinceramente y de buena fe que Dios observe esta igualdad perfecta entre su juicio y el nuestro, nos atrevemos sin embargo á usar un lenguaje tan opuesto. Condenarnos, si consintiendo en que no nos perdone Dios, sino en tanto que perdonemos nosotros, no perdonamos sin embargo; y si para volver á su gracia no cumplimos una condicion sin la cual parece que le pedimos que nos repruebe. Porque, en efecto, ¿qué significa decirle: perdonadnos, Dios mio, del mismo modo que nosotros perdonamos, cuando realmente y en la práctica no podemos resolvernos á perdonar? *Dimitte nobis sicut et nos dimittimus*. Poned, hermanos míos, toda la atencion necesaria, y yo aseguro que os llenaréis de espanto. Esto es decirle á Dios: Señor, así como yo conservo en mi pecho una aversion que nadie ha podido arrancar, tened conmigo el mismo odio; y así como yo no quiero ver jamás á ese enemigo, ni que él me vea, no sufrais que yo os vea jamás en vuestro reino. Trabajad en mi perdicion como yo trabajo en la suya, y cubridme en el infierno de una confusion eterna como yo quisiera en la tierra cubrirle de oprobio: *Sicut et nos*. Esto es decir á Dios: no me perdoneis, Señor, sino del modo que yo perdono; y así como esta reconciliacion á que se me obliga solo es aparente, no os reconcilieis conmigo de otro modo; yo soy siempre enemigo; sedlo Vos siempre mio. Á pesar de la palabra que yo he dado, solo espero la ocasion para vengarme; servíos Vos para vengaros de mí de todas las que se os presenten, que no os faltarán: *Sicut et nos*. Esto es decir á Dios: del mismo modo, Señor, que me basta, ó que yo quiero que me baste para perdonar, no obrar contra la persona, y que por lo demás no pretendo agradarla en cosa alguna, ni ayudarla en nada, abandonad Vos mi causa y no tomeis parte en cosa alguna que me interese. Privadme de todos vuestros dones, y rehusadme todo favor, todo socorro y todo bien: *Sicut et nos*. ¿Es así, amados oyentes, como vosotros lo entendeis? Por lo menos así es como lo decís, y así es como Dios en su juicio lo cumplirá. ¡Qué horror! ¡Ay! pensadlo bien, cristianos; ¡qué horror! Y ¡qué conviccion cuando Dios, al arrojaros de su presencia, os diga: *De ore tuo te judico*! No es necesario mas juez que vos mismo. La sentencia de mi justicia que os aleja de mí os parece rigurosa, os consterna y os desespera; mas vos mismo sois el que la habeis dictado, y vos la habeis tenido cien veces en la boca. ¿De qué podeis, pues, quejaros? Yo sigo la regla que me habeis marcado; yo os perdono

como vos habeis perdonado, ó mas bien, porque jamás habeis perdonado, no conteis con que yo os perdone jamás. Apartaos: *De ore tuo te judico.*

21. Á vosotros os toca, hermanos míos, meditar bien esta sentencia y tomar sobre ella vuestro partido. No hay, pues, término medio; ó perdon de vuestra parte, ó terrible reprobacion de parte de Dios. Elegid: ó le uno ó lo otro. Pero qué, ¿querria yo conseguir á ese precio una satisfaccion tan vana? ¿Tan importante me es reparar una injuria, que quiera que me cueste mi salvacion y mi alma? Perseguir un enemigo y odiarle, ¿no seria ser mil veces mas enemigo de mí mismo? y repeler un mal ¿no seria atraerme el mayor de todos los males? ¿De qué modo pensaré yo á la hora de la muerte, y de qué modo piensan tantos otros? ¿Osaré morir en el estado de enemistad en que vivo, y no seria un escándalo para el mundo que, á pesar de sus falsos principios sobre las injurias, por la contradiccion mas sensible, y por el testimonio que él se ve forzado á rendir á la verdad, condenaria á un moribundo tan endurecido que llevaba sus resentimientos á la tumba? Pues bien, ¿por qué no hemos de hacer al presente con utilidad lo que será necesario hacer un día, y tal vez sin fruto? Porque ¿á qué se reducen esas reconciliaciones á la hora de la muerte, y qué fruto puede esperarse de lo que no es generalmente mas que una ceremonia y una costumbre? Si hay algunas dificultades que vencer, y algunas victorias que alcanzar sobre mí, ¿me daré por muy satisfecho por la uncion divina que me asistirá? Nunca José tuvo mayor consuelo que cuando abrazó á sus hermanos que le habian vendido. Él lloró, no de dolor, sino de gozo. Sobre todo, cristianos, nosotros somos pecadores, es necesario no olvidarlo. Como pecadores, tenemos gran necesidad de que Dios nos perdone. Perdonemos, y esperémoslo todo de su misericordia en el tiempo y en la eternidad dichosa, á la que nos conduce, y que os deseo á todos. Amen.

SERMON

SOBRE

LA NECESIDAD DE SERVIR Á DIOS.

Quis ex vobis arguet me de peccato? (Joan. viii, 46).
 ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?

1. Al mismo tiempo que los fariseos se gloriaban con arrogancia de ser hijos de Abrahán, de Isaac, de Jacob, y herederos de los Patriarcas y Profetas, le disputaban al Salvador que fuese Hijo único de su eterno Padre. Hombres insolentes y temerarios, les dice Jesucristo, ¿cómo os adjudicáis en mi presencia un título ilegítimo? Si descendéis de un padre santo y virtuoso, mostradlo en vuestras obras: *Si filii Abraham estis, opera Abraham facite.* (Joan. viii, 39). En vano corre su sangre en vuestras venas si le afrentáis con vuestros vicios; y él mismo negará una generacion perversa que deslustra la gloria de su fe con la ignominia de su infidelidad. No reconozco yo ya en vosotros á los hijos de Abrahán; y así la perversidad de vuestras costumbres os ha dado otro padre en el demonio, de quien habeis aprendido esa rabia y ese furor: *Vos ex patre diabolo estis, et desideria patris vestri vultis facere.* (Joan. viii, 44). Pero yo dejo que mis acciones declaren y justifiquen la nobleza de mi origen; y si no creéis á mis palabras preguntad á mis obras: *Operibus credite.* (Joan. x, 38). Examine vuestra maligna y envidiosa curiosidad todos los pasos de mi vida, y vea si encuentra alguna huella mia en los caminos de los pecadores, si toda mi conducta no ha sido nivelada con la mas severa virtud, y si entre tantas acciones halla una sola prohibida por la ley: *Quis ex vobis arguet me de peccato?*

2. ¿Qué podrian responder los fariseos á un argumento tan convincente? Á la verdad, solo un Dios santo por esencia podia haber pasado la dilatada carrera de su vida tan impecablemente; pues una virtud tan perfecta no puede nacer ni conservarse en esta miserable tierra contaminada con el pecado de nuestro primer padre, en donde por hombre santo no se entiende un hombre que no peca, sino un

hombre que peca raras veces, y venialmente. Por esto, católicos oyentes míos, no vengo yo hoy á reprenderos esas imperfecciones leves, esas faltas ligeras en que incurre la humana fragilidad, y ¡ojalá que la inocencia de vuestras costumbres no diese materia mas grave al ejercicio de nuestro celo! Pero lo que injuria á Dios gravemente, lo que á la Iglesia causa tantas lágrimas y desconsuelos, y á los buenos tan vivo dolor, es no solamente que haya hombres insolentes que pasan años enteros sumergidos en el hediondo cieno del vicio; sino ver que con afrenta del Cristianismo hay un tiempo y una parte de la vida en que se juzgan los hombres autorizados para mirarle como un tiempo destinado á pecar, como una edad á que la virtud no tiene derecho alguno.

3. Es necesario, decís, aguardar que pase la juventud: y gobernándoos por esta máxima detestable no hay ley que no quebranteis, ni exceso que no cometáis, ni disolucion que no autoriceis, ni pecado que os atemorice. Hoy, pues, intento combatir este espantoso error, manifestándoos en primer lugar la necesidad de servir á Dios en la juventud, y en segundo lugar los medios de perseverar en ella en su santo servicio. Este es el asunto y la division de mi discurso que á todos os puede ser provechoso, alentando á los jóvenes en su fervor, y excitando á los que no lo son á verdadera penitencia. Pidamos la gracia por la intercesion de María: *Ave María*.

Primera parte.

4. Consiguieron, finalmente, introducirse y arraigarse en el Cristianismo esas máximas escandalosas: que así como hay un tiempo para servir á Dios, para dedicarse á la virtud, para negociar la salvacion, hay otro para servir al mundo, para darse á los placeres, para satisfacer las pasiones; que el hombre, como libre, como dueño de sí mismo y árbitro de su corazon debe en los primeros años rendirse á los halagüeños apetitos que le arrastran segun los deleites que le incitan, disfrutar del verdor de la juventud, darse á todo género de pasatiempos; que esta amena y agradable edad corre velocísimamente; que la importuna vejez despertará en nosotros, y á pesar nuestro, serias reflexiones; y que para pensar en la eternidad tiempo tendremos bastante cuando nos hallemos cerca del sepulcro. Ved abí la doctrina que tan sin vergüenza sustituye nuestro siglo á la del Evangelio; ved la doctrina de nuestros teatros, la doctrina de nuestros libros, la doctrina de nuestras conver-

saciones ; doctrina que las pasiones siguen gustosas , que el corazon recibe , que la naturaleza corrompida contrapone á la razon , y doctrina con que el infierno , atento á destruir la heredad de Jesucristo por medio de tantos hombres pervertidos y pervertidores que se prestan á su inicuo ministerio , inficiona á toda prisa los últimos dias de este mundo que está amenazando ruina ; doctrina diabólica y desatinada en sus principios ; doctrina perniciosa sumamente en sus efectos . ¿ Cómo así ? porque esta resolucion de pasar la juventud disolutamente hace á Dios gravísima injuria , os expone á vosotros á horribles desgracias , y os causa irreparables daños . Aplicad vuestra atencion á estas tres reflexiones .

3. I. *Lætare juvenis in adolescentia tua , et ambula in viis cordis tui.* (Eccles. XI, 9). Anda , dice el Espíritu Santo en el Ecclesiastès , anda , jóven disoluto , tan despierto á los incentivos de los vanos deleites , tan indócil á mi voz que te llama , y tan obediente á la de la concupiscencia que te domina ; anda , corre á sacrificar los mejores dias de tu vida al ídolo infame de la sensualidad ; anda , y no turbe el curso de tus locas alegrías el menor remordimiento : *Lætare juvenis*. No niegues á tus sentidos nada de lo que apetecen ; vive segun tus depravados deseos , desprecia mi ley santa , siguiendo solamente los impulsos de un corazon desenfrenado : *Ambula in viis cordis tui*. Pero no entiendas que siendo testigo de tus desórdenes los apruebe yo con indigna condescendencia , pues mis ojos con que observo tus desvaríos tienen contados todos los pasos que das en los caminos de la maldad , y mi mano los escribe en aquel tremendo libro donde se leerá la suerte eterna de los mortales en el día de las venganzas : *Et scito quod pro omnibus his adducet te Deus in judicium.* (Luc. IX, 23). El mundo acaso os ponderará los yerros de la juventud , excusándolos y justificándolos ; pero yo no me gobierno por el capricho de un pueblo necio que juzga segun el ciego dictámen de las pasiones , y no segun las leyes del Evangelio y de la razon ; porque yo soy , yo debo y quiero ser Dios de tus primeros años , como lo soy de los postreros dias de tu vida , y te pediré estrecha cuenta de ellos : *Et scito quod pro omnibus his adducet te Deus in judicium*. Y ¿ por qué los pecados de la juventud no han de ser pecados ? ¿ Conoce acaso el Evangelio esa frívola distincion de primeros y de últimos años de la vida ? ¿ En qué pasaje de él se declara que los preceptos no tienen lugar sino al fin de la vida ? ¿ Qué significan , pues , estas palabras : *Dicebat autem ad omnes ?* (Ibid.). Cuando Jesucristo . nuestro bien mandaba caminar por el camino estre-

cho, hacerse fuerza, negarse á sí mismo, llevar su cruz, seguirle, imitarle, hablaba con todos sin diferencia de estado ni de condicion, de empleo ni de calidad, de sexo ni de edad: hablaba con grandes y pequeños, con ricos y pobres, con jóvenes y viejos: *Dicebat autem ad omnes.* ¿Cómo, si la edad juvenil goza de especiales privilegios que la exceptúan de la ley comun; cómo el apóstol san Pablo, aquel maestro de las naciones, aquel doctor de las gentes, aquel vaso de eleccion que iluminado por el Espíritu Santo supo del mismo Jesucristo el sentido íntimo y verdadero de la ley, cómo escribiendo á su discípulo Timoteo le decia: *Juvenes similiter ut sobrii sint?* (Timoth. II, 6). Exhorta á los jóvenes á vivir con sobriedad y modestia: dales á entender que el Dios de los cristianos no es ninguno de aquellos dioses de la gentilidad, deidades imaginarias y fantásticas, que propicios á los vicios de los hombres perdidos, permiten rienda suelta á las pasiones de la juventud desenfrenada, pues nuestro Dios es Dios de todas las edades; en su presencia no puede justificar la juventud ni los excesos de la impureza, ni el frenesí de sus blasfemias, ni el furor de sus odios y venganzas, ni los excesos de su destemplanza: *Juvenes similiter exhortare ut sobrii sint.*

6. ¡Oh loca y desatinada juventud! ¿Con qué, Dios no es Dios de todos los tiempos, no es Señor de todos los tiempos, no es el dispensador, el árbitro y el autor de todos los tiempos? ¿Tenemos acaso un solo momento que no sea una gracia de su benigno amor, y como un efecto de su infinito poder? ¿No teje su mano toda la tela de nuestra vida? ¿No se derivan de este mismo principio nuestros primeros instantes y nuestros últimos momentos? ¿No es el alma de la juventud del mismo modo que es el apoyo donde la vejez se sustenta? Y si todo es de él, ¿por qué no se referirá todo á él? Si todo viene de Dios, ¿por qué no volverá todo á Dios? ¿Con qué derecho te atreves á vulnerar su autoridad suprema, señalándole límites, y fijando el tiempo en que ha de dar principio su imperio? ¿Con qué derecho usurpas de una vida, que la debes toda entera á la liberalidad de Dios, veinte y treinta años que robas á su Majestad para adjudicarlos al vicio y al demonio? Y cuando en el Bautismo le juraste fidelidad inviolable, ¿prometiste darle solamente la vejez? ¡Hombre ingrato y fementido! ¿Parécete que toda tu vida entera es dádiva excesiva para un Dios tan grande de quien la has recibido toda, para un Dios á quien la has prometido toda? Señálame una cosa que no hayas recibido de Dios, y yo te diré lo que puedes negarle. Díme desde cuándo empezó á amarte, y yo te diré

hasta qué edad te es permitido ofenderle : sabe, pues, que todavía no existias y ya él te amaba ; y qué, ¿ no emplearás tú en amarle todo el tiempo que existas ?

7. Nace Jesucristo, y luego llora : apresúranse á salir aquellas lágrimas que han de amansar la cólera de su eterno Padre enojado por tus ingratitudes ; y con sus ardientes suspiros y deseos eficaces llama la hora en que han de empezar sus tormentos : *Baptismo habeo baptizari, et quomodo coarctor usque dum perficiatur?* (Luc. XII, 50). Yo, decia á sus Apóstoles, he de ser bautizado con un bautismo de sangre : ¡ oh y cuánto tarda para lo ardiente de mi amor el cumplimiento de esta grande obra! Finalmente, en la flor de sus años, en la primavera de su vida muere por tí ; y de esa edad ¿ no te dignas todavía tú de vivir para él ? *Obstupescite celi super hoc.* (Jerem. II, 12). ¡ Asombraos, cielos! No se contenta mi pueblo con tratarme como á los dioses de los paganos, y de mancomunarme con un ídolo vano y sin poder ; sino que tambien ofrece á la sensualidad el incienso mas puro y las victimas mas pingües : *Obstupescite celi super hoc.* ¿ Es posible, vil é indigno cristiano, que tu Dios no te parezca bastante amable para rendir y fijar tu amor? No repruebo ya tu ceguedad, tu perfidia y tu ingratitud ; corra tu mudable é inconstante corazon de objeto en objeto ; obsequie ahora á Dios ahora al mundo ; tenga dias señalados para servir alternativamente ya al uno ya al otro ; pero, en fin, ya que no merece Dios reinar solo en tu corazon, ¿ no es á lo menos digno de reinar en él el primero? ya que no merece un amor perseverante que comprende todo el discurso de los años, ¿ es acaso indigno de los mejores dias de tu vida? Porque resolverse libremente y de caso pensado á dejar á Dios mientras dura la juventud, y no convertirse sino en la vejez, ¿ no es hasta donde puede rayar el desprecio y el ultraje? Porque ¿ sabeis qué quiere decir este discurso : mientras yo me siento con brio y con fuerza quiero darme á los deleites, y cuando la edad vaya cayendo me volveré á Dios? ¿ sabeis qué quiere decir? Avivad vuestra atencion para escucharlo. Es como si dijerais : yo no puedo dejar de convertirme á Dios tarde ó temprano ; pero quiero dilatarlo cuanto mas sea posible : harélo cuando me vea estragado por los deleites, empobrecido por el libertinaje, perdido y podrido por la disolucion : harélo despues de haberme desquitado anticipadamente de las mortificaciones saludables de la virtud con los gustos pecaminosos del vicio. Es como si dijerais : yo amo al mundo y á sus deleites ; yo amo al pecado y á los deleites reprobados del pecado,

y no me apartaré del mundo hasta que el mundo me desampare ; ni dejaré de servir al mundo hasta que el mundo me despida de su servicio ; ni me abstendré de los deleites hasta que me vea imposibilitado de disfrutarlos ; ni aborreceré el pecado hasta que el pecado carezca ya de incentivos para mí ; ni le evitaré hasta que me ofrezca otras comodidades que el infierno ; ni dejaré de amarle hasta que de amarle no me resulte ningún fruto ni utilidad. Es como si dijeras : yo no me entregaré á Dios sino en el caso de no hallar otro á quien servir, ni le buscaré sino cuando todo lo demás huya de mí ; yo lo reservo para que ocupe el vacío que dejará en mi corazon la pérdida de los bienes y placeres mundanos ; yo bien deseo que me consuele en los sinsabores de la vejez, pero no quiero que acibare los gustos de mi juventud. Es como si dijeras : mi corazon no se mueve por los beneficios de Dios, pero la memoria de sus castigos consterna y atemoriza mi alma ; y como por una parte no le amo, ofenderéle mientras me considere con tiempo bastante para aplacarle ; como por otra parte le temo, emplearé algunos de mis décréptos dias en desagraciarle, y, con tal que logre desenojarle, nada me importa haberle ofendido, pues yo no me propongo evitar el pecado, sino el merecido del pecado. Es como si dijeras : nada haré en todo el discurso de mi vida mirando á Dios, sino que lo ejecutaré todo mirándome á mí : el amor propio y la conveniencia de mi propia tranquilidad será la regla de mis desaciertos y de mi conversion, de mis pecados y de mi penitencia ; por este impulso me moveré á amar y á aborrecer ; por él admitiré en mi alma ya el deleite de ofender á Dios, ya el dolor de haberle ofendido ; al principio me apartaré de su Majestad para entregarme sin rienda á los gustos sensuales, y despues me volveré á él para asegurar mi salvacion. Es, finalmente, como si dijeras : mi corazon vive entregado al mundo, y desearia continuar en gozar de sus deleites ; no le privaré, pues, de ellos sino á mas no poder : es verdad que mi corazon vive apartado de Dios, pero no se lo entregaré sino cuando no pueda hacer otra cosa, ni me portaré como cristiano sino en cuanto baste para no condenarme : yo regularé mi juventud por los impulsos de mi amor, y mi vejez por las impresiones únicamente de mi temor.

8. Discurrir y obrar de este modo ¿no es conservar siempre aficion al pecado? ¿no es exponerse á amarle siempre, y por consiguiente á no dejarle nunca? ¿No es esto burlarse de Dios? ¿no es esto alucinarse y engañarse á sí mismo? Y ¿qué seria de vosotros, amados oyentes míos, si Dios no quisiese ser tampoco Dios de vues-

tra vejez, así como vosotros no queréis que sea Dios de vuestra juventud? ¿si repudiase los postreros dias de vuestra vida, así como vosotros le negais los primeros? ¿si muriéseis, finalmente, sin haber alcanzado ni aun pedido la gracia de una conversion sincera y verdadera? ¿Tendriais motivo entonces para quejaros? V el decoro de su gloria ¿no parece que exige que despues de haber sido burlado os burle tambien igualmente? ¿Debe contemporizar con nuestros antojos, cuando nosotros despreciamos su autoridad? No, me diréis, no temo que desatienda mis lágrimas; bien sé que oirá benignamente mis postreros suspiros, y que mi desmayada y moribunda voz llegará hasta su trono: pues ¿quién no sabe que el Dios de las misericordias es un Dios que se aplaca fácilmente? Con qué, sabes que es un Dios que fácilmente se amansa, ¿y con todo eso eres tan bárbaro que le ofendes? ¿Quién ha visto que el amor del padre sea causa para que su hijo le injurie? Si Dios, replicas, fuese menos digno de ser amado, yo procuraria amarle: lo que me alienta á ofenderle en mi juventud es la esperanza de que aceptará mi arrepentimiento en mi vejez: de modo que si hubiera puesto límites y término á su amor, yo los hubiera puesto á mi ingratitud; y siendo menos misericordioso sería mas amado. ¡Oh hombre pérfido! ¿hasta dónde ha de llegar tu atrevimiento y desprecio? Mas vuestra conducta no solo ultraja á Dios de un modo cruelísimo, sino que es tambien imprudente en sumo grado, pues lo aventurais todo para en adelante.

9. II. Con efecto, cuando uno se resuelve temerariamente á sumergirse en el vicio, no por eso consiente siempre en precipitarse en el infierno, pues espera enmendar con el buen ejemplo de su vejez los desórdenes de sus primeros años. Pero preguntóos, ¿pende de vuestra mano el hilo de vuestra vida, ó sabeis el número de dias que habeis de subsistir en el mundo? ¿Que sabeis vosotros si Dios ha señalado el fin de vuestra vida cerca de su principio, condenándoos á morir casi inmediatamente despues de nacer? ¿que sabeis vosotros si esa flor de la juventud padecerá la misma suerte que las demás flores transitorias y caducas, que á la mañana ostentan su verdor y lozanía y á la tarde se desmayan y marchitan? ¿Qué propicia mano ha corrido el velo que oculta á vuestra vista la incertidumbre de lo futuro? ¿No ignorais vosotros igualmente que él señaló los arcanos de aquella sabiduría infinita que puso límites á nuestra vida, y aquellos términos fatales que no podemos traspasar? Lo que yo sé es que he visto, y vosotros lo habréis visto

tambien, que muchos jóvenes heridos de una mano invisible, murieron de repente en el verdor de sus años, en la flor de su edad, que imploraron en vano con sus lágrimas y suspiros á la juventud y á la vida que sordas á sus clamores huian precipitadas : vosotros los oísteis exclamar en la amargura de su corazon con aquel rey de Judá : *In dimidio dierum meorum vadam ad portas inferi* ; yo siento que mis fuerzas desfallecen, la escasa luz de mis ojos no ve sino las sombras de la muerte ; apenas he vivido algunos dias, y ya me recibe la oscura concavidad del sepulcro : *In dimidio dierum meorum vadam ad portas inferi*. Lo que me consta es que en ningun siglo se han visto mas sucesos trágicos, mas muertes repentinas é improvisas que en el nuestro. Parece que la enormidad de nuestros delitos ha alterado las leyes de la naturaleza ; que á proporcion que nos apresuramos nosotros á ofenderle él se apresura á castigarnos, y que ha preparado nuevos tormentos para castigar estos nuevos mónstruos de obscenidad y de irreligion de que casi no tuvieron idea nuestros padres. Lo que sé es que atendida la historia de los siglos pasados y la experiencia del presente resulta que de cuantos viven en el mundo un cortísimo número llega á la vejez, y que la muerte se complace en segar las gargantas de jóvenes y en sacrificar en sus funestas aras víctimas tempranas. Lo que yo sé es que es palabra expresa del Espíritu Santo, manifestada en los sagrados Libros, que el impío perece por lo comun en la mitad del curso de su vida : *Non dimidiabunt dies suos* (Psalm. LIV, 24) ; que el árbol infructuoso que ocupa inútilmente la tierra será arrancado sin que aguarde el dueño á que por sí mismo se caiga : *Ut quid etiam terram occupat* (Luc. XIII, 7) ? que el pecador, por mas que emulando los cedros del Líbano levante hasta las nubes su orgullosa cabeza, desaparecerá en un instante, y echándole de menos la tierra que le sustentaba, preguntará si existió : *Transivi, et ecce non erat*. (Psalm. XXXVI, 36). Lo que yo sé es que, teniendo respeto muchas veces su Majestad divina á su misericordia ultrajada, á su justicia desairada, á su Iglesia deshonrada, y á los demás fieles cristianos á quienes inficionaria el contagio de vuestros malos ejemplos, os ataja los pasos en medio de la carrera, acorta los dias de vuestra vida para que se acaben los escándalos de ella, sobresalta la falsa seguridad de una juventud desatinada, dándole ocasion para que á ejemplo vuestro espere tener tiempo ya de disfrutar de los deleites del pecado, y ya de detestar el pecado de vuestros deleites.

10. Y ¿qué sería de tí, joven infeliz, si como otro Baltasar, y en medio de tus gustos ilícitos é inmundos, vieses de repente que una mano fatal escribía la sentencia de tu muerte? ¿qué sería de tí, si desde el lecho de la culpa te hallases trasladado súbitamente á los brazos de un Dios justiciero, exhalando todavía los vapores de tu obscenidad, y respirando vicio, destemplanza y disolucion? Y ¿harás ya gran caudal de esos años que te prometías y reservabas para tu conversion? ¡Ay, y á cuántos ha condenado esta temeraria confianza! si el infierno se abriese en tu presencia, ¡cuántos te dirían: jóvenes fuimos nosotros como tú, robustos y con salud; como tú nos dejamos dominar de las pasiones que nos engañaban, y variábamos los pecados segun el arbitrio y diversidad de nuestros deseos: tambien pensábamos como tú, que con el ejemplo de los postreros años de la vida borraríamos los escándalos de los primeros; pero ¡ay! que nuestros primeros años fueron los últimos! Empleamos en locuras el tiempo que teníamos, ¡y no llegamos á ver el tiempo que destinábamos para vivir virtuosamente! ¡Qué delirio despreciar lo que está en nuestra mano, y fundar la esperanza de la eternidad en lo que no depende de nosotros! ¿Es posible, Salvador mio, que sea cosa tan dulce el ultrajaros, que sacrifiquen los hombres sus intereses de mayor importancia al detestable deleite de haberos ofendido? de modo que estará acaso determinado que perezcan hoy, y aguardan ellos á mañana á precaver su ruina...

11. Quiero, no obstante, que, saliendo victoriosos de tantos azares y peligros como amenazan á la juventud, llegueis á una edad mas avanzada. Pero el fin de vuestra juventud ¿será por eso el principio de una vida cristiana? ó antes bien, ¿imitaréis á aquel ingrato israelita que apelaba siempre á lo futuro, sin quererse obligar nunca al tiempo presente? *Expecta, reexpecta* (Isai. xxviii, 10): espera, espera mas. Si por eso no quereis servir á Dios en la juventud, porque solo os quereis volver á Dios forzados de la necesidad de asegurar vuestra salvacion, ya pasó esa juventud, ya se ha amortiguado ese hervor de la sangre, ya con la edad se va entorpeciendo y helando en las venas; pero como no es todavía la vejez decrepita, cada dia dilatais vuestra conversion: *Expecta*. Á los pasatiempos de la juventud han sucedido la avaricia y la ambicion de la edad mas madura: vivíais antes entregados á los deleites, y ahora aplicais todos vuestros cuidados y desvelos á los adelantamientos de vuestra fortuna: *Reexpecta*. Á proporcion que vais creciendo en edad poneis mas adelante los términos que os habíais fijado; descubrís delante

de vosotros mas tiempo todavía y mas espacio, y no os teneis por tan viejos que no podais aun esperar algunos años de vida: *Expecta*. El tiempo que pasó os parece un fugaz instante, y echais de ver que ha sido tan poco lo que habeis vivido, que esperais vivir largo tiempo. Llegais á cierto momento en que os persuadís que setenta ni ochenta años no son de aquellas edades que se arriman á la sepultura, y ese es puntualmente el momento en que habeis entrado vosotros en aquella edad. Por otra parte, no regulais la vejez ni la juventud por el número de los años, sino por la robustez del temperamento. Procurais persuadiros que sois jóvenes; y ¿qué no haceis para persuadirlo á los demás? No os causais, finalmente, de esperar, y por consiguiente tampoco os causais de dilatar: *Respecta*.

12. Pero ¡qué, cristianos! ¿creeis acaso que está en manos del hombre gobernar á su arbitrio el corazon, disponer despóticamente de él, moverle á su voluntad, darle y apartarle, aficionarle y desprenderle, abandonarle y volverle á cobrar cuando quiere, y siempre que quiere? ¡Oh juventud, oh floridos, pero fatales años! ¡Que no nos sea permitido cercenar de nuestra vida aquellos dias de delirio y de embriaguez, que tanta guerra y tantas calamidades nos ocultan bajo la apariencia de un deleite engañoso! Dejamos que se apodere de nuestro corazon la avaricia, la envidia, la ambicion y la destemplanza, y nos lisonjamos de poder extinguir esa llama y de contener ese torrente arrebatado. ¡Vana ilusion, esperanza quimérica y funesta! Vives engañado, amado hermano mio, y el infierno juega con tu flaca razon. No te dirá que pases toda la vida envuelta en pecados; bien sabe que no te atreverias á seguir una guía tan horrible, si no te pusiese delante algun camino por donde libertarte de su tiranía. No quiere, pues, sino que le concedas algunos dias; que él sabrá aprovecharse bien del tiempo que le dés: él contaminará, él socavará, él carcomerá todos los cimientos de la virtud y de la fe; y sabrá radicar con tal firmeza su imperio, que ejerza mas ámplio poder en tu alma que tú mismo.

13. ¡Ay joven desdichado! exclama el Crisóstomo, duermes con sosiego á los piés del ídolo que te hechiza, y que no te despertará hasta que te haya privado de todas tus fuerzas: sirves al infierno, porque al parecer es poco lo que te pide; pero entiende que ese poco es el todo: *Hoc parum non est parum, immo est totum*. Y ¿por qué lo es todo? Porque el que peca, dice Jesucristo, se hace esclavo del pecado: *Qui facit peccatum, servus est peccati*. (Joan. viii, 34).

¡Cuánta será, pues, tu servidumbre, cuando el pecado te haya dominado tus primeros años, cuando haya inficionado hasta las raíces todas tus perversas inclinaciones, cuando con el transcurso de tantos años y con la muchedumbre de tantas culpas se haya introducido hasta en los senos mas ocultos del alma, y haya penetrado hasta los tuétanos de los huesos: *Ossa ejus implebuntur vitiis adolescentiæ ejus* (Job, xx, 11); cuando haya enflaquecido la razon, oscurecido la fe, enardecido la imaginacion, irritado los sentidos; cuando no solo seas pecador, sino hombre habituado al pecado, hombre vendido al pecado, hombre poseido por el pecado! ¿En qué estado, díme, te hallarás entonces para pelear con el demonio? entonces, cuando coligadas con él todas las cosas que hay en tí y fuera de tí, te venderán vilmente? Tu imaginacion hormigueando en especies impuras te renovará sin cesar la memoria de tus pasadas deshonestidades, cebará con nuevo pábulo el fuego que te abrasa, y revivirá la pasion amortiguada. Acostumbrado tu corazon á las locas y bulliciosas alegrías, y fastidiado de los gustos puros é inocentes, se distraerá casi contra su voluntad, y volverá de nuevo á revolcarte en los deleites que le embelesaron desde los primeros años: tus sentidos, que en fuerza de la costumbre mirarán como necesarios los placeres, ejercerán un dominio tiránico sobre tu débil voluntad; y aprisionado con las cadenas que labró tu propia mano, ya querrás, ya no querrás, ó, por mejor decir, desearás querer, y no llegarás á querer nunca.

14. La impresion que suelen hacer los primeros actos es inexplicable; las huellas que dejan son muy permanentes, los surcos muy profundos. Hierve el mundo de hombres que han formado sin ningun efecto la resolucion de sacudir el yugo de los vicios de la juventud, y que despues de haber hecho inútiles é infructuosos esfuerzos han confesado que es muy difícil destruir los hábitos de la primera edad; tanta verdad es que en la comuu providencia los últimos años de la vida copian las costumbres de los primeros! Vosotros, los que ciegos y engañados en otro tiempo os arrojásteis temerariamente en brazos del pecado con la esperanza de volveros á Dios, predicad á esos jóvenes, para que vuestra desgracia redunde en beneficio suyo: decidles los estragos que causa el pecado en un alma; decidles cuánto tiempo há que la vuestra vive despedazada con remordimientos que siempre desaprovechais, y cuántas veces habeis quedado mas esclavos que nunca de vuestra mala costumbre, despues de haber formado propósito de sacudir de vuestra cer-

viz el yugo de su tiranía. Porque vuestro corazón, irresoluto y fluctuando entre el amor del deleite y los temores de la condenación, quisiera apartarse del pecado, y no lo quiere verdaderamente; quisiera no amarle, y le ama todavía. Pero ¿no vemos todos los días, me dirás, algunos que se convierten y se hacen mejores cristianos á proporcion que van entrando en edad, cuyos excesos se acaban con la juventud?

15. Es verdad que vemos convertirse algunos; pero ¿qué seguridad tienes tú que despues de haberlos imitado en sus desórdenes tendrás tiempo para imitarlos en su penitencia? Si así como su ejemplo os estimuló á vosotros á pecar, el vuestro animase á otros á la culpa, ¿por qué no temeréis que acaso quiera Dios atemorizar con vuestro fin desastrado á quien túviese la osadía de seguir vuestro ejemplo? Es verdad que vemos convertirse algunos con la edad; pero ¿cuántos otros vemos en quienes los años crían nuevos vicios, sin purificarlos de los primeros? que tan sensuales, tan mundanos, tan lascivos, tan destemplados, tan avarientos, tan ambiciosos, tan vengativos son cuando viejos yertos como eran en la juventud fervorosa? Y ¿quién te puede dar seguridad que serás de los pocos, y que no te confundirás con la multitud? Muchos, añádis, que murieron ya, se convirtieron tambien de veras. No permita Dios que yo ofenda su memoria, ni que me introduzca á sondear el impenetrable abismo del corazón humano. ¡Ojalá estén sus almas descansando en paz! Pero sabed que el infierno está lleno de fingidos penitentes, que en la exterioridad de un dolor hipócrita y aparente supieron engañar al mundo y engañarse á sí mismos, y que el Espíritu Santo dictó esta terrible sentencia: *Adolescens iuxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea.* (Prov. xxii, 6). El joven que anda por los caminos del pecado no se apartará de ellos en la vejez. Ruégoos, pues, encarecidamente que carguéis el peso de vuestra consideración sobre estas tremendas palabras, vosotros que todavía os halláis en la flor de la edad, y que fluctuáis entre Dios y el mundo. Estos dos señores de condiciones tan contrarias pretenden el dominio de vuestro corazón. ¡Oh fragilidad, oh vergüenza, oh miseria humana! que constituido el hombre entre dos señores de tan diversas condiciones, no es fácil decidir á quién elegirá antes, si á Dios, ó al mundo! Examinad, pues, cuál es digno de vuestra preferencia; pero tened entendido que en el curso ordinario de las cosas las obligaciones que ahora contraigais durarán siempre, y los últimos momentos de vuestra vida serán

probablemente de aquel que posea los primeros : *Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea*. Los delitos de la juventud se internan en lo mas interior del alma, y el veneno penetra y se introduce prontamente ; y son necesarios remedios violentísimos para purificar la parte infecta : vuela en un instante la sacta, pero la herida que abre tarda muchos años en cerrarse, y siempre se conserva la cicatriz. Quiéroos decir, que no solo aventurais mucho para en adelante siguiendo los halagos del pecado en vuestra juventud, sino que desde luego perdeis ya algunos bienes irremediabilmente.

16. III. Perdeis, en primer lugar, aquella inocencia inestimable que recibisteis en el Bautismo. ¡ Felices de vosotros los que la conservais aun, si conoceis toda vuestra dicha ! Congratulaos de vuestro estado, el cual si una vez perdeis, jamás llegaréis á recuperar. Porque si habeis pecado, bien podeis, estimulados de la fe y de la caridad, huir á los mas remotos desiertos, turbar con vuestros suspiros y lamentos el silencio de las selvas, pasar años enteros en llorar una sola culpa, renovar los rigores de los penitentes de la primitiva Iglesia ; bien podeis, cubiertos de ceniza, mortificados con cilicio, extenuados con ayunos, consumidos con vigias, derramar lágrimas sin duelo, que vuestras lágrimas es verdad que aplacarán la indignacion de Dios, oyendo y escuchando misericordioso los gemidos de un corazon contrito y humillado, y sus ojos verán con complacencia un pecador arrepentido ; pero al cabo en la misma penitencia que le desagravia registra las huellas y vestigios del pecado que le ofendió. Oid cómo habla Jesucristo á los pecadores que perdonó en su Evangelio : *Vade in pace*, véte en paz, *jam amplius noli peccare*, y no peques mas. (Marc. v, 34). *Vade in pace*, perdonado te es tu pecado, *jam amplius noli peccare* (Joan. viii, 2) ; mas no te olvides nunca de él. Y con todo eso era digna de envidia su suerte, pues, en fin, estaban ciertos del perdon de su pecado ; pero en lugar de que nosotros, despues de veinte y de treinta años de lágrimas, siempre tendremos motivo para dudar si habrémos llorado plenamente los nuestros. Así lo habeis querido Vos, Señor, que el hombre que tuvo la desgracia de apartarse de Vos no pueda jamás certificarse de que ha recobrado vuestra amistad, para que este congojoso cuidado sea el torcedor de su ingratitud : *Vide quia malum et amarum est reliquisse te Dominum Deum tuum*. (Jerem. ii, 19). El pecado es cierto, la penitencia muchas veces incierta : ¡ qué razon tan poderosa de consternacion y triste-

za para una conciencia timorata y delicada! Yo sé que Dios me ha aborrecido, y no sé si me ama; yo sé que mi pecado merece el infierno, y no sé si mi penitencia merece que use conmigo de misericordia aquel Dios que imploro; yo sé que he sido pecador, y no sé si estoy convertido. De modo que mientras viva en este mundo no llegaré á saber mas que si no me he reconciliado con mi Dios no puedo evitar el infierno: todo lo demás es un misterio profundo é inapeable que á mí no me toca averiguar, y en que solo debo pensar para excitar mi vigilancia, para avivar mi amor, y animarme á esperar las misericordias infinitas de Dios tan benigño para el pecador verdaderamente arrepentido, cuanto inflexible para el pecador temerariamente presuntuoso. Y no hablo ahora de las dificultades que cuesta desprenderse del pecado, compeler al corazón á mudar de objetos y de inclinaciones, romper las cadenas que labró el deleite, destruir una pasión nutrida, aumentada, fortalecida en el discurso de muchos años. ¡Qué repugnancia siente el hombre en desprenderse del amor al vicio! ¡qué incertidumbres no le contrastan! ¡qué horror de sí mismo! ¡qué sobresaltos al pensar solo en la conversión! ¡qué sentimiento de cuanto va á dejar! ¡qué temores de lo venidero! ¡qué irresoluciones, qué perplejidades, qué dictámenes tan contrarios traen al entendimiento confuso con una cruel incertidumbre, y fluctuando entre las luces que le hieren, y los malos é inveterados hábitos! ¡Oh cómo se pagan entonces con usuras aquellos deleites que embelesaron á la inconsiderada y loca juventud! ¡oh cuántos exclaman entonces con el profeta David: Dichoso, y mil veces dichoso el que no anda por las erradas sendas de los pecadores! *Beatus vir qui non abiit in consilio impiorum, et in via peccatorum non stetit.* (Psalm. 1, 2).

17. ¡Qué locura, qué ceguedad es la nuestra, oyentes míos! ¿Cómo no procedemos en el negocio de nuestra salvación como procedemos en los negocios temporales? Mirad esos hombres que se desvelan, se apresuran y pasan los mejores años de su vida en un trabajo ímprobo, menoscabando, fatigando y consumiendo su juventud con afanes y congojosos solitudes, preguntadles qué pretenden con tantos cuidados; y os responderán que la quietud y tranquilidad de la vejez. Pues esa vejez que quereis pasar con tanto sosiego ¿por qué la cargais con el peso de tantos pecados y de remordimientos tan agudos que es preciso cause una juventud desarreglada y viciosa? ¿por qué la cargais con la triste obligación de curar tantas heridas mortales, de sufrir tantos dolorosos sacri-

ficios, de verter lágrimas tan amargas, de llorar, de satisfacer, de expiar y de castigar tantos pecados?

18. Perdeis, en segundo lugar, un tiempo irreparable y de sumo valor, y tantos méritos que podíais adquirir. ¿Pensais que no os concede Dios esos hermosos años de vuestra vida sino para andar como insensatos tras de esos inmundos deleites, para desperdiciarlos en diversiones indignas de vosotros y de él, en el frenesí del juego, en glotonerías, en amores locos, en los envenenados gustos de esas conversaciones libres, de esas músicas provocativas, de esas conversaciones cuya alma es la murmuración y muchas veces la calumnia? ¡Oh santos cielos! ¿es posible que al perder, al malgastar y al infamar con disoluciones sin término los mejores años de la vida se ha de llamar hoy con eterna ignominia de nuestro siglo saberlos gozar? ¡Ay! ¡qué rabioso dolor sentiréis á la hora de la muerte en aquel momento formidable, en que desapareciendo la figura de este mundo solo la eternidad pondrá delante de vuestros ojos la inmensa duración de sus infinitos espacios, y os llamará toda vuestra atención al consideraros llenos de pecados y vacíos de buenas obras!

19. Preguntad á vuestros padres, dice el Profeta consultando á los que se hallan en la extremidad de la vida: *Interroga patrem tuum, et annuntiabit tibi.* (Deut. xxxii, 7). Escuchad como se lamentan de haber ocupado inútilmente un tiempo tan inestimable. Aplicad el oído á las últimas palabras que pronuncia ese hombre afortunado segun el mundo, á quien la negociacion, el favor, el empeño levantó acaso del polvo de la tierra á la cumbre de los honores y de la opulencia, cuya vida pasó ocupado en facilitar, en acrecentar y en conservar su fortuna: *Interroga.* Yo muero, dice, ya me hallo al fin de mi carrera, ya pasó el tiempo oportuno de trabajar, ya no puedo hacer nada para la otra vida, y cuando lo pude no lo quise hacer: ¡ay! si la solicitud con que he granjeado las cosas temporales la hubiera puesto para negociar las eternas, ¡con cuánta tranquilidad moriría yo ahora! Es verdad que dejaría en el mundo menos riquezas perecederas, pero me llevaría conmigo al cielo otras mas sólidas y permanentes. Vosotros, los que todavía os quedais en este valle de lágrimas, procurad no amar sino á Dios, ni tratéis sino de Dios, pues solo la virtud no muere; todo lo demás fenece, y no puede acompañarnos á donde vamos: *Interroga patrem tuum.*

20. Preguntad á ese hombre sumergido en el cieno de los deleites, á quien el mundo tuvo por afortunadísimo porque gozó una

vida continuamente regocijada y deliciosa, que se ha desvanecido con mas velocidad que el mas ligero sueño. Yo he incurrido, dice, en el desatino de desear los placeres, de solicitarlos, de amarlos, y de todo no me queda sino la dura necesidad de llorarlos y el cruel remordimiento que me causa una vida que solo he ocupado en cosas temporales que ya no existen, y en que nada he hecho por adquirir las eternas que durarán siempre: *Interroga patrem tuum, et annuntiabit tibi*. ¿Cómo los yerros ajenos no hacen á ninguno mas advertido? ¿cómo no se aprovechan los hijos de los desaciertos de los padres? Si veis que sus lágrimas se derraman sin fruto, si veis que su afliccion y suspiros no son parte para que vuelvan otra vez los años que ya pasaron, practicad vosotros lo que ellos sienten no haber hecho; seguid aquel consejo del Sábio: *Quodcumque potest facere manus tua, instanter operare* (Eccles. ix, 10): todo lo que puede practicar tu mano hazlo al instante. ¿Quereis antes llorar la pérdida de vuestra juventud que gozaros de haberla empleado virtuosamente? Supuesto que los años han de marchitar esa brillantez, esas gracias de la juventud con que ahora tanto te engries y ensoberbeces, mujer vana, ¿no es mas acertado sacrificarlas á la modestia y á la virtud que exponerlas á que los años las injurien y el tiempo las ultraje? Supuesto que es indispensable dejar algun dia al mundo y sus deleites, ¿no es mejor dejarle meritoriamente que aguardar á que él te deje? *Expedit hæc relinquere quam relinqui*.

21. Y á vosotros, que habeis pasado ya la edad primera, y la habeis pasado poco cristianamente, ¿qué os diré, sino que lloréis con lágrimas que nazcan de un corazon verdaderamente contrito los delitos de vuestra juventud, postrándoos todos los dias en el templo santo de Dios, y diciéndole con san Agustin: *Sero te amavi, pulchritudo semper antiqua et nova?* Hermosura siempre antigua y siempre nueva, ¡ay! ¿qué tarde he empezado á amarle! ¡Oh Dios mío! de edad de treinta años, decia este gran Santo que habia empezado muy tarde á amaros, ¡y yo que he pasado ya de esa edad todavía no he empezado! Pero ya empiezo desde este mismo instante, repitiendo sin cesar: *Sero te amavi*: la voz de mis lágrimas y suspiros os dirá continuamente: *Sero te amavi*. Muy tarde, Señor, os he amado: ¿acaso temia yo amaros demasiado pronto? Cuando yo me resistia á amaros ¿no érais Vos tan amable como ahora? ¿no érais mi Dios, mi Criador, mi Padre, el Esposo y el Redentor de mi alma? ¿no habíais derramado vuestra sangre por mí? ¿no se habia hecho sentir vuestra gracia en lo íntimo de mi corazon? ¿no

estaba yo obligado á tener presentes vuestros beneficios? ¡pero ingrato me he hecho sordo á tantas amorosas voces! ¡Oh si yo pudiese descontar del número de mis días los que he pasado sin amaros! *Sero te amavi*: días que siempre lloraré sin consuelo: *Sero te amavi*. Llorad, amados oyentes míos, aquella juventud tan amada de Dios que él deseaba para sí, que os la pedia, que era tan acreedor á ella, y que vosotros le negásteis tan injustamente. Llorad aquella juventud cuya prevaricación ha pervertido las demás edades; aquellos años en que os hubiera sido tan fácil la virtud, y cuyos vicios os la han dificultado tanto. Llorad tantos preciosos días empleados en servicio del mundo, de quien habeis recibido tan infeliz recompensa. ¿Dónde está el fruto de tantos instantes, de tantas horas, de tantos días trabajosos, de tantas noches desasosegadas? ¿En qué abismo se ha hundido todo esto? De los deleites no ha quedado ni sombra, pero el pecado todavía persevera. Llorad la inutilidad de vuestra juventud, restaurad aprisa sus daños, emplead provechosamente el tiempo que su Majestad os concede; ¿no estais contentos con el que habeis desperdiciado? Si esperábais la vejez, ya os hallais viejos: ¿quereis prolongar hasta el sepulcro los desvaríos de la juventud? Llorad, y así la abundancia de vuestras lágrimas desengañe á los que ahora empiezan á vivir de la necesidad de servir á Dios desde su juventud. He procurado convencerlos de esta necesidad en la primera parte, y paso á enseñaros brevemente los medios con que podeis manteneros en la juventud en su amistad y gracia, que es el asunto de la

Segunda parte.

22. Entrad desde luego en una prudente desconfianza de vosotros mismos, de modo que el conocimiento de vuestra flaqueza os inspire una continua vigilancia: nunca confiéis en vosotros, y estad siempre advertidos contra todo lo que os rodea.

23. I. No estemos satisfechos de que para hacer buenas obras tenemos aquella fuerza y vigor que perdimos por el pecado de nuestros primeros padres. Tengamos presente que llevamos el tesoro de la gracia en vasos quebradizos, cuya fragilidad debe traernos recelosos; y que todo hombre lleva consigo peligros que, aunque puede vencerlos, no los puede evitar. Tengamos presente que la juventud, además de los peligros comunes, tiene otros que le son peculiares; que exteriormente todo conspira á engañarla, á pervertirla, á per-

derla; que interiormente oye los desaforados gritos de las pasiones irritadas con lo ardiente de la edad, con el hervor de la sangre, con la fuerza y actividad de la imaginacion; que el corazon, sujeto al deleite, fácil de enardecerse, vivo é impetuoso en sus deseos, está dispuesto á hacernos traicion cada instante: tened presente, sobre todo, que en la edad en que os hallais no tanto teneis que temer por flacos que seais vuestra fragilidad, como vuestra presuncion. Nada ó casi nada podemos, y, no obstante, creemos poderlo todo: este es el tremendo escollo donde naufraga cada dia la virtud mas acendrada. Quereis hallaros en todo, intervenir en todo, verlo todo, oirlo todo, hablarlo todo; manteneis amistades, oís conversaciones, no excusais familiaridades cuya libertad hubiera pervertido á los Santos; soltais la rienda á vuestro entendimiento para que se apaciente con especies halagüeñas; permitís que la imaginacion se cebe y saboree con imágenes que alborotan el sosiego de vuestro espíritu; discurrís con la vista por variedad de objetos que despiertan la concupiscencia; os exponeis á las mas peligrosas ocasiones, no negais á vuestros ojos cuantos espectáculos avivan las pasiones, y en medio de todo esto os prometeis conservar ilesa vuestra virtud. Entended, pues, que las grutas mas enriscadas, las soledades mas profundas, la ceniza, el cilicio, la yerta frialdad de la vejez no siempre bastaron para defender la virtud de aquellos ángeles del desierto, de los anacoretas digo, de los cuales algunos se perdieron en el retiro del claustro, en el recinto de las cavernas de las fieras, al pié de los altares, y casi entre los brazos del mismo Jesucristo.

24. ¡Oh infeliz presuncion! ¡cuántas vírgenes consagradas á Dios has derribado, cuántos sacerdotes criados á la sombra del santuario, cuántos hombres aguerridos en el ejercicio de la virtud! Una mirada inadvertida, la leccion de un libro, una connexion sospechosa, una accion indiscreta fue muchas veces el origen y la causa primera de su ruina; ¿y creeré yo que el corazon de ese jóven, que nada evita, resistirá á todo? ¿que la débil caña no cederá á la violencia del huracan que desarraiga los cedros del Líbano? Si quereis, pues, conservar la inocencia, que es flor tan tierna y delicada, procurad defenderla de los vientos y tormentas, porque basta un hábito para marchitarla. ¡Oh juventud inconsiderada! ¡cuántos escollos te cercan! Si rompes una vez el freno á tus pasiones, no esperes ya volverlas á sujetar. Un deseo engendra otro deseo, un deleite estimula á otro deleite: el fuego una vez encendido crece, se aumenta, toma mas cuerpo cada instante, y todo lo consume y abra-

sa. Á los principios de esa pasión te lisonjeabas que te contendrías en ciertas acciones, y tú mismo te asombras de haber hecho tantos progresos en ella. ¿Sabes la causa? La razón había fijado al parecer los límites, pero la concupiscencia los ha traspasado. El demonio es artificioso y astutísimo, y así al principio no te pone delante toda la escandalosa disolución de los vicios por no horrorizarte con lo feo del pecado; pero como está seguro de hacerte caer en él poco á poco y como por grados, solo te pide que des algunos pasos, porque él sabe que los darás con una propensión tan impetuosa, que no podrás ya contenerte, y caerás hasta lo profundo del abismo; porque como el pecado dispone para el pecado, lo que parecía demasiado al principio de la pasión ya no es bastante para la pasión fortalecida y fomentada con la multitud de los pecados. ¿Pensáis que David formó al principio la bárbara resolución de bañar la tierra con la sangre del infeliz Urías? ni que Salomón erigió al principio de su vida relajada altares á los dioses de los gentiles? Y vosotros, esclavos miserables del vicio, á quien vuestra desenfrenada disolución ha precipitado de delito en delito hasta los últimos desórdenes, ¿rompisteis la primera vez el antemural de la vergüenza sin intención de convertiros? ¿quisisteis ser de repente lo que sois hoy día? Desengañaos, que es mas fácil no condescender en nada con las pasiones que contener su ímpetu. Si quereis no tener nada que temer, recelaos de todo, y acabad de entender que no seréis virtuosos sino en cuanto vivaís desconfiados de vosotros mismos.

25. II. Pero no basta que desconfieis de vuestra fragilidad; es necesario que este conocimiento os obligue á cautelaros prudentemente. Es verdad que el hombre es flaco, pero Dios es poderoso. Si Él te sirve de escudo, ¿qué dardos te podrán herir? *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* (Rom. viii, 31). Y ¿en quién consiste que no lo sea? No creais, no, que deje de oír los ruegos de un jóven que deseoso de su salvación le diga con los Apóstoles: *Salva nos, perimus.* (Matth. viii, 25). Señor, gobierna por tu mano esta pobre barquilla que está para engolfarse en un mar de tantos escollos y bajos, pues sin tu amparo, azotada de los vientos y las olas, naufragará miserablemente. ¿Qué tormentas, qué récios temporales no se levantan de repente! Apenas es vencido un enemigo, cuando se levanta otro de entre las mismas ruinas del primero. El mundo, el infierno, el deleite, el dolor, la prosperidad, la adversidad, todo se arma contra mí, todo conspira para mi daño y perdición. Librame de tantos peligros, y librame de mí mismo; porque si me

aparto de Vos, si me separo de Vos, ya preveo las tinieblas tan palpables que han de oscurecer y ofuscar mi razon, los espantosos vicios que han de estragar mi corazon. Si tu gracia no me mueve y no me sustenta, jamás seré el que debo. Comunica á la virtud aquellos atractivos poderosos que han sabido rendir tantos corazones. Pídante otros riquezas, honores, gloria mundana, que yo, á ejemplo del jóven Salomon, solo te pido virtud y sabiduría: *Salva nos, perimus*. No dudeis sino que súplicas tan santas serán bien despachadas, y que deseoso nuestro Dios de lograr vuestros primeros suspiros no permitirá que un corazon que quiere ser suyo sea despojo del infierno.

26. Por último, sed amantes de la soledad, del retiro, del trabajo; no trateis con el mundo sino precisados de vuestro estado, de vuestra obligacion y profesion; huid de esas concurrencias poco cristianas, donde se pone todo estudio y esmero para despertar pasiones que no hay fuerzas que basten para amortiguar despues; huid de esas conversaciones libres y disolutas donde se aprende lo que nunca debiera saberse, lo que con tanta dificultad se olvida; huid de esas diversiones, hijas de la ociosidad é incentivo de las pasiones, donde lo menos que se aprende es cierta relajacion de espíritu, cierto desvío de las cosas de Dios, cierta frialdad en la oracion, cierto amor al mundo, cierto olvido de la salvacion que estraga y enflaquece la virtud mas robusta. Preguntaos á vosotros mismos si habeis vuelto jamás de ellas como fusteis. ¡De qué imaginaciones no volvió llena vuestra cabeza! ¡qué fermentacion en el corazon! ¡qué inquietud en el entendimiento! Vuestros ojos habian ya dejado de mirar objetos halagüeños y falaces, y aun los tenia presentes vuestra fantasia. De aquí procede el hastío de la devocion, la mayor libertad de la conciencia; porque nos acostumbramos al pecado, incitados de la multitud y del ejemplo de los que le cometen. Pero ¡á qué rigor de vida, á qué remo nos condenais! dirá alguno. ¿Á qué propósito hemos de anticiparnos las molestias de la vejez, y hemos de malograr nuestros mejores días? Con qué ¿para nosotros ya se acabaron los gustos? Y ¿ha de durar esto no menos que todo el prolijo discurso de nuestra vida? ¡Todo el prolijo discurso de vuestra vida, decid! y ¿quién os ha dicho que vuestra vida se ha de alargar á tanto? De aquí á poco os veréis acaso sumidos en el sepulcro. ¡Cuántos de los que hay en esta iglesia, cuántos de los que me oyen y que les parece imposible vivir tanto tiempo privados de los placeres del mundo no verán otra primavera, otro año nuevo! Con

qué ¡para nosotros ya se acabaron los gustos! Pero ¿de qué gustos hablais? Es verdad que viviréis privados del gusto de oír despedazar la fama de vuestros hermanos con murmuraciones sangrientas, con inauditas calumnias; de oír proferir máximas impías y detestables con grande escándalo de la Religión; de oír cantar esas tonadas lascivas que vienen á ser las canciones del demonio de la impureza, que ultrajan el pudor y deshonoran el Cristianismo. Si estos, pues, son gustos para tí, no blasones de que tienes el alma pura y limpia. Ignoras el cáncer de tu corazon, aunque ha hecho ya en él mortales estragos; y entiende que no tienes ya amor de Dios, si amas semejantes placeres. *Con qué ¡para nosotros ya se acabaron los gustos!* Y cuando para asegurar vuestra salvacion fuera necesario renunciar todas las comodidades de la vida, ¿no merece la eternidad sacrificios todavía mas dolorosos? *Con qué ¡para nosotros ya se acabaron los gustos!* Y ¿cuándo la vida de un cristiano ha sido vida de gustos y deleites? Jesucristo nace pobre, desconocido, humillado, llorando, y espira en una cruz: la Iglesia de Jesucristo nació de la sangre de su Esposo, su cuna se vió mil veces ensangrentada por el acero de los tiranos, y su alimento no fue otro que lágrimas y suspiros: los Santos vivieron mortificados y abatidos; y ¿queremos reinar nosotros con ellos, sin padecer y batallar con ellos? *Con qué ¡para nosotros ya se acabaron los gustos!* ¡Oh cielo santo! ¿qué injuria haceis á vuestro Dios! ¿Pensais que no tiene poder para resarciros, con los consuelos que experimentaréis en su servicio, de los deleites de que os privaréis por seguirle? Preguntad á esa multitud de vírgenes consagradas á Dios que con tanta alegría se encierran en los claustros; á esos solitarios que en la flor de su edad se sepultan en los desiertos, si están descontentos con su estado. ¡Oh qué animosamente andan por los caminos de la salvacion! ó por mejor decir, no andan, sino que vuelan, llevados en alas de la gracia! ¡Oh qué suavidad sienten en corresponder con los llamamientos que los guían!

27. ¡Oh Dios de Israel, Dios de las virtudes y de los deleites verdaderos, qué dulzura no se experimentará en andar por los caminos de vuestros mandamientos! *Quam bonus Israel Deus his qui recto sunt corde!* (Psalm. LXXII, 1). Ni el esplendor de la majestad, dice David, ni la gloria de mis triunfos, ni las delicias de que está sembrado el trono, ni un pueblo numeroso y solícito por perpetuar en mi ánimo el gozo y los placeres transitorios alcanzan á hacerme feliz. Solo el cumplimiento de tu santa ley puede infundir en

mi corazon deleites capaces de satisfacerle. Nada puede compararse con la suavidad que siento en meditar tus juicios y en llorar en tu presencia: *Quam bonus Israel Deus!* Mirad á un Pablo fugitivo, desterrado, perseguido, llagado, bañado en sangre, y su corazon rebotando gozo; su alma no puede contener las dulces avenidas que la arrebatan: *Superabundo gaudio.* (II Cor. VII, 4). Mirad al grande Antonio internado en una soledad espantosa por espacio de mas de cincuenta años, pasando en oracion los días y las noches, como se queja de que las horas corran con tanta velocidad, y de que el sol con su luz importuna le prive de las dulzuras de la contemplacion. Mirad casi en nuestros días un Javier peregrinando por inmensas provincias de la India, regadas con su sudor y sangre, padeciendo hambre, sed, desnudez, como se lamenta; pero ¿de qué? de su excesiva felicidad. Deten, Señor, dice, este torrente de delicias que me embriaga, pues mi corazon desfallece y no puede soportar el deleite que le inunda: *Satis est, Domine, satis.* Mostradme, en fin, un solo hombre verdaderamente santo y justo que se fastidie de vivir en Dios y con Dios, que no diga, como David, que un instante pasado en la presencia y en la casa del Señor no valga mas que mil años vividos en los palacios de los pecadores. Haced vosotros mismos la experiencia: *Gustate et videte quoniam suavis est Dominus* (Psalm. XXXIII, 9): servid al Señor, y no os apartéis de él hasta que os canséis de servirle. ¿No os asegura él que su yugo es suave y su carga ligera? *Jugum meum suave est, et onus meum leve.* (Matth. XI, 30). ¿Por qué creéis, pñes, que es falso é infiel en sus promesas? Si creéis los misterios que os ha revelado acerca de la vida futura, ¿por qué dudais de la felicidad que asegura se encuentra en su servicio? ¿No es el mismo Dios el que os habla? *Jugum meum suave est.* Sí, amado hermano mio, esa virtud que te parece tan austera y melancólica es un fecundo manantial de donde se deriva continuamente una alegría pura y deliciosa, mas estimable sin comparacion que aquella alegría sensual que atosiga los sentidos: esta es una alegría transitoria y falaz que apenas nace cuando espira; aquella una alegría permanente que no conoce mudanza ni variedad: esta una alegría bulliciosa y loca, interrumpida de pasiones furiosas, y seguida de agudos remordimientos; aquella una alegría espiritual que enajena el alma sin turbarla, la embelesa sin apasionarla, fortalece el espíritu en lugar de debilitarle; alegría que el hombre posee sin dejarse poseer de ella, con la cual todo está en paz y en debido lugar. La razon aprueba los deseos del co-

razon, y el corazon sigue gustoso las leyes de la razon. Creed á los Santos que hablan de experiencia, y no creais á los ímpíos que blasfeman lo que ignoran.

28. *Con qué ¡ya se acabaron para nosotros los gustos!* Y ¿qué deleite piensas hallar en el pecado? Díme, esclavo infeliz del demonio, dice san Juan Crisóstomo, de las veinte y cuatro horas del día y de la noche, ¿en cuál de ellas sosiegas? Como tú seas capaz de enumerar tus inquietudes, tus sinsabores, tus dolores, tus sentimientos, tus impaciencias, tus desesperaciones, tus tristezas, yo me obligo á contar las arenas del mar. ¡Qué estado tan miserable! ¡Estar temblando siempre y temiendo la perdicion de tu alma! Si la muerte me arrebatara, ¿qué será de mí? ¿qué haré sino consumirme, perecer y abrasarme en los fuegos eternos? *Impii autem quasi mare fervens.* (Isai. LVII, 20).

29. *Con qué ¡ya se acabaron para nosotros los gustos!* ¡Ah! decid antes que os excusaréis de innumerables zozobras sirviendo á Dios con perseverancia. No, católicos, no por cierto, no intentamos privaros de vuestros deleites, solo buscamos vuestra verdadera dicha. Entended que los demás os engañan y os pierden, y que os estará mas cara vuestra salvacion. Tú, hombre sensual, has aniquilado tu cuerpo, has estragado tu salud, has perdido tu buen nombre y caudal; ¡pero has saciado á lo menos tu pasion! ¡Oh! ¿no es verdad que el infernal fuego que ocultas bajo esas canas te abrasa todavía y te consume con la misma actividad que al principio? Si el tiempo, pues, que empleaste en solicitar, en prometer, en rogar para rendir y corromper esa persona que te trae fuera de tí le hubieras gastado en mirar por tu alma, ya hubieras aplacado la ira divina; y tú, hombre avariento, si hubieras dedicado á la obra de tu salvacion esos cuidados, esas fatigas, ese trabajo con que has servido al ídolo del dinero, hubieras ya ganado el cielo, tu Dios estaria satisfecho, ¡y tu pasion no lo está todavía!...

30. No permitais, Dios mio, que yo ande por los peligrosos caminos por donde veo correr esos jóvenes desatinados. En vano hará el mundo en mi presencia ostentaciones de sus embelesos halagüeños, y me exagerará sus gustos pecaminosos, pues yo he de amaros, y ya os amo, yo soy vuestro, y quiero serlo: *Quid enim mihi est in cælo, et à te quid volui super terram?* (Psalm. LXXII, 25). ¿Es posible que haya hombres que para amaros esperen al últimodia de su vida? Pero yo, bien diferente de estos ingratos, solamente quiero vivir para amaros: *A te quid volui super terram?* A tí, Señor, enviaré mis

primeros suspiros; por tí correrán mis primeros deseos; tú serás el primero, el último y el único objeto de mi amor; tú recibirás mis primeros y últimos alientos. Y ¿con todo eso creeré yo amarte bastante? ¿creeré que empiezo á amarte desde muy temprano? Yo te amo, Señor, y solo á tí te amo: *A te quid volui super terram?* Yo te amo, y lo repito con suma complacencia. En mi corazon no arde ni arderá jamás la llama del pecado: tu gracia ha encendido en mi alma este limpio amor que es todo mi regalo: sea yo tan dichoso que perezca mi vida antes que se apague en mí la llama de la caridad: si preves que algun dia me he de apartar de tí, corta el hilo de esta desgraciada vida: yo te amo, y quisiera amarte mas y mas: mi amor no pide otro galardón que otro amor mas fino y vehemente: *A te quid volui super terram?* Haga yo, Dios de mi corazon, libremente y por eleccion en este mundo lo que espero hacer en virtud de los invencibles atractivos de tu presencia en la eterna bienaventuranza: *Ad quam, etc. Amen.*

SERMON

SOBRE

LA ETERNA BIENAVENTURANZA.

Petrus dixit ad Jesum: Domine, bonum est nos hic esse; si vis, faciamus híc tria tabernacula, tibi unum, Moysi unum, et Eliæ unum. (Matth. xvii, 4).

Dijo Pedro á Jesús: Señor, bien estamos aquí, hagamos, si os place, tres tabernáculos, uno para Vos, uno para Moisés y uno para Elías.

1. Ya se acercan los tiempos de amargura y de ignominia, los tiempos de oscuridad y de tinieblas tan llenos de aflicciones y abatimientos para el Maestro, y de peligros y escándalos para los discípulos. Pero Jesús, para fortalecer la débil y vacilante fe de sus mas queridos Apóstoles, los lleva á un monte apartado. Allí parece que las sombras de la humanidad se desvanecen, y que la divinidad se muestra con mayor resplandor. Rásgase el cielo, y vienen Moisés y Elías á rendir adoraciones al Mesias figurado en la Ley y anunciado en los Profetas. La majestad de aquel augusto espectáculo, la presencia del Dios que se manifiesta á su vista, y no sé qué puro, vivo y penetrante gozo que baña sus almas, les anticipa en la tierra un preludio de las delicias celestiales. ¡Ay, Señor, exclama Pedro, no nos apartemos de tan dichoso lugar! ¿dónde hallaríamos lo que aquí dejáramos? Si en otro tiempo suspiré mi corazón por la renovacion del reino de Israel, confieso lo errado de mis deseos; porque ¿en qué trono pueden gozarse deleites tan suaves como los que das á gustar en esta deliciosa soledad? *Domine, bonum est nos hic esse.* Pero estando hablando Pedro, *adhuc eo loquente*, oye una voz que le dice que no ha llegado todavía el tiempo del descanso; que antes de participar con aquel Hombre-Dios de la herencia de su gloria es necesario merecerla obedeciendo con pronta docilidad sus preceptos, é imitando sus ejemplos: *Ipsium audite.* (Ibid. 5). El tiempo de esta vida es el tiempo de la pelea y de la tentacion: verdad es que pasará y que pasa con tanta rapidez que podemos decir

que ya pasó, y que vendrán los días y el tiempo de la paz, y no pasarán.

2. Pensamiento de gran consuelo y muy eficaz para asegurar nuestros pasos en los caminos de la virtud, si la luz de la fe alumina todavía nuestro entendimiento. Pero el ciego Israel desprecia las promesas hechas á sus padres, el embeleso de los bienes caducos y perecederos echa un candado á nuestro corazon para no permitir en él entrada al amor de los bienes eternos, y nos olvidamos del cielo, ó no procuramos merecerle. Dos grandes desórdenes en que incurre nuestro siglo en punto á la bienaventuranza eterna: ceguedad é insensibilidad de tantos cristianos tibios é indiferentes que no la desean, y flojedad é inaccion de tantos cristianos perezosos y sin vigor que no procuran hacerse dignos de ella; desórdenes reprobados por aquellas palabras del Apóstol: *Quæ sursum sunt quærite... quæ sursum sunt sapite.* (Colos. III, 12). La felicidad del cielo es acreedora á todos vuestros deseos: *Quæ sursum sunt quærite*; pero vuestros deseos no bastan para conseguirla: *Quæ sursum sunt sapite.* En dos palabras: insensibilidad del cristiano tibio é indiferente que no suspira por el cielo, insensibilidad la mas inexcusable: *Quæ sursum sunt sapite.* Y flojedad del cristiano tibio y perezoso á quien no merece el cielo sino deseos estériles, flojedad la mas culpable.

3. Espíritu divino, espíritu de amor y caridad, fuente de aquel rio de deleites que inunda la ciudad santa de Sion, solo tú puedes explicar tus dones. Tú los derramaste abundantísimamente en el alma de tu Esposa, tan admirable ahora por la grandeza de su gloria y de su felicidad, como lo fue por sus virtudes portentosas. Suplícate por su intercesion, que imploro, que te dignes penetrar mis palabras con alguno de aquellos rayos de luz y de afecto vehemente con que tus Profetas y Santos trasladaban anticipadamente al cielo al pueblo que pendia de su voz: *Ave María.*

Primera parte.

4. Insensibilidad del cristiano tibio é indiferente en punto á la eterna bienaventuranza: insensibilidad la mas inexcusable, pues la felicidad del cielo es superior infinitamente á todos los bienes que podemos desear en la tierra, y superior infinitamente á toda la extension de nuestros deseos. Explicaréme con mas claridad. ¿Qué viene á ser la felicidad del cielo comparada con los bienes del mundo? ¿Qué viene á ser la felicidad del cielo considerada en sí mis-

ma? Examinemos, meditemos, y nos veremos compelidos á confesar que la bienaventuranza eterna es acreedora á todos los deseos de nuestro corazon : *Quæ sursum sunt sapite.*

5. I. Es la felicidad del cielo infinitamente mas estimable que todos esos bienes que apetece el hombre carnal con tanta ansia, que solicita con tanta diligencia, y á que anhela con tanto ímpetu. Pero ¿qué es lo que intento, Dios mio! ¿Me perdonaréis Vos la temeridad de comparar con los bienes que teneis reservados para vuestros escogidos esos bienes sin sustancia que abandonais al capricho de la fortuna, al desenfreno de las pasiones, á la insolencia del pecado? esos bienes malditos, fulminados con tantos anatemas; esos bienes apestados, escollo ordinario de la razon y de la virtud; esos bienes fatales que solo concedéis muchas veces ofendido é indignado? Pero ¿qué quereis, católicos? No está ya el mundo en estado de comprender las cosas espirituales : el idioma de la fe es ya para él un idioma extranjero é ininteligible; y nos vemos obligados á valernos de sus propios errores para reducirle al conocimiento de la verdad. ¡Dichoso aquel, si á su desengaño contribuye el mismo mundo que le engañó, y si su amor á los bienes visibles llega á transformarse en amor y en deseos de los bienes invisibles! Prestadme, pues, vuestra atencion, amados oyentes míos, y oiréis un discurso en que yo no tengo parte alguna, porque solo hablará en él la sagrada Escritura y los santos Padres.

6. La felicidad del cielo es sólida y verdadera. La felicidad mundana, dice san Agustin, no es felicidad, sino sombra y figura suya : *Non felicitas, sed quasi felicitas est hujus sæculi.* Con efecto, tienen los bienes del mundo cierto oropel, no sé qué brillantez que desde luego nos deslumbra, cierta amena y halagüeña superficie que á primera vista nos arrebató el alma. Son una fantástica apariencia que debe toda su fuerza á nuestra imprudente y temeraria precipitacion; pero examinada con mayor aplicacion y cuidado, desaparece toda la ilusion y engaño, no pudiendo resistir á la prueba de la experiencia; pues al paso que miramos mas de cerca esos bienes que vistos de lejos se representan tan magníficos y tan envidiables, se disminuyen y desvanecen : de suerte que á cierta distancia parece que no hay cosa de mayor estimacion, y de cerca se resuelven en nada. Y por difícil que sea no dejar de amarlos y desearlos cuando no los poseemos, todavía es mas difícil, añade san Agustin, amarlos cuando los poseemos : *Quæ dum non habeo, amo, cum habuero contemno.*

7. El mundo solamente agrada mientras brinda con sus halagos, y fastidia cuando se posee. De aquí nace que la vida humana no es otra cosa que una circulacion y reflujo continuo de ardientes deseos y de falaces esperanzas, de gustos y de desabrimientos; de aquí nace que pasamos los días en anhelar por lo que huye de nosotros, y en huir de lo que hemos encontrado, en repudiar un proyecto por adoptar otro, y en desposeernos de un bien que conocemos por adquirir otro que no conocemos, dominados siempre del lisonjero engaño de una felicidad que se nos representa á lo léjos, y que huye y se desvanece luego que creemos haberla conseguido; de aquí nace que muchos, cuales otro Salomon, tan infelices en el trono, cuanto se vió Job abatido y lleno de dolores en el muladar, han lamentado de su estado miserable: el uno agobiado con el peso de los infortunios y de la pobreza: *Tædet animam meam vitæ meæ.* (Job, x, 1). Y los otros, oprimidos con los sinsabores y embarazos de la prosperidad: *Tæduit me vitæ meæ.* (Eccles. c. ii, 17). ¡No sucede así, ó Dios mio, con los bienes de vuestra celestial Jerusalem! Por mas elevados que se los figure el hombre, exceden con infinita ventaja al mas sublime pensamiento: nada pierden en ser conocidos, antes adquieren incomparable valor: de cada día, de cada momento son mas agradables: jamás se cansa el corazon humano de peseerlos. Sí por cierto: en ellos encuentra el hombre cuanto puede desear, y aun mas de lo que puede esperar y apetecer: *Qui autem biberit... non sitiet in æternum.* (Joan. iv, 13). Infúndase en sus puras delicias, vive enajenado en ellas, de todo se olvida, olvídase de sí mismo, y, si me fuese lícito, añade san Ambrosio, usar del lenguaje humano para hablar de la felicidad del cielo, diria que todo lo ignora, que ni sabe de sí, y que solamente le consta que se halla con Dios, que es feliz y que lo será eternamente.

8. ¡Oh eterna bienaventuranza de quien podemos decir lo que decia san Agustin de la perfeccion y hermosura infinita del Ser supremo, que siempre es antiguo y siempre nuevo: *O pulchritudo semper antiqua, et semper nova!* ¿Qué es el hombre? Mas fácil es medir la profundidad del mar que sondear el abismo impenetrable de sus inclinaciones. Es nuestro corazon un laberinto cuyas calles ocultas y caminos intrincados solo los conoce Dios. Voluble, inconstante, discorde consigo mismo, concibe deseos que luego destruye con otros deseos contrarios, todo lo ama y nada ama: lo que ayer le agradaba, hoy le desagrada: el objeto es el mismo; con que

la mudanza está en el corazon. En vano nos colmaria el mundo de todas las prosperidades y delicias, pues no conseguiria hacernos felices, porque nuestro corazon se nos desmanda á pesar nuestro, y cuando nada le disgusta, se disgusta de sí mismo: solo conoce un amor inmutable, que es el amor de la mudanza y de la novedad; ó, por mejor decir, ¿por qué no imputaríamos antes á la frivolidad de las felicidades humanas que á nosotros las inconstancias y variedades de nuestra alma? El amor de la felicidad está asido al fondo y esencia de su ser; pero ofrécese á la vista la apariencia del bien, y el alma se abalanza á ella con toda la vehemencia é ímpetu de sus inclinaciones, y luego que llega á poseerla feneces su felicidad en el momento que empieza, pues una sombra vana que apenas es capaz de divertirla y de distraerla no puede satisfacer la inmensidad de sus afectos: del vacío que experimentan nacen los desabrimientos, los pesares, el tédio que suceden al movimiento, á la agitacion, á los arrebatos; los deseos burlados se entibian y desvanecen, y cuando faltan los deseos ¿de qué sirve la posesion?

9. Pero aquí, ó Dios mío, es donde mostrais vuestra benignidad portentosa, y uno de los mas poderosos esfuerzos de vuestro brazo en beneficio de los justos, pues, aunque por la plenitud de vuestros dones, corran con tanta abundancia los rios de vuestras delicias en el alma de vuestros Santos, que sus olas inundan y rebosan sobre su corazon: *Mensuram... confertam... et supereffluentem* (Luc. vi, 38); sin embargo, no solo no apagan el fuego del amor puro y el incendio de sus deseos, sino que aumentan la llama, comunicándole mas violencia, por explicarme así. Tal es el fin, dice san Gregorio, tal la suerte dichosa de los bienaventurados, que por medio de un milagro, cuya ejecucion se reserva solamente al cielo, sus deseos se ven siempre satisfechos y siempre ansiosos: *Semper avidi, semper pleni*. Poseen cuanto desean: *Semper pleni*; y desean continuamente lo que poseen: *Semper avidi*; los deseos en ellos no nacen de necesidad y de pobreza, ni la posesion engendra disgusto y hastío: *Sitientes satiabimur, satiati sitiemus: longe ab ista siti necessitas, longe à satietate fastidium*.

10. La felicidad del cielo es llena y permanente. Los placeres del mundo, vosotros mismos lo repetís todos los dias, hombres carnales, los placeres del mundo no son mas que humo que se desvanece y sombra que huye; que ni los gustais, ni los poseeis en la realidad; que solo os saboreais con ellos superficial y apresurada-

mente ; que apenas se excitân cuando desaparecen ; que solo parece se dejan sentir para causar el sentimiento de haberlos perdido, y que no tanto se os conceden para que su posesion os haga felices, cuanto mas que su pérdida os haga desdichados. Los placeres mundanos, dice el profeta Isaías, son semejantes á un hombre fatigado de la sed, que si le acontece dormirse, sueña que sentado al pié de una fuente clara bebe abundantemente ; pero al despertar se halla burlado, y siente de nuevo el ardor de una sed que le abrasa las entrañas : *Sicut somniat sitiens et bibit ; postquam fuerit expergefactus, lassus adhuc sitit.* (Isai. xxix, 8). Pero quiero que haya deleites mas permanentes ; mas no por eso dejarán de ser deleites ineficaces y amortiguados, que solo causan en el alma una leve conmocion, que en el corazon no hacen cási impresion alguna. Porque supongo que teneis salud, riquezas, nobleza, dignidades, opinion, valimiento en el mundo, cosas todas que si no las poseyeseis os doleríais vivamente, y cuya pérdida os seria muy sensible ; mas ¿sentís gran complacencia en poseerlas ? Acostumbrado vuestro corazon á la tranquilidad de este gustoso estado, no siente la impresion de aquellos ardientes y deliciosos afectos que constituyen la felicidad ; y así toda esa vuestra dicha tan envidiada se reduce á vivir absortos en cierto estado de sosiego, de flojedad y de inaccion que viene á ser el estado medio entre el deleite y el dolor. Desengañémonos, que solo la felicidad de los ciudadanos del cielo contiene afectos vehementes y siempre duraderos : deleites penetrantes, dice san Agustin, que fluyen y se introducen hasta lo mas íntimo del alma, que la conmueven, la abrasan y la desquician de sí misma : éxtasis que se suceden unos á otros, con cuyo enajenamiento los siglos de los siglos se hacen un instante, porque vuelan con tanta rapidez que, aunque no pueden causar revolucion alguna, parecen dar lugar para culparles su curso tan veloz. En tanto el corazon lleno de verdadera y permanente alegría se baña copiosamente en estas delicias inefables : en ellas está de asiento, en ellas descansa, él se engolfa en deleites, y los deleites le anegan á él : su felicidad nunca se acaba, y siempre empieza de nuevo. Es verdad que en los palacios de los dioses de la tierra brillan alguna vez vislumbres de felicidad transitoria ; pero la vehemencia, la duracion de los afectos deliciosos y la felicidad verdadera no tiene su trono sino en el santuario del Dios del cielo : *Beati qui habitant in domo tua, Domine.* (Psalm. lxxxiii, 5).

11. La felicidad del cielo es llena y completa. Ninguno logra

en el mundo todos los bienes juntos, y así para asegurar la posesion de unos se ve obligado á renunciar los demás. Hombre ambicioso, que corres exhalado tras esa quimera de honra y de gloria que te trae enloquecido, consiente en negarte á las suavidades del descanso, y apresúrate á comprar con una muerte precipitada la esperanza lisonjera de vivir en la memoria de los siglos venideros; hombre sediento de riquezas, resuélvete á gastar tu salud y la flor de tu vida en el bullicio de esos cuidados roedores, sacrificando al deleite de acaudalar bienes el de gozar de ellos; hombre amigo de la vida quieta y desidiosa, determínate á vivir en el mundo desconocido, oscuro, sin nombre, sin crédito, sin distincion, sin autoridad, en fin, como si no existieses en él. Reinan además de esto en nuestro corazon no pocas pasiones contrarias entre sí: lo que á una concedemos, lo usurpamos y defraudamos á todas las demás, y rara vez llega el hombre á adquirir alguna parte de felicidad, sin que se exponga á sufrir innumerables sinsabores. Pero si quereis gloria sólida y verdadera, riquezas eternas, sosiego inalterable, deleites que satisfagan, todá la plenitud de bienes capaces de despertar nuestros deseos, y toda la plenitud de bienes capaces de satisfacerlos, eso solo lo hallaréis en el cielo. Como nuestro corazon es inmenso, así es preciso que su felicidad sea superior á cuanto podamos excogitar; que sus senos los llene aquel que llena todas las cosas, que reciba en sí á aquel á quien nada puede contener, gozando así, segun nos asegura Jesucristo, de una felicidad mayor que sus deseos: *Gaudium vestrum sit plenum*. (Joan. xvi, 24).

12. La felicidad del cielo es una felicidad pura y sin mezcla de mal alguno. Veréis que en el mundo es interrumpido con algun infortunio el hilo de la felicidad mas completa. ¿Qué es el hombre acá en la tierra, pregunta Job, aun el mas dichoso, sino una flor caduca, que apenas brota cuando fenece, cuya frágil y vacilante caña se mimbrea cada instante á violencias de los torbellinos que sin cesar la sacuden? *Qui quasi flos egreditur et conteritur*. (Job, c. xiv, 2). Si gradúas, continúa, nuestra vida por el número de los años, no hacemos mas que trasladarnos desde la cuna al sepulcro; si la consideras por la multitud de calamidades y miserias á que está sujeta, la vida del hombre es prolongadísima: *Homo brevi vivens tempore, repletur multis miseriis*. (Ibid. 1). De modo que para haber feliz al hombre no bastan todos los bienes y todos los gustos del mundo, y para ser infeliz basta él solo; porque en el campo de su alma brota un manantial abundantísimo de miserias, de donde

nacen imperceptiblemente mil sinsabores que le roen. Considerad las pasiones que le tiranizan: la ambicion le arrebata, el interés le desasosiega, la sensualidad le embriaga, el odio le enciende, la envidia le despedaza, los temores vanos le perturban, las esperanzas todavía mas vanas le arrastran y le enajenan, los deseos violentos é indómitos le sacan de tino, y los desabrimientos crueles le hacen entrar dentro de sí: el encanto funesto de las pasiones bulliciosas nos induce como á pesar nuestro á apreciar solamente lo que no somos, y á despreciar cuanto somos; el trato con el mundo nos molesta, la soledad nos pudre, la rusticidad nos da en rostro, las atenciones nos violentan, las dignidades nos privan del sosiego, la condicion humilde irrita el amor propio; felices en lo exterior, infelices en lo interior, señores tal vez de una ciudad, de una provincia, de un reino, y esclavos en nuestras casas; sujetos siempre á sufrir algo ó de otros, ó de nosotros mismos; experimentando siempre algun amago de tormenta en el dia mas sereno, teniendo siempre algun bien que desear y no podemos conseguir, ó algun mal que temer y no podemos evitar. ¡Ay! amados oyentes míos, cuando el cielo no hiciese mas que libertarnos de las miserias de esta vida, ¿no seríamos bastante felices en no poder ser ya infelices? Contemplad, pues, la ciudad santa de Sion, todos los que os hallais atribulados (y ¿dónde está, y quién es el que no se halla afligido?), y veréis que ni el menor ruido ni la menor queja perturba el silencio de aquel lugar apacible: *Mors ultra non erit, neque luctus, neque clamor.* (Apoc. xxi, 4). En él reinan la profunda paz y la tranquilidad inalterable: *Amodo jam dicit spiritus ut requiescant à laboribus suis.* (Ibid. xiv, 13). Agótase el manantial de las lágrimas, y no vuelve á brotar: *Absterget omnem lacrymam.* (Ibid. xxi, 4). Los cuerpos, espiritualizados en cierto modo, conservan una juventud eterna: *Sicut Angeli Dei.* (Marc. xii, 25). El corazon contento y satisfecho se ve rodeado de todos los bienes con que cumple todos sus deseos. El entendimiento, absorto en el amor y posesion del sumo Bien, no experimenta ya aquel secreto tédio, aquellos importunos latidos, aquellas tristes reflexiones, aquellas fantasías temerosas, aquellos desabrimientos extravagantes, aquella melancolía profunda que envenena los placeres mas agradables y hace infeliz al hombre en medio de la felicidad. Alumbra á la celestial Jerusalem una pura y clara perpétua luz; la noche, dice el Discípulo amado, no descoge jamás sus sombras en ella, ni nube alguna oscurece el resplandor del astro que la ilumina: *Nox enim non erit.*

De modo que ningun bien hay que desear ni que llorar en el cielo, ni ningun mal que sufrir ni que temer.

13. La felicidad del cielo es una fuente perenne de paz y concordia entre los predestinados que la gozan. Mirad, católicos, entre los hombres la felicidad de unos causa los infortunios de los otros; porque, como la Providencia solo ha distribuido en el mundo cierta cantidad de riquezas y de honores, quedan todos los demás defraudados de aquello de que uno solo se apodera: así vemos que no puede mandar uno sin que muchos obedezcan; que no se ensalza sino compeliendo á los demás á que se humillen, y para mortificar y causar vivo dolor á un corazon noble y compasivo bastaria ponerle delante la muchedumbre de víctimas sacrificadas á su felicidad. Todos, dice el Apóstol, todos corren; pero uno solo recibe el premio: *Omnes quidem currunt, unus accipit bravium*. (I Cor. c. ix, 24). Así en la carrera de la prosperidad mundana se apresuran los hombres, se instan, se impelen, se tropiezan, se perjudican, se arman asechanzas y se destruyen mutuamente. De aquí proviene aquella maligna vigilancia en observar las acciones de un competidor; aquella diligente actividad en desbaratar sus proyectos; aquella maligna fruicion cuando decae; aquella rabia, aquellos furors, aquella desesperacion cuando consigue la privanza. De aquí aquellas calumnias, aquellas perfidias, aquellas declamaciones, aquellas violencias, aquellas traiciones viles y odiosas, escándalo y calamidad del mundo.

14. ¡Oh paz sosegada, oh paz amable, oh tú á quien buscan los hombres en medio del bullicio, de la confusion, del horror de las batallas! Á tí, ó dulce paz, te imploran nuestros suspiros, y tú desatiendes nuestros ruegos. Corremos tras tí, y tú huyes de nosotros. ¿Cuándo llegará el dia en que gocemos de paz inalterable? Pero ¡ay! que en vano solicitamos y esperamos el descanso en este triste destierro, que solo nos ofrece el espectáculo de sus discordias; sedicion y partidos, sospechas y desconfianzas, artificios y disimulos, amistades falsas, odios y venganzas, una multitud de competidores que andan ruiendo al rededor de nosotros, que no pueden perdonarnos el pecado de ser dichosos, y que con nuestra desventura quedarian consolados de sus humillaciones y desgracias. Volved, pues, la vista, oyentes míos, dirigid vuestros deseos á otra ciudad muy diferente. ¡Oh pacífica Sion, en cuyos baluartes reina la paz: *Posuit fines tuos pacem* (Psalm. cxlvii, 14), la cual destierra de tu recinto los proyectos, las pretensiones, los motivos

y el fomento de toda emulacion! el inmenso pueblo que encierras dentro de tus muros no conoce ni aquella bastarda envidia que mira con una tristeza malignamente inquieta la prosperidad ajena, ni aquella cobarde desconfianza que se asusta de la presencia de otro competidor: *Sedebit populus meus in pulchritudine pacis, et in tabernaculis fiduciae, et in requie opulenta.* (Isai. xxxii, 18). Allí no puede el interés personal desavenir los corazones; porque, como observa san Gregorio, aquellos dos vocablos *mío* y *tuyo*, ruina de las conexiones mas estrechas, hielo que extingue el fuego de las mas tiernas amistades, no hay ocasion para que se oigan allí jamás; pues el torrente de la felicidad corre para todos igualmente, y cuanto mas se bebe de él, mas crece su caudal: *Ubi non est frigidum illud verbum, tuum et meum.* ¿Y por qué mas? porque así como acá en la tierra, añade san Agustín, no es otra cosa muchas veces la opulencia del rico sino la hacienda del pobre usurpada; ni es otra cosa una gran fortuna sino una precipitada corriente que se sorbe á los pueblos, y un edificio levantado sobre las ruinas y vestigios ajenos; por el contrario, las riquezas se comunican en el cielo sin que se dividan ni menoscaben: *Hæreditas non fit angustior numerositate hæredum.* ¡Oh embeleso inefable, único deleite digno de un alma noble y virtuosa! ¡oh felicidad la mas sublime y mas envidiable de todas las felicidades con que el hombre es feliz sin que otros sean infelices! no lo he dicho todo: con que satisfecho cada uno con lo que posee, mira con tranquilidad y complacencia lo que poseen los demás, porque allí el amor propio muere consumido en las llamas del amor divino; y si arde en vosotros, católicos, todavía alguna centella de este amor, no tengo yo necesidad, para que vuestro corazon sea ya todo deseos y ansias fervorosas, sino advertiros que casi tan dichoso es en el cielo el bienaventurado por la felicidad ajena, como la suya propia.

15. La felicidad del cielo es una felicidad hija de la razon y de la virtud. Nosotros, como hijos del Dios de la felicidad inmensa y de la perfeccion infinita, nacemos con dos amores: con amor á la felicidad, y con amor á la perfeccion. Estos dos amores, pues, traen en este mundo una guerra y una lucha casi continua. El amor á la felicidad huye de la virtud penosa y austera; y la virtud tímida y delicada se asusta solo con el pensamiento de los deleites mundanos: deleites falaces, escollo ordinario de la razon y de la inocencia; deleites funestos que, ó ha de expiar el alma arrepentida con lágrimas copiosas, ó han de ser ocasion de la calamidad

eterna del alma impenitente; deleites que la virtud condena, y la concupiscencia apelece; virtud que no podrá el hombre conservar inmaculada sin reprimir muchos deseos, sin sustentar muchos combates, sin ofrecerse víctima de muchos sacrificios. ¡Oh dura necesidad de abrigar el hombre en su seno dos generaciones enemigas que ni puede destruir ni concordar! De aquí aquel lamentarse, aquel gemir del Apóstol, aquel doctor de las gentes levantado en algun modo sobre los demás hombres con tantas prerogativas en el orden sobrenatural de la gracia, cuando se sentia impelido y despedazado con dos diferentes voluntades, una de las cuales se oponia al bien que él deseaba, y la otra se inclinaba al mal que él no queria. Pero ¡oh Santos que reinais en el cielo! ya pasó el tiempo de la tentacion y de las contradicciones: *Prima abierunt.* (Apoc. c. xxi, 4). El hombre viejo quedó ya sumido en la tenebrosa concavidad del sepulcro; los deleites y la virtud, la paz y la justicia, la felicidad y la santidad han jurado en vuestro favor eterna alianza: *Misericordia et veritas obviaverunt sibi; justitia et pax osculatae sunt.* (Psalm. lxxxiv, 11). ¡Oh hija de Sion! exclama el Profeta, levántate de la ceniza donde yacias, enjuga las lágrimas, despójate de las vestiduras lúgubres y tristes: *Excute de pulvere, filia Sion.* (Isai. lxi, 2). Sigue sin miedo las inclinaciones y apetitos que te incitan, que ya no hay peligro que contagien á la virtud: tú eres aquella ciudad santa, cuyos muros no penetrará el pecado: *Quia non adjiciet ultra ut transeat per te incircumcisis.* (Ibid. 1). No se acercarán ya jamás al aire que tú respiras los hálitos infectos que atosigan el alma, que afeminan el corazon y engendran las pasiones. ¡Oh puras é inefables delicias donde reina toda conformidad; pues el corazon se inclina de suyo á seguir las leyes de la virtud, y la virtud aprueba todos los deseos del corazon! ¡Ah! si yo hablase con aquellas almas santas que se estremecen con la sombra solamente del pecado; con aquellas almas timoratas que tienen tanto miedo de cometer el pecado, cuanto les pesa siempre de haberle cometido; con aquellas almas fervorosas que derraman tan copiosas lágrimas, que purgan con tan rigurosa penitencia los defectos mas leves, fruto de la fragilidad humana, y la menor tibieza en la fe y en el fervor; con aquellas almas animosas, cuya delicadeza de conciencia obliga á sepultarse en las mas profundas soledades, en lo interior de los desiertos mas inaccesibles á la concupiscencia, y á evitar todo lo que puede distraer y divertir, temiendo no llegue á enflaquecer y á relajar el espíritu; con aquellas almas puras y

castas, que siendo siempre inocentes, son siempre penitentes; con un Pablo, con una Teresa, no tendria yo para que me entendiesen necesidad de decir sino que el cielo solo conoce premios y victorias, que no entiende de combates de virtud, que el corazon nada tiene que desear ni nada que le aflija, que el hombre en el cielo es feliz sin remordimiento, y virtuoso sin esfuerzo y sin obstáculos. ¡Oh estabilidad! ¡oh reino! ¡oh imperio eterno de la inocencia, libre del peligro de perdersel! ¡Oh Dios mio! agradaros siempre, amaros siempre, ser amado de Vos siempre, no experimentar jamás otros raptos, otros incendios, que los raptos y los inflamados ardores del amor divino, ni derramar otras lágrimas que lágrimas de una dura y santa alegría, ¿no basta esto, amados oyentes mios, para ser el paraíso de una alma digna de su origen celestial? Si esto no es poseer ya perfectamente á Dios, es ya ser casi semejante á él.

16. La felicidad del cielo es eterna. La figura de este mundo, dice el Apóstol, pasa velozmente; el tiempo es breve; las grandezas del mundo son todavía mas transitorias: *Præterit enim figura hujus mundi*. (I Cor. vii, 31). Por breve que sea la vida humana, no deja el hombre de ser testigo de un sinnúmero de sucesos trágicos. ¿Cuántos han sobrevivido á su felicidad y á su gloria? Y últimamente, cuando su felicidad no se deshaga antes, parece infaliblemente con ellos; y la prosperidad mas brillante viene á estrellarse tarde ó temprano contra el escollo del sepulcro, donde naufraga lastimosamente: *Labitur hoc ab illo qui tenet, vel ipse ab eo quod tenet*. Ya se sabe, dice san Agustin, la condicion de los bienes de la tierra, que os dejan á vosotros, ó vosotros los dejais á ellos: *Labitur hoc ab illo qui tenet, vel ipse ab eo quod tenet*. Tantos años para acaudalar bienes mundanos, y un solo momento para poseerlos, ¡qué tristeza! No percibir de ellos otro fruto que llevar grabados sobre la lápida que ha de cubrir vuestras cenizas los títulos de vuestra nobleza y de vuestras dignidades, ¡qué cosa tan despreciable! Haber sudado tanto, y parar todo no en vivir, sino en morir espléndidamente; no en gozar largo tiempo, sino en tener muchos bienes que dejar; ¡qué consuelo tan desabrido! Ahora, pues, repone san Agustin, ¿puede ser verdadera felicidad una felicidad que empieza y fenece en un mismo instante? *Beatitudo vera non est de cujus æternitate dubitatur*. Si los bienaventurados del cielo, continúa, estuviesen sujetos á los varios casos de esta vida perecedera, seria mayor la desdicha que les causase el peligro de perder su fe-

lidad que la felicidad que ahora sienten con el deleite de poseerla. Pero no hay ya tormentas ni huracanes que temer : *Non accedet ad te malum*. (Psalm. xc, 10). La eternidad inmutable se ha sorbido en sus profundos senos el tiempo, los reveses y las vicisitudes del tiempo : *Tempus non erit amplius*. (Apoc. x, 6). Vos, Dios mio, me amais y me estaréis amando siempre : yo os amo, y siempre os estaré amando ; yo estoy unido con Vos y Vos conmigo, y ninguna cosa podrá separarnos. Estos inefables deleites, estas puras delicias en que mi corazon se anega, nunca se interrumpirán : correrán los siglos, y yo no sentiré sus injurias : pasarán, y mi felicidad no pasará. *O sancta Sion ubi totum stat, et nihil fluit* ! Siempre feliz, siempre tranquilo, sin desear ni temer mudanza alguna, ¡oh qué estado tan dichoso ! ¿Y cuál será el corazon que si la ponzoña de la concupiscencia no ha destruido y aniquilado en él toda la semilla del amor y de la ternura no exclame con Israel cautivo : ¡Oh Sion, oh ciudad santa de Sion ! nuestras lágrimas han acrecentado las corrientes de los rios de Babilonia, acordándonos de tí, y nada templa las penalidades de nuestro destierro, sino los suspiros que exhalamos por nuestra patria amada : *Super flumina Babylonis, illic sedimus, et flevimus, cum recordaremur Sion* ? (Psalm. c. cxxxvi, 1).

17. Resumamos. La felicidad del cielo es felicidad sólida y verdadera, felicidad siempre antigua y siempre nueva, felicidad llena y permanente, felicidad completa y total, felicidad pura y sin mezcla de ningún mal, felicidad, fuente perenne de paz y concordia entre los escogidos que la gozan, felicidad de razon y de virtud, felicidad eterna. Al considerar estas excelencias de la felicidad del cielo, ¿qué juicio haceis de ella, comparada con la felicidad del mundo ? Pero ¡en cuánto mas la apreciaréis, si la considerais en sí misma !

18. II. ¿Con qué colores os pintaré yo la felicidad del cielo ? Pero mas fácilmente os sabré yo decir lo que no es, que no lo que es : *Facilius possumus dicere quid non sit, quam quid sit*. Hasta ahora os he hablado con doctrina de san Agustin, y á él voy trasladando en mi discurso, pues ninguna materia ha tratado este maravilloso Doctor con tanta vehemencia como esta ; porque parece que el amor dilató la capacidad de su ingenio y avivó la energía de su estilo. La felicidad del cielo, continúa, es una cosa cuyo deseo puede excitar en nuestros corazones la gracia : *Desiderari potest* ; ella puede ser objeto de nuestra esperanza y de nuestros suspiros :

Concupisci potest, sperari potest. Pero nuestro entendimiento jamás llegará á comprenderla, ni nuestras palabras á ponderarla debidamente; porque despues de apurar todas nuestras ideas y todas nuestras expresiones, casi nada habrémos pensado, casi nada habrémos dicho: *Digne cogitari et verbis explicari non potest.*

19. ¿Os diré con el Profeta que los Santos gozan de tanta felicidad en el cielo, que su corazon desfallece y no puede resistir las dulces avenidas que le arrebatan, que llenos y anegados en el torrente de deleites que inunda sus almas padecen sin interrupcion éxtasis dulcísimos, que bebiendo en la fuente de delicias se sienten como sumergidos en un piélago de gozo? *Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ; et torrente voluptatis tuæ potabis eos.* (Psalm. xxxi, 9). ¿Os pondré delante con el Doctor de las gentes á los solitarios oprimidos con el peso de los rigores de la penitencia y extenuados con ayunos y vigílias, y los Apóstoles exhaustos con las peregrinaciones, trabajos y peligros de su ministerio penosísimo, y á los Mártires llenos de oprobios, abrasados en las hogueras, nadando en su propia sangre, para que los oigais exclamar continuamente rebosando de gozo, que cuanto pierden en la tierra es de ningun momento en comparacion de lo que reciben en el cielo? *Momentaneum et leve tribulationis nostræ... æternum gloriæ pondus operatur.* (II Cor. iv, 17). ¿Os advertiré con san Pablo que los ojos no vieron, ni los oidos oyeron, ni el corazon mas ardiente é impetuoso no puede en las vehemencias de sus mas vivos deseos figurarse una felicidad semejante á la de los escogidos del Señor? *Nec in cor hominis ascendit.* (I Cor. ii, 9). Cortesanos, hambrientos de favor, de autoridad, de distinciones, de honores, de dignidades, de mando y de poder, reducid á la memoria los momentos mas dichosos de vuestra vida: una ambicion despechada que de repente logra sus intentos por un suceso inopinado; aquella profunda paz, aquel sosiego del alma, aquellos deliquios del corazon tan dulces; momentos á la verdad deliciosos, y que sentís que no fuesen de mayor duracion; pero que sin embargo os saboreais continuamente con su memoria, y os doleis continuamente de su pérdida, significando que si toda la eternidad constase de una série de momentos tan envidiables; que si no feneciesen sino para volver á empezar, ó, por mejor decir, si siempre se renovasen sin llegar á acabarse nunca... Ya os comprendo; que no tendríais mas que desear, ni yo que decir. Sin embargo, entended que nada he dicho; pues aunque todo esto se halla en el cielo, pero todo esto no es el cie-

lo; y si los Santos no tuviesen otra felicidad que esperar, serian realmente infelices: *Digne cogitari et verbis explicari non potest.*

20. ¿Os representaré que los Santos poseen en el cielo á Dios? Enajenada mientras vivimos en este mundo el alma por el encanto de los sentidos, no entiende las delicias de la union con Dios; pero para tí, Señor, la criaste sin embargo: *Tu fecisti nos ad te, Domine.* Criándola, grabaste en ella el sello de su suerte eterna. De donde proviene que sintiendo una turbacion y desasosiego cuya causa ignora, anda vagueando de objeto en objeto: ella pregunta por tí á cuanto la circunda: ella se aficiona á cuanto le ofrece alguna imágen de tu hermosura y de tus perfecciones infinitas; y aun cuando huye de tí, solo á tí te solicita. Pero en el momento de la muerte disipa el día de la eternidad las tinieblas é ilusiones de esta vida mortal: desaparecen sus engañosos espectros, y no conserva el alma ninguna impresion peregrina en el vacío donde cae. Restituida, pues, á la pureza y vehemencia de su natural inclinacion, de su propension primitiva, te ve á tí, Señor: conoce en tí el único objeto proporcionado para llenar la inmensidad de sus deseos; se arroja á tí con un ímpetu incomprensible, y si sus ingratitudes no han formado obstáculos insuperables, ¡con qué rapidez, con qué actividad no se precipita en tu seno! ¡Qué amor! ¡qué fuego! ¡qué torrente de delicias! Pero ¿no advertís, amados oyentes míos, que el cielo se digna de oir los clamores de mi celo para vuestra enseñanza? Ya me parece que manda abrir las puertas de la ciudad santa; que me permite discurrir por el santuario augusto, donde habita la majestad de Dios vivo; que le pregunto por los bienaventurados que subieron desde este valle de lágrimas y miserias; que me los pone delante de la vista; mas ¡ay! que yo no los distingo, pues interpolados con los espíritus puros, solo les sirven sus cuerpos, que se hallan descargados de lo grosero y terreno, de vestidura de luz: *Amictus lumine sicut vestimento* (Psalm. ciii, 2); y esta luz es la luz misma de Dios: *In lumine tuo videbimus lumen.* (Psalm. xxxv, 10). La Divinidad que los recibe en su seno los estrecha, los llena, los penetra: su espíritu los anima, su sustancia los vivifica, su ser les comunica su existencia; y al considerarlos unidos y casi identificados con ella, ¿nos admirarémós que el discípulo amado, ofuscado con la viva luz que los circunda, y al ver al esclavo vestido del resplandor que es peculiar del señor, se postre en presencia de ellos con la mas profunda humildad? Una segunda creacion portentosa sustituye á las flaquezas, defectos é im-

perfecciones de la naturaleza humana, la imitacion y comunicacion de las perfecciones de la divina: *Divinæ consortes naturæ*. (II Petr. c. 1, 4). Anegados y absortos en aquel inmenso océano de luces, conocen claramente el abismo, la profundidad, la economía, la serie de las disposiciones de los consejos y obras del Altísimo: para ellos corren todos los velos y se despojan de toda sombra los misterios de la naturaleza y de la gracia: su entendimiento lo ve todo, ve hasta al mismo Dios; le ve y le conoce cómo es en sí: *Videbimus eum sicuti est*. (I Joan. III, 2). Circundados por todas partes de aquel piélago de delicias que los sorbe, los llena, los penetra, los inunda, ¡qué felicidad, hermanos míos! Tal, que por ella participan de la felicidad del mismo Dios: *Intra in gaudium Domini tui*. (Matth. XXV, 21). De modo que en la religion santa de los bienaventurados todo está en Dios, todo es para Dios, todo es de Dios, y todo participa de la naturaleza de Dios: *Divinæ consortes naturæ*. Y como todos tienen vida de Dios, y son felices con la felicidad de Dios, son todos un entendimiento y un corazón, porque Dios solo piensa en su entendimiento, él solo es el objeto de sus pensamientos, él solo el término de sus deseos. Los torrentes de existencia, de inspiracion, de bienaventuranza que se desprenden continuamente del seno de la Divinidad para causar la gloria y la felicidad de los bienaventurados vuelven á él sin interrupcion, y le llevan los rendidos obsequios de su amor. Juntas todas sus voces no componen sino un cántico de adoracion y alabanza perpétua: ni tratan, ni conversan sino de su grandeza, de su poder, de su santidad, de sus beneficios, de sus perfecciones infinitas: los éxtasis de amor, de gratitud, de felicidad se trasladan de un corazón á otro: los hombres en el cielo no son ya hombres, ni entre ellos y Dios supremo se conoce mas diferencia que la esencial que hay entre el Criador y la criatura. Elevado y ennoblecido su ser por el Ser divino, tiene grabado en su entendimiento, en su corazón, en su dicha el carácter y los símbolos de la verdad, de la caridad, de la inmutabilidad y de la felicidad de la naturaleza divina: *Divinæ consortes naturæ*. No mas, católicos: confieso que mis conatos han sido vanos é inútiles; pero no he podido resistir al deseo de poner á vuestra vista algunas toscas pinceladas de un retrato que es imposible que delimée y perfeccione ninguna mano mortal. Pero no me contentaré con añadir con san Agustin que para entender este lenguaje era necesario que ardiésemos en el fuego del amor divino: *Da amantem, et sentis quod dico*; sino añadiré que ¿cómo es

posible que le entendamos amando como amamos á Dios tan imperfectamente? Llegará el tiempo en que le amemos sin límite ni modo, y en que nuestro amor sea la medida de nuestra felicidad; pero, en fin, cuando no estamos en posesion de la cosa amada amamos tibiamente. Con que es necesario poseer á Dios como los Santos para amarle con el amor que ellos le aman, y es necesario tambien tener todo su amor para conocer la felicidad de poseerle: *Digne cogitari et verbis explicari non potest.*

21. ¿Os advertiré que los bienaventurados son mas felices en el cielo que infelices los réprobos en el infierno, que no descarga Dios tanto su justicia sobre estos como hace alarde de su magnificencia con aquellos, que las riquezas de su amor son mas abundantes que los tesoros de su ira? *Superexaltat autem misericordia judicium* (Jacob, 11, 13); y si me es lícito decirlo, que se muestra mas Dios cuando premia que cuando castiga? en una palabra, que es mas deseable el cielo que temible el infierno? ¿Prorumpiré con aquellas palabras: *Vide quanto emit, et sic videbis quid emit?* Mira, cristiano, á un Hombre-Dios espirando en una cruz, cubierto de profundas heridas, nadando en su sangre; y entiende que el precio de esa sangre que corre y baña la tierra es el cielo: *Vide quanto emit, et sic videbis quid emit.* ¿Quién, pues, sino el mismo Dios, podrá hablar dignamente de una felicidad que compra todo un Dios derramando toda su sangre? Dios solo, pues, que conoce la felicidad eterna que gozan los Santos en el cielo, Dios solo, repito, puede declarar debidamente una felicidad que es participacion de su felicidad propia: *Digne cogitari et verbis explicari non potest.* Bien es verdad que á lo menos sabemos que una sola gota de las delicias celestiales ha bastado para hacer felices en la tierra á aquellos Santos á quienes se dignó su Majestad de dar á gustar las primicias de la felicidad que tiene reservada para sus escogidos. ¡Oh felices momentos, exclama san Bernardo! pero ¿cómo os daré yo alguna idea de ellos? Excéitase en el alma repentinamente un movimiento suave, sin saberse de dónde viene ni lo que es: despréndese del centro de la gloria y del resplandor eterno un rayo que ilumina al entendimiento; hállase el hombre cercado de una luz pura y viva; déjase ver la hermosura y perfeccion infinita casi sin velo y sin sombra; el corazon se avigora, se abrasa, se enternece, se conmueve, se queja, suspira; los sentidos se adormecen, la imaginacion se amortigua y postra; las lágrimas corren; pero ¿qué lágrimas? lágrimas que aunque sean de dolor y de arrepentimiento son

mas dulces y mas sabrosas que todas las alegrías mundanas: *Dulciores sunt lacrymæ penitentium, quam gaudia theatrorum*. En tanto suena la voz del Esposo, y el alma responde con deliquios continuos de amor; y apenas sabe si está aun en la tierra, ó si ya vive en el cielo, pues Dios solo lo sabe: *Ego nescio, Deus scit*. (II Cor. c. XII, 2). Un Pablo desterrado, caminando de peligro en peligro, de tribulacion en tribulacion, dice que no cabe de gozo: *Superabundo gaudio*. (Ibid. VII, 4). Un Javier, cási en nuestros días, hambriento, sediento, desnudo; solo en los abrasados arenales de la India regada con su sangre y con su sudor, suspende, Señor, exclama; suspende el torrente de tus favores; porque este hombre, á quien la virtud de vuestro poder no ha despojado todavía de este cuerpo de tierra y de barro, no puede con tanto peso: *Satis est, Domine, satis est*.

22. Replica, pues, ahora san Agustín: si tales son los consuelos del destierro, ¿cuáles serán las delicias de la patria? *Si hæc sunt in exilio, quid erit in patria?* ¡Oh Jerusalem, mansion de paz y de felicidad! ¡Oh hermanos míos! puedo yo añadir con el santo Doctor, ¿qué alegría es esta de que os veo penetrados? Apenas he pronunciado el nombre de la Jerusalem celestial, y ya vuestros corazones suspiran por aquella ciudad santa. Pero ¿dónde está esta Jerusalem dichosa? Es verdad que no la veis, y sin embargo la amais: ¿ni cómo podríais desearla si no la amáseis? Pero ¿cómo la amais si no la veis? *Unde clamatis, si non amatis? unde amatis, si non videtis?* Mas por inaccesible que sea á nuestra vista podemos divisarla con los ojos de la fe. Pero ¿qué puedo yo deciros de ella? no por cierto, no alcanzaremos á ponderarla dignamente sino cuando lleguemos efectivamente á poseerla. Hablad, pues, Vos, Dios mio, y mostradnos las riquezas de vuestro reino. ¡Ay hermanos míos! no era menester mas para apartar eternamente nuestro corazon del amor á las felicidades mundanas, y solo nos consolaríamos del sentimiento de habitar en la tierra con la esperanza de no permanecer en ella largo tiempo.

23. Refiere este santo Doctor en el libro IX de sus Confesiones que, tratando con su madre de las delicias de la vida eterna, arrebatados de repente en espíritu, vieron por algunos instantes la gloria eterna: *Dum loquimur, attigimus eam modico toto ictu cordis*. Suspensos con esta vista, atónitos y fuera de sí, solamente se hablaban con suspiros: *Et suspiravimus*, cuando prorumpiendo santa

Mónica, ¡ay hijo amado mío! exclamó: solo deseaba verte reducido al gremio de la Iglesia, ya se han cumplido mis deseos, desamparemos esta tierra miserable, ¿qué otra cosa puedo yo hacer en ella sino suspirar por el cielo? *Quid hic faciam, et cur hic sim nescio, jam consumpta spe hujus sæculi.*

24. Y nosotros ¿qué hacemos en este mundo? ¿qué halagüeños atractivos nos tienen aprisionados en él? ¿Qué buskais, qué esperais en este destierro, vosotros especialmente á quien una larga experiencia ha desengañado de la vanidad de las esperanzas humanas? ¿Qué habeis experimentado en la tierra sino inconstancia, ingratitud, amigos mudables, enemigos pertinaces, odios, envidias, reveses de fortuna, vanos deleites, desabrimientos sin término? Hasta ahora no habeis sido felices; ¿esperais serlo en adelante? ¿Mudará el mundo de condicion? ¿mudará vuestro corazon de inclinaciones? Hasta ahora os han salido fallidas todas vuestras esperanzas: ¿no os cansaréis ya de esperar? *Quid hic faciam nescio, jam consumpta spe hujus sæculi.* ¡Extraña ceguedad del hombre! Pasa la vida entera en desengañarse y en caer en nuevos engaños, en llorar sus errores y en continuarlos, en relajar su corazon y en recogerle, en romper amistades y en contraerlas de nuevo, en quejarse del mundo y en amarle, en detestar de sus perfidias y en fiarse de sus promesas, en consumirse desesperando y en dejarse llevar de esperanzas tan vanas como las primeras. *Audite me divites, audite me pauperes*: Oidme, ricos y pobres, grandes y pequeños. *Audite me pauperes*. Vosotros, pobres, á quien la Providencia ha reducido á arrastrar una vida oscura, trabajosa y olvidada, ¿por qué llenos de despecho y tédio pasais los tristes días de vuestra vida en suspirar por unos bienes que Dios os niega? Consolaos con la esperanza cierta de los bienes que Dios os promete. Presto, decia san Agustin á los ciudadanos de Hipona, que sitiada por los vándalos esperaba por momentos su destruccion, presto habitarémos aquella ciudad eterna que jamás se arruinará: *Erimus in quadam civitate*. Dejemos que el gentil, que no conoce mas patria que la tierra, piense un instante en su suerte; pero tú, cristiano, tú que sabes que tienes seguro el cielo, ¿qué te importa que el escaso número de días que te faltan que vivir en este valle de lágrimas sean turbulentos y dolorosos, con tal que seas feliz por toda una eternidad? ¿qué te importa que el mundo ignore y desprecie tu nombre, si estás escrito en el libro de la vida? *Erimus in quadam civitate*. Es-

pera un momentò, y aun menos que un momento, y en tu mano está ser feliz por una eternidad, donde nada tendrás que padecer, nada que desear.

25. *Audite me divites.* Y vosotros, grandes del mundo, ricos del mundo, que sois tenidos por tan dichosos, ¿soislo realmente? *Respondeat cor vestrum, fratres.* Pues qué, ¿sentimientos, suspiros, lágrimas tambien en vuestros palacios, como en el humilde albergue del pobre? Pero no me maravillo. Un corazon turbado, inquieto, alterado porque no posee lo que desea; un corazon desconsolado, lleno de tédio y amargura porque no tiene que desear mas de lo que posee es al fin el corazon del hombre, aunque se vea adornado de púrpura y ceñido de diadema, porque el trono no le muda. Un corazon, pues, despedazado con deseos inquietos, ó consumido con disgustos y desabrimientos, ¿es corazon feliz? ¡Ay hermanos míos! Dad infinitas gracias á la divina Providencia que no permite que vivais aletargados con la embriaguez de una vana y pecaminosa prosperidad. Entonces sí que seriais dignos de compasion, si siendo muy felices en este mundo viniéseis á olvidaros de que estais criados para una felicidad mas sólida y mas permanente: *Cognoscentes nos habere meliorem et manentem substantiam.* (Hebr. x, 34). El pueblo que no suspira por la tierra de promision perecerá en el desierto; el ingrato Israel que no gime porque se dilata la prolijidad de su destierro no verá las fiestas y solemnidades de Sion; las puertas de la ciudad santa permanecerán eternamente cerradas para el cristiano insensible que no supo abrírselas con el fervor de sus deseos: *Qui non gemit ut peregrinus, non gaudebit ut civis.* ¿Diréis ya que basta desear el cielo, habiéndoos hecho ver que no hay insensibilidad mas injusta que la del cristiano tibio que no le desea? Ahora, pues, os haré ver que no hay cobardía mas inexcusable que la del cristiano tibio y flojo que desea el cielo con deseos ineficaces; asunto de la

Segunda parte.

26. Tibios é indolentes cristianos, que os limitais á desear el cielo sin procurar merecerle con obras, entended que sois inexcusables por dos razones: inexcusables por intentar conseguir solamente con deseos una felicidad que solo se concede al mérito, é inexcusables por no adquirir un mérito á que podeis arribar; *Quæ sursum sunt querite.*

27. I. Inexcusables por pretender con deseos solamente una felicidad que solo se concede al mérito; porque bien podía Dios concedernos el cielo como gracia gratuita, pero como árbitro de sus bienes quiere darle á título de recompensa, y por consiguiente que sea premio del trabajo y de los servicios. En efecto, si los bienes del mundo, bienes caducos y falaces, bienes inciertos y perecederos, bienes transitorios y corruptibles, nos cuestan tantos sudores y fatigas; si creemos que nunca hacemos demasiado por adquirirlos; si juzgamos que el trabajo de conseguirlos queda suficientemente premiado con la complacencia de poseerlos, ¿es justo que los bienes eternos no nos cuesten nada? y ¿tendremos valor para quejarnos que nos pida Dios que hagamos por el cielo lo que no rehusamos hacer por el mundo? *Et illi quidem ut corruptibilem coronam accipiant, nos autem incorruptam.* (1 Cor. ix, 25). En conclusion, aquel Dios que es dueño absoluto de señalar el camino que guíe al cielo no ha querido abrir otro á los adultos sino el del trabajo y el del mérito. El siervo no participa de los bienes del Señor sino porque los conservó con fidelidad, y los aumentó con vigilancia: *Quia... fuisti fidelis.* (Matth. xxv, 21). Los hombres no reciben el premio sino á proporcion del trabajo; de suerte que la grandeza de su mérito es la medida de su felicidad: *Unusquisque autem propriam mercedem accipiet secundum suum laborem.* (1 Cor. c. iii, 8). Las fatigas y peligros del combate han de preceder al descanso y á la gloria del triunfo: *Non coronatur nisi qui legitime certaverit.* (II Timoth. ii, 5). El cielo es corona, y corona de justicia: *Corona justitiæ* (Ibid. iv, 8); y por tanto es corona de gloria: *Corona gloriæ.* (1 Thes. ii, 19). Con que, si es corona de justicia, no se debe dar sino al mérito, ni se ha de alcanzar sino por el camino del mérito, ni debe poseerse sino á título de mérito; luego supone mérito innegablemente: *Corona gloriæ.*

28. ¡Grande y esencial diferencia entre los honores del cielo y los honores de la tierra! Ya se acabaron, si acaso los hubo alguna vez, aquellos tiempos en que una gran fortuna era argumento de un mérito elevado. Hoy día, ¿cuáles son los caminos por donde se consiguen las honras, los títulos, las preeminencias, los empleos honrosos, los puestos distinguidos? No permita el cielo que faltando á la santidad y dignidad de mi ministerio profane yo el santuario del Dios de la verdad, del Dios de la caridad, con la acrimonia de aquellas indecentes sátiras que suele dictar la ambicion frustrada en sus intentos, ó el cáustico furor de una filosofía ferina y me-

lancólica, ni con la maledicencia de aquellas invectivas que aborta alguna vez entre nosotros la desesperacion de la impiedad infame y anatematizada; impiedad que despues de haber vomitado su veneno contra el sacerdocio derrama hasta en las columnas que sustentan el trono la hiel de su sacrilega mordacidad, destilando en el pueblo á un mismo tiempo el tósigo de su rebelion y de sus delirios: hombres indigestos y descontentadizos, declamadores eternos contra los abusos y las injusticias del siglo; no queriendo reconocer mérito donde ven favor, ni alabar jamás otras virtudes que las de los desgraciados y olvidados del mundo, cuyos dictámenes estoy bien léjos de aprobar y de seguir. Pero, sin embargo, vosotros sabeis tan bien como yo, y aun mejor que yo, que si desdandais de los honores y dignidades del mundo lo que se debe á la autoridad y á la negociacion, lo que arrebatan el atrevimiento y la insolencia, lo que arranca la importunidad, lo que asaltan la política y la hipocresía, lo que alcanza la lisonja y vil adulacion, lo que se vende al interés, lo que se concede al nacimiento distinguido, lo que reparte el valimiento sin eleccion ni discrecion, lo que el imperio de la sensualidad rinde y sujeta á sus caprichos, lo que distribuye la casualidad, lo que derraman pródigamente las inclinaciones y fragilidades del corazon humano, echaréis de ver lo poco que queda para el mérito. Habrá uno que ocupe los primeros puestos, y no tendrá mas virtud ni mas servicios que las virtudes y servicios de sus abuelos. Otro será deudor de su elevacion al capricho de la fortuna, que vemos negarse á las vigiliass del hombre mas laborioso, por favorecer á la misma pereza sepultada en sueño, y resistirse al que la solicita por entregarse al que no la busca ni espera. Y alguno deberá su exaltacion á la despreciable habilidad de estudiar y afectar las flaquezas de un poderoso protector, cuyas pasiones supo adular con indecorosas condescendencias é imitacion servil.

29. Revolved los fastos de todos los reinos y naciones, inquirid el origen de aquellas fortunas iomensas que fueron la admiracion y asombro de su siglo, y para algunas que halleis que fueron premio de la virtud ¡cuántas hallaréis que fueron obra del vicio! Para un José, á quien la modestia, la inocencia, la fidelidad, la capacidad, la instruccion, le facilitan la proximidad al trono y le colocan al frente de un vasto imperio, ¿cuántos ambiciosos, siguiendo el ejemplo del cruel Aman, aseguran su gran fortuna con grandes maldades? Para un David que espera en paz la caída de aquel á quien ha

de suceder, ¿cuántos Absalones procuran con malos medios, con perfidias y bandos anticipar el momento de su elevacion? Para un Aarón á quien el Señor coloca en el santuario, ¿cuántos Corés usurpan el honor del sacerdocio? Para una Ester que se engalana para parecer bien con alavíos inocentes, ¿cuántas Jezabeles que solo desean provocar y ser provocadas? Rara vez se consigue el favor por medios enteramente lícitos y honestos; porque realmente no se sabe bien el camino que se ha de tomar para llegar á él, ni se sabe lo que le granjea y le fija. Por una gracia que divierte, por un obsequio que lisonjea al amor propio, por una alabanza que fomenta la vanidad, es preferido muchas veces el cortesano de genio festivo al general que vence en las batallas y defiende el Estado: de modo que, para adelantar la fortuna, el mérito principal es saber agradar; pero ¿qué especie de mérito es mas propio y adecuado para agradar? Eso es lo que se ignora, vuelvo á decir. Mas yo me engaño, y antes afirmo que se sabe con toda perfección. ¿Sabeis qué linaje de mérito acostumbra el mundo á premiar y á enriquecer? mérito extraño, mérito exterior, mérito de disimulo, mérito de artificio y de negociacion, mérito de impostura y de perfidia, mérito de atrevimiento y desvergüenza, mérito de bajezas y de servidumbre, mérito de solicitud y de importunidades, mérito de casualidades y de coyunturas, mérito de nacimiento distinguido y de riquezas, mérito de obsequios y de visitas frecuentes, mérito de bagatelas y de pasatiempos, y mérito tambien muchas veces de vicios y maldades; este es, repito, el mérito que suele premiar el mundo: de modo que, cuanto mayor y mas brillante es la fortuna, da muchas veces mas lugar á preguntar si su dueño es digno de ella, y á temer que no lo sea.

30. Pero ¡ay! que las recompensas del cielo se distribuyen de bien diferente modo. Porque el que abre y cierra las puertas de la celestial Jerusalem es aquel Dios sapientísimo que ni se deja gobernar por amor ciego, ni engañar por afectadas exterioridades, ni aplacar con arrepentimientos hipócritas y fingidos, ni vencer con lágrimas falsas y dictadas por el respeto humano, ni preocupar con deseos estériles é ineficaces, ni alucinar con discursos capciosos, ni con excusas maliciosamente inventadas, ni con necesidades é imposibilidades supuestas; aquel Dios sapientísimo que sabe distinguir tan bien el mérito verdadero del falso, el mérito personal del ajeno, el mérito intrínseco y sólido del vano y superficial mérito; aquel Dios vigilante que sondea los mas ocultos senos del corazon, que resi-

dencia todos sus movimientos, á quien están patentes todos sus caminos, que todo lo ve y todo lo pondera en la balanza del santuario; aquel Dios justo, cuya equidad íntegra é inflexible nada negará entonces al mérito, y nada concederá sino al mérito; aquel Dios en cuyo reino no habrá, pasado el tiempo de la tentacion y de la pelea, ni hombres infelices sin pecado ni dichosos sin virtud.

31. Este Dios, pues, pronunciará en el momento señalado para decidir de la suerte eterna de todos los hombres y en medio de todas las naciones congregadas estas espantosas palabras: *Unicuique secundum meritum operum suorum* (Eccli. xvi, 15): á cada uno segun el mérito de sus obras. Notad, católicos, que no dirá: á cada uno segun el mérito de sus apetitos, de sus inclinaciones, de sus propensiones, de sus deseos; sino que dirá: á cada uno segun el mérito de sus obras: *Secundum meritum operum suorum*. Ni tampoco dirá: á cada uno segun sus obras; porque ¿cuántas obras santas y virtuosas al parecer que en la realidad fueron pecaminosas? ¿Cuántas obras santas y virtuosas verdaderamente que las viciaron los motivos? Con que allí todas las intenciones serán examinadas, averiguados todos los motivos, puestos en claro todos los fines é inclinaciones: de todo se hará caudal; y así nada se perdonará entonces: ningún mérito quedará sin recompensa, ni tampoco habrá recompensa sin mérito: á cada grado de gloria corresponderá su respectivo grado de fervor y de virtud; y por lo que cada uno será se conocerá lo que ha sido. Segun esto, hombre esclavo de la ambicion, hambriento de deleites ó de bienes de fortuna, ¿dónde están tus obras, dónde el mérito de ellas? Esos odios envejecidos, esas envidias ocultas, esas horribles calumnias, esas enemistades escandalosas, esas venganzas de caso pensado y maquinadas á solas, esas viles é ilícitas condescendencias, esas glotonerías y vergonzosas impurezas, esa altanería, esa altivez, esa dureza de corazon con los pobres, esa sed insaciable de riquezas, de honores, de deleites, ¿son los títulos en que fundais vuestro derecho al cielo? Ya tengo declarado que aquellos que se hallen contaminados con estos vicios no entrarán en mi reino. Acabado el destierro y la peregrinacion de esta vida, cada imperio tendrá sus ciudadanos: el infierno será la patria del pecador, el cielo la del justo. Y no hay para que ponderarme vuestra sangre vertida en la campaña, y renovada tantas veces en vuestras venas, ni vuestras virtudes morales, ni las de hombre de bien: representad al mundo los servicios que hicisteis al mundo, pues Dios no recompensa sino lo que se hace por él, y el cielo

no está destinado para pagar servicios hechos al mundo. Aquí solo se os piden obras de salvacion y hechas en gracia : *Unicuique secundum meritum operum suorum.*

32. ¡Palabras terribles para tantas almas ciegas y engañadas que viven en aquella funesta paz y seguridad que les sugiere la confianza de que no desmerecen el cielo! para tantas almas hambrientas de vanagloria que apetecen mas la opinion de devotas que la realidad; que ponen mayor estudio en parecer justas que en serlo, dispuestas siempre á preferir una virtud ruidosa que llame la admiracion del público, á una virtud deslucida que solo tenga por testigo á Dios; que con el despecho y furors de su orgullo despreciado é irritado justifican muchas veces á los insolentes murmuradores que las motejan de que su virtud ostentosa estima mas la aprobacion de los hombres que la de Dios; para tantas almas soberbias y arrogantes, que desvanecidas con los progresos que creen haber hecho en los caminos de la perfeccion evangélica intentan dominar en el mundo y casi en el santuario, recobrando en vanidad la parte de gustos de que se privan, y resarciéndose de los obsequios que tributan al mundo con aquella especie de vasallaje y casi adoracion que exigen de los hombres; para tantas almas curiosas y relajadas que no pueden estar un instante consigo mismas, que llenando su memoria é imaginacion con las especies y casos diversos que se representan en el teatro de las pasiones humanas tienen por oficio importante saber todo lo que pasa, decir todo lo que saben; y derramadas eternamente por el mundo le escandalizan con sus negociaciones, con su curiosidad é indiscrecion mas que le edifican con la regularidad de su conducta; para tantas almas de un celo acre y arrebatado, que como si les fuese lícito ignorar que en tanto se mueve el cristiano á la práctica de la perfeccion evangélica, en cuanto reservan para sí toda la severidad, usando con sus hermanos de toda la suavidad y condescendencias posibles, sientan por principio de su sistema de devocion el olvido del amor del prójimo, y blasonan de haber remediado el mundo, cuando solo le han llenado de confusion y discordia; para tantas almas de conciencia sumamente delicada y escrupulosa, pero que persuadiéndose que tienen todas las virtudes se miran con derecho para no adquirir la humildad que abate ni la caridad que perdona; para tantas almas insensatas y contumaces, determinadas á no ser virtuosas sino conforme al sistema y disposicion de su gusto particular y propios alcances, que antes abandonarían la virtud que dejar de ser devotas á su modo,

y que aun cuando se sacrifican á Dios solo ofrecen incienso á los caprichos de su voluntad propia; para tantas almas tibias é indiferentes que, por explicarme así, ni son del cielo ni de la tierra, que sin darse por entendidas de lo que poseen ni mostrar deseo de lo que no poseen, ni la vida presente ni la venidera les merece ningun cuidado, que ni bien sirven al mundo ni menos á Dios, que si su corazon no abriga ningun mal deseo reprobado por la Religion, tampoco concibe ninguno de aquellos deseos puros y fervorosos que ella intima, que en el concepto de los hombres poseen todas las virtudes, porque no ven en ellas ningun vicio, pero que en los ojos de Dios les aprovecha poco no tener grandes vicios supuesto que están desnudas de toda virtud; para esas almas perezosas y amigas del regalo que hacen profesion de una virtud comun y acomodada, que traen cierto género de vida sencilla y uniforme, pero que últimamente no le cuesta al amor propio grandes penalidades, que violenta poco las inclinaciones naturales, y que por otra parte la pide así el carácter de su empleo y el estudio con que procuran conservar su opinion. Podrá ser que eviteis el exceso en el juego, los tratos amorosos, el escándalo de los trajes indecentes, el furor de los odios declarados, la insolencia de las calumnias; pero por lo demás estais bien hallados con esa vida perezosa y regada, con esos placeres suaves y moderados, con esas conversaciones festivas y entretenidas, con esas murmuraciones sutiles é ingeniosas, con ese amor al descanso y á vuestra libertad, con ese deseo de agradar y de lucir en el mundo, con esas antipatías y aversiones secretas, con esas correspondencias amorosas que distraen el entendimiento y el corazon, con ese esmero y gusto exquisito en la mesa y en los muebles. ¡Ah! si por estos agradables y espaciosos caminos se llega al cielo, dígase que el reino del cielo no tiene ya dificultad ni padece fuerza; que para salvarse no hay necesidad de aborrecerse, de contradecirse y renunciarse á sí mismo; que la vida del cristiano no es una guerra trabajosa, ni un combate rudo, ni un camino escabroso; que una vida ociosa no es vida reprehensible; que el siervo negligente que tuvo ocioso el talento no será arrojado á las tinieblas exteriores; que no cerrará la puerta á las vírgenes necias que se durmieron esperando al esposo; que el árbol infructífero no será cortado y echado al fuego; que se puede reinar con Jesucristo sin pelear con Jesucristo; agradar al mundo y á sí mismo sin desagradar á Dios; salvar el alma sin perder el cuerpo; buscar con ansia los gustos de la vida presente sin renunciar las delicias de

la vida futura, y participar de la gloria de los justos sin imitar sus ejemplos. Pero si las puertas del cielo se nos abriesen, si nos fuese lícito registrar los dichos ciudadanos que le habitan, ¿qué os parece se ofrecería á nuestra vista? Hombres que ó no conocieron el pecado, ó no cesaron de llorarle; hombres que ó tuvieron valor para dar la vida por Dios, ó no supieron vivir sino para él; hombres modestos, humildes y despegados en las riquezas, ó resignados en la pobreza; hombres de abnegacion interior, hombres pacíficos y caritativos; hombres intrépidos y celosos; hombres compasivos y benéficos; hombres vigilantes y mortificados; hombres que reprimieron sus deseos, que lucharon con sus inclinaciones, que dominaron y rindieron sus apetitos; hombres que, habiendo vencido al amor propio y á la vanidad, no buscaron sino á Dios, ni quisieron sino á Dios, ni trabajaron principalmente sino por Dios; hombres que sin ceñirse á la observancia de los preceptos aspiraron á la perfeccion de los consejos evangélicos; hombres cuyos dias, léjos de haber sido dias vacíos y ocupados en las solitudes de esta vida y en vanos pasatiempos, fueron una rica tela de virtudes y sacrificios: apóstoles, mártires, anacoretas, vírgenes castas y fervorosas, penitentes mortificados. Y siendo esto así, ¿nos atreveremos nosotros á presentarnos á intentar introducirnos en el reino de los cielos? ¿Nos atreveremos á sentarnos cerca de aquellos bienaventurados? ¿Nos atreveremos á persuadirnos que tenemos mérito para ser dignos del cielo? ¿Nos maravillaremos que aquel Dios, dispensador de los premios eternos, nos diga que ni lo hemos conocido ni él nos conoce? Confesemos que léjos de tener derecho á sus gracias, solo merecemos su indignacion; y que tanto mas inexcusables somos, cuanto que, si el cielo solo se concede al mérito, en nuestra mano está adquirir ese mérito que pide el cielo.

33. II. No depende de nosotros tener el mérito que se necesita para hacer en el mundo una gran fortuna, pues para esto son necesarios talentos que no dan los deseos ni la ambicion, si la naturaleza los niega. Son necesarias ocasiones, proporciones oportunas, empleos adecuados á los talentos para que el mérito tenga lugar de manifestarse y lucir en los ojos del mundo. Y aun cuando tuviéseis el mérito que es digno de los favores y dignidades, no depende de vosotros tener aquel mérito que las alcanza: aquella especie de mérito por donde se llega tan rápidamente á la cumbre de las honras mundanas, y sin cuyo impulso se anda por los caminos de la fortuna con pasos lentísimos, y muchas veces inútiles y perdidos; aquel

mérito de caer en gracia; aquel mérito de insinuacion, de artificio, de modales gratos; aquel aire de urbanidad, aquellas gracias exteriores que agradan, que cautivan, que encantan, que se insinúan en el corazon, no dando á la razon lugar ni libertad para pesarlas y separar de ellas lo insustancial que tienen; aquel mérito de quien justamente se dice que nada merece, y de quien no obstante os quejais que todo se lo sorbe. Por otra parte, aunque muchas veces podríais adquirir el mérito propio con que en el mundo se consiguen los honores, ni lo querríais ni lo deberíais querer: el mérito, digo, de una bajeza indecorosa é indigna, dispuesta á echarse por tierra y envilecerse para elevarse, adorando servilmente al valimiento para participar de él; el mérito que no es otra cosa muchas veces que engaño y calumnia, capaz de intervenir en esos misterios de iniquidad, en esas conjuraciones de maldad y de perfidia, tan contrarias siempre á la Religion y á la hombría de bien, pero tan necesarias alguna vez para adelantar la fortuna. Está bien que tengais un mérito verdadero y agradable; pero no está en vuestra mano tener un mérito superior al de vuestros competidores: y entonces ¿de qué os aprovecharán vuestros talentos si son oscurecidos y deslustrados con el mayor lucimiento de los suyos? Luego que os presentéis en la carrera, ¡qué multitud de émulos se interpondrá entre vosotros y la fortuna! émulos que os precisarán á defenderos de la malignidad de sus murmuraciones, de la perspicacia de su envidia, de la diligencia de su política, de los malos medios y artes ocultas de su sagacidad, de la impostura de sus calumnias, de los privilegios de su nacimiento ilustre, que arrebatará el premio que se debia á vuestros servicios, concediéndose al mérito de sus antepasados lo que merecian vuestros servicios personales, pues habrá un poderoso protector que les allane los caminos de la fortuna, y seréis vosotros las primeras víctimas sacrificadas á su felicidad. Os veréis precisados á defenderos y cautelaros de vuestro propio mérito que, llegando á ser muy conocido y aplaudido, os granjeará muchas veces tantos odios quantos sean los elogios que exija por fuerza, adquiriéndos mas enemigos que admiradores; y si no sabeis amortiguarle y templarle, procurando que antes del suceso no se descubra enteramente, no le ensalzará la malicia humana sino para derribaros y perderos. En fin, por extraordinario que sea vuestro mérito, no está en vuestro arbitrio comunicar al mundo luz para que le conozca ni equidad para que le premie, pues ciego y sin discernimiento el mundo carece de mérito suficiente para conocer y estimar el de los de-

más: insensible é indiferente, todo lo ve y de nada se duele; an-tojadizo y extravagante, jamás está menos contento que cuando lo debiera estar mas; ingrato y desconocido, solo sabe mandar y exi-gir, y no sabe pagar y recompensar; inconstante y voluble, se acuer-da de vosotros un instante, y luego os olvida; y si este momento de favor y de benevolencia transitoria no es el momento oportuno, y señalado para derramar sus gracias y mercedes, pasarán años y no le revocarán; mundo sensual é indolente, que ignora y hace es-tudio de ignorar vuestros servicios, y por mas estrépito que mueva vuestra reputacion al rededor de él no le despertará de su sueño; mundo tímido y suspicaz, que reputa vuestros talentos por delitos; cuanto mas os estima, mas os teme, y en lugar de servirse de vos-otros, solo piensa en expeleros y alejaros de sí. Grandes del siglo, árbitros de la fortuna, dispensadores de puestos, honras y digni-dades, vosotros sois dioses de la tierra en cuanto al poder y auto-ridad; pero en cuanto á la capacidad no sois mas que hombres, y en cuanto al corazon ¡ah! quiera el cielo que le podais libertar del contagio de la prosperidad). Pero yo veo que un Roboam priva de su confianza á los sábios de Israel para depositarla en los jóvenes aduladores de sus pasiones; un Saul, envidioso de la gloria de Da-vid; un Nabucodonosor, que entrega á Daniel en poder de un pue-blo supersticioso y enfurecido; veo, en fin, que fortunas sin mérito y méritos sin fortuna son el argumento de la historia del mundo entero, de la historia de casi todas las naciones y de casi todos los tiempos.

34. Por cierto, católicos, que seríamos dignos de lástima, si el camino que guia al cielo no fuese mas seguro, mas fácil, mas despejado, mas desembarazado y mas libre de obstáculos. En mi mano está merecer los premios eternos de la gloria: el salvarme ni pide talentos ni nobleza, ni política profunda, ni empleos elevados, ni feliz combinacion de circunstancias. Veo abierto delante de mí el camino del cielo, y me convidan y me instan para que entre en él: ley, consejos, auxilios, gracia, sangre de Jesucristo, todo es mio, todo es para mí: estoy cierto que cualquiera que sea la con-dicion en que me halle en el mundo no me ha-de causar ningun-a imposibilidad para obrar mi salvacion. Un Abraham se santifica entre las riquezas, un Josías en el trono, un José en el manejo del real Erario, un Moisés acaudillando un pueblo numeroso, un Josué entre batallas y victorias, un Lázaro en la pobreza, un Job entre dolores é ignominias, una Ester entre cetros y coronas, una Judit

en el retiro, un Elias en la corte de los reyes, un Samuel á la sombra del tabernáculo : no hay estado, no hay condicion que no ofrezca ejemplares para mi conducta, que no suministre ejemplos y motivos para mi confianza. Por parte de mis pecados pasados nada tengo que temer, el cielo acepta la penitencia de Magdalena del mismo modo que la inocencia de Susana ; y nuestro benignísimo Dios, bien diferente del mundo que olvida los servicios y solo conserva la memoria de las ofensas, se deja aplacar con nuestros suspiros. Las lágrimas de David borraron las huellas de sangre que estampó una víctima sacrificada al reprobado amor que tuvo á Bet-sabé ; y luego que empezó á llorar amargamente su pecado dejó de ser pecador. Ni tengo que temer el mérito y los intentos de los demás fiéles que movidos de la gracia andan por el camino mismo que yo , pues sus virtudes no deslucirán las mías, ni su felicidad impedirá mi felicidad. Tampoco tengo que temer al Señor en cuya mano está mi eterna suerte : Señor sapientísimo, á quien nada se oculta, especialmente el mérito del corazon, aquel mérito que con ser el primero, el mayor, y, hablando en rigor, el único mérito, es el mas estéril y el mas desconocido en el mundo ; Señor compasivo y benigno, cuya amistad encontrarás luego que la busques, pues su corazon no solo está aguardando el tuyo, dispuesto á franquearse y á admitir tus primeros suspiros, sino que le busca, le atrae, le determina, y cuando le amas, tu amor es un beneficio de su gloria ; Señor pródigo y agradecido que atiende á todo, que todo lo tiene presente para galardonarlo todo, y que léjos de desatender lo que ejecutas, reputa por hecho lo que quieres hacer : *Voluisti... fecisti*. Últimamente, nada tengo que temer de parte de mi fragilidad, pues no se me piden grandes sacrificios, sino un grande amor, y un amor grande no reconoce ningun sacrificio superior á sus fuerzas y valentía. El cielo, dice san Agustin, es un reino que se vende : *Eccce venale est regnum Dei*. Y ¿ á qué precio se vende ? ¡ Ay, hermano mio, cuánta es tu felicidad ! pues aunque es de infinito valor, no vale mas de lo que puedes dar : de modo que dando lo que tienes, has dado por él cuanto vale : *Tantum valet quantum habes*. Pero ¿ qué digo ? No atendais á lo que teneis, considerad solamente lo que sois : *Noli quærere quod habeas, sed qualis sis*. Daos en precio á vosotros mismos, y habréis dado todo lo que os pide : *Res ista tantum valet, quantum tu es*. ¿ Qué se necesita para adquirirle ? Entrega tu corazon, amado oyente mio, y el cielo es tuyo : *Te da, et habebis illam*.

35. Regocijate, pues, ó Israel, y dí : no por cierto, no hay Dios

semejante al nuestro: *Quis Deus magnus sicut Deus noster?* (Psalmo LXXVI, 14). Deidades de la tierra, señores arrogantes, ¡á qué precio vendeis vuestros beneficios! ¡qué servicios costosos! ¡qué frecuencia de visitas molestas! ¡qué condescendencias repugnantes! ¡qué desaires no se sufren! ¡qué sinsabores no se pasan! ¡qué injurias no se disimulan! ¡qué caprichos no se contentan! ¡con cuántas pasiones no se contemporiza! y no pocas veces, despues de haberse humillado tanto, de haber hecho tantas bajezas, nada se consigue, porque, viniendo la muerte antes que el premio, perecen nuestros trabajos, y se hunden con nosotros en nuestro sepulcro. Con todo eso, ¡oh vergüenza, oh ceguedad de los cristianos! la esperanza de estos vanos é inútiles galardones, de estas dudosas é inciertas recompensas atrae y convoca á los piés de estas mortales deidades una caterva de ambiciosos esclavos, al mismo tiempo que Dios no puede ganar nuestro corazon con todas las riquezas de su amor, y toda la magnificencia de sus dones.

36. Repitamos, pues, aunque en otro sentido, y para confusion nuestra: *Quis Deus magnus sicut Deus noster?* No por cierto, no hay Dios que sea tratado como nuestro Dios; no hay Dios que haga mas por nosotros, y por quien nosotros hagamos menos; no hay Dios tan magnífico en sus recompensas y tan desatendido en sus promesas: *Quis Deus magnus?* Soldado envejecido en los trabajos de la guerra, magistrado que has consumido tu vida en los tribunales, hombre estudioso que has perdido tu calor natural con esas tareas literarias, ¿en qué abismo se han sumido tantos dias ocupados, tantas noches inquietas? *Seminastis multum, et intulistis parum.* (Aggæi, 1, v. 6). Cónstame de vuestro trabajo, y no me consta de vuestra cosecha; y si habeis percibido algun fruto, pronto fenecerá, porque el tiempo que vuela lo arrastra y precipita todo tras sí. ¡Ah! si hubiéseis hecho por el cielo lo que habeis hecho por la tierra, os hallaríais en estado de competir con los mayores santos. Quiera, finalmente, nuestro benignísimo Dios derramar sobre vosotros el espíritu de sabiduría: *Deus pater gloriæ det vobis spiritum sapientiæ.* (Ephes. 1, 17). Él os dé á conocer la vanidad de vuestros designios y la inmensidad de sus riquezas, que son la herencia de sus escogidos: *Ut sciatis... quæ divitiæ gloriæ hæreditatis ejus in sanctis.* (Ibid. v. 18). Y así no desearéis sino el cielo, ni trabajaréis sino para el cielo: *Quæ sursum sunt, sapite; quæ sursum sunt, querite.* Y en el cielo hallaréis finalmente el cumplimiento de todos vuestros deseos y el superabundante premio de vuestros trabajos. Así sea.

SERMON

SOBRE

LA GRANDEZA Y LA BONDAD DE DIOS.

Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies. (Math. iv, 10).

Adorarás al Señor tu Dios, y le servirás á él solo.

1. Esta verdad natural y fundamental, que la naturaleza ha grabado en nuestro corazon con caractéres indelebles; esta verdad, regla primera, basa y cimiento así de la religion natural como de la religion revelada, ¡con cuántas sombras procura oscurecerla el hombre! No debiera haber cosa mas conocida que Dios; pero ¡ay! cuán olvidado, cuán desconocido está en el mundo! En vano publican su gloria y sus beneficios la naturaleza y la gracia, la razon y la fe; en vano el dia anuncia al dia, segun la expresion del Profeta, y la noche á la noche; en vano intima el cielo continuamente su noticia á la tierra, pues la voz de la concupiscencia, como mas poderosa, cierra las puertas de nuestro entendimiento y de nuestro corazon, para que no se oiga en él el lenguaje de la pura verdad: tinieblas fatales que oscurecen en nosotros la idea y la memoria de nuestro Dios, de donde nacen todos nuestros males.

2. Hay unos hombres esclavos de sus pasiones y rebeldes concupiscencias que niegan á Dios el rendimiento y culto que se le debe: hay otros ignorantes y piadosamente ilusos que con un culto supersticioso deshonoran al Dios que ellos se precian de honrar; hombres que no sirven á Dios, ó le sirven mal: dos vicios que conviene remediar con dos especies de conocimiento de Dios: conocimiento de lo que Dios es en sí, y conocimiento de lo que Dios es respecto á nosotros. Dios en sí no es otra cosa que grandeza, poder, autoridad, majestad; y Dios respecto de nosotros no es otra cosa que bondad, ternura, amor y misericordia. Dios es el mayor y mas amable de los señores. En dos palabras: la infinita grandeza de Dios nos enseña cuán justa y necesaria cosa es servir á Dios, y su infinita bondad nos enseña el modo con que debemos servirle.

Ved el asunto y division de este discurso. Pidamos la intercesion de María : *Ave María.*

Primera parte.

3. La grandeza infinita de Dios nos enseña cuán justo y necesario es servir á Dios, y nos descubre el delirio de ese espíritu de orgullo y de independencian con que nos rebelamos contra Dios. Avivad vuestra atencion, católicos, pues se trata no menos que de llegar á conocer bien á Dios, aquel Dios á quien vosotros jamás habeis conocido bien, aquel Dios que, me atrevo á decir, por eso es tan poco respetado y tan poco amado, porque es tan poco conocido. En este discurso me dispensaré de observar aquel órden tan metódico y sujeto á reglas que enerva muchas veces la elocuencia cristiana y frustra la persuasion. Quiero engolfarme desde luego en la profundidad de este piélago inmenso. Perdonadme, si siguiendo los pasos de los Profetas é intentando á su ejemplo confundir y postrar toda altivez que se levanta contra Dios desamparo el camino comun. Un asunto tan grande, tan sublime y tan elevado arrebatá y excita en el alma un fuego y un ímpetu que ni deja libertad de elegir colores ni de pesar las expresiones. Olvidaos de todo, olvidaos del que habla. ¡Qué dicha seria la vuestra y la mia si no viéseis ni oyéseis á otro que al Dios que es tan digno de ocupar solo toda la capacidad de vuestro entendimiento y corazon!

4. ¿Qué intento, pues, Señor? ¿qué es lo que emprendo? ¿Esperaré, por ventura, correr el velo que os oculta á nuestra vista? Siendo polvo y ceniza, peregrino y desconocido hasta de mí mismo, ¿me lisonjearé de conoceros y daros á conocer? Lo que en esta vida mortal llamamos luz no es mas que una vislumbre muchas veces tenebrosa; y aun no ha llegado, aunque ella vendrá, y está viniendo, aquella luz verdadera, aquella luz de la eternidad que nos manifestará el resplandor de vuestra majestad suprema. Pero mientras tanto Vos sois un Dios oculto : *Deus absconditus*. Reparad, sin embargo, católicos, como desde el centro mismo de las nubes que ocultan á la Divinidad rompen unos destellos de luz que, sin declararnos todo su ser, nos descubren y dan á entender lo que nosotros le debemos. Con efecto, si en la sociedad civil comprendemos que hay títulos de grandeza, de elevacion, de preeminencia y de autoridad, que dan á unos el derecho de mandar, que

sujetan á otros á la necesidad de obedecer ; si comprendemos que hay vínculos de subordinacion legítima que sujetan á los pueblos á la voluntad de los grandes , de los príncipes y reyes de la tierra ; si comprendemos que hay hombres que por razon del puesto que ocupan en el mundo deben ser servidos y respetados por los demás hombres , ¿osarémos nosotros disputar á Dios el derecho de exigir nuestra sumision y rendimiento? Porque, en suma, ¿qué vienen á ser esas grandezas humanas que el mundo respeta y adora? una desmayada imágen, una vana y transitoria sombra de la grandeza de Dios : *Magnus est enim Deus noster super omnes deos.*

5. La grandeza de Dios es una grandeza sólida y verdadera , propia é intrínseca ; grandeza que nace y se deriva del mismo Dios. Pero los hombres solamente son grandes por otros. Palacios magníficos, corte numerosa, vasto imperio y dominio dilatado, ejércitos poderosos, pueblos dóciles y obedientes ; esto es todo lo que compone la grandeza de los dioses de la tierra , esto es lo que los sustenta, y á veces ni esto basta á mantenerlos. La grandeza humana es grandeza extrínseca. Despojad á los grandes de ese aparato exterior de brillantoz , de fausto, de majestad que ofusca la vista, que hiebre la imaginacion ; consideradlos en sí. ¿Y qué veréis? meros hombres, y acaso menos que hombres , pues las virtudes que ennoblecen á la humanidad rara vez se avienen bien con los dictados que hinchan y fomentan la vanidad ; porque parece que el cielo las tiene reservadas para los de mediana esfera , como para resarcirles con riquezas espirituales de los bienes de fortuna de que los priva.

6. Es grandeza vacilante é incierta. Un imperio no se levanta sino sobre las ruinas de otro imperio : al paso que un pueblo extiende los límites de su jurisdiccion , los mismos felices sucesos le desengañan de su fragilidad, y en la destruccion de las naciones que ól arruina lee la sentencia de su suerte. Por mas que se multipliquen los soldados de valor portentoso y los ingenios mas sutiles para acrecentar y cimentar la felicidad de un reino, toda la diferencia que hay entre el mas floreciente Estado y el de fuerzas mas débiles se reduce finalmente á tardar un poco mas en perecer, y á dejar despues de sí mayores ruinas y memoria de caidas mas estrepitosas.

7. Es grandeza, para explicarme así, postiza. El poderío de los reyes proviene del de los reinos : del valor y de la multitud de vasallos nacen las fuerzas y la autoridad del príncipe : el monarca

mas digno de cetro desaparece con el trono : el héroe mas invicto y conquistador mas venturoso , luego que se vea reducido á sustentar su valor solo con el auxilio de su brazo , verá toda su gloria convertirse contra él ; verá que sus proezas tan decantadas sirven solo para hacer mayor su desgracia y comunicar mayor orgullo á su enemigo victorioso , á quien la suerte enriquecerá con sus despojos.

8. Es grandeza que frecuentísimamente perjudica á la grandeza verdadera , cuando solo sirve para desvanecer y embriagar al grande , para robarle sus virtudes , y para hacer mas patentes sus vicios.

9. Es grandeza extraña siempre al hombre que la posee , y por consiguiente grandeza que de sí misma y por sí misma no hace al hombre verdaderamente grande. Con que los hombres son grandes por otros , y Dios es grande por sí mismo. Porque para ser grande no tiene necesidad sino de sí propio : es rey verdadero , porque nada debe á su pueblo , antes su pueblo le debe á él todas las cosas , y porque el universo que le adora es obra de sus manos. Antes de la creacion él solo existia , y ya era todo lo que es ahora ; y como rey del mundo podía intimar sus preceptos á la nada. El cielo y la tierra tuvieron principio ; mas el poder y la grandeza de Dios fueron antes que el origen de los siglos. Si se desquiciare y aniquilare el universo , el imperio de Dios sobrevivirá á las ruinas y últimos vestigios del mundo : *Magnus est enim Deus noster super omnes deos.*

10. La grandeza de Dios es grandeza libre é independiente ; grandeza pacífica y feliz ; grandeza , fuente de quietud y felicidad. Pero la grandeza humana no es otra cosa que dorada esclavitud y disimulada servidumbre. Hombre ambicioso , sediento de honras y de mando , ¿qué espíritu diabólico , enemigo de tu sosiego , guía tus pasos por la trabajosa carrera por donde caminas ? ¡Ay ! cuánto has de sufrir para lograr esos puestos elevados que apetece tu ambicion ! ¡y cuánto mas has de padecer para sustentar sus cargas ! Porque , víctima sacrificada á las públicas necesidades y á la conservacion de tu funesta grandeza , ¿entre qué turbulencias y alborotos pasarás los dias de tu vida , siempre envidiada y siempre digna de compasion ? Entiende que casi tantos superiores y enemigos te has de conciliar , cuantos súbditos y esclavos adquieras , los cuales te fatigarán con su importunidad , te impacientarán con sus peticiones y pretensiones interesadas , te mortificarán con su indoci-

lidad y caprichos, y te consternarán con sus conjuraciones. Te saldrán al encuentro émulos y competidores, temibles por sus vicios, y mas temibles todavía por su mérito y talentos; superiores y protectores que cuanto mejor se les sirve suelen contentarse menos; cortesanos y aduladores, cuya falsa amistad, dispuesta siempre á vender la tuya, anhela por tus beneficios con desprecio de tu corazón. ¡Oh corte de los reyes, centro de la grandeza mundana! en tí reina aquella insaciable concupiscencia que para hacer feliz á uno solo causa una pública calamidad; aquellas temerosas desconfianzas que convierten el día mas sereno y apacible en un día amargo y tempestuoso; aquellas alegrías falsas y forzadas mas sensibles y dolorosas que los mismos sinsabores que ocultan. Congréganse de todas partes al rededor del trono las sospechas crueles, los pálidos temores, las esperanzas desasosegadas, los agudos pesares, los tristes desabrimientos, los odios disimulados, las amistades alevosas. Oprimido un grande de las bravas ondas de tantas pasiones que le circundan, paga á la verdad bien caro los obsequios que le tributan con los cuidados que le recuerden; y este ídolo, en cuyo honor se ofrecen tantos sacrificios, no experimenta mayor tranquilidad en el ara que las víctimas y el sacrificante. Porque haberlo de oír todo, de proveer á todo, de remediarlo todo, de prevenirlo todo; haber de estar siempre discurrendo, siempre obrando, siempre temiendo, siempre temblando, es el precio con que se compra la grandeza á costa del sosiego propio, y de renunciarse á sí mismo solo para tener la frívola satisfacción de mandar á los demás. De suerte, que vuestra grandeza, ¡oh hombres! ni es de vosotros ni para vosotros. Solo Dios es quien en profunda é inalterable paz goza de sí mismo y de su grandeza. En él se halla accion fecunda sin trabajo, providencia sin inquietud, movimiento sin alteracion, gobierno sin confusion y sin temores. El pueblo mas rebelde, dice san Agustin, le presta la misma sujecion que el pueblo mas fiel: él hace que sirvan para su gloria las pasiones mismas de los que quebrantan su ley; y los que no reconocen el imperio de su amor y de su gracia no declinan el imperio de su poder y autoridad. Entended, pecadores, que cuando sacudís el yugo de la subordinacion de Dios nada le defraudais; toda la pérdida es vuestra, pues de los hombres que hacen lo que él no quiere sabe él hacer lo que quiere: *De his qui faciunt quod non vult, facit ipse quod vult*. Nunca es mas soberano que cuando

se ve obligado á dejar de ser padre : *Magnus est enim Deus noster super omnes deos.*

11. La grandeza de Dios es una grandeza infinitamente poderosa. El poder humano por vasto que sea está circunscrito dentro de ciertos términos y límites. Podeis acaso mucho ; pero no lo podeis todo : ó acaso lo podeis todo contra muchos ; pero no podeis nada contra todos : y cuando viéseis, finalmente, postrado á vuestros piés todo el universo, hay un Dios contra quien nada podeis, y quien todo lo puede contra vosotros. ¡Oh Dios de gloria y de majestad! tu imperio se extiende sobre todo lo que alienta, y, árbitro absoluto de nuestra suerte, tejes segun tus deseos la tela de nuestros dias. Tú destruirás al atrevido que levante la cabeza contra tí como quien rompe un vaso de barro quebradizo ; el aliento de tu cólera, dice el Profeta, disipará y desquiciará el cielo y la tierra, si se streven á excitar tu indignacion ; el sol y los astros huirán y desaparecerán de tu presencia sin dejar el menor vestigio ; tu mano poderosa ha fabricado este vasto universo : habla, pues, y los pueblos y los reyes, el cielo y la tierra, todo se hundirá y quedará reducido á una soledad horrible : *Magnus est enim Deus noster super omnes deos.*

12. La grandeza de Dios es grandeza pura, cuyo resplandor no le oscurece ninguna sombra. En vano buscaríamos entre los hombres una grandeza entera y completa. Una virtud digna de los mayores lucimientos yace muchas veces oscura y desconocida ; y mas frecuentemente todavía usurpan los honores debidos á la virtud el artificio, la negociacion, las artes de la política, ruindades de la adulacion y la ambicion insolente ; ¿y en cuántas ocasiones en los que se llaman grandes se muestra todo de poco momento á excepcion de su poder y de sus vicios? Notad por otra parte la desigual distribucion de bienes de fortuna y de naturaleza. El uno se queja de que no conocen ni premian su mérito ; el otro gime oprimido con el peso de su propia grandeza, porque se mira sin mérito para sostenerla. Además de esto, ¿qué mérito se hallará aun en el comun de los hombres que no sea muchas veces efecto ú ocasion de alguna falta? El entendimiento no luce la mayor parte de la vida sino á costa del corazon, ni el corazon cumple sus deseos sino con detrimento de la razon : la afabilidad demasiadamente officiosa y obsequiosa afemina el alma con indignas bajezas ; la política carece de candor y sencillez ; la ingenuidad degenera en indiscrecion,

la justicia en aspereza, la bondad en flojedad, la constancia en dureza, la condescendencia en cobardía; la probidad alguna vez es indómita; la urbanidad dócil y flexible se presta al vicio; la liberalidad es pródiga, la economía avarienta; la grandeza de ánimo declina en temeridad, la prudencia en timidez. Rara vez nos elevamos por una parte sin decaer por otra; y para adquirir lo que no tenemos casi nos es necesario renunciar lo que tenemos. Decidme el mérito de un hombre, y me atreveré á conjeturar qué especie de mérito le falta; sus mas admirables prendas me darán á entender sus defectos: el mayor hombre está siempre sujeto á ciertas flaquezas, como en los astros mas brillantes se nota siempre alguna mancha. Pero una justicia que tiene amor al delincuente; una bondad que no impide que se castigue el delito en aquel á quien ama; una cordura sin lentitud y sin pereza; una actividad sin inquietud y sin precipitacion; un poder á que todo se rinde; una Providencia que todo lo comprende; una santidad que se indigna con la sombra del pecado mas leve; una mansedumbre que perdona á los mayores pecadores; una majestad que no atemoriza con el fausto y las altiveces del orgullo; una ternura que no se desalza con las flaquezas de una condescendencia demasíadamente oficiosa; una independencia y una libertad con que en sí mismo encuentra su felicidad; un amor y una propension que le saca de sí para solicitar la nuestra; un ser al mismo tiempo señor de los hombres por su autoridad, padre por su bondad, legislador por su sabiduría, ejemplar por sus perfecciones; inspirar amor y temor; infundir respeto y confianza; juntar todas las calidades que son la admiracion del entendimiento, y todas las que mueven, apasionan y enamoran el corazon; poseer todas las virtudes sin mezcla de la mas leve imperfeccion; tal es, y todavía mayor, la grandeza de nuestro Dios, porque excede á cuanto puede el hombre decir y excogitar: *Magnus est enim Deus noster super omnes deos.*

13. La grandeza de Dios es grandeza eterna. Todo pasa, todo perece, todo se destruye, todo se hunde acá abajo; y aun ninguna cosa desaparece mas velozmente que la misma grandeza. Las fortunas mas prósperas están sujetas á las mas tristes y prontas mudanzas: no parece sino que para despertar nuestro Dios en los hombres la memoria de su Majestad suprema, y desengañarlos con ejemplos memorables de la inestabilidad de las cosas terrenas, se complace en destruir las obras de la industria y de la vanidad humana, reduciendo á pavesas esos ídolos tan adorados, y entrete-

jiendo tarde ó temprano algunos reveses en la vida mas próspera. Yo ví, dice David, levantarse como el humo esos grandes del mundo, y noté que se desvanecieron como él. Ví tambien crecer de repente esos cedros que cubrian con su sombra á las naciones de la tierra: pasé adelante, desanduve el camino; y no hallé ya sino un tronco seco y carcomido cuyas hojas servian de juguete al viento. Yo ví, dice Job, esa flor que por la mañana abria su capullo haciendo ostentacion de los mas vivos colores, y vísia por la tarde mística y marchita, de suerte que la tierra que la llevaba no la conocia ya. No hay cosa mas comun en el mundo que ver personajes abatidos, confundidos, aniquilados, sobreviviendo á su grandeza; la cual finalmente, si no se desvanece antes que ellos, desaparece indefectiblemente con ellos. Todo viene á estrellarse y fracasar tristemente en la soledad tenebrosa del sepulcro. Monarcas, conquistadores, grandes, polítics, ingenios famosos, admiracion y asombro de su siglo, ¿qué viene á ser todo? un torrente que se precipita con ruidoso estrépito, de que no quedan inmediatamente sino los vestigios de su curso, y aun estos vestigios desaparecen luego: así los grandes personajes se sepultan en el olvido, pues cuando los hombres ya no existen pronto se olvida lo que fueron; ó si su gloria dura despues de su muerte, no les aprovecha nada; porque el sonido de las alabanzas que se ofrecen á su memoria no llega á oirse en la estancia silenciosa del sepulcro. Pero Vos, Señor, Dios eterno é inmortal, siempre igual, siempre semejante á Vos mismo, estais contemplando todos los tiempos que se desprenden desde el seno de la eternidad, sin que experimenteis sus injurias: *Tu autem idem ipse es*. Lo que sois ahora, ya lo érais antes del origen de los siglos: pasarán los siglos, arrebatarán tras sí todo lo criado; pero despues de todos los siglos Vos seréis siempre lo que sois ahora: contemplando el espectáculo de las continuas revoluciones que mudan la superficie de la tierra, Vos veis el principio y fin de todas las cosas; y la eternidad, que fue vuestro principio, será vuestra duracion: *Magnus est enim Deus noster super omnes deos*.

14. Grandeza... pero ¿á dónde, Dios mio, enajenado me divierto? quise alabar vuestro santo nombre, y temo haberle profanado; porque hablar de la grandeza humana para ensalzar la grandeza de Dios apenas merece nombre de alabanza; y reducirse á decir que Vos sois mas que el hombre es dejaros muy inferior á lo que sois. ¿Qué es Dios, pues? Arrebatados de la pasion lo repeti-

mos insolentemente todos los días con un rey impío : ¿Quién es el Dios de Israel, para que esté yo obligado á obedecer sus preceptos? *Quis est Omnipotens ut serviamus ei?* (Job, xii, 15). Pregúntalo, replica el santo Job, pregúntalo al cielo y á la tierra, y ellos te responderán : *Interroga volatilia cæli, et indicabunt tibi : loquere terræ, et respondebit tibi.* (Job, xii, 7, 8). Toda la naturaleza se hará lenguas para darte noticias de él.

15. *Quis est Omnipotens ut serviamus ei?* Es aquel Dios que crió el mundo. Esos globos inmensos que giran sobre nosotros, que en su curso veloz guardan dimensiones que son tan reprímidas en sus vicisitudes y revoluciones continuas; esos astros, presidentes del día y de la noche, cuya luz alumbrá nuestros pasos, cuyo calor fecundo viste los árboles de hojas y de frutos, y cubre el campo de flores y de mieses; esos ríos, esos arroyos que discurren por llanos y por valles, criando por todas partes fertilidad y abundancia; esos mares cuyos vastos é inmensos espacios dividen tantas regiones diversas, y sirven para que se comuniquen esas mismas naciones separadas; cuanto contienen cielo y tierra en su inmenso recinto; todo ese espectáculo de la naturaleza que embelesa, todo, todo es obra suya. ¿Y sabemos cómo lo crió? Hágase el mundo, dijo, y fue hecho el mundo : *Dixit, et facta sunt.* (Psalm. xxxiii, 9). Llamó á las estrellas, y las estrellas corrieron á ocupar su lugar en el firmamento, y respondieron : hénos aquí : *Dicent tibi : adsumus.* (Job, c. xxxviii, 35). La fábrica del universo no le costó sino una palabra; la cual llegando á oír la nada, brotó el mundo de sus entrañas; y obediente el mundo al Dios que le ha criado, solo espera su mandato para desaparecer y volverse á sumir en la nada.

16. *Quis est Omnipotens ut serviamus illi?* Es aquel Dios que conserva y gobierna el mundo; aquel Dios que, penetrando con una sola mirada toda la extensión de los siglos pasados y venideros, y discurriendo por el ámbito de este grande universo, todo lo ve, todo lo oye, en todo interviene: su mano gobierna el sol, conduce las nubes, sustenta la pesadumbre del cielo y de la tierra, embravece y apacigua las ondas, da libertad á los vientos y los aprisiona, levanta las tempestades y serena las tormentas. Nada se obra sin él. Él, dice el Profeta, tiene contadas las arenas del mar que hay derramadas en las riberas del océano, y ninguna desamparará el lugar que le ha señalado. Las flores del campo y las hojas de los árboles solo esperan sus preceptos para manifestarse ó para retirarse. Ni aun los cabellos de vuestra cabeza, dice Jesucristo, se

caerán sin la voluntad de vuestro Padre celestial. Seis mil años há que alterado el mar con las mas furiosas olas, y conteniéndose en los límites que Dios le señaló, viene á quebrantar el ímpetu de sus ondas contra la arena que cubre sus riberas : *Hucusque venies... hic confringes tumentes fluctus tuos.* Él hace todas las cosas como quien nada hace. Valor, ciencia, empresas memorables, ¿qué viene á ser todo esto sino un juego y un misterio oculto de su providencia? Él señaló á los imperios el día de su principio y el momento de su caída : él llama por su propio nombre á Ciro antes de nacer, arma su brazo con su poder, deposita en su mano el rayo que ha de reducir á pavesas á Babilonia : él para abatir el orgullo de los persas saca á Alejandro de lo interior de la Grecia, disipa los ejércitos numerosos que le salen al encuentro, traslada á su poder los despojos de los reyes y de los reinos, y pronto las águilas romanas (aunque tambien por permission y disposiciones de su providencia) atravesarán las tierras y los mares ; y Roma desde la cumbre de sus colinas verá hecho romano á todo el universo. Pero ya vienen acercándose las naciones escogidas por Dios para romper las cadenas de las provincias cautivas : el imperio y la victoria pasan de una en otra gente ; un pueblo viene en el instante determinado á suceder á otro pueblo, y á hacer su papel en el teatro del mundo ; y despues de concluido se retira y huye para hacer lugar á otro.

17. *Quis est Omnipotens ut serviamus ei?* Es aquel Dios, dueño del mundo, que juega con el mundo y con cuanto hay de formidable en el mundo. Pueblos, exclama el Profeta, juntad vuestras fuerzas y poder contra el poder de Dios : *Congregamini... confortamini*; y para reduciros á polvo no necesita mas que dejarse ver : *Congregamini... confortamini, et vincemini.* Él puede aniquilar todas las cosas, como quien todas las ha criado. Él es el Dios de los reyes y de los reinos ; él erige y derriba tronos. Él da y quita coronas ; él es el Dios de los ejércitos que gobierna las batallas y dirige la victoria que derrama en el corazon del soldado ya esfuerzo y confianza, presagios del triunfo, ya terror y espanto, pronósticos de las mas lamentables desgracias ; él infunde en el consejo de los reyes ya aquel espíritu de consejo con que se afianzan los Estados desquiciados y vacilantes, ya aquel espíritu de desacierto y de soñolencia con que se apresura la ruina y se precipita la decadencia de los imperios mas florecientes ; él edifica, y ninguno puede destruir ; él derriba, y ninguno puede reparar : ábrese el mar, y deja paso libre á su pueblo escogido ; y volviéndose á consolidar las

aguas sepulta en sus abismos al pueblo que quiere castigar. El sol suspende la carrera para prolongar la victoria de Israel, y manifestar el ejemplar castigo de una nacion incircuncisa. Él confunde con insectos la soberbia de Faraon, y castiga los pecados de Egipto; y para destruir el numeroso ejército de los asirios no necesita de mas instrumento que de la mano de Judit. Los muros de Jericó caen al sonido de las trompetas; y con doce pobres pescadores derriba los altares de la gentilidad, abate el romano orgullo, somete su imperio á los Césares, y con ellos al mundo entero. Un débil destello de su poder que se digna comunicar á sus escogidos los hace árbitros de la naturaleza. Habla Moisés, y brotan las aguas en impetuosos caños de las entrañas de una roca, y riegan el desierto: habla Josué, y el Jordan se para y renueva los prodigios del mar Rojo: habla Isafas, y retrocede el sol: habla Elías, y el cielo hecho de bronce corre sus candados por espacio de tres años y medio: hablan los justos, y á su voz huyen los demonios á precipitarse en los infiernos, y los hombres recobran la vida en el seno de la muerte. Y si el poder de los esclavos es tan maravilloso, ¿cuál será el del Señor?

18. *Quis est Omnipotens ut serviamus ei?* Es aquel Dios terrible que al mover el paso se postran los montes y los cerros para allanarle el camino: *Incurvati sunt colles mundi ab itineribus æternitatis ejus.* (Habac. III, 6). El terror, segun la expresion del Profeta, le precede; los muros de las ciudades caen en su presencia; los truenos publican sus venganzas, ó lo llenan todo de espanto. Si rompe la voz de su ira, los cedros del Líbano se desgajan, el cielo se estremece, la tierra titubea: *Agitatur terra sicut ebrius.* (Isai. XXIV, v. 20). El mar encarcelado, las ondas reprimidas, los vientos silenciosos penden de sus preceptos.

19. *Quis est Omnipotens ut serviamus ei?* Es aquel Dios justo, protector de la virtud, enemigo del vicio; aquel Dios que para borrar los vestigios de las abominaciones que contaminan la tierra, está preparando el fuego vengador con que la ha de abrasar; aquel Dios que tomando venganza con el rayo en la mano de nuestras ingratitudes y ultrajes, congregará los hombres de todas las edades, y de todas las naciones para agobiar al pecador con el peso imponderable de su cólera á vista de todo el universo; aquel Dios que arrebatado del furor de su justa indignacion enciende aquellas llamas devoradoras que no se extinguirán jamás. Pecadores infelices, ¿qué haréis entonces? Vuestros deleites solo duraron un mo-

mento, y la divina venganza durará una eternidad. ¡Un momento para disfrutar placeres, y una eternidad para llorarlos! ¡Confesadéis ya que es este, finalmente, vuestro Dios? ¡Ay, católicos! no es todo esto, pues, si me atrevo á explicarme así, sino las apariencias de la Divinidad. Bondad, ternura, amor, misericordia, sabiduría, providencia, gloria, poder, independendencia, autoridad, majestad, santidad; apuraremos, en fin, las expresiones, y nada habremos dicho. Dios solo puede hablar de Dios. Nuestras mas vivas y enérgicas expresiones, aquellas expresiones valientes que parece significan mas de lo que pensamos, son para nuestro asunto muy humildes y muy bajas; y el hombre nunca podrá inventar palabras de tanta dignidad y majestad de su Dios. Mas para daros alguna idea revolveré las sagradas Escrituras. Isaías me dice que los Querubines sobrecogidos de temor y espanto se cubren el rostro con sus alas en presencia de este Señor, porque no pueden tolerar el resplandor de su viva y penetrante vista: Ezequiel me dice que divisó una leve sombra de la gloria de Dios vivo, y que al verla, sobrecogido de un temor religioso, se le heló toda la sangre en sus venas: Moisés me dice que los ojos de los mortales no tienen bastante vigor para resistir á la impresion del resplandor que circunda á Dios: san Juan me dice que los bienaventurados, atónitos y anonadados en presencia del Altísimo, enajenados en continuos éxtasis de respeto no aciertan sino á arrojar sus coronas á sus piés, y á exclamar sin cesar que él solo es digno de alabanza y de honor: Jesucristo declara que solo Dios conoce perfectamente á Dios, y que solo su Hijo único que habita en el seno del Padre puede sondear aquel profundo abismo de grandeza y de majestad: los padres de la Iglesia mas consumados en la ciencia de la religion, los doctores, los maestros, los oráculos de las naciones, aquellos grandes y soberanos ingenios que parece penetraron los misterios de la naturaleza, y pusieron en claro los difíciles dogmas de la mas alta teología; los Santos que bebieron en la oracion las luces mas puras y el mas profundo conocimiento de nuestros misterios, me enseñan que lo que se entiende mejor de la grandeza de Dios es que es ininteligible; que nuestro Dios es tan superior á nosotros por la sublimidad de su ser, que ni con el pensamiento podemos llegar jamás á elevarnos hasta él; que es un Dios tan grande, que dejaría de ser lo que es, si, siendo nosotros lo que somos, pudiéramos entenderle; de suerte que, segun observa san Agustin, lo único que comprendemos de Dios es que es incomprendible: *Tunc vere*

aliquid de Deo cognoscimus, cum ipsum comprehendere non possumus.

20. II. No digamos ya, pues, ¿quién es Dios para que yo le sirva? *Quis est Omnipotens ut serviamus ei?* Antes digamos, ¿quién soy yo para no obedecer á Dios cuando se digna de hablar? ¿Quién soy yo para contradecir á una voluntad tan respetable, para oponerme á una autoridad tan absoluta, para sublevarme contra una majestad tan infinita, para provocar una justicia tan rigurosa, para irritar una cólera tan terrible? Porque si quereis ver, amados oyentes míos, un misterio que en cierto sentido parece tan incomprendible como el misterio de la grandeza de Dios, mirad nuestra rebeldía contra Dios: mirad su religion entregada entre nosotros á la temeraria curiosidad de tantos entendimientos soberbios que blasfeman lo que ignoran; sus mas augustas verdades tratadas de delirio y de escándalo, quebrantadas sus mas sacrosantas leyes, profanadas sus fiestas, despreciado su culto, violados alguna vez su templo y sus altares: vednos resistir á su voluntad, conculcar su autoridad, dejarnos arrastrar sin vergüenza y sin remordimientos de todos los deseos de una concupiscencia desenfrenada, despreciar sus amenazas, renunciar sus promesas, provocar sus venganzas, desconocerlas, negarlas hasta corrernos de ser sayos, hasta tener locamente por blason levantar bandera contra él.

21. ¿Qué letargo, qué embriaguez tan profunda puede comunicarnos tanto atrevimiento? ¿Acaso lo ilustre de nuestro nacimiento, la prosperidad de nuestra fortuna, la elevacion del cargo y puesto que ocupamos en el mundo? ¡Ay, hombres soberbios y altaneros! que como estais tan acostumbrados á mandar, no sabeis ya obedecer! Y como os veis rodeados solamente de esclavos rendidos y solícitos, ¿os olvidais con facilidad de un superior que no veis! Aprended, dice el Señor, aprended, ó reyes, á conoceros, vosotros que en la estimacion de un pueblo adulador sois tenidos por dioses de la tierra; entended que delante de mí no sois mas que unos hombres destinados á pudriros en la sepultura. La tierra que contiene las cenizas de la gente plebeya espera las cenizas del monarca, y las recibirá indefectiblemente: *Dixi dñi estis... sicut homines moriemini.* (Psalm. LXXXI, 6, 7). El príncipe no es menos vasallo mío que el pueblo; y si los considero con alguna diferencia, esta consiste en que si los grandes abusaren de su poder padecerán mayores tormentos: *Potentes autem potenter tormenta patientur.* (Sap. VI, 7). Un Saul, un Acab, un Sedecías, un Nabucodonosor, un Baltasar, ejemplos memorables de mi venganza, esos les pue-

den enseñar á los dioses de la tierra que nada son en presencia del Dios del cielo.

22. ¡Hombres, digamos, contra Dios! ¿Y qué hombres? hombres enseñados á echarse por el suelo delante de otros hombres. Esto es justamente lo que llena de indignacion á un Dios celoso; esto es lo que atrae y debe atraer sobre nosotros las maldiciones y anatemas de un Dios que tanto conoce lo que él es y la poquedad de los hombres. Nosotros, almas al parecer nacidas para la servidumbre, nos postramos delante de hombres perecederos, adulamos sus pasiones, celebramos sus vicios, nos sacrificamos todos los dias al deseo de agradarles, al temor de disgustarlos, y nos tenemos por muy felices y satisfechos si se dignan honrar con algun suspiro ó con algun sentimiento la víctima que muere al pié del altar. ¡Ah! yo disculpo á los idólatras que veneraban á los emperadores romanos mas que á los dioses del Capitolio: *Majori formidine Cæsarem observatis, quam Jovem*, pues su Júpiter solamente vibraba rayos imaginarios, y los Césares ejercían un poder verdadero y efectivo. Pero en cuanto á vuestro Dios, ¿creeis, vosotros, dice el Profeta, que todas las potencias del mundo coligadas para defenderos os podrán guarecer de sus venganzas? Creed que á la furia de un solo golpe caerán muertos el ídolo y quien le adora; é Israel delincuente abrirá los ojos al tiempo de morir, conociendo tarde que no hay mas Dios que el Dios de Jacob.

23. ¡Hombres, vuelvo á decir, contra Dios! Con esto se dice todo. Porque ¿qué es el hombre (Psalm. viii, 5)? un abismo de miseria y de flaqueza cási tan incomprensible como el abismo de gloria y de grandeza que acabamos de ver en Dios. En cuanto al cuerpo, un poco de tierra y lodo, á quien se digna de animar por un instante la inspiracion del Omnipotente; una caña quebradiza que el menor huracan desarraiga; una flor caduca que en un mismo momento nace y muere; una sombra que á los primeros rayos del sol se ahuyenta y desvanece; un arroyuelo que, á breve distancia de su origen, se sume otra vez en las entrañas de la tierra. Y en cuanto á sus inclinaciones y apetitos ¿qué viene á ser el hombre? un corazon inconstante y voluble que ya quiere, ya no quiere; que muchas veces solo anhela por un objeto para aborrecerle inmediatamente; que solo huye de él para volverle á amar; á quien los deseos inquietan y consumen cuando no está en posesion; á quien los disgustos y sinsabores pudren y carcomen cuando posee; un corazon que contradiciéndose á sí mismo eternamente no pue-

de satisfacer un deseo sino á costa de otros muchos deseos, ni sabe ser feliz con lo que disfruta sin hacerse infeliz con aquello de que se priva; un corazon que, fluctuando siempre en la virtud y el vicio, apenas conoce en el mundo placeres que no le ocasionen remordimientos, ni virtudes que no le cuesten sacrificios y combates. ¿Qué es el hombre en cuanto á sus luces y talentos? un entendimiento vano y superficial dominado por las preocupaciones, alacionado por los sentidos, deslumbrado por la imaginacion y las pasiones; un entendimiento que quiere saberlo todo, y no se conoce á sí mismo; que anda siempre en busca de la verdad, y que corre tantas veces tras la mentira; que teme ser engañado, y no puede sufrir que le desengañen; que se precia de saber mucho, é ignora algunas veces lo mismo que cree saber mejor.

24. Y con respecto á vuestra gracia, á vuestros beneficios y á vuestro amor, ¿qué es el hombre, ó Dios mio? Si está en vuestra amistad, y vos os dignais morar en él, lo es todo; pero por sí mismo y de su cosecha no es nada. Si tal es el hombre, pues, de suyo, ¿qué es el hombre comparado con Dios? ¿Qué viene á ser ese hombre flaco y frágil, comparado con Dios fuerte y omnipotente; ese hombre abatido y servil, comparado con el Dios de gloria y de majestad? ¿Qué viene á ser ese hombre infeliz y deplorable, comparado con aquel Dios de paz y felicidad; ese hombre de error y de tinieblas, comparado con aquel Dios de luz y de verdad? ¿Qué viene á ser ese hombre sujeto á tantas pasiones y vicios, comparado con aquel Dios de las virtudes y de la santidad; ese hombre momentáneo, comparado con Dios eterno? Y si el hombre, cotejado con Dios y puesto en parangon con Dios, no es mas que una sombra vana que se desvanece con el menor rayo de esta fuente de las luces, ¿qué será la grandeza humana confrontada con la grandeza de Dios? ¿Qué viene á ser el mayor y mas poderoso monarca delante de Dios sino un átomo que reina sobre otros átomos, sino una nada que manda á otras nada? Y siendo tal el abismo y la profundidad inmensa de la miseria del hombre comparado con Dios, ¿qué delirio, qué frenesí, qué fanatismo agita al hombre prodigiosamente cuando se opone á Dios y se rebela contra Dios? Pasmaos y estremeceos, cielos y tierra, exclamaba el Profeta, de ver al hombre sumergido en errores y en tinieblas; al hombre que no entiende ni conoce al hombre, rebotando orgullo y presuncion, sacrilegamente ocupado en examinar los caminos de Dios, en criticar su religion, en abolir la autoridad de su revelacion, en sacudir el

terror de sus juicios, en disputar, segun la expresion de san Agustin, contra Dios sobre lo que quiere Dios del hombre, y sobre lo que el hombre debe á Dios: *Disputare de Deo contra Deum*. Este hombre, cimentado de tierra y lodo, mas frágil que la hoja que arrebata el viento, temeroso al principio en quebrantar la ley del Altísimo, alentado luego para multiplicar pecados, empeñado despues en resistir á la gracia y sofocar la voz y los gritos de la conciencia; aletargado, finalmente, y sumergido en funesto sueño, víctima sacrificada á la divina venganza, á quien temerariamente espera con una seguridad indolente, ó provoca con insensata intrepidez; este hombre mortal (pero ¿qué digo mortal, si apenas tiene tiempo para nacer?), este hombre mortal pone tanta diligencia en añadir pecados á pecados en el breve espacio que separa su cuna de su sepultura, que parece teme que se le pase ningun momento sin que injurie á Dios con el escándalo de sus ultrajes, sin provocar sus truenos, sin avivar sus rayos, y sin hacer mas profundo el horrendo abismo de maldades y desesperacion, á donde apresuradamente corre á sepultarse. ¡Oh fatal engaño del mundo, oh veneno mortal de la concupiscencia, oh encantos perniciosos del infierno! ¿es posible que hayais derramado en nuestro entendimiento tantas sombras, y destilado en nuestro corazon tanta malicia, que nos habituemos á mirar sin espanto el espectáculo del hombre opuesto á Dios, del hombre sublevado contra Dios?

25. Ved, católicos, por dónde debiéramos juzgar nosotros de nuestras ingratitudes; ved por dónde juzgará Dios de nuestras transgresiones de su ley santa; ved por qué esos pecados que nada ó casi nada importan ponderados en la balanza del mundo y de las pasiones hacen tanto peso en la balanza del santuario; ved por qué ha sido necesaria la sangre de un Dios para borrar nuestras culpas. En efecto, la malicia del pecado que ofende es proporcionada á la grandeza del Dios ofendido: siendo, pues, la grandeza de Dios una grandeza infinita, y siendo la malicia del pecado una malicia que excede á cuanto se puede excogitar, síguese que no podia ser reparada sino por los méritos infinitos de un Dios salvador. Esta es una verdad que, bien meditada y profundamente considerada, nos llenaría de un santo respeto y de un temblor saludable, y nos defenderia del ímpetu de las pasiones mas desenfrenadas. Arrebatado Abraham de un vivo sentimiento de la grandeza de Dios y de su propia bajeza, exclamaba: ¿Me perdonaréis, Señor, si no siendo mas que polvo y ceniza tengo la osadía de hablaros? *Loquar*

ad Dominum meum cum sim pulvis et cinis? No siendo yo, pues, tampoco mas que ceniza y polvo, ¿me atreveré, no digo á hablar á Dios, sino contra Dios, á resistir á Dios, á sublevarme contra Dios? Y ¿con qué pretextos cohonestaré mi sedicion? ¿acaso con lo difícil y doloroso de los sacrificios que pide? Pero, cuando Dios me habla es tiempo de dar oidos á la voz de mi corazon y de mis apetitos, y cuando arrebatá un Isaac del seno de un padre amoroso ¿hace otra cosa que reintegrarse de sus propios dones? Y ¿qué podré yo darle que no sea suyo? Y si desprecio su amor, ¿podré librarme de sus venganzas? Y ¿no será mas intolerable tener á Dios por enemigo, que cuanta repugnancia puede causar á nuestra libertad reconocerle por Señor? ¡Ah! rindámosle sumision perfecta, obediencia ciega y total. Porque ¿quién creará haber hecho demasiado, ni haber hecho lo bastante por Dios? ¿quién sino quien no le conoce pensará en disputarle sus obsequios? Con que la infinita grandeza de Dios nos enseña cuán justo y necesario es servirle; y su bondad infinita nos enseñará ahora cómo le hemos de servir.

Segunda parte.

26. No estremeceré ya á los hombres soberbios ponderándoles la grandeza y el poder de nuestro Dios : cedan ya estos nombres terribles de Dios, de Señor del universo, de Dios de los ejércitos, de Dios de reyes y de reinos, de Dios de ira y de las venganzas; cedan, digo, á títulos que alienten nuestra flaqueza. Anunciaré, pues, la ternura, el amor, la bondad infinita del Dios de la paz, del Dios de las misericordias; y ¿á quién la anunciaré? Á tantas almas que viven engañadas, no ya en la eleccion del señor á quien han de servir, sino en el modo de servir á su verdadero Señor. Dícese comunmente, y ello parece verdad, que la raíz de los desvaríos del hombre es la ternura de corazon, con que tan fácilmente se dejan mover é impresionar de lo halagüeño de los objetos. El cado incentivo de una humana hermosura, las lúcidas apariencias de la grandeza y de la opulencia, el atractivo de un vano deleite que provoca con sus falaces encantos conmueven sus pasiones con tanta violencia y las alteran tan impetuosamente que, alborotado y fuera de tino, hirviendo en bulliciosos deseos, se abalanza con todas sus fuerzas tras el objeto que le robó el alma. No penseis, católicos oyentes míos, que vengo á exhortaros hoy á que sujeteis vuestro corazon á las leyes de una razon austera y dominante; solo os ruego

encarecidamente que volvais la vista al objeto que yo os pondré delante, y dejad despues que obre vuestro corazon libremente; que si es compasivo, si es blando, si es capaz de amar, yo estoy cierto que no amará sino á Dios: él confesará que solo Dios es amable, pues sola la bondad de Dios es acreedora á nuestro amor: *Nemo bonus nisi unus Deus.* (Marc. x, 18).

27. ¡Bondad universal! Lo que entre los hombres enlaza las amistades, une las correspondencias y gobierna la mano que dispensa los beneficios es el capricho, la inclinacion, la semejanza de genios, de virtudes y aun de vicios, y muchas veces la pasion y la extravagancia del entendimiento. El hombre se ciñe á un escaso número de amigos, y mira á todos los demás como extranjeros, indiferentes, y alguna vez como hombres importunos y aborrecibles. Nosotros, dice san Agustin, no somos capaces sino de cierta medida de afectos: lo que damos á unos quitamos á otros; los que todo lo aman nada aman, y todo el mundo sabe que ninguno es dueño del corazon de quien se entrega á todos: de aquí nace que os asusta tanto la inclinacion que el señor á quien servís empieza á manifestar á vuestro competidor, que se enriquece con vuestros despojos, y que, al paso que va ganando terreno en su corazon, os veis vosotros obligados á salir de él perdiendo el favor que él granjea. ¡Hombres locos y miserables! En lugar de pretender la posesion del corazon de un hombre como vosotros, aspirad á conquistar el corazon de Dios: vuestro es si le quereis, y todo él está á vuestra disposicion, aunque otros le posean tambien todo entero, pues este inmenso é infinito corazon contiene y granjea en la unidad de su amor todas las edades y todas las naciones. Todo es obra de sus manos, todo objeto de sus cariños: el pobre y el rico, el vasallo y el monarca, el grande y el pequeño, el ingenio mas torpe y el entendimiento mas elevado, el hombre de mas defectos y el de mayores prendas; hombres de todos caractéres, de todos estados, de todas condiciones; á tí, hermano mio, quienquiera que seas, á tí te ama Dios, que tambien ama á los demás; y el amor que les tiene no te priva á tí de su corazon, siempre que sepas merecerle por la docilidad á los llamamientos de su gracia: *Nemo bonus nisi unus Deus.*

28. ¡Bondad desinteresada! Los hombres buscan en todo su propio interés: aman en tí no lo que eres, sino lo que puedes; no tu persona, sino tus servicios, tu continua asistencia, tu condescendencia, tu actividad, y mas que todo tu fortuna; y si parece que

hay en el mundo alguna amistad mas pura, no está libre de todo interés; pues esa amistad que decís fundada solo en estimacion y en cariño no es otra cosa que un amor propio mas ingenioso y mas imperceptible. Los hombres aman en tí la jovialidad del genio, las gracias, el ingenio agudo que los divierte y encanta; aman la hermosura, la cortesía, los modales gratos, la generosidad de corazon. Pero marchítese la flor de esa hermosura, embótese esa agudeza de ingenio, no deje un revés de la fortuna en ese corazon sino meros deseos, y verás que su amistad apenas dura mas que hasta el momento de tu desgracia; porque ya perdiste todo lo que amaban en tí, y solo has quedado en pié tú, que era lo que no amaban. Mas Dios nos ama, y solo nos ama por las prendas que ha infundido en nosotros, y nos las ha hecho propias y personales. Su amor es una propension de ternura, una suave inclinacion en fuerza de la cual descende hasta nosotros. ¡Ay! ¿qué es lo que ve en nosotros que le merezca su amor? Él nos amó cuando todavía no existíamos: él nos amó cuando aun no le amábamos nosotros: *Prior dilexit nos.* (I Joan. III, 2). Él nos amó cuando merecíamos toda su indignacion; y si ahora somos acreedores á su amor, somos deudores á este mismo amor de todas las virtudes en que se funda nuestro mérito. Y ¿qué utilidad se le sigue de ser amado de nosotros? No busca, por cierto, nuestro agradecimiento á sus beneficios, siendo, como es, feliz sin nosotros, sino que le recibe como un tributo que de justicia se le debe, sin pedirle como algun bien de que tenga necesidad: *Nemo bonus nisi unus Deus.*

29. ¡Bondad vigilante, bondad pródiga para todas nuestras necesidades! Los hombres son naturalmente insensibles y desnudos de compasion, y su corazon se escasea cuanto mas crece su poder. ¿Cuántas veces protestan que nada pueden, cuando pueden mas? ¡Qué mortificados viven los que tienen un corazon dadivoso y compasivo! pues por ámplio que sea su poder nunca iguala á su voluntad; cuanto mas dan mas se imposibilitan de dar, y si uno recibe beneficios, no por eso dejan otros de padecer calamidades: y pregunto: ¿es entero y completo el deleite que se siente en hacer á uno feliz, cuando se compra con el dolor de dejar á tantos miserables sin recurso ni consuelo? Pero no sucede así con Dios, dice el Apóstol, que es rico y liberal con todos los que le invocan: *Dives in omnes qui invocant illum.* (Rom. x, 12).

30. No temais exasperar su ternura con vuestras interesadas peticiones, ni temais que sus beneficios apuren sus tesoros. El ma-

manantial de su amor y de sus riquezas es un manantial perenne que siempre corre y se renueva continuamente: *Dives in omnes qui invocant illum*. Cuanto mas da mas dispuesto queda para dar mas; un beneficio allana el camino para otro; una gracia atrae otra gracia: Pedid, dice Jesucristo, pero pedid con confianza, y todo lo alcanzaréis: *Petite, et dabitur vobis*. (Luc. xi, 9). ¿Qué digo pedir? Basta desear, pues muchas veces sale al encuentro á nuestros deseos; y si alguna vez espera que le roguemos, solamente lo hace para que su liberalidad proceda de acuerdo con su infinita sabiduría, y para que á la complacencia de poseer los bienes que deseais se agregue la satisfaccion de haberlos casi merecido con vuestra solicitud en pedirlos: *Nemo bonus nisi unus Deus*.

31. ¡Bondad benignísima! ¡Qué dificultad no cuesta conciliarse la amistad de los hombres, y especialmente de los grandes! ¡Cuántas complacencias repugnantes, cuántas sequedades, cuántos desabrimientos, cuántos desaires, cuántos ultrajes que disimular, cuántas pasiones que contemplar, cuántos caprichos que contener! y con toda esa fatiga muchas veces no se consigue el fin. ¡Ay, amados oyentes míos! en vuestra mano está ser amigos de Dios: *Amicus Dei nunc fio, si volo*. Él os ofrece su corazon, no querais despreciarle; él os pide el vuestro: *Proba, fili mi, cor tuum mihi*. (Prov. xxiii, 25). Yo, dice, os suplico que me deis ese corazon que el mundo no merece, y que desecha; no os le pido sino para colmarle de virtudes y de delicias; y pues yo os amo, amadme vosotros. ¿Qué podia yo hacer para congraciarme con vosotros que no haya hecho? Esta sangre en que me veis nadando corre por vosotros. No siempre os pido que padezcáis por mí sacrificios tan costosos: *Ama, et fac quod vis*. Amad á vuestro Dios, y obrad luego segun las leyes de vuestro corazon y de vuestro amor: *Nemo bonus nisi unus Deus*.

32. ¡Bondad permanente y constante! Si con dificultad se gana la amistad de los hombres, con mayor facilidad se pierde todavía. Una inadvertencia, un olvido, una falta ligera, una bagatela, una nonada, basta esto para desatender los mas dilatados é importantes servicios, y en un fatal instante perdeis la obra de veinte y de treinta años, todo el fruto de vuestro sudor y de vuestra vida. Amistades, en fin, humanas, amistades pasajeras, amistades de casualidad y de capricho, que nacen muchas veces de un impetuoso antojo mas que de inclinacion verdadera; amistades que contraeis y perdeis con igual admiracion vuestra que, como formadas mientras el co-

razon y la razon duermen, desaparecen luego que despiertan; amistades de política y de interés, que nacen con la fortuna y con ella acaban; amistades de ostentacion, y dictadas por el respeto humano; amistades de urbanidad y de bien parecer, que solo esperan cualquier pretexto para mostrarse indiferentes y desdenosas; amistades procedentes de pasion, engendradas por la concupiscencia, turbadas por los celos, á quien una sospecha, una sombra convierte en odio; amistades humanas que tarde ó temprano se acaban, que destruye y consume el tiempo, porque los hombres dejan de amarse sin mas razon que porque ha mucho tiempo que se aman. Pero, al contrario, el amor de Dios cada dia se aviva mas, y se muestra mas fino; y á fin de amaros siempre infunde en vuestras almas virtudes que os hagan siempre amables; tanto, que nada tenemos que temer sino nuestra inconstancia, pues el corazon de Dios está como á nuestro arbitrio; y si cuando nos aparta de él nos solicita, ¿cómo huirá de nosotros cuando le somos fieles y agradecidos? *Nemo bonus nisi unus Deus.*

33. ¡Bondad llena de consuelo! Los infortunios, la desgracia, confesémoslo para vergüenza del corazon humano, los infortunios son de ordinario el escollo de las amistades mas desinteresadas: desatan los nudos de las mas estrechas conexiones, y rompen los vínculos de la sangre y de la naturaleza. ¡Oh cruel fortuna! ¡no serian los hombres, no obstante la tiranía de tus caprichos, no serian tan infelices si la inconstancia y la ingratitud de los amigos fementidos no perfeccionasen tu obra con sentimientos mas vivos y penetrantes! No por cierto, no son tan amargas las lágrimas cuando las recoge la mano de un amigo fiel y verdadero; y no sé yo si en la opulencia y en la prosperidad se experimentan deleites tan agradables como el de comunicar las penas, y derramar el alma en un corazon que nos escucha atento y se conduce con nosotros. ¡Ay, que un deleite tan puro rara vez se halla en la tierra! No le envia comunmente sino el cielo. En los dias justamente de llanto y de tribulacion anda en algun modo mas solícito con nosotros el amor de Dios: los hombres huyen de nosotros, y él nos busca; nuestras lágrimas los ahuyentan, y él nos las enjuga apresuradamente; ellos nos reducen á una triste soledad, y allí acude él para conversar con nosotros, para escuchar nuestros suspiros, para remediar nuestro llanto, para oír y aliviar nuestras quejas, para serenar las turbulencias y cicatrizar la llaga de nuestros corazones: *In vinculis non derelinquit illum.* (Sap. x, 14). Parece que entonces nos ama Dios

mas, como para resarciarnos la pérdida de la amistad de esos hombres mudables y desagradecidos á quien le habíamos indignamente sacrificado en la embriaguez de la prosperidad : *Nemo bonus nisi unus Deus.*

34. ¡Bondad amorosa! Los hombres hablan con imperio, mandan con arrogancia, reinan con pompa y altivez. Pocos son los amigos que alguna vez no se revistan de cierto aire de autoridad. El corazon mas dócil y complaciente se altera tambien en el mando, y se restaura de las condescendencias á que se sujetó, exigiendo otras : *Tu autem dominator virtutis, cum magna reverentia disponis eos.* (Sap. xii, 18). Pero Dios parece que respeta al hombre : quiere hacernos suyos sin aprisionarnos ; quiere ayudar, socorrer, mover nuestra libertad con su gracia sin destruirla ; pide nuestro corazon, desea conseguirle, y para hacerse dueño de él, dice san Agustín, sazona las ocasiones, madura los tiempos, y casi se digna atemperarse á nuestras inclinaciones, á nuestro carácter : *Vocat quomodo scit congruere.* Llama, y sufre que le demos con la puerta en los ojos, y despues de nuestra resistencia persevera en llamar, se queja, gime, suspira, y espera que vuelva en sí nuestro corazon fugitivo y descaminado, y le persigue, le llama, le convida : *Sto ad ostium et pulso.* (Apoc. iii, 20). Si nos reprende alguna vez, si nos amenaza, ¡ah! es porque sabe que no podemos ser felices sino con él ; y no lo hace tanto por vengarse y castigarnos, cuanto por reducirnos al camino de la salvacion : *Nemo bonus nisi unus Deus.*

35. ¡Bondad sufrida! Á los hombres es necesario perdonarles sus caprichos, sus injusticias, el desenfreno de sus pasiones, la rusticidad de sus modales ; perdonarles sus vicios, y con todo eso apenas os perdonarán ellos vuestras virtudes. ¿Quién ignora sus resentimientos, su puntillosa delicadeza, su temple suspicaz y asombradizo? Su tibio y orgulloso amor se irrita con facilidad, é irritado se convierte en furor : aborrecen algunas veces con el odio mas irconciliable á sus mayores amigos, manifestándole con traiciones inauditas y horribles persecuciones. Jezabel riega con la sangre de Nabot la heredad que rehusó venderle : Atalía, hija digna de Jezabel, degüella en un dia ochenta hijos de reyes, intenta sacrificar á su cólera toda la prosapia de David : el sumo sacerdote que se opuso á los sacrilegios de Joás es pasado á cuchillo en el templo, y su sangre resurtió sobre el altar donde su mano derramaba la de las víctimas, y sin embargo aquel templo, aquel santuario, aquel altar les vieron criarse ó crecer ambos unidos con el amor mas

tierno. El César mas justo y religioso, el gran Teodosio, entra á hierro y fuego una ciudad populosa, lavando en rios de sangre humana la injuria hecha á su persona. ¡Oh Dios mio! ¿qué seria de nosotros, si siendo, como somos, mas delincuentes que aquella infeliz ciudad, experimentásemos en Vos semejante rigor? Pero Vos, Señor, sois de vuestra cosecha paz y amor, y la ira y la indignacion os son repugnantes: *De suo bonus, de nostro justus*. Así como el cielo no vibra sobre la tierra sino los rayos, cuya materia le suministra ella misma, así Dios no descarga sobre nosotros sino los castigos que nuestra impiedad arranca á su justicia á pesar de su misericordia: él amenaza antes de herir; él truena mucho tiempo antes de disparar el rayo; y ¿cuesta mucho el aplacarle? ¡Ah! un dolor de corazon, un suspiro, una lágrima nacida de verdadero arrepentimiento; y apenas la derramamos cuando este amoroso Padre, llorando tambien él, sale al encuentro al hijo pródigo, háñale con su llanto, y le excusa hasta el trabajo de pedirle perdon: *Nemo bonus nisi unus Deus*.

36. Pero ¿qué es lo que hago? Podré yo, amados oyentes míos, esperar que me perdoneis, ni que debeis perdonarme el haberos hablado con tanta prolijidad de las bondades de nuestro Dios? Este discurso era oportuno para haberse proferido en otros climas, en otras regiones. Sí, por cierto; entre vosotras, naciones que estais sentadas á la sombra de la muerte, y que nunca vísteis la luz del Evangelio, entre vosotras debia meditarse y hacerse larga historia de las misericordias de un Dios amable. Mas vosotros, amados oyentes míos, teneis la dicha de adorar un Dios que por vosotros descendió del cielo á la tierra; un Dios niño que nace envuelto en lágrimas y dolores; un Dios que por vosotros vivió vida triste, pobre y abatida; un Dios que, ofreciéndose en la flor de sus años víctima de propiciacion por vuestros pecados, inundó la tierra con sangre que lava vuestras iniquidades. Vedle clavado en la cruz, plagado de mortales heridas; oid como os dice: Pues yo muelo por vosotros, vivid vosotros para mí; entended que sacrificándome vuestro corazon, y ofreciéndome vuestro amor, no haréis mas que restituirme el precio de mi sangre. Tal es, pues, el Dios que intentó probaros que es amable, y que me atrevo á deciros que debeis amarle. Pero ¡ah! que esto es ofenderos gravemente, es olvidarme de que sois cristianos, y es haberme olvidado hasta del lugar donde hablo. Pues si llegáseis á dudar del amor de vuestro Dios, las bóvedas y las paredes de este templo se sublevarian contra vosotros:

Lapis de pariete clamabit. (Habac. II, 11). En él os hallais circundados de sus gracias y como rodeados de los monumentos de su amor: esa pila sagrada del Bautismo donde recibísteis la nobleza de la adopcion divina, los tesoros de la inocencia y de la gracia, la semilla de la inmortalidad, la esperanza del cielo; esos tribunales de la Penitencia donde tantas veces habeis confesado vuestros pecados, y vuestros pecados os han sido perdonados; esta cátedra de la verdad de donde se han vibrado tantos rayos de la gracia, que os han llenado de saludable espanto. Altar, altar, exclamaba el Profeta: ábrase ese tabernáculo, rómpase ese velo, aparezca ese Dios humillado por vosotros, ese Dios anonadado por vosotros, ese Dios que descende cada dia á ese santuario para morir y renacer por nosotros. Y ¿mereceríais el título de hombres si hubiese necesidad de decirlo que este Dios es acreedor á vuestro amor?

37. II. Y ¿qué se sigue de aquí? Procurad entenderlo, amados oyentes míos, y conservadlo siempre en la memoria. Síguese que el culto que tributais á Dios y el que exige de vosotros es un culto de amor y de gratitud. Con efecto, si hubiera intentado Dios nuestro Señor que solo dominasen en nuestro corazon los afectos de temor y de esperanza, no necesitaba haber padecido y muerto por nosotros; bastábale solo haber hecho alarde de su grandeza con truenos y rayos. Aquel Dios, pues, que intimaba el amor al pueblo judaico lo intima con mucha mas razon al pueblo cristiano. No es este ya un Dios que truena, que relampaguea; no ya un Dios que graba su ley sobre una piedra, ni un Dios que pone á las naciones las armas en la mano para castigar las ingratitudes de su pueblo; sino un Dios de paz, un amigo fiel, un salvador, un libertador, un padre benigno; es un esposo amorosísimo, un Dios que nace, un Dios que padece, un Dios que muere por nosotros. Digamos, pues, con el Apóstol: El que no ama al Señor, maldito sea. Anatematizados sean esos hombres ingratos que solo temen las venganzas de su Dios, que se resisten á las impresiones de su amor, que no agradecen sus beneficios. Anatematizados sean esos hombres ciegos que ni conocen á Dios ni quieren conocerle. Al Dios de gloria y de majestad le es debido un culto de abatimiento y de adoracion; al Dios de fuerza y de poder un culto de obediencia y de sumision; al Dios de luz y de verdad un culto de fe y de docilidad; al Dios de los premios y castigos un culto de temor y de esperanza; al Dios de las virtudes y de la santidad un culto de alabanza y de imitacion; al Dios que ama, que quiere ser amado, y que es infinitamente

amable, le es debido un culto de amor y de agradecimiento, un culto de ternura y de confianza, un culto de corazon y de todo corazon, un culto de amor y de caridad, y una adoracion de amor y de caridad. Sin este culto ni le daréis todo lo que pide ni todo lo que merece. Sin este culto no solo es infructuoso el amor que os tiene, sino que es perjudicial, pues no solamente no os salvará este amor, sino que os condenará y reprobará. Porque, ¿quereis saber, católicos, cómo nos ha de juzgar Dios en el último dia? Juzgarános no solo segun su justicia, sino tambien segun su amor, y aun por su mismo amor. Verdad que al parecer promete mucho consuelo; porque despues de haber sido en el discurso de esta vida mortal objeto de un amor tan tierno, tenerle por árbitro de nuestra suerte eterna, ¡qué cosa mas dulce! Pero verdad que, si la meditais bien, basta para llenaros de terror y espanto. Sí, amados oyentes míos: debiéramos temer menos en cierto sentido ser juzgados en el tribunal de la justicia de Dios que en el tribunal de su amor. ¿Por qué? porque la justicia de Dios, si me es lícito explicarme así, se irrita principalmente contra los pecados, pero su amor se indigna hasta de nuestra tibieza é indiferencia.

38. Serán, pues, juzgadas (oídlo vosotros especialmente los que os preciais de virtuosos, y entrad la mano en vuestro pecho), serán juzgadas segun este amor puro y desinteresado esas almas viles y cobardes, con eterna aficion al pecado, preparadas siempre á cometerle si el miedo no reprimiese su servil concupiscencia. Serán juzgadas segun este amor esas almas tan linceas en hacer diferencia entre lo que es de consejo y lo que es de precepto, entre lo que Dios desea y lo que manda, entre lo que solo le desagrada y lo que le irrita; esas almas tan dispuestas á entregarse ansiosamente á los deleites cuando no sea pecado; esas almas que en tanto temen perder á Dios, porque saben que perdiéndole se perderian ellas para siempre. Serán juzgadas segun este amor benéfico, liberal y pródigo esas almas que limitan su virtud á términos tan estrechos; esas almas que cauteladas siempre contra los llamamientos de la gracia ponen sumo cuidado en no querer saber lo que Dios les pide, para excusarse de este modo del trabajo de concedérselo y de la reconvenccion de habérselo negado. Serán juzgadas segun este amor, alimentado con las lágrimas y sangre de un Dios crucificado, esas almas adheridas á su propio dictámen é idólatras de sí mismas, que profesan una devocion suave é indolente, fomentándola con los halagos del descanso, con el sueño, con la ociosidad, con las diversio-

nes y placeres mundanos ; esas almas que se contentan con adorar á Jesucristo sin imitarle, con llorar sus penas sin participar de ellas, con reverenciar su cruz sin cargarla en sus hombros ; esas almas que se contentan con no pecar mas, sin acordarse de lavar los pecados pasados con los gemidos y rigores de la penitencia. Serán juzgadas segun este amor generoso é intrépido aquellas almas serenas y tibias, desnudas de celo por la gloria del Señor. Vemos perecer en nuestra presencia la fe, la honradez, las buenas costumbres ; vemos esos mónstruos de escándalo, esos escándalos de impiedad y de irreligion, esos torrentes de impiedad cuyas crecidas ondas revierten sobre toda la heredad de Jesucristo ; vémoslo, y, mirando con tranquilidad las revoluciones que amenazan, permitimos que la mentira calumnie á la verdad, que el vicio insolente se mofe de la vergonzosa modestia ; descargamos en otros el cuidado de vindicar á Dios, á quien nos preciamos de amar ; y quiera el cielo que á la flojedad, que tiene por virtud su indiferencia ó tolerancia, no añadais la ceguedad de reputar el celo por delito. Serán juzgadas segun este amor sincero y verdadero esas almas cuya virtud no tiene sino el exterior y la apariencia de la perfeccion cristiana, por cuanto participa poco del espíritu de Dios, y mucho del espíritu del mundo ; por cuanto se ingieren en ella tantos fines políticos de ambicion y de interés, tantas contemplaciones de respeto humano y de reputacion, tantos obsequios y condescendencias dictadas por el bien parecer, tantos antojos geniales, tantos resentimientos, emulaciones y vanidad, tanto aparato de orgullo y de ostentacion, tanta instigacion del amor propio, tantos ocultos impulsos de malos deseos y de pasiones que desvian del bien que se debía hacer, y estragan el que se hace. Serán juzgadas segun este amor sábio y perspicaz esas almas devotas segun su capricho, que formándose un sistema de virtud sin consultar mas que sus ideas particulares, parece quieren dar la ley á Dios en lugar de recibirla ; almas que habituadas á vivir segun el Evangelio en aquella parte solamente que se conforma con el dictámen de su engañada razon y con las inclinaciones de su corazon, no estiman por virtud ninguna cosa que violente sus inclinaciones ó que repugne á su entendimiento. Serán juzgadas segun este amor sólido y real esas almas cuya devocion vana y superficial se reduce á discursos, á opiniones, á deseos, á ejercicios espirituales sin jugo, actos solamente para dejar satisfecha la vanidad sin mortificarla, y sin domar el amor propio ; almas que solo saben rogar á Dios y hablar de él, sin acer-

tar á servirle y á cumplir sus mandamientos. Serán juzgadas segun este amor firme y constante esas almas volubles que ya sirven á Dios, ya al mundo; en cuyo pecho luego que se enciende la llama de la caridad la apaga el viento de su inconstancia y veleidad; almas que con dificultad pueden persuadir que amaban verdaderamente á Dios, supuesto que con tanta velocidad dejan de amarle.

39. ¿Qué podré, finalmente, deciros, católicos, sino que Dios juzgará nuestros sentimientos por los suyos, nuestra conducta por la suya, nuestro corazon por el suyo, y que este amor divino, que hoy es nuestro asilo, será nuestro soberano y nuestro juez? Á él se le ha entregado todo poder sobre el cielo y sobre la tierra: Dios le ha hecho, mientras dure el mundo, depositario de las riquezas de su gracia, que con tanta abundancia derrama en nuestros corazones; pero en la consumacion de los siglos pondrá en su mano sus rayos y venganzas: si entonces no reconoce en nosotros sus propiedades y caractéres, le experimentaremos un amor tan justamente irritado, quanto fue un amor despreciado y desconocido; y reducidos á desear que Dios nos hubiese amado menos, quedaremos oprimidos con el peso de sus beneficios mas que con el de su ira. ¡Oh! ¡quiera el Señor que este sagrado fuego no se encienda entonces en su cólera, y que arda en nuestros corazones ahora para consumir nuestros vicios y acrisolar nuestras virtudes! que desde ese altar, donde abrasa á un Dios que se ha hecho su víctima, prenda en nosotros, haciéndonos víctimas de ese Dios que se sacrifica por nuestro amor!

40. En mi nombre, Dios de mi corazon, y en nombre de estos fieles vuestros me atrevo á deciros que os amamos, y que solo os pedimos amaros mas. Dignaos oír el deseo que habeis excitado en nuestro corazon. Y ¿qué otro templo es mas digno que derrameis en él vuestra gracia que esta Iglesia tan pura, tan santa, tan respetable; esta Iglesia tan augusta en la capital del primer reino de la cristiandad; esta Iglesia que reconoce por feligreses á los poderosos é invictos monarcas que han llenado el mundo con la gloria de sus virtudes y de su celo; esta Iglesia que desde la fundacion de este imperio se compuso siempre de los mayores personajes del mundo por su nobleza, por sus empleos, por sus dignidades; esta Iglesia donde florecieron siempre los mas respetables sacerdotes por su ciencia, por la pureza de sus costumbres, por la extension de su doctrina, por su capacidad y talentos? ¿En qué otro templo se ostenta mas la majestad de la Religion por medio de la decencia, de la pom-

pa y magnificencia del culto? Aquí, Señor, el día os publica al día, y la noche á la noche, segun la expresion del Profeta; aquí interrumpen el silencio de la noche los cánticos sagrados, y cási no hay momento ninguno que no se os rinda adoracion y obsequios. Ya, Dios mio, que habeis querido que suene mi voz en este templo santo, no os acordeis de cuán indigno soy de alcanzar aquellas conversiones maravillosas que concedeis al celo de vuestros Profetas y Apóstoles: atended solo á vuestra misericordia; y lo que todos mis discursos no son capaces de conseguir, vuestra gracia, si Vos hablais, lo obrará en un momento. Haced que llenos, penetrados, abrasados en el fuego de vuestro santo amor os sirvamos solo á Vos en la tierra, para lograr vivir con Vos en el cielo. Así sea.

SERMON

SOBRE EL PECADO MORTAL.

Jesus dicit ei: vis sanus fieri? (Joan. v, 6).

Dijole Jesús: ¿quieres sanar?

1. El paralítico que por el discurso de tantos años estaba esperando en la piscina el tiempo oportuno de su curacion, y que á eficacias de la voz omnipotente de Jesucristo recobra repentinamente la salud y las fuerzas es, segun doctrina de los Padres, figura del pecador á quien la gracia previene, llama, ilustra, mueve, y, correspondiendo fielmente á los auxilios de ella, se convierte de veras á Dios. Dichoso es, á la verdad, en volverse á Dios; pero mucho mas dichoso seria si nunca se hubiera apartado de su Majestad divina. La grande obra de la gracia de Jesucristo y de la fidelidad de una alma es la inocencia que nunca se contaminó con la ponzoña del pecado; y si en todo tiempo fue como un milagro, ¿qué prodigio no será en nuestro siglo? ¿Hallaránse hoy dia algunas de aquellas almas inocentes y virtuosas que no permitieron jamás que su corazon se embriagase con el vino mortífero de la culpa? ¿No vemos, por el contrario, que han vuelto y renovádose aquellos dias de prevaricacion tan reprobados en las divinas Escrituras, en que toda edad, por explicarme así, todo sexo y casi todo estado han pervertido sus caminos? Toda la superficie de la tierra se halla inundada del vicio: él reina bajo los doseles de las grandezas humanas, como entre los abatimientos de las condiciones mas humildes; él ejerce su imperio en el centro de la opulencia y de las delicias, y se multiplica en el centro de la pobreza y de la miseria; él levanta la cabeza con altanería y soberbia entre los grandes, y se propaga con desvergüenza y disolucion entre la gente plebeya; él se precipita y corre á manera de impetuoso torrente entre el bullicio y alboroto del siglo depravado, y se introduce suavemente y se insinúa hasta en el santuario y en el silencio de las soledades y retiros santos; él, finalmente, engaña á la infancia, pierde la juventud, y deshonra la vejez. ¡Oh infelicidad! ya llegó el tiempo en que el número de los pecadores iguala ya casi al de los hombres; no se conoce ya casi

en el mundo otra virtud que la virtud de la penitencia ; y solo para dolerse de sus pecados entre lágrimas y gemidos, penetradas de dolor y de contricion y desórdenes, exclaman ya las almas fervorosas con el penitente Rey : ¡Bienaventurado aquel que no tuvo parte en el consejo de los impíos, y que no anduvo por los caminos torcidos de los pecadores! *Beatus vir qui non abiit in consilio impiorum, et in via peccatorum non statit.* (Psalm. 1, 1).

2. ¿Qué encanto, pues, tan poderoso, qué hechizo tan activo nos mantiene esclavos bajo la dura servidumbre del pecado? ¿qué delirio y frenesí nos agita cuando nos precipitamos en la bárbara temeridad de ofender á la majestad del Altísimo, y de exponernos á caer por medio de estas ofensas en el profundo abismo de una desesperacion eterna? Porque ¿sabeis, católicos, cuáles son los efectos del pecado? la injuria y el ultraje de Dios, y la condenacion del hombre. Pero la pasion tiende un como denso velo sobre estas dos verdades, cegándonos por una parte para que no advirtamos lo injurioso del pecado respecto de Dios, y pintándonos por otra con los mas vivos colores lo halagüeño y agradable del pecado respecto de nosotros. Dos errores que desearia yo destruir, manifestándoos cuán grave ofensa es la culpa respecto de Dios á quien injuria, y cuán imponderable mal es para el hombre que la comete: asuntos son estos dignos de ser considerados con la mayor profundidad, y que para explicarlos debidamente no bastaba un sermon solo. Pero yo me ceñiré á considerar y hablar del pecado como ofensa é injuria que es de Dios; materia importante, base y fundamento de nuestra Religion.

3. Necesitado me hallo, Señor, para restituiros tantas almas como os roba el pecado, del lleno de vuestras luces, de la plenitud de vuestras gracias: ambas cosas os suplico por la intercesion de aquella Virgen pura y santa, que ni conoció aquel pecado que es desgracia lamentable de nuestro infecto origen, ni aquel pecado que es delito y malicia de nuestro corazon: *Ave María.*

4. Por grande que sea nuestra fragilidad, por vehemente que sea nuestra concupiscencia, no se dejaria arrastrar el hombre con tanta complacencia, con tanta prontitud y facilidad por los caminos escabrosos de la culpa, si nuestro comun enemigo no hallase el medio de ocultarle la fealdad de sus abominaciones alentando al pecador, excusando el pecado; y así con sus astucias llega á persuadir frecuentísimamente que el pecado solo hace á Dios una ofensa levísima, ó que su Majestad no siente la injuria que el pecado le

hace. Para destruir, pues, un error tan perjudicial, manifestaré que el pecado hace á Dios un agravio, no solo el mas injurioso, sino el mas sensible, cuya prueba encuentro en el corazon del hombre y en el corazon de Dios.

Primera parte.

5. Sí por cierto, amados oyentes míos, en el corazon del pecador es donde hemos de considerar los estragos del pecado, si queremos formar una justa y cabal idea de su fealdad y malicia. Si para hacer juicio de lo horrible del pecado solo nos gobernásemos por las máximas y dictámenes del mundo, por las preocupaciones de una crianza aseglarada, y de unas conversaciones licenciosas, y por las ideas y dictámenes de una razon á quien ciega y entorpece el apetito; si solo, en fin, nos gobernásemos por la apariencia y por el exterior, podríamos mirar solo el pecado (y en efecto no se le mira hoy dia por otro aspecto) como una inadvertencia de los sentidos, como una flaqueza y fragilidad momentánea, como un error y una ilusion instantánea, como un devaneo transitorio, como un breve sueño de la razon y de la fe, como un consentimiento que no tanto da formalmente, cuanto presta por descuido la inconstancia de una alma naturalmente voluble, como un olvido, en fin, de Dios, mas que como ofensa suya. Porque ¿no son estas las disculpas con que el pecador se excusa consigo mismo, y con que pretende excusarse con su Dios? ¿No procura de este modo engañarse á sí mismo, y lo consigue? Pero entiende, ó miserable, que á Dios ni se le engaña ni se le puede engañar; que eso que tú afectas ignorar lo conoce plenamente su Majestad; que él hará que lo conozcas algun dia para eterna confusion tuya, y que, ocupando yo hoy su lugar, me obliga mi ministerio á dároslo á conocer para vuestra conversion, diciéndoos aquellas mismas palabras que él os dirá en la consumacion de los siglos: *Arguam te, et statuam contra faciem tuam.* (Psalm. XLIX, 21).

6. ¿Qué viene á ser el pecado? Es un deseo, responde san Agustín, una palabra, una accion contra la ley de Dios: *Dictum, factum, concupitum contra legem Dei.* Prestadme atencion. Sencillas son estas palabras, pero en medio de su sencillez encierran un fondo de doctrina inagotable. El pecado (y para conocerle mejor considerémosle especialmente en el pecador que le comete con propósito deliberado), el pecado, repito, supone indispensablemente dos cosas: la voluntad de Dios intimada al hombre, y la voluntad del hombre

que se resiste á la voluntad de Dios; una ley de parte de Dios, y una desobediencia de parte del hombre; un deseo en el corazon de Dios, y un deseo contrario en el corazon del hombre. De modo que habla Dios, y el hombre se hace sordo á la voz de Dios. Da á conocer Dios al hombre todo el peso y todos los derechos de su autoridad, y el hombre se rebela contra la autoridad divina. Intima Dios al hombre su voluntad por medio de las luces que le envia, y el hombre no obstante las luces que le iluminan desprecia la voluntad divina.

7. ¿Qué viene, pues, á ser un corazon que se entrega al pecado? No se diga ya que es un corazon blando, afectuoso, tierno, que se presta ó afecta fácilmente de los objetos que le arrastran; un corazon flexible y condescendiente que no sabe resistirse ni negar nada; un corazon cobarde y medroso que se deja arrastrar del respeto humano, y que se sobrecoge del temor: dígase antes que es un corazon duro y acerado, que ni la gracia puede ablandar, ni estimular el conocimiento de su malicia, ni enternecer los beneficios; un corazon duro y rebelde, soberbio y presuntuoso, temerario y atrevido, á quien las insinuaciones, los llamamientos, los halagos no mueven ni atraen, ni el imperio y la autoridad sujetan, ni las amenazas amedrentan: dígase, si os place, que es un corazon blando y tierno para el mundo, pero duro é insensible para Dios; un corazon dócil y comedido para con los hombres, pero soberbio, arrogante y descortés para con Dios; un corazon vil y bajo, cobarde y medroso en presencia de los señores y árbitros de la tierra, pero locamente intrépido delante de Dios y contra Dios: dígase que es un corazon que, apostatando sacrílegamente de su Dios, declina su autoridad, se rebela contra su imperio, se revuelve contra sus beneficios, desprecia su amor, renuncia su herencia y galardón eterno, se burla de sus amenazas; un corazon que, no reconociendo mas Dios que su pasión, exclama como el otro prevaricador israelita: El Señor no es ya mío; ya he encontrado yo otra deidad á quien tributar el incienso y los afectos de mi corazon: no quiero ya reconocer al Dios que me crió, no conozco ya ni quiero conocer por Dios sino al que yo he sabido fabricarme: *Inveni idolum mihi.* (Osee, xii, 8).

8. Bien sé yo que el hombre quisiera muchas veces satisfacer sus pasiones sin ofender á Dios, cumpliendo con lo que le piden sus antojos sin faltar á lo que manda la ley de Dios; quisiera, por explicarme así, hermanar su obligacion y pasión, su ídolo y su Dios. Finalmente, cuando el hombre se ve reducido á la necesidad de

obrar, conserva cierta sombra de veneracion á la ley de Dios, y la quebranta; detesta de su pasion, y la satisface; conoce su obligacion, y no cumple con ella; maldice su pecado, y le comete; siente ofender á Dios, y no acierta á resolverse á darle gusto; reconoce á su Dios, respétale, y aun acaso le teme; pero rinde adoracion á su ídolo, obedécele, adórale: *Inveni idolum mihi*. Cosa triste es á la verdad, dice un corazon ambicioso, vivir en el mundo en un estado humilde, vivir olvidado y sin nombre: ahora veo que se me facilita y proporciona una alta dignidad, y que la fortuna me quiere levantar á la cumbre de sus honores; mas para subir á ella me es indispensable valirme de tramas y negociaciones, de calumnias y de falsos testimonios, de engaños é imposturas, de viles adulaciones, de condescendencias pecaminosas; me es indispensable alejar todos los competidores, malquistar todos los rivales, desacreditar todas sus virtudes, imitar todos los vicios, y adular todas las pasiones de un protector, árbitro del favor y del valimiento; y cuando ya haya llegado á la cumbre de la fortuna no tendré otro camino de mantenerme en ella sino usando de mas artificios, de mas astucias, de mas bajezas, de mas engaños, de mas acciones reprobadas, y de mas misterios de iniquidad que los que usé para subir á ella. Y ¿podré yo arrojarme á cometer tanta multitud de maldades sin quebrantar todos los fueros de la verdad, de la caridad, de la justicia, sin obrar contra todas las máximas del Evangelio, sin oponerme á todos los principios de la honestidad y honradez natural? ¡Oh si pluguiese al cielo que la fortuna solo vendiese sus favores á costa de virtudes! Mas en este perverso y depravado siglo un alto empleo no se consigue por lo regular sino cometiendo una insigne maldad. En fin, Dios me lo prohíbe todo, pero mi ambicion me lo manda; es verdad que Dios debe ser preferido á todas las cosas, pero mi ambicion debe serlo á Dios: *Inveni idolum mihi*. Bien conozco, dice un corazon sensual y esclavo de una pasion vergonzosa, bien conozco lo ilícito de mi aficion á esa persona que tan cautivo me tiene, y á quien yo tengo la funesta dicha de agrádar; pero ¿qué he de hacer, si enamorado mas y mas de sus hechizos halagüeños, léjos de aspirar á romper mis cadenas, nada temo tanto como el que blande y se desaten? Bien sé que para volverme contra Dios no necesitaba sino apartarme de su amistad; mas ¿cómo me he de entregar á Dios, si solo quiero servir al objeto de mi pasion, y por otra parte ya no soy dueño de mí mismo? *Inveni idolum mihi*.

9. Este contrato, dice un corazon avariento é interesado, es usu-

rario, esta ganancia ilícita, esta compañía dolosa; yo no puedo resolverme, dice un corazon vengativo, á olvidar y perdonar la injuria que se me ha hecho; ni yo, dice un corazon amigo del descanso y del regalo, ni puedo yo sujetarme al duro peso de tantas penosas obligaciones, ni á tanta violencia y repugnancia, á tanta vigilancia y circunspeccion; ni yo, dice un corazon temeroso y esclavo del respeto humano, me atrevo á ser la fábula y la diversion de un mundo impío y mordaz, dispuesto siempre á reprobar toda virtud que condena y reprueba sus vicios; ni yo puedo, dice un corazon entregado al fausto, al lujo y á la vanidad, vicios calificados con el nombre de decencia del estado, ni yo puedo sin decaer de mi empleo, sin desdorar mi calidad medir el gasto con la renta, oír y atender los lamentos del acreedor que reclama su deuda, del pobre que reclama los derechos de la humanidad. Mas debo entender que no se le esconden á Dios los viles y odiosos artificios de la insaciable codicia, y que mis riquezas adquiridas por medios iníquos serán en sus ojos un tesoro de ira y de maldicion; que satisfaciendo mi ánimo vengativo me hago el objeto de todo el furor y cólera del Dios de paz y de caridad; que si no cumplo con estas obligaciones graves y penosas aventuro la salvacion, y por una dicha transitoria me condeno y consiento en una infelicidad eterna; que por conservar la amistad de esos hombres superficiales, á quien en realidad no estimo, pierdo la estimacion y amistad de mi Dios; que los lamentos del acreedor y del pobre de que huyo, ó á quien me hago sordo, me perseguirán y me acusarán en el tribunal divino, de donde se fulminarán las mas espantosas sentencias de maldicion y condenacion eterna para desagrviar y vengar las verdaderas razones y decencias de religion, de razon, de equidad, de humanidad, pospuestas indignamente á locas y pecaminosas decencias, que si honraban el empleo, deshonoraban lo hombre y lo cristiano. Mas aunque entiendo todo esto, nada me convence; y hable Dios enhorabuena, prometa, amenace, dispare rayos, que mi Dios son mis riquezas, mi venganza, mi ociosidad, mi honra, mi ansia de lucir mas que todos, de ocupar el primer lugar, de ser preferido á todos. Podrá ser que allá, cuando sienta amortiguado el incentivo del deleite, cuando no experimente los latidos de la pasion, cuando el mundo dé lugar, me vuelva á Dios; y aun tengo ánimo y propósito hecho de volverme á su Majestad cuando con la mudanza de los tiempos yo me halle en otras circunstancias, me llamen la atencion otros intereses, piense de otro modo, y vea por distinto aspecto las co-

sas; mas por ahora perdoneme, que ni le conozco ni quiero conocerle: *Inveni idolum mihi*.

10. No penseis, católicos, que son estos algunos de aquellos encarecimientos en que prorrumpe tal vez un predicador encendido y arrebatado del celo apostólico; no por cierto, no os engañéis. Volvamos con sosiego á tomar el hilo del discurso, y demos lugar á la razon. ¿Qué viene á ser un corazon que se arroja á cometer un pecado mortal? No lo ignorais vosotros. Es un corazon que da oídos, que obedece, que antepone la ley de su antojo y de su concupiscencia á la ley de Dios: *Dictum, factum, concupitum contra legem Dei*. Es por consiguiente un corazon que hace de sí mismo y de su passion su ídolo y su Dios: *Inveni idolum mihi*. ¡Consecuencia por cierto dignísima de inspirarnos horror al pecado! Por esto procuraba con tanto imperio san Pablo grabarla é imprimirla profundamente en el corazon de los primitivos cristianos. Gracias inmortales debeis dar, hermanos míos, al Dios de las misericordias y las luces por haberos sacado de las tinieblas del gentilismo: velad, pues, para no recaer en la dura servidumbre de donde fuisteis redimidos: *State, et nolite iterum jugo servitutis contineri*. (Galat. v, 1). Cantelaos, por mas que os precieis de cristianos, y guardaos de reincidir en vuestros primeros desvaríos, y de sustituir una nueva idolatría en lugar de vuestra antigua supersticion, fabricándoos otros dioses en lugar de los que habeis abandonado. Porque no creais, continuaba el Apóstol, que no hay mas adoradores de las gentílicas deidades que esos ciegos y miserables hombres que veis vergonzosamente postrados delante de esos insensibles simulacros; porque, que rindais adoraciones y ofrezcais inciensos al ídolo de los templos gentílicos, ó al ídolo de vuestro corazon, ¿qué mas tiene? Cualquiera que sea el objeto por que desampareis á Dios, ¿seréis por eso menos reos de una sacrílega apostasía? Mudaréis de ídolo, pero la idolatría es la misma. Los dioses de los paganos son el bronce y el mármol, obra de sus propias manos; y el Dios del avariento es su oro y su plata: *Avarus, quod est idolorum servitus* (Ephes. v, 5); y el Dios del lujurioso es el deleite y la gula: *Quorum Deus venter est*. (Philip. iii, 19). Ídolo tanto mas venerado, cuanto que en lugar del humo del incienso se le ofrecen los afectos y suspiros del corazon, y en lugar de víctimas ajenas le ofrece el hombre mismo que le sacrifica todo su ser, con todo lo que posee y espera, la razon, la fe, la conciencia, la eternidad; de suerte, dice santo Tomás, que haciendo reflexion debida sobre la naturaleza y circunstancias del pecado no

puede dudarse que no sea la idolatría de corazon prevaricador que deja de adorar lo que es Dios por adorar lo que no lo es : *Aversio à Deo, conversio ad creaturam.*

11. Y no repongais que en el mismo momento en que ofendeis á Dios no dejais de mirarle y temerle como á vuestro Dios , pues yo os diré con san Agustin que este es lenguaje de un corazon falso y fingido , ó de un corazon ciego é iluso. Con efecto, pregunta este santo Padre , si vuestro Dios es aquel Dios que tanto temeis ofender, afligir y contristar, ¿ cómo puede ser Dios vuestro ese Dios á quien despreciais y á quien posponeis á todas las cosas? *Quidquid in dilectionis lance præponderat, Deus est : Aquello que en la balanza del amor pesa mas, eso es Dios.* Podrá ser que ese Dios sea el Dios á quien temeis ; pero no es ya aquel Dios á quien servís y á quien amais : convengo en que sea el Dios de vuestro entendimiento y de vuestra fe ; mas no es ciertamente ya el Dios de vuestro corazon y de vuestras costumbres. Sea enhorabuena vuestro Dios ; pero , si hemos de hacer juicio por vuestras obras, ¿ no dais á entender que quisiérais que no lo fuese, ó que fuese un Dios que condescendiese con vuestras malas inclinaciones, que no se opusiese á vuestra voluntad, que cumpliese todos vuestros deseos ; un Dios, finalmente, cuyo Dios fuéseis vosotros? Confieso que es vuestro Dios ; pero un Dios á quien vosotros anteponeis otro Dios. Luego no es vuestro Dios, concluye san Agustin ; porque aquel Dios que la voluntad antepone á todas las cosas, ese es únicamente el Dios á quien ella adora, pues todo bien mirado, ningun otro puede ser nuestro verdadero Dios sino aquel que es Dios de nuestro corazon : *Quidquid in dilectionis lance præponderat, Deus est.* Confieso que es vuestro Dios ; mas entended que si tuviese necesidad de vuestros obsequios y sacrificios, mejor le estuviera no serlo, supuesto que solo le teneis por vuestro Dios para despreciarle, para ofenderle, para injuriarle. Todavía, diréis, le tenemos por nuestro Dios, y por tal le reconocemos : estoy contento, y no quiero que sentencie otro juez la causa de Dios y la vuestra sino vosotros mismos. Supuesto, pues, que protestais y confesais que es vuestro Dios, ¿ luego no tendréis un poderoso conocimiento de lo ilimitado de su autoridad, de lo majestuoso de su ser, de los inmensos beneficios de su amor, de lo profundo de su santidad? ¿ Qué pensais, pues, que es vuestro pecado sino la mas injusta é injuriosa desobediencia en su naturaleza ; y, si me permitís esta expresion, pues no hallo otra que explique con mas propiedad mi pensamiento, la mas ignominiosa para

Dios en sus circunstancias, la mas aborrecible en su ingratitud, y la mas sacrilega en sus atrevimientos y excesos? Préstame atencion; pecador; y ya que conoces á Dios, conoce tambien tu pecado: *Arguam te, et statuam contra faciem tuam.*

12. Es la desobediencia mas injuriosa en su naturaleza; porque es una sublevacion contra la autoridad mas respetable y sacrosanta, ó, por mejor decir, contra la sola y única autoridad que reina en el mundo. Entended, hermanos míos, y no se os olvide nunca, que además de esos señores de la tierra, además de esos semidioses visibles que dominan tal vez con tanta altanería y arrogancia, y cuya autoridad y mandatos venerais tanto vosotros, y estais obligados á venerar, no solo teneis un señor invisible, que es el Señor de los señores y el Dios de los dioses; sino que, hablando propiamente, solo teneis un Señor y solo un superior: *Unus Dominus.* (Ephes. iv, 5). Los reyes en sus tronos, los magistrados en sus consejos y audiencias, los padres en el recinto de sus familias no tienen mas poder que el que plugo á su Majestad comunicarles: *Non est enim potestas nisi à Deo.* (Rom. xiii, 1). Ellos por sí mismos nada son, ninguna autoridad tienen; solo son depositarios y ministros de la autoridad que ejercen: esta solo es propia de sus oficios, no de sus personas; y en tanto son ellos señores, porque Dios es Señor: *Unus Dominus.* ¡Ay, católicos! preciémonos de desear en todo lo recto, lo justo; mostrémonos celosos de conservar y mantener con todo empeño la dependencia y subordinacion á los legítimos superiores: nos estremecemos al reducir á la memoria aquellos sucesos trágicos que tantas veces turbaron los Estados, alteraron y confundieron las familias, rebelaron los súbditos contra los príncipes, sublevaron los pueblos contra los magistrados y las leyes, conjurándose los hijos contra sus padres, huyendo de un hijo díscolo y rebelde el rey mas santo de Israel, cuando David se vió ultrajado y escarnecido por un vasallo insolente: no perdonaríamos á nuestra propia sangre la atrocidad de una sedicion contra los príncipes y señores naturales que le plugo al cielo darnos; y ¡ojalá que este amor á la obediencia y sujecion, origen de la paz y de la felicidad pública, reine eternamente en los corazones! ¡ojalá que el monarca y el pontífice, el sacerdocio y el imperio, el trono y el altar encuentren siempre un pueblo dócil, sumiso y obediente! Mas ¿por qué nos olvidamos de esta justicia, de esta probidad, de esta equidad? ¿por qué desaparece este amor y deseo de lo recto solo cuando se trata de Dios? Si es justo y debido obedecer á los hom-

bres que están en lugar de Dios, ¿no es sin comparacion mas justo obedecer á Dios, cuyo lugar ocupan? ¿Son acaso sus derechos menos sacrosantos, su imperio y señorío menos natural y legítimo? ¿No somos hombres antes de ser sus vasallos, y todo hombre no nace indispensablemente sujeto al imperio de Dios? Y ¿no dejaríamos de ser hombres desde el punto mismo que nos hiciésemos independientes? Y el mismo Dios ¿seria por ventura Dios, si no fuese Señor nuestro? Si vuestro entendimiento, pues, y vuestro corazon detestan y reprueban tan justamente al atrevido que desprecia en los príncipes un débil destello de la autoridad suprema, ¿con cuánta mas vehemencia y ardimiento deben prorumpir y abominar contra la temeridad insolente que se atreve á menospreciar esta autoridad, y esto en Dios, en quien ella reside con toda su plenitud y majestad? *Arguam te, et statuam contra faciem tuam.*

13. Es la desobediencia mas injuriosa, y en cierto modo la mas ignominiosa para Dios en sus circunstancias. Porque ¿quiénes son y qué vienen á ser los que se rebelan contra Dios? Son unos grandes idólatras de sus prerogativas y preeminencias, engreídos con su grandeza, defensores acérrimos de sus derechos, puntillosos en materia de autoridad, inexorables en exigir todas las condescendencias, todos los rendimientos, todos los obsequios debidos á su calidad ó al puesto que ocupan, que ni saben olvidar ni permitir que se olviden los respetos que se les deben, ó los que se imaginan que les deben; unos grandes que no perdonarian á quienes por inadvertencia los tratasen como ellos tratan á Dios. ¿Quiénes son los que se rebelan contra Dios? Son unos hombres soberbios y poco sufridos, que de todo se indignan, que con nada se aplacan. Por una chanza indiscreta, por una palabra mal mirada, ¿qué alborotos no mueven, qué tempestades no levantan! Sin mas grave causa se excitan odios interminables que suelen heredarse de padres á hijos, y sobreviven muchos siglos á sus primeros concitadores; y se fraguan deseos de venganza que no suelen aquietarse sino con la vida del que hizo el agravio, ó con la del que le recibió. ¿Qué dolor, si fuera capaz de él, para nuestro Dios, al ver por una parte unos hombres tan poco sufridos de la menor injuria, y que por otra le ofenden á él por cualquier antojo! al verles hacer tanta estimacion de sí mismos, y tenerle á él tan en poco, olvidándose del mismo modo de que ellos son hombres, y de que él es Dios! ¿Quiénes son los que se rebelan contra Dios? Unos hombres que, reducidos por su bajo nacimiento ó por la adversa fortuna á la mas hu-

milde y miserable condicion, son reputados, y ellos mismos se reputan á sí propios, como el desecho y la escoria del mundo; que se estremecen al considerar la distancia que media entre sí y los demás hombres; que no teniendo mas recurso para vengarse del poco caso que hace el mundo de ellos que infructuosas murmuraciones, se horrorizarian solo con pensar en sublevarse contra la autoridad de quien los subyuga; unos hombres que apenas el mundo soberbio cuenta en el número de los hombres, y que, siendo inferiores á todo, tienen el atrevimiento de anteponerse á Dios como para recompensarse de los desprecios que experimentan en castigo del desprecio que hacen de su Majestad. ¿Quiénes son, finalmente, los que se rebelan contra Dios? unos hombres que en cualquier estado y condicion que los haya puesto la Providencia siempre están llenos de respetos y atenciones con los demás hombres, y que adoran y veneran servilmente las mas extravagantes ideas y los antojos mas caprichosos de los demás hombres. Si habla el mundo, no hay interés que no se sacrifique, ni pasión que no se reprima, ni virtud que no se afecte, ni vicio cuyo exterior no se adopte sin la menor vergüenza: de modo que por complacer al ídolo del mundo llegará el hombre á desagradarse á sí mismo; y por cumplirle sus deseos no dudará de negarse aquello que él mismo mas apetece. Pero hable Dios; y entonces la pereza nos entorpece, el amor propio nos aprisiona, los deleites nos arrastran, el corazón se resiste y rebela, el yugo de la dependencia y sujecion se nos hace mas pesado é intolerable; y en vano intentaríamos disculparnos con la fuerza y violencia del apetito, pues ese Señor que todo lo tiene presente sabe y ve que esa pasión que ponderamos de tan vehementemente la sabríamos reprimir, si el mundo lo mandase. Sí, pecador: si no obstante ese ardor infernal que dices que te abrasa y que te saca de tino supieras ó entendieras que había de ver patentemente el mundo esa pasión amorosa que tratas en secreto, como lo ve Dios; que te había de deshonorar y perder para con el mundo, como te pierde y te deshonra para con Dios; si penetrase tanto la vista del mundo como la de Dios, y como él viese todas las traiciones y vilezas que cometes por satisfacer tu ambicion; si estuvieras tan cierto de perder la fortuna como lo estás de perder tu salvacion por esas tramas inícuas que urdes ocultamente y por esa disimulada injusticia que maquinás; si con esas conversaciones que están respirando impiedad é irreligion estuvieras tan cierto de perder la correspondencia y afición de ese objeto en quien idolatras

do se comete contra otro hombre? Y ¿han de ser solo los beneficios divinos los que no merezcan agradecimiento? ¡Oh santos cielos! ¡qué frenesí, qué oprobio, qué ignominia es esta del pecador! él se disimula, y muchas veces se complace en guardar con Dios una conducta que se avergonzaria de guardarla con los hombres: *Arguam te, et statuam contra faciem tuam.*

15. Desobediencia, finalmente, la mas impía y execrable en sus maldades. Todo pecado, dice san Bernardo, injuria alguno de los atributos de Dios: *Singuli illiciti motus sunt quædam in te, Deus, convicia.* La ira agravia su mansedumbre, la mentira su verdad, el odio su amor, la sensualidad su pureza: *Iracundiæ motus in mansuetudinem.* Como en Dios no hay perfeccion que no se oponga á algun vicio, tampoco hay vicio que no se oponga á alguna de sus adorables perfecciones; y ahora añado yo que no hay pecado que no ofenda casi todas sus perfecciones divinas. Ofende su grandeza, no queriendo reconocerla; su autoridad, rehusando sujetarse á su yugo; su santidad, ultrajándola; su gracia, reprendiéndola; sus promesas, renunciándolas; su amor, despreciándole; su justicia, insultándola, y especialmente su misericordia, aquella misericordia en que confiado vanamente el pecador comete el pecado, vive de asiento en el pecado, y se obstina y endurece en el pecado.

16. Y si es tanta la enormidad de todo pecado, ¿qué dirémos de tantos que ofenden á Dios todavía mas directamente, pecados sin embargo comunísimos en nuestro miserable siglo? Pecados de escándalo que ofenden á Dios, y que enseñan á ofenderle; pecados de conversaciones impías, de máximas mundanas, que realzan y sazonan el vicio con nuevos atractivos, desnudándole de su natural vergüenza é infamia; pecados de sacrílegas burlas é ironías, de zumbas impías con que, ridiculizando la devocion, gracejais de los que hacen profesion de devotos, infundiendo tal vez hasta en las almas virtuosas miedo á la opinion de tales, y apartando del deseo de agradar á Dios á los que no tienen todavía valor para exponerse á desagradar al mundo; pecados de malos consejos, de persuasiones diabólicas para acabar de precipitar una alma dudosa todavía y vacilante, para alentar á la culpa á una alma temerosa todavía é irresoluta; pecados de murmuraciones, de calumnias, de chismes que infelizmente fecundos abortan otros mil pecados; pecados de destemplanzas y torpezas, donde la vergüenza perece, la razon se anega, el espíritu se entorpece, se embota, se debilita, no dejando apenas traslucirse en el hombre de mayor entendimien-

to sino tales cuales residuos y vestigios de hombre; pecados de hipocresía entre tantos impostores y embusteros que, ocultando al principio la fealdad de sus vicios con el traje aparente de la virtud, deshonran despues la virtud con el escándalo de sus vicios; pecados de libertinaje y de doctrina pestilente en tantos decantados filósofos modernos que, confederados por satisfacer sus pasiones para consumir la obra del príncipe de las tinieblas, trabajan sin cesar en aniquilar en los demás la religion que no siempre llegan á destruir y á aniquilar en sí mismos; pecados de profanacion en tantas almas insolentes que vienen á insultar á Dios hasta en su propia casa, vendiendo al infierno con sus sacrilegios la sangre de Jesucristo; pecados de una conciencia errónea y de afectada ignorancia, cuando para libertarse de los terrores de la vida futura se toma la resolucion de confundir y oscurecer la ley que se quiere quebrantar, de acomodar el Evangelio á sus propios deseos, y de tener cautiva la verdad en la injusticia; pecados cometidos contra los llamamientos reiterados de la gracia, contra las mas abundantes luces de la fe, contra los remordimientos mas implacables de la conciencia; pecados de costumbre con que se familiariza el pecador, aumentándolos, y no cesando de multiplicarlos; pecados en que se vive de asiento con grande complacencia, y cuyas ocasiones de cometerlos se solicitan con mayor anhelo y desvelo que pudiera tener el alma mas devota y timorata en evitarlos; pecados á que se arroja el hombre á pesar de las repugnancias, de las quejas, de los clamores y voces de su propio corazon, ó, por mejor decir, pecados que el nuevo corazon, que á fuerza de iniquidades ha llegado á criar el pecador, arranca á aquel corazon dotado de rectitud y modestia que le habia formado y criado Dios.

17. Y si todos estos pecados en cualquier pecador son tan enormes, ¿qué serán en esos pecadores tan calificados por sus dignidades, por su opinion, por su autoridad, á quienes los demás tienen tanto interés de complacer, y á quienes con tanta dificultad se complace sin imitarlos? y en esos hombres tan científicos, tan acreditados, y dotados de tantos talentos, que no pecan, ó apenas pueden pecar solos? ¿Qué serán en los padres y madres de familias, cuyos malos y viciosos ejemplos siempre constituyen una parte de la herencia que trasladan á sus hijos; herencia que por lo regular es la mas permanente, la menos expuesta á accidentes que la menoscaben, y la mas difícil de perder? ¿Qué serán en unos cristianos que para haber de pecar es preciso que falten á tantas piadosas

como lo estás de perder á Dios, viéramos que de repente se amortiguaba el ardor de esa pasion, y que, dominados tus apetitos, hacías por el mundo el sacrificio que rehusas hacer por Dios. Con que, si cumples con tu pasion y antojo, es porque solo ofendes á Dios con ella, y si pecas, es porque solo pecas contra Dios, ni aventuras, ni pierdes sino á Dios: con que, si pecas, es porque pecando no quebrantas sino la ley de Dios, ni te remuerde otra traicion sino la que cometes contra Dios, ni conculcas otra sangre sino la de Dios, ni temes otros castigos sino los de Dios. En una palabra, añade el Profeta, solo os desvergonzais contra Dios, y al agravio horrible que le haceis en despreciarle añadís el baldon de despreciarle á él solo: *Arguam te, et statuam contra faciem tuam.*

14. Es la desobediencia mas odiosa en su ingratitud. ¿Quién es Dios, pregunta el pecador, para que yo reprima por él mis inclinaciones y apetitos? *Quis est Omnipotens, ut serviamus ei?* (Job, c. xxi, 15). No quiero decir ya que es aquel Dios poderoso, aquel Dios terrible, aquel Dios cuyo imperio y jurisdiccion se extiende y comprende cuanto existe y cuanto no existe: solamente os diré que es un Dios amoroso y compasivo, un Dios liberal y benéfico; pero olvidaos, si os place, que es vuestro señor y juez, y acordaos solamente de que es vuestro padre, aquel padre digo que os ha dado esa sangre que corre en vuestras venas; esa alma, imágen nobilísima de la Divinidad; ese espíritu que, siendo mas capaz y mas vasto que el universo, discurre con una sola ojeada por la inmensa distancia que hay entre el cielo y la tierra; ese corazon que deja en algun modo de ser corazon estrecho y apocado de hombre desde el punto que se levanta á Dios, que ama á Dios, que por su amor hace obras á mayor honra y gloria suya, y que, para usar de la expresion de la sagrada Escritura, hace las delicias de su Dios: *Delicias meas esse cum filiis hominum.* (Prov. viii, 31). Él es, pues, vuestro padre: ¡qué nombre tan apetecible para su amor! no anhela él por cierto por otro nombre; y supuesto que él os ama, ¿le amais vosotros tambien? ¡Oh qué dia tan amargo para su corazon aquel en que solo experimentare en el vuestro frialdad é indiferencia! Pero ¡qué digo indiferencia y frialdad! No encuentra por cierto en él sino olvido y desprecio, desvío y deslealtad. ¿Es posible, ingrato, que no ha podido merecer su amor tu correspondencia y gratitud? ¿Tuviste valor para anteponer á este Dios tan amable, á este padre tan tierno el vil interés de una ganancia caduca, la vana brillantez de una honra perecedera, el transitorio embeleso de un ver-

gonzoso deleite? *Fecisti mala, et potuisti.* (Jerem. III, 5). Pero no te has contentado con no corresponder á sus beneficios, sino que has tenido el atrevimiento de convertirlos contra su divina Majestad, como para vengarte de lo mucho que te ha amado. ¿Tuviste valor para servirte de la autoridad que lograbas en el mundo por tu calidad, por tus dignidades, por tus talentos, por tus riquezas, por tu opinion, para abrir caminos mas espaciosos y anchos al desfreno de tus pasiones, para injuriar mas impunemente á tu Dios, desautorizando su santo Evangelio, pervirtiendo las almas de tus prójimos, destilando en ellas la ponzoña de tus vicios y de los delirios de tu impiedad? *Fecisti mala, et potuisti.* ¿Tuviste valor para hacer que las gracias de la hermosura y el verdor de la juventud sirviesen de tizon al demonio de la sensualidad para encender en corazones puros y castos el fuego de una pasion vergonzosa? *Fecisti mala, et potuisti.* Esa hermosura, esas gracias, esa juventud, esos talentos, esa salud, esa nobleza, esa fortuna, todo era don y regalo de su amor, y todo lo has convertido en instrumento de tu ingratitud: pagaste los mas insignes beneficios con las mayores maldades; el hijo mas tiernamente amado ha procedido con mayor desagradecimiento, y las atrocidades del pueblo predilecto han excedido las abominaciones de las naciones gentílicas. ¡Oh generosidad, oh bondad del corazon, oh afectos de una alma noble y amante! ¡Oh agradecimiento, virtud tan decantada entre los hombres! tú eres la primera que te retiras y faltas en la ocasion, pero la última de cuyas apariencias quieren despojarse los hombres! Resuélvense estos á ser ingratos, pero cautélanse para no parecerlo: alegan imposibilidades supuestas, manifiestan afectadamente mayores deseos de servir, cuantos menos servicios hacen, declarando con la lengua lo que no tienen en el corazon. Llegan tal vez, usando de una precaucion que prueba cuánto temen la opinion de ingratos los mismos que temen menos serlo; llegan, repito, á ponderar gustos, ó á inventar desabrimientos y ocasiones de disgusto, para figurarse con alguna razon y derecho de olvidar los beneficios recibidos, y cuando no tienen pretexto alguno con que cohonestar su ingratitud, el mismo respeto humano compele al corazon mas duro é insensible á mostrarse agradecido: ¡tan persuadidos viven de que el desagradecimiento trae consigo un carácter de vileza, de ruindad y de deshonor, que el mundo mas pervertido no perdona, ese mundo que ensalza por otra parte con tantos elogios todos los demás vicios! Ahora pues, la ingratitud ¿solo es reprehensible y torpe cuan-

do se comete contra otro hombre? Y ¿han de ser solo los beneficios divinos los que no merezcan agradecimiento? ¡Oh santos cielos! ¡qué frenesí, qué oprobio, qué ignominia es esta del pecador! él se disimula, y muchas veces se complace en guardar con Dios una conducta que se avergonzaria de guardarla con los hombres: *Arguam te, et statuam contra faciem tuam.*

15. Desobediencia, finalmente, la mas impía y execrable en sus maldades. Todo pecado, dice san Bernardo, injuria alguno de los atributos de Dios: *Singuli illiciti motus sunt quædam in te, Deus, convicia.* La ira agravia su mansedumbre, la mentira su verdad, el odio su amor, la sensualidad su pureza: *Iracundiæ motus in mansuetudinem.* Como en Dios no hay perfección que no se oponga á algun vicio, tampoco hay vicio que no se oponga á alguna de sus adorables perfecciones; y ahora añado yo que no hay pecado que no ofenda casi todas sus perfecciones divinas. Ofende su grandeza, no queriendo reconocerla; su autoridad, rehusando sujetarse á su yugo; su santidad, ultrajándola; su gracia, reprendiéndola; sus promesas, renunciándolas; su amor, despreciándole; su justicia, insultándola, y especialmente su misericordia, aquella misericordia en que confiado vanamente el pecador comete el pecado, vive de asiento en el pecado, y se obstina y endurece en el pecado.

16. Y si es tanta la enormidad de todo pecado, ¿qué dirémos de tantos que ofenden á Dios todavía mas directamente, pecados sin embargo comunísimos en nuestro miserable siglo? Pecados de escándalo que ofenden á Dios, y que enseñan á ofenderle; pecados de conversaciones impías, de máximas mundanas, que realzan y sazonan el vicio con nuevos atractivos, desnudándole de su natural vergüenza é infamia; pecados de sacrílegas burlas é ironías, de zumbas impías con que, ridiculizando la devocion, gracejais de los que hacen profesion de devotos, infundiendo tal vez hasta en las almas virtuosas miedo á la opinion de tales, y apartando del deseo de agradar á Dios á los que no tienen todavía valor para exponerse á desagradar al mundo; pecados de malos consejos, de persuasiones diabólicas para acabar de precipitar una alma dudosa todavía y vacilante, para alentar á la culpa á una alma temerosa todavía é irresoluta; pecados de murmuraciones, de calumnias, de chismes que infelizmente fecundos abortan otros mil pecados; pecados de destemplanzas y torpezas, donde la vergüenza perece, la razon se anega, el espíritu se entorpece, se embota, se debilita, no dejando apenas traslucirse en el hombre de mayor entendimien-

to sino tales cuales residuos y vestigios de hombre; pecados de hipocresía entre tantos impostores y embusteros que, ocultando al principio la fealdad de sus vicios con el traje aparente de la virtud, deshonoran despues la virtud con el escándalo de sus vicios; pecados de libertinaje y de doctrina pestilente en tantos decantados filósofos modernos que, confederados por satisfacer sus pasiones para consumir la obra del príncipe de las tinieblas, trabajan sin cesar en aniquilar en los demás la religion que no siempre llegan á destruir y á aniquilar en sí mismos; pecados de profanacion en tantas almas insolentes que vienen á insultar á Dios hasta en su propia casa, vendiendo al infierno con sus sacrilegios la sangre de Jesucristo; pecados de una conciencia errónea y de afectada ignorancia, cuando para libertarse de los terrores de la vida futura se toma la resolución de confundir y oscurecer la ley que se quiere quebrantar, de acomodar el Evangelio á sus propios deseos, y de tener cautiva la verdad en la injusticia; pecados cometidos contra los llamamientos reiterados de la gracia, contra las mas abundantes luces de la fe, contra los remordimientos mas implacables de la conciencia; pecados de costumbre con que se familiariza el pecador, aumentándolos, y no cesando de multiplicarlos; pecados en que se vive de asiento con grande complacencia, y cuyas ocasiones de cometerlos se solicitan con mayor anhelo y desvelo que pudiera tener el alma mas devota y timorata en evitarlos; pecados á que se arroja el hombre á pesar de las repugnancias, de las quejas, de los clamores y voces de su propio corazon, ó, por mejor decir, pecados que el nuevo corazon, que á fuerza de iniquidades ha llegado á criar el pecador, arranca á aquel corazon dotado de rectitud y modestia que le habia formado y criado Dios.

17. Y si todos estos pecados en cualquier pecador son tan enormes, ¿qué serán en esos pecadores tan calificados por sus dignidades, por su opinion, por su autoridad, á quienes los demás tienen tanto interés de complacer, y á quienes con tanta dificultad se complace sin imitarlos? y en esos hombres tan científicos, tan acreditados, y dotados de tantos talentos, que no pecan, ó apenas pueden pecar solos? ¿Qué serán en los padres y madres de familias, cuyos malos y viciosos ejemplos siempre constituyen una parte de la herencia que trasladan á sus hijos; herencia que por lo regular es la mas permanente, la menos expuesta á accidentes que la menoscaben, y la mas difícil de perder? ¿Qué serán en unos cristianos que para haber de pecar es preciso que falten á tantas piadosas

obligaciones, que violen tantos juramentos, que olviden tantos beneficios, que se cieguen á tantas luces, que desprecien tantas gracias, que venzan tantas resistencias? ¿Qué serán en unos cristianos que no pueden abrigar en su corazon el pecado sin profanar el templo vivo de Dios, sin contaminar el santuario del Espíritu divino, sin introducir la abominacion de la desolacion en el lugar santo, sin juntar por medio de un monstruoso y sacrílego enlace el carácter infame de pecador con el sagrado carácter de cristiano, el sello de reprobacion con el de adopcion, la ponzoña de la iniquidad con la sangre de Jesucristo? ¿Qué serán en esos hombres á quienes la santidad de su estado y la augusta majestad del tremendo ministerio que ejercen apenas les permite ser hombres todavía? Pero suspendo aquí el discurso; pues cuanto pudiera excogitar y añadir no bastaria á dar una idea suficiente de cuán grave injuria hace á Dios el pecado: solo este Señor lo conoce, al cual así como la culpa le ofende infinitamente, así infinitamente le provoca. Con que si consideramos lo que sucede en el corazon del hombre cuando se arroja á cometer un pecado, no hay duda sino que el pecado hace á Dios el mas injurioso ultraje: ahora añado que si consideramos lo que sucede en el corazon de Dios respecto del hombre que se atreve á cometer la culpa, no hay duda sino que Dios se indigna infinitamente de la injuria que la culpa le hace. Asunto de la

Segunda parte.

18. Es error no solo comunísimo, sino muy perjudicial al hombre, el que corre el día de hoy, pensar que mira Dios casi con indiferencia las que se llaman humanas fragilidades. Es, repito, un error comun que se propaga en los entendimientos á beneficio de las pasiones que tienen tanto interés en acreditarle, y de la misma grandeza de Dios que, aumentando la enormidad y malicia del pecado, se promete, sin embargo, el hombre de ella y espera la impunidad de sus delitos. No es decente, decís, ni decoroso que se envilezca y degrade tanto la majestad suprema de Dios, que descienda á contar nuestros pasos, y á informarse menudamente de nuestras acciones; porque siendo, como es, infinitamente superior á nosotros, y habitando siempre entre luces y resplandores inaccesibles, no pueden añadir nada á su grandeza nuestros rendimientos y nuestro culto, ni empañar ni oscurecer su gloria nuestras iniquidades, y viviendo siempre como vive en el centro de las mas

puras delicias, nada pierde ni se menoscaba cuando nosotros nos apartamos de su Majestad, ni menos gana algo cuando nos volvemos á él. Error asimismo perjudicial al hombre á quien conserva en el cieno del pecado, y á quien habitúa y habilita para franquear su corazon á los ponzoñosos halagos de las pasiones, quitándole el temor de un Dios vengador del pecado; error que destruiria todos los fundamentos de nuestra sagrada Religion, y error, por consiguiente, que no cabe ni puede tener lugar sino en quien ha perdido ó quiere perder la fe. Porque no ignorais vosotros que todo el fundamento y creencia del Evangelio estriba en el principio del aborrecimiento de Dios contra el pecado. De aquí resulta, y en consecuencia de esta verdad, la necesidad de un Dios mediador para reconciliar al pecador y á Dios ofendido por el pecado, de un Dios salvador, de un Dios redentor para aplacar con su sangre la cólera de un Dios irritado por la culpa, de un Dios santificador para defender y fortalecer de los asaltos del pecado con los mas poderosos influjos de su gracia el corazon humano, que por lo viciado y corrompido de su origen quedó tan flaco y tan frágil: de suerte que no parece que se estableció nuestra Religion con todos sus misterios, con todos sus preceptos, con todas sus gracias, con todos sus premios y con todos sus castigos sino para revelarnos y darnos noticia de un Dios enemigo del pecado, y un Dios infinitamente irritado por la culpa.

19. Error que procede de la ignorancia afectada de un Dios y de sus perfecciones infinitas. La mas noble y sublime idea, dice san Ambrosio, que podemos formar de Dios, es la de su santidad, porque las demás perfecciones no solamente no lo serian sin la santidad, sino que podrían llegar á ser vicios. Si quitais la santidad, la misma potencia humana podrá muy bien degenerar y ser solamente tiranía y violencia; la prudencia, lentitud y miedo, artificio y disimulo; el amor, apetito ciego y desenfreno de los deseos; la afabilidad, desidia é indolencia; la justicia, rigor y severidad extremada. Un Dios que no fuese santo seria menos digno de este nombre adorable que un hombre virtuoso; de suerte que con razon, dice san Agustin, anteponian los estóicos su sábio á los mismos dioses, á un Júpiter incestuoso, á una Vénus adúltera. Si alguna perfeccion, pues, está mas íntimamente unida y conexas con la esencia de la Divinidad, segun podemos nosotros llegarle á comprender, es la santidad. ¿Qué es, pues, santidad, sino amor al bien y odio al pecado? Por esto Dios nuestro Señor (que es quien solo

sabe en qué consiste la verdadera grandeza) la constituye principalmente en el aborrecimiento del pecado, dice san Ambrosio: nunca es mas Dios, si me es lícito explicarme así, ó nunca lo parece mas, que por el aborrecimiento al pecado; y por eso el pecado no le despoja ni priva de nada, porque es Dios, y por cuanto es Dios no puede tolerar el desórden y deformidad que encierra en sí el pecado; y así como las leyes aplican todo su rigor, y el príncipe descarga todas sus iras sobre el rebelde, aunque sus proyectos y sus máquinas sean descubiertas al principio, y sus conjuraciones no surtan ni lleguen á efecto, así la fragilidad y flaqueza del pecador no disculpa por el pecado en el tribunal de Dios.

20. Sufrid ahora vosotros, defensores famosos, apóstoles celebérrimos de las pasiones, que sobre una materia de que depende la integridad ó destruccion de las costumbres imite mi celo el ardor del vuestro. ¿Habeis considerado alguna vez las horrendas consecuencias de vuestro sistema? ¿No veis que si por ser Dios una cosa tan alta y tan sublime no se digna mirar ni castigar los pecados, es por otra parte tan justo que no puede desentenderse de la virtud y de premiarla? Pero lo que yo entiendo en este caso es que nada os va en que la virtud, de quien huís á toda prisa, carezca de esperanza, con tal que el vicio, en quien idolatrais, triunfe y prevalezca sin miedo; que os va poco en que se propague y cunda por el mundo esa monstruosa corrupcion de costumbres, con tal que las pasiones, en cuyo favor levantaiis el estandarte de la disolucion y de la impunidad, os aplaudan, y que el infierno, por los elogios con que inciensa vuestra vanidad, os remunere los servicios que le hace vuestra impiedad. ¿Habeis considerado bien la quimérica deidad que sustituis en lugar del verdadero Dios? La idolatría, si bien procediendo con una inconsecuencia que si degradaba el entendimiento de sus adoradores honraba en algun modo su corazon, admitia y adoraba unos dioses que al mismo tiempo que eran ejemplares del vicio le castigaban; pero vosotros, incurriendo en otra inconsecuencia no menos repugnante á la razon, y que manifiesta cuánto interesa vuestro corazon en la impunidad del vicio, enseñaís y predicaís un Dios que, siendo pura santidad, quereis que su mano no se abra para remunerar la virtud, y que sus iras respeten y halaguen las insolentes atrocidades de la culpa. ¿Querriais vosotros para el gobierno de los imperios y de los tribunales unos reyes y unos magistrados semejantes al Dios que os figurais? ¿Querriais que su negligencia no reprimiese con ningunas

penas el torrente impetuoso de las concupiscencias humanas? Yo veo, en conclusion, que vosotros, para seguridad de vuestra vida y de vuestras haciendas, deseais que los que mandan en el mundo sean unos semidioses, cuyos penetrantes ojos velen y descubran los intentos insidiosos de los hombres; y para la paz y tranquilidad de vuestras pasiones deseais que el Dios que reina en el cielo sea un ente sin poder y nímiamente condescendiente, que no salga jamás ni se sacuda del letargo de su indolencia. Entended, pues, que si intentais haceros el objeto de execracion de cuantos hombres de entendimiento y de vergüenza han quedado en el mundo, no podríais conseguirlo mas plenamente que incurriendo en una contradiccion tan manifiesta entre deseos y deseos, y entre raciocinios y raciocinios; contradiccion que descubre las hondas raíces que ha echado el vicio en vuestras almas, y que nosotros vemos y vosotros no; porque en fuerza de las pasiones que os esclavizan, os llegaís á persuadir que ese sistema de disolucion y de impunidad es un sistema de adoracion perpétua que prestais á la Divinidad, cuya majestad y felicidad degradaría ó perturbaría el distribuir beneficios para premiar la virtud, el descargar castigos para pena de los delitos; luego, segun este ciego y errado dictámen, ignorais vosotros que este Dios supremo con una sencilla mirada lo registra y lo ve todo, y que con un solo deseo lo puede remunerar y castigar todo; ignorais, quiero decir, que Dios es Dios.

21. Id ahora y haced jactancioso alarde de ser los doctores y defensores de la grandeza infinita del Altísimo, doctores y maestros, es á saber, de lo que nadie ignora, y defensores de lo que nadie persigue. ¿Pensais que no sabe todo cristiano que no tienen lugar en el corazon de Dios las pasiones humanas; que los términos de pesar, arrepentimiento, ira, indignacion, venganza, solamente los usa el Espíritu Santo para dar á los hombres alguna idea de la santidad de Dios, de la fealdad del pecado, de los terribles castigos que amenazan al pecador? ¿Pensais ignora él que así como es cierto que el Dios á quien adoramos no es un Dios que se desentiende de la virtud y del vicio, así tampoco es un Dios que remunera, porque con la virtud del justo crezca su grandeza y felicidad; que ni tampoco castiga porque le irrite, le degrade ó le perturbe el pecado; sino que solamente premia porque es bueno y fiel en sus promesas, y por eso castiga porque es santo y justo? Cualquiera humilde rústico es tan filósofo como vosotros, y como tal sabe tanto como vosotros de la grandeza infinita de Dios; pero como mas filósofo que vosotros, sabe

de la grandeza infinita de Dios lo que vosotros ignorais; sabe que supuesto que es (como realmente lo es) grandeza infinita, ya no excluye género alguno de grandeza, y que por consiguiente no solo es grandeza de justicia y de santidad, sino grandeza tambien de poder y de misericordia; y que, últimamente, un Dios que fuese grande con una grandeza de poder y bondad para premiar la virtud, pero que excluyese la grandeza de autoridad y de equidad tremenda para castigar el vicio, no seria grande con una grandeza infinita, ni seria verdadero Dios.

22. Pero no nos empeñemos mas en seguir á los defensores de la concupiscencia humana por el laberinto y calles intrincadas de sus sofismas: oigamos la voz de la Religion que nos conduce y franquea el corazon de Dios: ella nos habla con la autoridad de unos hechos que introducen la luz y el convencimiento en lo mas íntimo del alma. ¿Qué concepto hace Dios del pecado, y qué sentimientos y conmocion siente su corazon á la vista del pecado? Permitidme, Señor, que diga que cuanto mas pienso en Vos menos os comprendo. Llenas están las sagradas Escrituras de las expresiones de un Dios que no piensa sobre su pueblo sino pensamientos de paz y de misericordia. Ya nos le representan como un esposo amabilísimo y como un fidelísimo amigo, ya como un pastor el mas celoso y vigilante, ya como un padre misericordioso que baña con lágrimas de amor y de gozo al hijo pródigo que estimulado del hambre vuelve á casa de su padre, cuya ingratitud solo reprende colmándole de nuevos beneficios, ya como una madre solícita en enjugar las lágrimas y en cumplir los deseos del hijuelo que pende de sus pechos, y que toda su vida la cifra en el gusto de amarle y de ser amada de ella. Pero ¿qué mudanza es esta que observo! Ya no se me representa sino un Dios armado de rayos fulminando iras; brama su cólera á manera de trueno; suena de un cabo al otro del mundo una voz terrible y espantosa de indignacion y de furor; el cielo se hace sordo y de bronce para los hombres; Dios no se enternece por sus suspiros, antes se endurece mas con sus lágrimas, é insulta sus miserias. ¿Qué se hizo aquel amigo, aquel esposo, aquel padre? Ya no ha quedado sino un señor rigoroso, un juez inexorable, un leon que desea beber la sangre á sus enemigos y hartarse de sus carnes: todas son frases de la Escritura.

23. No os asombre, dice ahora el Profeta, espectáculo y mudanza tan inopinada. ¿No veis que el pecado entró en el corazon del hombre! Basta, pues, esto para mudar el corazon de Dios: *Quoniam*

non Deus volens iniquitatem tu es, neque habitabit juxta te malignus. (Psalm. v, 5, 6). Hay entre Dios y el pecado una oposicion infinita; y así, donde quiera que este Señor descubra el carácter, el sello y la estampa del pecado se apresura á descargar el trueno de su ira para desvanecer y destruir hasta los menores vestigios y resabios de la iniquidad; y si dilata el castigo es para hacerle mas estrepitoso y ejemplar: *Odisti omnes qui operantur iniquitatem: perdes omnes qui loquuntur mendacium.* (Ibid. 7). Vos, Señor, reduciréis á polvo al hombre insolente que se subleve contra Vos; Vos aniquilaréis esos vasos de oprobio y de ignominia: ya que vuestra misericordia no ha sido suficiente para reprimir el torrente de sus maldades, pronto descargará sus iras vuestra indignacion: y ¿quién podrá detener el ímpetu de vuestras venganzas? No serán por cierto los dones de naturaleza y de gracia, porque obra eran los Ángeles de la mano del Criador, y obra la mas admirable y perfecta, y en el mismo instante en que pecan son reprobados: su ira impetuosa y formidable, despeñada en su primer furor, no les da lugar ni para cometer segundo pecado, ni para arrepentirse, ni para repetir, ni para llorar y expiar su desobediencia; y mas quiere, por explicarme así, yermar y despoblar el cielo que dejar en él vestigios ni memoria de pecado: *Odisti: perdes.* Ni los altos oficios y supremas dignidades. Ved á un Manasés cargado de cadenas, hundido en un tenebroso calabozo; al primer rey de Isráel reducido á la triste necesidad de desear la muerte como término y único remedio de sus calamidades; á un Nabucodonosor ahuyentado de la corte y del trato humano; á un Baltasar, á un Sedecías, á un Jehú y á tantos otros delincuentes príncipes que se vieron condenados á anegar con su propia sangre el trono donde se sentaron: argumentos evidentes de que el resplandor de la púrpura y de la diadema no deslumbra los divinos ojos para que no vean las feas manchas de la culpa, y que los pecados de los grandes, cuyo funesto cáncer contagia y se comunica por lo comun á los pecados del pueblo, son en algun modo semejantes á aquellos encumbrados montes que parece convidan y atraen los rayos de quien son mas frecuentemente heridos: *Odisti: perdes.* Ni las virtudes que antes de la culpa adquirió el pecador. Justos fueron por el discurso de muchos años un David, un Ezequías. Pero luego que pecaron no sobrevivió su prosperidad á su inocencia. Ni la muchedumbre de los malos. Las ciudades abrasadas, las provincias destruidas, los reinos aniquilados, las naciones dispersas y perdidas, la tierra anegada y yerma: conoced por aquí

como la multitud de pecadores no sirve delante de Dios sino para acrecentar el número de víctimas que su Majestad sacrifica en desahogo del aborrecimiento que tiene al pecado. Ni la vejez decrepita, ni la juventud frágil. Vemos que tanto carga la mano en el castigo de los muchachos que escarnecieron al Profeta, como sobre los viejos que calumniaron la honestidad de Susana: *Odisti: perdes*. Ni la santidad del altar, ni la sangre de las víctimas, ni el incienso que humea, ni siempre tampoco la abundancia de lágrimas. Antíoco envía al cielo encendidos suspiros, gemidos profundos, y Antíoco réprobo no es oído: llora Saul su desobediencia, llora también Samuel con Saul y por Saul; y sin embargo de las lágrimas del Profeta Dios castiga el pecado del monarca: cae muerto Oza en presencia del arca, Heli en el atrio del templo, Heliodoro junto al altar: en vano Israel prevaricador riega con sus lágrimas la casa donde está colocada el arca del Testamento y donde reside la majestad del Altísimo, que no hallará en ella ni experimentará las misericordias del Dios de sus padres. Israel apresurará con sus maldades la destrucción del templo; pero la santidad del templo no defenderá á Israel contra sus maldades. Dejése, finalmente, ver un Hombre-Dios con la apariencia de pecador: quiso salir fiador del pecado de que solo tenía la sombra; y sin embargo de las prerogativas de su divinidad se vió este Hombre-Dios plagado de dolores, anegado de lágrimas, hecho el objeto de la ira y de la venganza; un hombre-Dios desconocido, negado en algun modo, maldito y anatematizado, como se explica el Apóstol: *Factus maledictum* (Galat. iii, 14); un Hombre-Dios, en fin, que no fue respetado y mirado como Dios, sino despues que lavó y borró con su sangre el sello y la estampa del pecado, pues hasta entonces, sin embargo de ser Dios, fue tratado como los demás pecadores. Así, pues, como la ira divina persiguió el pecado hasta en un Hombre-Dios en quien solo se hallaba la apariencia y la sombra del pecado, así la misma ira divina persigue el pecado hasta en los hijos de los pecadores. La inobediencia del primer rey de Israel abre un abismo donde vendrá á precipitarse su desventurada descendencia; y ni las virtudes, ni la inocencia de Jonatás, ni el amor del pueblo, ni los ruegos, ni las lágrimas de David serán suficientes para libertar al hijo de Israel; porque está resuelto que sirva de ejemplar al mundo para que sepan los hijos que de las iniquidades de los padres deben temer muchas desgracias. Las prevaricaciones de Salomon despojan á Roboam de la mayor parte de su reino. Los hijos de Acab son trasladados

cási sin intermision de la cuna al sepulcro: *Perdamque omnem domum Achab.* (IV Reg. ix, 8). Samuel intima al sumo sacerdote Heli esta terrible sentencia: *Pars magna domus tuæ morietur cum ad virilem ætatem venerit.* Apenas nacerán tus hijos cuando ya espiren: solo tendrás el gusto de verlos crecidos para experimentar mas cruel el sentimiento de verlos morir en la flor y vigor de su edad; y solo durará tu descendencia para perpétua memoria de las venganzas del Señor: *Pars magna domus tuæ morietur cum ad virilem ætatem venerit.* La ira divina persigue el pecado hasta en los amigos del pecador. Apenas el ardiente celo del santo rey Josafat pudo libertarle de la indignacion del Señor que merecia por haberse confederado con un rey prevaricador: *Impio præbes auxilium, et his qui oderant Dominum amicitia jungeris; et idcirco iram quidem Domini mereris.* (II Par. xix, 2). Persíguele tambien hasta en aquellos que viven en compañía del pecador. Un Acan que se halla en un ejército basta para darle en presa al enemigo vencedor. Un Jonás embarcado basta para alterar los vientos y embravecer las olas. Persíguele, finalmente, hasta en aquellas cosas que han servido al pecador. La tierra por haberle sufrido y sustentado, y el sol y los astros por haber alumbrado con sus luces caerán al fin de los siglos, y serán oprimidos con el grave peso de la indignacion del cielo: *Cæli ardentes solventur, et elementa ignis ardore tabescent.* (II Petr. c. iii, 13). Encenderáse un fuego vengador que purifique el universo y consuma la tierra contaminada con nuestras abominaciones: *Odisti: perdes.* Este es, pues, aquel Dios que os parece tan insensible á la ofensa del pecado. Vedle manifestando al pecado un aborrecimiento y horror que nada es suficiente á mitigarle: vedle ocupado desde el principio del mundo en hacer manifestas demostraciones del odio que profesa al pecado. ¿Dirélo finalmente? Todas las historias del mundo contienen ejemplos claros y repetidos de sus venganzas; de aquellas venganzas terribles por las que con tanta razon exclamó el Profeta: *Terrible eres, Señor, y ¿quién se resistirá contra tí? Tu terribilis es, et quis resistet tibi?* (Psalm. lxxv, 8).

24. No espereis que revolviendo las sagradas Escrituras os manifeste sucesivamente asolados los imperios, destruidas las mas florecientes monarquías, quedando apenas memoria de su pasada grandeza; abriendo sus entrañas la tierra para tragarse los murmuradores insolentes; sepultando el poderío de Egipto en las olas del mar; morir numerosos ejércitos al filo de una espada invisible; Judá, aquella nacion privilegiada, sin príncipe, sin altar, sin sacrificio, va destier-

rada por remotas regiones, arrastrando las pesadas cadenas de sus prisiones, llorando por espacio de setenta años las penas é ignominias de una inclemente servidumbre, conjurados todos los elementos para exterminio del hombre, los mismos hombres vengando sus propios delitos, encarnizados en asesinarsé mutuamente, convertido todo el universo en un teatro horrible donde se representan y repiten continuamente las acciones mas trágicas. Pues por nuestra desdicha no hay para que salir de nosotros mismos para entender y experimentar los castigos del cielo. Ignorancia del entendimiento, perplejidades y amortiguadas vislumbres de la razon, pasiones y apetitos del corazon, halagüena ponzoña de los falsos deleites, el tédio de las pesadumbres y desabrimientos que nos consume, las desgracias que nos humillan, las traiciones de los amigos que nos desesperan, las enfermedades que nos debilitan y acaban, la muerte que nos lleva al sepulcro, los pecados y las miserias de esta desventurada vida, todo, todo es efecto de un solo pecado, de aquel primer pecado que es el origen y fuente de donde se despeña el torrente de calamidades que tiene inundada y perdida la tierra. Seis mil años há que se cometió este pecado, y seis mil años há que duran y se cogen con abundancia los frutos de este pecado. Como infectos y contaminados que estamos por la culpa original, pasa y se deriva en nosotros con la sangre de nuestros padres la indignacion del cielo, horrible herencia que nosotros trasladamos á nuestros mas remotos descendientes; y el postrer tiempo, el último dia, la última hora y el último instante en que fenecerá este mundo encontrará á este mismo mundo ocupado en llorar con sus postreras lágrimas el primer pecado del primer hombre.

25. ¿Puede subir mas de punto el odio contra el pecado? ¡Oid y temblad, católicos! No es este todavía todo el aborrecimiento que tiene Dios al pecado: en este tropel de calamidades se traslucen algunas vislumbres de misericordia para con el pecador; y no son estas todavía las penas con que castiga Dios eternamente el pecado, sino las aflicciones con que nos llama y estimula á rogarle y solicitarle que nos le perdone. ¡Oh verdad terrible y espantosa! Confieso con el Profeta que hasta los tuétanos de mis huesos se estremecen, y que desfallece mortalmente mi corazon: *Emarcui, nec habui quidquam virium.* (Dan. x, 8). Si así perdona Dios el pecado, ¡santos cielos! ¿cómo le castigará? ¿Cuáles pensais que son aquellos calabozos eternos que jamás alumbró ni alumbrará con sus divinos rayos el Sol de justicia, aquellos rios de fuego, aquellos globos de

llamas inextinguibles? ¡Qué sucesion tan continua de nuevos y exquisitos tormentos no experimentan las innumerables é infelices víctimas que gimen en aquella habitacion horrorosa! Pasarán siglos, y sus penas no se acabarán, ni cesarán de correr sus lágrimas, ni sus lágrimas apagarán el fuego que las consume. Ya Dios no las conoce, ó solo las conoce para verter sobre ellas el torrente de su furor, ni ellas le conocen tampoco, ó solo le conocen por el rigor y eternidad de sus venganzas.

26. ¿Creeréis, católicos, que os quiero decir con esto que los juicios de Dios son justos y rectos? pensaréis que os quiero traer á la memoria con el Profeta aquel postrero y formidable dia en que residenciando nuestro Dios y juez inexorable todos los escandalosos excesos de nuestro amor propio, compelerá á todas las naciones á que adoren y confiesen la justicia de sus eternos decretos? No por cierto, solo os intento decir que, si quereis saber cuánto aborrece Dios el pecado, mireis el infierno; no necesitais de otra diligencia. Mas yo me engaño, pues el infierno, sin embargo de lo horrible y espantoso que es, no declara todavía bastantemente lo mucho que irrita á Dios el pecado. ¡Ay! que esos hombres á quien no conoce Dios, ni querrá conocer jamás, esos hombres de quien Dios abominará siempre, esos hombres sobre quien Dios descarga y descargará por una eternidad el peso intolerable de su indignacion, á todos los veo y registro rociados y bañados con la sangre de Jesucristo!

27. Neguemos, hermanos míos, la fe que profesamos, ó mintremos ya el pecado con el horror y execracion debida. Al considerar un Dios que da vida por redimir á los hombres, y que condena despues á estos mismos hombres, á quien amó con tanto extremo, que murió por salvarlos, ¡oh pecado, exclamemos sin libertad, oh pecado! cuán grande es tu fatal poder, pues llegas á arrancar del seno de Dios unos hijos á quienes ama con tan tierno amor, á borrar la estampa y sello de su adopcion, á imprimirles el carácter de una reprobacion eterna, y á convertirlos delante de los ojos de su padre, y de un padre el mejor de los padres, en objeto de maldicion y venganza eterna! No infiramos, pues, el odio con que Dios aborrece el pecado por los decretos de un juez riguroso y justo, sino por la indignacion implacable de un padre irritado que se desafuera contra su propia sangre. Tened presente cuánto ama Dios al pecador, contemplad á Jesucristo pendiente de una cruz, y al pecador sumergido en el infierno; y contraponiendo estos dos asombrosos objetos, examinémoslos, meditémoslos, y carguemos sobre ellos el

peso de nuestra consideracion. No temamos tanto quedar conternados y estremecidos, como no movernos suficientemente.

28. Es indubitable que Dios castiga con una eternidad de penas un solo pecado mortal; y pregunto: ¿quién es este Dios que así castiga? No digamos que es un Dios sábio que no puede engañarse en la idea y juicio que hace del pecado, ni que es un Dios justo que no puede castigar al pecador mas de lo que merece el pecado, ni que es un Dios benigno y bueno que premia de suyo y por inclinacion, ni que es un Dios misericordioso y maniroto que castiga porque no lo puede remediar; sino que es un Dios que se sujeta á la muerte, un Dios crucificado, un padre mas amoroso que lo fue Abraham con Isaac, y Jacob con José y Benjamin; y que, sin embargo de toda su ternura, si este hijo tan apasionadamente amado y solicitado con tan ardiente celo; si este hijo llorado con tantas lágrimas, rescatado con tanta sangre, muere en pecado, apártase de él este Dios amoroso, deséchale de sí, repruébale, y condénale á ser infeliz por toda una eternidad.

29. No digas, pues, ya, pecador, que el pecado no injuria á Dios, ni que nada pierde este Señor por el pecado. ¿Sabes lo que pierde? Pierde en cuanto está de tu parte lo que padeció y se humilló en su pasion; pierde una vida llena de trabajos, una muerte llena de dolores; pierde los tesoros de su gracia y el valor y méritos de su cruz. ¿Sabes lo que pierde? piérdete á tí, amado hermano mio; y qué, ¿en tan poco le estuvo tu rescate, que juzgas que no debe sentir tu pérdida? ¡Ah! si al hombre le costase tanto cometer la culpa como le cuesta á Dios el castigarla, bien presto no se verian sino Santos en la tierra. Al mirarte, pecador desdichado y amado oyente mio, obra que eres de sus manos, y redimido con su sangre, al mirarte detestado y maldito de tu Dios por toda una eternidad, condenado á beber por los siglos de los siglos el cáliz de su ira, ¿quién no inferirá la extrema oposicion y horror que este Señor tiene al pecado, que tanto odio introduce donde hubo tanto amor! Quiero, finalmente, manifestaros lo que piensa Dios del pecado con esta sola reflexion: ¡Jesús pendiente de una cruz, y el hombre sumergido en el infierno!

30. ¡Sumido el pecador en el infierno, y pendiente Jesús de tres escarpias! ¡Ay, amados oyentes míos! Despues de haberos puesto delante de los ojos de vuestra consideracion un espectáculo mas enérgico y persuasivo que toda la elocuencia de los Profetas y de los Apóstoles, ya no conviene reprenderos los desconciertos de vuestra

vida sino con un silencio lleno de asombro y de dolor. Con efecto, este Dios tierno y amoroso que espira en una cruz, ofendido con tantos pecados; este Dios terrible y formidable, que se venga en el infierno, insultado con tantas abominaciones; ¿en qué concepto, en qué estimacion le teneis vosotros? No hablo con aquel hombre que no ha cometido ninguna culpa, sino con quien gime, llora, se avergüenza, se humilla y se compunge de haber pecado, y trata de reparar y satisfacer su pecado; no hablo con quien solo peca rara vez, y esto por fragilidad, y tentado vehementemente, sino con quien se cautela contra el pecado, discurriendo medios prudentes para defenderse del pecado, no exponiéndose al pecado, ni amando ni buscando la ocasion del pecado; no hablo con quien solo peca temblando y disputándose al pecar, por explicarme así, el deleite del pecado, se reprende, se indigna contra su flaqueza; hablo con aquel hombre que al delito de conocer el pecado añade el de cometerle sin temor, el de continuarle sin remordimiento, el de multiplicarle sin espanto; al delito de merecer el castigo del cielo por su temeridad, el de esperarle con una seguridad inalterable, provocándole con su desalmamiento; al delito de ser hombre pecador, el de ser un hombre compuesto de pecado y de iniquidad, y hombre tal vez esclavo de todos los pecados.

31. Porque esta es la abominacion propia y característica de nuestro siglo, y la funesta y vergonzosa distincion con que se diferencia de los pasados; y ¡quiera el cielo no se diferencie tambien de los venideros! El torrente de las pasiones que inunda nuestra Francia sin límite y sin término ha confundido todos los estados y condiciones, no solo con el lujo y la profanidad, sino tambien con los vicios y pecados. En otro tiempo los Profetas, los Apóstoles, los Padres de la Iglesia, los ministros del Evangelio reprendian los abusos y desórdenes de cada profesion y oficio, porque cada estado parece adolecia de sus propios y peculiares vicios. Pero hoy dia el orgullo de las mas elevadas fortunas ha descendido y se ha comunicado á los oficios y condiciones mas humildes: el sórdido interés, acompañado de sus deseos insaciables, de sus ruindades y monopolios que tanto se reprenden en aquellos comercios viles que se hacen sin honradez ni fidelidad, ya se insinúa y se introduce hasta en los cargos mas altos y en los tribunales mas respetables; ya muchas veces degrada y envilece los nombres de aquellas ilustres familias que ocupan en nuestras historias un lugar tan distinguido y condecorado, y ya tal vez no permite al mérito la esperanza de otra justicia, de otro favor ni de otra gracia que lo que pueda comprar por

su dinero : los proyectos de ambicion casi tan turbado y solícito traen al hombre que no tiene mérito alguno como al que tiene derecho á pretenderlo todo : la disension y emulacion rencillosa no levanta menores tempestades y alborotos en lo interior de las familias que en el teatro de la corte : los excesos de la gula y la fétida sensualidad sobreviven y pasan mas allá de la juventud : los grandes se han revestido y adoptado las bajezas y vulgaridades mas indecorosas de la gente plebeya ; y la plebe imita y vive segun la libertad mas desenfrenada de los grandes. ¿No vemos, por otra parte, que la tribu santa y clero venerable, cuyo ministerio es hacer guerra al vicio, no solo con su predicacion celosa, sino con sus virtudes, ofrece tal vez al pueblo ejemplos reprehensibles, de que este se vale para confirmarse en sus erradas ideas contra lo mismo que le predica y enseña? que el depositario y el defensor de las leyes, cuyo oficio es conservar y perpetuar en la nacion la grandeza y la sencillez de las costumbres, envidia alguna vez y disputa al cortesano mas frívolo la ciencia de los gustos y de las modas, de lo sazonado y suntuoso de la mesa, de los adornos de la casa, de la magnificencia y lucimiento de los trenes, de la frecuencia á los teatros, de la libertad y desenfado en los modales y conversaciones, y no mostrarse jamás mas contento y satisfecho de sí mismo y de sus talentos que cuando logra desfigurarse de modo que nadie se acuerda de que es juez y magistrado? que el soldado se desacredita y afemina con el aparato de un lujo, de unos atavíos, de una delicadeza que apenas se puede disimular al amor propio, á la vanidad y á la ociosidad de las mujeres? que estas tienen á desatinado honor haber sustituido á la amable y circumspecta modestia tal facilidad de conexiones, de intimidades, de familiaridades, tal desprecio de precauciones y de temor al respeto humano, de que la misma desenvoltura se avergonzaria alguna vez? que nuestros filósofos hacen vengada á la razon de sus ultrajes y á la Religion de sus blasfemias con las ruindades de su rateras envidiuelas, con la embriaguez de su soberbia y presuncion, con las declamaciones furiosas y los artificios indignos de sus venganzas, con el frenesí de unas opiniones y de una moral tan extravagante, que de vergüenza no admitiria el vulgo mas estólido? que el pueblo por su parte atrevido é insolente pesa y examina en la balanza de sus preocupaciones y de su ignorancia los misterios mas profundos de la fe; y que no sabiendo nada decide de todo con un magisterio y altanería que ni quisiera ni debiera usar el hombre mas digno de ser maestro y oráculo del

mundo? De este modo, en fuerza de un desenfreno de costumbres irresistible, cada estado reúne los escándalos de todos los estados; ni hay pecado que no se cometa, ni hay ya necesidad de disimular ni encubrir pecado alguno, pues el vicio triunfa y anda con la cabeza erguida, y la virtud yace despreciada y vilipendiada. ¿No hemos llegado ya á tiempos en que es escarnecido el cristiano que teme á Dios? tiempos en que apenas se permite que sea conocido? y los corifeos de la incredulidad ¿no es cierto que desearian atar las lenguas de los que exhortan á amarle y enseñan á adorarle?

32. Gran Dios, ¿de qué nacion acabo yo de pintar las costumbres? ¿es acaso alguna nacion que cree en el Calvario y en el infierno? Mas no me causa ninguna maravilla que se estudie tanto; que se trabaje tanto en su averiguacion, y que acaso se llegue á no creerlo, porque ¿qué carga tan intolerable no es para un pecador el peso del Evangelio? ¿cómo es posible que sufra la oposicion tan manifiesta que hay entre sus costumbres y la fe? ¿cómo podrá oir sin cesar los clamores de una conciencia justamente consternada? De aquí, amados hermanos míos, y no os dejéis engañar con las apariencias engañosas con que se disimula la impiedad, de aquí por lo regular resultan los incrédulos, linaje de gente de tan poco vigor, que no saben resistirse á los halagos del vicio, y de corazon tan pusilánime, que no pueden soportar los terrores de la Religion; y así, para vivir con tranquilidad, es indispensable renunciar á la fe que se profesa, supuesto que no se quiere renunciar á las pasiones propias, ó bien no creer lo que se cree para abandonarse con paz y sosiego á los objetos que se aman. Pero ¡oh paz vana y engañosa! paz que se desvanece á la menor reflexion de la razon, pues ordinariamente olvida á Dios el hombre á proporcion que se olvida de sí mismo, ni deja de temer sino en cuanto deja de pensar. ¡Paz vana, paz funesta! pues no hay pecador mas digno de compasion que el pecador que se duele de sí mismo. Mientras Dios amenaza es indicio que ama todavía, pues solo calla cuando está indignado sin dar lugar á la misericordia; cuando no quiere ejercer su ira avisa con mayor estrépito, y los pecados que castigará con mayor rigor son aquellos sobre que al parecer no hace atencion. ¡Paz loca y temeraria! Nada pueden nuestras falsas ideas y persuasiones contra la verdad de la Religion, si esta es obra de Dios: y ¿quién lo puede dudar sino el hombre que no conoce ni quiere conocer los caminos de Dios? ¡Qué frenesí, pues, de vivir en pecado! ¡qué delirio y qué desesperacion exponerse á morir en pecado! Somos

flacos, decís, somos frágiles. ¡Ay, amados oyentes míos! cuando nos veamos tentados y en peligro, antes que demos lugar á que la ponzoña de la concupiscencia atosigue enteramente el corazon, y á que su letargo adormezca la razon y la fe, subamos al Calvario, descendamos al infierno, y consideremos al hombre rociado primero y bañado con la sangre de Jesucristo, y sumido despues por el pecado entre aquellas llamas abrasadoras, encendidas y alimentadas por la ira eterna de un Dios enojado: no hay pasion que se resista y que no se dome y aniquile en fuerza de la viva y permanente impresion que experimentará nuestra alma.

33. ¡Oh hombre falso y engañado! no te disculpes ya con la vehemencia y los ímpetus de la pasion, que si tienes tan pocas fuerzas contra ella es porque quieres. Procura armarte del esfuerzo necesario para reducirte al verdadero camino de la verdad y permanecer en él; y correspondiendo con fidelidad á la gracia entra en lo interior de tu alma, recoge allí las preciosas reliquias de tu fe y de tu corazon, y á la luz de esta antorcha encendida medita las importantes verdades que he procurado ponderarte, y despues pregúntate muchas veces qué viene á ser el pecado; ese pecado de quien vivo con tan poco recelo; ese pecado que yo cometo ciego á las luces de la fe, sordo á los gritos y remordimientos de mi conciencia; ese pecado cuyas ocasiones apetezco léjos de evitar sus peligros; ese pecado á que me arrojo con tanta facilidad, con tanta paz, con tanta seguridad; ese pecado de cuyos sobresaltos me recobro tan prontamente, de que tan aprisa me olvido, y de que apenas me queda un levisimo recuerdo de haberle cometido. ¿Qué viene á ser, repito, el pecado? eso solo Dios lo puede saber perfectamente, y así solo su Majestad me lo puede declarar. ¿Atreveréme, pues, á preguntar al Altísimo? mas ya me tiene respondido de antemano. La Religion, depositaria de sus oráculos, levanta una espantosa voz que, rompiendo el velo que los encubre, me enseña y me dice que para lavar el pecado vertió su sangre Dios, y para castigarle crió un infierno. ¡Qué formidable espectáculo, gran Dios! ¡Ay de mí, pecador miserable! Ya me parece que asiéndome la mano terrible del Omnipotente me arrebatá y precipita en aquel calabozo y en aquel abismo de horror, de execracion y desesperacion eterna!...

34. De esta verdad de fe, que derramó Dios su sangre para expiar el pecado, se sigue indefectiblemente que para expiacion de este mismo pecado ofreció Jesucristo una satisfaccion infinita; que la malicia del pecado es por sí misma de una gravedad y enormi-

dad que no podemos comprender nosotros, y que en algun modo participa de la infinita grandeza de Dios, á quien ofende; que ningun castigo temporal y limitado seria suficiente, proporcionado é igual á la malicia del pecado. Es así, pues, que por largo y riguroso que fuese en la eternidad este castigo, siempre seria un castigo breve y limitado; luego la pena del pecado siempre será en la eternidad improporcionada é insuficiente; luego siempre se dirá con verdad que el pecado no habrá sido castigado con una pena igual á su malicia; luego para castigar el pecado como él merece es necesario un infierno, y un infierno eterno; luego, segun los principios de la Religion bien entendidos, no tanto condena Dios en algun modo, cuanto se arroja el mismo pecador á las penas y desesperacion eterna. Porque aquel Dios de quien él se apartó se aparta tambien de él; la mano que le tenia suspenso para que no se despeñase en el abismo se retira, y él se precipita agravado con el mismo peso de sus iniquidades; de modo que su mismo pecado le precipita, le mantiene y le fija en el infierno, porque en la infinita y eterna sucesion de los siglos nunca llegará aquel momento en que el castigo del pecador haya igualado con la enormidad del pecado.

35. ¡Oh Dios sacrílegamente ofendido y ultrajado! ¡oh hombres alucinados é insensatos! ¡oh pecado! ¡oh eternidad! ¡oh monte Calvario! ¡oh infierno! Cuando la Religion, amados hermanos míos, nos habla con tanta vehemencia y energía, no debemos nosotros hacer ya otros esfuerzos sino meditar silenciosos y mostrarnos dóciles á la profunda impresion que deben hacer las altas y terribles verdades que nos intima, pues la elocuencia humana solo serviría para distraernos y debilitar su influjo. ¡Qué seria de mí, qué seria de vosotros si causasen en nosotros tan poca conmocion que estuviésemos todavía en estado, yo de hablar, y vosotros de escucharme! No se oiga otra voz que la de nuestras lágrimas y suspiros para suplicar ardientemente al cielo que nos llene y penetre de estas ideas y de estas consideraciones que, aunque al principio nos parezcan duras y desabridas, pronto se convertirán en un abundante y dulce manantial de fuerza y valor, de paz y de sosiego: el temor desterrará las pasiones que constituyen al pecador, y dispondrá y atraerá el amor que constituye al justo y al pecador arrepentido; y encendidos en amor divino solamente consideraremos y meditaremos en aquel Dios que en el infierno castiga la malicia y la enormidad del pecado, para venerar y agradecer las misericordias de aquel dulce Jesús que le expió y satisfizo superabundantemente en el Calvario. Así sea.

SERMON

SOBRE EL ESCÁNDALO.

Quidam autem ex eis dixerunt: in Beelzebub principe demoniorum ejicit demonia. (Luc. xi, 18).

Algunos de ellos dijeron: él expela los demonios en nombre de Beelzebú, príncipe de los demonios.

1. ¡Pluguiere al cielo que no tuviésemos el dolor de ver que aquellos hombres á quien la preocupacion, el celo falso, el orgullo y la perversidad de corazon; aquellos hombres á quien el encono, la envidia estimulaban tanto para oponerse á la doctrina de Jesucristo, para desacreditar sus milagros, para sublevar el pueblo contra el divino Salvador; pluguiere al cielo, vuelvo á decir, que no tuviésemos el dolor de ver que renacen y se perpetúan esos hombres escandalosos que, con la impiedad de sus máximas, con el contagio de sus ejemplos, hacen guerra continua á Jesucristo y á su Evangelio! Pecado de escándalo tanto mas formidable, cuanto es mas fácil de cometer, cuanto es mas horrible haberle cometido. ¡Ay de aquel, decia Jesucristo, que da escándalo! *Væ homini illi per quem scandalum venit* (Matth. xviii, 7)! y la última calamidad, añadía el Salvador, es que el escándalo, que tantos estragos causa, y que se castiga con azotes tan terribles, es un mal necesario en el mundo: *Necesse est... ut veniant scandala*. (Ibid.). Pero ¡ay del que escandaliza al mundo! *Væ homini illi per quem scandalum venit!* (Ibid.). Y ¡ay del mundo tan sembrado de escándalos! *Væ mundo à scandalis!* Dos amenazas que, segun observa san Juan Crisóstomo, nunca deben separar los ministros del Evangelio, porque la una comunica nueva fuerza á la otra. Por enorme que sea el pecado de escándalo, seria menos temible si fuese mas raro; pero un pecado sobre que fulmina el cielo todas sus venganzas, y que tanto ha cundido en el mundo; un pecado que la mas áspera penitencia apenas puede lavar con satisfaccion condigna, es un pecado que pide toda nuestra cautela y toda nuestra vigilancia.

2. Vuelvo, pues, á mi propósito, y ajustando mi discurso al

plan que Jesucristo se ha dignado trazarnos, digo con este adorable Salvador: Tiembla, hombre escandaloso, porque no hay pecador tan culpable en los ojos de Dios como el pecador que es ocasion de pecado á sus hermanos: *Væ homini illi per quem scandalum venit!* Temblad vosotros los que os teneis por libres del pecado de escándalo; porque no hay cosa en el mundo tan comun como ser ocasion de escándalo á sus hermanos: *Væ mundo à scandalis!* Escándalo: ¡pecado enorme! del cual pocos tienen cabal idea. Escándalo: ¡pecado comun! de que pocos están libres: *Ave María.*

Primera parte.

3. ¿Qué viene á ser el escándalo, ese pecado tan comun y tan poco conocido en el mundo? Para que formeis una idea cabal y exacta, considerémoslo por la oposicion esencial é infinita que se halla entre el escándalo y la mayor virtud y mas noble del Cristianismo, quiero decir, el celo apostólico; el celo, esa obra grande de la gracia, ese milagro del amor puro, ese celestial fuego cuyo pábulo solamente son las almas heróicas. Lo que el celo es en el órden de la gracia y de la virtud, eso es el escándalo, permitidme esta expresion, en el órden del vicio y del pecado. De suerte (entended mi pensamiento, porque es el fundamento de esta primera parte), de suerte que para conocer el escándalo no es menester sino conocer el celo, el mérito, los frutos, las recompensas del celo; regla y medida de la malicia, de los efectos, de los castigos del escándalo. Igualdad perfecta entre la santidad del celo y el pecado del escándalo, entre los frutos del celo y los efectos del escándalo, entre las recompensas del celo y los castigos del escándalo. Estad conmigo, pues nunca se os puede tratar materia mas importante ni digna de vuestra atencion.

4. I. Sí, amados oyentes míos; si quereis tener verdadero conocimiento de lo que es un hombre escandaloso, procurad entender lo que es un hombre celoso: en él, en el corazon del apóstol es donde hallaréis rasgos propios para representaros el horror del escándalo. Considerad, pues, cuánto mérito puede alcanzar en la presencia de Dios el celo mas puro en sus principios, el mas vivo y ardiente en sus ímpetus, el mas intrépido en los peligros, el mas constante en las adversidades. Traed á la memoria aquellos Profetas de la ley antigua que en los tiempos de tinieblas y de prevaricacion fueron la columna de la Religion vacilante: los Isaías, los Jeremías,

aquellos hombres á quienes llama la Escritura hombres del Dios de los ejércitos, que lejos de dejarse arrastrar del torrente de la supersticion, intimidando continuamente á las tribus infelices las amenazas del Altísimo, los redujeron tantas veces á la necesidad de avergonzarse de las pueriles divinidades que adoraban, y á honrar con su temor y remordimientos al Dios que habian abandonado.

5. Reparad sobre todo en esos hombres que entre sonoros truenos salen del centro del Sion, en cuyos corazones ha prendido el fuego que acaba de descender del cielo: llevados en alas de estas rápidas llamas penetran las tierras y los mares, vuelan de Oriente á Occidente, de Septentrion á Mediodía; llenos del Dios que los anima no advierten los peligros que á cada paso les asaltan; de todo se olvidan, hasta de su propia salvacion parece que no se acuerdan, dejando el cuidado de ella á Dios, cuyo reino van á establecer en el mundo. No es posible, amados oyentes míos, que imaginéis cosa mas noble, cosa mas alta que esta actividad, que estos ímpetus del celo apostólico: el cielo mismo parece incapaz de criar cosa mas pura, cosa mas santa. Pero el infierno tiene sus portentos, que con su desenfrenada impiedad imitan los milagros de la gracia. Él aborta vicios que pueden competir con las mayores virtudes, y el hombre escandaloso basta para consolarle y hacerle vengado del hombre celoso. ¿Por qué, pregunto, ocupa el cielo el primer lugar entre las virtudes cristianas? Porque el cielo, responde santo Tomás, es una plenitud, una superabundancia de amor en fuerza del cual el hombre apostólico, no limitándose á su propia y personal santificacion, sale de sí mismo para trabajar en la santificacion ajena. Y el escándalo ¿qué es? Ya nos lo enseña el mismo Doctor angélico: es un furor, una vehemencia de vicio y de disolucion que, no cabiendo en el corazon en donde domina, procura derramarse por todos los corazones. Y ¿qué se sigue de aquí? que el escándalo es tambien celo; pero celo de error y de pecado, celo de vicio y de corrupcion, celo que, exceptuando la santidad del motivo y del objeto, está revestido de todos los caractéres del verdadero celo. El hombre escandaloso es el apóstol del vicio, así como el hombre celoso es el apóstol de la virtud: él contrapone celo á celo, ministerio á ministerio, apostolado á apostolado. El escandaloso y el apóstol lidian uno contra otro; no lo he dicho todo: la oposicion que los separa consiste principalmente en la uniformidad que los une: el celoso y el escandaloso luchan entre sí, corriendo ambos con igual ardor por camino diferente.

6. No obstante no os engañéis; no quiero yo exagerar nada. No pretendo que la semejanza entre el celoso y el escandaloso consiste en que este se proponga siempre por primer objeto la perdición de las almas, así como aquel se propone por objeto principal su santificación. Afirmino solamente con santo Tomás que el escándalo considerado en sí es un pecado contra la caridad, del mismo modo que el celo es una virtud según la caridad. La mayor ó menor malicia del corazón, la mayor ó menor perversidad en los designios ó en las intenciones, el mayor ó menor conocimiento ó despejo en el entendimiento aumenta y disminuye el pecado de escándalo; así como la mayor ó menor pureza y vehemencia en los deseos, la mayor ó menor intrepidez y actividad en el trabajo y en los peligros realza ó deprime el mérito del celo. El escándalo es de suyo y por sí mismo tan perjudicial á la Religion, cuanto el celo es provechoso á la piedad; así como el escandaloso no obra menos por sí mismo contra Dios, cuanto por sí mismo obra el celoso por Dios. Entendedme, amados oyentes míos, y ¡permitiera el cielo que lo que voy á decir no comprendiera á nuestro siglo! Confieso que en tiempos menos calamitosos temeria que las pinturas que delineo fuesen recibidas como efecto de un celo crédulo y arrebatado por el sentimiento, y no de la razon desengañada por la experiencia. Yo he visto con dolor huir aquellos tiempos, desvanecerse y dar lugar á otros mas maliciosos. Y si no ignorais los infortunios á que se ve reducida la Religion, bien entenderéis que no he acertado á pintar con colores bastante vivos ni bastante expresivos la desenvoltura de tantos hombres escandalosos que ni piensan, ni hablan, ni escriben, ni dogmatizan, ni hacen alarde de su ingenio y de sus talentos sino para minar los fundamentos de la fe y de las buenas costumbres; para sembrar en las almas el fanatismo de la incredulidad, y destilar en los corazones la ponzoña de la sensualidad. ¡Quiera el cielo que su orgullo desengañado se corra de los vergonzosos elogios de que solamente son deudores á las pasiones, cuyo imperio procuran extender con tanto estudio! ¡Quiera el cielo que se dejen mover y enternecer por los suspiros, por las lágrimas de la Religion, cuyo pecado no puede ser otro para ellos que el exigir muchas virtudes! Acaben ya de entender y de discernir cuál es la gloria mas pura, la mas noble y la mas digna de una alma grande, de un filósofo verdadero, de un virtuoso ciudadano: si la gloria del varon celoso ocupado únicamente en edificar al mundo, ó la gloria del escandaloso indignamente ocupado en estragarle, en pervertirle.

7. El varon celoso no vive sino para Dios, para conservar su culto, para dilatar su imperio, para vengar, para defender su gloria. Los Santos aman á Dios; pero el varon apostólico no se contenta con amarle, sino que solicita que le amen. El escandaloso, pues, hace tanto exceso al pecador, quanto el apóstol al santo. El pecador quebranta la ley de Dios, el escandaloso la destruye; el pecador no rinde á Dios el tributo de obediencia que le debe, el escandaloso, dice Job, mantiene contra Dios una guerra impía y sacrilega: *Contra Omnipotentem roboratus est.* (Job, xv, 25). Así como aquellos hombres abanderizados de que habla el Sábío, que con sus ligas y conjuraciones trastornan los Estados y pisan la autoridad legítima para colocar al tirano en lugar del verdadero señor: *Homines pestilentes dissipant civitatem* (Prov. xxix, 8); á ese modo, segun el profeta Isaías, el escandaloso, menospreciando al Dios á quien debe adorar, quiere erigirse en divinidad que pretende adoraciones: *Lingua eorum et adventiones eorum contra Dominum.* (Isai. iii, 8). Su corazon, añade el profeta Jeremías, su corazon se ha olvidado de Dios, empleando todo su esfuerzo en solicitar que otros le olviden: *Qui volunt facere ut obliviscatur populus meus nominis mei.* (Jerem. xxiii, 27). Hombres que tienen el descaro de jactarse de sus pecados, y la insolencia de hacer alarde de ellos en público; hombres astutos en dar á sus fragilidades el mas bello colorido, y en vestir á la virtud del vil y ridículo traje que es propio del vicio; hombres que abusan de su autoridad y de vuestra condescendencia para haceros ministros de su concupiscencia. Con un amo incuo ó sensual se verán precisados los domésticos (de conciencia sana y timorata al principio, aunque frágil y vacilante; pero con el tiempo alentada y ganada por el interés) á cooperar en sus mas diabólicos intentos, á intervenir en sus mas vergonzosas comunicaciones, á encargarse de sus mas odiosas confianzas, y á vender su felicidad eterna por conservar su fortuna. Un grande del mundo, un amigo de valimiento, un protector poderoso en tanto os hará algun favor, os guardará algun respeto, alguna atencion, en quanto vosotros no guardéis ninguna con Dios; si os resolveis á complacerle, resolveos á desagradarle; para lograr sus beneficios, empezad teniendo parte en sus delitos. Los espíritus libertinos y disolutos se ocuparán continuamente en armar nuevos lazos á la sencillez y al recato: sus conversaciones serán lecciones de incredulidad; sus costumbres ejemplos de irreligion, y manifestando tanto celo contra Dios quanto manifiesta un varon apostólico por hacer la causa de Dios, no

le dejarán mas adoradores sino los que no puedan robarle: *Qui volunt facere ut obliviscatur populus meus nominis mei.*

8. El hombre celoso es el cooperador y el ministro de Jesucristo para la santificación de las almas; el escandaloso es el cooperador y el ministro del infierno para aniquilar la eficacia de la cruz y la redencion de Jesucristo. Almas perversas, que siendo maestras de una moral licenciosa y depravada, que procuran sustituir en lugar del Evangelio del divino Salvador, no se avergüenzan de contraponer sus propios ejemplos á los ejemplos de aquel Señor, sus máximas á sus máximas, su autoridad á su imperio, sus zumbas á sus venganzas. Venid, pues, rompiendo las olas de sangre que inundan el monte santo, venid hasta el pié de la cruz á disputarle á Jesucristo esas almas tan tiernamente amadas, compradas á tanta costa: venid á arrancárselas de esos brazos, venid á ofrecer á los ojos difuntos de ese Dios moribundo la escena mas trágica: un José, un Benjamin, robados á Jacob; el insolente Joab que se presenta á David bañadas las manos con la sangre todavía caliente de Absalon; un hijo mas amado que Isaac espirando á vista de un padre mas tierno que Abraham. ¡Ay, cristianos míos! si la Religion no reconoce otro mérito mayor que el mérito de un apóstol que gana, que da almas á Jesucristo, ¡qué pecado mas enorme que el del escandaloso, que sacrifica á la impiedad las almas por quien Jesucristo sacrificó su propia vida! ¿Sobre quién sino sobre el escandaloso corrian las lágrimas de san Pablo, considerando los estragos que causaban ya en la Iglesia aquellos espíritus de mentira, que él llamaba con lágrimas en sus ojos enemigos de la cruz de Jesucristo? *Fleus dico inimicos crucis Christi.* (Philip. III, 18).

9. El varon celoso es en el mundo la imágen mas viva de Dios, de las virtudes y de la santidad. No hay vicio que no combata, no hay abuso que no persiga, no hay error que no destruya: la alta dignidad del pecador no le intimida para levantarse contra el pecado: el delito entronizado oye las reprensiones de Juan Bautista. El hombre escandaloso es, segun la expresion de san Pablo, imitador del espíritu de las tinieblas y del pecado: *Cujus est adventus secundum operationem Satanæ.* (II Thes. II, 9). Tan perseguidor como él de los Santos, tan enemigo de la virtud, tan destruidor de la Religion, tan homicida de las almas, procurará muchas veces pervertirlas con la misma y mayor solicitud que aquella con que un apóstol se desvive por santificarlas. No hay alma incauta que no pervierta, no hay alma crédula que no engañe, no hay alma tí-

mida que no amedrente, ni alma irresoluta que no determine, ni alma inexperta que no derribe á un precipicio, ni alma flaca que no impela, que no precipite en un abismo. El varon apostólico se hace todo para todos, para ganarlos todos á Jesucristo ; y el escandaloso se hace á todos los genios, adopta todos los caractéres para perderlos. Trátase de desquiciar una alma firme en su obligacion, de ahogar la voz de la conciencia y del honor, de triunfar del recato, de la razon : ¡qué astucias! ¡qué artes! ¡qué insinuaciones! ¡qué constancia! ¡qué perseverancia en vencer obstáculos! ¿Cuántas veces un escandaloso tan acalorado en sus designios prevaricadores como pudiera un apóstol en los proyectos de convertir almas, sin otra inclinacion, sin otro interés que el odio de la virtud, escandaliza no mas que por escandalizar? Pero yo me engaño. Solo es propio del justo olvidarse de sí, renunciar á sí mismo, y con todo esto no dudo asegurar que la grandeza y nobleza del desasimiento del varon celoso apenas iguala á la maldad y á la abominacion que embebe la osadía que alienta al hombre escandaloso. Los impíos, dice san Jerónimo, no pueden tolerar la piedad ; todo su anhelo es destruirla, aniquilarla, para sepultar, si es posible, los remordimientos de su conciencia y la infamia de sus vicios en las ruinas de la virtud. Todos los dias se nota en el mundo que luego que un hombre sacude el yugo de la fe no tarda en subir de discípulo de la disolucion á maestro consumado : sobrecogido, espantado de verse solo, procura asegurarse con la prevaricacion de muchos : aplícase á persuadir á los demás, para quedar él mismo persuadido : con la esperanza de sofocar las dudas que le desasosiegan, por medio de la seguridad que procura inspirar á los demás, se burla de la credulidad, insulta la docilidad con mil donaires que le suministra una imaginacion agitada y acalorada por la pasion : ridiculiza la sumision humilde de la sabiduría cristiana, y pudiendo decir con san Pablo, aunque en diverso sentido, que no tiene otro deseo mas ardiente que reducir á todos los espíritus á seguirle por el camino que él lleva, no sosiega hasta que afianza su débil convencimiento con el patrocinio y apoyo del convencimiento ajeno : *Operto... omnes... fieri tales qualis et ego sum.* (Act. xxvi, 29). Apenas una doncellita desampara los caminos del pudor y de la modestia, del recogimiento y de la oracion, de la leccion espiritual y frecuencia de Sacramentos, cuando se irrita contra toda devocion, porque ve en ella la censura de su conducta actual, porque le pone delante una imagen vivísima de su conducta pasada : ya no per-

dona diligencias, conversaciones, ejemplos, murmuraciones, sátiras para ganar imitadores de su veleidad : *Opto... omnes... fieri tales qualis et ego sum*. Y si se encuentra alguna alma tan intrépida que resista á la violencia del torbellino, es el objeto del odio de aquellos impíos corazones, cuya estimacion se pierde á proporcion que se merece mas ; de aquellos corazones que, poseidos de los diabólicos furors del infierno, ni pueden desprenderse de sus vicios ni perdonar sus virtudes. Hombres sacrificados y vendidos á la maldad, que en nada tienen el ser esclavos del pecado, si no logran el insensato honor de ser modelos de él ; que no solamente son pecadores y grandes pecadores, sino que el escandaloso, hablando propriamente, es el hombre de pecado : *Homo peccati*. (II Thes. II, 3). En él se hallan todos los caractéres que describe san Pablo : orgullo necio para disputar á Dios sus derechos y su imperio : *Qui adversatur, et extollitur supra omne quod est Deus* (Ibid. 4) : oposicion á la gracia y á la redencion de Jesucristo, á su doctrina, á sus virtudes, á sus milagros, á su gloria, al honor que se le tributa ; que no parece sino que estimulado del odio personal, de la emulacion y competencia, desea derribar sus templos, abolir su culto, fijar su trono en su altar, y reinar en su lugar en su santuario : *Qui adversatur* ; la habilidad de engañar y de perder las almas : *In omni seductione iniquitatis*. (Ibid. 10). Digo habilidad de perder las almas, porque es tal la eficacia, tal el contagio del escándalo, que no son menos repetidas sus victorias, no se extienden menos sus conquistas que los triunfos del celo mas fructuoso. Segundo carácter de oposicion y de semejanza al mismo tiempo entre el hombre celoso y el hombre escandaloso ; igualdad perfecta entre los frutos del celo y los efectos del escándalo.

10. II. No esperéis, amados oyentes míos, que me pare á ponderar los frutos del celo apostólico. ¿Quién de vosotros ignora que por el ministerio de los Apóstoles se cumplió aquel oráculo de Jesucristo, que desde lo alto de su cruz llamaria á todas las naciones, y que las naciones le responderian con pronta sumision ? La tierra, bañada con sus lágrimas y sangre, produce de repente un nuevo pueblo : el corazon humano, despertando del alietargado sueño que por espacio de tantos siglos le alimentó con delincuentes devaneos, se avergüenza de sus dioses y de sus pasiones. ¿Ocuparéme en presentaros los obstáculos, los peligros que á cada paso asaltaron á los Apóstoles en las peregrinaciones de su celo ? los cadalsos levantados, las hogueras encendidas, todo el furor de los pueblos

fomentado por todo el poder de los príncipes y hecho cristiano el mundo á pesar del mundo? ¿Ocuparéme en haceros ver la gloria que redundaba á la Religion de las costumbres de los fieles y la tierra casi tan santa como el cielo? ¡Oh felices dias! dias de paz y de inocencia! dias tanto mas dignos de nuestros sentimientos, cuanto que acaso no nos merecen ninguno! Pues qué, ¿pasaron para nunca mas volver? ¿Qué es lo que somos? ¿qué es lo que sois? Estuve determinado á llamaros cristianos; pero hubiera profanado este augusto nombre, nombre que él solo seria una censura tan viva de los vicios y pasiones que le deshonoran, que no tendríais valor para sufrirla sin llenaros de rubor, sin indignaros contra vosotros mismos. ¿Qué tierra hay mas llena de ídolos que la tierra del Dios de Israel? ¿Qué pueblo hay menos santo que el que lleva este título? ¿En dónde se conocen odios mas feroces, amistades mas desleales? ¿En dónde es la ambicion mas desapoderada, la ociosidad mas desidia y sin accion? ¿En dónde los amores mas locos, las destemplanzas mas sin rienda? ¿En dónde el interés mas insaciable, la política mas dolosa? ¿En dónde las pasiones que mas degradan la razon y la humanidad, reinan con mas desenvoltura que en el centro del Cristianismo? Aquí, en medio de nosotros, habia de comparecer el Profeta, á quien el dolor sugirió expresiones tan patéticas para lamentar las calamidades de Sion. ¿Cómo han oscurecido la gloria de Jacob sombras tan densas? *Quomodo obtexit caligine Deus filiam Jacob?* (Jerem. 11, 1). ¿Cómo se esclavizó aquella ciudad santa que habia triunfado de tantas naciones? *Princeps provinciarum facta est sub tributo.* (Ibid. 1, 1). Jerusalem dos veces desdichada: una por las calamidades que lamenta, otra por ser artífice de esas mismas calamidades que llora. No habia para qué hubiera jurado el mundo la extirpacion de la Religion, pues acostumbraba despreciar las fuerzas extranjeras, no tenia que temer sino los escándalos domésticos, y el Cristianismo no podia fenecer sino por los cristianos.

11. En efecto, ¿cómo se ha fraguado esta grande revolucion? Permitidme que lo declare, amados oyentes míos. El fervor y la piedad se han ido menoscabando en la república cristiana, así como vemos que va decayendo y desapareciendo poco á poco en los cuerpos mas santos. Lo que insensiblemente ocasiona la decadencia de las fundaciones mas austeras es que cada particular introduce en el claustro alguna parte del espíritu del mundo. Este introduce un fondo de ociosidad enemiga de la penalidad del trabajo. Aquel un

amor á su propia comodidad, á quien desaniman y acobardan los rigores de la penitencia. El uno entra con un ingenio arrogante y altanero que se sujeta por fuerza al yugo de la obediencia; el otro con un corazon tímido y pusilánime, á quien espantan las fatigas y peligros del ministerio apostólico, y de todas estas pasiones incorporadas, de este conjunto de humanas fragilidades que mutuamente se comunican, se forma imperceptiblemente un espíritu de mundo y de deseos viciosos, que prevalece sobre el espíritu de regularidad. Rara vez trasciende el fervor primitivo á la segunda generacion, la cual con mas ansia acepta la funesta herencia de relajaciones de los que le adoptaron que la sucesion de sus virtudes; herencia infeliz que ella aumenta y traslada al pueblo que le sucede, engrosándola este por su parte; á este modo los rios caudalosos pierden alguna parte de su claridad al paso que se van apartando de su nacimiento.

12. Imágen verdadera de la decadencia de la piedad en la congregacion de los fieles, y de los estragos que ocasionan en ella los escándalos. Cuanto mas creció el número de los cristianos, mas se resfrió el espíritu del Cristianismo. Entraron las naciones en el santuario, y trajeron consigo sus vicios. La Grecia introdujo las traiciones de su política, la hinchazon de su vana sabiduría, las declamaciones y sutilezas de su filosofía orgullosa, las veleidades y alternativas de su inconstancia. Roma introdujo los bulliciosos deseos de su ambicion, los soberbios desórdenes de su fausto, la pompa y la ostentacion de su profanidad, el embeleso y la embriaguez de sus placeres. Los bárbaros trajeron la inmoderacion de sus brutales destemplanzas, los furores sangrientos de sus odios, el mortal frenesí de sus duelos. Cada pueblo entró cargado de su genio, cada particular de sus inclinaciones, y luego empezó la zizaña á sofocar el grano puro. Los discursos, las modas, las costumbres de los cristianos pusieron en olvido las leyes del Cristianismo: los ejemplos del vicio que se notaban entre los paganos, léjos de convidar con algun incentivo, causaban horror: se hubieran corrido de vergüenza los cristianos de imitar la conducta de unos hombres cuyos dioses menospreciaban; pero se domiciliaron despues entre nosotros, y adquirieron la fuerza y autoridad que les faltaba para corrompernos.

13. Porque aplicad vuestra atencion, amados oyentes míos, á este nuevo rasgo de conformidad entre los frutos del celo y los efectos del escándalo. Lo que en el nacimiento del Cristianismo cons-

terpó á las pasiones fue la multitud de virtudes que se admiraron en los Apóstoles y en sus primeros discípulos : en unos hombres á quien la educacion, las preocupaciones y todas las razones de la propia conveniencia y de la gloria apartaban de aquella misma religion austera é inflexible que predicaban con tanto valor y practicaban con tanta religiosidad ; en unos hombres que era imposible hubiesen venido á la Religion sino contradiciéndose á sí mismos, ni que la hubiesen adoptado sino renunciándose á sí mismos, ni que la hubiesen fundado sino aniquilándose á sí mismos. Ahora, pues, lo que por un efecto contrario, aunque conforme con los sentimientos naturales del hombre, restituyó á las pasiones su libertad, fue que hasta en el centro de la Religion hallaron apoyo para hacerse fuertes contra los anatemas del Evangelio : fue verse autorizadas con tantos ejemplos, justificadas con tantas máximas, con tantas cavilaciones, con tantas sutilezas ; fue verse respetadas con tantas y falsas razones de edad, de estado, de gloria y de reputacion ; fue ver que los mismos que creian en el Evangelio no obraban segun él. Por lo demás, bien sabeis que este funesto imperio de las pasiones se derrama y perpetúa por los mismos caminos por donde se establece. Al primer paso que da en el mundo un jóven vergonzoso y modesto, se levantan al rededor de él mil voces escandalosas. Ciertos hombres, profetas de la mentira, maestros habilísimos en el arte de viciar los mas felices naturales, afectarán al principio un aire de benigna condescendencia con su candor, con la sencillez de sus virtudes ; disimularán con su piedad, teniéndola por flaqueza de la edad, que la madurez llegará á corregir y vencer ; despues de abrasado con estas desdeñosas condescendencias mas picantes que las mas pesadas burlas, le advertirán que las virtudes que honran á la infancia deshonoran á la juventud ; que tener tanta noticia del Evangelio da á entender que no se sabe bastante de mundo ; que la verdadera cordura consiste en proceder juiciosamente segun su estado y condicion, segun las máximas y los principios de su profesion ; que en la milicia no es menor cobardía manifestar que se teme á Dios que á los peligros, disponerse á la muerte que huir de ella, mostrar tanta delicadeza de conciencia como mostrarse de poco corazon ; que el cortesano no conoce otro dueño que el favor, otros amigos que los que proporciona la fortuna, otra sinceridad que la que permite la política. Á los que profesan las ciencias dirán que el entendimiento se manifiesta en dudar, y no en creer. Dirán que el gran talento, el mérito singu-

lar de una señorita jóven es saber agradar ; que una circunspeccion muy mirada, muy escrupulosa , que no despierta las pasiones ajenas, es casi tan despreciada en el gran mundo como haber caído en una fragilidad , y que no es menor gloria conquistar y robar corazones que saber cautelar y defender el suyo propio.

14. Esto es, cristianos, como llevo dicho, y no excuso de repetirlo, lo que ha perdido y pierde á la Religion : ésta es la tentacion á que se resiste menos ; esta la tentacion á que es mas difícil de resistir ; tentacion que, como observa san Cipriano, en el alma mas timorata produce un incentivo al vicio casi invencible, cuando el delito no solamente le es excusado y tolerado, sino aplaudido, venerado, justificado, y en algun modo recomendado por la autoridad del mundo : *Ubi vitiiis jam non excusatio datur, sed auctoritas*. Porque se hallará quien se resista á todas las inclinaciones, y no se resistirá contra el ejemplo y las máximas del mundo ; desprendido de los honores por desengaño y por razon, los solicitará con ansia por condescender con los extravagantes caprichos de los hombres, y sin ambicion será ambicioso. Los grandes, afables y humanos por su natural, se revestirán de altanería y aspereza por razon de estado. Otro naturalmente desinteresado solicitará, anhelará por riquezas, no tanto por disfrutar las comodidades que traen consigo, como por gozar de los respetos y acatamiento que se les tributa : el caballero mas atento con Dios y con su príncipe sacrificará las obligaciones de cristiano y de vasallo, su fortuna, su conciencia, al furor insensato de los duelos que sola la costumbre mantiene contra todos los anatemas del cielo y de la tierra. El pudor religioso se familiarizará con las jocosidades mas indecentes, é imponiéndose acaso una estrecha ley de no contestar, fundará reprehensiblemente su honor en aparentar que lo entiende todo ; porque ¿qué no alcanzará de nosotros la flaqueza humana, ese pánico terror de singularizarse ? ¡ Oh, y cuán raro es que amemos la virtud hasta sacrificarle el deseo que tenemos de ser estimados ! *Deplorandus ille status est, ubi vitiiis jam non excusatio datur, sed auctoritas*.

15. Esta es la tentacion de donde toman su mayor fuerza las demás tentaciones. El hombre, segun la reflexion de san Agustin, menos se gobierna para obrar y pensar por lo que pasa dentro de sí, que por lo que le sucede exteriormente. De aquí nace, continúa este Padre, que para reformarnos quiso Jesucristo hablar á nuestro corazon con la gracia, y juntamente á nuestros ojos con sus ejemplos, suavizándonos la repugnancia de la obediencia con el

gusto de la imitacion. ¿Qué es lo que hace, pues, el príncipe de las tinieblas, pregunta Orígenes? Viéndose imposibilitado de manifestarse por sí mismo, busca hombres que se revistan de su oficio, hombres que hablen en su nombre á los demás hombres; *Dæmones quærunt organa, per quæ operentur scandala*. Porque sin este auxilio, sin estos oficios que le prestan los hombres escandalosos, el vicio mas halagüeño á la pasion sobresaltaria á la razon; las delicias que promete vendrian á estar muy caras por el oprobio que resultaria de ellas: para un hombre capaz de dar la ley en pecar, mil no tienen disposicion sino para recibirla; no es fácil resistir largo tiempo á la voz de la conciencia autorizada con la voz del mundo, y pocos se disimularian sus desórdenes, si llegasen á esperar que se les disimularia su piedad: *Dæmones quærunt organa, per quæ operentur scandala*. Esta es la tentacion que inutiliza las gracias mas eficaces; este el escollo en donde naufragan los propósitos de conversion mas sérios. Sucede que nosotros, ministros del Evangelio, destinados á solicitar la santificacion de los fieles, penetramos con nuestra palabra, por mas pecadores que somos, una alma que se dignó herir la gracia de Jesucristo: conmovida, agitada, derretida, sus suspiros, sus lágrimas nos pronostican que ya llega el feliz momento de reducir al rebaño esta oveja perdida: *In modico suades me christianum fieri*. (Act. xxvi, 28). Pero el temor de un protector de cuya mano depende su fortuna; un volver la vista á esos hombres formidables que son como los árbitros de la reputacion y del favor público, hombres que tienen sumo interés en acreditar el libertinaje para que se abstenga de desacreditar y abatir la virtud, no es menester mas: este corazon se nos desliza de entre las manos, huye gimiendo, no dejando á nuestro celo otro consuelo que las lágrimas que derramamos sobre una alma que se hubiera vuelto á Jesucristo, si el tiránico imperio del escándalo le permitiera tener dominio sobre sí. Esta es la tentacion contra la cual por ser tan vehemente y tan terrible no nos ha dejado Jesucristo otra cautela que la fuga. Las conexiones mas lisonjeras á la vanidad, las mas útiles al interés, las mas autorizadas por razon de estado, las mas recomendadas por la sangre y la naturaleza, si fuesen para tí piedra de escándalo, sin consultar tus fuerzas, sin contar con la gracia, aunque seas por otra parte un profeta, un ángel, no hay arbitrio, es indispensable romper esos lazos; y tente por vencido, solo por exponerte á pelear: *Si oculus tuus scandalizat te, erue eum*. (Matth. xviii, 8).

16. Esta es la tentacion que forma en nuestros dias un impedimento para la salvacion del medio mas poderoso de santificarse, quiero decir, del trato y de la comunicacion. El Apóstol nos enseña que fue establecida para que los hombres se santificasen con los hombres; para que la vergüenza y la modestia de la esposa fiel ganase para Jesucristo al esposo infiel; para que la religion de los padres corriese con la sangre en las venas de los hijos; la santidad de los reyes constituyese la de los reinos; los buenos ejemplos resultasen en los mismos que los hubiesen dado por la fidelidad de los que los habian recibido, y para que la piedad de los particulares se nutriese y fortaleciese con el aparato de la piedad pública. Pero despues que han prevalecido los escándalos, no tiene el hombre mayor enemigo que el hombre: pocas son las virtudes que se atreven á manifestarse al público en este mundo estragado; la virtud mas pura flaquea luego, y despues de haber tratado con el mundo no se halla por lo comun con toda su integridad. En el dia de hoy para conservarse en gracia de Dios, como si no fuese bastante tener que domar su propio corazon, necesita cada hombre quedar vencedor de todos los hombres. De este modo lo que el infierno hubiera intentado en vano lo obra el hombre escandaloso á beneficio del mismo infierno, destruyendo, aniquilando los frutos del celo apostólico. Hicieron los Apóstoles un mundo de fe y de santidad de un mundo de pecados, de pasiones y de supersticiones; y este mundo de fe sumisa y dócil le ha convertido el escándalo en un mundo de irreligion y de impiedad, en un mundo de cismas y de herejías, en un mundo de disputa y de altercacion, en un mundo de filosofía presumida y soberbia, en un mundo de curiosidad que todo lo quiere saber, y de libertinaje que nada quiere creer. Este mundo de fervor y de santidad el escándalo le ha convertido en un mundo de glotonerías y destemplanzas, en un mundo de injusticia y de falsedad, en un mundo de ambicion y de codicia, en un mundo, dice san Cipriano, que tiene á mucha honra no conocer á Dios, y que muchas veces nos imputa á delito el que le conozcamos: *Impune non colitur Deus*. Los Apóstoles plantaron en un mundo idólatra virtudes desconocidas al hombre, y el escándalo siembra en un mundo cristiano abominaciones desconocidas á los mismos gentiles; los Apóstoles fundaron el reino de Jesucristo sobre las ruinas de la supersticion, pero el escándalo ha dado un paso mas adelante; el Cristianismo sobrevive á su decadencia, y Jesucristo es ultrajado por su pueblo; los Apóstoles triunfaron del

mundo, pero el hombre escandaloso triunfa de los Apóstoles : tanto mas desgraciado en esto, cuanta es mayor la felicidad con que se logran sus designios, pues sus efectos serán la medida de su castigo. Igualdad perfecta entre los premios del cielo y los castigos del escándalo ; tercer rasgo de oposicion y de semejanza entre el varon celoso y el hombre escandaloso.

17. III. El varon celoso es por dos títulos hijo de bendicion y heredero del reino, porque á la fidelidad con que observa la ley añade el celo con que procura que otros la cumplan : *Qui autem fecerit et docuerit, magnus vocabitur.* (Matth. v, 19). El escandaloso es por dos títulos hijo de perdicion, hijo de ira y de maldicion, porque á la concupiscencia con que se entrega en manos del pecado añade la impiedad con que le extiende y propaga. En efecto, si el hombre flaco y frágil, dice san Juan Crisóstomo, pervertido por el pecado no halla misericordia en la presencia de Dios, ¿con qué furor se vengará su divina Majestad del hombre prevaricador que allana á otros los caminos de la maldad, que los arrastra y precipita en el abismo del pecado? Si la vehemencia de la tentacion no disculpa á una alma incauta que se dejó engañar, ¿qué excusa alegará una alma vendida á la iniquidad, una alma que haciendo en el mundo el oficio del tentador con zumbas sacrilegas, con desprecios arrogantes, con desdenes que ultrajan, con máximas que pervierten, derramó en castos y puros corazones el tósigo de la culpa? Si para perderse eternamente basta no haber amado la virtud, ¿qué será haberla perseguido?

18. Pero yo doy un paso mas adelante. La Escritura nos dice que en la consumacion de los siglos derramará Dios copiosamente el vaso de su furor sobre esta Babilonia que se ha bañado en la sangre de los Mártires de Jesús ; que aquellos famosos tiranos que se propusieron exterminar en la cuna la Iglesia recién nacida los expondrá á la vista de todos para oprobio y terror eterno. Puesto, pues, el tirano al lado del hombre escandaloso, no parecerá tirano : al escandaloso le conviene con propiedad lo que se dice en el Apocalipsis, que se le dió facultad para hacer guerra á los Santos, y vencerlos : *Est datum illi bellum facere cum Sanctis, et vincere eos.* (Apoc. XIII, 7). Los Césares idólatras, advierte san Agustin, defendieron sus falsos dioses con decretos sangrientos ; la Religion triunfó de los dioses y de los Césares de Roma ; pero el escandaloso ha ocupado el lugar de aquellos verdugos del género humano, y sus engaños han sido mas eficaces que todo su poderío. La espa-

da del tirano arraigó la fe, y el escándalo la ha extirpado : á la espada de los tiranos se deben grandes virtudes y grandes Santos ; y el escándalo es autor de grandes delitos y de grandes pecadores : hicieron guerra los tiranos, y fueron vencidos ; pero el escandaloso pelea y triunfa : *Est datum illi bellum facere cum Sanctis, et vincere eos.* ¿Qué replicaréis, pues, exclama el grande obispo de Barcelona, qué responderéis cuando delante de los pueblos congregados os dé en rostro la Iglesia, no de haber martirizado á tantos, sino de haber ocasionado la apostasia de tantos ; no de haberle robado los justos, sino de haberla despojado de su santidad : *Excusaberis, cum te Ecclesia dixerit suae cladis auctorem?* ¿Pensais que Jesucristo no ha de vengar á la Iglesia su esposa ? Y ¿cómo pensais que la vengará ? Oid á ese divino Salvador como declara que le hubiera estado mejor al hombre que escandaliza al menor de sus hermanos haber evitado con su muerte el dia de su pecado, sumergido en los abismos mas profundos del mar : *Expedit ei ut... demergatur in profundum maris.* (Matth. xviii, 6).

19. Tened presente que es principio innegable en la moral cristiana el que sienta san Agustin : que el escandaloso será castigado por todas las culpas de todos los hombres que hubiese inducido á pecar : *Quantos cumque ad iniqua opera provocaveris, cum tantis et pro tantis perpetua supplicia sustinebis.* Con que aun no dije bastante diciendo que las recompensas del cielo serán la medida de los castigos del escándalo. Los premios que recibirá el varon apostólico serán menores en cierto modo que los tormentos con que será castigado el escandaloso ; no porque la severidad de las venganzas de nuestro Dios sea mayor que la munificencia de sus dones, sino porque las virtudes de un hombre santo no son tan propias del varon apostólico como los vicios del pecado lo son del escandaloso. Así lo reconoce el Doctor de las gentes. El apóstol que habla no es nada, la gracia que mueve lo es todo : él exhorta, pero no persuade ; enseña la virtud, pero no la comunica ; confunde las pasiones, pero no las quita : el escandaloso sugiere el conocimiento, é inspira el amor del vicio, despierta las pasiones, las irrita, las aumenta. Con que el apóstol no es mas que el ministro de la salvacion y de la gracia, y el escandaloso autor y consumidor de la perdicion y del pecado. Síguese, pues, de aquí que si en el peso del santuario se añaden á las virtudes del apóstol las virtudes de los que él santificó, serán contados é incorporados mucho mas íntimamente con los pecados del escandaloso los delitos de los que per-

virtió; delitos que son tan suyos como los propiamente suyos, pues es evidente que, segun enseña san Cipriano, los pecados del hombre que da el escándalo, y los pecados de los que le reciben, componen un solo cuerpo de pecados: *Unum faciunt et agentium et aspicientium crimen.*

20. ¡Qué abismo, cristianos! ¿Quién podrá sin estremecerse mirar el precipicio que se han abierto á sí mismos tantos hombres infelizmente famosos por sus escándalos? ¡esos autores de cismas y herejías que han defraudado á tantas naciones de la esperanza del cielo, desmembrándolas de la unidad de la Iglesia; hombres cuyo nacimiento quedará escrito en los fastos de la Religion para servir de época á la perversidad de las costumbres y á la decadencia de la fe! El escándalo de un hombre solo ha sido funesto alguna vez casi para todos los pueblos, casi para todas las edades, y ¡pluguiese al cielo que para pintar el contagio del escándalo tuviese yo necesidad de recurrir á tiempos remotos y á ejemplos extraños! ¿De dónde nacen, y cómo han tomado cuerpo entre nosotros esos progresos tan rápidos del libertinaje y del ateismo? Ya hubo un hombre de ingenio superior y arrogante¹; hombre á quien de todos los talentos que constituyen á los hombres grandes solamente le faltó el de no abusar de ellos: entendimiento vasto y universal que casi nada ignoró de cuanto puede saberse, que solamente quiso estudiar para hacerse dudoso é incierto todo lo que se sabe; hábilísimo en hacer problemática la verdad, en desatinar la razon y desatentarla con el raciocinio, en dar claridad y verter gracias sobre las materias mas oscuras y mas abstractas, en derramar sombras y tinieblas sobre los mas sencillos principios; entendimiento aplicado únicamente á burlarse del entendimiento humano, ocupado unas veces en resucitar del olvido y rejuvenecer los antiguos errores, como para forzar al mundo cristiano á que volviese á alimentarse de los delirios y supersticiones del mundo idólatra; trabajando otras veces con felicidad en contraminar los fundamentos de los nuevos errores, siéndole tan fácil defender como destruir: nada deja ver-

¹ Pedro Bayle, que nació á 18 de noviembre de 1647 en Carla, pueblo del condado de Foix en Francia, de padres protestantes que le criaron en la religion reformada; pero desengañado de sus delirios la abjuró en Tolosa el año de 1689, y abrazó la religion católica, en la cual perseveró solamente diez y ocho meses, pues su inconstancia le volvió á la secta de sus padres, para no profesar acaso ninguna despues. Murió prófugo en Rotterdam á 28 de diciembre de 1706 de edad de cincuenta y nueve años.

La obra mas célebre de las muchas que escribió es el *Diccionario crítico.*

dadero, porque todo lo viste con los mismos colores de la verdad: enemigo siempre de la Religion, bien sea que la impugne, bien parezca que la defiende, nada aclara sino para confundirlo, nada impugna sino para oscurecerlo: si ensalza la fe, es para degradar la razon; si ensalza la razon, es para hacer guerra á la fe: así nos va insensiblemente guiando por diferentes caminos á un mismo término, esto es, á no creer nada, y á no saber nada; á despreciar la autoridad, y á desconocer la verdad; á consultar solamente con la razon, y á no darla oídos. Obras tan perjudiciales para el hombre de bien como para el cristiano. ¿Por qué no habrán perecido sumidas en el sepulcro del autor? ¿Cuántos estragos no causan todos los días en una juventud inconsiderada, á quien el cebo de una curiosa temeridad introduce en su laberinto, cuyas entradas y salidas es incapaz de entender, y á quien los primeros fuegos de unas pasiones que empiezan á brotar disponen para abrazar con ansia unos principios que libertan al entendimiento del yugo de la fe y al corazon del imperio de la razon? ó antes, ¿á cuántos han movido su gloria y reputacion á seguir sus pisadas, sedientos de adquirir fama, aunque poco dignos de sucederle en la carrera que abrió para tanto mal? La diferencia de tiempos recompensa la desigualdad de talentos. Él tomó el pulso á su siglo, siglo de verdadera ciencia y de erudicion sólida: comprendió que no se le lograrían sus intentos sino con la sutileza del raciocinio; y armado de las apariencias mas engañosas tomó la resolucion de sumergirse en la profundidad de sus meditaciones y en las densas tinieblas del sofisma. Era necesario meditar, reflexionar para seguir el hilo de sus ideas; era necesario perspicacia para no caer en el lazo; era necesario ingenio aun para perderse con él. Por esto sus escritos, poco inteligibles á la multitud, lograron pocos lectores, sin embargo de la infinidad de admiradores que le ganaron aprobaciones de la primera calidad; de suerte que es menos temible este hombre y menos perjudicial por sí mismo que por la emulacion y crédito que le han dado sus rivales y sucesores. Estos¹, dignos de un siglo frívolo y de veleidad, saben que les dispensa del trabajo de las pruebas y argumentos; que solamente les impone el de resolver y decidir; que su indolencia y desidia se hallan bien con que en lugar de discursos profundos no necesitan usar sino de ciertos vislumbres y llamara-das de imaginacion fáciles de entender; no ignoran que para con-

¹ Voltaire, y toda la caterva de los que se llaman filósofos modernos.

vencer á ingenios superficiales basta que le sazonen con algunas zumbas, con algunas ironías, con algunos donaires aquellas materias que no quieren creer, y que les exornen y vistan galanamente las que desean creer. Sus escritos no piden sino lo que todos están en estado de conceder, esto es, pasar ellos la vista pronta y velozmente; porque brindan con lo que todos gustan y solicitan, entretienen, y no piden aplicacion: no habrá quien despues de haberlo leído no se quede en su memoria con algun chiste, con algun dicho agudo; y, viéndose deslumbrado, creará que queda ilustrado y convencido. De este modo ayudados sus discípulos, y favorecidos por las circunstancias, adelantan y trabajan en perfeccionar la revolucion que empezó y preparó su maestro. No era mas de un hombre, dice la Escritura, hablando de Acan: *Ille erat unus homo* (Josue, xii, 20), y uno solo fue la ruina de casi todo Israel: *Atque utinam solus periisset in scelere suo.* (Ibid.).

21. Bien sé que hay pocos hombres reos de semejantes escándalos; pero los escándalos mas leves causan frecuentísimamente terribles efectos. Acaso no fue mas que un consejo que os dictó el odio demasiadamente enardecido, ó la amistad demasiadamente officiosa; mas el primer pecado que se siguió de él ¿de cuántos pecados fue causa? Acaso no fue mas que una noticia indiscreta; pero ¿qué discordias, qué antipatías, qué alborotos ocasionó y qué incendio levantó aquella centella? Acaso no fue mas que una ligera murmuracion; pero ¿y tantas sospechas que engendró, tantos juicios temerarios, tantos desprecios del prójimo, tantas calumnias, tantos insultos, tantos ultrajes que provinieron y se originaron de ella? Acaso no fue mas que una chanza sobre la devocion; mas ¿si la oyó una alma tímida y pusilánime? Acaso no fue mas que una conversacion casual contra la Religion; pero ¿y si llamó la atencion de algun espíritu curioso é indócil, de algun espíritu empeñado ya en repudiar un Evangelio que le condena y reprueba á él? Acaso no fue mas que un ejemplo de fragilidad; pero ¿si los de ahí tomaron ocasion para pecar han dado ya tantos malos ejemplos? Porque el escándalo es una especie de pecado original, es un fuego que encendido una vez, si halla en las pasiones pábulo que le nutra, se perpetúa, abrasa todas las edades, y, penetrando siglos, llegará alguna vez á consumir y devorar la última descendencia. Cada uno despues da y recibe escándalo: aquel á quien tú engañaste á su tiempo se hace engañador; y hallándose perito en esa ciencia que aprendió de tí enseñará á los demás lo que tú le enseñaste. De esta

manera por una sucesion fatal el escándalo de un momento pasará á ser escándalo de innumerables años. Todos estos pecados, dice ahora san Agustín, se originan de vosotros, pues todos volverán á vosotros. El varon celoso será premiado por las virtudes que practicó, y por las que hizo practicar; y el escandaloso será castigado por los pecados que cometió, y por los que hizo cometer. Conclu-yamos. Igualdad perfecta entre la santidad del celo y el pecado de escándalo, entre los frutos del celo y los efectos del escándalo, entre las recompensas del celo y los castigos del escándalo. ¡Luego pecado, pecado de escándalo, pecado enorme! Ya podeis, pues, ahora haber formado cabal idea de él. Pecado de escándalo, pecado comun, de que pocos se hallan libres: *Væ mundo à scandalis!*

Segunda parte.

22. Vivís persuadidos de que estais libres del pecado de escándalo, porque no teneis intencion de escandalizar, porque ni aun quereis escandalizar, porque no se advierte en vuestra conducta nada que pueda escandalizar, porque en efecto no escandalizais. Pero yo os digo que pocos hombres se eximen del pecado del escándalo, porque pueden dar escándalo sin tener voluntad de darle; porque pueden dar escándalo aunque tengan voluntad de no darle; porque cuanto mas piadosa y regular sea por otra parte la vida que traen, mas expuestos están á dar escándalo; porque para ser reo de escándalo no siempre es necesario darle, basta muchas veces no oponerse á él. Continuada me vuestra atencion mientras descendiendo al pormenor de estos documentos.

23. I. Primer motivo de inquietud para una alma que piensa sériamente en volverse á Dios, ó en conservarse en gracia suya. Puede darse escándalo sin voluntad de darle. Distingamos con santo Tomás dos especies de escándalo: escándalo directo, escándalo indirecto. Escándalo directo es un escándalo de voluntad, de intencion, de ánimo deliberado, cuando un pecador se propone inducir á los demás al pecado. Escándalo indirecto es un escándalo de conducta, de costumbre, de acciones, cuando un pecador sin quererlo es para los demás ocasion de pecado. El primero es mas grave en su raíz, pero no es tan frecuente; el segundo es casi tan pernicioso en sus resultas, y es tan comun, y está tan extendido en el mundo, que no hay hombre acaso que además de sus propios pecados no sea responsable de los pecados de los demás hombres.

24. Sí, amados oyentes míos: bien considerado, apenas hay pecador que no sea escandaloso; apenas hay pecado, quiero decir, pecado exterior y visible, que no embeba en sí pecado de escándalo. No hablo solamente de esos pecados con que ofendeis á Dios y sois causa de que otros le ofendan; de esas tramas de ambicion urdidas por un ingenio diestro en interesar en su elevacion las pasiones de una multitud ganada con esperanzas lisonjeras: no hablo de esas venganzas pensadas que se valen astutamente de muchas manos para sacrificar su víctima; de esas injusticias de los tribunales que inclinan la balanza á la voluntad del partido y de la aficion particular; de esos rápidos é inmensos caudales que se atesoran en ciertos empleos que piden la cooperacion de los subalternos, haciéndose reos muchos para que prospere uno solo: no hablo de esos monopolios en el comercio, que si son ricas é interesadas compañías, son igualmente compañías de maldades y de usuras; de esos engaños de la sensualidad y del amor loco, cuyo primer esmero es comunicar tambien el lascivo fuego al objeto que le encendió, é introducirle toda la vehemencia de la pasion que él excitó: no hablo solamente de aquellos pecados con que es Dios ofendido y se enseña á ofenderle; de esas conversaciones que tanto se rozan con la irreligion, ó que son tan enemigas de la honestidad; de esas conversaciones mundanas que debilitan la autoridad de las máximas del Evangelio, por la que de ellas resulta á las máximas de la carne y de la sangre; de esas censuras, de esas críticas, cuyo objeto es la devocion con pretexto de zumbarse de los devotos, elogiando al vicio con satirizar la virtud. Hablo de aquellos pecados que parece redundan solamente en daño vuestro; pecados cuyo contagio parece que nace y muere en el corazon que los comete. De todos aquellos pecados, pues, que vosotros conocéis y quereis, afirmo que se les agrega por lo comun otro pecado que vosotros ignorais y no quereis, y este es el pecado del escándalo. Procurad entender la razon, que es de Tertuliano. Dice, pues, este Padre, que todo pecado que se ve es un ejemplo para los que lo ven; con que todo mal ejemplo es pecado de escándalo: *Scandalum, exemplum rei malæ*. De todos estos pecados particulares se forma un pecado público y dominante, un reino, un imperio de pecado, en que es honrado el vicio y amedrentada la virtud, y de todos los pecadores incorporados resulta un cuerpo, una congregacion de pecadores que prevalece sobre aquella comunidad de Santos que en tiempos mas felices fue la basa y el cimiento de la Religion. Entonces los fuer-

tes sostenian á los débiles y vacilantes en la fe ; muchas veces la constancia del mártir reducía al apóstata al camino verdadero, y le hacia correr á la muerte con tal valentía, que el discípulo quedaba superior al maestro. Hoy dia, añade Tertuliano, la multitud de prevaricaciones ha sustituido en lugar de esta comunidad de Santos una congregacion de pecadores sobre quien descansa el edificio del pecado : *Edificans ad delictum*. En efecto, continúa san Cipriano, ¿qué es un pecado que se manifiesta, sino un pecado cuya enseñanza se propone, y que luego halla discípulos é imitadores? *Adulterium discitur, dum videtur*. Acaso no moveria el ejemplo de uno solo ; pero ¿quién tendrá virtud para resistir al ejemplo de todos? El vicio parece vicio cuando no es mas que pecado de un particular ; pero llega casi á parecer virtud cuando se ha hecho pecado de todo un pueblo : *Cum admittunt singuli, crimen est : virtus est dum publice geritur*. Luego que trasciende á la multitud, no se avergüenza ya el hombre de ser pecador, antes se correria de no serlo ; porque ¿qué no alcanzará aquel fomento, aquella falsa emulacion con que unos y otros se animan á andar por el camino comun? No gusta el hombre de que el público ponga en él los ojos, no gusta de salir al teatro tan poco acompañado. No digo bien ; anhelan los hombres por distinguirse por su entendimiento, por sus talentos, por los empleos, por la autoridad y la fortuna ; y algunas veces solicitan tambien singularizarse por sus delitos : pero sea que la natural perversidad del hombre solo desee un pretexto para no seguir la virtud, sea que el mundo, enemigo de la Religion, no repruebe sino las singularidades que nacen de la piedad, es tal nuestra fragilidad, que dejamos por lo comun de ser cristianos, porque no lo son los demás : todos esperan el ejemplo, y ninguno se atreve á darle. Este escándalo, pues, de mal ejemplo, tan poderoso, tan contagioso, se compone de todos los pecados juntos y congregados, de donde se sigue que cada pecado visible y exterior es un escándalo particular que contribuye para formar el escándalo público y universal : síguese tambien que todo pecado exterior y visible embebe en sí el pecado de escándalo ; de suerte que, así como para ser apóstol, segun advierte san Juan Crisóstomo, no siempre es necesario predicar el Evangelio, pues basta en ciertas ocasiones practicarle, así para ser reo de escándalo no siempre es necesario que el hombre enseñe y persuada el pecado, pues basta muchas veces que le cometa. No hay santo que no contribuya á la santificacion de otros ; no hay pecador que no contribuya á la per-

dicion de otros pecadores. Todo santo no pretende erigirse en apóstol, pero en cierto sentido todo santo es apóstol; todo pecador no intenta escandalizar, pero todo pecador escandaliza. Sin voluntad de dar escándalo se da, y aun se da muchas veces aunque se tenga intencion de no darle.

25. II. Porque hay acciones, en sentencia del Doctor angélico, de las cuales no puede prescindirse el escándalo, por mas rectitud, por mas pureza de intencion que se pretenda tener. Hay estados en que andan tan íntimamente unidos el pecado y el escándalo, que casi todo pecado es escándalo, y todo escándalo es un gran pecado.

26. Llamo acciones por las cuales no puede prescindirse el escándalo, por mas rectitud, por mas pureza de intencion que se afecte, esas conexiones, esas frecuentes visitas, esas familiaridades tan reparables, inocentes acaso en la presencia de Dios, porque Dios ve los corazones, pero que no lo son ni lo serán jamás en los ojos del mundo, porque el mundo no ve sino las acciones; porque en fuerza de casos y experiencias se ha llegado á persuadir el mundo que en la amistad mas estrecha, con todos sus afectos, con toda su estimacion y confianzas, no se halla el lenguaje, el tono, las expresiones, los afanes y solicitudes de aquel *no sé qué* que caracteriza la pasion. Aquellas máximas que llamais máximas de piedad sólida y discreta, dictadas á una juventud imprudente con el propósito de enseñarla á hacer distincion entre el cristiano y el santo, y de que se imponga ciertas obligaciones y leyes con respecto á su edad y á su condicion, las cuales bien aprisa la engendrarán olvido de las obligaciones y leyes de la Religion. Esa mordacidad, esas sátiras hijas de un celo imaginario, que se ceban en los mas leves defectos de los justos, y desvían á las almas tímidas de los caminos de la santidad, no perdonando á los Santos ninguna flaqueza humana. Esas bachillerías de hombre preciado de sábio, ese peligroso aparato de ciencia y de erudicion con que os exponeis á destruir la Religion con el especioso pretexto de acrisolarla, cuando queriendo explicar á un entendimiento poco capaz la debilidad de las pruebas y de los motivos en que funda su credibilidad, le vais guiando á no creer nada, y le privais de la fe, afectando solamente quererle dar razon de ella. Esos adornos, esas composturas afectadas con demasiado artificio, esos ademanes de jocosidad y de galanteo, ese arte de arrogancia, tan ajeno de la modestia y de la vergüenza que exige que os adoren, hermanado al mismo tiempo

con esa urbanidad y atencion para conseguir los rendimientos... Justificad despues de esto cuanto querais, dice san Juan Crisóstomo, vuestros fines, vuestros designios, vuestras intenciones. Ese escándalo que quisiérais no dar, ya le dísteis; y aunque los demás hubieran tenido la cautela de no recibirlo, á vosotros ya se os contará por dado: *Etsi nullum potuerit vulnerare, dabit tamen supplicia*. ¿Por qué? porque el que los otros rehusen beber el veneno avisados de su cautela y armados de su virtud no excusa la imprudencia y la maldad de los que le preparan y le ofrecen: *Paravit quippe virus, temperavit venenum*.

27. Llamo estado en que casi todo pecado es un escándalo, y en que todo escándalo es un gran pecado, todo aquel estado en que el nacimiento ilustre, el carácter, las dignidades, la fortuna, la autoridad, el poder, los empleos hacen á un hombre superior á los demás hombres. Con grande propiedad conviene á los cristianos la reconvencion que hacia Tertuliano á los gentiles, de que veneraban mas á los señores y grandes de la tierra que á sus dioses: *Majori formidine Cæsarem observatis, quam Jovem*. La idolatría excusaba en algun modo este delirio de la razon por la extravagancia de las supersticiones. El Príncipe, señor del mundo, merecia con mas razon ser su soberano que unos dioses obras de sus caprichos y de sus pasiones: ¡vicio ignominioso en el Cristianismo que adora á un Dios árbitro y dominador de reyes y de vasallos; vicio cuyo principio reside en la imaginacion herida siempre con viveza de los objetos exteriores! Estos dioses de pompa y de majestad, presentes continuamente á nuestros ojos, borran la memoria del Dios que solo está presente al espíritu y á la fe. Teneis á grande honra imitar sus ejemplos; nadie se sonroja de incurrir en una fragilidad que ve autorizada en esos personajes tan opulentos. ¡Oh fatal condescendencia, que así inclina, ó grandes del mundo, á seguir vuestras pisadas! las culpas que cometeis serán acaso delante de Dios el menor de vuestros pecados, y tanto os condenarán los vicios de un pueblo que con tanta fidelidad se esmera en imitaros, como vuestros propios y personales vicios.

28. Y á vosotros ¡qué terribles castigos os esperan, á vosotros, digo, viles y bajos aduladores, políticos detestables, escollo muchas veces y ruina de reyes y de reinos, á quien la sed de honras y riquezas introduce y mantiene en los palacios de los grandes! La voz interior de la vileza é ignominia de vuestra alma os amonesta que no es posible que agradeis á sus virtudes ni que espereis favo-

rables sus influjos, sino del letargo de su razon y del olvido de sus obligaciones: de donde nace que el interés, el espíritu de negociacion y de partido, disimulado con las apariencias de celo y fidelidad por su servicio, os traen ocupados incesantemente en seguir sus pasos, en estudiar sus inclinaciones, en prever los mas débiles deseos de su corazon vacilante todavía, incierto y tímido; en buscar, en aprovecharos, en proporcionar la ocasion y el momento de poner delante de sus ojos los poderosos alicientes del pecado. Débeos poco desasosiego su gloria y su felicidad, con tal que su patrocinio, que cautelosamente ganásteis, os asegure la oportunidad y los medios de arraigar vuestra fortuna. Las calamidades de la religion, los infortunios de la patria, fueron muchas veces resultas de un consejo doloso y de una pasion astutamente inspirada y bajamente adulada. Pues si la ira justísima del Altísimo aniquilará al pecador que haya escandalizado al menor de sus hermanos, ¿cuáles serán las venganzas que se reservan á los autores de esos grandes escándalos que abortan tantos delitos y maldades? ¿No tiene lugar en semejantes pecadores especialmente aquel oráculo de Jesucristo, que les fuera mejor haberse sumergido en los abismos del mar, ó no haber salido jamás del caos de la nada? *Expediit ei ut... demergatur in profundum.* (Matth. xviii, 5).

29. Llamo estado en que todo pecado es casi un escándalo, y en que todo escándalo es un gran pecado, toda situacion de gloria, de aplauso, de reputacion, de estimacion pública y universal que se alcanza con la notoria superioridad de luces, de doctrina, de gusto, de talentos. Vosotros, pues, que por la soberanía y elevacion de vuestro ingenio sois el objeto de la admiracion pública, no puede, no digo yo vuestra vanidad, sino vuestra modestia misma, ignorar la eficacia, el peso, la persuasion que teneis para con la multitud; porque si hablais, se complace en creeros; si obrais, anhela por imitaros; si respetais, respeta; si despreciáis, desprecia. Procurad, pues, que vuestras costumbres no den sino ejemplos de virtudes, que vuestras obras no enseñen ni inspiren sino lecciones de fe humilde y rendida. De ese modo apenas tendrá la Religion necesidad de otros defensores; la virtud de otros maestros: vuestra voz, que será oida con mas gusto, conseguirá lo que rara vez consigue la nuestra; pero si desamparais la senda de la virtud, si enseñais, si moveis á otros á que se desvien de ella, entended que la incredulidad y la concupiscencia excitadas, animadas, alentadas por vuestro patrocinio, se derramarán sin término, sin me-

dida, se mostrarán con desvergüenza y sin guardar respetos, no conocerán otra pusilanimidad ni otra debilidad de entendimiento que las delicadezas de la virtud ; y léjos de avergonzarse del vicio, solo se avergonzarán de los remordimientos. En fin, uno solo de vosotros basta para hacer un pueblo de apóstatas. ¡ Artífices de esa tela fatal de abominaciones ! ya llegará el caso en que comparezcáis delante de Dios cargados con todo su peso y toda su ignominia : él os exterminará, y exterminará con vosotros vuestros admiradores, vuestros públicos protectores , pues la mayor parte de vuestro funesto crédito debeis á sus elogios, á su afabilidad, á sus aprobaciones, á su estimacion, á su confianza y á su favor declarado ; porque su conducta y la vuestra se mancomunan, y no componen sino un cuerpo de escándalo : *Unum faciunt crimen.*

30. Llamo estado en que casi todo pecado es escándalo, y en que todo escándalo es un gran pecado, el estado de superior de una casa de padre y de madre de una familia. Los amos no pueden vivir desconcertadamente sin envolver en su mala vida á sus domésticos, sin hacerlos testigos y cómplices muchas veces de sus desórdenes, sin fiarles los secretos y misterios de su iniquidad, sin traerlos enredados en los lazos continuos del pecado, valiéndose de ellos para facilitar los caminos, para sazonar las ocasiones de la comunicacion, para gobernar los lances de una passion vergonzosa. Los padres y las madres no pueden vivir olvidados de Dios sin que sean para sus hijos una tentacion, una perpétua leccion de pecado ; porque aquella edad tierna todo lo observa, de todo se vale, de todo abusa. De suerte que no hay cosa mas rara que la virtud en los hijos de los pecadores.

31. Llamo, finalmente, estado en que todo pecado es escándalo, y en que todo escándalo es un grande pecado, el estado del sacerdocio. Estado en que casi todo pecado es escándalo, porque el deseo que tiene el mundo de hallar pretextos en nuestra conducta para no admitir nuestros documentos le tiene continuamente abiertos los ojos para notar nuestras acciones ; porque este mundo, que casi nada ignora, nada nos perdona ; porque léjos de disimular las faltas ligeras, es de tal condicion, dice san Jerónimo, que medianas virtudes en nosotros le parecen vicios, y que el sacerdote y el religioso escandalizan desde el punto que no edifican. Estado en que todo escándalo es un grande pecado. No, exclamaba san Gregorio, no serán las manos profanas las que hagan á la Religion las heridas mas mortales : y cuando las pasiones no hallen otro asi-

lo para defenderse de los anatemas del Evangelio sino la autoridad de los mundanos, temblando y confusas se condenarán, y se reprobarán á sí mismas sin dilacion. Pero si llegaran á introducirse en el santuario; si viésemos que la ambicion usurpaba sus honores, que el interés se aplicaba sus riquezas, que el juego malgastaba sus rentas, que la ociosidad se encrasaba con las dulzuras del sueño, que la profanidad hacia ostentacion de su pompa y de su fausto, que la arrogancia practicaba sus altanerías y desprecios, que el odio fomentaba sus venganzas y partidos, que el regalo estudiaba las delicadezas de la sensualidad, que la dureza de corazon y la insensibilidad no atendian á las lágrimas del pobre; si viésemos que los ministros de la Religion adoptaban el tono, el gusto de los filósofos modernos, imitando su veleidad en sus discursos, dando autoridad á sus conexiones, y acreditando la libertad ó casi disolucion de su conducta, el espíritu y los fines de sus designios; si volviesen los tiempos en que el Profeta no hallaba diferencia alguna entre el sacerdote y el pueblo, ¿dónde se hallarian almas de tan claro y robusto entendimiento, de corazon tan recto y tan bueno, que hiciesen diferencia entre la doctrina y las costumbres, para no apelar á nuestros ejemplos contra nuestro celo é instrucciones?

32. Esto es, hombres profanos, lo que nos decís continuamente con el fin de cargar sobre nosotros vuestros excesos; esto es lo que nosotros no debemos cansarnos de decirnos á nosotros mismos, para despertar en nuestras almas una continua vigilancia y la mas escrupulosa atencion. Pero lo que no decís vosotros, y lo que mi ministerio no me permite callar, es que hay sin embargo un escándalo mas notable que nace de vosotros, y que recaerá sobre vosotros: que si no hay escándalo mas terrible que el escándalo que sale del santuario, la plenitud, la abominacion del escándalo, lo que parece amenaza entre nosotros una próxima é irrevocable transmigracion de la fe, es por una consecuencia necesaria la osadía y desvergüenza de nuestro siglo en desacreditar á los sacerdotes y pontífices de Jesucristo. Una falta que la caridad pedía que se llorase en secreto; una falta que apenas la cometió la humana fragilidad cuando ya quedó expiada; una falta ligera; una falta oculta, la curiosidad maligna y bulliciosa la descubre, la indiscrecion y la maledicencia se apresuran á divulgarla, la calumnia á exagerarla, el odio y la envidia á publicarla de reino en reino, de un mundo en otro mundo, el libertinaje y la impiedad á triunfar

con insolencia ; y si el tiempo presente no suministra materia para la censura, para la vociferacion, tendrán á suma complacencia, mirarán como una obligacion insensata revolver los fastos de todos los siglos, de todas las naciones, para resucitar del olvido las faltas que el curso de los tiempos habia sepultado en las densas tinieblas de lo pasado : de una falta oculta se hace un escándalo público ; de la falta de un momento un escándalo de muchos años ; de una falta borrada de la memoria de los hombres se hace el escándalo del día ; de la falta de un solo levita el pecado, el oprobio de la tribu santa. Mundanos, que muchísimas veces solamente pensais en la Religion cuando se trata de hacer donaire de sus infortunios, ¡ah! vuestro celo falso é hipócrita es mayor escándalo que ese que ponderais. El ministro que se olvidó de la santidad de su estado pecó ; pero vosotros escandalizais : él ocasionó el escándalo ; pero vosotros le dais. Digo, pues, que puede un hombre dar escándalo, aunque no quiera darle ; y añado que cuanto mas virtuosa y regular sea la vida que trae, mas expuesto está á dar escándalo.

33. III. Y para que os convenzais de esta verdad no es necesario sino apelar á vuestra experiencia. Bien sabeis con qué ojos mira el mundo á los santos. Enemigo de todo lo que le reprende sus desvaríos, envenena con la acrimonia de la sátira sus mas ajustadas é inocentes acciones. Cuando se ve forzado á probar sus apariencias, introduciéndose á juez é intérprete del corazon, supone en la piedad motivos, fines, intereses, proyectos de fortuna y ambicion. Para tener excusa de no ser santo, quiere, dice san Jerónimo, que ninguno lo sea ni pase por tal : *Neguitiæ suæ remedium arbitratur, si nemo sit sanctus*. De aquí es que triunfa con insolencia, si averigua en el justo algun flaco aparente para autorizar, y justificar su crítica y sospechas. Escándalo injusto, no lo niego ; pero escándalo que por injusto que sea y ajeno de razon os obliga, segun el precepto del Apóstol, á velar sobre vosotros mismos, para que el hombre enemigo de la virtud se vea precisado á respetarla y á condenarse á sí mismo : *Ut is qui ex adverso est, vereatur, nihil habens malum dicere*. (Tit. II, 8). Un enfado, un enojo, un pronto, un arrebató, un ademan de presuncion y de arrogancia, unas modales altaneras é intratables, un pasatiempo indiscreto y curioso, un desahogo satírico y maldiciente, un ímpetu de orgullo y de vanidad, un resentimiento del amor propio, unos resabios del mundo y de deseo de agradar, ciertas sutilezas, ciertos aparentes efugios de negociacion y de manejo, ciertas apariencias de apego

demasiadamente afectuoso en vuestras mas santas conexiones, ¿qué sé yo que mas? cualquier flaqueza en que incurrais causará tal vez mas daño que cuanto bien pueda hacer toda vuestra ajustada conducta. ¿Y os perdonará Dios el pecado, y os perdonará su escándalo? Y una virtud que haya servido solamente para debilitar el respeto debido á la Religión ¿qué mérito alcanzará en su presencia? Menos santos por vuestras virtudes que reos por los pecados ajenos, estais persuadidos de que no teneis que reprenderos sino de faltas ligeras; y acaso teneis que llorar y purgar el mayor de los delitos, el pecado de escándalo. Y no esteis fiados en que vuestra conducta os parece se halla limpia de toda ocasion de escándalo; porque, para que nada remuerda en materia de escándalo, no basta no dar escándalo, sino que es necesario oponerse á él.

34. IV. No me detendré á explicaros los principios en que se funda esta regla de nuestra moral: la obligacion impuesta á todo hombre de trabajar en la salvacion de los demás hombres segun el estado y condicion de cada uno, segun las gracias y talentos que ha recibido; el reconocimiento á Jesucristo, á quien amamos poco, si no amamos las almas que le costaron el precio de su sangre; aquel precepto tan inculcado en las divinas Escrituras de levantar-nos contra el reino de la mentira y de la iniquidad; aquella declaracion tan expresa que nos hace Jesucristo, que los que no defienden su partido, los que no pelean por él, los contará en el número de los que son contra él, de los que pelean contra él: *Qui non est mecum, contra me est.* (Matth. xii, 30).

35. Lo que os aseguro, cristianos, es que este precepto de oponerse al escándalo nunca fue de obligacion tan estrecha ni rigurosa como en nuestro siglo. Porque ¿no parece que han llegado ya aquellos dias en que saldrá del abismo el hombre de pecado para infectar la tierra con el veneno de sus iniquidades? Hoy día todo es escándalo, todo cebo y atractivo de pasiones. Los discursos que las despiertan, las conversaciones que las siembran, las máximas que las autorizan, las concurrencias en donde se congregan, las diversiones que las irritan, los libros que las enseñan, los espectáculos que las inspiran, las modas que las acreditan, la costumbre que las mantiene, las riquezas que las alimentan, la grandeza que las ilustra y las califica, la fortuna que las remunera, la adulacion que las alienta, el interés que las aviva, el disimulo que las excusa, los ejemplos que las persuaden, la piedad misma que las teme y las tolera, todas las artes, todas las habilidades que cons-

piran en aumentar y perpetuar su imperio. La pintura les ofrece su pincel y sus colores para hacerlas mas provocativas; la poesía sus gracias para engalanarlas; la música su armonía para aumentar la actividad de su embeleso; el cincel, el bronce y el mármol concurren para inmortalizarlas; el ingenio les presta su jovialidad y sus sofisterías para defenderlas; la filosofía sus argumentos para libertarlas del desasosiego y de los remordimientos. Lo sumo del escándalo es que en medio de tantos escándalos nada tiene el nombre ni el carácter del escándalo: nada admira ni asombra: los sucesos mas portentosos apenas merecen una atencion momentánea, y quedan prontamente desvanecidos por otros acaecimientos mas singulares que suceden, y que se miran con igual indiferencia. El delirio que ha cundido universalmente ha derramado en todos los espíritus sus mas insensatos sueños y sus mas funestos devaneos. Esos escándalos singulares y ruidosos que nacen de una razon delirante ya no son peculiares de la corte, ni de las grandes ciudades, ni de los filósofos: el pueblo idiota y las aldeas saben restituirles los ejemplos que recibieron de ellos, y ofrecerles el mismo espectáculo de fanatismo filosófico. Á la vista, pues, de tantas abominaciones, ¿cómo es posible que durmamos mas en el seno de una piedad desidiosa é indolente? No nos engañemos, amados oyentes míos: los discursos cohechados de una falsa prudencia nunca podrán justificar en la presencia del Señor la timidez y el letargo de nuestro amor propio. Responsables de todos los escándalos que hayamos disimulado y animado con las atenciones y contemplaciones políticas de una vil condescendencia, si desconocemos á nuestro Dios, él nos desconocerá á nosotros; si le abandonamos, él nos abandonará. Pero ¡ay! antes bien, vamos á donde nos llaman los gemidos, los lamentos de la Religion oprimida; vamos á pelear las peleas del Señor; vamos á mantener y vengar su gloria con ejemplos de fe y de piedad tan públicos, tan manifiestos como los escándalos que tuvieron la desvergüenza de ultrajarle; vamos á oponernos al torrente, sirviendo de dique para que no arrebate las reliquias de Job; vamos á despertar en el libertino el recuerdo del Dios que él quisiera olvidar; vamos á turbar la paz funesta del impío y del pecador. No temamos desagradar á un mundo á quien desagrada Jesucristo: *Displiceamus his quibus displicet Christus*. El vasallo fiel, el ciudadano virtuoso tienen á dicha correr la fortuna de su príncipe y de su patria; ¿y temerá el cristiano participar del destino del Dios á quien adora? Léjos de solicitar los elogios de

un mundo enemigo de su Dios y de su Religion, ¿no debe afrentarse de la infame bajaça que se comete en admitirlos? *Displiceamus his quibus displicet Christus.* ¿Quién sabe si el Dios de misericordia abrirá las puertas de los corazones humanos, si nos revestimos de su espíritu, si no nos proponemos otro objeto que su santa ley? Pero aunque nuestro celo no fuese de utilidad alguna para la salvacion de nuestros hermanos, es necesario para nuestra propia santificacion; aunque no produjese efecto alguno en la tierra, tendrá su premio en el cielo, y despues de haber hecho guerra á los escándalos del mundo reinarémos sobre él por eternidades de gloria y de felicidad. Así sea.

SERMON

SOBRE EL AMOR DE DIOS.

Diliges Dominum Deum tuum. (Matth. xxii, 37).

Amarás al Señor tu Dios.

1. ¿En qué consiste el culto y la adoración que debemos á Dios? La multitud de sus dones y la inmensidad de sus misericordias no permiten que lo ignoremos; porque para reinar solamente por la efusión de sus gracias y beneficios ¿qué otro linaje de tributo puede exigir de nosotros sino el del agradecimiento y el del amor? No, no conocemos ciertamente á nuestro Dios, si dudamos que nos ama; y nuestro Dios no nos conocerá si resistimos á amarle. Ven, pues, caridad sacrosanta, y desciende á la tierra desde el cielo donde reinas con tanta soberanía; porque ¿quién podrá hablar de tí sin tí? En vano te prestaré yo el ministerio de mi flaca voz, si tú no articulas mis palabras: haz de modo que te me des á mí, y yo te daré todo un pueblo, ó, por mejor decir, predícale á tí misma, y decláranos el sagrado é inviolable derecho que tienes al corazón humano. Pero exponiendo tus derechos, ¿no nos das también á conocer nuestra ingratitud é infidelidad? porque obligados estamos todos á amar á Dios, y quizá no le amamos. Consideremos profundamente estos dos puntos; pensemos, amados oyentes míos, lo que debemos ser y lo que somos en el particular de este amor de Dios: la consideración del primer punto nos instruirá de nuestras obligaciones; la segunda nos descubrirá nuestro corazón y sus afectos.

2. Señor, si en alguna ocasión deben estar puros y sin mácula los labios de vuestros sacerdotes, es con especialidad cuando han de anunciar las riquezas de vuestro amor: dignaos, pues, renovar en algún modo el prodigio que obrásteis con el Profeta. Apresúrese vuestro Ángel, vuele y tome de la santa Sion una centella de aquel fuego de la caridad celestial que enciende á cada instante con mas ardor y mas ímpetu los suspiros de vuestros escogidos: prenda en mi corazón esta centella, abrásele, penétrele para que anuncie dignamente las excelencias del amor divino: *Ave María.*

Primera parte.

3. Dios quiere nuestro corazon, y Dios merece nuestro corazon. Dios quiere nuestro corazon; luego no se lo podemos negar sin quebrantar todas las leyes de la dependencia y de la subordinacion: Dios merece nuestro corazon; luego no se lo podemos negar sin quebrantar todas las leyes de la justicia y de la equidad. Continuemos.

4. I. Dios pide nuestro corazon; y ¿cómo era posible otra cosa? dice san Agustin, pues siendo Dios, y por la misma razon de ser Dios, quiere esencialmente ser Dios de nuestro corazon. Y ved ya como se descubre la infinita superioridad de la ley del amor de Dios sobre todas las demás leyes; porque el precepto del amor de Dios es de distinta naturaleza que los demás preceptos. Yo me explicaré. Si Dios nos manda que creamos las verdades reveladas, la razon ha de rendirse al yugo de la fe; si Dios nos exige el sacrificio de nuestras mas amadas inclinaciones y de nuestros mas lícitos afectos, Abraham se ha de olvidar de que es padre, ó solo se ha de acordar de que lo es para ofrecer á Dios aquel hijo que recibió de su mano; si Dios enlaza los hombres con los hombres por medio de los vínculos de la sociedad, veréis que resultan de esta union las obligaciones de cada hombre respecto de los demás hombres: las del príncipe y el vasallo, las del superior y el súbdito, las del esposo y la esposa, las del magistrado y el ciudadano: que nacen de aquí leyes de justicia y de caridad, leyes de decencia y de honestidad, leyes de probidad y de amistad, leyes de estado y de condicion, leyes, no lo niego, necesarias y naturales, porque se originan y proceden de las circunstancias en que el supremo Señor quiso constituir la obra de sus manos, pero leyes no obstante libres y arbitrarias, porque pudo muy bien su Majestad haber reducido su obra á otro plan, á otro sistema de gobierno y de providencia. Pudo haber manifestado al entendimiento la evidencia de las verdades que le manda creer; pudo habernos puesto en la posesion de la felicidad que nos manda esperar; pudo haber purificado nuestro corazon del fômes del vicio y de la sensualidad, no dejando en él sino inclinaciones justas y bien ordenadas; pudo haber criado al hombre independiente del hombre, y entonces no hubiera habido ni leyes de fe y de esperanza, ni leyes de tentacion y de penalidad, ni leyes de combate y de resistencia, ni leyes de subordinacion y de sociedad. Pero la ca-

ridad es una ley independiente de todos los estados, de todas las circunstancias; una ley que es igualmente la ley del hombre solitario y retirado del mundo, como del que vive en él; la ley del alma bienaventurada que goza de la gloria, como del alma fervorosa que procura merecerla con sus obras; la ley del cielo y de la tierra; una ley que no menos está obligado Dios á imponerla, que nosotros á cumplirla, y esta es la ley que nos quita nuestro corazon para darle á Dios.

5. En efecto, Dios no puede obrar sino para sí mismo; luego Dios necesariamente quiere que todo lo que es de Dios pertenezca y se refiera á Dios: es así, añade san Agustin, que el corazon es el que principalmente constituye y compone al hombre; luego el hombre se conserva libre todo el tiempo que su corazon no se aficiona á las criaturas; luego el hombre no puede estar unido con Dios, si no lo está con el corazon; ó, por mejor decir, el corazon del hombre no se une perfectamente con Dios sino por medio de su divino amor. En el ejercicio de las demás virtudes cabe que el hombre corrompa su perfeccion, mezclando en ellas sus afectos pecaminosos: así con los sentimientos del temor puede mezclar deseos ocultos del vicio de que huye; con la esperanza de la felicidad eterna puede proponerse á sí mismo como fin por el cual en algun modo obre: el amor solo no puede concordarse con estas disposiciones viciosas. Con que solo por medio del amor de Dios deja el hombre de ser suyo enteramente, y comienza á ser enteramente de Dios.

6. Ved, pues, cómo discurría san Agustin, fundado sobre este principio incontrastable, y cómo debemos discurrir nosotros con él. En tanto reina Dios en el hombre, en cuanto reina en el corazon del hombre; de donde se sigue que, siendo el fin de toda religion establecer en nosotros el reino y el imperio de Dios, la primera ley de toda la religion es amar á Dios, de suerte que una religion que no mandase amar á Dios seria solamente una religion quimérica: *Pietas Dei cultus est, nec colitur ille nisi amando*. Demos un paso mas adelante. Supuesto que toda religion manda el amor de Dios, cuanto mas perfecta sea una religion en su culto y en su moral, mas estrecha é indispensable será la obligacion que imponga de amar á Dios; de donde se sigue que siendo la religion cristiana la mas pura, la mas santa, la mas augusta, la mas divina, debe ser por excelencia la religion del amor de Dios, y del amor mas perfecto.

7. De aquí nace (avivad vuestra atencion, amados oyentes míos, é internaos conmigo en la profundidad adorable de nuestra Reli-

gion), de aquí nace que todos los dogmas, todos los misterios de nuestra santa fe conspiran á establecer el imperio del amor divino. Aquel Dios de ira y de las venganzas, aquel Dios de poder y de majestad ya cási ha desaparecido: ya no se os muestra sino como un Dios de paz y de silencio, como un Dios amoroso que os ofrece su corazon, que os pide el vuestro, que le convida con sus dones, le solicita con sus promesas, le atrae con sus gracias, le llama con sus suspiros, le enternece, le ablanda con sus lágrimas, y le compra con su sangre. El Dios del Evangelio especialmente es un Dios que supo amar, y quiere ser correspondido: para propagar su imperio no se vale sino de su cruz y de sus lágrimas, y si castiga alguna vez es solo para desagraviar su amor menospreciado; es verdad que es temible, pero lo es para aquellos principalmente que se resisten á su amor: *Ego diligentes me diligo*. (Prov. viii, 17).

8. De aquí nace que todas las leyes del Evangelio se refieran á la ley que manda amar á Dios. ¿Á qué propósito esos preceptos tan rigurosos, esa doctrina tan severa que reprueba un deseo momentáneo, que condena una fruicion transitoria, que no contentándose con precaver los escándalos y estragos de las pasiones corta en lo mas íntimo del alma hasta las últimas fibras de las inclinaciones viciosas? ¿Á qué propósito esos consejos tan sublimes, separacion del mundo, abnegacion de sí mismo, y de cuanto amamos mas que á nosotros mismos? ¿Á qué propósito? Todo á fin de establecer en nosotros el amor de Dios. Destrúyense todas las inclinaciones para que domine una sola inclinacion; avasállanse todos los afectos á un solo amor; íntímense todos los preceptos y todos los consejos no con otro fin sino para que sirvan de apoyo al precepto de la caridad. La ley del Evangelio solo habla con el corazon, ni pretende otra cosa sino el corazon, ni pide nada mas al que ha hecho entrega de su corazon, porque el que ama ejecuta prontamente todo lo que sabe que es del agrado de Dios: *Ama, et fac quod vis*.

9. De aquí nace que todas las virtudes evangélicas y las virtudes mas heróicas no son sino medio para arribar á la perfeccion de la caridad, y no declinar de ella; proposicion que san Agustin explica admirablemente. La fe, la esperanza, el temor son virtudes, aunque no son el amor de Dios; pero virtudes de inferior órden: el cristiano verdadero debe estar en ellas bien fundado; pero no ha de aligarse á estas solas virtudes: no ha de pararse en ellas, sino que es necesario que salga de su esfera para elevarse al amor de Dios. El temor obra en el corazon el desasimiento de los vanos de-

leites, para que, no aficionándose ya al mundo, viva entregado á Dios. La fe alumbrá al entendimiento para que el corazón se mueva á amar á un Dios que se muestra tan amable. La esperanza nos representa un Dios tan pródigamente dispensador de beneficios, para que del deseo de la felicidad pasemos á amar á un Dios que desea hacernos bienaventurados: por esto nos dice el Apóstol que las demás virtudes no son mas que virtudes temporales, y el amor puro es la virtud de la eternidad: *Charitas nunquam excidit.* (I Cor. xiii, 8).

10. De aquí nace que en la ley evangélica no dispensa el cielo gracias y beneficios á los hombres sino para encender en ellos la caridad divina. Beneficios exteriores y naturales: las riquezas, para que aquel que nada tiene que apetecer en la tierra dirija á Dios sus deseos; la adversidad, para que viendo que todo se vuelve contra nosotros nos veamos nosotros obligados á volvernos á Dios; los gustos halagüeños de las amistades humanas, para que el dulce y transitorio trato de estas terrenas correspondencias incline el corazón á buscar las delicias permanentes de aquel amor celestial que sobrevive á todos los tiempos; la inconstancia é ingratitud de los amigos, para que desengañados de las mudables y desleales correspondencias entendamos que solo Dios merece ser amado, porque Dios solo sabe amar. Gracias interiores y sobrenaturales: la gracia de la oración, que en el silencio de la noche y en el recogimiento del templo oye al espíritu divino y le responde; la gracia del retiro y de la soledad, que para acrecentar el amor de Dios inspira aversión á todo lo que es digno de ser amado, y no dejando que esperar nada sino á Dios, no deja nada que amar, por explicarme así, sino á Dios; la gracia de la inocencia, que conserva al alma en brazos de la caridad defendiéndola de los insultos de la concupiscencia; la gracia de la conversión, para extinguir con las lágrimas de la penitencia el fuego de las pasiones, y excitar en el corazón las primeras centellas de un fuego mas puro: ¿qué sé yo qué otras gracias, cristianos míos? De estas gracias, pues, tan eficaces, tan poderosas, tan abundantes, solo el amor es el origen, solo el amor es el centro y el término, y solo las concede Dios porque ama, solo las concede porque quiere ser amado. No se derrama en nuestros corazones el espíritu de la gracia sino para excitar en él el espíritu de amor y caridad, segun doctrina de san Pablo: *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis.* (Rom. c. v, 5). Y este espíritu no es otra cosa en sí mismo sino amor y caridad; y por cuanto no es otra cosa que caridad y amor, no pide;

ni exige, ni obra en nosotros sino para llenarnos de amor y de caridad: este espíritu está siempre en continuo movimiento, y no descansará hasta que lo haya abrasado y consumido todo con el fuego de la caridad: *Charitas*.

11. De aquí nace que la ley evangélica no tendrá su cumplimiento sino en el cielo, porque solo en el cielo logrará su perfeccion el amor de Dios. El amor que en el mundo consume y abrasa á las almas mas fervorosas, el amor que inspira los mas vehementes ímpetus, los mas tiernos suspiros, las mas copiosas lágrimas, los deseos mas encendidos, no es mas que una sombra, un bosquejo del amor que reina en la ciudad santa de Sion. Entre los hombres (observa san Agustin, san Agustin digo, que con igual título puede ser llamado el doctor de la caridad que el doctor de la gracia), entre los hombres el amor puro es combatido y debilitado por otras muchas inclinaciones: es verdad que reina en el corazon, pero no reina solo; es verdad que triunfa, pero se ve obligado á luchar; es verdad que se presta el oido á la voz de la gracia, pero se deja tambien oír la voz de la concupiscencia. El corazon desearia entregarse solamente á Dios, pero la concupiscencia le divierte. De modo que el gran precepto que nos manda amar á Dios de todo nuestro corazon encuentra tantos impedimentos en esta region de aficiones y de amores mundanos, que no será plenamente satisfecho sino en tierra mas dichosa, cuando se corran todos los velos, cuando quede aniquilada la concupiscencia y extinguida entre las sombras del sepulcro: *Hoc primum præceptum justitiæ, quo jubemur Deum diligere ex toto corde, in illa vita implebimus cum videbimus facie ad faciem*. Y así los Santos no hacen otra cosa en el cielo que amar á Dios y ser amados de su Majestad, por lo cual el hombre que en este mundo dió mas amor recibe mas en la gloria; cuanto mas amó mayor santo fue, y cuanto mas ama mas feliz es: *Hoc primum*.

12. Así que en la ley de Jesucristo el amor de Dios es el camino y el término, el mérito y el premio: él es todo lo que la Religion pide, y todo lo que ofrece; él es el primero de sus preceptos, y su promesa principal: la Religion hace santos en este mundo por medio del amor de Dios, y por medio del amor de Dios hace bienaventurados en el cielo. ¿Qué viene á ser, pues, el cristiano? ¡Ay, amados oyentes míos! hagamos por entenderlo y por no olvidarlo jamás. El cristiano es un hombre á quien todas las obligaciones de su fe en Jesucristo, y todas las gracias de su vocacion en Jesucristo, sujetan, dedican y consagran al amor de Dios; un hombre cuyo es-

tado, profesion y carácter particular es amar á Dios, morir á todo, morir á su amor propio para solo vivir del amor de Dios. ¿Qué es el cristiano? es un hombre que cree, teme y espera; porque es un hombre cuya vocacion le obliga al ejercicio de todas las virtudes; pero al mismo tiempo es un hombre á quien la fe le dispone para el amor de Dios, y á quien elevan sus esperanzas al amor de Dios: porque la primera y principal virtud del cristiano es el amor de Dios, pues las demás virtudes ni son ni deben ser para el cristiano sino medios para arribar al amor de Dios, y perfeccionarse y fijarse en él. Segun esto, ¿qué será, pues, el cristiano que no ama á Dios? es un hombre que no cumple con las leyes ni con las obligaciones del Evangelio; es un hombre que desde el punto que no ama á Dios apostata de la Religion con el corazon, al modo que el que no cree apostata con el entendimiento; pero tanto mas culpable aquel, cuanto por mas títulos es acreedor nuestro Dios á nuestro corazon y á nuestro amor.

13. Y aquí es, amados oyentes míos, donde no puedo menos de exclamar con el Profeta: que trabajamos en balde los ministros del Evangelio con la ingrata y rebelde Sion. Si intentamos pintaros las venganzas de un Dios airado; si os le representamos con el cáliz de su furor en la mano, cáliz que beberán los réprobos hasta las heces sin poderle agotar jamás; á vista de este espectáculo se estremece el pecador mas intrépido, y apenas espera y se tiene por seguro el justo. Pero ¡ay! que este Dios cuyo temor os infundimos no logramos que le ameis. ¡Un Dios niño, la tierra bañada con sus lágrimas, que pronto se humedecerá con su sangre: monte sacrosanto del Calvario, cruz adorable donde fue sacrificada víctima tan grande: quejas, últimos suspiros, silencio de un Dios moribundo!... Cuando representamos en el santuario este melancólico y augusto espectáculo se mueven á lástima las columnas del templo; y el hombre solo da á entender que nos oye, pero su corazon no se mueve, y muchas veces no nos escucha, ó acaso se da por entendido, y despierta un instante; pero inmediatamente se ensordece y vuelve á dormir: conmocion pasajera, débil y superficial sentimiento, semejante al que causa un suceso fabuloso que se recita en el teatro, donde fenece con la relacion que le excitó: de modo que vuestros sentimientos huyen con mas velocidad que nuestras palabras; y Dios está, por explicarlo así, presente todavía á vuestros ojos, y ya se ha ausentado de vuestro corazon.

14. ¿Cuál es, pues, el pueblo á quien objetos tan poderosos

para conmoverle le dejan helado con una fria y desdeñosa indiferencia? ¿Es acaso un pueblo filosófico? ¿un pueblo de razon seca y árida, de juicio austero y selvático? ¿un pueblo compuesto de aquellos hombres que Job llamaba con hermosa metáfora hombres de bronce y de mármol? No por cierto; antes es un pueblo de vivos é impetuosos apetitos, de diversas y tiernísimas inclinaciones. ¡Oh misterio incomprensible! en el mundo todo se obra por apetito: él mueve á los hombres y los contiene; él los concuerda y los separa; él comunica á los deleites los embelesos y enajenamientos de su embriaguez, al dolor la amargura de sus tormentos, de sus lágrimas. Tended la vista por esa inmensa multitud de hombres: cada uno os parecerá que anda por una senda solitaria, mas todos corren por el camino de su inclinacion y apetito. El corazon humano, como árbitro y autor de los sucesos y de sus éxitos, ocupa solo y varia á su beneplácito las escenas del mundo; las revoluciones de los imperios y de las familias proceden de las mudanzas del corazon; y el interés á que ceden todos los demás intereses es el antojo é interés del corazon. La razon discurre, reflexiona, enseña, reprende, se queja, se enoja; y el corazon no se opone, calla, oye con silencio esos resentimientos vanos: no habla, pero persuade; nada pide, pero todo lo alcanza. ¿Cómo, pues, Señor, y por qué fatalidad sucede que no halle vuestro amor entrada en unas almas de temple tan blando y tan flexible? pues ¿no se hallan juntas en Vos solo todas las causas, todos los incentivos de amor y de ternura?

13. Con efecto; continuadme vuestra atencion, amados oyentes míos. Todos nuestros afectos se derivan de una de estas dos inclinaciones primordiales: aliciente y gusto de lo grande y de lo perfecto, aliciente y gusto de la felicidad y propia conveniencia. Yo sustento, pues, que estos dos alicientes, que tantas veces andan opuestos en esta vida, solo el amor de Dios los puede concertar; y que á pesar de sus discordias y emulaciones su comun provecho los concilia para atraernos y llevarnos al amor de Dios. Y digo desde luego resueltamente que esos maestros y doctores de ignominia y pestilencia ignoran que el deseo de una libertad exenta del yugo y de las obligaciones de la virtud, de la vergüenza y remordimientos del vicio, guia á perderse y confundirse en la masa de aquellas obras de la creacion en que la inspiracion del Omnipotente no imprimió el sello de la divinidad. Porque aunque degradados por la prevaricacion de nuestro primer padre, todavía conservamos resabios y vestigios de la estampa augusta de la mano del Altísimo.

Cierta inclinacion secreta nos arrebatá hácia todo lo grande y todo lo perfecto. Qué, ¿no lo echamos de ver en el dominio natural que los señores y poderosos de la tierra tienen sobre nosotros? Sus palabras se introducen y penetran hasta lo mas íntimo de nuestra alma: tan poca diligencia como esta les cuesta ganar nuestro corazon, de donde procede que casi ningun estudio ponen en conservarle, porque saben que no se enajena de ellos enteramente, y que para atraérsele basta una palabra, una mirada que se dé á entender ó prometa volver á su gracia. ¡Oh sabia y amable Providencia! exclama san Agustin; no permites tú, no, que los poderosos se valgan de sus prerogativas, pues los hechizos de sus falaces caricias armarian á nuestra virtud muchos é inevitables lazos, y si se dignaran de ser hombres serian reverenciados como dioses. No dudemos que este encanto será mas poderoso y producirá mas infaliblemente su efecto: á la nobleza de los pensamientos y de las acciones corresponde lo ilustre del nacimiento y lo elevado de las dignidades; porque la vanidad del hombre es tal, que parece convierte en mérito propio y personal el mérito del objeto que ama, dándose á entender que se eleva y engrandece por la aficion con que mira las calidades heróicas. De aquí procede que no hay amistades mas permanentes ni que se contraigan con mas prontitud que aquellas que se fundan en la estimacion, y cuyos vínculos estrecha la admiracion de las insignes prendas de la persona amada, pues la amistad entonces sale de los términos de amistad, y llega á ser pasion, enajenamiento, y casi adoracion.

16. Este gusto, pues, esta inclinacion á lo grande, á lo perfecto, á lo noble, á lo sublime, ¿qué cosa es y qué puede ser? Comprendedlo, amados oyentes míos. Es una semilla que ha depositado Dios nuestro Señor en el fondo de nuestro corazon para que fecundada con la fe, fomentada por la gracia, nos disponga y conduzca al amor de Dios, nos llene del amor divino, de aquel amor (no sé os caiga de la memoria), de aquel amor de que habla san Agustin, que tiene por estímulo y por aliciente las grandezas y perfecciones infinitas de Dios que, movido de su bondad, ama su soberana perfeccion: *Causa diligendi Deum, Deus est*; de aquel amor que se desnuda de todo amor desordenado, que teme ofender y desagradar, porque anda solícito para agradar; de aquel amor con que el hombre está seguramente bien léjos de amar de un modo opuesto á aquella felicidad cuyo deseo inspira él mismo; pero aunque sabrá amar, no amará por su provecho solo ni mirándose á sí mismo únicamente.

17. Vuelvo, pues, ahora al asunto. Ello es cierto que abrigamos dentro de nosotros mismos la inclinacion á lo grande, á lo noble, á lo sublime, á lo perfecto, de cuyo principio se sigue que esta inclinacion nos representa todo lo que es grande, noble, sublime y perfecto como amable en sí mismo y por sí mismo; luego para encenderse este amor en nuestro corazon no espera, ni pide, ni busca sino un objeto cuya grandeza, elevacion, majestad y perfecciones le hagan amable en sí mismo y por sí mismo. ¿Y qué, os digo yo ahora, vuestro corazon espera, pide, busca todavía este objeto? Con que segun eso, oyentes míos, ¿no conoceis ni quereis conocer á vuestro Dios? Entended, pues, que su origen es antes que todos los siglos; su duracion, la eternidad; su extension, la inmensidad; su conocimiento, lo infinito; los límites de su poder, su voluntad; su accion, un deseo; la masa de donde extrae las criaturas, la nada; su imperio, todo lo que existe; la ley, la santidad de su ser; su felicidad, él mismo. El cielo y los astros, dice la Escritura, son el lecho donde reposa; la tierra y los mares, la basa de su trono; las alas de los vientos y la agitacion de las impetuosas olas, el descanso y apoyo de sus piés; las luces del sol y de las estrellas, un destello amortiguado de su resplandor; la noche, imagen de las impenetrables profundidades de su sabiduría y de sus consejos; el dia, la aurora de la luz que habita; los rayos y los truenos, un amage de sus venganzas; las prosperidades y la decadencia de las monarquías, una risa de su providencia; lo pasado, lo presente y lo futuro, un instante indivisible, cuya combinacion y sucesos registra con una simple mirada. Él solo es digno de mandar todas las cosas, porque es el autor de todas ellas; él solo es digno de ser amado de todos, porque es el padre de todos; él solo no depende de nadie, porque todo cuanto tiene ser le recibe de él mismo y por él mismo; él solo es enteramente libre, porque á todo impone leyes, sin excepcion de las mas libres naciones; él solo es grande, porque todas las demás grandezas proceden y se derivan de él; él solo es poderoso, porque todo lo que existe existe únicamente por él, y todo lo que no tiene ser solamente espera oír su voz para existir; él solo es justo, porque solo él lo ve todo, lo pesa todo, y porque la balanza de la equidad que sustenta en su mano no puede torcerse por ningun error del entendimiento ni por ningun afecto del corazon; él solo es bueno, porque siendo señor de todo y no necesitando de nada, solo por benevolencia dispensa sus beneficios; él solo es feliz, porque nada puede aumentar ó alterar su felicidad, y porque ninguna cosa de

cuantas son capaces de felicidad puede ser feliz sino por él; él solo es santo y perfecto, porque todas las perfecciones que hay en él son propiedades y atributos de su naturaleza, porque todas las virtudes que hay fuera de él son dones y efectos de su gracia. No intentemos engolfarnos mas en la profundidad de este piélago inmenso de gloria, de majestad, de santidad, de grandeza, de perfecciones. Vosotros, espíritus celestiales, os compadeceis de los inútiles esfuerzos con que probamos á pintarle: bien sabemos que no alcanzamos nosotros mas que á brujulearle, y que vosotros le veis. Sin embargo, ¿me atreveré á pronunciarlo? en medio de la diferencia de vuestro estado y el nuestro, con infinito exceso quedais mas inferiores respecto de él que sois superiores á nosotros. Porque es verdad que le veis y que pasaréis toda la eternidad en considerarle y contemplarle, pero nunca le conoceréis de modo que le comprendais; y aunque nosotros no lleguemos mas que á brujulearle, le conocemos bastante para entender y hacer que nuestro corazon entienda cuán amable es en sí mismo.

18. Mas ¡oh prodigio eficazísimo para que conozcamos plenamente los derechos de un Dios y nuestras obligaciones! este mismo Dios tan grande nos manda que le amemos, desea y apetece ser amado de nosotros; y lo desea y apetece hasta dignarse de amarnos él primero: *Prior dilexit nos.* (I Joan. iv, 29). Almas nobles y generosas, que os preciais de tan agradecidas á las finezas ajenas, y que por la amistad que os manifiestan los hombres les suplís tan generosamente las prendas estimables que les faltan, no puedo dejar de reprenderos justamente con san Bernardo, de que rodeándoos por todas partes el amor de Dios, no le echais de ver; buscándoos, no os halla; entrándoseos por las puertas, no le admitís: *Undique me circumdat amor, et nescio quid sit amor.* Almas justas, no habla con vosotros mi oracion ahora, que tan persuadidas estáis de que solamente á su amor debeis la felicidad de amarle; ni tampoco con vosotras, almas arrepentidas, que tan persuadidas estais que debeis á su amor las lágrimas con que lamentais la desgracia de no haberle amado siempre. Con vosotros hablo, pecadores. Sin duda que ignorais cuánto os ama vuestro Dios, porque si lo entendiéseis no le ofenderiais. ¿Quereis, pues, saberlo? pero el Calvario, regado con su sangre, ¿no os lo ha enseñado ya suficientemente? Oid, pues, las lecciones de otro maestro; pero ¡qué maestro, gran Dios! ¿Es posible, hombres ingratos y delincuentes, que me obligueis á llevaros á tan horrorosa escuela? Descendamos á los abis-

mos de la muerte, y pongámonos á las puertas del infierno. ¿Qué, retrocedéis espantados? No huyais, contened un instante los ímpetus del temor, ya que tanto os habeis resistido á la gracia: que á la vislumbre de aquel horno abrasado espero encender en vuestro corazon la llama de la caridad divina. Discurrid con la vista por la tenebrosa profundidad de aquel piélago de fuego; considerad aquella habitacion de crueles tormentos, de llamas inextinguibles, de desesperaciones sempiternas; escuchad aquellos despechos, aquellos gritos, aquellos lamentos sin fin, sin intermision, sin descanso; contemplad aquella muchedumbre de víctimas sobre quien derrama el Dios de las venganzas los caudalosos torrentes de su ira; advertid cuántos de aquellos infelices están allí padeciendo con menos pecados que vosotros, que solo vieron el infierno abierto de improviso para tragárselos irremisiblemente, en lugar que solo pone ahora á vuestra vista sus horrores para atemorizaros y salvaros: las iras del Dios á quien ofendeis parece que os contemplan á vosotros, y que solo se indigna y enoja para avisaros que le aplaqueis con vuestras lágrimas.

19. ¿No escuchais la confusa vocería é innumerables maldiciones sugeridas por la rabiosa envidia que prorumpen y se levantan contra Dios desde lo profundo de ese lago de fuego y de alquitran, culpándole aquella predileccion y preferencia tan desmerecida por el pecador á quien la concede como por el pecador á quien la niega? ¿Dudais todavía de su amor, testificándole el mismo infierno? Si conoceis su amor, si le confesais, y vuestro corazon no se deshace con todo eso en el mas vivo y tierno agradecimiento, es preciso confesar que no os mueve vuestra propia conveniencia, y que no sabeis amaros á vosotros mismos: *Nescio quid sit amor*. Y si vuestro afecto se ciñe á los límites de su mero reconocimiento, digo que no llegais sino á amaros á vosotros mismos, que no sabeis amar á Dios como merece ser amado, y que no sabeis amarle con aquel amor que os dictan sus beneficios. Porque si él mismo os declara cuánto y con qué exceso os ama, ¿no os enseña en esto mismo cuánto y en qué términos le debéis amar vosotros? ¿No os enseña cuán amable es en sí mismo y por sí mismo aquel Dios que desde la inmensidad de su resplandor, de su gloria, de su majestad, de su poder, de su felicidad, de su independecia, de sus perfecciones infinitas, desciende hasta vuestra bajeza para buscar vuestro amor, para solicitarle, para ganarle, para comprarle, por explicarme así, con las riquezas y prodigalidades de su amor? aquel Dios, digo, que solo

aspira á vuestro amor para levantaros hasta él, haciéndoos en algun modo semejantes á sí por el cúmulo de virtudes y perfecciones con que su amor enriquece las almas que se entregan á sus dulces ímpetus?

20. Ya aquí es, cristianos, donde, si consultáseis y prestáseis oídos á la voz de vuestro corazón, se quejaría de vosotros, porque degradais y envileceis toda su grandeza, toda su nobleza y toda su elevación cuando le dais otro señor y le proponéis otra guía que á vuestro Dios. Quiera el cielo que no os halleis plenamente convencidos por una experiencia lastimosa de que en las conexiones del mundo no se halla por lo común sino vicio ó incentivo de vicio, y que las engendra la concupiscencia, ó ellas engendran á la concupiscencia. Y no hablo ahora de esas aficiones del amor sensual; escollo famosísimo por haber naufragado en él la intrepidez belicosa de muchos Sansones, la virtud de muchos Davides, la sabiduría de muchos Salomones, la rectitud de muchos jueces de Israel. No hablo de aquellas conexiones tanto mas peligrosas alguna vez, cuanto parecen en el exterior mas recatadas y circunspectas; conexiones diestras é ingeniosas en cohonestarse con los mas altos fines, y tanto mas aptas para disimularse y engañar, cuanto se apoderan suavemente del corazón sin turbarle con grande movimiento, ó cuanto justifican al parecer la vehemencia del afecto con la cordura y regularidad de la conducta; conexiones, en fin, que, aunque no sean un pecado grave, sirven á la virtud de grande impedimento. Hablo de las amistades mas inocentes y respetables, las cuales son reprehensibles, si no se refieren á Dios, si no se refieren á este Señor como á su último fin; y esto aun cuando no produjesen otro efecto que divertir el espíritu y esparcir el corazón, el cual, cuanto se pegue al objeto amado, por poco que sea, esa parte menos da á Dios, á quien debe amar. Porque nuestro corazón, dice san Agustín, no es inmenso ni infinito; y así el lugar que ocupa en él un afecto demasiado humano se defrauda al amor de Dios, y aunque este afecto no constituya al hombre reo de culpa grave, le hace menos justo: *Minus te amat, qui aliquid præter te amat, quod non amat propter te.*

21. Mas, por el contrario, los tesoros de la mas encumbrada perfección se derivan naturalmente de la fuente del amor divino; verdad que con grande estudio procuraba san Pablo inculcar á los fieles de la primitiva Iglesia. No os fatigéis, hermanos míos, les decía, por discurrir sucesivamente por las diversas sendas de la perfección

evangélica: sea vuestro estudio echar hondas raíces en el amor de Dios, pues esta virtud os asegurará todas las demás virtudes: *Charitatem habete, quod est vinculum perfectionis*. (Colos. iii, 14). El cristiano que ama de veras á Dios no carecerá de ningún género de virtud; porque será celoso para ofrecer á Dios el holocausto de su corazon, enriquecido con los despojos y tributo de todos los corazones; hallará gusto en los rigores de la penitencia, porque es imposible amar á Jesucristo crucificado sin amar su cruz; perdonará á sus mas injustos perseguidores, porque en los enemigos que le aborrecen no verá sino la mano vengadora, aunque de padre piadoso, de un Dios á quien ama; será manso y pacífico, porque nuestros antojos, nuestros desabrimientos, nuestros arrebatos proceden del amor propio, á quien reprime y destruye el amor de Dios; será constante é intrépido, porque nuestra cobardía y condescendencia tan viles nacen del temor de desagradar á quien nos gusta mas que Dios; será amparo de pobres, porque no tendrá corazon para ver correr las lágrimas de aquellos por quienes Jesucristo vertió su sangre; será hombre de retiro y de oracion fervorosa, porque cuando se ama á Dios se le habla con gusto, se le oye con deleite: *Charitatem habete, quod est vinculum perfectionis*; y, en fin, para adquirir el mérito de todas las virtudes solamente le faltará la ocasion de practicarlas; y si no tiene esta ocasion, procurará tener este mérito por medio del deseo y de la voluntad: *Voluisti, fecisti*. Porque lo que Dios quiere y exige principalmente es este amor divino: las demás virtudes solo las pide como disposiciones, como testimonios, como consecuencias, como efectos de este amor santo. Así la Magdalena y cualquier otro pecador envejecido en sus vicios, como tengan mas amor, desde el primer instante de su conversion ya son mas justos y santos que el solitario que pasa toda su vida en el desierto entre los rigores de la penitencia. Porque el amor de Dios perfecciona todas las virudes y las hace practicar: *Charitatem habete, quod est vinculum perfectionis*.

22. ¡Oh puro y santo amor! ¡oh caridad celestial! yo me confundo y me anonado al contemplarte! No temas, no, que mi mano, que solo temblando tira las primeras líneas de tu poder, se atreva á correr el velo que encubre los arcanos de tus ocultos caminos; porque si lo intentara temeria profanar tu gloria, y conozco que solo un Apóstol que sabia amar, solo un discípulo que era amado, solo un espíritu bañado de tus luces, abrasado con tus incendios, puede ponderar dignamente las grandes, las sublimes, las heróicas

y las divinas maravillas que obras en un alma que toda entera se abandona á tu discrecion : raptos, enajenamientos, éxtasis, hablas interiores con Dios, abnegacion de sí mismo, desprecio del mundo, fervor y recogimiento continuo, no turbado, no interrumpido por el mas leve estruendo del amor propio y de las pasiones : luces, ilustraciones, conocimiento de la Religion y de los angustos misterios que en vano esperarán adquirir los sábios con la laboriosidad de sus estudiosas vigiliás, si no los alumbrá la antorcha de la caridad. Pues aunque es cierto que por la fe creemos las verdades eternas, pero tú, ó amor divino, nos comunicas su inteligencia.

23. *Da amantem*, exclamaba san Agustin despues de haber encarecido la felicidad con que en el cielo es premiado el amor, *da amantem, et sentiet quod dico*. Dadme una alma que ame á Dios, y ella entenderá lo que digo. ¿No puedo yo tambien con razon decir lo mismo? *Da amantem, et sentiet quod dico*. Dadme una alma que sepa apreciar, venerar, amar todos los estímulos y alicientes que Dios ha infundido en su corazon hácia lo grande, hácia lo sublime, hácia lo perfecto, hácia lo amable; y veréis que su inclinacion la impele con movimiento velocísimo á desear, á anhelar por aquel amor puro y generoso que la ennoblece y engrandece con el amor de un Dios infinitamente grande, infinitamente perfecto, infinitamente amable en sí mismo y por sí mismo; que la ennoblece y engrandece con los tesoros de virtud, de méritos, de perfecciones que juntamente con el amor divino entran en su corazon, haciéndola digna morada del Dios á quien ama: *Da amantem, et sentiet quod dico*. Y tanto mas amará y anhelará por este amor, cuanto que por un prodigio, que solo él es capaz de obrar, sabe concordar el aliciente de la felicidad con el aliciente de la perfeccion.

24. En efecto, y es una reflexion admirable de san Agustin, si pudiésemos disponer de nosotros á nuestro arbitrio, el mejor uso que podríamos hacer de nuestro corazon era entregarlo á Dios; y esto no solo para ser santos y perfectos, sino tambien para ser felices y vivir con tranquilidad. Convengo en que esta tierra que habitamos es lugar de destierro, y mas feraz de sinsabores que de placeres; que la verdadera y permanente felicidad está reservada para la celestial patria. Pero si el hombre es capaz de gozar en este mundo las primicias de la paz y del contento interior, las hallará ciertamente en el amor de Dios. Y ¿en qué otra parte las hallaria? ¿acaso en sí mismo? La primera voz que oímos es la voz que nos avisa de nuestra miseria y pobreza, pues apenas llegamos á conocernos,

cuando apresuradamente nos apartamos y huimos de nosotros mismos. Con efecto, no hay estado mas lamentable que el de una alma abandonada á sí misma; porque, por atroces que sean las calamidades que nos sacan de nosotros mismos, son de ningun momento respecto de las que nos reducen á nosotros mismos; y la pesadumbre mas grave no corroe tanto el corazon como el tédio melancólico de una alma que se entorpece y se sume en sí misma. Si no socorres, pues, con algun remedio exterior á ese desdichado corazon, á esa frágil caña que está para caer y postrarse en tierra, ¿á dónde acudirá para libertarse de tan lamentable estado? ¿por ventura al bullicio, al estrépito, á los desahogos, á las diversiones del mundo? Pero si vosotros, hombres, no sabeis ser felices, ¿cómo habeis de comunicar la felicidad á otros? Vosotros pasais la vida vagueando por objetos que mirados desde léjos parecen deliciosísimos, y examinados de cerca solo os dejan vanidad y afliccion de espíritu. Para un momentáneo gusto, ¡cuántos días tristes y desasosegados! Y ¿qué especie de deleites son, en fin, los que gustais? Son, dice la Escritura, como torrente que huye con velocidad, dejando secas las tierras por donde corre; como el escaso rocío que se enjuga á los primeros rayos del sol. Deleites vanos, que solo llegan á la superficie del alma, y que por vivos y activos que sean no penetran hasta sus profundos senos. ¿Los penetrará acaso el halagüeño gusto de la amistad, sin la cual la prosperidad mas envidiable no se reconoce feliz? ¡Ay, amados oyentes míos! quiera la Providencia preservar milagrosamente vuestro corazon de tantas falsas y aparentes amistades, que son burla del alma y velo de traicion; de tantas amistades interesadas que se terminan en la fortuna sin pasar hasta la persona; de tantas amistades y conexiones imprudentes que el corazon contrae inconsideradamente sin consultar la razon, y que la razon se ve despues obligada á mantener á costa del corazon. Desengañaos, dice san Agustin, que por mas escollos que evite vuestro corazon no se verá con todo eso libre de tempestades, ni dejarán de oprimirle pesadumbres y desabrimientos hasta que descanse en el amor de Dios: *Irrequietum est cor nostrum, donec requiescat in te.*

25. No por cierto, os digo yo tambien con este santo Doctor, ninguna cosa puede dar paz y sosiego á vuestras almas sino este amor divino, porque él solo puede convencerlas y certificarlas de que es verdaderamente amado. Mirad: acá en el mundo no hay cosa mas vulgar que el nombre y las apariencias de amistad; pero

tampoco hay cosa mas rara que un amigo verdadero. Pues ¿cómo le distinguiremos entre la multitud? porque no hay demostracion, no hay lenguaje que use un corazon ingenuo y sincero, que no sepa fingir un corazon traidor y fementido, ó que el convenio que los hombres han hecho de engañarse mutuamente no se haya convertido en expresiones de urbanidad. Los hombres, por otra parte, tienen habilidad para ocultar y disimular sus intentos; y como al mismo tiempo les es imposible penetrar el interior ajeno, no ven de nuestros afectos sino la parte que, gobernándonos por las circunstancias, descubrimos en nuestra conducta; pero no advierten los que reinan en nuestra alma excitados segun nuestra aficion é inclinacion. De modo que ignoran puntualmente lo que habia de obligarles á mayor agradecimiento. Pero no así con Dios, con quien se logran nuestros mas tiernos afectos. Un solo deseo, un solo suspiro, que se oculta á nuestra inteligencia, llega á sus oidos. Dios ve mi corazon, y yo estoy asegurado del corazon de Dios; porque quien le ama es amado de él: *Diligentes me diligo*. ¡Oh, si me fuese posible amarle como merece ser amado! Pero mi amor siempre será limitado, y el suyo no reconoce términos; porque este gran Dios inmenso é infinito es todo amor y caridad: *Deus charitas est... irrequietum est, etc.*

26. Ninguna cosa puede dar paz y sosiego á vuestras almas sino este divino amor; porque él es el único afecto sobre que no tienen jurisdiccion alguna ni el tiempo, ni la ausencia, ni aun los caprichos de la pasion mas viva. Las amistades humanas no son, por lo comun, sino engaño del corazon y letargo de la razon: las prendas naturales, las modales gratas y atractivas, un ingenio florido, una imaginacion viva; y especialmente la inclinacion, la simpatía, no sé qué propension oculta enlaza amistades que prometen durar hasta despues del sepulcro, si bien la vida mas breve suele ser para ellas demasiadamente larga. Porque cuando el tiempo ha debilitado imperceptiblemente el ardor del corazon, y ha despertado á la razon, queda el hombre pesaroso de haber conocido tan escasamente lo que pensaba conocer con tanta perfeccion. El hombre mas diestro en disimular se conoce en un trato continuado, donde se observan menudamente sus acciones, y sin quererlo descubre su conducta; pues el artificio no siempre violenta ni tiene al natural aprisionado. Y entonces ¡cuántos defectos no se notan en el hombre mas cabal! los cuales no disimula una alma generosa y condescendiente; pero la amistad que nació de natural inclinacion queda

reducida á una amistad que se mantiene por propio honor y á fuerza de reflexion. De modo que cuanto mas se conoce el mundo y lo que encierra en sí, menos se le ama. Mas el que no ama á Dios, dice san Juan, no le conoce: *Qui non diligit, non novit Deum*. (1 Joan. c. iv, 8). Y cuanto mas se le conoce, mas se le ama; de suerte que si Dios no es amado jamás en el mundo perfectamente, es porque solo en el cielo es perfectamente conocido: *Qui non diligit, non novit Deum*.

27. ¡Almas dedicadas á conocer al Señor en la escuela de la oracion, bien entendida teneis por vuestra experiencia propia esta gran verdad, y bien echais de ver que el amor crece sin cesar con el conocimiento y con la luz! Notad ahora, pues, amados oyentes mios. Por cuanto este amor siempre generoso, siempre grande, siempre elevado no nace, ni se dilata, ni se extiende sino con la luz, léjos de abortar cuando es mas tierno, mas fino, mas impetuoso, los bastardos furores de la envidia (justo castigo de los extravíos y delirios del corazon humano), solamente causa impetus santos, solamente enciende los ardores del celo. El hombre entonces ni quiere amar solo, ni ser solo amable, ni ser solo amado; porque el amor divino, á cualquier hombre, en cualquier estado, en cualquier situacion que se halle, si ama á Dios, le sabe erigir en apóstol. Aquel Pablo, padre y ejemplar de los anacoretas, es tan apóstol por el fervor de sus oraciones, de sus ansias y deseos, como lo es el otro Pablo, el doctor de las gentes, por los trabajos, por las peregrinaciones y peligros de su ministerio. El apóstol cuyos gemidos y suspiros apenas interrumpe el silencio de su gruta, y el apóstol cuya voz suena de Oriente á Occidente, aspiran ambos á unos mismos fines: el uno á alcanzar, y el otro á ganar, para el Dios en cuyo amor se abrasaban, almas mas dignas de ser amadas de su Majestad. ¡Hombres, que tan olvidados vivís del reino de los cielos, no entendeis por cierto vosotros los maravillosos efectos de un amor opuesto á sí mismo y vencedor de sí mismo! ya veo que no podeis comprender cómo un amor alterado con tantos deseos, movimientos é inquietudes, pueda ser todo el recreo de un corazon que él consume en sus llamas. ¡Vosotros solamente conoceis lo terreno, lo grosero, lo interesado de las aficiones humanas! solamente conoceis las ansias, las quejas, los pesares de las separaciones del amor mundano! Con todo eso estas aparentes contradicciones del amor divino solamente son incomprendibles para quien no las experimenta. Yo amo á Dios, decia san Agustin, y estoy separado de Dios; yo tengo hambre de él, y

no le poseo: cuanto mas le amo, mas penosa é insufrible me es su separacion; pero mi amor, contristado, angustiado, solo anhela en este mundo por unirse con otro amor todavía mas impaciente en sus deseos, mas sumergido en el mar amargo de sus ansias, mas inundado de sus lágrimas. De modo que la felicidad eterna consiste en gozar á Dios en paz y en tranquilidad; pero la felicidad de esta vida consiste en amarle entre los sentimientos y penas de la separacion; y hay ciertos momentos en que sin dejar de sentir el hombre el deseo de poseerle, solo se muestra poseido del deleite de amarle: *Irrequietum est, etc.*

28. Ninguna cosa, repito, puede dar paz y sosiego á nuestras almas sino el amor de Dios; porque este amor es el único afecto que no aprisiona el corazon. ¿Qué vienen á ser las conexiones mundanas sino una mútua servidumbre? La amistad humana es tan dominante como amorosa: cada uno quiere conservar el derecho de mandar; y en este comercio de atenciones y correspondencias el que mas ama se hace esclavo del que ama menos. Cuando un hombre de corazon tierno se granjea un amigo, no hace otra cosa que cargarse con un superior á quien obedecer; y yo diria que la libertad se pierde con la indiferencia, si no me enseñase el Apóstol que hay un amor que rompe las cadenas de los que él aprisiona: *Ubi autem spiritus Domini, ibi libertas... in libertatem vocati estis.* (II Cor. III, 17; Galat. v, 13). Pero en los caminos del amor divino Dios se humilla en algun modo á ganarlos por la mano: ruega, y no cesa de rogar, aunque muchas veces le damos con la puerta en los ojos: despedí-mosle, y él continúa en ofrecernos su amistad: huimos de él, y él no se cansa de seguirnos y solicitarnos; y cuando un alma se rinde á la gracia, Dios parece que pone de su parte todas las atenciones y condescendencias. Revolved las sagradas Escrituras, leed la historia de un Abrahan, de un Isaac, de un Jacob, de un José, de un Moisés, de un David, de una Susana, de un Tobías, de una Ester, y veréis que todos los casos de su vida se disponen á su arbitrio. Si alguna vez se opone Dios á sus deseos, no con otro fin consiente que sus lágrimas corran un instante, sino porque su fino y sábio amor antepone su eterna dicha á su transitoria felicidad. Vosotros, pues, continúa san Bernardo, á quien vuestras pasiones desenfrenadas os tienen reducidos á una vergonzosa servidumbre, avivad vuestro esfuerzo, aspirad á la verdadera libertad, á la generosa independencia: el Apóstol os la ofrece; ella os espera y os convida: *In libertatem vocati estis.* Si servir á Dios es reinar: *Cui servire, reg-*

nare est, ¿qué será, pues, amarle? Amad á Dios, añade san Agustín, y al punto os pondrá en vuestras manos su celro y sus derechos: *Ama, et fac quod vis*: él os permitirá que vivaís segun los movimientos de vuestro corazon, y que no os sujeteis á otra ley que á la de vuestro corazon: *Ama, et fac quod vis*.

29. Ninguna cosa, finalmente, puede dar paz y sosiego á nuestras almas sino el amor de Dios; porque solo este afecto no teme alteraciones mundanas. Los amigos del mundo son altaneros y puntillosos: una nonada los desazona y ofende; y cada dia vemos que por levísimas causas, con grande deshonra del corazon humano, se rompen de repente para siempre amistades de muchos años. Los amigos del mundo son mudables é inconstantes; su amor se enfria, su oficiosidad se entibia y se acaba; finalmente, son hombres, y así es indispensable que nos dejen, ó que los dejemos nosotros. Pero en el mar del divino amor no se encuentra otro escollo que temer que mi propia inconstancia. Yo estoy seguro de que no puedo perder á Dios, si no me resuelvo temerariamente á apartarme de él, y que despues de haberle perdido fácilmente puedo recobrar su amistad. Una palabra, una lágrima, un suspiro despedido de un corazon verdaderamente contrito, no es menester mas para que este Dios amorosísimo nos admita otra vez á su gracia, olvidándose de la traicion que le hicimos, y del ultraje con que tratamos su amor. Y el sepulcro, tan funesto para los amigos del mundo, ¿qué es de lo que á mí me privará? ó, por mejor decir, ¿qué es lo que no me dará? En él fenecen los gustos deliciosos de las amistades humanas, y en él empiezan las prosperidades, el reino, el triunfo del amor divino: Dios estará con nosotros, y nosotros con él por toda una eternidad: *Irrequietum est cor nostrum donec requiescat in te*.

30. ¿Qué delirio, pues, enemigo de nuestra paz, nos agita, amados oyentes míos, cuando le robamos á Dios nuestro corazon, y le reducimos á la vergonzosa servidumbre del mundo? ¡Ay, hombres ilusos y engañados! qué mal os quereis cuando inclináis vuestro corazon á las cosas de la tierra! ¡Cómo! ¿es posible que habeis de sujetar ese corazon tan tierno, tan blando, tan compasivo, tan fácil, tan pronto en recibir las impresiones del temor, de la inquietud; ese corazon tan digno de ser amado, que sabe amar con tanta fineza, que con tanta dificultad se desprende de lo que ama; es posible, digo, que le habeis de sujetar al pesado yugo del mundo, de ese mundo extravagante y autojadizo, de ese mundo soberbio y altanero, de ese mundo inconstante y mudable, de ese mundo ingrato

y desleal? ¡Infelices sois ciertamente si amais, y mas infelices todavía si sois amados! pues el mismo gusto de una amistad fiel os conduce al dolor de ver perecer á vuestros ojos el objeto que os amaba: ¿y cómo es posible, pregunta san Agustín, que poseáis con gusto lo que sabéis con certidumbre que habeis de perder con tanto sentimiento? Desengañaos, continúa este santo Doctor, que no gozará nuestro corazon de tranquilidad hasta que descanse en el amor de aquel Ser inmutable y eterno, de cuya posesion ninguna cosa tiene poder para despojarle: *Non poterit labor finire, nisi hoc quisque diligat quod non possit invito auferri*. Amemos, pues, á Dios, y no amemos sino á Dios, ni nada amemos sino por él, puesto que él es nuestro amigo temporal y nuestro amigo eterno: *Irrequietum est cor nostrum, etc.*

31. Resumamos. La obligacion de amar á Dios se deriva de la naturaleza y de la esencia misma de la Religion; de modo que toda religion que tuviese por fundamento y por objeto cualquier amor que no fuese el amor de Dios seria sacrílega en su doctrina, en sus sacrificios, en sus adoraciones. De donde se sigue que el hombre que no ama á Dios quebranta una de las obligaciones mas esenciales del hombre, una de las leyes mas sacrosantas de la naturaleza y de la gracia: es un apóstata en cuanto al efecto de una religion que solo profesa con el entendimiento; en una palabra, es un cristiano sin el verdadero espíritu del Cristianismo. Todos los alicientes y estímulos que ha infundido el amor de Dios en nuestro corazon, y ha conservado en él nuestro corrompido origen hácia lo grande, lo perfecto y lo amable, nos inducen al amor de Dios, que es solo verdaderamente grande, verdaderamente perfecto, verdaderamente amable en sí mismo y por sí mismo. De donde se sigue que el hombre que no ama á Dios es un hombre merecedor de las mas sentidas quejas de su corazon, porque le envilece y degrada, olvidando y desmintiendo las nobles y virtuosas inclinaciones que hay en él arraigadas. Nuestro corazon no conseguirá jamás ni puede conseguir la paz, el sosiego, la felicidad que desea en el cielo y en la tierra, sino amando á Dios en este mundo, y poseyéndole en la vida eterna; de donde se sigue que el que se resuelve á no amar á Dios consiente en ser desdichado en esta vida, y se defrauda de la esperanza de ser dichoso en la venidera.

32. Pero hablemos aun con mas propiedad y masteológicamente. Nosotros nacemos con el amor y con el deseo esencial de la felicidad, de la felicidad verdadera, de la felicidad sin límites en su extension,

sin límites en su duracion : con que nacemos con el amor y con el deseo del bien infinito, del bien inmutable y eterno. Es así, pues, que este bien infinito, inmutable y eterno es Dios, y no puede ser otro que Dios, únicamente capaz de llenar perfectamente y para siempre la inmensidad de nuestro amor y de nuestros deseos; luego el amor y el deseo de Dios es realmente nuestro amor y nuestro deseo primitivo, natural y esencial; luego todos los demás amores y deseos no son mas que unos amores y unos deseos subordinados á este primer amor, no son mas que unos deseos y unos amores ciegos y desordenados cuando se apartan y se oponen á él; luego el instante en que la muerte rompa el velo del engaño quedará solo en nuestro corazon el amor y deseo de Dios; luego cumplido y satisfecho este deseo causará enajenamientos y éxtasis deliciosísimos y siempre nuevos; luego despreciado y repulsado este deseo prorumpirá en gritos, en despechos, en desesperaciones que roerán el alma; luego el amor y la posesion de Dios será la gloria de los escogidos; luego el deseo de Dios, y, en cierto sentido, su amor, será para los réprobos el tormento mas insufrible en el infierno; luego el hombre que no ama á Dios es un hombre traidor con su propio corazon y dissipador de todos sus bienes, y tan merecedor de todas sus execraciones como de las de su Dios.

33. Pero si no vemos á Dios, me diréis, ¿cómo hemos de amarle? ¡No veis á Dios, fieles! ¿y tantos Santos que no veian á Dios, y que vivieron una vida tan llena de raptos impetuosos que las pasiones mas violentas no llegan á causar? el sueño huia de sus ojos; abrasábanse en los mas vivos y encendidos deseos: Israel no derramaba lágrimas tan amargas sobre los ríos de Babilonia; la esposa de los Cantares no llamaba á su amado con suspiros mas tiernos. ¡Qué! ¿pensais que los primeros dones que derramó el Dios de amor y de caridad han agotado todas sus riquezas? ¿pensais que no cae ya rocío en los collados de Jacob y en las llanuras de Judá? Entended, dice san Agustin, que el primer paso que da el Señor es encender en vuestro corazon una centella de este sagrado fuego; procurad vosotros no impedir, no escudriñar el influjo de su gracia, dejad que la inspiracion de su espíritu acalore y vivifique esta centella que no tardará en abrasaros y consumiros. ¡Decís que no veis á Dios! Mas pregunto: si la historia de los tiempos antiguos, si relaciones verdaderas de los sucesos que pasan en tierras extrañas, nos dan noticia de un hombre en quien resplandece alguna parte, aunque levísima, de la grandeza, de la majestad,

de la sabiduría, de la rectitud, de la bondad, de la beneficencia, de las perfecciones de nuestro Dios, al leer la noticia, al oír la relación, ¿no se siente nuestro corazón movido, impelido, arrebatado, figurándose á este hombre como de una esfera superior á los demás hombres? ¿y no penetra la distancia de siglos, de provincias, de mares para ofrecerle el tributo de la admiración y del amor mas tierno? Ved ahí, pues, una persona á quien no vemos, y, sin embargo, amamos. ¡Decís que no veis á Dios! Mas aunque no esté presente á los ojos del cuerpo, ¿no lo está á los ojos de la fe? Y si las lágrimas de un Dios hecho hombre, de un Dios puesto en una cruz, no nos enternecen, ¿quién será capaz de movernos? Pero ¿podemos dudar que está presente á nuestro entendimiento? ¿ignoramos acaso la infinitad de sus perfecciones, la multitud de sus beneficios, las riquezas de su misericordia, los milagros continuos de su amor? Mas ¿no está presente á nuestro corazón? Temores y sobresaltos, remordimientos y arrepentimiento, estímulos de la razón y de la fe, latidos de la conciencia, recuerdos de la virtud, desabrimientos y pesadumbres, turbación y alboroto, displiencia del mundo y de nosotros mismos, ¿no son otras tantas voces que le llaman al amor de Dios, que le desengañan de que no encontrará paz ni tranquilidad sino en el amor de Dios? Mas todos los incentivos capaces de mover nuestro corazón; estímulos de respeto y de admiración, estímulos de gratitud y de reconocimiento, de mérito y de perfección, de dicha y de felicidad, ¿qué otra cosa son sino otras tantas semillas de amor divino que por eso permanecen estériles, porque dominados nosotros de las pasiones que nos hacen indóciles á la gracia las privamos de la sazón y medios de fecundarse? Mas todas las razones de nuestra propia conveniencia en esta vida, y todos los bienes que esperamos en la otra, ¿no nos estimulan al amor de Dios? Porque, sin este amor, ¿qué seremos en este mundo, y qué seremos especialmente en el otro? Y, finalmente, ¿no nos hablan de Dios y por Dios todas las cosas, tantas las que hay dentro de nosotros como las exteriores?

34. De modo que si Dios nos pide nuestro corazón, nuestro corazón nos está dictando que nos entreguemos á Dios. Todo lo que no es nuestro corazón es indigno de Dios, y todo lo que no es Dios, ó que no tiene relación con él, es indigno de nuestro corazón. ¡Oh, y cuánta injuria hacemos, pues, á Dios; y cuánta á nosotros mismos cuando negamos á su Majestad nuestro corazón! Con que estamos obligados á amar á Dios. Me parece que he de-

mostrado claramente esta importante verdad. Pasemos ahora á la segunda parte de este discurso, y juzguémonos, y examinemos si amamos realmente á Dios.

Segunda parte.

35. ¿Por qué señales, por qué indicios podremos juzgar, en cuanto es posible al hombre conocer al hombre, si amamos á Dios ó no le amamos? Nuestra conducta, responde san Basilio, será el intérprete de nuestro interior. Mas procedamos sin equivocacion, cristianos, y entended que cuando yo apelo con este santo Padre á vuestra conducta para juzgar de vuestro corazon no pretendo, ni el cielo tal permita, que solo con la obediencia que se presta á los demás preceptos de Dios se cumple con el precepto del amor de Dios: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo... ex omnibus viribus tuis.* (Luc. x, 27). Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, con todas tus fuerzas. Esta es la ley clara, expresa, terminante, sin sombras, sin oscuridad: ley que en un precepto contiene dos preceptos, que en un solo amor manda dos amores. *Ex toto corde tuo*; amor de corazon y de afecto que llaman los teólogos afectivo. *Ex omnibus viribus tuis*; amor práctico y de conducta llamado por los teólogos amor efectivo. Vuelvo ahora á san Basilio, y digo con él: si quereis saber si el amor de Dios habita en vuestro corazon, preguntadlo á vuestras costumbres y á vuestras acciones. El amor de corazon ó afectivo ¿engendra en vosotros el amor práctico y de conducta con que cumplís con todos los preceptos de Dios? El amor práctico y de conducta con que guardais los mandamientos de Dios ¿trae grabado sobre sí el carácter y el sello del amor de corazon y de afecto? En una palabra, ¿cumplís con la ley de Dios? ¿la guardais como la guarda el hombre que ama verdaderamente á Dios? Espacioso é inmenso campo de reflexiones se me descubre; pero no me propongo desentrañarlas, solo me contentaré con hablar de ellas superficialmente.

36. I. No es ciertamente amor verdadero el amor de corazon y de afecto cuando no llega á producir el amor práctico y de conducta; y si no observais todos los divinos preceptos entended que no cumplís con el precepto del amor de Dios. Porque ¿qué amor es este que os intimista este precepto? Es un amor de corazon, y de todo corazon: *Ex toto corde*; luego es un amor que da y rinde todo vuestro corazon á Dios, un amor que domina á todos los demás amores, que es mas poderoso que

todos los demás afectos de vuestro corazon; un amor que desea mas que todas las cosas conservar la gracia y la amistad de Dios, que teme mas que todas las cosas perder la gracia y la amistad de Dios; de suerte que este deseo exceda á todo deseo, y este temor exceda á todo temor; un amor resuelto á perder todas las cosas antes que perder la gracia y amistad de Dios; por consiguiente un amor pronto y determinado á observar todas las leyes, todos los preceptos de Dios, queriendo desagradar á todo el mundo antes que á Dios, y perder todos los bienes antes que á Dios. Así lo entendia el Discipulo amado cuando en nombre del mismo Jesucristo intimaba esta sentencia: El hombre que ama á Dios cumple fielmente con la ley: *Si diligitis me, mandata mea servate.* (Joan. XIV, 15). Sentencia falsa y sofística, si el amor de Dios consistiese solamente en un amor de pura especulacion, y en reverenciar con rendimiento las soberanas perfecciones de Dios, pues este amor seria solo amor de entendimiento, y no amor de corazon; amor que puede hallarse, y con efecto se halla, hasta en los condenados y en los demonios, transgresores y enemigos de la ley. Sentencia falsa y falaz, si el amor de Dios consistiese solamente en un amor ocioso y estéril, pues este amor solo seria un amor que se ofrece y se presenta al corazon que le estimula y le llama, el cual puede hallarse, y con efecto se halla, algunas veces en los mayores pecadores; pero no seria un amor adoptado y admitido por el corazon, un amor que reinase de asiento en el corazon. Mas esta sentencia es verdadera é incontrastable, entendida naturalmente de un amor de corazon, y de todo corazon. En efecto, y no excuso repetirlo: si el amor que yo tengo es un amor de corazon y de todo corazon, desde luego es un amor en virtud del cual prefiero la dicha de tenerla gracia y el amor de Dios á todas las demás dichas, y en virtud del cual temo la infelicidad de perder la gracia y el amor de Dios mas que cualquiera otra infelicidad; porque quien se resolviese á no ser amado de Dios no le amaria seguramente: sabiendo yo, pues, que no puedo quebrantar un solo precepto de Dios sin perder su amistad y gracia, se infiere que á proporcion del amor que yo profeso y de la voluntad que tengo de ser amado, de lo que yo amo á Dios, y de lo que quiero ser amado de él, quiero observar todos los preceptos de Dios y cada uno de ellos.

37. Con que el amor de Dios contiene en su naturaleza y esencia la disposicion verdadera, sincera, íntima, de cumplir todas las leyes de Dios, puesto que es tan imposible amar á Dios y no que-

rer observar todos sus preceptos, como amar á Dios y no amarle, como querer y no querer ser amado de Dios. Con que el acto en cuya virtud yo me ofrezco y entrego al amor de Dios es por su naturaleza y esencia un acto en virtud del cual me dedico á la observancia de la ley en toda su plenitud. De donde se sigue que con verdad se dice del que ama á Dios que su voluntad abraza con un solo acto de amor de Dios toda la extension de su santa ley. En vano, pues, en vano me persuado que observo el gran precepto del amor de Dios, porque conservo en mi corazon cierta propension, cierta aficion á Dios; porque siento cierta complacencia cuando pienso en los beneficios y perfecciones infinitas de Dios, pues para tener alguna seguridad en esta parte es necesario que, siguiendo el ejemplo del Apóstol, penetre hasta lo mas profundo de mi corazon, y que sondee los mas íntimos senos y disposiciones; es necesario sobre todo que, haciendo cotejo del amor de Dios con los demás amores, procure averiguar por medio del exámen de mis acciones si el amor que yo me precio de tener á Dios es un amor superior y mas poderoso que todos los demás amores, y de tal modo mas poderoso y superior, que en la concurrencia y oposicion de deseos y de intereses nunca dude de sacrificar los deseos y los intereses de los demás amores al deseo y al interés de conservar la gracia y el amor de Dios. Entonces averiguaria si siendo cortesano he querido incurrir en la desgracia é indignacion del poderoso, como los niños de Babilonia; antes que doblar la rodilla al ídolo si viviendo en el mundo he querido exponerme antes á las venganzas de una pasion menospreciada, á ejemplo de José; que rendirme á los halagos de la sensualidad: si colocado en un cargo, en un empleo de confianza, he imitado el vigor de Juan Bautista, ó antes callé muchas veces verdades de donde podia depender el bien de la Religion, del Estado, de la patria; temiendo que se conjurasen contra mí: si de los que por sus pasiones estaban interesados en perpetuar el error del error y del engaño: si constituida en alguna delicada y peligrosa coyuntura he defendido con propósito inexpugnable los sacrosantos derechos de la castidad y fidelidad conyugal, y si constituida de la esperanza de hallar un Daniel, libertador de la inocencia oprimida; estuve determinada á morir afrentosamente antes que violarlos: si en un revés de la fortuna he elegido como otros Tobías ser antes pobre que redimirme por medio de la injusticia y del robo: si viviendo en los palacios de los reyes, si sirviendo al príncipe del trono, no solo no me expuse como Ester al enojo terrible del

monarca, sino que entregué la causa del justo y del inocente oprimido en manos de un vengativo Aman, de costumbres depravadas y sin vestigios de religión: si siendo ministro del santuario, en lugar de impedir que los impíos profanasen el altar, me resolví como Ananías á huir de Sion vil é ignominiosamente, acobardando con mi flaqueza el celo de los que se sintieron incitados á seguirme: si siendo magistrado he despreciado y pisado el orgullo altanero de los grandes, sus dádivas y los tesoros de su opulencia, procediendo siempre con fidelidad según las leyes de la justicia y de la rectitud; ó si, por el contrario, he comprado la autoridad y el valimiento con las lágrimas del pobre y con las calamidades del inocente: si en las pretensiones que se originan del deseo de ascender, bien lejos de imitar al fiel Jonatás, he desconocido alguna vez, he apartado, he sacrificado un amigo, un competidor de mérito muy sobresaliente, de opinion universal. ¡Ay, hermanos míos! si en estos casos habeis quebrantado la ley de Dios, habeis quebrantado igualmente el precepto que os manda que le améis: *Si diligitis me, mandata mea servate.* (Joán. xiv, 15).

38. No hemos, pues, de procurar solamente observar estos divinos mandamientos, sino proceder de modo que cada uno de nosotros esté pronto á responder con tanta sinceridad y verdad como el Apóstol, que ni la prosperidad, ni la adversidad, ni el temor, ni la esperanza, ni ninguna tentacion, ni ningún poderío del mundo ó del infierno será capaz de hacernos quebrantar la ley de Dios: *Certus sum quia neque mors, neque vita poterit nos separare à charitate Dei.* (Rom. viii, 39). Vosotros juzgaréis acaso, amados oyentes, que un triunfo tan completo del amor de Dios solo es propio de un pueblo. Os engañais, hermanos míos, os engañais. Distinguese, dice santo Tomás, en el orden de la caridad divina una caridad mas ó menos viva, mas ó menos ferviente, mas ó menos heroica; pero el amor menos activo, añade el doctor Angélico, el menos fervoroso, el menos heroico, si es amor verdadero, es por su naturaleza un amor señor y triunfador de todos los amores; y por esta superioridad del amor de Dios sobre los demás amores no era el Apóstol mas que santo. Pero lo que le distingue de la multitud de los Santos, lo que le constituye un pueblo, un vaso de eleccion, es el haber tenido además de este amor esencial un amor, una caridad tan sublime, tan copiosa, tan inmensa, que solo la tiene Dios reservada para aquellas pocas almas en quien y por quien

su Majestad quiere hacer alarde del poder y de las riquezas de su gracia.

39. Despues de esto, ¡ay de nosotros si nos cegamos en este punto! Porque amor de Dios en el corazon, pasiones condenadas y reprobadas por la ley de Dios; amor de un Dios legislador de paz y de concordia, antipatía y aversion, odio y venganza, mordacidad y calumnia; amor de Dios, ejemplar de obediencia y de rendimiento, y espíritu de orgullo y de presuncion, de pertinacia y de indocilidad, de cisma y de discordia; amor de Dios, origen de caridad benéfica, hermanado con esa dureza, con esa insensibilidad que no bastan á enternecer los suspiros y lágrimas del pobre, con esa sed insaciable de riquezas que usurpa y se sorbe el caudal del pobre, con esa avaricia ó con esa prodigalidad que retiene ó disipa el alimento necesario del pobre; amor de Dios que intima modestia y humildad, con esa ambicion que corre tras las honras por las sendas tenebrosas y torcidas de tantos sobornos y negociaciones, que las compra á costa de tantas adulaciones y bajezas, que se apodera de ellas con tantas maldades y violencias, que las posee con tanta arrogancia y presuncion, que las conserva con tantas astucias y perfidias, que las infama con tantos escándalos y usurpaciones; amor de Dios, que nos declara que si amamos al mundo no le amamos á él, que si somos amados por el mundo no somos amados por él, con tantas condescendencias con el mundo, con tanta prontitud á conformarnos con los usos, con las modas, con los antojos del mundo, con tanto estudio en gobernar y conformar nuestra virtud á las ideas, leyes y falsas máximas del mundo; amor de Dios, que nos advierte que no podemos amarle si no nos negamos á nosotros mismos, con esa eterna condescendencia con los caprichos, gustos, delicadezas, resentimientos de nuestro amor propio y de nuestra vanidad; amor de Dios, que solo reconoce por sus discípulos á los que siguen el camino mortificado del Calvario y de la cruz, con una vida ociosa y sensual, con una vida indolente y aletargada, con una vida ocupada toda en pasatiempos y en el juego, en festines y espectáculos, en regalos y delicias; ¡qué amor es este! Amor, confesémoslo para confusion nuestra, amor comunísimo, amor que en nuestro siglo ha cundido maravillosamente, y casi el único amor de Dios que nuestro siglo conoce. Jamás se ha hablado tanto, se ha discurrido, se ha sutilizado, se ha dogmatizado tanto sobre el amor de Dios: todos se dirigen á su

antojo en predicadores, en defensores, en vindicadores del amor de Dios. Pero este amor de que tanto se habla ¿qué efectos causa entre nosotros? Disertaciones, disputas, odios, discordias, negociaciones, libelos emponzoñados con la mordacidad de la sátira, llenos de declamaciones; todo, en fin, menos virtudes y buenas costumbres. ¿Qué efectos causan en todos los estados, en todas las condiciones, tantas personas que sin estudios y sin ciencia, sin carácter y sin capacidad, sin ministerio y sin celo, se introducen á dogmatizar sobre el amor de Dios? Todos, menos el amor de que hablaba el Profeta, pues el amor de estos tales es un amor que reside en los labios y no habita en el corazon: *Labiis me honorat, cor... longe est à me.* (Matth. xv, 8). Amor quimérico y fantástico, amor que con tanta propiedad le llama el Discípulo amado ilusion de una alma ciega que se engaña, ó perfidia de una alma hipócrita que intenta engañar: *Qui dicit se nosse eum, et mandata non custodit, mendax est.* (I Joan. II, 4). El verdadero amor de Dios es un amor que guarda todos los preceptos divinos: siendo así, pues, que vosotros no los observais; luego vosotros no amais. Pero supongamos que los observais; mas ¿los observais como los observa el que ama verdaderamente?

40. II. Para resolver esta segunda cuestion es necesario advertir que cuanto el temor y la esperanza se diferencian del amor, tanto se diferencian en el modo de observar la ley el hombre que teme ó espera y el hombre que ama: el que teme y espera pone los ojos de su alma en Dios vengador ó remunerador, porque la caridad se eleva á Dios, á aquel Dios, Padre amoroso, á quien debemos la adopcion de hijos, que derramó por nosotros su sangre, que nos da su amor y su gracia; aquel Dios inmenso, infinito en bondad, en justicia, en sabiduría, en grandeza, en poder, en la soberanía inefable de su ser y de sus perfecciones; aquel Dios infinitamente amable por sí mismo y para sí mismo. De modo que el temor y la esperanza se despiertan en nuestros ánimos con la consideracion de los castigos que tememos, ó de los premios que deseamos. La caridad, aquel amor que merece principalmente el nombre de amor, es el amor que se engendra en nosotros con la consideracion de las perfecciones divinas; aquel amor en virtud del cual amamos á Dios por Dios, como dice san Agustin: *Ipse propter se, non propter alium*; aquel amor de quien habla san Bernardo, impaciente y ansioso de poseer á Dios, porque ninguno puede amar verdaderamente á Dios sin desear poseerle; aquel cuyos ímpetus

por eso se dirigen todos á Dios, porque Dios posee todo el corazón : *Causa diligendi Deum, Deus est*. De esta diferencia, pues, de afectos ¡cuántos modos diferentes no resultan de observar la ley de Dios y de servirle ! Pero yo no trataré de ellos de propósito, ni haré mas que tocarlos superficialmente.

41. El hombre dominado por el temor y la esperanza se mueve por el miedo de los castigos de un Dios vengador, ó por la esperanza de los beneficios de un Dios remunerador. Por el contrario, el hombre en cuyo corazón, abrasado con el divino amor, arde la caridad, se inclina por sí mismo y se interesa en todo lo que es del agrado del Dios á quien ama. De aquí nace, como ya hemos insinuado, el espíritu de celo : así vemos que apenas un David se entrega al sueño, cuando su corazón le despierta, y se levanta antes que raye la luz, para desterrar de su corte la disolución y la impiedad : reserva sus favores y su confianza para el justo : niega los al pecador, y casi se desdén de ser rey de los que no conocen al Señor por su Dios : *Oculi mei ad fideles terræ*. (Ibid. 6). Un Ezequías, un Josías, destruidores de las sacrílegas supersticiones ; un Samuel, un Elías, ministros del Altísimo, que con tanto valor intimaban su ley, anunciaban sus venganzas, declamaban contra los escándalos del pueblo y de los grandes, despreciaban los atrevimientos y conjuraciones de Israel prevaricador ; los Moiseses, los Josués, los Matatías, los Judas Macabeos, que tan animosos peleaban las batallas del Señor ; una Ester, que desciende del trono, arroja la púrpura y la diadema, se cubre de ceniza y de cilicios, y antepone á las delicias de la corte el deleite de llorar con libertad las calamidades de la ciudad santa. Cae el arca del Dios de Israel en manos del incircunciso : *Arca Dei capta est*. (I Reg. iv, v. 11). Y el amor paterno del sumo sacerdote, que había oído con entereza la noticia de la muerte desastrosa de sus dos amados hijos, desfallece, y la ignominia é infortunio de Sion abren en su corazón una llaga mas profunda : *Arca Dei capta est* : al oír estas palabras cae y espira : ¿qué sé yo que os diga mas, cristianos ? este celo, padre y autor de los Profetas, de los Apóstoles, de los Mártires, no tiene en todas las almas la misma fuerza y actividad, porque en todas no reina el amor de Dios con igual imperio ; pero dadme que este amor prenda en el corazón, y veréis que como fuego consumidor y abrasador enciende en él los ardores del celo : *Ignis consumens*. (Deut. iv, 24). Si el carácter propio, pues, y distintivo de la caridad divina es el espíritu del celo, como en efecto

¿lo es? con que te has ausentado del mundo, ¡oh divina caridad!

Es verdad que no falta celo; pero un celo ocupado en contraminar los fundamentos de la fe, de las buenas costumbres, de la decencia pública; un celo ocupado en desterrar, en deprimir las virtudes propias de un ciudadano, de un súbdito, de un cristiano: este es el celo que se manifiesta y resplandece en las pestíferas y envenenadas obras que incesantemente aborta, en la disolucion con que se propaga, en el patrocinio que halla tal vez en algunos poderosos engañados ó viciados, en la estimulacion y elogios que prodigamente se le tributan. Este celo contra Dios es el que por nuestros pecados cunde tan universalmente, el que á manera de torrente inunda nuestro siglo, que con tanta serenidad mira las calamidades que prepara á la posteridad; pero el celo por Dios, preguntaba el Sábio, y yo con él lo pregunto á todos los estados, á todas las condiciones, á los mundanos, á los ministros del santuario, á los cortesanos, á los habitantes del desierto, á los que se precian de hombres de bien, á los devotos, á los sábios; el celo por la gloria de Dios, pregunto, ¿cuántos le conocen? ¡Oh, y cuán pocos! ¡y si le conoce la mayor parte, es para ultrajarle, para calificarle de delirio y de fanatismo! ved qué lejos están de mirar el celo como virtud: ¿qué digo virtud? El celo hoy día pasa por mas que vicio, por una cosa que causa risa. Pero el cristiano á quien amedrentase la mordacidad y las zumbas del mundo daría un claro testimonio no solo de que amaba poco, sino de que no amaba nada; pues el que ama á Dios solo teme á Dios y lo que él le manda temer: sus virtudes incontrastables y arraigadas profundamente no conocen las flaquezas de una vil condescendencia, ni tampoco la inconstancia y veleidad de quien no está asegurado en la virtud sobre el fundamento del amor de Dios, que es el origen de donde procede y el ejemplar con quien se confirma. ¿Y qué sería si el miedo que acobarda su voluntad fuese indignamente servil? si la esperanza que le alienta fuese solo una esperanza venal é interesada? Entonces solo daría dudosos y vacilantes pasos aun en el camino de una virtud aparente; porque viniendo á adormecerse la conciencia y su fe, se aprovecharía su corazon esclavizado del primer instante de su sueño, sacudiría el yugo, huiría, y tal vez no volvería mas. Mas el que tiene amor de Dios no necesita dirigir su corazon, antes su corazon le dirige á él, y como otro Pablo provocaría al cielo y á la tierra. Con efecto, ¿quién sería suficiente á

separarle de la caridad de Jesucristo? *Quis nos separabit à charitate Christi?* (Rom. VIII, 33).

42. ¿Será acaso el rigor de los sacrificios que exige? Para la caridad no hay impedimentos; antes que el sacerdote llegue al altar ya está preparada la víctima, y la ley de Dios no encuentra resistencia cuando el que la recibe está poseído del amor divino. ¿Será el deseo de conservar la prosperidad mundana? Para un corazón amante de Dios nada hay en este mundo caduco digno de su amor. Resuélvete á ofrecer en sus adversidades consuelos humanos al justo penetrado de amor, y se correrá de tu flaqueza: tú podrás lamentarte de tus infortunios; pero él llorará tu engaño: tú le tendrás lástima por haber perdido los bienes de la tierra; pero él te la tendrá á tí porque los amas: tú suplicarás al cielo que se los vuelva; y él le suplicará que te dé un verdadero desengaño de ellos. ¿Será el temor de exponerse al furor y á las venganzas del mundo? Acordaos de los Apóstoles: antes de haber recibido el Espíritu Santo virtuosos eran; pero no tenían la plenitud del amor, y así las virtudes los desamparan en el tiempo de la tentación: mas luego que el espíritu del amor divino se apodera de sus almas, aquella pequeña grey tan pusilánime y medrosa hace frente á la potencia de los reyes y de los reinos. Amad vosotros tanto como los Apóstoles, y sentiréis la misma fortaleza: una nación donde reinase la caridad divina sería una nación de héroes; héroes por la solidez y constancia de sus pensamientos, y por la nobleza y generosidad de sus acciones. Conténtense con practicar solo lo que es de precepto los que no se gobiernan sino por los afectos de la esperanza y del temor, que en la balanza de una caridad ardiente casi el mismo peso, casi la misma fuerza y la misma autoridad tiene lo que es de consejo y de mayor perfección, como lo que es de precepto, pues el amor ansiosamente se aprovecha como de un tesoro de toda ocasión de agradar á Dios. Así no veréis que el hombre que se halla rendido á las leyes del amor ande estudiando, examinando, averiguando, consultando á los depositarios de la ciencia, queriendo saber los límites rigurosos de la obligación indispensable con el fin de no pasar de allí, temiendo hacer por Dios mas de lo que debe; pues solo pregunta á su corazón, y su corazón no le engaña. ¡Amor de Dios, amados oyentes míos, amor de Dios! ese es el gran director, ese el gran teólogo: consultadle, y veréis desvanecidas las dudas, las incertidumbres aclaradas, deci-

didas las cuestiones. Por él entenderéis qué juicio debeis hacer de esas galas, de esos teatros, de esas prontitudes de genio, de esas aversiones, de esas zumbas, de esas murmuraciones delicadas é ingeniosas, de esas correspondencias mundanas, de esas contemplaciones del respeto humano, de esos deseos de agradar y lucir, de esas negociaciones, de la ambicion, de esas altanerías, de esa ociosidad hija del amor propio, de esas devociones extravagantes, tibias y distraidas, de esa puntualidad en cumplir con las falsas leyes del lujo y de la profanidad: todo lo cual no lo mirais vosotros sino como mera fragilidad, contraria solo á la perfeccion y á lo mas como faltas leves; y en este concepto os las perdonais con facilidad, y las cometeis sin escrúpulo. ¡Ay, cristianos, cuánta verdad es que os haceis sordos á las lecciones de la caridad divina, y que no amais! ¿Consentiré, hermanos míos, que vivais por mas tiempo olvidados de que segun los oráculos del Evangelio el amor del prójimo es la señal mas evidente del amor de Dios? ¿Cómo así? Porque el hombre, en cuyos pechos no arde el fuego del amor divino, está asido todavía á sí mismo con demasiado apego, y por esto no tiene valor muchas veces para exponerse á los ímpetus del genio, á las furias de la envidia, á las quejas de la vanidad, al donaire de la censura, á las competencias de la ambicion y de la codicia, á los desaires y frialdad de la indiferencia, á los resentimientos excesivos y quilméricas necesidades del amor propio. Así que el amor divino es por su naturaleza un afecto que nos sobrepone á todas las flaquezas, á todas las puerilidades, por decirlo así, del amor propio. Por eso el hombre, cuyo corazon está rendido á las leyes de su dulce imperio, registra en todos los acaecimientos la estampa de la mano de Dios á quien ama; y así no sabe sino callar, adorar, bendecir, agradecer, aplaudir, congratularse de llevar en sí la imagen del Dios en cuyo amor se abrasa: *Libenter igitur gloriabor.* (II Cor. xii, 9). Así lo han experimentado los Santos, los cuales, á proporcion que amaban mas á Dios, eran mas pacíficos y mansos, mas humildes y modestos, mas generosos y benéficos, mas compasivos y misericordiosos; sentian mas las adversidades ajenas, y menos las propias; la caridad engendraba sus pensamientos, dictaba sus palabras, dirigia sus afectos, y era el norte de sus acciones. ¿Qué es esto, pues, oh divina caridad! ¿has mudado acaso de índole; ó por qué lamentable fatalidad se han roto las cadenas que te eslabonaban con el amor del prójimo? Los que se precian de tus mas celosos defensores, y aun muchos de los

que hacen profesion de devotos, ya parece que no conocen este sagrado vínculo; ya parece que no saben defenderte sino vulnerarte, ni enseñarte sino olvidándose de él; ni plantarte sino sobre sus ruinas; ya no te predicán desde lo alto del Calvario, sino desde la cumbre de Oreb y de Sínai; y no vemos ya alistados bajo las banderas de estos famosos celadores sino hijos del trueno... Pero calló, y suspendo aquí hasta la voz de mis suspiros y mi llanto. ¿Qué no pudiera decir yo; finalmente, de otros muchos saludables efectos de esta virtud tan divina? Retiro del mundo y de cuanto agrada al mundo, y de cuanto nos es ocasion para agradar al mundo: *Mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.* (Galat. vi, 14). Complacencia en el recogimiento y soledad para oír en el silencio interior del alma las lecciones del Espíritu Santo: *Plus te docebunt syllabae, quam libri.* Deseos fervorosos de unirse con Jesucristo: *Desiderium habens dissolvi, et esse cum Christo.* (Philip. i, 23). Amor á la cruz y al padecer: *Stigmata Domini Jesu in corpore meo porto.* (Galat. vi, 17). Heroicidad y sublimidad de virtudes, ímpetus sagrados, éxtasis, raptos, deliquios, luces que elevan al hombre sobre sí mismo, y de ciudadano del mundo le convierten en ciudadano del cielo. Pero no profanemos los augustos misterios del amor divino, pues el hombre carnal, el mal cristiano, no es capaz de entender este lenguaje; lenguaje que entenderían tan fácilmente un Pablo, un Agustín, un Bernardo, un Javier, una Teresa. Lo que á vosotros, amados oyentes míos, os importa saber y entender á lo menos es, que donde quiera que habita el amor divino, manifiesta su poder, y declara su presencia con prodigios mas ó menos notables; lo que os importa saber y entender es que desde el corazón donde reside se difunde á todas las acciones, que imprime en ellas su sello, y que siempre publican su imperio algunas demostraciones y señales claras y evidentes.

43. Cuando los judíos vieron derramar lágrimas á Jesús sobre el sepulcro de Lázaro, y ved; exclamaron, cómo le amaba! *Ecce quomodo amabat eum.* (Joan. xi, 36). Y cuando yo veo á la soberana Madre del Salvador divino caminar al Calvario, estampando sus huellas sobre las de su Hijo lastimosamente ensangrentadas; cuando veo una pública pecadora deshecha en lágrimas á los piés de Jesucristo, y á la misma Magdalena en el sepulcro penetrada de dolor; cuando contemplo el pesar eterno de Pedro por una culpa momentánea; cuando veo los Anacoretas de Egipto sumidos en la oscuridad de unas grutas subterráneas, los Profetas, los Apóstoles, los Már-

aires, las Vírgenes, Santos de todos estados, de todas condiciones correr por abrazarse con Jesucristo, atropellando aceros, hogueras, ignominias, despreciando y pisando delicias, honras y prosperidades mundanas, no tengo necesidad de sondear ni de preguntar á su corazon, pues en sus acciones leo la respuesta de mis dudas, y el cielo y la tierra, que son testigos de ellas, dan tambien testimonio de su amor: *Ecce quomodo amabat*. Y tu amor, ocioso y perezoso cristiano, ¿cuál es? un amor sin celo ni actividad, un amor vacilante siempre y mutable en sus caminos, un amor que afecta no exceder nunca los límites de lo que es de obligacion, un amor que ni siente inclinacion á la devocion ni á la oracion, ni gusto al retiro y á la soledad; ni conoce las austeridades de la penitencia y de la mortificacion, ni la actividad y sacrificios del fervor, ni las santas delicadezas y apreciables sobresaltos de la conciencia, ni la modestia y sencillez substituidas en lugar de los adornos profanos y ostentosos, ni la circunspeccion y miramiento de la caridad, que tan raras veces da asenso al descrédito del prójimo, y que nunca le publica, ni la generosidad y liberalidad de esta misma caridad que no atiende en la distribucion de sus beneficios sino á las urgencias del necesitado que la implora, ni el desprendimiento y desvío de esas conexiones espirituales en cuyos fines y conveniencias tanta parte tiene el amor propio como el amor espiritual, ni la sencillez y buena fe de aquella virtud ingénuo y natural que bien léjos de solicitar recompensarse de los aplausos del mundo profano, intentando erigir su imperio en el mundo devoto, y queriendo gobernar los padres espirituales y dirigir los directores, nada pretende, y solo aspira á vivir olvidada, un amor por consiguiente que ni entiende del desasimiento de esta vida temporal, ni del deseo de la vida eterna, ni de las disposiciones necesarias para aspirar á un amor mas perfecto.

44. Y si de este modo se ama á Dios, decidme, ¿qué cosa será no amarle? Mas ¿quereis vosotros libraros de todo error é ilusion en una materia en que el engaño os seria sumamente perjudicial? Traed, pues, á la memoria las verdades que os acabo de explicar; acordaos de que la ley manda dos amores de Dios: *Ex toto corde*; amor de corazon y de afecto: *Ex omnibus viribus*; amor práctico y de conducta. Tened presente que estos dos amores están tan íntima é inseparablemente unidos entre sí, que no componen sino un amor solo é idéntico; y que por consiguiente el amor de corazon y de afecto no es mas que un amor quimérico y fantástico, si no

engendra al amor práctico y de conducta : *Ex omnibus viribus* ; que el amor práctico y de conducta no es mas que un amor vano é imaginario, si no embebe en sí el amor de corazon y de afecto : *Ex toto corde*. En una palabra, que no amais á Dios, si no guardais todos sus preceptos, y que no le amais, si no los guardais como los observa el que ama verdaderamente á Dios : *Ex toto corde... ex omnibus viribus*. De donde se deducen dos proposiciones con que concluyo, y á donde reduzco todas las obligaciones que nos corren en cuanto al gran precepto del amor de Dios. Renovad vuestra atencion por un instante.

45. *Proposicion primera.* El amor que nos manda Dios es un amor de preferencia, esto es, un amor superior á todos los demás amores, y que prevalece sobre todos los demás amores. De donde se sigue que no se trata aquí de ningun amor estéril y mudable, pues este puede hallarse en las almas mas perdidas. Un sermon elocuente, vivo, patético ; un impulso secreto de la gracia despier-ta al corazon, le conmueve, le agita, le ablanda ; pero este amor se exhala en un suspiro : ama el hombre, y ya no ama de allí á un instante ; ó, hablando con mas propiedad, él cree que ama, y realmente no ama. Tampoco se trata de las efusiones de una ternura sensible, pues ese gusto, ese atractivo, ese fervor impetuoso no es el amor que se nos manda, ni el amor esencial y necesario ; pues sin eso puede un hombre amar, y con eso no ama alguna vez. Trátase, pues, de un amor á quien el corazon sobrepone á todo otro amor, haciendo que Dios sea amado como debe serlo un Dios, y que ninguna cosa sea amada tanto como él. Viénese á las manos un alto empleo que tienta la ambicion, una lucrosa ganancia que lisonjea á la codicia, un grande abatimiento que mortifica la vanidad, una grande ocasion de despreciar al respeto humano, un grande deleite que ceba la concupiscencia. El amor, pues, que se rinde en estas coyunturas, no es amor verdadero. Ni me digais que las ocasiones arrastran al corazon, pues antes no hacen ellas de ordinario mas que manifestarle ; porque aunque el hombre puede mudarse en la ocasion, y con efecto se muda alguna vez, pero por lo comun no hace mas que descubrir en ella lo que antes era. Así discurria san Cipriano sobre los apóstatas de su tiempo, que por la mayor parte no dejaron de ser cristianos, supuesto que nunca lo fueron. De suerte que por lo comun no excluimos el amor de Dios de nuestras acciones sino cuando no ocupa ningun lugar en nuestro corazon. Desengañémonos, que no amamos verdaderamente á Dios, si no le anteponemos á cuanto podemos amar.

46. *Proposicion segunda.* La preferencia que Dios nos pide es una preferencia de amor : de modo que no cumpliria con todo lo que Dios manda quien antepusiese el servicio de Dios al servicio del mundo precisamente por temer mas á Dios que al mundo , ni quien antepusiese la voluntad de Dios á la suya propia considerando precisamente que por un deleite momentáneo aventuraba la eterna felicidad. Supuesto este principio, digo así : un cristiano que no siente en su corazon otros afectos que los de temor y esperanza ; un cristiano cuya disposicion dominante no es el amor de Dios, este tal no ha cumplido todavía con lo que manda el Evangelio. ¿ Por qué ? Oído.

47. El temor (y aun mas la esperanza), el temor de Dios y de sus espantosos juicios es bueno y útil ; es doctrina de san Agustín : *Timor ille bonus et utilis*. El temor es una gracia que recibimos de Dios, sin la cual no podemos agradar á Dios ; es doctrina de san Bernardo : *Prima gratia est timor, et sine hac gratia nullum bonum pullulare potest*. Por el temor de Dios se empieza á servir á Dios ; es doctrina de san Juan Crisóstomo : *Inchoatio culturæ Dei habet timorem Dei*. Que el temor es el principio de la sabiduría, que el temor se intima al cristiano, es doctrina del Espíritu Santo, de Jesucristo y de los Apóstoles : *Initium sapientiæ, timor Domini... ostendam autem vobis quem timeatis... cum timore et tremore*. (Psalm. cx, v. 15 ; Luc. xii, 5 ; II Cor. vii, 15). Que el temor no solo no dispone al pecador para la justificacion, sino que es un nuevo pecado, es un error que la Iglesia condenó en el sagrado concilio de Trento, y por decisiones posteriores. Que hay un temor que no debe desamparar al justo aun en el estado de la perfeccion mas elevada, y que debe servir de estímulo al amor mas ardiente para que no caiga en el estado de la tibieza ó en presuncion, es doctrina corriente de los santos Padres y maestros de la vida espiritual. Pero, no obstante esto, san Agustín declara que no es bueno ni útil el temor, sino porque dispone al amor de Dios, desprendiendo al hombre del amor del mundo. San Bernardo dice que el temor es solamente aquella gracia que llama al hombre, y que el amor es la gracia que le justifica : *Timore vocamur, amore justificamur*. El Crisóstomo siente que si el temor comienza á formar al justo, el amor solo es el que le perfecciona : *Inchoatio habet timorem, perfectio charitatem*. El Discípulo amado nos enseña que si el temor atrae al amor, el amor expele al temor, esto es, que le domina, verificándose que el corazon no obra ya habitualmente por temor, sino por

amor: *Timor non est in charitate*. Jesucristo nos advierte que el primero y principal mandamiento que hemos recibido de Dios es un mandamiento diferente de los demás mandamientos; que esté precepto nos impone una obligacion diferente de las obligaciones que imponen los demás preceptos; que esta obligacion consiste en honrar y dar gloria á Dios con actos de amor de Dios, actos que se nos manda hacer con mas rigor y mas especialidad en ciertas circunstancias que señalan los maestros y doctores, actos (y esto quisiera que no lo olvidáseis) cuya obligacion no se limita á los términos de esas circunstancias pasajeras, pues aunque es verdad que no hay regla cierta que determine el número ni el tiempo; no es menos verdad que todo teólogo instruido en la escuela de Jesucristo, de la Iglesia, de los Padres y de los Santos, resolverá, y es preciso que resuelva, que el cristiano, en cuanto tal, está obligado á excitar, á fomentar, á aumentar y á perfeccionar el amor de Dios en su corazón con frecuentes y repetidos actos de amor de Dios.

48. Pero no nos alarguemos mas en el exámen de estos puntos; que para quien no ama son incomprensibles, y para quien ama ardientemente son en algun modo inútiles. Porque en efecto, amados oyentes míos, ¿cómo seria posible, ni vosotros mismos lo podríais imaginar, que reinase el amor de Dios en un corazón con toda plenitud, y que no se trasluciese en todos sus deseos, en todos sus designios, en todas sus acciones? que no prorumpiese en expresiones, en adoraciones y en actos repetidos y frecuentes de caridad? y que llegando al corazón la voz de este amor íntimo y cordial no le respondiese este mismo corazón, no obrase, no se manifestase, no hablase? Cosa dura seria; á la verdad, de creer; y una caridad de esta naturaleza no seria otra cosa que indiferencia y frialdad de corazón; por lo cual claramente nos desengaña el Apóstol en este punto, diciendo que en el orden de las virtudes evangélicas el que no tiene caridad nada vale: *Si charitatem autem non habuero, nihil mihi prodest*. ¿Dudaria, pues, el Apóstol, ni dudáramos nosotros afirmar con él que en el orden de la caridad divina quien solo tuviese un amor como este de nada le aprovecharia? *Nihil prodest*.

49. Así que, para saber puntualmente en qué grado se halla en nuestro corazón el amor de Dios, descendamos y penetremos á lo mas íntimo de nuestra alma: examinemos si el amor con que amamos á Dios es un amor de preferencia, esto es, si reside en nosotros algun amor que prevalece al amor de Dios; examinemos si

la preferencia con que proponemos á la voluntad de Dios nuestra propia voluntad y los gustos del mundo es una preferencia de amor, esto es, si guardamos la ley de Dios porque le amamos, si la guardamos como la guarda el que ama verdaderamente y el que se propone á Dios como á su último fin; examinemos si los fines que nos determinan á obrar habitualmente son el deseo de complacerle y el temor de desagradarle; examinemos si anhela nuestro amor por desahogarse en afectos, en expresiones, en rendimientos, en actos de amor tales que radiquen y dilaten su imperio, y aumenten sus ímpetus y actividad: estos son los límites del precepto; pero ¿serán la regla de nuestro corazón, ó antes no obedeceremos á san Pablo que nos exhorta que deseemos y anhelemos por dones todavía mas preciosos: *Æmulamini autem charismata meliora?* (Ibid., XII, 31). ¿No tendremos presente que el verdadero modo de amar á Dios es amarle sin modo y sin medida: *Diligendi Deum modus est sine modo diligere?* Si consideramos lo que es Dios, ¿seremos capaces de amarle nunca cuanto merece ser amado? y si sabemos amarnos á nosotros mismos, ¿seremos nunca mas dichosos que amando á Dios con amor mas ardiente y afectuoso?

50. Paz dulcísima, sosiego delicioso, virtudes heroicas de un corazón lleno y penetrado del amor de su Dios, ¿es posible que pensemos en tí sin que nos sintamos poseídos de una santa envidia! Libre este dichoso corazón de cuidados y zozobras, exento de locas y turbulentas pasiones, sentado en la ribera, gozando de profunda calma, contempla las borrascas y tormentas que alborotan el mar de este siglo, donde son tan frecuentes los naufragios. ¿Qué digo contemplar ni aun las echas de ver apenas, pues colocado en el bullicio del mundo ni oye ni ve otra cosa que á Dios! ¿Gustosa y amada soledad! los sinsabores y el tédio no penetran tus umbrales. Como el alma está con su Dios amándole, pasan los días con maravillosa velocidad, y sin embargo pasan con notable lentitud. Como habla Dios al corazón y el corazón le responde, los días se le hacen momentos; y como ama á Dios y no le posee, los instantes le parecen siglos. Pero en fuerza de un milagro que solo sabe obrar el amor dixino no se queja el corazón del estado en que se halla, á pesar de la violencia de sus deseos y de lo ardiente de sus ansias; y de la derramada y dulce alegría pasa á las mas amargas lágrimas, bien que estas delicias no carecen de sus amarguras, ni estas lágrimas de sus consuelos.

51. ¡Oh caridad divina! invocándote al principio á esta oración,

invocándote la concluiré. Tú eres aquel fuego que Jesucristo trajo á la tierra : *Ignem veni mittere in terram* (Luc. xii, 49) ; aquel fuego que en los tiempos de la primitiva Iglesia ardía con tanta plenitud sobre aquella congregacion tan santa , pero poco á poco se introdujeron en el santuario deseos y aflicciones de tierra , y la segunda Jerusalem á ejemplo de la primera vió amortiguarse este fuego sagrado : experimente, pues, las mismas misericordias, ya que se reconoce deudora de las mismas ingratitudes ; vuelva á lucir el Sol de justicia con el mismo resplandor y actividad, y enciéndase la llama de la caridad celestial al calor de sus ardientes rayos : *Sol refulsit qui prius erat in nubilo, ignis accensus est.* (II Mach. i, 22). Pero, ó Espíritu divino, padre y autor de la caridad celestial, os habeis acaso dignado de oír mi voz , pues me parece que postrado cada uno de nosotros en vuestra presencia exclama incesantemente con Agustin compungido : *Domine, sero te amavi.* ¡ Oh Dios mio! yo os amo ; pero ¡ ay! ¡ quién os hubiera amado siempre! ya lloro, y jamás cesaré de llorar tantos dias pasados sin amaros : en vano mis suspiros pretenden revocar aquellos dias de pecado, aquellos dias infelices , pues sumidos en el tenebroso abismo del tiempo que pasó, ni escuchan mi voz, ni volverán ya : solo aspiro á redimir la malicia de aquellos dias perdidos con lo fervoroso y ardiente de mis afectos. Pronto está mi corazon para recibir la plenitud de vuestras gracias ; y si cuando huía de Vos tuvisteis á bien de solicitarle, ¿ le repudiareis cuando os implora? Sola una gracia os pido , que es amaros y ser amado de Vos. ¡ Gloria, felicidad, prosperidad mundana, cosas ciertamente sin ninguna sustancia! Pues para el que os ama nada hay mayor que él sino otro que os ame con mas ardiente amor, ni nada es mas dichoso que él sino otro que tenga mas ocasiones de acreditaros su amor con mayores sacrificios. Mártires de Jesucristo, víctimas sacrificadas en aras de la caridad divina, ¡ cuánto envidio vuestra suerte, cuánto desearia mi corazon mezclar su sangre con la vuestra! Pero á lo menos ¡ Dios mio! ya que no muera yo por Vos, haced que mi vida temporal sea la aurora y el preludio de la vida que vuestros escogidos viven en la eternidad, que no reconocen otra ocupacion que la de amaros, ni otra felicidad que la de ser amados de Vos. Así sea.

SERMON

SOBRE

EL RESPETO EN LOS TEMPLOS.

Cum videritis abominationem desolationis stantem in loco sancto, qui legit, intelligat. (Matth. xxvi, 15).

Quando viéreis la abominacion de la desolacion en el lugar santo, el que lee, entienda.

1. Sensible es, por cierto, para un ministro del Evangelio verse reducido á reprender en los cristianos los escándalos que echaron el sello á la reprobacion de los judíos, y que abrieron el precipicio donde perecieron irrevocablemente. ¡Qué argumento mas poderoso de la debilidad y decadencia en que se halla la fe y la Religion en nuestra Francia, que la necesidad en que nos pone la impiedad del presente siglo, de declamar contra la profanacion del lugar santo! profanacion que es un pecado tan comun, que apenas se mira hoy como pecado: así vemos que almas por otra parte timoratas y escrupulosas no forman sobre este particular el menor escrúpulo. Reyes de la tierra, grandes del mundo, magistrados que gobernais ciudades y provincias, obligacion vuestra es defender la majestad del santuario. Desdichados de vosotros, si teniendo como teneis el encargo de celar la santidad de su culto no cuidais del cumplimiento de este ministerio, pues aquel Dios que en él es adorado se vengará de vosotros: él os pedirá cuenta de los pecados del pueblo, y si el templo se viene abajo, vosotros quedaréis sepultados en sus ruinas. Altares sacrosantos, no puedo prestaros otro auxilio que el de mi flaca voz; pero estoy cierto que no me haréis cargo de un silencio pusilánime, pues por medio de la libertad, con que en desempeño de mi ministerio hablaré, intento infundir en los corazones de todos el profundo respeto y veneracion que se debe á vuestra santidad.

2. Teneis, pues, obligacion de venerar los templos, y obligacion que no podeis quebrantar sin faltar á cuanto debeis á la Religion, y á cuanto os debeis á vosotros mismos. Podemos considerar

los templos con respecto á la Religion que los consagra á sus sacrificios, á sus Sacramentos, á su culto, á su Dios; y podemos considerarlos con respecto á los hombres que tienen librada en ellos su defensa, su socorro, su consuelo, su asilo: de modo que los templos son por su naturaleza el mas firme apoyo, la mas segura columna de la Religion, y el mas fecundo manantial de la paz y felicidad pública. Pero ¿qué sucede? que por una revolución y trastorno de cosas el mas lastimoso, de los templos profanados resulta el detrimento mayor del Cristianismo y de los cristianos. ¡Materia verdaderamente importante! tanto, que me ha parecido que debia ocupar una de las principales partes de mi ministerio en este siglo especialmente, en que el atrevimiento de profanar el lugar santo no guarda modo ni reconoce límites algunos. Si á vosotros os pareciere que no es asunto digno de nuestro celo, procede de que jamás le habeis considerado atentamente; pues soy de sentir que interesa igualmente á la Religion y al Estado. ¿Qué es, vuelvo á decir, la profanación de los templos considerada con respecto á la Religion? Es el pecado que mas se opone á ella y mas la perjudica: argumento de la primera parte de este discurso. ¿Qué es la profanación de los templos considerada con respecto á la felicidad pública? Es el pecado que mas se opone á ella y mas la perjudica: argumento de la segunda parte. ¿Qué felicidad la mia, caberme en suerte el hablar en presencia de un monarca, ejemplar de la veneración que se debe al santuario; de un monarca rey, y tan gran rey en el trono, y aquí tan cristiano, y tanto mayor rey cuanto se muestra mas cristiano; monarca que, como los Davides, los Josías, los Luises santos, solamente se deja ver ante nuestros altares para confundir la impiedad con sus augustos ejemplos! Para que la fe, pues, y la Religion se conserven en su alma, y que de allí se deriven á los corazones de sus vasallos, imploremos los auxilios de la divina gracia por la intercesion de María: *Ave María.*

Primera parte.

3. ¿Qué viene á ser la profanación de los templos considerada con respecto á la Religion? Es un pecado de atrevimiento y de insolencia que se opone directamente á la naturaleza y fin de la misma Religion; es un linaje de apostasía y de infidelidad que embebe en sí una especie de abjuración pública y formal de la Religion; es un pecado de escándalo que desprecia y ultraja el culto de la Re-

ligion; es un pecado de seducción y de contagio fatal que apresura en toda una nación la decadencia de la Religión. Amplifiquemos.

4. 1. La profanación de los templos es un pecado de atrevimiento y de insolencia que se opone directamente á la naturaleza y al fin de la misma Religión, primer carácter de oposición á la Religión. Tal es en general toda religión; y tal es en particular, dice san Agustín, el espíritu y carácter de la religión cristiana que su culto exige de los templos. En efecto, continúa este santo Doctor, toda religión tiene por objeto principal honrar á Dios; y como cuanto mas perfecta es una religión, mas digno de Dios es su culto, síguese que siendo la religión cristiana la mas santa, la mas pura, la mas circunspecta, es preciso que su culto sea proporcionado á la infinita majestad del Dios que ella adora. De aquí procedió que apenas se dejó ver en el mundo cuando, medrosa aun y amenazada del acero de los tiranos, erigió apresuradamente altares y condujo á ellos á sus hijos. Mirad, cristianos, si un alma justa, recogida en su interior, separada del estruendo y del bullicio del mundo, invoca al Señor, no hay duda que el culto que le da es puro y religioso, pero queda oculto en lo interior de su corazón; de modo que para anunciar á este Señor con todo el resplandor de su gloria, con toda la amplitud de su poder, con toda la inmensidad de su imperio, con toda la majestad de su grandeza infinita, es necesario un culto de publicidad y esplendor, un culto de pompa y de magnificencia, un culto conveniente y propio para mancomunar los entendimientos y corazones de todos en el culto del Señor universal de todos, un culto que, siendo un agregado de todas las adoraciones, sea una adoración universal, y en cierto modo una adoración sin límites: ¿en dónde, pues, recibe este Señor ni puede recibir este culto tan digno de sí y tan proporcionado á su ser supremo sino en nuestros templos? En ellos, y en las solemnidades santas de nuestra Religión, es donde honrado con los respetos de grandes y pequeños, de ricos y pobres, de príncipes y vasallos, se manifiesta como Dios de todos los estados y de todas las condiciones, como Dios de reyes y de reinos, y, segun la expresion de la Escritura, como Dios de dioses. Allí recibe de antemano las primicias de la gloria que le resultará el último dia, cuando deprimida toda otra grandeza solo Dios será grande: *Exaltabitur autem Dominus solus*. La ciudad santa de Sion mira ahora como aquellos espíritus bienaventurados, postrados en la presencia de Dios vivo, arrojan sus coronas á sus piés; óyeles entonar aquel dulce cántico: Gloria y honor al que es y será en los

siglos de los siglos : ya pasaron los tiempos adversos y tenebrosos, ya una pura y brillante luz ilumina aquella mansión dichosísima á cuyo beneficio ven patentemente el resplandor y majestad del Dios que adoran. Y si Dios tiende la vista sobre los verdaderos fieles congregados en los templos (¿me atreveré á proferirlo?), verá en ellos el mismo espectáculo; verá en medio de las densas tinieblas que palpamos el Cordero inmaculado tendido en el altar; verá un Dios aniquilado en presencia de un Dios de majestad y de gloria, porque sobreponiéndose á la esfera de los sentidos y de la imaginación penetran el velo que esconde la Divinidad, humíllanse alternativamente en presencia del Dios humillado, sacrificanse con un Dios sacrificado, olvidanse de todo, olvidanse de sí mismos para acordarse solamente de su Dios y de su religión : los grandes se despojan del fausto de su grandeza caduca y perecedera para aniquilarse en presencia de la suprema grandeza; los pobres emplean para demostración de los ímpetus de su amor las lágrimas y suspiros que la naturaleza parece les exige para lamentar su miseria : todos los estados, todas las condiciones se confunden é igualan : solo Dios es respetado, invocado, adorado : *Exaltabitur... Dominus solus.*

5. No exagero aquí nada que no hayan visto los siglos, que no se vea todavía en nuestros días, y que no se ejecute también en otras regiones y remotos climas. Allá, en el recinto de una rústica cabaña, corre la sangre de Jesucristo en una ara erigida apresuradamente. El sacerdote es un ministro del Evangelio, encanecido en las fatigas apostólicas, extenuado á fuerza de vigiliass y de peregrinaciones trabajosísimas : víctima libertada de la cuchilla de la persecucion, sustentando apenas unos débiles residuos de una moribunda vida cuyo celo apresuró su decadencia, rodean el altar humillados y postrados por tierra neófitos fervorosos que á vista del sacrificio augusto se envisten del deseo y fortaleza necesaria para el martirio : sus altares son pobres y desnudos de todo ornato; pero la devoción de los fieles los embellece : no suenan en ellos músicas armoniosas, pero todo se puebla de sus gemidos y suspiros : no se ve en ellos pompa ni magnificencia de ceremonias, porque su fe viva y fervorosa no tiene necesidad de estos auxilios para estar atenta y no entibiarse : allí les parece que las horas corren velocísimamente, y solo se apartan con sentimiento de aquel lugar tan amado de ellos : en él encuentra Dios en la tierra los obsequios del cielo; en él es Dios adorado como Dios; en él ¡oh Religión divina! se llenan cumplidamente tus fines, ¡y entre nosotros quedan, por desdicha nues-

tra, burladas frecuentemente tus esperanzas! Porque ¿qué sucede todos los dias con la profanacion de los templos? Que por un sacrilego abuso y desprecio escandaloso de lo mas santo y sagrado convierte contra Dios lo que la Religion ha instituido para honor del mismo Dios, el cual desde aquel elevado lugar en donde le ha colocado la Religion como en su trono nos llama y nos convida para que acudamos á rendirle veneraciones: *Locus solii mei*. Pero ¿quién se muestra dócil á su voz? ¿De qué sirven esos magníficos templos, esos edificios suntuosos? No mas que para hermosear nuestras ciudades y alimentar agradablemente la curiosidad humana. Concurren de todas partes á celebrar la elegancia y la magnificencia de la arquitectura, la majestad y simetría del edificio, la preciosidad y pompa de los adornos que la enriquecen, la valentía y profundidad del ingenio que ideó y dirigió la obra: todo merece atencion, todo suspende, todo arrebatá los sentidos, menos Dios que habita en él: mirad como en nuestras mas populosas ciudades, habitadas de tanta gente, las plazas públicas, los lugares destinados para el comercio, los tribunales, las casas de juego, los teatros, no bastan á mantener la muchedumbre que acude de todas partes. Solo en nuestros santuarios, casi yermos, parece que está Dios esperando en vano quien le adore. Y ¿no podria grabarse en la portada de muchos templos que hay en el recinto de nuestros muros aquella inscripcion que halló san Pablo en Atenas: *Ignoto Deo*, al Dios no conocido? Mas ¡ay! que lo despoblado de esos templos nos avisa bastantemente que su Dios es un Dios olvidado y abandonado!

6. Pero ¿qué hago? ¿Para qué reprendo á los cristianos de este tiempo, que dejan solos los templos, cuando esta soledad cede, como dice la Escritura, en tanta gloria y tanta quietud de los mismos templos? Es verdad que entonces nuestro Dios es un Dios desatendido; mas en las solemnidades y dias festivos es un Dios ofendido y ultrajado. Es verdad que venís al templo, pero no venís por Dios; venís, si me atrevo á decirlo, para certificar al mundo, que lo podria dudar con fundamento, para certificarle, repito, con algunas demostraciones exteriores de devocion que todavía sois cristianos, ó para darle á entender con el aparato escandaloso de vuestra impiedad que no lo sois ya. Venís por costumbre y por el bien parecer; venís para no dar que decir al mundo y para ser objeto de su curiosidad y atencion, para verle y ser vistos de él, para ocupar vuestra ociosidad y entretener la ajena; venís, ¡oh sacrilega irreverencia! venís para dar y recibir incienso, para agradar y hallar

algun objeto que os agrada. No venís, vuelvo á decir, al templo por Dios, ni pensais en Dios, pues os presentais en él cargados de vuestros proyectos y designios, de vuestras pasiones, del furor de vuestros odios, de la acrimonia de vuestros resentimientos, de las delicadezas de vuestro amor propio, de las condescendencias de vuestra vanidad, del desenfreno de vuestra ambicion, del desasosiego de vuestra avaricia, del tédio de vuestras pesadumbres, de las inquietudes y desconfianzas, de las sospechas y recelos, de los temores y esperanzas, de los despechos rabiosos y alegrías locas y disolutas de vuestros adúlteros amores. Estas son las deidades que invocais; pues el Dios en cuya presencia doblais la rodilla no es, no, el Dios que el corazon adora. Un profundo silencio, una compostura grave, un exterior devoto ofrecen tal vez á los ojos de los hombres las apariencias piadosas de una devocion fervorosa. El mismo Ezequiel se hubiera engañado, y nosotros caemos en este lazo todos los dias; pero á Dios no se le engaña, porque sabe penetrar el muro que oculta lo interior y encubre los misterios infucos de un corazon malvado: *Fode parietem.* (Ezech. viii, 8). Y ¿qué es lo que registra este Señor? Registra en nosotros lo mismo que manifestó el Profeta en los judíos; ve que todo ese pomposo aparato de una devocion disimulada no es otra cosa que la abominacion de una hipocresía que se burla igualmente del cielo y de la tierra, y que engañando al mundo provoca á Dios: *Vide abominationes pessimas quas isti faciunt.* (Ibid. 9). Ve que ese silencio y recogimiento profundo no es otra cosa que el enajenamiento de un corazon absorto en maquinari proyectos, en urdir tramas de amorosas aventuras, en escuchar la voz de esos malos deseos que le defraudan de sí mismo y de su Dios; ve que, sin atender los hombres al Dios que se ofrece por nosotros en sacrificio, solamente piensan en las sacrílegas deidades en cuyas aras se sacrifican á sí mismos; ve que esos suspiros que exhala un corazon alterado y enternecido no se dirigen al Dios venerado en el templo, sino al ídolo que colocó en su lugar; que esas lágrimas no corren para lavar los pecados y apagar el incendio de una pasion vehemente, sino que se llora con ellas el despecho de una pasion mal correspondida ó la muerte trágica de la persona amada, cuyo amor continúa despues de su muerte: *Plangentes Adonidem* (Ezech. viii, v. 14); ve en el gremio de su Iglesia todas las iniquidades que le concitaron su indignacion contra la Sinagoga: *Conversi sunt ad irritandum me* (Ibid. 17); mira bajo las apariencias de piedad las mismas impiedades, y observa en un templo mas santo abominaciones

no menos horribles, antes mayores. Ocultaban los antiguos israelitas (en fuerza de algunos residuos de vergüenza que conservaban todavía) sus maldades con el velo de la modestia, idolatrando en secreto: *Faciunt in tenebris* (Ibid. 22), de modo que para descubrirlas eran necesarios los ojos de Dios ó los de un Profeta. Hoy en día ultrajan los hombres á Dios, é inciensan su ídolo, no ya entre tinieblas, sino en la mitad del día. Judas fue un pecador cobarde y pusilánime, nosotros pecamos con intrepidez; su delito fue carecer de la piedad que aparentaba, y el nuestro consiste en hacer público alarde de toda la impiedad que tenemos. Una irreligion soberbia é insolente ha sucedido en lugar de una devocion hipócrita, ó antes bien una nueva y mas detestable hipocresía ha sucedido en lugar de la antigua; hipocresía, quiero decir, de libertinaje, con la cual afecta el hombre ser impío por agradar á no sé qué especie de mundo desalmado. ¡Oh loca juventud! ¡gloríaste de provocar la majestad del Rey de reyes y de hacer alarde delante del altar de la insolencia y desenfrenado atrevimiento de irreligion! ¡Ay! ¡cuántos públicos y escandalosos desacatos cometes! tú hablas, tú discurre, tú ríes con el mismo desahogo que si estuvieras en el teatro; y, aunque sea para confusion nuestra, es preciso confesar que con mayor atencion asistes á los teatros que á la celebracion de nuestros augustos misterios. ¿Cómo? ¿han llegado ya aquellos infaustos y malignos días que han de preceder á la ruina del mundo, cuando el sacrificio quede abolido ignominiosamente, destruido y aniquilado? Veo, con efecto, que no pocos hombres sin fe y sin vergüenza preparan las sendas del Anticristo, allanándole los caminos: ellos dan principio á su fatal ministerio; ellos apenas le dejan ya que hacer, y no es fácil entender qué nuevo género de abominaciones puede ya introducir en el santuario: *Cum videritis...*

7. Y vosotros, ministros de Dios vivo, ¿por qué teneis aprisionado el encendido celo que os consume? ¿por qué sufrís en la casa de Dios, cuya custodia se ha fiado á vuestra vigilancia, esa caterva de jóvenes impíos que con tanta repugnancia admiten nuestros templos, y que se estremecen de verlos dentro de su sagrado recinto? ¿Acaso el carácter de que os hallais revestidos no os comunica autoridad suficiente para amparar y defender la habitacion de nuestro Dios contra semejantes prevaricadores? Bien sabéis que lá arrogancia del cetro romano y la majestad del imperio se quebrantó y humilló á vista de un Ambrosio. ¿Temeis acaso el escándalo, recelais que el ardor de vuestro celo irrite el furor de su impiedad?

Lo cierto es que el sacerdocio criaria aun sus Ambrosios si tuviese esperanza de que el siglo produjese Teodosios todavía ; pero vemos que el sumo sacerdote Onías se ve obligado á ceder á la insolencia de los sacrílegos, y retirarse á la soledad para llorar la profanacion del santuario: calla y huye para excusar á Antíoco nuevos pecados y á Dios nuevas injurias. Con que la profanacion de los templos es un pecado de atrevimiento y de impiedad que se opone directamente contra la naturaleza y fin de la Religion; y este es el primer carácter de oposicion. Y es tambien un género de apostasía y de infidelidad que embebe una pública abjuracion de la Religion, que es el segundo carácter de oposicion.

8. II. Apliquémonos á conocer la enormidad de estos escándalos de irreverencia y de profanacion tan frecuentes entre nosotros. Cuando vemos en nuestros templos un extranjero, pero modesto, recogido, devoto, ¿necesitamos de mas argumentos para certificarnos de la fe que profesa? Su exterior tan compuesto y tan grave ¿no es una prueba bastante pública y auténtica de su religion? Si alguno, pues, de nosotros rindiese á un ídolo falso el mismo culto y adoracion, ¿no le miraríamos como á un apóstata que desamparó la religion verdadera para profesar las supersticiones del gentilismo? ¿Qué quiere decir, pues, ese exterior que está denotando disipacion y libertinaje, esos aires irreverentes y desdeñosos, esas distracciones, esa falta de atencion tan manifiesta, esas posturas altaneras y arrogantes, esas conversaciones atropelladas que arguyen vuestra impiedad y que perturban la piedad pública, esas risas descompuestas é indecentes, ese orgullo indómito é impío que se desdeña de inclinar la rodilla; todo esto qué quiere decir sino una abjuracion pública de la Religion? Si el venerar las ceremonias de una religion es adoptarla y declararse profesor de ella; luego insultar su culto y sus sacrificios es declararse contra ella y negarla. Apostasía, entendido, cristianos, apostasía, que mirada á ciertas luces puede decirse que es mas detestable que las antiguas apostasías que llenaron de lágrimas la Iglesia: *Videbitis abominationes majores.* (Ezech. c. viii, 15).

9. Apostasía mas gravemente pecaminosa en su principio. Porque ¿cuál fue el pecado de los que atemorizados de los tormentos negaron la Religion? fue el de no tener valor de honrar en pública confesion al Dios que veneraban en lo interior de su alma; y vosotros injuriáis insolentemente con públicos ultrajes al Dios á quien estais obligados á adorar: *Videbitis abominationes majores.*

10. Apostasía mas injuriosa á Dios en sus circunstancias. Es verdad que aquellos flacos y cobardes desertores del Evangelio renunciaban á Jesucristo; pero renunciándole le daban un público y plausible testimonio. Vefaseles, dicen los Padres, detestar su pecado aun antes de cometerle, pálidos, pavorosos, caídos de ánimo; erigíase el ara, colocábase el ídolo, y diríais que ellos eran la víctima destinada para el sacrificio: sus ojos empañados apenas veían, sus piés solo daban dudosos y vacilantes pasos, su mano no acertaba á alargarse, su lengua yerta se desataba con dificultad, y solo en confusos sonidos profería la blasfemia que le mandaban: cuando la boca pronunciaba el nombre de los dioses falsos se observaba que su corazón les juraba un odio inmortal, pidiendo perdón á aquel Dios á quien no se atrevían á invocar. Y cuando los dejaban libres huían de la presencia del tirano, y corriendo precipitadamente ocultaban en la soledad su ignominia y su dolor. ¡Qué sentimientos! ¡qué profunda tristeza! podríaseles preguntar entonces: Infeliz, ¿dónde está tu Dios? *Ubi est Deus tuus?* (Psalm. xli, 4). No es por cierto ese ídolo quebradizo que tú desprecias, ni lo es tampoco ese Dios á quien has negado: *Ubi est Deus tuus?* ¿Quién es, pues, el Dios que adoras? ¡Ay! ¡que no había necesidad de preguntárselo! pues bien claro se echaba de ver que el Dios que acababa de negar era su Dios, aquel Dios que adoraban en su interior, y que bramaban por no poderle adorar en público; este era todavía el Dios de su entendimiento, el Dios de su razón, el Dios de su conciencia, el Dios que confesaban con su temor, que honraban con su dolor y que adoraban en cierto modo con su desesperacion.

11. Ahora os pregunto yo á vosotros, violadores del templo santo: ¿dónde está vuestro Dios? *Ubi est Deus tuus?* Vosotros hacéis profesion de no reconocer otro Dios que el Dios de los cristianos, y este es, sin embargo, el Dios á quien cada día negais y renunciáis, cuya cólera y venganza provocais, cuyo culto y sacrificios profanais: tanto mas reprehensibles en vuestra sacrílega profanacion, cuanto que no sois impíos por miedo, sino que la misma impiedad os hace locamente insolentes: *Videbitis abominationes majores*. Apostasía en cierto sentido mas reprobable en la presencia de Dios que una apostasía total y completa; porque, pregunto: ¿cuál es mayor pecado, venerar ceremonias profanas, ó profanar misterios augustos y sacrosantos? adorar dioses que son obra de las manos de los hombres, ó injuriar al Dios que crió al hombre? infamarse á sí mismo renunciando la fe, ó conservar solamente el nombre de cristiano

para deshonrarle? Tercer carácter de oposición: la profanación de los templos es un pecado de escándalo que desprecia y ultraja el culto de la Religión.

12. III. ¡Cuán sumo sería el dolor de los cristianos en aquellos calamitosos tiempos de la primitiva Iglesia al ver erigidos en todas partes suntuosos templos dedicados al culto de los falsos dioses, y que la Religión apenas hallaba algun asilo y abrigo pobre en la oscura concavidad de unas grutas rústicas y solitarias! ¿Quién les hubiera dicho que sobre las ruinas de los templos consagrados á la superstición gentilica se habian de levantar soberbios edificios, en que libre y victoriosa la Religión habia de hacer ostentación de la pompa y magnificencia de su culto? ¡Cuánto hubieran ellos deseado vivir en tiempos tan gloriosos y triunfantes! ¡ojalá hubieran ellos poseído nuestros templos, ó se hallara en nosotros su fervor y devoción! pero si ellos desearon vivir en nuestros días, yo no puedo dejar de suspirar por su siglo. Es verdad que Dios tiene ahora multitud de santuarios, pero apenas hay quien le adore. Es verdad que es conocida la Religión, pero ya despreciada. Ahora podemos exclamar con el Profeta que las solemnidades de Sion son para ella días de ignominia y de amargura, y para sus cnemigos días de triunfo: *Gloriati sunt qui oderunt te in medio solemnitatis tuæ.* (Psalm. LXXIII, v. 4). En efecto, ¿qué juicio hacen de nosotros, en qué concepto nos tienen esas naciones que el cisma y la infidelidad separan de nuestra comunión? ¿Observan en nuestros templos aquellas demostraciones exteriores de una piedad que es argumento de la fe que profesamos? Ven por una parte esos templos desaseados, pobres, súcios, amenazando ruina, cuyos vestigios reducen á nuestra memoria la piedad de nuestros mayores, y están culpando la indevoción de nuestro siglo; ven por otra esos hombres opulentos arrastrando entre sus piés el oro y el mármol, que para dejar atónita la multitud con el aparato de su grandeza reciente, juntan en sus casas todos los primores y milagros del arte; esas mujeres entregadas al mundo, que expenden con prodigalidad sus tesoros para que no falte á sus juegos excesivos, á la profanidad desatinada de sus galas, á las delicadezas extravagantes de su blanda sensualidad; no mereciéndolas ningún cuidado que esté hospedado Dios en una casa indigna de su majestad, con tal que tengan ellas abundancia de bienes con que satisfacer los depravados deseos de su amor propio y de su vanidad.

13. Oyen tambien las quejas é invectivas de esos críticos des-

contentadizos, que siempre tienen por demasiadas las riquezas del santuario, y por demasiada su magnificencia, convirtiendo en máximas de acendrada prudencia y del celo por el bien público lo estragado de su corazon y lo amortiguado de su fe; críticos que culpan la piedad que dedica para adorno del tabernáculo una escasa porcion de los despojos de Egipto, prontos á exclamar siempre con aquel avariento y envidioso apóstol: *Ut quid perditio: hac* (Matth. xxvi, 8)? que miran como malogrado cuanto se ofrece á Jesucristo, no teniendo por virtud la liberalidad desde el punto que se emplea en servir al culto divino; que viendo con serenidad la profusion y locos gastos del lujo y del regalo, del ornato de los teatros, de la suntuosidad de los palacios, y enemigos implacables de la majestad del Dios supremo, aprueban en Salomon la derramada prodigalidad con que sirvió á sus inmundos deleites y enriqueció los ídolos de su corazon, y no le perdonan la piedad con que hermoseó el templo de su Dios.

14. Oyen las burlas impías, las ponderaciones sin término de esos hombres irritados contra el sacerdocio, que neciamente vanos se complacen en destilar la acrimonia de su hiel impía, y derramar el emponzoñado licor de sus sátiras sobre la tribu santa; que fundan todo su celo por la Religion en desacreditar sus ministros, y todo su amor por el santuario en hacer públicas sus fragilidades. Ven concurridos nuestros templos solo de la gente comun, y que los grandes mantienen en el recinto de sus casas algunos débiles residuos de una religion moribunda, que se desdeñan de confundirse con la muchedumbre como si temieran envilecerse con la piedad, y dejar de ser grandes si se muestran devotos; ó como si la Religion fuese solamente propia de gente humilde, y fuese indigna de los que nos mandan dirigir á nuestro Dios los obsequios que reciben de nosotros: *Gloriati sunt...* Ven unas mujeres que, quebrándose de delicadas, enamoradas de sí mismas, enemigas de cuanto violenta su desidia voluptuosa, despues de haber pasado semanas enteras sin acordarse de su Dios ni de su Religion, apenas se acuerdan en ciertos dias de que son cristianas, ó que lo deben ser; que dejan con suma repugnancia su reposo y ociosidad; que vienen al templo todavía soñolientas, y en traje tan desaliñado é indecente, que no se lo disimulara el mundo, ni ellas mismas se lo disimularian á sí, si hubiesen de asistir á algun sarao ú otra concurrencia, y hubiesen de parecer delante de cualquiera otro que no sea delante de Dios. Ven tal vez á alguna que, idólatra de su vana her-

mosura y perdida por parecer bien, se adorna para asistir á los templos como si se preparase, dice san Juan Crisóstomo, para solicitar en la casa de oracion y de adoracion lances amorosos y oportunidad de hacer ostentacion de su vanidad : *Saltatura ad Ecclesiam pergis? an lasciviae oblectamenta quæris?* Entra engalanada con mas pompa y magnificencia que el mismo altar, tanto, que parece la deidad del templo ; y á imitacion de aquel impío rey, á quien reprende la sagrada Escritura por haber profanado la santidad de Sion con el estruendo soberbio de su grandeza, desvanecida de sí misma, abrasada del deseo de que otros la miren, solo lleva puesto el pensamiento en ostentar con afectados meneos la profanidad escandalosa de su inmodestia y orgullo, en consultar el gusto del público sobre una gala, sobre una moda nueva, en hacer experiencia de su funesta belleza, teniéndose por dichosa si logra que Dios sea olvidado, si atrae los ojos y atencion de todos, y, si es posible, las adoraciones del pueblo : *Gloriati sunt...*

18. Ven que unas veces se ofrece el divino sacrificio en nuestros templos con una aceleracion que se puede dudar si es mayor en el sacerdote el temor de disgustar á unos fieles indevotos que el deseo de agradar á Dios : ven otras un pueblo indevoto é impaciente que teme que la devocion del ministro que celebra sea mayor que la religion con que él asiste, que se atedia solo con la aprehension de disgustarse, que con su displicencia reconviene á Jesucristo de todos los momentos que se ocupa en su servicio, que como si nada tuviese que decir y pedir á Dios anda buscando con los deseos y con los ojos otros objetos donde fijar su atencion y ofrecer su culto. Ya ven ¡oh miseria deplorable! algunos ministros del Señor, que rezan tal vez la divina salmódia, y cantan los sagrados himnos mas por costumbre y necesidad que con espíritu de devocion y de fervor, que manifiestan mas impaciencia de volver al ejercicio de sus pasatiempos y ociosidades que atencion en glorificar á Dios y aprovechar en la virtud. Ya ven tambien algun predicador evangélico que en lugar de predicar á Jesucristo parece que solo se predica á sí mismo, que en lugar de disparar rayos como otro Elías contra los escándalos de Israel, fulminando los anatemas del cielo contra el pecador, recrea á fuer de orador profano con lo delicado de los pensamientos, con lo florido del estilo, con la naturalidad de las descripciones y con lo parecido de las pinturas y caractéres ; recrea, digo, el entendimiento, y suspende la imaginacion, logrando con esto no solo enviar á sus casas á los oyen-

tes tan llenos de asombro, cuanto vacíos de jugo de devoción, sino contar entre los frutos de su predicación, no los vicios y abusos, si ha corregido algunos, sino los elogios y aplausos que merecieron sus talentos. Ven, finalmente, oyentes, que vienen por su parte á oír la palabra divina con una delicadeza descontentadiza que de todo se disgusta, con un tédio mortal que de todo se desazona, con una insensibilidad y tibieza que con nada se aviva, con una inaplicación que con nada se despierta, con una obstinación que con nada se ablanda, con un espíritu inconstante que con nada se fija, con un corazón apasionado que con nada se conmueve ni se estremece. En vista, pues, del torrente de abominaciones que inunda el lugar santo, ¿queremos todavía que las naciones infieles respeten un culto que nosotros mismos profanamos? ¿No les damos por el contrario motivo para que nos escarnezan, cuando ven que nosotros mismos negamos y vilipendiamos con nuestros escándalos una religión que reprueba y condena sus supersticiones? *Qui gloriati sunt...* Pues qué, ¿nos vemos acaso reducidos á no poder congratular nuestra santa Religión por sus antiguos triunfos? ¡Ay! ¿osaré proferirlo? Digo, pues, que podemos dudar con fundamento si ha sido sensible para el demonio la ruina de los templos de la gentilidad, pues por nosotros y por nuestras profanaciones reina y triunfa este tirano en los templos de Jesucristo; en ellos se le ofrecen grandes sacrificios, y la víctima que se inmola es Dios y la Religión. No sé cierto si hubiera sido timbre mas glorioso para el príncipe de las tinieblas el conservar en pié sus santuarios que el profanar los nuestros; y acaso entonces hubiera su victoria lisonjeado menos su sacrilego orgullo que el ver ahora que nosotros mismos insultamos á su vencedor: *Gloriati sunt...*

16. IV. Cuarto y último carácter de oposicion: la profanación de los templos es un pecado contagioso que apresura en todo un reino la decadencia de la Religión, primero por medio del ejemplo y de la imitación, y despues por medio del castigo.

17. Por medio del ejemplo y de la imitación. Eran en otro tiempo los concursos de los cristianos en los templos una escuela de virtud. Postrados los penitentes en el atrio del templo, cubiertos de ceniza, ceñidos de cilicios, extenuados á fuerza de ayunos y vigili-
as, atravesados de dolor, deshechos en lágrimas de arrepentimiento, separados de los demás fieles, sin participar de los mas augustos misterios, daban claro testimonio del Dios que allí se adoraba, y despertaban en el alma un vivo horror á la culpa: el coro

numeroso de fervorosas vírgenes retiradas en lo interior del templo ; la devoción , la inquietud , el recogimiento , el silencio de todo el concurso ; las mujeres cubiertas , sin atreverse á descubrir sus rostros en presencia de los Ángeles del Señor ; los césares , los emperadores interpolados entre la muchedumbre , todo publicaba la grandeza y majestad suprema de aquel Dios en cuya presencia toda la grandeza humana es vileza , es nada : *Sub quo curvantur qui portant orbem.* (Job, xi, 13).

18. Pero ¡ay! que los tiempos se han trocado! ya la fe y la piedad tropiezan hasta en nuestros templos , y se escandalizan. Á nuestros templos acuden esos grandes y poderosos á hacer ostentacion de su profanidad , á oprimir al pueblo con el peso de su vanagloria , á llenarle de envidia y de despecho , poniéndole delante una opulencia de que no puedo gozar , y que le da á entender mas vivamente lo que es con la representacion de lo que no es ; á excitar en él el amor de la codicia de esa brillantez que eclipsa la dignidad del sacerdocio y la majestad de Dios vivo. Ármanse hasta en nuestros templos peligrosísimos lazos á la castidad ; concurre á ellos tal vez una belleza provocativa que sirve de tizon al demonio de la lascivia para encender en los corazones limpios y puros la llama de una passion sacrílega. En ellos se ajustan y celebran esos conciertos amorosos , ocultos al principio , y divulgados despues con escándalo de la Religion y con deshonor de las familias. Siervos del Señor , ¿dónde hallaréis abrigo , si al pié de los altares encontrais la muerte? Cerrad los ojos , pues la maldad os asalta por todas partes , y esa modestia que en otro tiempo debíais á la edificacion pública aplicadla ahora para conservar vuestra inocencia. En nuestros templos es donde á ejemplo de una juventud inconsiderada y disoluta , de un padre y de una madre malos cristianos , afectan las personas distinguidas en el mundo por su calidad distinguirse tambien por sus irreverencias : alli se acostumbran los hijos y se alimentan á despreciar lo mas sagrado de nuestra Religion , queriendo competir con la disolucion de sus escándalos y libertad de sus profanaciones con aquellos con quienes no se pueden igualar en la calidad y en la fortuna.

19. Que la ruina de la Religion sea efecto del castigo divino bien os consta , sabiendo que la decadencia de la fe es una de las calamidades con que venga Dios la profanacion del templo : *Vides tu quid isti faciunt?... ut recedam à sanctuario meo.* (Ezech. viii, 6). Como su Majestad ve que nosotros le disputamos sus altares , nos

los entrega en nuestro poder, y traslada á otras naciones el precioso depósito de aquella religion santa que mira entre nosotros tan abatida y tan inútil. ¡Ay cristianos! quién hiciera que la luz del Evangelio disipase las tinieblas en que yacen sumidos tantos infelices reinos! Apresuremos su felicidad con el fervor de nuestras oraciones, y no la anticipemos con la multitud de nuestros pecados; démosles la fe, y no la perdamos nosotros, que si tratamos con veneracion los templos, Dios habitará en nuestro corazon; pero si la abominacion y la impiedad se introduce en el lugar santo, se verá obligado este Señor á desampararnos por no sufrir nuestras sacrílegas irreverencias: *Vides tu quid isti faciunt? ... ut recedam à sanctuario meo.*

20. Este es, pues, aquel pecado de la profanacion de los templos en que apenas escrupuliza la disolucion de nuestro siglo; aquel pecado sacrílegamente atrevido que se introduce en el santuario, que trepa, para explicarme así, hasta el altar como para afrentar desde mas cerca la majestad del Altísimo, y provocar la ira divina con mayor descaro. ¿Es posible que no quepa en toda la redondez de la tierra el desenfreno de nuestras pasiones? ¿es posible que solamente Dios no ha de hallar en el mundo un abrigo donde esté seguro de nuestras descortesías? ¿Tememos acaso que no sea suficiente para condenarnos la voz de nuestros pecados, sino que hemos de precisar á la voz de la sangre de Jesucristo, indignamente vilipendiada, á que clame contra nosotros? ¿Añadirémos tambien á esta locura un pecado de apostasía y de infidelidad, que muestre cási tanta insolencia contra Dios, cuanto celo mostraron los Mártires por Dios? Pues así como ellos se presentaron en los templos del gentilismo para despreciar sus falsas supersticiones, así nosotros nos presentamos en nuestras iglesias para hacer mofa de nuestra Religion, y aun parece que nuestra sacrílega irreverencia guarda menos atenciones con el verdadero Dios que guardó su celo con las mentidas deidades de los paganos. ¿Añadirémos, finalmente, otro pecado de escándalo que deshonra, abate y degrada la Religion; que despoja á su culto y sacrificio de aquel carácter de grandeza, de nobleza y de majestad, que es el sello visible y la estampa exterior de la Divinidad? pecado que, enflaqueciendo el respeto que se debe á las cosas santas, priva á la fe de todos los medios con que se conserva en el espíritu de los pueblos, de modo que portándonos como peores cristianos en nuestros templos que en las concurrencias del mundo, en estas nos olvidamos de nues-

tra Religion, y en aquellos lo perdemos y destruimos para siempre.

21. Si hubiese, pues, hombres que tuviesen á donaire sus sacrilegas irreverencias, hombres destituidos de toda regla y principio de bien pensar, hombres que juzgan que todo el entendimiento consiste en no dar oídos á los dictámenes de la razon, hombres de costumbres tan disolutas y de tan poca vergüenza que ni respetan al cielo ni á la tierra, ni á las leyes del Evangelio, ni á los derechos de la sociedad; hombres cuyo descaro en zumbarse del culto público ultraja á un mismo tiempo á Dios, al príncipe y al Estado; no les diré yo por cierto que ninguna cosa deshonor tanto la humanidad como unos hombres tan estólidos que creen ganar mucho crédito haciéndose singulares, señalándose por sus escándalos y por su impiedad; solamente les diré que son dignos de que los desprecien tanto que les concedan esa ignominiosa estimacion de libertinaje y de impiedad por que tanto anhelan; solamente les diré que ese Dios á quien desprecian hablará algun día como rey justiciero, y vindicará su religion divina. Habeis visto los estragos de la irreverencia de los templos respecto á la Religion. Veréis ahora los que causa esta misma irreverencia considerada con respecto á la felicidad pública.

Segunda parte.

22. No hay cosa mas contraria y perjudicial á la felicidad pública que la irreverencia de los templos, porque nos ciega el manantial de las mas abundantes gracias, y nos merece los castigos mas terribles. Para mayor inteligencia de mi pensamiento yo distingo dos especies de profanaciones é irreverencias: una imperfecta y menos grave, otra total y consumada. Llamo irreverencia imperfecta, toda irreverencia que procede de olvido, de indiferencia y de distraccion, la cual nos hace inútiles los templos. Llamo irreverencia consumada, toda irreverencia que proviene de escándalo, de impiedad y de libertinaje, la cual nos hace los templos perjudiciales. Renovad vuestra atencion.

23. En primer lugar: ¿puede imaginarse ceguedad mas deplorable que la de tantos cristianos que, poseidos de las bagatelas y embeleso del mundo, de los pasatiempos y deleites, de la ociosidad y pereza, del bullicio y estruendo de los negocios, del imperio y tiranía del respeto humano, se abstienen tanto de frecuentar el templo, á donde acuden obligados de ciertos resíduos de vergüen-

za y de la Religion, á donde vienen ciertos dias y ciertas festividades no mas de por venir, y por ofrecer á Dios el obsequio de una presencia forzada, sin pensar en rendirle el culto de una devocion fervorosa, haciéndose, como enemigos de su propia felicidad, inútiles los templos, y privándose á sí de innumerables bienes? Es verdad que nuestro Dios es un padre siempre amoroso, siempre benigno, que en todo tiempo y lugar le hallan propicio nuestros ruegos y deseos; pero en el templo especialmente es donde derrama sus misericordias y bondades. Aunque toda la tierra, como dice el Profeta, es trono de su gloria; aunque el universo entero no es otra cosa, como dice san Agustin, que un espacioso templo en donde por la fe y la caridad invoca su santo nombre el género humano, ha sido con todo eso beneplácito suyo que la mano de los hombres le fabrique templos donde resida su gloria mas especialmente, y donde sea honrado con sacrificios mas augustos y solemnes: así tambien, continúa este santo Doctor, aunque su misericordia derramada por toda la redondez de la tierra oye en todas partes la voz de nuestros suspiros: *Omnis locus oratorium*; aunque penetra las entrañas de la tierra para defender á Daniel, los abismos del mar para conservar la vida á Jonás, los mas oscuros calabozos para quebrantar las cadenas de José; sin embargo los deseos que se conciben al pié de los altares, llevados por ministerio de Ángeles, llegan con mayor prontitud al trono del Altísimo, y alcanzan para la tierra mas copiosas bendiciones. De modo que haciendo Dios de nuestros templos el solio de su majestad, los convierte en solio de su misericordia, y si son monumentos de su gloria son tambien nuestro asilo y defensa. El amor le ha hecho descender á estos edificios perecederos, y el amor le tiene aprisionado en ellos. Si en el cielo, como juez supremo y árbitro absoluto del mundo, está forjando rayos y preparando fuego inextinguible para abrasar la tierra; en los templos, rendido á la violencia del amor, solo tiene su corazon pensamientos de misericordia y de paz. En otras partes distribuye sus gracias con peso y medida; pero en el templo las vierte y derrama á manos llenas. En otras partes es necesario cási merecerlas; en el templo basta cási pedir las.

24. Bien persuadido estaba Salomon de esta verdad cuando el día que dedicó á Dios el primer templo que se le consagró en la tierra, no tengo, decia, Señor, no tengo olvidadas las palabras de vida y de salud que habeis hablado á vuestro siervo; tendré siempre fijos los ojos sobre esta casa, y en ella libraré las delicias de mi

corazon : *Erunt oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus.* (III Reg. c. ix, 3). Alentados de tan firmes esperanzas, entraremos en este santuario cargados del tributo de nuestras lágrimas, y asegurados de que despacharéis benignamente en el templo de vuestra gloria las súplicas que os dirijamos en este templo material : *Quodcumque oraverint in loco isto... exaudies... in celo... et propitius eris.* (Ibid. c. viii, 30). En él, si los enemigos de vuestro pueblo escogido asaltan la tierra que le habeis dado, os pediremos la victoria, y los enemigos mas soberbios huirán avergonzados de nuestra presencia : en él, si el cielo niega el rocío conveniente á los campos, harémos oracion, y al impulso de nuestros ruegos y suspiros se congregarán las nubes, y de ellas descenderá la lluvia que fecunda las mieses. Finalmente, en todas nuestras aflicciones acudirémos á vuestro templo como á nuestro único asilo, donde os pediremos todas las cosas, y donde ninguna nos negaréis : *Quodcumque oraverint... propitius eris.* Así fue : así se lo prometió Dios á Israel, é Israel experimentó á Dios siempre fiel á sus promesas ; pues mientras sus tribus veneraron la casa del Señor, abrigados á la sombra del santuario, gozando de suma tranquilidad, disfrutaron las delicias de la paz y de la opulencia ; no tuvieron necesidad sus ciudades de otros baluartes, sus provincias de otra defensa, el trono de sus reyes de otro apoyo. Contra esta piedra de Sion se estrellaban y deshacian sucesivamente las ligas y conjuraciones de los reinos enemigos, el poderío y el orgullo de los reyes incircuncisos y las fuerzas de Siria y Egipto. Entraba Judá en el templo, y salía del templo el espíritu de terror para destruir ejércitos numerosos ; el espíritu de delirio y de sopor para confundir la prudencia y alucinar la política de los sábios ; el espíritu de discordia que convertia contra sí mismas las manos armadas contra Israel : de él salia el Ángel exterminador que derramaba la sangre de los enemigos de Judá ; el espíritu de confianza y de intrepidez que hacia un héroe de cada soldado, y manifestaba que no hay fuerzas que resistan á un valor adquirido en el santuario, é inspirado por el Dios de los ejércitos : *Quodcumque oraverint... propitius eris.*

25. Es cierto que parece no vemos ya que se obren en nuestros templos prodigios visibles de fuerza y de poder, prodigios ruidosos y grandes, prodigios de terror y espanto ; pero ¿cuántos prodigios no se obran cada dia en lo interior del santuario y en lo íntimo de los corazones mas asombrosos ? prodigios mas dignos del deseo y anhelo de una alma cristiana, y mas dignos de ser obrados por

nuestro Dios, como que tienen por objeto, no la felicidad temporal, sino la dicha eterna; no la opulencia y bienes transitorios, sino la virtud y galardón de la virtud sempiterna?

26. Almas santas y fervorosas, ¿cuántas veces inundadas de gozo, y bañadas de consolaciones espirituales, habeis sentido en vuestro interior una alegría pura que os ha recompensado con usuras de los sobresaltos de vuestra conciencia delicada y timorata, de la apresurada inquietud con que vuestro amor se contristaba y sobrecogía, y, finalmente, de las penalidades de la virtud austera? ¿No es verdad que trasladadas de antemano á la celestial Jerusalem, é inundadas en el torrente de delicias que baña la ciudad santa, oíais la voz del Esposo, sentíais su presencia, y casi os parecía que ya le poseíais? Es verdad que pasaron como un relámpago que huye velozmente estos dichosos momentos; pero desapareciendo dejaron no sé qué ocultos resabios de paz y tranquilidad dichosa, que os causó un sosiego con que no tienen comparacion las alegrías falaces y momentáneas de los mundanos. Almas arrepentidas, tristes, compungidas, inclinadas con el peso de vuestras culpas, llenas de horror por lo pasado, de incertidumbre por lo presente, y de temor por lo venidero, ya veo que no os atreveis á hablar al Señor; pero á sus oídos ha llegado la voz de vuestro silencio, y os ha dicho en lo interior de vuestro corazón: *Vade in pace* (Marc. c. iv, 34): id en paz; vosotras sois mías, y yo soy vuestro; y supuesto que llorais vuestros pecados, desde luego me olvido de ellos. Dijo, y vuestras lágrimas continuaron regando el santuario, perdieron toda su amargura, y jamás os inundó de tanto gozo la embriaguez de los deleites mundanos como los gemidos y rigores de la penitencia. Almas flacas y frágiles, cuya razón oscurecía ya una maligna sombra, cuyo corazón voluble é inconstante iba á ennegarse en el lodo del pecado, vosotras venísteis al templo santo á clamar con los Apóstoles: *Salva nos, perimus* (Matth. viii, 25): Señor, no puedo ya resistir el ímpetu de la tormenta, y, sacudido de los vientos y de las olas, me veo en peligro de naufragar tristemente; pues á lo menos quiero perecer á vuestra vista y á la sombra de vuestra cruz: pero ¿dejaréis de vuestra mano un corazón que no se atreve á apartarse de Vos? *Salva nos, perimus*. Mandó el Señor, y al imperio de su voz la serenidad sucedió á la tempestad: entonces llevadas en alas de la gracia corristeis por los caminos de la santidad; todo se os allanó, y sin que vuestra inocencia padeciese el menor detrimento recobrasteis la paz de vuestro corazón.

Almas obstinadas y endurecidas en el pecado, traídas al templo por una benigna y oculta mano, sin que vosotras supiéseis ni á dónde íbais ni por qué veníais, pero vuestro Dios, que os esperaba en él, lo sabía : un llamamiento interior de la gracia, una palabra que acaso oísteis al ministro del Evangelio, un buen ejemplo que vísteis, ¿qué sé yo, en fin? un destello de luz divina abrió vuestros ojos; y sobrecoídas, y como despertando de un profundo sueño, quedásteis estremecidas al consideraros sobre el precipicio : en vano os desentendíais, en vano huíais de vosotras mismas para libertaros de los sobresaltos que os turbaban, pues el dardo penetra muy adentro, la herida es muy profunda, la llaga correrá sangre mientras la penitencia no la cicatrice; y vosotras no tendréis paz hasta que dejéis de pecar. Almas atribuladas, cuya fe os condujo á donde reside sobre el altar el Dios de toda consolacion, vosotras derramásteis en su presencia vuestro corazon, y allí llorásteis copiosamente; pero él enjugó bien presto vuestras lágrimas, y si no os restituyó vuestra felicidad antigua, él hizo mucho mas, pues os enseñó el camino de ser felices en la adversidad.

27. Pero ¿cuántas veces por medios no esperados, aunque dirigidos por la divina Providencia, no os habeis visto reintegrados en la posesion de vuestro primer estado honroso y opulento? Con efecto, aunque nada se opone tanto al espíritu del Evangelio como esa vuestra codiciosa avaricia, que solo pide al cielo bienes de la tierra, que no solicita de Dios crucificado otra gracia que la de huir de su cruz, de no conformarse con él, y que ya no tiene súplicas que hacerle, luego que la fortuna le cumple sus deseos; no obstante Jesucristo nuestro bien tiene empeñada su palabra de condescender con todos los ruegos del justo siempre que tenga por objeto la virtud, y que los refiera á mayor gloria de Dios : *Querite primum regnum Dei... et hæc omnia adjicientur vobis.* (Luc. XII, v. 31). Conforme á esta doctrina, quiere el Apóstol que los fieles rueguen por la union, por la concordia pública, por la paz y tranquilidad de los reinos, por la prosperidad de los césares y felicidad de sus armas. Así nuestros mayores monarcas han recurrido en las calamidades del estado al santuario, donde han hallado la victoria que les era contraria, y experimentaron, en fuerza de algunas felices revoluciones, que con mas razon se debe decir de nuestros templos que del de Salomon : *Quodcumque oraverint... propitius eris.* Mas ¿de qué nos aprovechará estar rodeados de templos, si no entramos en ellos? ¿de qué nos servirá que nos tenga el Señor en el

santuario reservadas sus gracias, si no acudimos á solicitarlas en él, y que haya jurado oír en él todas nuestras súplicas, si nosotros no le pedimos nada? ¿Qué utilidad se nos seguirá de concurrir al templo, si solo asistimos á él para deslumbrar los ojos de los demás fieles con la ostentacion de nuestra opulencia mundana, é insultar á Jesucristo pobre en su misma casa con esa pompa y profanidad escandalosa, que parece está diciendo al cielo que la tierra es tan rica y próspera que no tiene necesidad de sus gracias y beneficios? ¿Creemos que Dios nos hará abundantes mercedes, negándole el debido rendimiento y obsequio; y que se acordará de sus misericordias, olvidándonos de su grandeza, y contribuyendo para que otras la olviden y desprecien? *Hypocritæ! bene prophetavit de vobis Isaias.* (Matth. xv, 7). Hipócritas, os dice Jesucristo, ¿me teneis acaso por uno de aquellos dioses caducos y perecederos, que se contentan con exteriores reverencias, porque lo oculto de los pensamientos y deseos humanos es para ellos un misterio incomprensible? Entended, pues, que no me engañan á mí apariencias engañosas de virtud: *Posuit oculum suum super corda illorum.* (Eccli. c. xvii, 7). En vano suspendeis ofrendas de mis altares, si vuestro corazon no se conforma con vuestras acciones, si vuestro corazon no es otro templo consagrado por el amor divino, si vuestros suspiros no son el incienso, vuestras pasiones la víctima, y la caridad el fuego que consume el holocausto; pues yo sé correr el velo y ver como andan distraídos por diferentes caminos esos espíritus vacíos de Dios y llenos de mundo, que en el lugar santo dejan vagar su pensamiento por objetos provocativos: yo registro los mas escondidos senos de esos corazones idólatras, que parece que están comunicando con el Dios de su salvacion, y solo tratan con el Dios de sus pasiones. Si vuestro corazon no se halla aquí con vosotros, no penseis que yo habito en él. En vano clamaréis con Israel prevaricador: *Templum Domini, templum Domini* (Jerem. vii, 4): el templo del Señor! el templo del Señor! pues si no venerais el templo, el Señor no os dará su gloria; y si le profanais, os condenará para siempre. Irreverencia de olvido, de indiferencia, de distraccion; irreverencia imperfecta, que nos hace inútiles los templos; irreverencia de escándalo, de impiedad, de libertinaje; irreverencia consumada, que nos hace los templos perjudiciales.

28. II. No por cierto, no llegaremos á comprender nosotros cuánto se ofende Dios de nuestras irreverencias y desacatos en los templos, pues todo lo que registramos en ellos nos da abundante

testimonio de las bondades de nuestro Dios. No se nos representa en ellos sino un Dios salvador y un Dios víctima de propiciacion. ¡Oh, si hubiese allí algun objeto que ofreciese á nuestra memoria un Dios vengador de las irreverencias que profanan el santuario! Un Oza, herido de muerte por haber sustentado el arca que se caía con mano temeraria; cincuenta mil betsamitas, víctimas miserables de una curiosidad irreverente; los hijos de Aaron, destruidos con fuego del cielo por haber encendido sobre el altar un fuego sacrílego; un Heliodoro, que baña con su sangre el atrio del templo profanado por él mismo; un Manasés, derribado del trono y condenado á purgar con la ignominia de las prisiones el orgullo é insolencia de los ultrajes hechos al lugar santo; un Joás, plagado de lepra luego que temerariamente fija el pié en el santuario, reservado solo á los sacerdotes; un Baltasar, que apenas ha profanado los vasos sagrados, cuando ve una espantosa mano que escribe sobre la pared de su palacio la sentencia de su funesta muerte; un Antíoco, que rinde el alma envuelta en lamentos y desesperacion rabiosa; un Israel, desterrado á las riberas del rio de Babilonia, proscrito y disperso por todo el mundo, y una Jerusalem, sepultada entre las ruinas de su templo. Ved lo que debiera grabarse en nuestras iglesias sobre láminas de bronce y sobre lápidas de mármol, y figurarse en lienzos con los mas expresivos colores para escarmiento eterno de todos los pueblos y de todas las edades, y para que temblasen y se estremeciesen con la suerte infeliz de estos famosos violadores del lugar santo todos aquellos que en los siglos venideros tuviesen la avilantez de imitarlos. Porque si fueron tan espantosas las demostraciones con que Dios castigó los profanadores del templo antiguo, ¿cuál será el estampido de su trueno y el ímpetu de sus rayos contra los impíos que profanan nuestros altares? Porque no es este un templo consagrado por las manos de pontífices herederos del sacerdocio de Aaron, sino un santuario consagrado por mano del mismo Jesucristo, á quien solamente prestan nuestros pontífices su ministerio material y exterior: *Ipsa est qui consecrat*. No es este ya el tabernáculo donde habita la majestad de Dios vivo; sino donde el mismo Rey de la gloria, habi-tando entre nosotros, recibe el culto de nuestros incienensos; no es esta ya la tribu de Aaron encargada de un ministerio de figuras y de sacrificios imperfectos, sino el sacerdocio eterno que ve á un Dios sacerdote y víctima, sacrificio y sacrificador, ofrecerse y ser ofrecido; no inunda ya el altar la sangre de los becerros, sino la

sangre de un Dios. Con que en medio de nosotros y á las puertas de nuestros templos debiera pregonar el Profeta aquellas terribles amenazas que llenaron de temor y espanto á Israel: *Audite... qui ingredimini per portas has, ut adoretis Dominum.* (Jerem. VII, 2). Oid, vosotros los que venís á derramar el incienso de vuestras oraciones, oid lo que dice el Señor: Vuestra impiedad ha convertido esta santa casa, donde mi nombre fue adorado, en casa de escándalo y en cueva de ladrones: *Spelunca latronum facta est domus ista.* (Ibid. 11). Yo he visto que vuestro corazon, tiranizado de las pasiones mas vergonzosas, ardía hasta el pié de los altares en el fuego del odio, de la venganza, de la ambicion, de la sensualidad; yo he visto vuestras irreverencias, vuestros desacatos, vuestras descortesías, vuestros sacrilegios; yo los he visto, y no me olvidaré de ellos: *Ego sum, ego vidi.* (Ibid.). El fuego de mi furor, que ya está encendido, prorumpirá consumiéndolo todo, consumiendo á vosotros mismos; y despues de haberlo abrasado todo, todavía arderá: *Furor meus... succendetur, et non exstinguetur.* (Ibid. 20). Débome á mí mismo esta venganza, débomela á la gloria de mi nombre: bastante tiempo me habeis tratado como á un Dios despreciable y falto de poder, de donde ha provenido que viendo los paganos vuestra insolencia en mofarme y mi bondad tan pronta para perdonar, tan lenta para castigar, me han mancomunado con sus deidades fantásticas, que ni tienen ojos para ver los delitos ni manos para castigarlos. Israel, ciego y réprobo, ha pensado que el Dios del Evangelio puede menos que el Dios del Testamento Antiguo; el cisma y la herejía han dicho que no es posible que habite Dios en unos templos que no defiende. Quiero, pues, hacer público alarde de que soy, y que al desprenderse el rayo de mi ira os abra los ojos para que me conozcáis: *Ego sum, ego vidi... furor meus succendetur, et non exstinguetur.* Débome esta venganza á mi santidad vilipendiada é irritada, porque siendo yo aquel Dios santo que aborrece el pecado, me habeis precisado á tener parte y comunicacion, para explicarme así, con el pecador: la impiedad se acercó á mis altares, sentóse conmigo mano á mano en el santuario, y se albergó en mi habitacion y casa. ¿Soy yo, por ventura, alguna de aquellas viciosas divinidades que adora la gentilidad que, aprobando las locuras de los mortales, permiten rienda suelta al desenfreno de sus pasiones, con tal que rediman á costa de sacrificios la impunidad de los delitos y el derecho de ultrajar los mismos dioses que al parecer veneran? *Ego sum, ego vidi...* Debo, final-

mente, esta venganza, á mi Hijo amantísimo Jesucristo. Véole en ese altar, pero ¡á qué estado le veo reducido! Véole olvidado, desconocido, humillado, aniquilado, desagraviándome por otra parte continuamente, por medio del sacrificio que me hace de su gloria, de los ultrajes que recibo en todas las partes del mundo : ¿á cuántas descortesías no le exponen sus voluntarios abatimientos? Pues entended que cuanto mas se desprecia por mí, tanto mas debo yo ensalzarle; y supuesto que él me desagravia de mis injurias, á mí me toca vengar las suyas; yo debo defender su gloria y la mía; y ahora conoceréis el amor que á él le tengo y la indignacion con que á vosotros os miro : *Ego sum, ego vidi*.

29. Con que se vengará Dios á sí mismo y vengará á Jesucristo. Oid, pues, hombres carnales, y llenos de pavor. Presto se manifestará esta venganza con revoluciones y calamidades espantosas; porque á este pecado especialmente, segun la doctrina de los santos Padres, aliga Dios las desgracias públicas, los repentinos y terribles castigos. ¿Cómo así? porque en los demás pecados el incentivo de la concupiscencia que enajena al pecador mueve á piedad á aquel Dios que conoce el barro frágil de que nos formó; mas el pecado que profana los templos no procede de la turbacion impetuosa de las pasiones humanas, sino que se fragua en medio de la tranquilidad del corazon, pues para ejecutarle no parece que le arrastra al pecador otro estímulo que el de ser impío, ó el estímulo todavía mas funesto que es el de parecerlo; por cuanto este pecado contiene en sí un carácter especial de sedicion y descaro, pues no contentándose con ultrajar la ley de Dios ultraja al mismo Dios; por cuanto este pecado especialmente es pecado de escándalo que aborta otros mil pecados, y así el ejemplo de una sola irreverencia infelizmente fecunda basta alguna vez para hacer á todo un pueblo irreverente; por cuanto es un pecado, en fin, que por sí mismo conspira á destruir y aniquilar el culto público, el culto visible, el culto exterior : de donde se sigue que es propio de la providencia de Dios contener su desenfreno, y propio igualmente de su sabiduría infinita impedir que nadie se aliente á cometerle con su impunidad; que es propio de su misericordia cautelar sus estragos, y de su justicia castigar su malicia; que es propio de su santidad infundir horror á él, y propio de la fidelidad que cumple sus promesas velar para que se conserve la Religion perpétuamente, reprimiendo para esto con castigos ya graves y ejemplares, ya ocultos, y por el mismo caso mas espantosos, la disolu-

cion impía de los que socavan los cimientos del culto público. Por eso vemos que en la ley antigua la suerte del pueblo judáico estuvo siempre aligada á la del templo : de su fidelidad en venerarle, ó de su insolencia en profanarle, se originaron casi todos sus infortunios y casi todas sus dichas : los infaustos sucesos del santuario se regulaban por los del trono ; y si la majestad del imperio era abatida, se levantaba con la gloria del altar, de suerte que la historia de toda la nacion no es otra cosa que la historia de su templo. Y, para decirlo de una vez, ello parece que la profanacion del templo tuvo mas fuerza para consumir la reprobacion de la Sinagoga que el pecado de su deicidio ; pues para desolar toda aquella tierra, caliente todavía con la sangre de un Hombre-Dios, fue necesario echar el sello á la atrocidad que quitó la vida á Jesucristo, con la atrocidad que profanó el santuario.

30. ¡Ay amados oyentes míos! quejémonos frecuentemente de que cada dia empeoran los tiempos. En efecto, ¿qué espectáculo no nos ofrecen los lugares despoblados y desiertos, el comercio abatido y menoscabado, la paz comprada á costa de tantas batallas, merecida con tantas victorias, dudosa siempre, y siempre dispuesta á deslizársenos de entre las manos, las discordias y disensiones fatales tan dificultosas de componer, tan fáciles de renovarse? de modo que á cualquiera parte que volvamos los ojos oímos los gemidos y lamentos de la miseria, ni tropezamos sino con desgracias lastimosas ó con insolentes prosperidades, que para los infelices son el torcedor de su desdicha. Vemos al mismo tiempo cuán rápidos progresos hace el espíritu de libertinaje y de impiedad; cómo se prepara para asolar la heredad de Jesucristo, y cómo con vergüenza y confusion de esa filosofía hinchada y soberbia, enemiga igualmente de la razon que de la Religion, le acompaña la disolucion de las costumbres, que apresura la decadencia de la fe. Vemos tambien atónitos y con dolor desaparecer hasta los menores vestigios de la honradez antigua. El regalo y la ociosidad se introducen atrevidamente hasta en lo mas sagrado; ¿y qué son muchas veces los tribunales sino una especie de confuso laberinto por cuyas intrincadas calles se pierde á cada paso la justicia? La abogacia está ya casi reducida á un arte de eternizar los pleitos, y á una ciencia de despojar al rico y de oprimir al pobre : muchos empleos públicos ¿qué otra cosa son que un teatro de concusiones y una escuela de fausto y sensualidad? el comercio puede decirse que no es mas que una sentina de usuras paliadas, de mono-

pollos disimulados, de compañías fraudulentas: las mujeres ya parece que no conocen la vergüenza, ni la juventud la sujecion, ni los superiores la mansedumbre y humanidad, ni los domésticos la fidelidad y diligencia, ni los grandes la verdadera grandeza, la decencia, la dignidad, ni el pueblo la dependencia y subordinacion, ni los iguales la rectitud y equidad, ni los amigos la constancia y fidelidad, ni las familias el amor y la concordia, ni las naciones la fe de los juramentos y tratados, ni el entendimiento freno y moderacion, ni el corazon cordura y virtudes, ni el filósofo Dios, ni el cristiano Evangelio. Todo cae, todo perece, todo se destruye, todo se hunde, y si son tantas nuestras calamidades, que es imposible contarlas, ¿podrémos numerar nuestras irreverencias y profanaciones?

31. Mi pueblo, decia Dios al profeta Ezequiel, me tiene por injusto: manifiéstale, pues, el templo, y yo sé que no me hará ya autor de sus calamidades, y que solo pensará en reconocer su culpa: *Ostende domui Israel templum, et confundantur.* (Ezech XLIII, 10). Registrad vosotros tambien, hermanos míos, nuestros templos, y quejaos despues, si os atreveis á tanto, de esa avenida de miserias que inunda la tierra. Mirad esas pilas bautismales donde prometisteis renunciar el mundo, vivir, y, si fuese necesario, morir por Dios, y perjuros despues y quebrantadores de vuestra palabra, habeis venido al templo á negar vuestros juramentos con la pompa pecaminosa de vuestra profanidad y con el escándalo de vuestra impiedad: *Ostende... et confundantur.* Mirad esos sagrados tribunales de la Penitencia, donde vencidos de un falso rubor os habeis avergonzado de decir al ministro de Jesucristo lo que no os avergonzásteis de cometer delante de Dios: allí echásteis el sello á vuestros delitos, disimulándolos con las afectadas apariencias de un dolor fingido é hipócrita; allí arrebatásteis por asalto una absolucion que no merecáis; allí entrásteis pecadores, y salísteis prevaricadores; y llenos de inconstancia y de mala fe disteis á entender que llorábais el pecado que habíais cometido, y luego volvísteis á cometer de nuevo las culpas que apenas habíais acabado de llorar: *Ostende... et confundantur.* Mirad esa cátedra de la verdad, desde donde por el órgano de los sacerdotes dedicados al ministerio de su divina palabra el Señor os ha manifestado su voluntad, os ha puesto delante vuestros desvaríos, os ha hablado al corazon; pero vosotros, rebeldes á su gracia, ingratos á su amor, léjos de venerar en el hombre al Dios que habla en él, habeis des-

preciado la voz del ministro, haciendo donaire del ministerio: *Ostende... et confundantur*. Mirad esa mesa eucarística, donde se renuevan cada día los misterios de nuestra salvacion obrados en el Calvario, pero donde se renuevan tambien cada dia los misterios de impiedad de que se horroriza el monte santo. Jesucristo es sacrificado de nuevo; ¡oh y qué víctima! pero, ¡oh y qué profanacion de sacrificio! ¿No podemos decir que sin embargo de la distancia de los tiempos y de los lugares nos hallamos presentes á lo que sucedió en Jerusalem? Unos sacerdotes... pero no me atrevo á proseguir. Una caterva impía, cuyo escandaloso estruendo perturba la quietud del que sacrifica, y hace mofa del sacrificio: *Moventes capita sua*. (Matth. xxvii, 39). Unos libertinos que, poseidos del espíritu del error y del delirio, blasfeman lo que ignoran, y no quieren reconocer á su Dios en su Salvador: *Blasphemabant*. (Ibid.). Unas mujeres altaneras y presumidas que apenas se dignan mirar á su Dios y tributarle un breve obsequio; y para hacer mas puntual el paralelo solo falta muchas veces un hombre verdaderamente religioso que se declare por siervo fiel de Jesucristo y doble la rodilla ante él: *Ostende... et confundantur*. Mirad este templo, y notad como todo lo que se contiene en su recinto grita contra vosotros: esas cenizas, esos benditos huesos de mártires, en cuya presencia venís á herir mortalmente la religion que defendieron ellos á costa de su sangre; esos Ángeles de paz, que tantas veces se han visto obligados á cubrirse el rostro con sus alas para no ver vuestras vergonzosas y detestables abominaciones. No, continúa el Señor, no necesita este pueblo ingrato y desleal incurrir en ningun otro delito para que yo me haga sordo á sus súplicas. No ruegues, Profeta, no ruegues ya por Israel, sus irreverencias están dando voces contra él, y en vano derramarías lágrimas para aplacarme; él solo ha sido mi pueblo para deshonorarme, y así solo seré yo su Dios para castigarle; él ha despreciado mi misericordia en su santuario, y solo debe esperar los rigores de mi justicia: *In domo mea fecit scelera... tu ergo noli orare... quia non exaudiam*. (Jerem. xi, v. 14, 15).

32. Pero ¿qué hago, cristianos? ¿Podréisme perdonar que os haya hablado tan largamente de los castigos destinados para la profanacion de los templos? ¿Me he olvidado acaso, ú os habeis olvidado vosotros de quién sois? ¿Ha degenerado, por ventura, en vuestras venas la sangre de vuestros mayores? ¿No agravio yo la

generacion de Matalías, recomendándole la defensa de la honra y gloria de Sion? ¿Y acaso los templos fundados con la sangre de los padres temen alguna injuria de parte de los hijos? Acordaos de las sangrientas guerras que por el discurso de tantos años asolaron la Francia, cuando la herejía de Calvino, abortada de las profundas entrañas del abismo, queria establecerse y fijar su trono sobre las ruinas de nuestros santuarios. ¡Qué série tan prolija de calamidades! ¡qué de sucesos trágicos! Las naciones extrangeras despedazaban las entrañas de nuestra patria; y victoriosas y triunfantes, armadas de hierro y fuego sus manos, amenazaban á la Religion con su próxima ruina.

33. Pero entended, nuevos Macabeos, que no hablo yo sino de aquellos que se mostraron tan fieles á la patria como á la Iglesia, y al trono como al altar; porque los ciudadanos revoltosos y abanderizados, los súbditos indóciles y rebeldes no solo no los reconoce la Religion por héroes y mártires, sino que ni aun se digna contarlos en el número de sus hijos; y cohonesten con cuanto celo quieran sus temerarias empresas, en ella no hallarán sino rayos y anatemas. Consternados, pues, vuestros mayores con el peligro que corrian los altares sagrados, y llamados por la voz de su rey á pelear por el Señor, acudieron á su defensa, dispuestos á sostener el templo ó á perecer con él. Y en efecto, si querian y creian combatir por el Señor, ¿habian de pelear contra él? ¿habian de haber sido sus victorias mas perjudiciales á la Religion que al error? Y si nuestros templos no cayeron por tierra á impulsos y violencia de la herejía, ¿es posible que solo se libertaron del furor de los sectarios para quedar expuestos á nuestras irreverencias, y que la piedad de los padres solo los ha mantenido para que los injurie la impiedad de los hijos? Descendientes indignos de un tronco tan puro y santo, ¿vendrémos á negar su fe sobre sus sepulcros y cenizas, y á insultar su celo, haciendo que se arrepientan de sus combates y triunfos? ¡Ay! que oimos que desde las entrañas de la tierra rompe la voz de aquella sangre que vertieron en tantas batallas, y gime, y se queja, y se lamenta, y nos da en rostro con que hemos cedido, en fin, la victoria á los asesinos de nuestros abuelos, y se duele lastimosamente que les haya dado el cielo unos hijos indignos de sus padres, de su religion, de su Dios!

34. No, Señor, no verán ya vuestros ojos la abominacion en el lugar santo; no asistiremos á él ya sino para reparar el escán-

dalo de nuestras irreverencias y descortesías con una devoción sincera y edificativa, no queriendo otra felicidad sino la de ocuparnos en esta vida en celebrar en el templo vuestras misericordias, vuestras alabanzas, que esperamos cantar eternamente en el templo de vuestra gloria. Amen.

SERMON

SOBRE

LA EDUCACION Ó CRIANZA DE LOS HIJOS.

Stans autem Jesus, jussit illum adduci ad se. (Luc. xviii, 40).

Parándose Jesús, mandó que se le trajesen.

1. No por cierto, no hace Jesús otro uso de su poder y autoridad. No se deja ver en Israel sino para derramar las riquezas de su amor y la plenitud de sus gracias: su benéfica ternura es el asilo de los miserables; y léjos de apartar de sí á los que imploran su auxilio, adivina sus deseos, imponiéndose una estrecha ley de hacerlos felices. Así debeis vivir vosotros, grandes de la tierra; así vosotros, reyes, en vuestro imperio; magistrados, en las ciudades y provincias; amos, con vuestros domésticos, imitando el ejemplo de aquel á quien representais en el mundo, no para vosotros, sino á beneficio de los que están bajo de vuestra autoridad.

2. Vosotros especialmente, padres y madres, vosotros cuya autoridad es la mas antigua y la imagen mas pura de la autoridad suprema; vosotros á quien llama la Escritura dioses visibles de vuestra familia, este es vuestro modelo. Ocupad su lugar en el rebaño que ha puesto á vuestro cuidado: hallen vuestros hijos su amor en los halagos de vuestra ternura: vuestros son, pero vosotros sois de ellos. Vuestra obligacion mas esencial es instruirles en la piedad cristiana; trabajar en la obra de su santificacion, obligacion fundada en su conveniencia y en la vuestra. Obligacion fundada en su conveniencia, porque la felicidad de vuestros hijos depende de la cristiana educacion que les deis. Esta será la materia del primer punto de este discurso. Obligacion fundada en vuestra conveniencia, porque vuestra felicidad depende de la cristiana educacion que deis á vuestros hijos; y este será el argumento del segundo punto. Para desentrañar dignamente este artículo de la moral cristiana imploraremos los auxilios del Espíritu Santo por la intercesion de María: *Ave María.*

Primera parte.

3. De la educacion cristiana que dais á vuestros hijos depende su felicidad : y ¡qué felicidad ! Si fuese lícito á un ministro del Evangelio pararse á contemplar los intereses temporales y las caducas fortunas de la tierra, discurriendo por la historia de los siglos y de los imperios os haria yo ver que las calamidades escandalosas, esas terribles revoluciones que tantas veces llenaron de admiracion á los pueblos, tuvieron su principio en la siniestra educacion de la juventud, y que pocos hombres han sido delinquentes é infelices que no pudieran imputar á sus padres sus delitos y sus desgracias. Bastaríame deciros : *Respiciite, filii, nationes hominum.* (Eccli. II, 11). Registrad los objetos que os rodean, considerad las funestas escenas que sin cesar se representan en el teatro del mundo, subid al origen de tantas aventuras trágicas. ¿Qué advertís? Hombres á quien la mala educacion abrió las sendas del vicio, y á quien el vicio ha precipitado en un abismo de calamidades. Este, criado en las delicadezas del regalo con lujo, con pompa y entre los deleites, despues de haber sacrificado á sus pasiones gloria, honra, salud, riquezas, hecho la fábula y el oprobio del mundo, arrastra ignominiosamente el resto miserable de una vergonzosa y deplorable vida. Aquel, abandonado á sí mismo desde su tierna edad, dominado por el frenesí del juego, ha visto salir de sus manos la herencia de sus mayores; y reduciéndose á su miseria primitiva, importuno á todos, odioso á sí mismo, solamente vive para detestar la fatal condescendencia de un padre y de una madre que por temor de no desazonar la felicidad insensata de sus primeros años le ocasionaron todas las calamidades de su vida. El uno, acostumbrado por unos padres altivos é impacientes á irritarse de todo, á no sufrir nada, acaba de perecer en la flor de su edad, víctima desgraciada de un pundonor indiscreto que bebió en sus ejemplos y en sus máximas; el otro, en quien un padre avariento despertó la sed insaciable de las riquezas, despues de haber talado la tierra con sus robos, acaba finalmente por ser como otro Aman sacrificado al odio público. Tantos famosos nombres hundidos en el olvido; tantas casas ilustres llenas de oprobio eterno; tantos contratiempos, tantas revoluciones que trastornan las familias; tantos hombres errantes y fugitivos que andan por el mundo; todo esto, padres y madres, os avisa de los peligros tan horrendos á que una perversa educacion expone á vuestros hi-

jos. Pero otros peligros todavía mas inminentes, otras conveniencias todavía mas sólidas, deben despertar vuestra vigilancia. No os hablo ya de la felicidad de un escaso número de años; hábloos de la salvacion, de la eterna felicidad aligada á la educacion que recibian. ¿Cómo así? Porque es difícil que no lleguen á salvarse si vosotros les dais una educacion cristiana, porque es difícil no se pierdan para siempre si no les dais una cristiana educacion. Continuemos.

4. I. ¡Dichoso, pues, y mil veces dichoso aquel hijo que dispuso Dios naciese en el seno de una familia cristiana! Las primeras palabras que oye son palabras de vida y de salud: apenas abre los ojos para ver la luz del día, y ya ve ejemplos virtuosos: todavía no se conoce á sí, y ya conoce á Dios, árbitro y señor del mundo: su lengua se va desatando, forma unos confusos sonidos, y ya sabe invocar al Autor de la naturaleza; no aprende á hablar sino aprendiendo á suplicarle. Figuráosle entre los brazos de una madre virtuosa. ¿Cuántas veces, enjugándole las lágrimas, le dirá, como otra Blanca á san Luis, que el pecado es el único mal digno de llorarse? ¿Cuántas veces, cuidándole y acariciándole con el mas regalado amor, le repetirá con la madre de los Macabeos: Dios solo, hijo mío, es tu verdadero padre: su mano teje la tela de tu vida: todo viene de él, todo vuelve á él, todo vive por él, todo ha de vivir, y, si fuese necesario, todo ha de morir por él? *Peto, nate, ut aspicias ad cælum.* (II Mach. VII, 28).

5. Despejada la razon de las sombras de la infancia despide sus primeros rayos, y conociendo sus cuidadosos padres la preciosidad de aquellos instantes rápidos y veloces que les ofrece un corazon que ignora la embriaguez y la corrupcion de las pasiones; de aquellos instantes estimables en que la gracia del Bautismo con toda su pureza prepara el alma para recibir las semillas de la virtud, se aplican con diligencia á pintarle con los mas vivos colores la majestad infinita del Ser primero, su autoridad suprema, su absoluto poder, su imperio inmortal sobre todo lo que en el mundo alienta. Otras veces le conducen á nuestros templos, y fijando la curiosidad de su vista en el espectáculo de nuestras augustas ceremonias, le revelan los ocultos misterios que encierran, le acostumbran á penetrar la corteza y la apariencia de las cosas, á registrar por entre el velo que le esconde á aquel Dios de gloria que reside en el lugar santo: en este altar, hijo mío, corre todos los dias la sangre del Dios que te redimió; en este tabernáculo se renueva el sacrificio de expiacion que se ofreció en el Calvario; en él muere y renace sin cesar una

hostia eterna en remision de tus pecados: ésta es la pila que contiene las aguas saludables del Bautismo; en ella recibiste la estola de la inocencia que Jesucristo vendrá á cobrar de tí en el dia de sus venganzas. ¡Ay, hijo querido! pierde todas las cosas antes que perderla. En ella le juraste, por medio nuestro, eterna fidelidad: los Ángeles que velan en la custodia del suantuario oyeron tus juramentos, y los escribieron en el libro de la vida; segun estas promesas has de ser juzgado: *Tenetur vox tua in libro viventium: presentibus Angelis locutus es.* Aquella es la tierra en donde están encerradas las cenizas de nuestros padres: de aquí á un momento iremos nosotros á hacerles compañía sumidos en la noche del sepulcro: el camino nos han dejado abierto, ya estamos para entrar en él, tú no tardarás en seguirnos. Ama, pues, la virtud, sigue sus lecciones; todo lo demás pasa, solo la virtud no muere.

6. Retirado otras veces en el recinto de la casa paterna, le instruyen en la Religion, le enseñan sus principios, su santidad, sus leyes, sus obligaciones, sus promesas, sus amenazas, sus premios: allí le ponderan la grandeza de Dios, su justicia rigurosa, su amor tierno y benéfico, la inestabilidad, la nada de las cosas humanas, el peligro de las riquezas y de los altos puestos, la vanidad de los deleites, la alegría pura que nace de la virtud, la tranquilidad de la conciencia, preferible á los insípidos y bulliciosos regocijos que embriagan los sentidos, que ocasionan crueles y agudos remordimientos, la salud, la juventud, la vida que huye sin cesar, la eternidad que se viene acercando con pasos apresurados.

7. ¿Qué será, pues, si unos padres cristianos juntan con la instruccion una solícita vigilancia; si atentos siempre á los peligros que amenazan á una virtud que va naciendo, apartan léjos de sus hijos los ejemplos del vicio, las conversaciones disolutas, los amigos viciosos y prevaricadores, la ociosidad, la inaccion que podria dar á las pasiones oportunidad para hablar su lenguaje falaz? ¿Qué será si á la vigilancia acompaña una conducta llena de vigor y de autoridad? Porque la experiencia de todos los siglos y de todos los casos nos enseña que no hay cosa mas verdadera que esta máxima: quien no sabe hacerse temer, rara vez ó nunca se hará amar. ¿Qué será si saben refrenar los primeros ímpetus de la concupiscencia, reducir al camino verdadero un corazon tierno que empieza á extraviarse? Si templan el rigor con la blandura, si saben con igualdad castigar y perdonar á tiempo, arreglar su casa y hacerla amable; si saben ser padres tan amorosos como amos vigilantes y pródigos,

entonces el corazon recibe espontáneamente sus instrucciones. ¿Qué impresion tan profunda no hicieron en el espíritu de uno de nuestros reyes las lecciones de una madre á quien amaba? quiero decir, de san Luis. Jamás se borraron de su memoria aquellas palabras vivas y penetrantes que tantas veces le repitió en su infancia. ¡Ay, hijo mío! bien sabes cuánto te amo, pues solamente vivo en tí y para tí: ya ocupas el primer trono del mundo, bien presto llenarás el mundo con la fama de tu nombre; sin embargo yo preferiria (¡qué espectáculo para una madre tan amante!), yo preferiria verte muerto delante de mis ojos al dolor de verte cometer un pecado mortal: menos sensible me seria derramar tristes lágrimas sobre tu sepulcro que lamentar tu inocencia perdida. Sí, por cierto; tu muerte, que en un hijo tan amado me robaria cuanto estimo, me seria menos acerba que el pecado, que apartándote de Dios te robaria todo lo que debes amar. El joven Monarca concibió que no podia temer sobradamente lo que una madre tan tierna temia en él mas que la muerte. Y así en el verdor de la edad, en el bullicio de las armas, en las delicias de la corte y del trono, el hijo ostentó virtudes no creibles á quien ignorase la piedad y la diligencia de la madre. ¿Qué será, finalmente, si los documentos, si la vigilancia, si la autoridad, si la ternura, van acompañadas del ejemplo? ¡Oh hijos dichosísimos! no tengais otro temor que el de perder unos padres tan dignos de vuestro amor. Su piedad me asegura de la vuestra; lo que ellos son me promete lo que seréis vosotros á su tiempo. La sabiduría no solamente nació con vosotros como con Salomon, sino que nació antes de vosotros y os recibió en sus brazos, anduvo velando al rededor de vuestra cuna, os alimentó con su leche, lo mas acendrado de su sangre corre en vuestras venas, ella guía vuestros pasos, instruye vuestro corazon, y hará reinar en él la piedad y la justicia.

8. Porque, preguntaos, amados oyentes míos, un niño que no oye hablar del pecado sino para aborrecerle, de la Religion sino para venerarla, de Dios sino para amarle; un niño que no sabe mas que su religion, su obligacion, su Dios, ¿cómo podrá resistirse á la virtud? Porque tened presente cuán dócil es la niñez, que es una planta tierna todavía, que se dobla como se quiere, una tierra blanda y húmeda, apta para recibir todas las formas y todas las figuras, un arroyo poco distante de su origen, cuyo curso es fácil de encaminar: no os olvideis que esta edad parece que todas sus ideas, todas sus inclinaciones las adopta de los que tiene al rededor. ¿Cómo

es posible, pues, que se resista á las instrucciones autorizadas con el ejemplo, á las palabras ayudadas con las acciones, al amor alentado con el temor? Acordaos cuán fácil es engañar á los niños: y ¿pensais que sea imposible preservarlos del engaño? No, esa inclinacion con que nacemos al vicio no sofoca enteramente los principios de rectitud, los sentimientos de lo honesto que el mismo Dios ha grabado en nuestras almas; no omitais, pues, diligencia alguna, velad sin cesar, orad sobre todo: la gracia de Jesucristo, mas eficaz verdaderamente que vuestro cuidado y vuestras lecciones, fortalecerá el casto y puro corazon de vuestros hijos contra la inclinacion de la naturaleza, que con tanta violencia nos arrastra al mal. Dios fomentará los documentos saludables, dejando sin fuerza las lecciones de la maldad y frustrándolas. ¿Seríais capaces de persuadirlos que no podeis vosotros ser tan idóneos maestros de la virtud como del vicio, y que vuestros hijos no se salvarán tan contentos con vosotros, como se perderán con vosotros?

9. Es cierto, me diréis, que en los primeros años es fácil gobernarlos y contenerlos. Pero llegan finalmente á cierta edad que parece los exime de nuestra jurisdiccion; los respetos humanos, la razon no permiten ya que los tengamos en sujecion estrecha, y entonces ocurren unos pasos tan resbaladizos, momentos tan peligrosos, coyunturas tan fatales, que se desvanecen las esperanzas del natural mas feliz y de la mas cristiana educacion. Y no hay cosa en el mundo mas frecuente que ver las virtudes de la niñez destruidas con los vicios de la juventud. Con que, amados oyentes mios, no basta la mas arreglada educacion para cautelar las virtudes de la infancia de las pasiones de la juventud. ¿Qué será, pues, cuando estas pasiones impetuosas, irritadas con tantos objetos ocasionados, hallen un espíritu sumergido en la ignorancia de la Religion, un corazon sin temor y sin amor del Señor? ¡Ah! si la educacion mas cristiana deja mucho que temer, ¿una educacion abandonada dejará algo que esperar?

10. Bien sé que despues de una niñez pura y casta puede la juventud entregarse á los deseos de las pasiones desenfrenadas; pero tambien digo que un corazon acostumbrado por largo tiempo á la virtud, penetrado íntimamente de las grandes verdades de la Religion, no se resolverá á cometer el pecado sino despues de muchos combates; que despues de haberle cometido hallará en él un manantial de sinsabores y amarguras que le harán perder el gusto. Ha grabado Dios nuestro Señor en nosotros unos principios de razon,

de bondad y de pudor que no se borran en el alma sino por la multitud de acciones pecaminosas. Si la educacion cristiana llegó, pues, á desarrollar estos principios, si consiguió que brotasen estas semillas de virtud, ¡cuán difícil es entonces que uno se determine á la ejecucion del pecado! Duda, vacila, fluctúa, anda, desanda, consiente, niega su consentimiento, no se arroja á cometer la ofensa sino temblando, medio la comete, por decirlo así, se disputa á sí mismo el deleite, se da en rostro con su propia infidelidad, se avergüenza de su traicion, y luego que la pasion satisfecha pierde su brio y calla, luego que espiró el placer, se excita el arrepentimiento, se siente el dolor, la conciencia grita: voz lastimosa, voz funesta para el pecado, voz llena de turbacion y de terror; ya no sabe en dónde está, ni lo que es, trae á la memoria los dias serenos de su infancia. ¡Ay! exclama con el santo Job: *Quis mihi tribuat ut sim... sicut fui in diebus adolescentiæ meæ!* (Job, **xxix**, 24). ¡Quién me volverá la dulce y serena paz de mis primeros años! *Quando erat Omnipotens mecum* (Ibid. 5); de aquellos años en que habitaba Dios conmigo y yo con él; cuando no podia hacerme cargo de ningunas vergonzosas pasiones, cuando nada tenia yo que temer, cuando mi corazon vivia inocente y tranquilo! *Quis mihi tribuat!* Estimulado del dolor, tirado de la cadena de los remordimientos, se postra á los piés de los ministros de Jesucristo, confiesa sus fragilidades mas con lágrimas que con palabras, y al paso que sale del alma el pecado, siente que renace en él la tranquilidad, y nada teme tanto como dejar de ser lo que es y volver á ser lo que ha sido.

11. Consolaos, pues, vosotros los que despues de haberos costado tanto la educacion de un hijo, le veis sordo á vuestras voces, indócil á vuestros preceptos, correr exhalado á donde quiera que le llama la esperanza de satisfacer sus malos deseos, pues veréis que algun dia vuelve al redil esa oveja perdida: veréis ese hijo pródigo bañar con su llanto los piés de su padre; veréis ese discípulo perjuro expiar con sentidas lágrimas la infidelidad pasada. Aunque parece que ese hijo ingrato y fugitivo se ha olvidado de vuestras lecciones, presentes las tiene indeleblemente en su alma: turbado, inquieto, agitado, siempre lleva consigo el dardo que le clavásteis en ella. Se apagará el fuego de la edad, se amortiguará la vivacidad de las pasiones, darán lugar los ímpetus y fuegos de la juventud á las reflexiones de la edad madura, y la razon y la Religion os resituirán el hijo de quien la pasion os despojó. Consolaos, pues una desgracia, un contratiempo, una muerte trágica avivará ese fuego

mal apagado, volverá á encender esa hacha que está aun humeando.

12. Consolaos; mas ¿qué digo? Antes no os consoleis hasta que le hayais convertido á Dios. Corran vuestras lágrimas en la presencia del Señor, suban vuestros suspiros hasta su trono. No, no aliga Dios á vuestro cuidado solamente la salvacion de vuestros hijos; la aliga tambien á los deseos de vuestro corazon, á vuestros ruegos multiplicados, á vuestras fervorosas oraciones. Nuestro Dios es Dios de bondad, no se hará insensible á los gemidos de una madre bañada en lágrimas que le pide la salvacion de su hijo; él salvará á ese hijo, no por él, sino por vuestro respeto: *Non peribit filius istarum lacrymarum*. ¡Á qué estado se hallaba reducido Agustin! ¡Qué desvaríos tan vergonzosos! ¡qué excesos, que no puede olvidar, y que apenas se atreve á traer á la memoria! Brotan cada dia nuevas pasiones, y se engendran nuevos delitos. Al desenfreno del corazon sigue inmediatamente la libertad de entendimiento, y el número de errores corresponde al número de vicios. La fe, la razon, el pudor, todo desapareció. Pero ¡ah! yo veo á Mónica llorando, y llorando lágrimas poderosas, lágrimas fecundas que harán que recobre Agustin todas sus virtudes, y darán á la Iglesia el mayor de sus doctores: *Non peribit filius istarum lacrymarum*. Sí, amados oyentes míos, es dificultoso, es como imposible que se pierda un hijo que unos padres cristianos hacen empeño de salvarle como á pesar suyo.

13. II. Pero á lo menos ¿no es en igual grado temible que perezcan esos hijos que no cuidais de instruir en la virtud? ¿Me detendré á pintaros los peligros que rodean á la juventud? Exclamaré con san Agustin: *O juvenes, flos ætatis periculum mentis*! ¡Oh juventud, te dan el nombre de bella edad, de primavera de la vida, de flor de los años, de sazón de los deleites; pero frecuentísimamente eres un funesto origen de sentimiento y de dolor para las edades que te suceden, y en tanto eres el tiempo de los deleites, en cuanto eres el tiempo de las pasiones y vicios: *O juvenes*!... La mas lenta y fria vejez debiera ser antepuesta á esa edad fogosa y ardiente que suscita los peligros á cada paso. ¡Ay! todo está para vosotros sembrado de lazos y de engaños. El mundo que os brinda con sus encantos que embelesan, cuyas alevosías ignorais vosotros; la juventud que parece os muestra en la larga série de los años los placeres del vicio con el tiempo del arrepentimiento; los hombres que adulan, que irritan vuestras pasiones; el infierno que se apresura á pervertir la amable pureza de vuestras costumbres, para asegurarse de vuestros últimos momentos, pues de los primeros ya se apoderaron

los amigos disolutos, los libros impíos, los malos ejemplos: *O juvenes!*... Para resistir á tantos poderosos enemigos es indispensable tener temor de Dios, horror al pecado, tener profundamente grabadas en el alma las máximas de la Religion: es indispensable haberse acostumbrado á despreciar los halagos de los deleites, á temer sus funestas resultas. Con todo esto, es difícil mantenerse, y con todo esto no se consigue algunas veces mantenerse. ¿Qué será, pues, de un niño criado en una familia que solo tiene de cristiana la apariencia y la profesion exterior? ¿Qué será de un niño que, ignorante de su religion, apenas sabe el nombre del Dios que adora; un niño á quien unos padres entregados al mundo han dejado en manos de cuantos deseos fútiles puede inspirar el amor del siglo? ¿Qué será de un niño que no ha tenido mas educacion que los ejemplos de un padre voraz, destemplado, colérico, soberbio, altanero, ambicioso, hambriento de deleites ó de riquezas? ¿Qué será, pues, de una hija en quien solo se ha cuidado de inspirar el deseo de agradar, de lucir, de hacer el primer papel en el mundo; de una hija, cuya vanidad se procuró alimentar con indignas condescendencias, con indecentes atavíos, con alabanzas emponzoñadas, cuya razon frágil y vacilante se halla sin el arrimo de una vigilancia continua, y de los ejemplos de una madre cristiana? ¿Resistirá largo tiempo á sus propias pasiones, y á las pasiones ajenas? ¿Qué será de esta pobre barquilla expuesta á la braveza de las olas en medio de una noche oscura, en un mar famoso en escollos y en bajíos, juguete de los vientos y de la tempestad, tardará mucho en naufragar? Pues para lo venidero ¿qué recurso habrá en un corazon que ignora las puras delicias de la virtud, las esperanzas de la vida futura, los bienes y los males de la eternidad? Para conservarle en la inocencia era necesario de su parte una fidelidad prodigiosa; y para sacarle del lodo de sus miserias era necesario de la vuestra, ¡oh Dios mio! un milagro de vuestra gracia. No será otra cosa su vida que una tela de abominaciones: los pecados de la juventud allanarán los caminos á los pecados todavía mas escandalosos de la vejez: la maldad penetrará, segun la expresion de la Escritura, hasta los tuétanos de los huesos; irá creciendo con los años, inficionará todas las edades de la vida, y le acompañará hasta el sepulcro, no dejando de pecar hasta que deje de vivir. Consecuencias terribles, consecuencias funestas, consecuencias deplorables, pero consecuencias ciertísimas, y muy frecuentes, de la mala educacion de la juventud. Digo frecuentísimas, porque este es, amados oyentes míos,

el pecado mas comun, el pecado peculiar de nuestro siglo: la educacion de los hijos abandonada enteramente.

14. Punto es este, padres y madres, en que no sé cómo componer vuestra conducta, no digo solamente con vuestra fe, sino con ese amor que mostrais á vuestros hijos, que tantas veces se le encareceis para excitar su gratitud, que le exagerais á los demás para conciliaros estimacion en el mundo, que os le ponderais á vosotros mismos, preciándoos de tener un corazon blando y puntual en el cumplimiento de sus ministerios. Decís que amais á vuestros hijos; y contentos con una indolente ternura, no os merecen mas cuidado sus verdaderos intereses, su educacion, de donde depende toda su felicidad, sino un celo ciego é ignorante, un celo superficial é imaginario, un celo todo mundano y todo profano, un celo desidioso y desaplicado, un celo odioso y por lo mismo peligroso, un celo indulgente y nímiamente tímido, un celo ineficaz y estéril, un celo contagioso y funesto. Ábreseme un tesoro inagotable de instrucciones: continuadme vuestra atencion.

15. Celo ciego é ignorante de tantos padres incapaces de criar bien á sus hijos, porque ignoran y gustan de ignorar hasta los medios que se deben aplicar para conseguir la educacion de la juventud. Id considerando. Cultivar el entendimiento y el corazon de los hijos, dilatar su razon y moderar sus deseos, imbuirles en el conocimiento y gusto de la virtud, ¡qué obra tan seria! ¡cuánta capacidad pide, ó, por mejor decir, qué de talentos no pide! Ternura para excitar el amor, entereza para inspirar el temor, bondad para ganar la confianza, gravedad para conservar el respeto, autoridad para mantener la sujecion, afabilidad para hacer amable la dependencia, severidad sin exasperar, condescendencia sin bajeza, blandura para castigar y reprender, vigilancia universal, prudencia que disimule y á veces afecte ignorarlo todo, atencion infinita para penetrar sus inclinaciones y mayor todavía para ocultar sus propios defectos, conversaciones que les instruyan, ejemplos que les persuadan, amarlos y castigarlos, castigarlos y no irritarlos, darles libertad é impedir la disolucion, acomodarse á todos los caracteres, hacerse á todos los genios, tener, ó á lo menos adoptar, tantas diferencias de temple y de conducta cuantos hijos hay que educar; porque así como todas las plantas no requieren un mismo cultivo, así entre los niños lo que aprovecharia á la educacion del uno seria nocivo y fatal para la educacion del otro. Muchas veces en el recinto de una misma familia se hallan genios muy diferen-

tes : un espíritu tímido y encogido, que conviene asegurar y alentar ; un espíritu bullicioso é impetuoso, que es preciso refrenar ; un espíritu lento y tardío, á quien es preciso esperar ; un espíritu generoso, vivo, lleno de ardimiento, que conviene contener é irle á la mano ; un espíritu suspicaz, disimulado, que es preciso habitar á la confianza ; un espíritu demasiadamente franco y fácil, que conviene hacer mas circunspecto ; un espíritu bajo y villano, que conviene elevarle, engrandecerle ; un espíritu indómito y altanero, que conviene domar y sujetar ; un espíritu duro é insensible, que es necesario ablandar, enternecer ; un espíritu receloso, que conviene serenar y contemplar ; un espíritu suave, que conviene llevarle con amor, con beneficios ; un espíritu rebelde é indócil, que es preciso tener á raya con el miedo, cautivarle con el terror ; ¡qué sé yo que mas! Todos tienen un conjunto de defectos peculiares, y un conjunto de buenas prendas que les son personales. En vano esperais que se logre la educacion de vuestros hijos, si no conoceis su carácter, y si no sabeis aprovecharos de lo que son para hacerlos tales cuales deben ser ; si no sois maestros en el grande arte de valeros de sus buenas calidades en oposicion de sus defectos ; de ceder, de conformaros con sus inclinaciones para haceros dueños de ellas. Pero ¿en dónde están los padres que saben todo esto, que andan solícitos por estudiarlo y por saberlo? Mas acaso lo saben, y acaso lo saben y conocen demasiado. Con que no es solo celo ciego é ignorante, sino celo superficial é imaginario : cóncense los cuidados, los esmeros, las contemplaciones, el desvelo que pide una educacion continua y regular. Pero tanta penalidad, tantos cuidados son incompatibles con esa vida licenciosa é indolente, con esa vida afanosa y llena de máquinas, con esa vida entregada al juego y á los deleites, con esa vida mundana y distraída, con esa vida sosegada y tranquila ; digámoslo de una vez, con esa vida piadosamente baragana, con esa falsa devocion que agrada y embelesa. Es verdad que fiais de otros hombres esta pesada carga ; pero ¿quiénes son estos? Unos domésticos sin crianza, sin hombría de bien, sin religion, capaces, por lo regular, de viciar el mas feliz natural con sus conversaciones libres, con sus máximas llenas de veneno, con sus pésimos ejemplos, con sus viles y bajas adulaciones : inclinados comunmente, por la conveniencia de agradar á sus amos y de hacerse necesarios, á lisonjear sus pasiones, á aprobar sus vicios, á fomentar la disolucion de un niño, en cuyos excesos libran todas las esperanzas de su fortuna. Fiais este cuida-

do de unos domésticos incapaces siempre de tener suficientes luces para instruirlos, suficiente grandeza de alma para inspirarles nobles y generosos sentimientos, autoridad bastante para hacerse temer y respetar, bastante amor y disposicion para querer y poder salir bien con una empresa de tanta importancia. Fiais de otros este cuidado ; pero ¿de quién? de una mano extraña y acaso desconocida. Entregados estos hijos infelices al capricho, á la indiferencia, á las pasiones de un maestro que se interesa friamente en lo que deben ser, porque no tiene el menor interés en lo que serán algun dia, no conocen á su padre sino por el nombre ; no experimentan su ternura sino por el estipendio que da para tenerlos lejos de sí, con el cual compra el derecho de olvidarlos. ¿Es esto lo que debeis á vuestros hijos? ¿Cómo teneis valor de fiar su religion, su probidad, su entendimiento, su corazon, de unos hombres de quien no querriais fiar su fortuna? ¿Juzgais que lo que vosotros rehusais hacer por vuestros hijos lo harán otros? que el extraño no cederá á la carga cuyo peso amedrenta y acobarda la ternura de un padre? Pero yo me engaño ¡oh Dios mio! Gracias inmortales se os rindan, porque habeis dispuesto, porque habeis todavía conservado un asilo á la juventud en el cielo de esos hombres desinteresados á quien una caridad superabundante dedica á las públicas necesidades. Tales son nuestras costumbres, que lo que hubiera sido delito para nuestros mayores constituye ahora nuestras virtudes, y que un padre no puede dar pruebas mas verdaderas de su amor que apartando de sí á su hijo. ¡Tanta verdad es que la casa paterna se ha convertido en un escollo fatal á la virtud de los primeros años!

16. Acaso algunos se aplican á la crianza de sus hijos; pero con un celo enteramente mundano y profano, pues no los educan sino para el mundo, no los instruyen sino para el mundo. Quieren que no ignoren el arte de adelantarse, de figurar en el mundo, ni las leyes y costumbres del mundo, ni los estilos y respetos del mundo; pero la ciencia de la Religion, esa se les permite que la ignoren, en esa siempre los tienen por suficientemente impuestos, esa es la que muchas veces, digámoslo para confusion de las familias cristianas, olvidan los hijos en la casa de sus padres despues de haberla aprendido fuera; esa es en la que muchas veces son mas doctos que sus mismos padres, y mas capaces de darles lecciones que de recibirlas de ellos. ¡Qué impiedad, exclama san Bernardo, y qué crueldad al mismo tiempo! Impiedad con Dios, crueldad con sus hijos. Piensan

con calor, ó antes no piensan en otra cosa que en buscarles empleos lucidos en el mundo. Corren, se apresuran, se desviven para proporcionar á este una brillante carrera en las armas, á aquel una plaza condecorada en la magistratura, para procurar á los demás cuantiosas riquezas : *Alii militiam, alii honores, alii divitias filiis provident*. ¿Quién es el padre que se desvela por encaminarlos por las sendas de la piedad, por asegurarles el tesoro de la virtud que les asegurará el corazon de Dios? *Nemo filiis providet Deum*. No se les perdonará una falta leve contra la urbanidad, contra las leyes del mundo profano ; pero fácilmente se les perdona el olvido de Dios, el desprecio de la Religion, el escándalo de sus impiedades. Póñese grande esmero en corregir, en destruir todos los defectos que pueden ofender al mundo, desagradar al mundo, ser obstáculo para hacer fortuna en el mundo ; pero aquellos defectos que no desagradan sino á Dios, que no ofenden, que no irritan sino á Dios, toléranlos, excúsanlos : digámoslo de una vez ; aquellos defectos que son contra Dios por lo mismo que son conformes con el mundo, que desagradan á Dios por lo mismo que pueden agradar al mundo, que dañan á la salvacion por lo mismo que pueden servir para hacer fortuna, apruébanlos, aliméntanlos, foméntanlos. Un padre ambicioso ó avaro se complace al ver un hijo á quien el ansia de los honores, la sed de las riquezas habilitan para seguir sus pisadas, para mantener el esplendor, para aumentar la opulencia de su casa. Una madre entregada al mundo se goza al ver una hija dotada por la naturaleza del peligroso talento de agradar : se admira y se complace de verse retratada en aquella tierna belleza ; y tan desvanecida con los atractivos de su hija, como lo estuvo en otro tiempo con sus propias gracias, pone todo su gusto, y se honra pecaminosamente con introducirla en las visitas, con presentarla en los saraos, con precipitarla en el mundo mas ocasionado, nutriendo su vanidad y su orgullo con los aplausos que recibe en él su hija : *Nemo filiis providet Deum*.

17. Otros mas prudentes, mas cristianos en su modo de pensar, pero casi tan reprecensibles en su proceder, trabajan en educar cristianamente á sus hijos ; pero no trabajan lo bastante : celo indolente y desaplicado. Algunas lecciones superficiales, algunas reprecensiones ligeras, hijas de la impaciencia mas que efecto de un propósito sério de reformarlos ; algunas advertencias, algunos consejos, algunos documentos, pero ninguna atencion, ninguna vigilancia. Padres amantes del dulce y reposado sosiego, padres mundanos y

distraídos que saben todas las noticias, todas las historietas ocultas, todos los lances secretos de una ciudad, y no saben lo que pasa en sus propias casas. Bien podría yo decirles con san Jerónimo: *Aperi aures, audi clamorem totius civitatis*. Oye lo que dice todo ese pueblo, sabe de él lo que no debiera saber y lo que tú debieras ignorar. Ese hijo que tú tenias por tan cuerdo, tan aplicado al desempeño de sus obligaciones, ya es conocido en el mundo por un disoluto, por un libertino; ya se duelen de sus excesos escandalosos, ya anuncian sus fatales resultas; y tú no lo sabes, sabiéndolo todo el mundo: *Audi clamorem totius civitatis*. Esa hija que os parecia tan modesta y vergonzosa ya ha empezado á dar oídos á conversaciones envenenadas: su corazón enternecido y casi engañado ya ha dado indicios del fuego que le consume, ya se sabe en el mundo su amor, y quién es el objeto de su amor; su mútua correspondencia solo para tí está en secreto: todos lo saben, tú solo lo ignoras; pero bien presto llegará á tu noticia por algun caso ruidoso que te llene de vergüenza y de oprobio: *Audi clamorem totius civitatis*. ¡Ah! ¿de qué aprovecha á vuestros hijos que les enseñéis la virtud, si no apartais de su lado los que son capaces de enseñarles el vicio! Basta un instante para levantarse un incendio que no puede apagarse. Apenas cierra el Salvador sus ojos, se fragua la tempestad, y el mar casi se sorbe la nave en donde van los discípulos. Tened presente aquel consejo del Sábio: *In filia... firma custodiam, ne inventa occasione utatur se* (Eccli. xvi, 13): no dejéis de vuestra mano lo que teméis perder. Acordaos de la desgraciada Dina: *Egressa est autem Dina* (Genes. xxxiv, 1): sale una vez sin compañía, ¡qué de lágrimas le cuesta á Jacob esta ligera condescendencia! ¡qué arroyos de sangre correrán para borrar la injuria que recibió!

18. Otros que hay vigilantes y cuidadosos verían su celo premiado con los efectos mas felices, si su celo, acre en demasía, no fuese un celo odioso; si no utilizaran sus desvelos y talentos con una severidad excesiva que arredra, que desanima, que desespera. Sus quejas son amargas reprensiones, sus consejos sangrientas inyecciones, sus mandatos crueles amenazas. Ni saben amonestar, ni alentar, ni recompensar, ni perdonar las flaquezas de la edad, ni dejarse vencer de ruegos, ni desarmar por las lágrimas; resuena eternamente con voces de indignacion su casa, habitacion de dolor y llanto. Experimentanse siempre nuevas tempestades, levántanse siempre nuevos torbellinos. De aquí nace que el hijo se ve precisa-

do á tomar partido en la milicia, buscando en el tumulto de la guerra la paz que hallaria en vano en el recinto de su familia. De aquí la hija se encierra en un claustro, no tanto por encontrar en él á Dios, cuanto por huir de una casa funesta. Padres inflexibles y crueles, ¿os admiraréis ya que se olviden de que sois sus padres, cuando vosotros parece os olvidais que son vuestra sangre? Guardaos, decia el Apóstol, de provocarlos á odio ni á desesperacion: *Et vos, patres, nolite ad iracundiam provocare filios vestros.* (Ephes. c. 3^{va}, 4). Reprendedlos como el Señor nos reprende á nosotros, con mansedumbre, con paciencia: *Educate filios in disciplina et in correptione Domini.* (Ibid.). Si quereis la salvacion de vuestros hijos, haced que os amen á vosotros mismos; apoderaos de su corazon, para que los gobierneis á vuestro arbitrio; entregaos de su corazon para darle á Jesucristo; procurad de asegurárosle con beneficios, para asegurársele á Dios con el amor de la virtud.

19. ¿Cuántos padres por el amor de uno solo se concitan el odio de todos los demás? Preferencias injustas por lo comun. Mas de un Esaú prevalece hoy sobre Jacob sin mas prendas que haber nacido primero, y sin mas méritos que el capricho de un padre extravagante. ¡Preferencias siempre injustas! No os diré que son un funesto manantial de discordias y cismas; solamente os diré que si quereis la salvacion de vuestros hijos procurad que estén unidos con vosotros, que lo estén ellos entre sí con los vínculos de una ternura comun; todos ellos son vuestra sangre, con que debeis amarlos á todos igualmente: entended que los que son menos dignos de vuestro amor, por eso mismo son los que tienen mas necesidad de vuestro cuidado, de vuestro desvelo; tened sobre todo entendido que por justas que sean esas preferencias no tienen otro término que perder á uno por exceso de amor y de ternura, y á todos los demás por falta de ella.

20. Otros los pierden, no por no amarlos suficientemente, sino por amarlos con exceso, por amarlos desordenadamente. Es verdad que los instruyen, que los amonestan, que los reprenden; pero no se atreven á pasar adelante, porque sus llantos los lastimarian, sus lágrimas les quebrarian el corazon. ¡Ah! ¿qué haceis? ¿Ignorais que la demasiada condescendencia del sumo pontífice He- li le costó en un mismo dia su propia vida y la de sus hijos, á quien amaba perdidamente? ¿No sabeis que por haber perdonado David el primer delito de su hijo Absalon vió luego al mismo hijo usurpador y parricida? ¿Para qué pensais ha puesto Dios su autoridad

en vuestras manos sino para que refreneis con el temor á los que no contiene el amor? ¿Os habeis olvidado del lugar en que estais para con vuestros hijos? ¿Sois solamente sus amigos? ¿Habeis dejado ya de ser sus padres? Como tales los amais; pero ¿qué enemigo seria mas perjudicial que un padre que los amase desordenadamente? *Qui parcit virgæ, odit filium.* (Prov. xiii, 24). El padre, dice el Sábio, el padre que no sabe castigar, no sabe amar. Excúsales, sí, pero no las lágrimas de la niñez, que tan aprisa se agotan y se enjugan, sino las lágrimas de réprobo, que correrán por los siglos de los siglos. Si es necesario curarles una penetrante llaga, bien consentís que se les aplique el hierro y el fuego, porque los amais; entonces no os delienen sus lamentos: y qué, ¿temeis menos su muerte eterna que su muerte temporal? ¡Ah! ¿de qué les aprovechará aun en este mundo que los haya perdido, que los haya deshonrado vuestro amor ó vuestro odio? ¡Ah! ¿de qué les aprovechará sobre todo en el infierno que vuestro amor y no vuestro odio los haya precipitado en él? *Qui parcit virgæ, odit filium.*

21. Otros por falta de buen ejemplo harán infructuosa la instruccion mas continuada, la vigilancia mas exacta, el amor mas tierno y la autoridad aplicada con la mayor prudencia. ¡Celo ineficaz! Vivís miserablemente engañados, hermanos míos, si os persuadís que vuestros hijos harán mas caudal de vuestros discursos que de vuestro proceder! Yo bien sé qué deben oír vuestras lecciones sin examinar vuestras costumbres; bien sé que, desdichados de ellos, si apelan de vuestros consejos á vuestras acciones; sé que los delitos del padre no excusarán los del hijo; pero, sin embargo, tal es la propension y la flaqueza de aquella primera edad, inclinada naturalmente á la imitacion, que tomarán la regla de su conducta de lo que obráis y no de lo que decís.

22. Quería el Apóstol que los prelados viviesen libres de toda sospecha, porque de otro modo su celo siempre seria un celo infructuoso: *Oportet... irreprehensibilem esse.* (Timoth. iii, 2). ¿Qué efectos puede esperar un padre estragado cuando aconseja á su hijo que huya de los deleites? ¿Qué puede esperar una madre entregada al mundo cuando pondera á su hija la excelencia de la modestia, de la circunspeccion y del retiro? *Oportet... irreprehensibilem esse.* Vuestros ejemplos, dice san Gregorio, quitan toda la fuerza á vuestros consejos; porque vuestros hijos mas quieren imitaros que creerlos. ¡Qué raros son, exclama Salviano, qué raros los hijos de un padre sensual que con la herencia de sus riquezas no sucedan

en la herencia de sus pasiones, que no sean herederos de sus vicios como de su nombre y de su opulencia! *Pene omnes filii parentibus suis non magis in patrimonia quam in vitia succedunt, nec magis facultates paternas sumunt, quam pravitates.* El testimonio del Espíritu Santo, continúa, es expreso: en el hijo reconocerás al padre, y la madre en la hija: *Sicut mater, ita et filia ejus.* (Ezech. xvi, 44). La obediencia de Isaac no me causa admiracion en un hijo de Abraham: las tribus cautivas se postrarán con confianza, con lágrimas y ruegos á los piés de Tobías el mozo, seguras de encontrar el corazon del padre en el corazon del hijo: los Macabeos se sucederán los unos á los otros para hacer alarde alternativamente del valor y celo de Matatías: las hijas de la mujer fuerte serán ejemplar de compostura y de modestia: *Sicut mater, ita et filia ejus.* Mas David adúltero verá bien presto un hijo incestuoso; David homicida verá bien presto un hijo fraticida, y, si tiene ocasion, á un hijo parricida. Atalía introducirá en la casa de Judá los escándalos, la impiedad de la casa de Israel; contaminada una vez la sangre de David con la sangre de Jezabel, no abortará ya sino abominaciones, hasta que el Dios vengador la purifique con el fuego que ha de reducir á cenizas el trono en que se sentó. Vive el padre en el hijo: *Mortuus est, et quasi non est mortuus*: si es frecuente, pues, que los hijos de los justos se hagan pecadores, mucho mas raro es que los hijos de los pecadores sean justos: *Sicut mater, ita et filia ejus.* Este es, finalmente, el misterio de iniquidad comunísimo en nuestro siglo. ¡Celo contagioso y funesto! Léjos de negociar la salvacion de los hijos, negocian su ruina. ¿Cuántos padres con sus impías bufonadas, con sus conversaciones escandalosas, los alientan á despreciar la Religión y á criticar de las cosas mas sacrosantas? Obligacion vuestra era inclinar á ese hijo á la virtud; pero con los malos ejemplos de una vida enteramente mundana, meramente gentilica, irritais sus pasiones, le domesticais con el vicio, le animais á sacudir el yugo de la vergüenza y de la fe: no le hablais sino de la felicidad y de las conveniencias de las riquezas, de la tentacion y esplendor de la gloria del mundo. ¿Temeis acaso que la concupiscencia se descuide en hablarle á tiempo este lenguaje falaz? ¿Quereis ahorrarle al demonio el trabajo de armarle estas asechanzas? ¡Oh santos cielos! parece que no teneis hijos sino para heredarlos del patrimonio de vuestros desórdenes; no os contentais, dice san Bernardo, con que hayan nacido en pecado, sino que los quereis nutrir en el pecado, apestarlos con el pecado, hacerlos

esclavos del pecado : no estais contentos con ser impíos, sino que quereis perpetuar vuestra impiedad en una posteridad delincuente ; quereis desde vuestro sepulcro continuar las injusticias, las usuras, las disoluciones, los proyectos de ambicion y de venganza ; quereis ofender á Dios por medio de vuestros hijos, ya que no podréis ofenderle por vuestras personas.

23. Cuando el Doctor de las gentes exclamaba con tanta valentía : *Si quis autem suorum maxime domesticorum curam non habet, fidem negavit*: el amo que abandona la salvacion de sus domésticos ya ha apostatado de la fe ; ¿qué hubiera dicho de los padres que no procuran la salvacion de sus hijos ? ¿Qué hubiera dicho de los padres que solicitan la perdicion de sus hijos ? Pero ni una palabra habló de este asunto , porque semejantes pecados no se hallan en la primitiva Iglesia ; estaba reservado para estos últimos tiempos del mundo que declina á su decadencia, para estos dias de corrupcion y de iniquidad, el ver semejantes escándalos. Con que no basta decir que han apostatado de la fe, que han desertado del Evangelio, enemigos de la cruz de Jesucristo y de las almas que rescató con su sangre , sino que son ministros y órgano del demonio ; que son ministros del furor, que adoptan sus proyectos, que le preparan víctimas, y estas víctimas son sus propios hijos : *Immolaverunt filios suos et filias suas dæmonis*. (Psalm. cv, 37).

24. Con todo eso decís serenamente que amais á vuestros hijos : pues si los amais, ¿cómo no temblais del horrible peligro á que está expuesta su alma, y cómo abris vosotros mismos bajo sus piés el derrumbadero en donde se precipitará eternamente ? Es verdad que los amais ; pero al modo que los paganos aman á sus hijos, temporalmente, y no para la eternidad ; para la tierra y no para el cielo , para el mundo y no para Dios. Es verdad que los amais ; pero ¿me atreveré á decirlo, y no os horrorizaréis ? Mas, horrorizaos, y nunca se os borre de vuestra memoria ; amais á vuestros hijos como los ama el demonio, para pervertirlos, para engañarlos, para corromperlos, para condenarlos, para sumirlos en las desgracias eternas. Es verdad que amais á vuestros hijos ; pero ¿pluguiese al cielo que fuesen el objeto de vuestro odio ! Sí, padre indigno, cuando inspiras en ese hijo ese espíritu de codicia, de ambicion, de libertinaje, de que estás poseido ; sí, madre mundana, cuando llevas á esa jóven á unas concurrencias en donde reina esa afeminada delicadeza, ese espíritu de galanteo, en donde aprénde lo que nunca debiera saber, y lo que con tanta dificultad llegará á olvidar ;

cuando dejais de velar sobre su conducta, de examinar sus acciones, de romper esas conexiones nocivas á su virtud, una muerte impensada que, cortando el hilo de sus días, los libertará de vuestra funesta ternura, les ahorraria no pocos delitos y calamidades. Decís que amais á vuestros hijos : ¡extraña condicion! Es verdad que los amais hasta sacrificar por ellos el descanso de vuestra vida, vuestra salud, vuestros gustos, vuestra conciencia, la salud de vuestra alma ; pero no los amais bastante para querer, para determinaros, para saber procurar su verdadera dicha : con que no los amais sino para perderlos, y para perderos con ellos ; digo perderos con ellos, porque si su felicidad depende de la cristiana educacion que se les dé, no es menos verdad que vuestra verdadera dicha depende de la educacion cristiana que les deis.

Segunda parte.

25. Vuestra felicidad depende de la educacion cristiana que deis á vuestros hijos, no solamente la felicidad de esta vida, sino la de la venidera.

26. I. Felicidad de la vida presente. Muchas veces, decia Tertuliano, no se digna Dios turbar esta prosperidad transitoria que trae encantado al impío : la vida mas larga no es en su presencia sino un instante que huye velozmente. Solo la eternidad puede bastar á su cólera : por eso es el Dios de la paciencia, porque es el Dios de todos los siglos : *Patiens quia æternus*. Sin embargo, hay delitos que por su enormidad apresuran las venganzas del cielo : de esta condicion es el pecado particularmente de que se hacen reos los padres abandonando la educacion de sus hijos : la indignacion del cielo no tarda en prorumpir : Dios se venga, ¿y cómo se venga? ¡Ay, amados oyentes míos! aquí es donde se cumple visiblemente y á la letra el oráculo del Espíritu Santo : *Per quæ peccat quis, per hæc et torquetur* : lo que fue causa de vuestro pecado lo será de vuestro castigo. Pecásteis en vuestros hijos y por vuestros hijos ; Dios, pues, os castigará en ellos y por ellos.

27. Os castigará Dios en la persona de vuestros hijos, padres prevaricadores, poseidos de ese loco amor, embriagados de aquella ternura ciega que, segun observa el Sábio, enseñó al mundo los primeros horrores de la supersticion gentílica que le sorprendió. Habeis erigido á vuestros hijos en divinidad, á quien temerariamente sacrificásteis vuestra conciencia, vuestra salvacion, vuestra

religion, vuestro Dios. ¿Con cuántos cuidados, fatigas, trabajos continuos; sobre cuántas injusticias acaso, y pecados levantaís el edificio de su grandeza y de su fortuna? ¿Con qué ojos deslumbrados ven explicarse cada día las gracias de su niñez, la hermosura de su juventud, las riquezas de su entendimiento, el garbo de su belleza, sus talentos aptos para lucir en el mundo? Insensatos, que os perdeís en vanas esperanzas, ved, dice el Profeta, que aquel Dios que con paz profunda considera las acciones de los hombres esparcidos por la tierra, ved que de lo alto del cielo os ha mirado con ojos penetrantes: *Ecce vigil et sanctus de cælo descendit*: la voz de su furor se ha dejado oír: *Clamavit fortiter*; diciendo que se corte por la raíz ese árbol que empieza á extender léjos sus ramas y su sombra: *Et sic ait: succidite arborem*: sirvan sus hojas esparcidas de juguete al viento y al torbellino. *Excutiet folia*: arránquese ese renuevo que echa ese árbol dañoso. Dios te ha dado, padre ingrato, ese hijo, objeto de ese amor tan tierno: tú no piensas sino en ofrecerle al mundo, en adelantarle, en acomodarle, en engrandecerle en el mundo: solo piensas en empaparle, en llenarle del espíritu, de los principios y máximas del mundo: Dios, pues, sabrá retirar sus beneficios, y reintegrarse en sus dones: hará juicio con misericordia en ese hijo, cuya muerte evita las iniquidades, y asegura la felicidad eterna: *Raptus est, ne malitia mutaret intellectum ejus*. (Sap. iv, 11). Juicio de indignacion y de justicia en un padre infiel. Rodeado Sedecías de sucesion numerosa, está seguro que su posteridad poseerá por largos siglos el cetro de Judá; mas el Señor tiene jurado que la casa de Sedecías se convertirá en una espantosa soledad; el centro de la tierra se abrirá para sepultar hasta el menor de los hijos de este príncipe sin religion; el cuchillo enemigo cortará en solo un día aquellas flores que acababan de nacer: *In memetipsum juravi, dicit Dominus, quia in solitudinem erit domus hæc*. Ven, padre desgraciado, ven á llorar sobre el sepulcro de ese hijo querido; ven á regar con tus lágrimas sus cenizas frías y yertas, ó, hablando con mas propiedad, ven, padre delincuente, á llorar solamente tus pecados. Tú, tu desidia, tu indolencia, tu vanidad, tu amor desordenado sois los que habeis cortado la tela de sus días: tú se lo habias robado á la gracia de tu Dios, él pues le defrauda á tu amor, viéndose necesitado para confundir á un sacrílego adorador, á reducir á polvo ese ídolo tan adorado: *In solitudinem erit domus hæc*.

28. Pero ¡qué digo, ó Dios mio! No hay necesidad de vues-

tra mano para castigarnos: bien podeis fiar de nosotros mismos la diligencia de vengaros: nuestras pasiones os sirven de rayo y de verdugo: *In solitudinem erit domus hæc*. Vosotros, padres, que tanto acelerais por dar vuestros hijos á la luz del mundo, apenas nacen cuando los dejais en manos de sus desatinados deseos; la juventud inconsiderada bebe con ansia el veneno de la sensualidad que aletarga, y este veneno contagioso ¡ah! cuántas veces extingue de repente el espíritu vital! Así vemos decaer al principio de su carrera tantas familias nobles; así vemos declinar, y á punto de arruinarse, las mas antiguas y mas augustas casas. ¡Cuántos apellidos ilustres conocemos hoy de que bien presto no habrá ya memoria sino en vuestras historias! *In solitudinem erit domus hæc*. Grandes del mundo, ricos del mundo, horrorizaos de vuestra soledad: en vuestros palacios, en medio de vuestros tesoros, vuestra vista atónita no descubrirá sino un vacío horrible; veréis inmediatamente que se acercan á vosotros unos herederos casi desconocidos, como pidiéndoos vuestros despojos; oiréis la voz de vuestros abuelos reprendiéndoos porque cerrásteis para siempre su sepulcro: *In solitudinem erit domus hæc*. Vosotros os quedaréis solos llorando la pérdida de vuestros hijos y vuestra perniciosa condescendencia que los perdió: *In solitudinem erit domus hæc*; y seréis mucho menos dignos de compasion que otros muchos á quien Dios castiga, no ya en sus hijos, sino por sus hijos, hechos ministros de su venganza.

29. ¡Hijos ingratos, carga pesada para un padre benéfico, para una madre tierna y amorosa! David, después de haber tolerado con paz y conformidad mil desgracias atroces, estuvo á punto de desfallecer en esta: un hijo desconocido abrió una llaga tan profunda en su corazon que no pudo cicatrizar el tiempo. No permita Dios que yo intente excusar un vicio, horror de la naturaleza, escándalo de la Religion, objeto de todos los anatemas, de todas las maldiciones del cielo y de la tierra. Pero, padres y madres, oídme, dice el Profeta. ¿De qué os quejais? *Quid dicis?* (Jerem. xxvii, v. 21). La ingratitud de vuestros hijos ¿no es obra vuestra? ¿No convierten contra vosotros lo mismo que aprendieron de vosotros? *Tu enim docuisti eos adversum te*. (Jerem. xiii, 21). No hablo con aquellos padres bárbaros y crueles que, teniéndolos eternamente sumergidos en lágrimas y desconsuelos, no parece que les dieron la vida sino para hacerles desear mil veces la muerte; no hablo con aquellos padres feroces, altivos, dominantes, que solo muestran

la autoridad, y nunca la ternura; con aquellos padres inflexibles que les niegan los inocentes pasatiempos de la juventud, teniéndolos gimiendo en el desabrimiento de un cautiverio inclemente; no hablo con aquellos padres avaros que no saben dar, que solo saben negar; que por su demasiada aspereza los reducen á recibir empréstitos que los aniquilan, á bajezas que los infaman, á tratos que dañan igualmente á la inocencia, á la fortuna y á la opinion; no hablo de aquellos padres raros y caprichosos que entre muchos hijos eligen uno para objeto de su amor, condenando á los demás á ser víctimas de una preferencia insensata, preferencias injustas y fatales, que no pocas veces han renovado en el teatro del mundo las calamidades de José con los envidiosos furors de los hijos de Israel; no hablo de aquellos padres pródigos y gastadores sin tino, que no dejan otra herencia á sus desgraciados hijos que el ejemplo de sus deleites y el deseo y la imposibilidad de continuar una vida espléndida y regalada á que están acostumbrados; no hablo de aquellos hombres á quien no me atrevo á dar el nombre de padres! Tiranos de una familia que por necesidad cede á su odioso dominio, distribuyen las vocaciones de sus hijos sin consultar su inclinacion, sin esperar la voluntad del cielo: conservan en el mundo á los que llama Dios á la soledad; obligan á otro á sepultarse en un claustro; levantan un brazo sacrilego sobre un Isaac, que ni Dios pide ni quiere para sí. Una vida que no es otra cosa que una série de maldades ¿es un beneficio tan digno de agradecimiento? Y cuando un padre no ama, ¿debe esperar verse correspondido? Con vosotros hablo, padres que sabeis amar, que sois tan dignos de ser amados. Vosotros fuisteis amorosos, y habeis experimentado insensibilidad: vuestras manos se abrieron para derramar beneficios, y su corazon ha correspondido desdeñoso é indócil: con todo eso no temo intimaros: *Tu enim docuisti eos adversum te*. Porque debísteis, dice el Señor, debísteis haberme hecho á mí entrega del corazon, y yo os lo hubiera sabido conservar: dócil en mis manos á la voz de la sangre, rendido á las órdenes de la Religion, agradecido, reconocido su amor, hubiera sido la recompensa de vuestro amor: vosotros me lo habeis usurpado; así que vosotros le disteis ejemplo para la ingratitud y rebeldía: no ha hecho mas que imitaros, procediendo con vosotros como vosotros procedísteis conmigo: *Tu enim docuisti eos adversum te*. Vosotros me le usurpásteis, y ¿á quién le disteis? Al mundo, á ese mundo soberbio, resuelto á sacudir el yugo de la dependencia; á ese mundo traidor, acostum-

brado á aprovecharse de los beneficios, á abusar de ellos contra su Bienhechor; á ese mundo ingrato que sabe pedir gracias, y que no sabe agradecerlas : *Tu enim docuisti eos adversum te*. Vosotros me le usurpásteis, ¿y á quién le dísteis? Á la concupiscencia : ¿cómo quereis, pues, que el amor natural se conserve mucho tiempo contra la fogosidad y los ímpetus de las pasiones? Vuestra autoridad sujeta su orgullo ; vuestra vigilancia violenta sus gustos ; vuestras riquezas se han hecho ya necesarias á su lujo : ¿cómo es posible que vuestra vida no les sea importuna y aborrecible? *Tu enim docuisti eos adversum te* : no os quejeis, pues, sino de vosotros mismos. Un hijo cuerdo y virtuoso es siempre un hijo dócil y reconocido : de su piedad hubiera resultado vuestra dicha, y de su mala educacion resultan todas las calamidades de vuestra vida. Temed, pues, no ocasione tambien vuestra eterna infelicidad.

30. II. En efecto, cuando llegue el día de las venganzas, si tenéis á cargo la pérdida de vuestros hijos, ¿qué desagravio os librará de los anatemas de Jesucristo, de los anatemas de la Iglesia, de los anatemas de vuestros hijos? En cuanto á los anatemas de Jesucristo, atendedme. Jesucristo es un padre mucho mejor que vosotros : él los redimió con su sangre ; ellos son hijos de su dolor : apenas nacieron, cuando vinísteis á ofrecérselos, á presentárselos, para que renaciesen á la vida de la gracia : él los recibió de vuestras manos, los purificó, los adoptó, los marcó con el sello de la nueva alianza ; él, despues de lavados de su iniquidad, de enriquecidos con los dones del cielo, restituye á vuestras manos este precioso depósito, este tesoro, esta única herencia suya, esta alma que adquirió á costa de su sangre : *Quam adquisivit sanguine suo* (Act. xx, 28), diciéndonos, como la hija de Faraon á la madre de Moisés cuando la entregó el niño que acababa de librtar del naufragio : *Accipe, ait, puerum, et nutri mihi*. Consérvame está alma, dala á entender hasta donde llega mi amor, cuán digno soy de su ternura : *Accipi, ait, puerum, et nutri mihi*. Despues vendrá á cobrarla : ¿en dónde está esta, dirá, qué ha sido de ella? entrégamela tal y conforme la recibiste. ¿La reconoceréis Vos, Salvador mio? Ella era templo del Espíritu Santo, y ahora es habitacion de espíritus inmundos ; era el centro del candor y de la verdad, y ahora pervertida con la mentira y la adulacion huye y aborrece todo lo que puede traerla alguna luz ; estaba marcada con el sello de la gracia, y ahora lleva impreso el carácter y la inscripcion del pecado ; era el objeto de vuestro amor, y ahora os presenta un objeto de ira y

de indignacion. ¡Ah, padre cruel y sin fe! Jesucristo te habia dado parte en algun modo en el oficio de Redentor: era su voluntad que fueses juntamente con él el Salvador de tus hijos; y tú has elegido antes ser ministro y cooperador del demonio que de Jesucristo: elegiste aniquilar su redencion antes que perfeccionarla: destruiste la eficacia de su cruz, la virtud de su gracia, los méritos de su pasion: dale cuenta de la sangre de tus hijos y de la sangre de tu Dios: *Sanguinem vero ejus de manu tua requiram.* (Ezech. III, v. 20).

31. ¿Cómo sufriréis las quejas, las reconvenciones, los anatemas de la Iglesia? de la Iglesia escandalizada con las demasías de vuestros hijos, deshonrada con la disolucion de sus costumbres, viciada, corrompida con el contagio de sus ejemplos? ¡Oh Iglesia de Jesucristo, amada y santa Sion! El Profeta que regaba con su llanto las ruinas de la antigua Jerusalem ¡hallaria suficientes lágrimas para llorar tu abatimiento y tus calamidades! ¡Gran Dios! ¿qué somos, y qué seríamos luego, si tu benigna mano no detiene y no fija entre nosotros la fe que está en vísperas de ausentarse de un reino en donde cada dia recibe mortales ultrajes? Ved tantos hombres desvividos por engañar y ser engañados correr tras los vicios, disputarse la gloria de dar las últimas heridas á la Religion que está espirando: ved sus espectáculos hechos ahora mas que nunca escuelas públicas de desenvoltura y de impiedad; su juventud, edad de locura y de embriaguez, que constituye todos sus respetos en no guardar ninguno, toda la cordura en no ser cuerda, y en criticarse de la circunspeccion. Ved su vejez convertida en una edad amarga y llena de desabrimientos, que mudando de conducta sin mudar el corazon, hace al hombre sábio sin mérito, ó le deja vicioso sin gusto: su prudencia no es otra cosa que doblez é impostura: diestros en habilitarse en una ciencia de mentira, en consagrar por la política los delitos útiles á la fortuna, su decantada razon no es mas que desvaríos de una ciencia bulliciosa y presumida, que huye de la verdad de miedo de caer en el error; su bondad no mas que un vano aparato de equidad mundana, desmentida todos los dias por la perversion secreta del corazon y por las públicas ruindades de su conducta. Ved la justicia cautiva en los efugios de los tribunales; desterrada la buena fe del comercio; la desidia y la comodidad introducidas y domiciliadas tal vez en el santuario; la sensualidad inseparable compañera del soldado; el pudor y la bondad, la razon y la religion, la fe y las buenas cos-

tumbres, el hombre de bien y el cristiano, todo perece, todo se hunde, todo se desvanece entre nosotros.

32. Permitidme que os alegue un autor gentil. Habla Quintiliano sobre este particular con una vehemencia, con una energía que os moverán grandemente. Veia introducidas en Roma la disolucion, la avaricia, la sensualidad : de aquí pronosticaba la próxima caída de aquel grande imperio que, despues de haber reducido á su obediencia á fuerza de armas tantos pueblos y tantos reinos, estaba á punto de postrarse con el peso de sus vicios. ¡Oh romanos! exclamaba, ya no hallaréis en vuestros hijos el esfuerzo de vuestros mayores. ¿Qué diligencias poneis para que pase á sus manos esta rica herencia? ¿cuál de vosotros se aplica á instruirles el entendimiento, á inclinarles rectamente el corazon? Pero ¿qué digo? ¡Pluguiese al cielo que los padres mismos no fuesen los previcadores de la juventud! ¡pluguiese al cielo que la virtud de los hijos estuviese segura de los vicios de los padres! *Utinam liberorum mores ipsi non perderent*. Dejámosles pasar sus primeros años en el centro de las delicias: *Infantiam statim deliciis solvimus*. ¿Qué recato debemos esperar de una hija que acostumbramos á engalanar antes que tenga conocimiento, á quien se encarece la hermosura como el único adorno, la habilidad de agradar como la única virtud de su sexo y de su edad? ¿Cuánta será algun dia la sed insaciable de oro y plata en el hijo que oye alabar continuamente las riquezas mas que la equidad, la opulencia mas que la bondad, los bienes mas que las virtudes? ¡Oh hijos infelices! ellos son testigos de los locos amores, de la destemplanza escandalosa, de los odios crueles de un padre impío : ellos oyen las canciones obscenas que se entonan en nuestras mesas: *Convivium obscenis canticis strepit*. Enséñanse á ser viciosos antes que la edad haya llegado á enseñarles lo que es vicio : acostúmbrense á él antes de conocerle, y le conocen sin esperanza y casi sin arbitrio de enmendarse por haberse habituado á él desde tan temprano: *Discunt hæc miseri antequam sciant vitia esse*. ¡Y despues deseará Roma jueces íntegros, soldados alentados, ciudadanos virtuosos, y se indignará porque no vuelven aquellos claros dias de su gloria y de sus triunfos! No, no fue educada así aquella briosa juventud que fundó la potencia romana sobre las ruinas de las naciones. Renueven los padres las costumbres de Roma primitiva, y nosotros sus hijos les restituiremos los dias de Roma triunfadora.

33. ¡Ay cristianos! describiendo su siglo ¿no retrata el nues-

tro? ¿No vimos en tiempo del mayor de nuestros reyes, del inmortal Enrique, vacilar este imperio, caminar precipitado á su ruina, lograr solo unos débiles y flacos defensores en una juventud viciada con las delicias? Mas ¿para qué me detengo en citar un escritor profano? ¿No lo testifica así el Apóstol? *Si radix sancta, et rami sancti.* (Rom. xi, 16). Si el tronco es sano, las ramas no saldrán viciadas. De hijos díscolos no se pueden esperar sino magistrados vendidos á la iniquidad, maridos desbaratados, esposas infieles, sacerdotes escandalosos. Pero oid, padres y madres, lo que os dice Dios por boca del Profeta: *Numquid super his non visitabo?* (Jerem. v, c. 9). Todas las injusticias de ese hijo codicioso y con autoridad, todos los excesos de ese hijo sensual y voluptuoso, y todos los escándalos de ese indigno ministro de mis altares, todos los pecados de esa hija entregada tan sin vergüenza al mundo, todos los ultrajes hechos á mi Religion, á mi Iglesia, toda esta multitud de maldades recaerá sobre vosotros: todos estos pecados se harán pecados vuestros, propios y personales, porque los pudísteis, porque los debísteis remediar: *Numquid super his non visitabo?*

34. Finalmente, ¿cómo sufriréis las reconvenções y anatemas de vuestros hijos, cuando digan á Dios lo que en boca de ellos pone san Cipriano: *Parentes habuimus parricidas?* Diéronnos la vida del cuerpo no mas que para quitarnos la del alma. Dejéronnos ignorar la Religion, debiendo saber que estando mas instruidos hubiéramos contraído menos vicios: su reprehensible condescendencia, su pereza desidia permitió rienda suelta á nuestras pasiones, el escándalo de sus conversaciones y de sus ejemplos nos alentaron, nos habituaron al pecado. Vengaos, Señor, á Vos, vengadnos á nosotros: *Et non vindicas sanguinem nostrum?* (Apoc. vi, 10). Ellos olvidaron vuestra santa ley, y nos inspiraron su fatal olvido: os ofendieron á Vos, y nos enseñaron á ofenderos: si nos vemos condenados á perderos para siempre, á padecer, á abrazarnos en los fuegos eternos, nuestros delitos, nuestras maldades, todo se lo debemos á ellos; ¡y tendríamos todavía la desesperacion de verlos bienaventurados! Nos tienen aquí en el infierno, ¡y habian ellos de ser colocados en el cielo! ¿En dónde estaria vuestra justicia? Vengad vuestra sangre profanada indignamente, vengad nuestra sangre vilmente vendida al infierno: por ellos perecemos; perezcan con nosotros: sus pecados nos han perdido; piérdanlos á ellos los nuestros: *Et non vindicas sanguinem nostrum?* No lo dudeis; oirá Dios sus clamores, y pasaréis una eternidad entera en llorar en va-

no la salvacion de vuestros hijos que abandonásteis en el mundo.

35. Ruégoos, pues, encarecidamente que mediteis estas terribles palabras: *Sanguinem ejus de manu tua requiram*. Vosotros habeis de responder de su conducta como de la propia vuestra: vuestra virtud depende de la suya: no entraréis en el cielo si no os aplicásteis á introducirlos en él en compañía vuestra. En fin, os presentaréis en el tribunal de Dios cargados de un sinnúmero de buenas obras, de oraciones fervorosas, de paciencia en las adversidades, de moderacion en los placeres: añadid tambien la fuga del mundo, la abundancia de limosnas, con todo esto no preponderará la balanza; todo esto es suficiente para que se salve un solitario, pero no basta para que se salve un padre de familias. Si vuestros hijos se pierden por vuestra culpa, vuestra alma será la víctima de sus almas condenadas: daréis vida por vida, sangre por sangre, alma por alma, eternidad por eternidad: *Sanguinem ejus de manu tua requiram*. Si los amais, pues, si os amais á vosotros mismos, velad para que se santifiquen: haced que reine Dios en ellos, para que podais reinar con ellos en la gloria. Así sea.

FIN.

ÍNDICE

DE LOS SERMONES CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

	PÁG.
Sermon sobre la Providencia.	5
Sermon sobre la santidad y la fuerza de la ley cristiana.	22
Sermon sobre el deber de los padres con respecto á la vocacion de sus hijos.	46
Sermon sobre el estado del matrimonio.	70
Sermon sobre la afliccion de los justos y la prosperidad de los pecadores.	92
Sermon sobre la sociedad de los justos con los pecadores.	116
Sermon sobre la ociosidad.	140
Sermon sobre la maledicencia.	160
Sermon sobre el amor del prójimo.	181
Sermon sobre el retiro y la huida del mundo.	204
Sermon sobre el perdón de las injurias.	227
Sermon sobre la necesidad de servir á Dios.	248
Sermon sobre la eterna bienaventuranza.	272
Sermon sobre la grandeza y la bondad de Dios.	303
Sermon sobre el pecado mortal.	331
Sermon sobre el escándalo.	362
Sermon sobre el amor de Dios.	393
Sermon sobre el respeto en los templos.	433
Sermon sobre la educacion ó crianza de los hijos.	462

FIN DEL ÍNDICE.